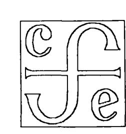
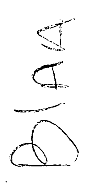
FRIEDRICH LIST

SISTEMA NACIONAL DE ECONOMÍA POLÍTICA

con el anexo
"Esbozos de economía política americana"

Prólogo de
FRANCISCO SUÁREZ DÁVILA





FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Traducción de
MANUEL SÁNCHEZ SARTO
(Sistema Nacional de Economía Política)
y
MA. ANTONIA NEIRA BIGORRA
(Esbozos de economía política americana)

Primera edición en alemán, 1841
Primera edición en español, 1942
Segunda edición en español, 1997

ISBN 968-16-5134-0

Impreso en México

PRÓLOGO

La obra de Federico List y el debate contemporáneo sobre las estrategias de desarrollo

> [...] La historia ofrece ejemplos de naciones que han sucumbido porque no supieron resolver a tiempo la gran misión de asegurar su independencia intelectual, económica y política, estableciendo manufacturas propias y un vigoroso estamento industrial y mercantil [...].
>
> F. LIST, *Sistema nacional de economía política,* p. 107

¿POR QUÉ UNA REEDICIÓN DE LA OBRA DE LIST?

> [...] El Fondo de Cultura Económica publica, con este tomo, la primera de las Obras Maestras de la Economía, serie que ha venido preparando desde hace tres años. A la *Economía nacional* de List, seguirán muy pronto los *Principios* de Mill y de Malthus, el *Segundo ensayo sobre el principio de la población* del mismo Malthus [...]

Así reza "la advertencia al lector", de la primera edición en español del *Sistema nacional de economía política* de Federico List, hecha en 1942.

Esta reedición se realiza a poco más de 50 años del inicio de este ilustre proyecto de la Casa Editorial que tuvo como propósito poner al alcance del estudioso de habla hispana las obras más trascendentes de la economía. No es coincidencia que a la obra de List le haya correspondido el honor de iniciar la citada serie. Nos parece que en el momento actual, la nueva impresión de este clásico, vigente y activamente estudiado en algunas regiones del mundo, relegado y olvidado en otras, puede hacer una oportuna contribución al enconado debate actual sobre las grandes cuestiones del desarrollo. ¡Tal es la noble función de un verdadero clásico!

Al *Sistema nacional de economía política* que List publicó en 1841 se agrega la primera edición en español de un texto por demás interesante, el de *Outlines of American Political Economy* (Esbozos de economía política

americana). Es ésta una serie de cartas publicadas en Filadelfia en 1827, en que el autor participa en el activo debate que se desarrolló en los Estados Unidos acerca de las cuestiones de libre cambio y proteccionismo y que, por su interés, se publicó y circuló ampliamente como folleto en ese país. Schumpeter comenta en su *Historia del análisis económico* que "[...] de todos sus escritos [los de List], el más interesante es el de los *Outlines of American Political Economy,* porque ahí expone su sistema en su primera etapa de desarrollo". "La obra madura que creció de ésta, el *Sistema nacional de economía política,* permanece como un clásico en el sentido eulogístico de la palabra [...]."[1]

List es, después de Marx, el economista alemán más conocido del siglo XIX. Es uno de los más destacados y acérrimos críticos de la llamada "teoría dominante" de Adam Smith, particularmente en materia de libre cambio. Entre sus aportaciones al pensamiento económico se le reconoce que contribuyó a defender y divulgar las tesis del proteccionismo y, particularmente, de protección a la industria naciente, así como a formular una teoría acerca de "las etapas" del desarrollo económico. Argumentaremos que, de hecho, fue un pensador con una visión mucho más integral.

Los juicios que se han hecho de List reconocen que, si bien sus escritos ejercieron una influencia tan importante, no realizó grandes aportaciones originales al pensamiento económico, ¡fue un polemista y un divulgador, más que un gran teórico o un académico! El gran economista e historiador económico Schumpeter lo considera como un economista científico pero, para él, su mérito más importante es que "[...] List tenía uno de los elementos de grandeza, concretamente la gran visión de una situación nacional, lo cual aunque no es en sí mismo un logro científico, sí es un prerrequisito para ciertos tipos de avance científico, del tipo que ahora en nuestros días es Keynes un ejemplo ilustre [...]". Agrega: "[...] List fue un gran patriota, un brillante periodista con propósitos definidos y un economista competente, que coordinó bien lo que era útil para instrumentar su visión [...]".[2]

List fue, por otra parte, un hombre de acción que influyó en sucesos históricos importantes. Nuevamente Schumpeter afirma con justicia: "[...] List ocupa un lugar muy destacado, tanto en la opinión como en el

[1] Joseph A. Schumpeter, *History of Economic Analysis,* George Allen & Unwin, Londres, 1963, p. 505.

[2] *Ibid.*, pp. 504-505.

afecto de sus conciudadanos [...] Ello se debe a su exitosa promoción de la formación de una Unión Aduanera de los Estados alemanes (la Zollverein), que fue el embrión de la unidad nacional alemana [...] Significa que List es un héroe nacional [...]".[3] Contribuyó también a fomentar el desarrollo de los ferrocarriles en Alemania y en los Estados Unidos como elemento impulsor de la industrialización.

SU OBRA, VISIÓN DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

Su biografía refleja una historia fascinante, necesaria para entender sus ideas. Nace en agosto de 1789 en Reutlingen, pequeña población de Würtemberg, que hasta 1802, cuando Napoleón comienza a modificar la geografía de Europa, había sido una ciudad-Estado con alto grado de autonomía, regida por un Consejo Municipal y una Constitución democrática, por lo cual List decía orgullosamente que era un "republicano por nacimiento".[4] En su juventud ingresó a trabajar en la administración pública local. Su experiencia lo hace acreedor a la designación de profesor de Administración Pública en Tubinga en 1818, precisamente porque para esta cátedra se requería una persona no de gabinete sino de experiencia. El desarrollo de cursos de administración pública para la formación de funcionarios locales refleja los notables avances de Alemania desde principios del siglo XIX. List se convierte en un crítico de la burocracia arbitraria de su época.

Fue un perceptivo analista de la evolución de la industria alemana, floreciente al amparo del sistema continental napoleónico, que la protege contra el ingreso de productos manufacturados ingleses; y aprecia cómo, con la derrota de Napoleón, al sobrevenir la apertura de la economía de la región, su incipiente industria sufre la invasión de productos ingleses y la consecuente amenaza de destrucción. Así inicia, desde 1819, una dinámica campaña para contribuir a organizar a los comerciantes alemanes en una Unión de Mercaderes, que tiene como propósito promover que lo que eran entonces 39 Estados alemanes independientes, integrados en una confederación, eliminaran las barreras aduanales

[3] *Ibid.*, p. 504.
[4] W. O. Henderson, *Friederick List, Economist and Visionary, 1789-1846*, Frank Cass, Londres, 1983, pp. 1-2.

dentro de ésta y se protegieran bajo un sistema mercantil (aduanero) homogéneo. Activista liberal también en lo político, List es electo en 1820 al Parlamento local, donde demanda mayor autonomía de gobierno y resulta brevemente encarcelado por el rey de Würtemberg. Tiempo después decide emigrar a los Estados Unidos, conoce a Lafayette y participa con él en una gira por ese país, que le permite relacionarse con algunas de las grandes personalidades de ese tiempo.

Ubica su residencia en una pequeña población (Reading) del estado de Pensilvania, donde desarrolla actividades como periodista y agricultor. Se relaciona con los industriales y pensadores de Filadelfia y se le invita a participar, incluso por su experiencia continental, en el intenso debate en favor de las tesis proteccionistas que los industriales del este de los Estados Unidos, y en particular de Pensilvania, apoyan para proteger sus actividades contra los productos manufacturados de origen inglés. Es su participación en esta polémica la que da origen a la muy exitosa publicación del folleto *Outlines of American Political Economy*. Este documento refleja de manera importante la experiencia y el pensamiento proteccionista estadunidense, lo cual lo hace muy valioso. En efecto, List se nutre de las ideas de Alejandro Hamilton expresadas en su célebre *Report on Manufactures* (Informe de manufacturas), de diciembre de 1791, así como de las ideas de Matthew Carey, Henry Clay y del presidente Madison. Pero como él mismo lo atestigua con admiración en su prefacio: "[...] la obra mejor que en ese país nuevo puede leerse acerca de la economía política, es la vida misma. Allí se ve cómo terrenos incultos se convierten en ricos y poderosos estados. Sólo en aquellas tierras puede formarse una clara idea de la gradual evolución que caracteriza a la economía nacional [...]".[5]

Invierte en una mina y en un ferrocarril. Participa activamente en la campaña presidencial de Andrew Jackson, quien lo hace ciudadano estadunidense honorario. Posteriormente, a petición de él, que desea regresar a su patria natal, el propio presidente Jackson lo nombra cónsul honorario en Leipzig. A su regreso a Alemania, se dedica a promover ferrocarriles, en especial el de Leipzig a Dresden, participación que resulta polémica. Viaja a París, donde, aproximadamente 10 años después de sus *Outlines of American Political Economy*, publica en 1837 su

[5] Friederick List, *Sistema nacional de economía política* (en adelante citado como SNEP), prefacio, p. 65.

segunda obra importante, el *Sistema natural de economía política,* derivada de una contribución a un concurso que convoca Dupin, el eminente economista francés de la época, en que la interesante cuestión que se plantea es: "Cuando un país se propone introducir el libre comercio o modificar sus tarifas arancelarias, ¿qué factores deben tomarse en cuenta para conciliar de la manera más equitativa posible los intereses del consumidor con los del productor?" ¡No sería mal tema para un concurso actual!

Finalmente regresa a Alemania y publica su obra más madura *(Sistema nacional de economía política)* en 1841, la cual queda inconclusa frente a un programa original más ambicioso. Envuelto en grandes polémicas —como lo estuvo durante toda su vida—, con acérrimos enemigos personales, inquieto por perder su actividad como periodista, angustiado por sus escasos recursos financieros y afectado por frecuentes depresiones, se suicida lamentablemente, en noviembre de 1846, en la pequeña población de Kufstein en el Tirol.

Una elocuente eulogía que el profesor Eheberd pronunció para develar el monumento que se le erigió en Kufstein en 1906 es un buen resumen de su vida:

> [...] List fue equipado como pocos lo han sido, para leer en el libro de la vida. Transitó por la vida con la vista abierta a todos los fenómenos económicos y políticos, y cualquier impulso que recibía se lo transmitía a otros. Sus intercambios con hombres de Estado, académicos, mercaderes, industriales de todas las naciones, le dieron profundidad, amplitud y diversidad a su conocimiento, y continuamente influenciado y siempre activo en los asuntos cotidianos de la vida, creció para ser un gran economista, un político de visión y un historiador efectivo y brillante [...].[6]

La obra de List se integra por una voluminosa colección de artículos periodísticos, discursos, correspondencia y folletos, disponible sólo en alemán (7 volúmenes en la edición de Berlín de 1927-1932, publicada por la Sociedad List). Lo fundamental de su pensamiento se encuentra en sus tres libros, el primero: *Outlines of American Political Economy* (1827), donde, como ya vimos, sienta las bases generales de sus tesis; el segundo, el *Sistema de economía natural* (1837), en el que desarrolla con detalle su teoría de las etapas del crecimiento económico y, el tercero, su obra más madura, el *Sistema nacional de economía política* (1841).

[6] Margaret E. Hirst, *Life of Friederick List*, Londres, 1901, p. 133.

El *Sistema nacional de economía política* se inicia con un prefacio que es sumamente interesante, ya que contiene la historia de la evolución de su pensamiento. Dice: "Si el prefacio de un libro debe contener —según se dice— la historia de su creación, tendré que relatar en este prólogo casi la mitad de mi vida. Más de veintitrés años han transcurrido, en efecto, desde que surgió en mí la primera duda acerca de la veracidad de la teoría dominante en Economía Política y me esforcé en investigar sus errores y sus causas fundamentales [...]".[7] La introducción contiene una de las expresiones más concisas de sus ideas. El libro primero se orienta al análisis de las experiencias históricas y se ocupa tanto de los países que él considera aptos para la industrialización, como Alemania, los Estados Unidos y Rusia, y los países de desarrollo fallido como España, Portugal e Italia. El libro segundo está dedicado a la teoría, donde expresa sus principales tesis. Un breve libro tercero, acerca de los sistemas de pensamiento económico, en que someramente analiza las escuelas mercantilista, fisiocrática y liberal; y el libro cuarto de la Política, fundamentalmente orientado al proselitismo en favor de una Unión Aduanera alemana.

Las cartas que integran los *Outlines of American Political Economy* (Esbozos de economía política americana) son ocho con dos apéndices, la novena y la décima. En la primera inicia "[...] la refutación de la teoría de Adam Smith y compañía, cuyos errores fundamentales no se han entendido tan claramente como debieran [...]". En la segunda, contrasta las características de "la economía cosmopolita" —hoy diríamos la economía globalizada— con la economía nacional. En la tercera, expone las ventajas de las tesis proteccionistas, de cómo algunos de los grandes estadistas de la historia las asumieron y cómo "los norteamericanos [...] nunca desearían cambiar su independencia nacional y su poder por una ley general de naciones [el libre cambio] [...] sustentada en el poderío inglés". En la cuarta, plantea la teoría de las fuerzas o poderes productivos de una nación como de mayor importancia que el simple intercambio comercial. En la quinta, defiende que "Cada nación debe seguir su propio curso para desarrollar sus fuerzas productivas" y, por tanto, cada economía debe seguir sus propias políticas. Esta carta es una de las más interesantes y enumera una serie de principios para el desarrollo económico. En la sexta, establece los ámbitos de acción de la economía nacional y de la economía del individuo, del *laissez faire et laissez passer*

[7] Friederick List, SNEP, p. 59.

y de en qué medida la primera puede prevalecer sobre la segunda. En la séptima, contrasta las características de economía nacional frente a la economía cosmopolita. Este tema se desarrolla también en la carta octava y en los dos anexos, ya que justamente la economía cosmopolita es la esencia de la tesis librecambista planteada como norma universal por Adam Smith y que es el principal objeto de la crítica de List.

LA INFLUENCIA DE LA OBRA DE LIST EN LOS PAÍSES "EMERGENTES" DEL SIGLO XIX... Y LOS DEL XX

La obra de List ejerció una influencia muy importante entre los países que buscaban industrializarse y no rezagarse frente a los más avanzados. Así, incidió en el pensamiento orientado al desarrollo del sector manufacturero y de protección a las industrias incipientes de los Estados Unidos y de Alemania, pero también en otros países. Ejerció una influencia dominante en el conde Sergei Witte, ministro de Hacienda de Rusia desde 1892 y artífice del despegue industrializador de ese país de finales de siglo, sustentado justamente en la protección industrial y en el desarrollo de los ferrocarriles. Si en 1905 no hubiera estallado la guerra ruso-japonesa y el consiguiente desastre político, las políticas de industrialización de Witte podrían haber evitado el colapso imperial de Rusia. Witte conoce la obra de List a casi 50 años de haberse publicado.

En 1889, Witte escribe un folleto, "A propósito del nacionalismo: La Economía Nacional y Federico List", el año en que ingresa al gobierno del zar Alejandro III. En el prefacio, elogia a List como "[...] el profeta de la presente grandeza de Alemania", diciendo que su libro "es leído en todas las universidades alemanas y se encontraba en la mesa de Bismark [...]". Según Witte: "[...] debía de estar en la mesa de todos los estadistas rusos y leerse en todas las universidades rusas para que en el futuro Rusia pudiera seguir un sistema comercial consistente [...]".[8] Von Laue escribió: "[...] En los escritos del economista alemán, Witte encontró las bases para un sistema ruso de desarrollo económico, y representó la base de su futuro pensamiento y acción [...]".[9] "[...] En su búsqueda por una teoría adecuada para la economía nacional rusa, encontró final-

[8] Theodore H. von Laue, *Sergei Witte and the Industrialization of Russia*, Columbia University Press, 1963, p. 62.

[9] *Ibid.*, p. 56.

mente [en List] un adecuado puente ideológico entre las condiciones occidentales y las locales [...]."[10]

Por eso, Von Laue concluye:

> [...] List postula una visión europea e indirectamente global del desarrollo económico que dio esperanzas a Rusia, de que con una política adecuada podría eventualmente alcanzar a los más civilizados países de Europa occidental. *List fue mucho más que un vocero del liberalismo y el nacionalismo alemán, fue un profeta de las ambiciones de los países en desarrollo.*[11]

Las ideas de List no sólo han tenido vigencia e influencia durante el siglo XIX. Cuando me puse a estudiar recientemente la literatura sobre el desarrollo económico de los países asiáticos, como Corea y Japón, en busca de un paradigma diferente de estrategia económica, encontré varios autores estadunidenses que han analizado las experiencias exitosas de estos países. Algunos de estos investigadores (por ejemplo Fallows, Huber, Wade) han derivado, con base en estos estudios, concepciones diferentes para el progreso económico de las que, usando el término de List, serían hoy la "teoría dominante", o sea, las tesis neoliberales. Lo interesante es que hay indicios de que el pensamiento de List ha influido en estas estrategias distintas. Es decir, en el siglo XIX, las críticas de List a la teoría dominante liberal de Smith sirvieron para inspirar o sustentar estrategias alternativas de desarrollo, nada menos que en Alemania, los Estados Unidos y Rusia. ¡Ahora sirven para orientar las concepciones alternativas de Japón y Corea! ¡No es un éxito despreciable!

James Fallows, en *Looking at the Sun. The Rise of the New East Asian Economic and Political System* (Contemplando al Sol. El auge del nuevo sistema económico y político del este de Asia) se refiere a cómo economistas japoneses y coreanos estudian a List. Comenta:

> ¿Por qué Federico List? Mientras más escuchaba menciones acerca de List, en los últimos cinco años, de economistas en Seúl, en Osaka o en Tokio, más me preguntaba, ¿por qué nunca había oído de él cuando estudié economía en Inglaterra y los Estados Unidos? Pensé en él como un símbolo de la curiosa selectividad del pensamiento angloamericano sobre la economía [...] Los

[10] *Ibid.*, p. 63.
[11] *Ibid.*, pp. 56-57.

estadunidenses e ingleses con frecuencia piensan como si sus principios fueran los únicos y que nadie, excepto por error, podría concebir otros [...].[12]

Esto fue exactamente lo que propició que List reaccionara apasionadamente en su época contra la "teoría dominante" de Adam Smith. Lo interesante es que List, por residencia y por influencia intelectual, podría considerarse tanto economista estadunidense como alemán. Se nutrió tanto de los pensadores alemanes como de los estadunidenses, incluyendo el que fuera el primer secretario del Tesoro, Alexander Hamilton.

Fallows narra cómo el economista Robert Wade, que escribió un interesante libro, *Governing the Market* (Gobernando el mercado), en que plantea su interpretación de las estrategias no convencionales de los países asiáticos, había encontrado traducciones de la obra de List en todas las librerías universitarias, mientras impartió clases en Corea. No sucedió así cuando fue recientemente como investigador visitante al Massachusetts Institute of Technology (MIT), donde le costó trabajo encontrar las obras de List. Cuando finalmente encontró sólo una de ellas, el *Sistema nacional de economía política*, en su primera edición inglesa de 1885, ¡el libro había sido sacado de la biblioteca por última vez en 1966![13]

El profesor Thomas Huber, especialista en Japón, que imparte clases nada menos que en la Facultad de Historia del Colegio para el Comando y el Estado Mayor del Ejército Estadunidense en Fort Leavenworth, escribió recientemente un interesante libro titulado *Strategic Economy in Japan* (La economía estratégica en Japón). La tesis que plantea es que la política económica y la economía japonesas se sustentan en una visión estratégica. Para Huber, el Ministerio de Comercio Internacional e Industria (MITI) ordena la economía de tres maneras: orientación de políticas, orquestación de los principales flujos de fondos, organización del suministro de algunas materias primas. El sistema permite alcanzar las ventajas del sistema planificado y el sistema competitivo de mercado y superar a ambos. La estrategia japonesa supone objetivos internos, como aumentar rápidamente la producción y absorber tecnología y objetivos internacionales, que es posicionarse en el mercado global y aumentar la influencia internacional del país.

A juicio de Huber, en estas ideas han influido Adam Smith, que esta-

[12] J. Fallows, *Looking at the Sun. The Rise of the New East Asian Economic and Political System*, Pantheon Books, Nueva York, 1994, p. 179.

[13] *Ibid.*, p. 191.

blece "los límites" a la intervención del Estado; Schumpeter, que reconcilia las políticas y el mercado; Napoleón, que destaca la importancia de la organización estratégica y *Federico List*. List, a juicio de Huber, aporta el concepto de la primacía de la producción sobre el consumo. El concepto de que la nación es un sistema de producción y un ambiente de producción. Los orientales recogen la crítica de List a Smith de que la nación tiene una perspectiva de largo plazo y por ello puede prevalecer, a veces, sobre los intereses individuales. Así cita el ejemplo de que ¡Holanda construyó un sistema de diques que perfeccionó en generaciones! Huber recoge la idea de que para List los poderes productivos de una nación trascienden al concepto de riqueza, realzan el espíritu cultural y social, y aportan poder, libertad y dignidad a las naciones.[14] ¡Las tesis de libre cambio de ayer y de hoy olvidan estas nociones!

También es muy extraño que List ocupe un lugar destacado en todas las historias "latinas y alemanas" del pensamiento económico. Así fue, ya lo dijimos, en Schumpeter o en los economistas historiadores Gide y Rist o Gonard de Francia y Lucas Beltrán de España. Pero prácticamente no aparece en las historias del pensamiento escritas por autores anglosajones, ni aun los de corte liberal, como podría ser John K. Galbraith.

CONTRIBUCIÓN DE LIST AL PENSAMIENTO ECONÓMICO

¿Cuál es la contribución de List al pensamiento económico? El mérito principal de la obra de List es el de plantear una estrategia integral alternativa de desarrollo económico, sustentado en una concepción diferente de la política de comercio exterior. Formula una crítica fundamental a lo que él llama "la teoría dominante", que es la tesis librecambista de Adam Smith y de Say. Pero a ellos opone mucho más que una tesis simplista de proteccionismo.

Estas ideas están bien sintetizadas en la introducción al *Sistema nacional de economía política*, cuando dice:

> [...] en ninguna rama de la economía política domina tan gran diversidad de opiniones, entre teóricos y prácticos, como respecto al comercio internacional y a la política mercantil. A la vez, no existe cuestión alguna en el sector de esta ciencia que posea una importancia tan alta en orden al bienestar y a

[14] Thomas M. Huber, *Strategic Economy in Japan*, Westview Press, pp. 148-150.

> la civilización de las naciones, como respecto a su independencia, poderío y estabilidad. Países pobres, impotentes y bárbaros han logrado convertirse, gracias a una sabia política comercial, en imperios rebosantes de riqueza y poderío, y otros, por razones opuestas, han decaído de un elevado nivel de prestigio nacional a la insignificancia absoluta; *en efecto, hemos conocido ejemplos de naciones que han perdido su independencia y hasta su existencia política, precisamente porque sus sistemas comerciales no sirvieron de estímulo al desarrollo y robustecimiento de su nacionalidad* [...].
>
> [...] En efecto, cuanto más rápidamente progresa el afán inventivo de la industria y el espíritu de perfeccionamiento, el anhelo de la integración social y política, tanto mayor es la distancia que existe entre las naciones estancadas y las progresistas, y es tanto más peligroso quedarse atrás [...].[15]

Es decir, List *postula una estrategia de desarrollo integral para que países que reúnan ciertas potencialidades alcancen a los países más avanzados, como factor de supervivencia nacional*. Schumpeter lo expresa de manera análoga: "[...] List vio a una nación (Alemania) que luchaba contra las cadenas impuestas por un pasado miserable inmediato, pero también apreció todos sus potenciales económicos. El futuro nacional fue, en consecuencia, el verdadero objeto de su pensamiento. El presente no era más que un estado de transición [...]".[16] Algunos historiadores han analizado el pensamiento de List de acuerdo con ideas específicas, como la protección a la industria incipiente, las etapas del crecimiento o el concepto de las fuerzas productivas; *en realidad, ofrece una visión completa de estrategia económica para una nación en desarrollo*.

Vamos a resumir algunas de sus principales tesis, pero sin perder el objetivo de integrar su visión de conjunto.

Crítica a la "teoría dominante" de Adam Smith y de Juan Bautista Say

Un motor fundamental de la obra de List, por las experiencias vividas y sufridas, tanto en Alemania como en los Estados Unidos, es el ataque a las tesis de libre comercio expresadas por la escuela liberal. Así lo expresa en la primera de sus cartas (en los *Outlines of American Political Economy*).

[15] Friederick List, SNEP, p. 89.
[16] Schumpeter, *op. cit.*, p. 505.

"[...] desafortunadamente los fundadores de esta doctrina peligrosa (el libre cambio), eran hombres de grandes mentes, cuyos talentos les permitieron dar a sus 'castillos en el aire' la apariencia de construcciones fuertes y bien fundadas [...]". Expresa, en esta primera carta, "[...] yo advertiría al pueblo de estos Estados Unidos, que confía en el célebre sistema de Smith, que tenga cuidado de no morir por un bello ideal [...] ¡Podría hacerse la misma admonición a algunos de nuestros compatriotas!" Plantea, con delicioso sarcasmo:

> [...] si en épocas ulteriores un historiador conmemorara la decadencia de este país en los siguientes términos: "Fueron un gran pueblo; iban en el camino de convertirse, en todos los aspectos, como la primera nación de la tierra, pero se debilitaron y murieron confiando en la infalibilidad de dos libros importados, uno de Escocia [A. Smith] y el otro de Francia [J. B. Say]; libros cuyo fracaso general fue reconocido poco después por todos".[17]

¿Sería el mismo sarcasmo también aplicable a México?

Adicionalmente, al citar favorablemente a un joven economista alemán, Marwitz, se refiere a Napoleón y a Adam Smith en lapidaria frase: "[...] son los dos monarcas más poderosos de la tierra: más bien pudo decir los dos grandes devastadores de pueblos [...]". "[...] a causa de las doctrinas de Adam Smith, la economía política experimentó un tremendo retroceso en algunas de sus partes más importantes, especialmente en relación al comercio internacional y a la política mercantil [...]".[18]

Un elemento de crítica la sustenta List en que Adam Smith concentra su análisis de la política del libre cambio para el comercio exterior en la "economía cosmopolita", que ahora podríamos denominar la economía globalizada. Para List ello es una situación ideal, casi utópica, para un futuro. El libre cambio puede prevalecer en la medida que haya reciprocidad, las principales economías tengan una etapa similar de desarrollo económico y prevalezca la paz y la concordia. Dice List: "[...] La Escuela ha admitido como realmente existente un estado que sólo puede llegar a ser en el futuro [...]".[19]

La economía de Smith tiene como su otro sustento la economía individual, que es la que se basa en el esfuerzo de cada una de las personas.

[17] Friederick List, *Outlines of American Political Economy*, Carta I (véase la p. 479 de la presente obra).

[18] Friederick List, SNEP, p. 82-83.

[19] *Ibid.*, p. 212.

Para List, los intereses del individuo y la nación pueden no coincidir, y lo que debe prevalecer es el interés de la nación. Por otra parte, rechaza cualquier tesis autoritaria.

List considera que entre la economía cosmopolita (globalizada) y la economía egoísta del individuo debe situarse la economía nacional. Dice: "[...] Como elemento característico distintivo del sistema por mí establecido señalo la *nacionalidad*. Toda mi estructura se basa sobre la naturaleza de la nacionalidad [la economía de la nación] como el eslabón entre el individuo y la humanidad [la economía cosmopolita] [...]".[20]

Sin embargo, List reconoce el papel fundamental del comercio internacional: "[...] El comercio internacional es una de las más poderosas palancas de la civilización y del bienestar nacional, ya que haciendo surgir nuevas necesidades estimula a la actividad y tensión de energías, trasladando de una nación a otra nuevas ideas, inventos y aptitudes [...]".[21]

Descarta la dogmática restricción comercial de la "escuela del mercantilismo". Para él, "[...] la limitación es sólo un medio, pero el fin es la libertad". El libre cambio puede ser la meta hacia la cual la humanidad puede aspirar en un futuro ideal.[22]

Asimismo, reconoce que está en el interés de países como Inglaterra el ser librecambista. Dice con toda franqueza y candidez: "[...] Si fuese inglés, difícilmente hubiera puesto en duda el principio fundamental de la teoría de Adam Smith [...]";[23] pero habla de que "[...] Desde Pitt hasta Melbourne su teoría había sido utilizada por los ministros ingleses para echar tierra a los ojos de otras naciones, en provecho de Inglaterra[...]",[24] y habla de que el libre cambio era un "auténtico caballo de Troya", que utilizaba Inglaterra.

El grado de apertura comercial, para List, depende de la etapa de desarrollo. Así, el libre cambio puede ser conveniente tanto para los países muy atrasados, diríamos ahora, exportadores de materias primas, al igual que para un país que, como Inglaterra, ha alcanzado ya la madurez industrial. Sin embargo, recomienda el proteccionismo para los países que tienen condiciones para industrializarse (lo que pudiera llamarse ahora países "emergentes").

[20] *Ibid.*, p. 83.
[21] *Ibid.*, p. 97.
[22] *Ibid.*, p. 91.
[23] *Ibid.*, p. 96.
[24] *Ibid.*, p. 83.

List define su concepción básica de la economía política: "[...] La economía política debe extraer de la práctica sus doctrinas relativas al comercio internacional y establecer sus reglas para las necesidades de la actualidad y para la situación peculiarísima de cada nación [...]".[25] Bien expresa un aforismo casi de tipo juarista: "[...] en la vida de las naciones como en la de los individuos existen contra las ilusiones de la ideología dos vigorosos medicamentos: la experiencia y la necesidad [...]".[26]

Las tesis de las fuerzas o poderes productivos de la nación

A las tesis de libre cambio mercantil, List opone la tesis de las fuerzas, poderes o capacidades productivos de la nación. Aquí critica a Smith desde dos ángulos. Por una parte, el valor de cambio o valor comercial, el comercio, no es suficiente para sustentar el desarrollo de un país. Por otra parte, los conceptos de capital y trabajo no son suficientes como fuente de la riqueza de las naciones; es decir, Smith no da las explicaciones completas, de cuáles son "las verdaderas causas de la riqueza de las naciones", como lo sugeriría el título de su famoso libro.

Para List, en cambio, la prosperidad nacional es función de la capacidad que se tiene para desarrollar las fuerzas productivas *(productive powers)*. Dice: "[...] Las causas de la riqueza son algo completamente distinto de la riqueza misma. Un individuo puede poseer riqueza, esto es, valores en cambio, y no poseer las energías necesarias para crear más objetos útiles [...]" y "[...] La aptitud de crear riquezas es, en consecuencia, mucho más importante que la riqueza misma [...]".[27]

Para él las fuerzas productivas son los recursos naturales, los recursos de capital, pero también los avances en la tecnología, la comunicación, la educación de los jóvenes, la educación universitaria para los más aptos, el gobierno de la ley que da seguridad a las personas y a las propiedades, el autogobierno local. List define su visión amplia del concepto:

> [...] Las fuerzas productivas de los pueblos no sólo están condicionadas por la laboriosidad, el afán de ahorro, la moralidad y la inteligencia de los individuos, o por la posesión de recursos naturales o capitales concretos, sino

[25] *Ibid.*, p. 90.
[26] *Ibid.*, p. 92.
[27] *Ibid.*, p. 218.

> también por las instituciones y leyes sociales, políticas y civiles, y especialmente por las garantías de permanencia, autonomía y poder de su nacionalidad. Aunque los individuos sean laboriosos, económicos, aptos para el invento y la empresa, morales e inteligentes, cuando no existan la *unidad nacional* y la *división nacional del trabajo* y la *cooperación nacional de las energías productivas*, la nación nunca alcanzará un alto grado de bienestar y potencia [...].[28]

Es importante que en ese concepto de las fuerzas productivas no sólo se desarrollan aspectos tradicionales de capital, trabajo y cambio tecnológico, sino que también se adelanta a lo que han puesto de moda últimamente pensadores como Douglas North, el Premio Nobel de Economía, y Fukuyama; es decir, los aspectos del desarrollo de las instituciones y el capital social.

List adelantó la importante idea de que si bien "las leyes no crean riqueza", para él "las leyes crean capacidades productivas".

> [...] nunca la laboriosidad y el ahorro, el espíritu de invención y de empresa de los individuos ha estado en condiciones de rendir cosa de importancia, cuando no han descansado en la libertad civil, en las instituciones y leyes públicas, en la administración del Estado y en la política exterior, y, sobre todo, en la unidad y potencialidad de la nación [...].[29]

Al mismo tiempo habla, de manera avanzada para su época, de los obstáculos contra las fuerzas productivas como el despotismo, la autocracia y la esclavitud. Para él, lo importante es dotar a cada país de *una capacidad productiva permanente.* En este sentido, introduce también un concepto muy importante que es la necesidad de lograr la *educación industrial de la nación.*

Teoría de las etapas del desarrollo económico

Expresa dos maneras distintas de concebir las etapas del crecimiento de un país. Habla de que un país pasa de una primera etapa pastoral a una segunda agrícola, a una tercera de agricultura y manufacturas y, finalmente, a otra de agricultura, industria y comercio. La otra explicación la

[28] *Ibid.*, p. 100.
[29] *Ibid.*, p. 197.

vincula más a la política comercial. De acuerdo con ello, hay una primera etapa en que el libre comercio es benéfico para Estados atrasados, ya que sirve para fomentar las relaciones entre los hombres y, por ende, la organización, y para estimular necesidades materiales. Durante una segunda etapa, se intercambian materias primas por manufacturas y se estimula la propia agricultura. En la tercera, se tiene ya la capacidad para iniciar una producción manufacturera importante, y se debe recurrir al proteccionismo para defender a la industria frente a la competencia exterior. La cuarta etapa viene cuando se alcanza una situación madura; entonces el proteccionismo debe disminuir para mantener las economías sanas y competitivas.

List resume su tesis de la siguiente manera:

> [...] La Historia nos revela, finalmente, cómo las naciones dotadas con todos los recursos naturales exigidos para llevar su riqueza y poderío al grado más alto, sin entrar en contradicción con sus esfuerzos, pueden y deben alterar sus sistemas, a medida que van progresando, elevándose mediante el comercio libre con naciones más adelantadas hasta salir fuera de la barbarie y perfeccionar su agricultura, estimulando mediante limitaciones el auge de sus manufacturas, de sus pesquerías, de su navegación y de su comercio exterior, y después de haber alcanzado el más alto nivel de riqueza y poderío pueden efectuar un paulatino retorno al principio del libre cambio y de la libre competencia, tanto en el mercado propio como en el extranjero, protegiendo a sus agricultores, industriales y comerciantes contra la indolencia, y estimulándoles a defender el predominio adquirido. Vemos cómo España, Portugal y Nápoles se encuentran en el primer estadio; en el segundo, Alemania y Norteamérica; Francia parece cercana a los límites de la última etapa, que en la actualidad sólo ha sido plenamente alcanzada por Inglaterra [...].[30]

Schumpeter señala que él no está necesariamente de acuerdo con la utilidad de estas teorías de las etapas del crecimiento, de esta especie de evolucionismo económico. Por otra parte, este esquema analítico de las etapas a través de las cuales una economía debe de pasar durante su proceso de desarrollo ha tenido un atractivo para autores contemporáneos como Rostow y Kindlerberger, dos de los más distinguidos historiadores económicos. Se han puesto de moda las tesis spenglerianas de auge y decadencia de culturas y economías. Sí reconoce Schumpeter que la importancia del análisis de List acerca de estas etapas del desarrollo

[30] *Ibid.*, p. 203.

es la tesis de que "la política económica se refiere necesariamente a estructuras económicas cambiantes y que no pueden estar sujetas a un conjunto de recetas inmutables".[31]

Teoría del desarrollo armónico

List considera que el desarrollo requiere una evolución "armónica" entre la agricultura, la industria y el comercio. Así postula lo que después sería una de las concepciones del desarrollo económico de las décadas de 1950 y 1960 (por ejemplo, Ragnar Nurkse), la llamada teoría del desarrollo equilibrado.

Sin duda, la industria o, como él llama, las manufacturas son el motor de la industrialización y el progreso. Sirven para estimular la propia agricultura, que de otra manera se mantendría aislada y anticuada. El comercio sirve como puente entre ambas.

> [...] Existe división del trabajo y cooperación de las energías productivas conforme a un módulo nacional cuando la producción intelectual se halla en la nación en una proporción adecuada con respecto a la producción material, *cuando la agricultura, la industria y el comercio nacionales sean regular y armónicamente desarrollados* [...] En el caso de una nación puramente agrícola [...] una gran parte de las fuerzas productivas [...] tienen que permanecer ociosas y sin utilización. Su desarrollo intelectual y político, sus fuerzas defensivas son limitadas [...] La energía manufacturera, en cambio, fomenta la ciencia, el arte y el perfeccionamiento político, aumenta el bienestar nacional, la población, los ingresos públicos y la potencialidad de la nación [...] Solamente ella puede elevar la agricultura nacional hasta un alto grado de desarrollo [...].[32]

En su concepción del desarrollo armónico, List aprovecha para hacer una crítica de la teoría de Smith de la división del trabajo; la considera limitada, ya que se refiere sólo a la "[...] cooperación de un cierto número de individuos". Dice: "Es lástima que Adam Smith no haya desarrollado esta idea del trabajo social". Para el economista alemán, debe de irse más allá de la división de las operaciones técnicas a "una agrupación consiguiente de las energías productivas para una finalidad social". Concluye: "Smith sólo tiene presente la fábrica individual y la hacienda aislada. En cambio,

[31] Schumpeter, *op. cit.*, p. 442.
[32] Friederick List, SNEP, pp. 100-101 (cursivas mías).

se ha abstenido de extender su principio a regiones y provincias enteras [...]".[33] List concibe "[...] una división nacional de las operaciones económicas y una confederación de las fuerzas productivas de la nación [...]".

Particularmente en el capítulo XVII del *Sistema nacional de economía política* hace una apología vigorosa de la civilización urbana industrial y los beneficios que ésta produce, no sólo en términos económicos, sino culturales y psicológicos. La cultura y las artes prosperan en donde hay civilización industrial. Asimismo analiza lo que significa una economía estrictamente agrícola; el atraso, el aislamiento y la falta de generación de ideas que conlleva. Habla de cómo "el grado de cultura de una nación y el valor de su energía para el trabajo, de ningún modo se puede medir más seguramente que conforme al grado del valor que concede al tiempo".

Proteccionismo a la industria y protección a la industria naciente

El proteccionismo a la industria, en la concepción de List, es un medio y no un fin. Al principio, para un país atrasado debe prevalecer el libre cambio; el proteccionismo debe darse cuando existen condiciones suficientes para la industrialización. Cuando la economía está madura ya no se requiere.

> [...] Obligadas por los *progresos anteriores* de otras naciones, por los *sistemas aduaneros de otros pueblos* y por la *guerra,* algunas naciones menos adelantadas se han visto obligadas a buscar los medios para llevar a cabo la transición del Estado agrícola al manufacturero, limitando mediante un sistema aduanero propio el comercio con otras naciones más adelantadas y animadas por un afán de monopolio manufacturero que aquéllas consideran perjudicial.
>
> El sistema aduanero no es, como se pretende, un arbitrio mental, sino una *natural consecuencia de la aspiración de las naciones a encontrar garantías de permanencia y prosperidad, o a lograr un dominio eminente* [...].[34]

Por otra parte, List cae en una división del mundo un tanto determinista que comparten muchos de sus contemporáneos, incluyendo a Marx. Por una parte, están los países con características idóneas para la industrialización, los países de la zona templada, y, por otra parte, los países tropicales, que están condenados al libre cambio, a la exportación de

[33] *Ibid.*, pp. 232-233.
[34] *Ibid.*, p. 99.

materias primas y a la importación de productos manufacturados. También están los países atrasados, que por razones de rezago cultural, de obstáculos políticos, como el autoritarismo, o por tamaño limitado de mercado y pequeña extensión geográfica, no tienen posibilidades de progreso. En este caso se encuentran España, Portugal, Turquía y Polonia.

Desafortunadamente nuestro país, México, cae, a juicio de List, en este estrecho determinismo histórico. En la Carta V (de los *Outlines*) hay referencias nada gratas. Dice:

> [...] México y las Repúblicas del Sur actuarían con poca sabiduría al no importar mercancías extranjeras a cambio de sus metales preciosos y materias primas; sus pueblos, siendo todavía incultos, indolentes y no acostumbrados a muchos satisfactores, deben primero ser orientados por el deseo de disfrutarlos, hacia hábitos más laboriosos y a mejorar sus condiciones intelectuales y sociales [...].

De España dice cosas peores:

> [...] España debe primero eliminar su superstición, su absolutismo y sus conventos. Debe primero existir un cierto nivel de libertad, de seguridad y de instrucción para impulsar sus manufacturas [...].

El consumo subordinado a la producción

List sostiene las tesis de que se puede justificar el sacrificio del bienestar temporal del consumidor en aras del beneficio ulterior de la nación. Como bien lo expresa Schumpeter, al analizar su pensamiento, la insistencia sobre el futuro nacional modifica los conceptos del bienestar presente. Conforme a la doctrina de las fuerzas productivas, la producción tiene, en su sistema, el lugar de honor. Él justifica que el consumidor puede pagar precios más altos (que los productos importados) si mientras tanto se están desarrollando las fuerzas productivas que pueden, con el tiempo, generar productos que beneficien a la industria y a la agricultura, con lo cual finalmente el consumidor se verá beneficiado.

Nacionalismo, independencia y poder

List es un nacionalista. Para él las fuerzas productivas y el proteccionismo son instrumentos para salvaguardar la independencia de la nación.

El sistema nacional de economía, la producción, la independencia y el poder están indisolublemente vinculados. Éstos son conceptos que, a su juicio, Adam Smith, concentrado en la economía cosmopolita y la individual, ignora. Para él, un objetivo importante de la economía política es la necesidad de que países que reúnen ciertas condiciones puedan alcanzar a los países más avanzados.

Lo expresa de manera contundente

> [...] el sistema de la escuela [de Smith] adolece de tres defectos principales: en primer lugar, de un *cosmopolitismo* incongruente, que ni reconoce la naturaleza de la nacionalidad ni tiene en cuenta la satisfacción de sus intereses; en segundo término, de un *materialismo* inerte que advierte de modo principal el valor en cambio de las cosas, sin tener en cuenta los intereses espirituales y políticos, presentes y futuros, y las fuerzas productivas de la nación; en tercer término, de un *particularismo* y un *individualismo* desorganizadores, que ignorando la naturaleza del trabajo social y la eficacia de la agrupación de energías [...] sólo presenta la industria privada tal como se desarrollaría en libre tráfico con la sociedad; es decir, con la humanidad entera, si ésta no estuviese diversificada en varias sociedades nacionales [...].[35]

El Estado como rector y promotor del desarrollo económico

List considera que el poder del Estado es necesario para estimular la industria manufacturera y el desarrollo económico.

En la Carta II (de los *Outlines*) dice: "[...] El gobierno no sólo tiene el derecho, sino que es su deber, promover todo lo que pueda incrementar la riqueza y el poder de la nación, si este objetivo no pueden alcanzarlo los individuos [...]".

Pero también postula un cierto equilibrio cuando dice en la Carta VI:

> [...] Una nación provee las necesidades sociales de la mayoría de sus miembros, cuando los individuos no pueden satisfacer esas necesidades con sus propios esfuerzos; provee no sólo por las presentes, sino por las futuras generaciones [...] Un individuo, al promover su propio interés, puede perjudicar el interés público. Una nación al promover el bienestar general, puede restringir el interés de una parte de sus miembros [...] También aquí la verdad está en el justo medio. Es mala política regular todo y promover todo empleando poderes sociales [...] pero es igualmente mala política dejar a las

[35] *Ibid.*, p. 251.

cosas por sí solas, que sólo pueden ser promovidas por la intervención del poder social [...].

Expresa que las importaciones y las exportaciones no se regulan por el curso natural de las cosas, sino por políticas comerciales deliberadas y por el poder nacional. Aquí también se anticipa a plantear el concepto de las "políticas estratégicas del comercio exterior" que han postulado algunos economistas estadunidenses.

Si bien List es partidario del comercio internacional y del papel que en él desempeñan las fuerzas productivas de la nación, no es muy adepto del comerciante individual; de éste afirma: "[...] es, pues, evidente que el interés del comerciante individual y el interés del comercio de toda una nación son cosas diametralmente opuestas [...]". Dice poco antes:

> [...] A él [al comerciante] le es indiferente, y por la naturaleza de su negocio y de su anhelo no tiene que preocuparse de qué modo los artículos importados y exportados por él influyen sobre la moralidad, el bienestar y la potencia de la nación. Lo mismo importa venenos que medicamentos. Enerva naciones enteras mediante el opio y los licores [...] le importa muy poco, con tal de que su balance sea favorable. [...] Si fuera posible, vendería campos y praderas al extranjero, y después de vender la última parcela de tierra, subiría a un barco y se exportaría a sí mismo [...].[36]

Así concluye, con ese sarcasmo que hemos podido apreciar.

Impulso a la infraestructura como factor de desarrollo

En el pensamiento y en la acción, List le dio enorme importancia al papel que podría desempeñar el desarrollo de la infraestructura en su época, sobre todo los ferrocarriles, como mecanismo de impulso al desarrollo económico. Dice: "[...] empecé a considerarlos [los medios de transporte] desde el punto de vista de la teoría de las fuerzas productivas y en su *efecto de conjunto* como sistema de transporte nacional [...]". Antes había examinado el transporte en su efecto de expansión del mercado y disminución de precios de los bienes transportados, y después advirtió: "[...] la recíproca influencia existente entre la *energía industrial* y el *sistema de los transportes nacionales* [...]".[37]

[36] *Ibid.*, pp. 322-323.
[37] *Ibid.*, p. 67.

Una omisión: El tema social

Amerita hacerse un comentario acerca de una importante omisión del valioso trabajo de List. Se le ha criticado, y con razón, que prácticamente no hace, en sus principales obras, una referencia al grave problema social, al sufrimiento del proletariado como consecuencia negativa de la industrialización que él mismo promueve. Henderson, uno de los biógrafos de List, reconoce esta omisión. Observa que

> [...] List y Marx fueron los principales exponentes de dos puntos de vista diametralmente opuestos del desarrollo futuro de la sociedad [...] Ambos coincidieron en que la vieja sociedad feudal agraria conduciría a una nueva sociedad industrial en que la clase media desempeñaría un papel dominante [...] List fue un nacionalista que consagró sus energías a promover la expansión económica y la unificación política de Alemania [...] Marx un universalista que apeló a los trabajadores del mundo a destruir el sistema capitalista y remplazarlo por la dictadura del proletariado.[38]

En un solo párrafo, List da indicio de cuáles eran sus prioridades: "[...] Existe un mal mayor que una clase de proletarios: las arcas del Tesoro vacías, la impotencia nacional, la servidumbre, la muerte de la nación [...]".[39]

Otro de los destacados biógrafos de List, Edgar Salin, establece un interesante paralelo entre los dos grandes pensadores alemanes; dice:

> [...] con la excepción de Marx, ningún otro economista enfatizó tan vigorosamente como List la estrecha interrelación entre el punto de vista económico teórico y los factores políticos. Las doctrinas económicas no tenían ninguna validez abstracta para él; siempre examinó los puntos de vista aceptados y desarrolló sus propias ideas en términos de áreas políticas concretas a etapas de desarrollo económico definidas. Criticó severamente a los autores clásicos por fallar en reconocer el significado de la nación como el más importante vínculo entre el individuo y la humanidad. Vio como una expresión lógica de la supremacía industrial y comercial de Inglaterra los principios económicos de la escuela clásica y los consideró inadecuados a las necesidades de países ascendentes como Alemania y los Estados Unidos. El objeto de sus escritos fue presentar un sistema teórico que debía expresar los intereses de

[38] W. O. Henderson, "F. List & The Social Question", en *op. cit.*, p. 101.
[39] Friederick List, SNEP, p. 87.

los países que ocupaban el segundo y el tercer rango, pero que poseían las potencialidades para ser naciones de primera línea [...].[40]

¿Por qué las ideas de List son importantes para México?

Las teorías "dominantes" de entonces y de ahora, y sus adversarios

Nuestro país está inmerso en un debate de ideas y políticas no muy distinto del que se dio en Europa y los Estados Unidos en los tiempos en que List escribió sus obras. En aquel momento, el paradigma —lo que List llama la "teoría dominante"— era la escuela liberal librecambista de Adam Smith, impulsada por Inglaterra a todos los países del mundo, puesto que era la concepción que convenía, a todas luces, a sus intereses económicos.

List decía:

> [...] Todos los funcionarios públicos científicamente formados, los redactores de diarios y revistas y los tratadistas de materias político-económicas, educados como estaban en la escuela cosmopolita, consideraban la protección arancelaria, en cualquiera de sus formas, como algo teóricamente monstruoso [...] Es bien notorio que el Ministerio inglés, tan solícito cuando se trata de fomentar los propios intereses mercantiles, posee en su *secret service money* un instrumento idóneo para tomar la opinión pública extranjera bajo su tutela [...].[41]

Acaso esto no es muy distinto de la campaña que realiza el nuevo campeón del libre cambio, los Estados Unidos, mediante vías modernas a veces más sutiles, como los organismos financieros internacionales o las becas universitarias a estudiantes de países en desarrollo, ¡sin dejar de usar los medios tradicionales a que hace referencia List!

A la "teoría dominante" de entonces se opusieron importantes intereses de industrias incipientes en Alemania y en los Estados Unidos y, posteriormente, en Rusia. List articula un "modelo" alternativo que sustentó esas tesis de nacionalismo, desarrollo nacional y necesidad de alcanzar a los países punteros. Ahora la teoría dominante es el neoliberalismo; su principal promotor son los Estados Unidos. Los países ahora

[40] Edgar Salin, "F. List", en *Encyclopedia of the Social Sciences*, 1935, p. 510.
[41] Friederick List, *SNEP*, pp. 62-63.

emergentes, como Japón, Corea, Singapur, postulan opciones distintas, inspirados en su experiencia y en ideas como las de List.

Esta lucha de paradigmas económicos adquiere matices novelescos. Algunos de los economistas neoliberales de los Estados Unidos —sobre todo funcionarios de su gobierno y de los organismos internacionales— quieren demostrar que el desarrollo de los Tigres Asiáticos se ajusta al "modelo" liberal. Japón desea probar lo contrario: que tiene perfiles distintos. Comisiona un estudio al Banco Mundial que ofrece una interpretación cercana a la visión liberal. Al cuestionársele acerca de algunas conclusiones que parecen no ajustarse a la realidad de estos países, el economista japonés Sakakibara contesta: "[...] financiamos el estudio, pero no lo elaboramos [...]".[42]

¿Quién tiene la razón?

¡Para Fallows y otros tratadistas, la experiencia parece demostrar que *históricamente los países se han desarrollado tanto más rápidamente cuanto menos atención le concedieron a los actuales principios económicos angloamericanos!;*[43] cita al economista Blinder de Princeton: "Me refiero al reto japonés a la doctrina económica aceptada. Expresado en términos breves y muy audaces: los japoneses han tenido éxito, haciendo todo mal —de acuerdo con las tesis económicas convencionales".[44] ¡Esto es la reencarnación intelectual de List!

México no ha crecido en los últimos 15 años, ha sufrido varias crisis y nuestros trabajadores tienen el ingreso real de hace dos décadas. No sólo no alcanzamos a otros países, sino que los nuevos Tigres Asiáticos, con políticas diferentes, nos igualan o superan ya en diversos indicadores. ¿No vale la pena plantearnos opciones a la teoría dominante?

Comercio internacional: Aprovecharlo para la nación o para aprovechar a la nación en beneficio de otros

List no rechazó entonces el "ideal" de la economía cosmopolita, como tampoco los nuevos países emergentes asiáticos y sus técnicos rechazan

[42] Fallows, *op. cit.*, p. 206.
[43] *Ibid.*, p. 194.
[44] *Ibid.*, p. 207.

ahora las tendencias hacia la economía globalizada. Lo que se debate es el modo como las economías deben insertarse en esa economía globalizada.

No es una tesis autárquica, el comercio internacional es importante. Para el economista alemán se pueden importar materias primas y productos agrícolas sin restricciones. No se busca el proteccionismo como fin, sino como medio de política; es el rechazo al libre cambio como dogma.

Parecería que al esbozar estas tesis proteccionistas de List se sugeriría que aspiráramos a regresar al proteccionismo latinoamericano de los años cincuenta y sesenta. Pero no. Es más bien la búsqueda de una nueva forma de integrarse en la economía global acorde con los intereses nacionales. Corea y Japón lo hacen con inteligencia en los años ochenta y noventa. América Latina se equivocó, frente a Asia, al perseverar más allá de lo debido con el proteccionismo. Vale la pena preguntarnos si, al fin de milenio, ¿nos excedemos frente a estos mismos países ahora al adoptar un liberalismo a ultranza, con similares consecuencias negativas?

Lo que se ha olvidado es que los grandes países se convirtieron al libre cambio cuando se hicieron economías dominantes. Inglaterra fue proteccionista antes de lograr su revolución industrial. "Después de que se volvieron fuertes los Estados Unidos comenzaron a predicar el *laissez faire* al resto del mundo".[45] Ahora son los japoneses los que se protegen. Fallows concluye:

> [...] Los Estados Unidos, tratando de alcanzar a Gran Bretaña, se comportaron más o menos como los líderes Meiji y el Japón de la posguerra, al tratar de alcanzar a los Estados Unidos [...] Los grandes éxitos industriales de los últimos dos siglos —Estados Unidos después de su revolución, Alemania bajo Bismarck, y Japón después de la segunda Guerra Mundial— todos violaron las "reglas" de "dejar hacer, dejar pasar" [...].[46]

¿Cómo se aplican las teorías de List a nuestra experiencia en la nueva relación comercial que hemos establecido con los Estados Unidos? List dice:

> [...] la teoría, preocupada por la humanidad o por los individuos, se había olvidado de las naciones; *fue, entonces, evidente para mí, que entre dos naciones*

[45] *Ibid.*, p. 196.
[46] *Ibid.*, p. 199.

> *muy adelantadas, la libre competencia sólo puede influir de modo benéfico para ambas cuando las dos se encuentran aproximadamente en el mismo nivel de progreso industrial,* y que una nación rezagada por algún infortunio en orden a su industria, a su comercio y a su navegación, cuando por lo demás posee los recursos intelectuales y materiales necesarios para su desarrollo, debe en primer término poner en tensión todas su fuerzas para llegar a competir después con las naciones más adelantadas [...].[47]

Se expresa acerca de los tratados comerciales:

> [...] Los tratados de comercio sólo son legítimos y útiles cuando procuran recíprocas ventajas. *Son tratados mercantiles ilegítimos y nocivos aquellos en que la energía industrial incipientemente desarrollada de una nación se sacrifica a otra, para lograr concesiones relativas a la exportación de productos agrícolas;* por ejemplo los tratados al estilo del de Methuen, verdaderos tratados leoninos [...].[48]

A este respecto List, al analizar el desarrollo fallido de Portugal, dice:

> [...] Logró el famoso ministro inglés Methuen convencer al gobierno portugués de que Portugal ganaría muchísimo si Inglaterra permitiera la importación de vinos portugueses con un arancel un tercio más bajo que el señalado para los vinos de otras naciones, autorizando, en cambio, Portugal la importación de paños ingleses [...] Inmediatamente después de estipularse ese tratado mercantil, Portugal fue inundado de manufacturas inglesas, y la primera consecuencia de este hecho fue la ruina completa e instantánea de las fábricas portuguesas [...].[49]

Esperemos, con el sarcasmo del economista alemán, que el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica no provoque, en futuros tratadistas, una comparación con el Tratado de Methuen. Para evitar esa eventualidad, se requerirá hacer una evaluación objetiva constante de las ventajas y perjuicios que el Tratado conlleva para nuestro aparato productivo.

Cuando List descarta el valor de cambio y el comercio mismo como fuente de riqueza, está previniendo contra una estrategia de desarrollo industrial y comercial, como la de México, en que el país se está convirtiendo en una gigantesca maquiladora. Efectivamente, se exporta mucho, pero se importa casi todo lo que se exporta, incorporando un muy bajo valor agregado. Ello se explica en términos listianos, porque no hemos desarrollado nuestras fuerzas productivas, que significaría

[47] Friederick List, *SNEP*, p. 60 (cursivas mías).
[48] *Ibid.*, p. 105 (cursivas mías).
[49] *Ibid.*, pp. 157-158.

—entre otras cosas— la integración del proveedor nacional al aparato productivo exportador. Nos hemos sobrecomercializado y desindustrializado.

Los países asiáticos, por otra parte, interpretaron bien a List. Se abrieron a los insumos y equipos necesarios para ser mejores exportadores; pero mantienen, directa o indirectamente, una protección inteligente y selectiva sobre ciertos artículos industriales y, particularmente, en bienes de consumo superfluos.

La necesidad de una política económica propia sustentada en el desarrollo de las fuerzas productivas

List reivindica para los países el derecho que cada uno tiene de seguir la política económica que más convenga a sus circunstancias. No hacerlo es poner en peligro la propia supervivencia como nación. Así, plantea una economía nacionalista sustentada en las fuerzas productivas.

En el caso de México, resulta por demás atractivo introducir la necesidad de desarrollar las fuerzas productivas de la nación, la creación de las capacidades permanentes, como objetivo, fuente y causa de una riqueza futura. Establecer un equilibrio armónico entre agricultura, industria y comercio, que, en nuestro caso, se ha desequilibrado en favor del comercio y las finanzas. List casi no trata el tema de la banca, pero en su concepción seguramente debería subordinarse al apoyo del aparato productivo y no al revés.

List coincidiría también en el esfuerzo que debemos hacer para recuperar el rezago en nuestra infraestructura, en nuestras comunicaciones y transportes como en su época lo fueron los ferrocarriles, la navegación y el telégrafo. Destaca también la importancia de los aspectos institucionales, como el autogobierno local —que en nuestro caso sería el federalismo—, la educación y el Estado de derecho. Él destacaría la necesidad de avanzar por etapas, con una visión estratégica de largo plazo. ¡Los diques holandeses se hicieron en generaciones!

El "modelo económico de cabeza"

En el modelo de List, el productor es el rey. El consumidor se subordina a los intereses de las fuerzas productivas; es decir, tendrá que pagar

inicialmente precios más altos mientras se desarrolla el país. Lo importante es preparar las fuerzas productivas y educar industrialmente a la nación para competir en el ámbito internacional. Fallows lo expresa bien:

> Para el enfoque angloamericano, el bien superior de una sociedad se mide por su nivel de consumo [...] En la visión alemana, la medida final de un sistema económico es lo que logra para los productores —manufactureros e inventores— más que por su efecto inmediato sobre los consumidores. La sociedad vale tanto como lo que hace y produce, no tanto por lo que compra.[50]

Además, es evidente que nosotros no compramos porque no producimos.

El modelo que está siguiendo México parecería, en muchas facetas, tener como eje al consumidor. Es lo que buscan las grandes economías que quieren mercados más amplios para sus productos. Así lo atestiguan varios de "los museos de la apertura comercial", como son algunos de los nuevos y muy vistosos centros comerciales. Pero ese consumo, en nuestro país, está limitado a muy pocos estratos de la población debido al bajo poder adquisitivo y la estrechez del mercado. ¡Parecería que *éste es un modelo económico de cabeza!* Enderezar el modelo, evaluarnos por lo que producimos todos y no por lo que consumen unos cuantos significaría montarlo sobre el desarrollo permanente de "las capacidades productivas de la nación", creando un auténtico "sistema nacional de producción", privilegiando a ésta y no a las finanzas: así han actuado las economías asiáticas.

A la búsqueda de un paradigma propio

Ésos son los dilemas a los que México se enfrenta ahora: deseamos integrarnos al nuevo mundo de la globalización, pero hay un reclamo cada vez más generalizado para darle su función a la economía nacional, al mercado interno. La sociedad, cansada de una cadena de crisis con estancamiento endémico, está en búsqueda, como los personajes de la obra de Pirandello, de un nuevo paradigma de desarrollo que no esté desarticulado de nuestra historia y tradición ni tampoco del escenario contemporáneo.

[50] Fallows, *op. cit.*, pp. 183-185.

México se beneficiará de concebir una nueva síntesis entre los reclamos del mundo globalizado y su propia estrategia nacional de desarrollo, vinculada a sus tradiciones y al muy complejo mosaico de nuestra realidad nacional. No podemos repetir el error de una modernización de superficie como la que se intentó en el México del Porfiriato del siglo XIX o el Irán del siglo XX, rechazada por amplias capas de la población, víctimas del rezago social y la desigualdad, y que propició sendas revoluciones.

En la Rusia de finales del siglo XIX también existía una confusión de ideas inherentes a su situación.

> Ese país estaba a la deriva en el nuevo mundo del capitalismo occidental (como lo estamos nosotros en el mundo de la globalización), [...] se buscaba un amarre firme de significado y propósito; se requería un vínculo ideológico entre la tradición y la nueva tecnología, [...] para intentar vincular al país al nuevo modelo occidental de desarrollo [...].[51]

Eso era —como ya lo mencionamos— lo que buscaba Sergei Witte, ministro de Hacienda de Rusia de finales del siglo XIX y por ello absorbió las ideas de List como sustento de sus políticas. Expresó: "[...] mientras Rusia no desarrolle un sistema económico nacional —el suyo propio— basado sobre las condiciones únicas del escenario ruso, vacilaremos entre las diversas teorías económicas del día [...]".[52]

Por otra parte, Witte reconoce en un célebre memorándum que presenta ante el zar Nicolás II en 1900:

> [...] La competencia internacional no espera. Si no tomamos enérgicas y decisivas medidas para que en el curso de la siguiente década nuestra industria sea capaz de satisfacer las necesidades de Rusia, entonces la rápidamente creciente industria extranjera romperá a través de nuestras barreras arancelarias y se establecerá en nuestra madre patria [...] y penetraría sus raíces sobre las profundidades de nuestra economía [...] Esto puede gradualmente abrir el camino para una triunfante penetración política por potencias extranjeras [...] Nuestro atraso económico condiciona el atraso político y cultural [...].[53]

¡El desafío que menciona Witte es también el nuestro! Lo que debemos rescatar es el carácter estratégico y de largo plazo de las políticas econó-

[51] Von Laue, *op. cit.*, p. 54.
[52] *Ibid.*, p. 53.
[53] *Ibid.*, p. 3.

micas de desarrollo, configurar un sistema económico nacional con perfiles adecuados a nuestras características, que nos lleve a lograr la supervivencia económica, evitando a la vez el rezago social interno y el rezago ante otros países.

Podemos concluir que la obra de List está llena de conceptos maravillosos, apropiados a nuestro tiempo; por eso es un clásico crítico de una teoría dominante. Su vida y su obra es la lucha contra el dogma. Es el esfuerzo por establecer políticas económicas adecuadas a las circunstancias de cada país. Es el equilibrio armónico entre agricultura, industria y comercio. Es el justo medio entre el individuo, la nación y la globalización. Es el balance entre las fuentes materiales y espirituales que contribuyen al desarrollo. Es el partidario de una protección inteligente para insertarse mejor en el comercio mundial y así progresar. Es el creyente en el desarrollo de las fuerzas productivas y de un sistema nacional de producción para sobrevivir. Es la visión de un hombre de acción y de un hombre de ideas que no se hizo en el escritorio; se forjó en el contacto con las realidades muy diversas que analizó, y aplicó sus tesis a los dos países en los cuales hizo patria, los Estados Unidos y Alemania. Alemania lo ha reivindicado, los Estados Unidos lo han olvidado porque desarrolló tesis que sustentaron en el siglo pasado su progreso, pero que ahora van en contra de sus intereses nacionales. Pero lo que List dijo se aplica ahora a México, se aplica a Oriente, se aplica a los países emergentes de hoy, que, como Alemania, Rusia y los Estados Unidos del siglo pasado, no quieren rezagarse y para quienes el concepto de nación no se reduce a un pequeño grupo de consumidores privilegiados por importaciones de bajos precios, pero pagando una alta dependencia política para todos.

Retomando la cita de Schumpeter: "[...] List vio a una nación que luchaba contra las cadenas impuestas por su miserable pasado inmediato; también vio sus potencialidades económicas. El futuro nacional fue el verdadero objeto de su pensamiento; el presente es sólo un estado de transición [...]". Esto es aplicable al México de hoy, como lo fue a la Alemania de hace siglo y medio; pero para resolver bien la transición, habría que apropiarse de muchos de los conceptos de List, incluyendo el rechazo a la adopción ciega y plena de la actual teoría dominante, muchos de cuyos principios son contrarios a nuestro verdadero interés nacional.

FRANCISCO SUÁREZ DÁVILA

FEDERICO LIST

> El más excelso fin de la política nacional es la asociación de las naciones bajo la ley jurídica, una finalidad que solamente puede alcanzarse mediante la equiparación más perfecta posible de las naciones más importantes de la Tierra en orden a su cultura, bienestar, industria y poderío, por transformación de las antipatías y conflictos que entre ellas existen en simpatía y armonía.
>
> LIST, *Sistema*, p. 447

Al siglo justo de aparecer en su idioma original la primera edición del *Sistema nacional de la economía política* de Federico List publícase con el presente libro la primera edición castellana de esa obra tan destacada. Vive hoy el mundo momentos más angustiosos que los de Europa al terminar la era napoleónica: cuando estas líneas se escriben acaba de perfilarse para la inmensa mayoría de los pueblos de la tierra la lucha armada entre dos grandes grupos de potencias, uno de los cuales afirma su anhelo de libertad democrática como base de la vida humana y de la cultura, y otro pretende vanamente imponer un credo de violencia y afirmar su poderío sobre la negación de estos valores: libertad, respeto a la palabra dada, igualdad de todos los pueblos, colaboración en la cultura.

Gentes habituadas a una superficial lectura y a una reprobable ligereza de juicio podrían suponer que, cien años atrás, esta obra se escribía contra Inglaterra, cuando en el espíritu de su autor sólo señoreaba el propósito de salvar a Alemania y a Europa del caos político y de la anarquía, asegurando de paso la colaboración de las naciones nuevas para el progreso industrial del mundo. Con la misma errada interpretación podría hoy suponerse por algunos críticos malévolos e interesados que la presente edición del *Sistema* trata de atizar rescoldos nacionales contra una posible hegemonía. La finalidad es precisamente la contraria: el *Sistema* de List se edita en castellano para quienes saben leer limpiamente y desdeñan la absurda técnica de los especialistas en torcer las ideas ajenas y en hacer turbias derivaciones de aguas muy claras hacia el molino sombrío de sus maldades.

List fue un amante de la libertad: por ella padeció prisiones y vio cerrado su acceso a cargos eminentes. Emigrado por razón de sus ideas, tuvo frecuentes y encendidas alusiones a los países que, en la Historia, abrieron sus fronteras, su economía y su cultura a los refugiados políticos y religiosos, y censuró en cambio a las naciones capaces de mutilar su cuerpo social con una expulsión en masa, y de rebajar su espíritu colectivo con una tal negación de humanidad. "Una *unión universal basada en el predominio político* —dice List—,[1] en la riqueza predominante de una nación, es decir, *en la sumisión y dependencia de otras nacionalidades,* traería como consecuencia la ruina de todas las características nacionales y de la noble concurrencia entre los pueblos; contradiría los intereses y los sentimientos de todas las naciones que se sienten llamadas a realizar su independencia y a lograr un alto grado de riqueza y de prestigio político; no sería otra cosa sino una repetición de algo que ya ocurrió una vez, en la época de los romanos; de un intento que hoy contaría con el apoyo de las manufacturas y del comercio, en lugar de utilizar como entonces el frío acero, no obstante lo cual, el resultado sería el mismo: la barbarie."

De haber vivido en nuestro tiempo, Federico List —ágil burlador de tiranos— se hallaría nuevamente en tierras americanas, luchando hoy por la libertad, como entonces luchó por la conquista de la tierra y por cubrir las etapas del progreso cultural en su patria adoptiva. Con la modestia del hombre laborioso, convencido de que sus obras están por debajo de sus aspiraciones, pero con la decisión del hombre históricamente activo, List hubiese aplicado su talento organizador a acortar la distancia que separa los hombres dignos de la eficacia en sus resoluciones, y con seguridad hubiese preferido salvar las esencias de la humanidad amenazada, que no colocarse al servicio de quienes, voceando en nombre de la patria, ponen para siempre en peligro la existencia de su nación. Mientras estuvo en su país no figuró en el bando de los perseguidores ni de los promotores de guerras: cuando puso el pie en América no obedecía instrucciones secretas ni estaba al servicio de ninguna fuerza subversiva: llevaba consigo su familia, su amor a Alemania y el designio de ser útil —como lo logró plenamente— al país que en lo sucesivo sería su segunda patria.

[1] Cfr. el texto de la presente obra, p. 98.—"Para conducir un pueblo hacia la moralidad precisa tender, sobre todo, a ponerlo en condiciones de procurarse las cosas necesarias y agradables de la vida." (De un artículo en el *National-Magazine,* de 1834, núm. 18.)

La prueba de estos asertos se halla frecuentemente repetida en las páginas del presente libro: anticiparla sería privar al lector del placer justísimo de hallar por sí solo esos motivos de admiración hacia un escritor cuya talla humana no es inferior a su calibre como economista. Por fortuna, el "caso List" se halla iluminado desde todos los ángulos, y resulta relativamente fácil apreciarlo en su justo valor cuando se tiene ese franco propósito. Por parte nuestra hemos creído oportuno destacar con mayor detalle las incidencias de la vida de List durante el periodo que permaneció en América: primero, porque así lo justifica nuestra admiración por este país y su progreso cultural; además, porque otros aspectos de la vida y obras de nuestro economista han sido ya objeto de apreciación más amplia; finalmente, porque List es considerado uno de los mejores intérpretes —si no el mejor— del pueblo americano para los europeos durante la primera mitad del siglo XIX. En este empeño ha sido para mí particularmente valioso el volumen II de las *List-Werke*, publicado por William Notz,[2] donde se compilan en forma exhaustiva los

[2] En el año 1850 editó Ludwic Hausser una colección de los principales escritos de Federico List, bajo el título *Friedrich List gesammelte Schriften*, en dos partes, dedicada la primera a la vida del economista, y la segunda a sus publicaciones. Aparte de los fascículos 1 a 46, publicados por el Archivo List en su ciudad natal, Reutlingen, poseemos el monumental trabajo publicado en los volúmenes (12 partes), bajo los auspicios de la Friedrich List-Gesellschaft, con la cooperación de la Academia Germánica y de la Comunidad de la Ciencia Alemana, en Berlín (Edit. Reimar Hobbing), por los profesores Erwing V. Beckerath, Karl Goeser, Friedrich Lenz, William Notz, Edgar Salin y Arthur Sommer. Esa magnífica edición, que es, a un tiempo, recopilación de sus obras, artículos y correspondencia, archivo documental de las actividades de List y valoración crítica, virtualmente exhaustiva, de su labor como político y economista, se halla agrupada del siguiente modo: vol. I: *La lucha por la reforma política y económica* (1815-1825): 1a. parte: *Escritos políticos de la primera época* [1932]; 2a. parte: *Escritos sobre política mercantil de la primera época, y documentos del proceso* [1933]. Vol. II: *Líneas fundamentales de una Economía política y otras aportaciones del periodo americano (1825-1832)* [1931]. Vol. III: *Escritos sobre problemas de comunicaciones:* 1a. parte: *Introducción y texto* [1929]; 2a. parte: *Selecciones y comentarios* [1931]. Vol. IV: *El sistema natural de la Economía política* (1a. edición, traducida del manuscrito original francés) [1927]. Vol. V: *Artículos y trabajos de los años 1831-1844* [1928]. Vol. VI: *El sistema nacional de la Economía Política* (edición depurada, con un apéndice) [1930]. Vol. VII: *La unidad político-económica nacional de los alemanes (artículos del* Zollvereinsblatt *y otros escritos de la última época)* [1931]. Vol. VIII: *Diarios y correspondencia (1812-1846)* [1933]. Vol. IX: *La vida de List, día por día. Selección de cartas y documentos. Escritos y discursos, extractos, fragmentos, notas. La personalidad de List según las descripciones y juicios de sus contemporáneos. Bibliografía* [1936]. Vol. X: *Índices de la edición. Índice de materias. Índice geográfico. Índice onomástico. Corrigenda. Índice alfabético general* [1936]. Sobre los trabajos efectuados por List en tierras de América cfr., especialmente, además del vol. II de esta magna obra de la List-Gesellschaft, los artículos del editor de dicho volu-

documentos más importantes relacionados con la estancia de List en América.

Huyendo de la Europa de Metternich, llegaba en la tarde del 9 de junio de 1825 al puerto de Nueva York, el profesor de Economía Federico List, que había embarcado con su esposa y sus cuatro hijos en Le Havre, a bordo del paquebot "Henry". Este viaje se realizaba por invitación reiterada del marqués de Lafayette,[3] a quien List había conocido en París, en 1823, y ponía término a la primera y azarosa etapa de la vida de nuestro economista.

Hijo de un curtidor de Reutlingen, pequeña ciudad de Würtemberg, List había nacido el 6 de agosto de 1789, y, apartándose de la tradición artesana de su padre, desempeñó desde 1806 hasta 1813 varios modestos cargos burocráticos en diversas ciudades de aquel reino, fijando después su residencia en Tübingen y asistiendo a las clases de la Universidad en dicha ciudad.

En Stuttgart, capital del reino wurtemburgués, hizo (desde 1816) sus primeras armas políticas junto al ministro liberal Wangenheim, uno de los animadores de la nueva Facultad de Ciencias Sociales, en la que List fue nombrado (1817) profesor de Política práctica. A la vez tímido e impulsivo, vigoroso en sus iniciativas, aunque lento en las realizaciones, animado por una fuerte aversión a los burócratas de su patria y de su tiempo, que eran culpables de la anarquía y de la bajeza de Alemania, List conoció pronto la hostilidad de sus compañeros y las persecuciones de los gobernantes. Su patriotismo no le impidió censurar el hecho de que en la batalla de Leipzig Napoleón fuera traicionado por las tropas

men, William Notz, publicados bajo el rótulo "Friedrich List in Amerika", en el *Weltwirtschaftlichen Archiv*, de Kiel, vol. XXI (1925, I), pp. 199 y ss., y vol. XXII (1925, II), pp. 154 y ss., y la edición inglesa de ese escrito en *The American Economic Review*, vol. XVI, 1926, pp. 249 y ss. Cfr., por último, mi artículo "Humanidad, Nación y Estado en la obra de Federico List", publicado en *Investigación Económica*, vol. III, México, 1941 (4º trimestre), pp. 297 y ss.

[3] List entabló relación con el marqués de Lafayette, en el año 1823, por mediación del filósofo francés Víctor Cousin. En repetidas ocasiones invitó Lafayette a List para que le acompañara en sus viajes: la última vez, en una carta datada en Richmond (Virginia), en 22 de enero de 1825. "Con la más viva expresión de patriotismo y amistad" lamentaba Lafayette los infortunios de List, causados por "la triste situación de Europa", y le invitaba a trasladarse al Nuevo Continente: "Todo cuanto, por fortuna, veo aquí —decía— contrasta vivamente con el pretendido orden social de Europa, y prueba con evidencia la superioridad y la facilidad de las instituciones americanas".

wurtemburguesas; su pasión germánica le indujo a fustigar los males del centralismo, moldeado a la prusiana en la Confederación de los Estados alemanes, a la sazón hirvientes de un oscuro anhelo de renacimiento.

A los veinticinco años todavía era List un niño grande, a quien sacaban de quicio las sumisas opiniones de sus contemporáneos. Fueron, en efecto, las desmedidas alabanzas que sus compatriotas dedicaban a Adam Smith las que encendieron la insuperable antipatía de List hacia el "pérfido" economista inglés. Durante esa época brota ya en List aquel placer por la antinomia que no había de abandonarle en toda su vida: desde las columnas del diario *El amigo del Pueblo de Suabia* (1818) lucha contra el absolutismo del rey Guillermo I de Prusia y por la moralización administrativa y la libertad de la prensa. Contra Adam Smith es el apóstol del antiliberalismo en economía; en Alemania, por el contrario, lucha y sufre por la libertad.

Explica List en el prólogo de la presente obra cómo llegó en 1819 a constituir en Leipzig la Asociación Alemana de Industria y Comercio, cuyo objeto era remover las aduanas interiores de Alemania, repartir equitativamente las cargas públicas y lograr de los gobernantes la formulación de un presupuesto general. La administración wurtemburguesa, que había ordenado la suspensión del diario de List, acusó a éste por haber aceptado un empleo de aquella Sociedad "extranjera". En 1820 abandonó List el servicio del Estado, si bien fue elegido por Reutlingen, su ciudad natal, como representante en los Estados generales de Würtemberg. Allí luchó contra las instituciones retrógradas de su tiempo con tal violencia, que hubo de expatriarse, viajando por Alsacia, Baden y Suiza, y visitando Londres y París. A su retorno fue encarcelado en la fortaleza de Asperg, logrando sólo la libertad con la promesa de trasladarse a América, en compañía de su esposa, "dulce amiga en los días desgraciados" y centro constante de la humanísima atención de este hombre apasionado.

Al día siguiente de su llegada al Continente americano se trasladó List a Filadelfia, deseoso de reunirse con Lafayette, que a la sazón recorría los Estados Unidos como huésped de honor de la nación por cuya independencia había luchado junto a Washington. Después de su gira por los estados del Sur y del Oeste, llegó Lafayette a la ciudad de Albany, donde List se reunió con él. Durante tres meses acompañó nuestro economista al libertador, recorriendo con él las ciudades más florecientes

de la Unión, desde Nueva York y los estados del Atlántico Norte hasta Maryland y Virginia. Ninguna lección más admirable podía recibir el refugiado List que la de estas comarcas, gozosas en construir su nación en el orden económico, después de haber alcanzado en lo político su mayoría de edad. De este viaje venturoso arranca su admiración por Norteamérica, la mejor experiencia de su vida.[4]

La amistad de Lafayette valió a List el conocimiento de personalidades muy destacadas, como Henry Clay y Harrison, Jefferson, Monroe, Madison, Emerson y Webster, y aunque, muchas veces, esos contactos fueron de índole pasajera, impresionaron fuertemente a List, quien con sus finas dotes de observación recogió en sus escritos los caracteres más sobresalientes de los prohombres de América.

Al término de su viaje con Lafayette decidió List preocuparse por sus propios problemas económicos y se trasladó a Pittsburg, que en aquella época sólo contaba 10 000 habitantes. Desde esa ciudad, y antes de realizar su asentamiento, visitó en las cercanías las localidades de Harmony y Economy, colonias de tipo comunista fundadas por el separatista wurtemburgués Jorge Rapp,[5] suscitando la contemplación de esos poblados

[4] "Exhausto por las persecuciones, amargo fruto de una lucha constitucional por el bienestar de mi país nativo —invitado por ese hombre ilustre que ha llenado los dos hemisferios con su gloria militar, y tres generaciones con sus virtudes cívicas—, alcancé los felices umbrales de la libertad a tiempo aún para asistir al más grandioso espectáculo del mundo. Estuve presente en su triunfal entrada en Albania, y en esa celebrada ciudad, cuando cruzó las bellas campiñas de Lancaster, y el espléndido Hudson, atestado por cientos de miles de personas. Oí las explosiones de una nación agradecida, en nuestro moderno Tyre [Nueva York], el día de la conmemoración de la Independencia americana. Contemplé emocionadas lágrimas cuando el primer magistrado de la nación pronunció aquel clásico y genial discurso, y exaltó los sentimientos de todos en el día de la partida. Tal fue el motivo de mi viaje a América, y tal fue mi iniciación en este gran país, donde los héroes son sabios y los sabios legisladores —donde, por primera vez, fue fundado un imperio sobre la industria, los derechos equitativos y la energía moral de los ciudadanos—, donde los gobiernos son meras asambleas populares, y las conquistas sólo se hacen con el propósito de participar en la libertad, en la civilización y en la dicha conquistadas. Estimo como el más alto premio, digno de toda una vida, el haber contribuido, siquiera en mínimo grado, a una obra de semejante grandeza." (Discurso de List en Filadelfia, en 1827.)

[5] Pertenecía Rapp a la religión pietista, y en 1803 emigró a América, donde al año siguiente se reunieron con él unos 700 emigrantes de la misma creencia. Ese grupo se asentó en Pennsylvania, a 12 millas del río Ohio, en terrenos adquiridos por Rapp, quien fue nombrado presidente de la colonia que recibió el nombre de *Harmony*, en recuerdo de la tradición apostólica. Un grupo de 80 familias se separó de la comunidad, fundando otra denominada *Blumengartenthal* a 30 millas del río Susquehanna. En 1815, los harmonitas vendieron su colonia y fundaron otra en la ribera del río Wabas *(New Harmony)*,

una viva admiración, que List expresó en las páginas de su diario de viaje, y, más tarde, en los artículos del *Readinger Adler*. La visión de esas solícitas colmenas que, con una u otra idea política o religiosa, pero con el mismo fondo de trabajo constructivo y optimista, cubrían las comarcas de la Unión, impresionó vivamente a Federico List, animándole a llevar a la práctica el propósito, que ya tuvo en su patria, de adquirir una hacienda y consagrar buena parte de sus actividades a las empresas de la agricultura, que después de sus azarosos años de juventud le dieran apacible reposo, ingresos suficientes y algunas horas de libertad para sus estudios predilectos. La finca adquirida (en 5 de noviembre de 1825) con ese objeto en las cercanías de Harrisburg, aguas arriba del Susquehanna, no colmó sus aspiraciones: su explotación fue un fracaso, por falta

que diez años más tarde fue traspasada al socialista escocés Robert Owen. Rapp volvió nuevamente a Pennsylvania, y en unas colinas sobre el río Ohio fundó una tercera colonia, a la que bautizó con el nombre de *Economy*; este establecimiento conoció una prosperidad envidiable, pero luego, también, una rápida decadencia, a causa de la prohibición del matrimonio y de la falta de nuevas aportaciones de inmigrantes. De su diario de viaje (que conservaba en Viena Fr. List Pacher von Theinburg) extraemos estas breves notas relativas a la visita a los rappistas: "Orden perfecto, satisfacción en los semblantes, alegría, limpieza, tolerancia mutua, hasta el punto de que no disponiéndose al principio de suficiente número de viviendas, tuvieron que vivir tres o cuatro familias en una casa; y, sin embargo, no se ve otra cosa que paz. Calles anchas y hermosas, cada casa con su jardín... A cada uno se le da tanta harina como necesita; aves de corral tienen todos en su granja y huevos a voluntad. Cada familia tiene ahora una vaca (antes, dos). Va a instalarse una fábrica para la producción de manteca y queso, donde todos podrán tomar lo que necesiten, lo mismo que ocurre con las hortalizas. Luego, cada uno plantará en su huerto lo que haya menester, y sólo cuando esto no baste acudirá a las plantaciones colectivas. Se reparte medio jarro de cerveza por persona en la cervecería comunal... También se fabrica en común el azúcar, repartiéndolo entre las familias. Cuando uno está enfermo da aviso al doctor y a la farmacia; cuando los zapatos están rotos, etc. No se lleva ninguna cuenta. Los habitantes de la colonia reciben lo que necesitan del almacén colectivo, contra un recibo extendido por el presidente. La "Harmonía" no contaba al principio más que con un capital de 15 000 dólares; los comienzos fueron muy duros; el número de familias era, aproximadamente, de 120. Estas gentes tienen aquí su patria, sus hermanos, padres, hijos y amigos; igualdad entre sí, trato amable por doquier, protección contra toda amenaza, auxilio en los momentos de apuro, alimentos abundantes, un sentido común que anima todo el progreso y estimula al trabajo. Rapp se da cuenta de que no ha realizado una gran obra colectiva. Una vez oí decir a un señor en Alemania: Un día de vida vale más que mil años de fama... Mi objeto no es discutir sobre dogmas y opiniones acerca de las cuales fallará el porvenir. Quiero mostrar solamente de lo que son capaces en este país unos hombres de buena voluntad, pacíficos, honorables y respetuosos con sus semejantes. Nada saben, en general, del dinero y sus problemas, que es cosa de los administradores. Los demás viven el año entero sin ver un céntimo, y están tan contentos, pues así se ven libres de mil preocupaciones menudas..."

de experiencia, que obligó a List a recurrir a gentes del país, y por lo insano del paraje, que afectó a la salud de su esposa. En el verano de 1826, no encontrando comprador para su hacienda, List se resolvió sencillamente a abandonarla, después de haber perdido la mitad de su capital, como se desprende de una de sus cartas a Lafayette. Durante los pocos meses de residencia en su granja de Harrisburg, además de las tareas del campo, estudió List afanosamente los elementos de la química industrial, la mecánica, la minería, la agricultura y, en general, todas las disciplinas industriales..., historia política por puro pasatiempo; ni la medicina le fue del todo extraña, pues había decidido, si le fallaban todas las demás soluciones, dedicarse a la práctica de la medicina después de cursar los estudios normales del arte de curar.

En el corazón de las Montañas Azules, y al borde del río Schuylkill, comenzaba a florecer por aquellos años la aldea de Reading, cuyos 5 000 habitantes eran en su mayoría de origen alemán, preferentemente de las regiones de Suabia y de Hesse. Fueron grupos de emigrantes como esos "los que convirtieron Pennsylvania en el vergel de la Unión", según List escribió más tarde: hombres sencillos y laboriosos, alejados de las sugestiones urbanas, y con dos solos soportes de cultura: la iglesia y el diario. En este último campo habían de revelarse las especiales aptitudes de List, pues éste se hizo cargo (1826) de la dirección del diario *Readinger Adler*, que contaba treinta años de existencia y era considerado por los emigrantes alemanes como "la biblia de la comarca de Berk".

Este nuevo centro de trabajo, aparte de subvenir decorosamente a sus necesidades familiares (con un salario de 700 dólares anuales), le permitió ir realizando la máxima ambición de su vida de emigrante: escribir una Economía de los Estados Unidos, para lo cual venía reuniendo materiales desde su llegada al Nuevo Mundo. En el citado diario fue vertiendo List —por lo común en forma anónima— sus experiencias, hasta su vuelta a Europa, en 1832; en él reflejó la impresión profunda que día tras día le causaba la lectura de la mejor obra de América: la vida misma.[6] Las columnas del *Readinger Adler* fueron, a la vez, espejo de conocimientos objetivos y medio de moldear la opinión de aquellas comarcas en los dos problemas centrales del momento: el desarrollo económico de la nación y la cuestión arancelaria.

[6] Cfr. las pp. 64 y ss. de la presente obra.

La lucha presidencial reñida en el año 1824 entre Andrew Jackson y John Quincy Adams (hijo, este último, de otro presidente del mismo apellido) dio lugar en el país a profundas discordias, vinculadas más bien a las personas que a las necesidades reales de la Unión. A pesar de que Jackson reunió mayor número de sufragios, la elección recayó en Adams, que había sido secretario de Estado con el presidente Monroe. Desilusionado y ofendido, promovió Jackson la ruptura del partido republicano-democrático, encabezando personalmente el grupo democrático, que pretendía llevar a efecto el proceso de construcción nacional mediante financiación especial por parte de cada estado de la Unión. En cambio, Adams, con Clay y sus amigos del grupo *whig*, fundaron el partido nacional-republicano, defensor de una interpretación más amplia de la Constitución y de un "sistema americano", netamente proteccionista en materia económica. Con ánimo de asegurar su elección presidencial en el periodo subsiguiente, inició Jackson un periodo de agitación (1825-1828) que en la historia americana se conoce bajo el rótulo de "era de incomprensión".

Lo natural hubiera sido que List alineara sus esfuerzos junto a los del partido republicano-nacional, primero por las relaciones de amistad que desde los viajes de Lafayette le unían con Adams y Clay, así como con Rush, secretario del Tesoro, a quien había conocido en Londres; después, porque sus compatriotas, los habitantes de Pennsylvania, se hallaban más ligados en el campo de los intereses económicos con los moradores de los Estados del Atlántico Norte, de inspiración proteccionista, que con los agricultores del Sur y del Oeste. List puso, sin embargo, su pluma al servicio de la causa de Jackson, seguramente impresionado por la popularidad de este caudillo político, y por la falta de consecuencia de Adams en la defensa de los intereses industriales, tan queridos de List: no obstante, sus intervenciones primeras en la prensa fueron muy moderadas, como exigía su condición de extranjero, todavía no plenamente compenetrado con las necesidades de su patria adoptiva: su innegable pasión política no le impidió, tampoco, dar acogida en las columnas del *Readinger Adler* a las réplicas de Henry Clay. List supo atraerse pronto la simpatía de muchos y el respeto de todos, en su intento de hallar para su teoría y para las conveniencias de la Unión la aceptación más amplia: "Espero —decía poco antes de embarcar para América— que los Estados Unidos me ofrecerán un hermoso ejemplo en prueba de mis afirmaciones. Han seguido la teoría de Adam Smith hasta ver por

tierra sus industrias, y sólo entonces han recurrido a un sistema que los teóricos repudiaban".

Un nuevo y más vigoroso resonador se ofreció entonces a la dinámica actividad de List:[7] sus relaciones con la *Pennsylvania Society for the Promotion of Manufactures and the Mechanic Arts,* que reunía los grandes fabricantes de Filadelfia, y economistas como el presidente Charles J. Ingersoll, Mathew Carey, Duponceau, Fisher y otros. Bajo el epígrafe de "El sistema americano" List dirigió doce cartas a Ingersoll, que fueron publicadas en la *National Gazette* de Filadelfia, del 18 de agosto al 27 de noviembre de 1827, y aunque la redacción del periódico, francamente smithiana, encontró la doctrina poco en armonía con su ideario, aplaudió el tono general del trabajo y la claridad de sus razonamientos. Las cartas fueron reunidas en un fascículo, publicado por la Sociedad de Pennsylvania, bajo el título de *Outlines of American Political Economy*[8] y reproducidas luego por más de cincuenta periódicos.

Aparte del homenaje que fue ofrecido a List por los miembros de la Sociedad de Pennsylvania, Ingersoll y sus amigos le animaron a escribir dos libros sobre Economía política, uno de tipo elemental, para fines escolares, y otro más amplio, estudiando las peculiaridades de la Economía americana. Según testimonios del propio List, otras atenciones le impidieron llevar adelante en su integridad estos trabajos. En los primeros días de febrero, por ejemplo, hubo de contestar List a un áspero ataque que le dirigió el gobernador de Virginia W. G. Giles, personaje muy significado por sus ideas secesionistas, y a quien las tesis contenidas en los *Outlines* llenaron de indignación. La respuesta de List fue terminante y contribuyó mucho a dar a conocer sus ideas en las comarcas del Sur, cuyos representantes en el Congreso de Washington tuvieron, en lo sucesivo, muy en cuenta los escritos de List al debatirse la ardua cuestión de las tarifas arancelarias.[9]

[7] Cfr. las pp. 65 ss. de la presente obra.

[8] Impreso en Filadelfia,1827. En el espíritu de sus promotores, esta obra estaba destinada a servir de réplica a los *Elements of Political Economy*, de Thomas Cooper, conocido por su adhesión a las teorías de Adam Smith.

[9] Sin conocer del folleto de List más que unos extractos, el gobernador Giles opinaba que en él se desarrollaban "las ideas más despóticas de lo peor de las escuelas despóticas de Europa". Consideraba "ofensivos para las leyes fundamentales de la Unión, y para las libertades del pueblo americano —y aun de la raza humana en su conjunto— introducir en nuestras cátedras profesores de Economía Política de la Escuela del Conde Metternich, el déspota más arcaico, antiliberal, insensible y beato, por principio, en el teatro político de Europa". List contestó en términos de una digna y justificada vehe-

En el mismo mes de febrero de 1828 pronunció List, en Harrisburg, ante las dos Cámaras de la legislatura de Pennsylvania, una conferencia acerca del llamado "Informe de Boston",[10] cuyos dos principales objetos habían sido convencer a los *farmers* de que el sistema americano se aplica a expensas de ellos, y confirmar en sus prejuicios a los cultivadores del Sur. Con gran habilidad señalaba List que la prosperidad de la agricultura dependía, en la Unión, de tres condiciones: 1a. Que el agricultor hallara fácil venta y buenos precios para sus productos, y bajos precios para los artículos que necesitare. 2a. Que el incremento de la población, de la industria y de la riqueza, animara a los cultivadores a incrementar su producción, a mejorar sus métodos de cultivo y aplicar sus ahorros a ese fin. 3a. Que la organización política del país garantizase que no se registraría ningún retroceso en el mercado, en su oferta, en el valor de sus mejoras y de sus tierras. Para lograr esos fines, es preciso que el país cuente con una manufactura nacional. Seis millones de colonos —dice List— leen afanosamente los periódicos, con la esperanza de que en Inglaterra reine una relativa escasez, cuando bastaría pensar en que, al margen de esa eventualidad, Pennsylvania puede hallar la solución elevando su población de millón y medio de habitantes a cinco millones. No es justo ni razonable, arguyen los bostonianos, someter la nación a un daño presente para lograr un beneficio contingente y futuro; pero

mencia, y refiriéndose al hecho de que Giles juzga su libro a la ligera, dice en su primera carta: "¿Tan poca importancia tienen, a sus ojos, todos mis infortunios y mi reputación de hombre perseguido, que ni siquiera se digna usted abrir mi libro?... ¿De quién soy súbdito sino de Austria? De nadie, señor. Como usted mismo, nací y me crié en un país libre; recibí las mismas lecciones prácticas sobre los derechos del hombre, que usted ha recibido, y acaso mejores porque en torno a mi cuna no hubo esclavos." En la segunda carta aduce en defensa de su "sistema americano" el testimonio irrecusable de dos grandes figuras de Norteamérica: Washington llevaba el día de su toma de posesión un traje de paño americano, y esperaba que "el fomento de las manufacturas nacionales figuraría entre las primeras consecuencias de un gobierno enérgico". Por su parte, Madison afirmaba en 1789: "Nuestras manufacturas necesitan ser protegidas. La política de nuestro país estriba en obtener esa finalidad por medio de la restricción. De Inglaterra no derivamos otros beneficios sino los que le imponen sus propias necesidades."

[10] El *Boston Report*, obra de Henry Lee, prestigioso comerciante mayorista bostoniano, había sido redactado para evitar ulteriores aumentos en los aranceles sobre la importación, aunque expresamente se negaba en el escrito todo propósito de lesionar los intereses de las manufacturas. En esa pieza, de indiscutible importancia se alude constantemente a las tesis de List, y se reconoce que los partidarios del "sistema americano" no obran guiados por motivos inconfesables. List mismo, en su conferencia de Harrisburg, dice que es "un trabajo agudo, bien elaborado, ceremonioso y bien escrito; no le falta más que una cosa: la verdad".

List replica al final del discurso: "Si uno tiene un agujero en el bolsillo, y advierte que por él sale del bolsillo todo su dinero ¿será justo y razonable remendar ese agujero?"

Richard Rush, ministro de Hacienda americano, recomendó en su informe de 10 de diciembre de 1827, al Congreso de la Unión, la elevación de los aranceles, en el sentido preconizado por la Convención de Harrisburg.[11] La Comisión arancelaria formuló en contra de esa propuesta el llamado "Informe MacDuffy", y la Sociedad de Pennsylvania, deseosa de contrarrestar los efectos de dicho documento, encargó nuevamente a List la tarea de seguir defendiendo la tesis del "sistema americano".[12] En efecto, rebatiendo punto por punto los argumentos del Informe, demostró List que "la implantación de manufacturas en el país, al aumentar la riqueza, incrementa también la capacidad de la nación para adquirir productos extranjeros; que, en consecuencia, crece el comercio exterior; y que la verdadera política del país consiste en aumentar el precio de aquellas producciones agrícolas que sirven de alimento a los hombres, no en despreciarlas de acuerdo con la política del Comité; así resultará que nuestra renta nacional, en lugar de disminuir por el establecimiento de manufacturas, tiene que incrementarse por razón de su constante auge, y que, por consiguiente, no interesa examinar en particular la cuantía de los aranceles que gravan las importaciones de aquellos artículos particulares susceptibles de ser sustituidos por productos nacionales".

Tres años de viva polémica en torno al problema arancelario habían depurado el contenido teórico de las doctrinas de List y sus dotes de escritor político. Con entusiasmo se había aplicado a conocer las necesi-

[11] En esa ciudad, capital de Pennsylvania, se había celebrado del 30 de julio al 3 de agosto de 1827 una reunión de los productores industriales. A ella asistió List como observador, ayudando a Ingersoll en la redacción del Memorial, al cual pertenecen estas frases: "Considero, señores, esta Convención como el comienzo de una era nueva de la Unión, como el nacimiento de un sistema nacional. Es cierto que grandes escritores y estadistas y sabios legisladores, enunciaron hace tiempo el principio fundamental y legislaron conforme a él. Pero nunca, antes, deliberó el pueblo en general sobre este tema, ni reunió sus delegaciones con el particular propósito de inquirir las causas de la declinación de nuestra independencia nacional y los medios de reanimarla. Esta Convención pronunció en nombre del pueblo en general la declaración de independencia económica".

[12] En una semana quedó redactado el escrito de réplica, titulado *Observations on the Report of the Committee of Ways and Means*, que apareció como publicación anónima de la Sociedad de Pennsylvania.

dades económicas de la Unión, adquiriendo en ese campo una maestría y una claridad de visión que le envidiaban amigos y adversarios. Entretanto, su situación pecuniaria no pasaba de mediocre, y ello le indujo a pensar en otras actividades que ampliaran sus recursos y el campo de acción de su capacidad constructiva. La aportación que como empresario y capitán de industria hizo List a Norteamérica, acaso no sea menos trascendental que la registrada en el campo de las ideas.

List experimentó el contagio de la fiebre que por aquellos años agitaba en la Unión a buscadores de fortuna y aventureros. La importancia de los yacimientos carboníferos de la región, la proximidad de Filadelfia como gran centro consumidor, el tendido de los primeros ferrocarriles en esas comarcas vitales para el desarrollo de la industria americana, y otras circunstancias, animaron a List a adquirir unos terrenos en la región del nacimiento del río Schuylkill, donde el nuevo empresario pensaba fundar dos ciudades: una en el centro de la cuenca carbonera, otra a la orilla del canal del Schuylkill, ofreciéndose, además, a construir, en el espacio de cinco años, un ferrocarril de enlace para facilitar el transporte del mineral. List adquirió en propiedad 10 000 acres en las pertenencias mineras, y consiguió que Erward R. Biddle, capitalista de Filadelfia, suscribiera la suma de un millón de dólares para una sociedad, principalmente destinada a la construcción de un ferrocarril que enlazara el poblado de Tamaqua,[13] donde se hallaban los yacimientos, y la localidad de Port Clinton, desde la cual podía transportarse el carbón por vía fluvial hasta Filadelfia. A juicio de ingenieros muy prominentes, el ferrocarril (que no quedó abierto al público hasta 1838) no sólo fue de importancia para la comarca, sino que representó también una ventaja para el abastecimiento de Nueva York, y ha llegado a ser, con el tiempo, un esencial eslabón *(Pennsylvania & Reading Railroad)* en la línea que une esa ciudad con Buffalo y las cataratas del Niágara.

Desde su estancia en Inglaterra habíase interesado List por el problema de los transportes; en Norteamérica, su labor como empresario le permitió adquirir en materia de ferrocarriles una gran experiencia, que a su regreso a Alemania pudo valorar cuando se trató de proyectar y ejecutar la gran red de vías férreas alemanas. Así pasó de una conside-

[13] Uno de los trabajos complementarios realizados por List fue un plano de Tamaqua, ejecutado con el mayor cuidado, anticipando la importancia que había de adquirir, con el tiempo, esa localidad. El plano se conserva en la Biblioteca de la *Pennsylvania Historical Society.*

ración puramente teórica del problema a una visión realista que trasciende y se hace fecunda en sus escritos ulteriores.

A fines del tercer decenio del siglo, hízose más vehemente en List el anhelo nunca extinguido por retornar a su patria. Había logrado en América cuanto pudiera desear: prestigio científico, estimación como empresario y un título de ciudadanía norteamericana (en 1830), ganado no por nacimiento, sino por méritos positivos en la estructuración económica del país. En su ingenuidad imaginaba que el propio país habría de estimar su esfuerzo creador, y permitirle rendir a la patria germánica el maduro fruto de su experiencia y de su recto juicio. "Durante seis semanas —dice en una carta— tuve una viva añoranza de mi tierra y me he sentido incapaz de ocuparme en los asuntos americanos. Con mi patria me ocurre como a las madres con los hijos impedidos, tanto más amados por ellas cuanto mayor es su desgracia. En el fondo de todos mis planes está Alemania, la vuelta a Alemania..."

Jackson había sido exaltado a la presidencia de la Unión y se mostraba agradecido a la ayuda prestada por List, quien acertó a movilizar para esa candidatura a los alemanes de Norteamérica. Después de muchas dilaciones, consiguió List ser nombrado cónsul norteamericano en Hamburgo; esa designación colmaba sus deseos, porque le permitía atender a la salud de su esposa, buscar en Europa mercados nuevos para su floreciente empresa y volver a Alemania, lleno de prestigio y pletórico de iniciativas. Pero no contaba con la tenaz animadversión de sus compatriotas y con la cerrazón mental de Mr. Rives, el embajador norteamericano en París. Rumpff, el ministro residente de las ciudades hanseáticas en la capital francesa, manifestó en una comunicación reservada al embajador de la Unión, que List no era persona grata al Senado de Hamburgo. El gran patriota, zaherido cuatro años antes por el gobernador Giles como trasunto del oscurantismo europeo, era ahora vilipendiado por sus ideas libertarias;[14] triste sino del emigrado, a quien la falta de

[14] En carta dirigida al secretario de Estado M. van Buren, el embajador de los Estados Unidos en París decía con fecha 22 de marzo de 1831 lo siguiente: "Tengo el honor de incluir la copia de una carta recibida de Monsieur Rumpff, ministro residente de las ciudades hanseáticas en esta capital, en relación con el Profesor List, recientemente nombrado Cónsul de los Estados Unidos en Hamburgo, junto con una copia de un extracto que la acompaña... Usted advertirá que el estado actual de la opinión pública en Alemania ha producido una gran alarma y celo por parte de los gobiernos, entre los cuales, efectivamente, el lazo de la Confederación convierte en una especie de causa

arraigo en tierra propia deja expuesto a las violencias más injustas y encontradas. Sólo un hombre recio como List —semejante a un enorme roble con las raíces al aire— podía sacar de esos embates nuevas energías para seguir su lucha "por la patria y por la humanidad".

Viendo fracasada su misión por estos subterráneos manejos, volvió List, en octubre de 1831, a Norteamérica y reiteró su solicitud, obteniendo tan sólo una designación de cónsul honorario en Baden, durante el verano de 1832, año de su definitivo retorno a Europa. En 30 de junio de 1834 fue nombrado cónsul ejerciente en Leipzig, puesto que desempeñó con brillantez durante tres años, al término de los cuales cesaron por completo sus relaciones oficiales con la Administración de los Estados Unidos. Su requerimiento de ser nombrado seguidamente cónsul general de Norteamérica en la recién fundada Unión Aduanera, no tuvo buen éxito, e igualmente se mantuvo en plano nominal su designación como cónsul en Stuttgart (1843-1845), para la que nunca pidió el correspondiente *exequatur*.

Si su labor sustantiva como representante consular no fue brillante ni provechosa en orden a su economía particular, le procuró, en cambio, un medio utilísimo de contrarrestar la hostilidad de algunos de sus poderosos compatriotas, y así pudo, gracias a este cargo, influir vigorosamente en la orientación del gran problema de los ferrocarriles alemanes, y en particular en la construcción del importante tramo que después enlazó Leipzig y Dresde. Buena prueba de su éxito en estos sectores es su trabajo "Sobre un sistema ferroviario sajón" y la oportunidad que tuvo de valorar sus experiencias americanas en materia de ferrocarriles, fundando en 1835 el *Eisenbahnjournal*.

La preocupación de List por Norteamérica no cesó hasta su muerte. Por su correspondencia con Francis J. Grund, especialista en cuestiones de emigración, en Filadelfia, vemos que List se interesaba vivamente en

común lo que afecta a uno cualquiera de sus miembros". La nota aludida decía lo siguiente: "Mr. List, profesor de Economía política en la Universidad de Tübingen, al servicio del rey de Württemberg, y miembro de la Cámara de Diputados, fue condenado a diez meses de prisión aflictiva en una fortaleza, por un libelo contra el Gobierno de Württemberg y por injuriosas calumnias publicadas por él contra algunas de las autoridades constituidas. En el año 1825, cinco meses después de su encarcelamiento, hubo de ser juzgado de nuevo, por haber publicado ilegalmente otro libelo calumnioso, pero esta vez encontró el medio de escapar". En la carta de Rumpff se afirmaba que "List era conocido por sus íntimas relaciones con los ultraliberales de Alemania, que aspiran a derrocar el orden presente".

los proyectos y publicaciones encaminados "a la fundación de un Estado miniatura constituido por alemanes en América", y publicó en el *Zollvereinsblatt,* de 1843, núm. 25, un anuncio del "Manual para los emigrantes a Norteamérica", original del mencionado Grund.

List buscaba para el excedente demográfico de su país un adecuado campo de actividades, sin propósito de mediatizacion, sin turbios designios subversivos. En sus escritos le interesaba despertar en los lectores un sentimiento de respeto y amor a la vieja patria, pero consideraba equivocado todo intento de servir a fines torpemente nacionalistas. Pensaba así porque el cariño a su propia nacionalidad le hacía ser respetuoso y devoto con las ajenas. "Es consustancial a toda nacionalidad —dice List— y muy singularmente en Norteamérica, asimilarse en la lengua, la literatura, la administración y la legislación, y está bien que así ocurra. Por muchos alemanes que vivan en Norteamérica, seguramente no habrá ni uno solo cuyos biznietos no prefieran con mucho la lengua inglesa a la alemana." De este modo observaba List rigurosamente aquella preciosa máxima de Turgot: "Quien olvida que existen Estados políticos separados unos de otros y constituidos diversamente, no tratará nunca bien una cuestión de economía política".

La labor de agitación político-económica desarrollada por List en su país desde 1834, es delirante por su entusiasmo y trascendental por su honda eficacia para la construcción de su pueblo El día 1 de enero de 1834 —año de su definitivo regreso a Europa— había quedado constituido el *Zollverein* germánico, umbral de una época nueva para Europa central. Desde ese momento la actividad de List trasciende a un plano internacional indiscutible, suscitando problemas de gran envergadura, como el de una posible alianza con Inglaterra, el de una influencia germánica saludable hasta la desembocadura del Danubio, el de un planeamiento económico del mundo en paz. La participación en el concurso de París, la aparición del *Sistema,* la fundación del *Zollvereinsblatt* en 1 de enero de 1843, señalan otras tantas fitas en la encendida tarea del gran economista alemán. Toda esa desbordante empresa, unida a la preocupación económica por el porvenir de su familia, tejió un velo de obsesiones sobre las fatigas de su vida aventurera. En octubre de 1845 se sentía como un ave mortalmente herida: "Ya no confío en tener fuerzas bastantes para emigrar de nuevo a Norteamérica, donde mis amigos me reclaman, y donde fácilmente podría restablecerme en pocos años". El día 30 de

noviembre de 1846, sus amigos de Kufstein recogían en un campo nevado el cadáver de List, el gran amante de Alemania y de la humanidad que voluntariamente abandonaba una vida tan poca piadosa para él.

El *Sistema* que a continuación publicamos en castellano, es el clásico torso de una gran obra inacabada. Dos tomos nuevos habían de completarla, con estos títulos: "La Política del porvenir" y "La influencia de instituciones políticas en la riqueza y el poderío de una nación". "Construido —como dice Waentig[15] en el prólogo a una edición alemana— sobre un examen sumario de la evolución económica de los principales pueblos civilizados, ofrece, en una vehemente polémica contra la escuela librecambista inglesa, una teoría coherente de la política económica nacional y una investigación crítica acerca de los sistemas hasta entonces conocidos, abocando a un capítulo final en el que trata de señalar las líneas geopolíticas mercantiles para el *Zollverein.*"

Según la acertada frase de Schmoller, List no es sólo un teórico del proteccionismo, sino el creador de toda una teoría social. Con un sentido liberal y progresista señala que no son los individuos, sino las sociedades las que dan actividad a la historia, alzando la nación, sana y pujante, entre el individuo y la humanidad, "una nación no como un organismo coercitivo, de ciudadanos en perpetua tutela, sino como una liga surgida de la autodeterminación, entre ciudadanos cultos, independientes y emprendedores".[16]

Cualquier discusión relativa a la originalidad de las teorías de List resultaría improcedente si con ella pretendiera disminuirse la talla del economista y de su obra. En la vida y en las producciones de List se entretejen vigorosamente lecturas y vivencias: Adam Smith y Say forman el centro de sus principales ataques; Adam Müller, de quien le separa un acendrado liberalismo y una tenue religiosidad, le procura la trama sentimental, es apasionado como Burke, y con su concepción realista y documental ha empujado los economistas alemanes al estudio histórico, entrando por mucho en la formación de esa escuela. Acaso la más vigorosa de las influencias que, no obstante, vino sólo a robustecer una convicción, fue la del *Report of Manufactures,* de Alexander Hamilton, estudiada por Eheberg.[17] Singularmente en América recoge ideas y

[15] Waentig, H., Cuarta edición alemana del *System.* Jena, Fischer, 1922, prólogo, VIII.
[16] Waentig, *op. cit.*, prólogo, IX.
[17] Eheberg, K. T., *Das nationale System der politischen Okonomie von Friedrich List,* 8a. ed., 1925.

giros de Mathew Carey, y en algunos casos acusa sorprendentes analogías con los resultados a que llega Daniel Raymond, a quien por cierto List no cita nunca en sus escritos.[18] Esas semejanzas se refieren, según Neill, a los siguientes aspectos: La confusión, en Smith, entre Economía pública y privada; la falta de distinción entre los intereses de una nación y los generales de la raza, que hace la doctrina smithiana excesivamente cosmopolita e inepta para ser aplicada a las condiciones actuales; la falta de prueba al equiparar los intereses del individuo y de la sociedad, en la tesis de Smith; la ignorancia de que existen naciones separadas; la existencia de una economía nacional; por último, la alusión a que el sistema de Smith es una teoría de valores en cambio, mientras que la economía nacional se basa preferentemente en la existencia de fuerzas productivas. Las profundas investigaciones realizadas acerca de List, y singularmente por Arthur Sommer, han puesto en claro que, antes de su llegada a América, List tenía ya completamente perfiladas las ideas básicas de su sistema, como permiten apreciar los escritos de su juventud. La versión nacional de la Economía se hallaba a la sazón en el ambiente, como lo prueba igualmente la circunstancia de que el economista belga Briavoinne llegara, independientemente, a los mismos resultados.[19] Otro economista de esa misma tendencia, citado con elogio por List, es Charles Dupin, que publicó en 1827 su *Situation progressive des forces de la France depuis 1814*.

Cualquier idea o sugestión ajena cobra en List un profundo y personal relieve al incorporarse al núcleo de su doctrina o a la línea de su acción. Con una emoción renovadora que justifica el paralelo, muchas veces aludido, entre List y Lutero, el economista de Reutlingen dedica sus mejores esfuerzos polémicos a batir la robusta fortaleza de Adam Smith y a minar el merecido prestigio del "segundo emperador de Europa".

En el testero de la Capilla Sixtina se dibuja en proporciones olímpicas, sobre la turba de los justos y los réprobos del Juicio Final, un Cristo

[18] Daniel Raymond, nativo de Connecticut (1786-1849), publicó en Baltimore, 1820, sus *Thoughts on Political Economy*, en un volumen: la segunda edición, en dos tomos, vio la luz en 1823, y otras dos ediciones, en 1836 y 1840. Mathew Carey, entusiasmado por esta primera contribución sistemática de un americano en el campo de la Economía, dotó con 500 dólares anuales una cátedra sobre la materia. Cfr. Lepelletier, F., "Un précurseur de List: Daniel Raymond", *Revue d'Economie politique*. París, 1900, y Neill, *Johns Hopkins Univ. Stud.*, 15a. Serie, VI.

[19] En su obra *De l'industrie en Belgique, causes de décadence et de prospérité, sa situation actuelle*, 1839.

pasional y vigoroso que alza su brazo, como blandiendo un látigo, sobre las miserias de su tiempo: ese romántico Cristo de Miguel Ángel vibra como una ruidosa protesta contra las efigies medievales, serenas y bendicientes del Cristo en majestad. Pero en el Cristo del Renacimiento no expresa tan sólo Miguel Ángel su discrepancia con la tradición eclesiástica: en esa afirmación de la *ecclesia militans,* va envuelto un anhelo constructivo, el de liberar a Italia de la plaga de la anarquía y señalar al linaje de los Médici como la cuna de donde habría de salir el caudillo fundador de una nación unificada.

Contra "la Escuela", indiscutible y hierática, como List denomina al sistema de Smith y sus seguidores, dirige nuestro economista toda su pasión de alemán y de hombre. La teoría de Smith ha llegado a ser, en los albores del siglo XIX, la doctrina económica de un pueblo en el ápice de su prosperidad, en la final etapa de su progreso económico. La falta más grande del sistema consiste en ser patrimonio exclusivo de Inglaterra, acervo inasequible a otras naciones: List sólo aspira, como siglos antes Miguel Ángel y Maquiavelo, a que su país —y otros países— lleguen a ser lo bastante progresivos para justificar ese mismo anhelo de libertad. Quien lea atentamente sus libros, percibirá en List una serena admiración hacia Inglaterra, una nación "donde se ve crecer la Historia a cada paso", y hacia los Estados Unidos, dinámico espejo de todos los progresos y de todas las libertades, y sentirá la necesidad imperiosa de rescatar la figura de List para colocarla entre los grandes genios de la Humanidad, borrando la póstuma y tremenda injuria de algunos escritores totalitarios, deseosos de incorporar a su triste Walhalla la personalidad de Federico List. Vivió pensando siempre en su país y laborando, de paso, por el progreso pacífico y liberal de otros pueblos. Fue alemán, y ello no le impidió ser magníficamente universal y humano. *Et la patrie et l'humanité!*

List no persiguió la opresión ajena, sino la conquista de un poder y una riqueza que no estén fundados en la espada, ni sean un instrumento en las manos de unos pocos.

MANUEL SÁNCHEZ SARTO

EL SISTEMA NACIONAL DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

PREFACIO

Si el prefacio de un libro debe contener —según se dice— la historia de su creación, tendré que relatar en este prólogo casi la mitad de mi vida. Más de veintitrés años han transcurrido, en efecto, desde que surgió en mí la primera duda acerca de la veracidad de la teoría dominante en Economía política y me esforcé en investigar sus errores y sus causas fundamentales. Sería, realmente, digno de compasión, si en definitiva resultara que durante ese prolongado lapso de tiempo sólo me había dejado guiar por fantasías, ya que, a juicio mío, ni la sobrestimación de mis fuerzas, ni un exagerado orgullo, me han inducido a proponerme tan elevado fin y a perseguirlo tenazmente. Fue mi vocación la que me ofreció el primer estímulo para ello, y mi destino el que me espoleó con fuerza irresistible a continuar por el camino de la duda y de la investigación.

Mis conciudadanos alemanes recordarán qué profunda depresión aquejaba a Alemania en el año 1818. Yo tenía entonces que preparar mis lecciones sobre Economía política. Conocía, tan bien como otro cualquiera, cuanto sobre ella se había pensado y escrito, pero no consideraba suficiente comunicar a la juventud el estado actual de la ciencia en aquel entonces; quería demostrarle, además, qué programa de Economía nacional podía fomentar el bienestar, la cultura y la potencialidad de Alemania. La teoría dominante propugnaba el principio de la libertad mercantil. Este principio me parecía, ciertamente, razonable y comprobado por la experiencia, a juzgar por los efectos de la supresión de las aduanas provinciales francesas y de la unión de los tres reinos insulares. No obstante, los asombrosos y saludables efectos del sistema *continental* y las consecuencias perturbadoras de su eliminación estaban demasiado próximos aún para que pudiera pasarlos por alto: esos efectos me parecían hallarse en abierta contradicción con mi manera de pensar, y deseoso de adquirir una idea clara respecto a la razón fundamental de estas contradicciones, llegué a concebir la siguiente idea: *que esa teoría sólo es exacta en el caso de que todas las naciones observen recíprocamente el principio de la libertad mercantil, tal como había sido seguido por las citadas provincias.* Semejantes ideas me llevaron a considerar la naturaleza de la *nacionalidad*

y a advertir que la teoría, preocupada por la humanidad o por los individuos, se había olvidado de las naciones; fue, entonces, evidente para mí, que entre dos naciones muy adelantadas, la libre competencia sólo puede influir de modo benéfico para ambas cuando las dos se encuentran aproximadamente en el mismo nivel de progreso industrial, y que una nación rezagada por algún infortunio en orden a su industria, a su comercio y a su navegación, cuando por lo demás posee los recursos intelectuales y materiales necesarios para su desarrollo, debe en primer término poner en tensión todas sus fuerzas para llegar a competir después con las naciones más adelantadas. En resumen, llegué así a establecer la diferencia entre *Economía cosmopolita* y *Economía política;* surgió en mí la idea de que Alemania debía eliminar sus aduanas provinciales y esforzarse, mediante un sistema mercantil homogéneo, por alcanzar, hacia el exterior, aquel grado de desarrollo industrial y comercial que otras naciones habían logrado con su política mercantil. En lugar de perseguir esta idea mediante continuados estudios, mi sentido realista me indujo a llevarlas a la práctica; entonces era todavía joven.

Es forzoso situarse en el ambiente de 1819 para comprender mis ulteriores preocupaciones. Gobernantes y súbditos, nobles y burgueses, funcionarios públicos y profesores —todos aportaban, entonces, en Alemania, ideas y proyectos encaminados a crear nuevas estructuras políticas. Alemania semejaba una finca desgarrada por la guerra, cuyo anterior propietario, reintegrado a la posesión de sus bienes, se dispone a restaurar su hacienda. Unos pretendían revivir las antiguas ordenanzas, incluso en sus menores detalles; otros demandaban instituciones razonables con instrumentos completamente nuevos. Quienes daban oídos por igual a la razón y a la experiencia, deseaban un compromiso entre los fueros antiguos y las nuevas necesidades. Dominaba en todas partes la contradicción y la discrepancia de opiniones; formábanse por doquier federaciones y sociedades con el propósito de realizar fines patrióticos. La Constitución confederal misma era una nueva forma que, proyectada a la ligera, aparecía tan sólo, aun a los ojos de los diplomáticos más esclarecidos e inteligentes, como un embrión que para desarrollarse hasta constituir un cuerpo bien equilibrado, necesitaría, incluso a juicio de sus miembros creadores, el transcurso del tiempo. Uno de sus artículos (el 19) había asentado las bases para estructurar un *sistema mercantil nacional*. A mí me pareció que este artículo podía procurar un fundamento sobre el cual se basara la futura prosperidad industrial y comercial de la

patria alemana, y esta convicción me indujo a crear una Liga de comerciantes y fabricantes alemanes[1] con el propósito de abolir las aduanas provinciales del país e institutir un sistema mercantil alemán homogéneo. Cómo llegó a constituirse la entidad, y cómo, gracias a su existencia, se logró coordinar los esfuerzos de los dos esclarecidos e ilustrados re-

[1] En la edición anterior del *Konversationslexikon* se cita al señor J. M. Elch, de Kaufbeuren, como fundador de esta Liga, y a mí, en cambio, no sólo se me asigna una participación secundaria en la fundación y en su ulterior desarrollo, sino que se me reprocha que en la gestión de sus negocios incurrí en un censurable abandono. Cuando a mi vuelta a Alemania traté de informarme acerca del autor de este artículo, me indicaron un nombre que en seguida me hizo comprender dicho criterio, porque corresponde a una persona íntimamente ligada con el Sr. J. M. Elch, y que en esta cuestión adquiere una prestancia tanto mayor cuanto más se empequeñecen mis propios esfuerzos. Como nunca he sentido el acicate del orgullo, consideré que no tenía objeto formular una reclamación contra dicho artículo. Recientemente, sin embargo, me vi en la imperiosa necesidad de ventilar públicamente este asunto. Como es sabido, hace poco tiempo la Facultad de Leyes de Jena me honró otorgándome el título de Doctor, y el corresponsal, en Jena, de la *Allgemeine Zeitung*, escribió con este motivo que fui el primero en expresar la idea de agrupar los Estados alemanes con propósito de constituir un sistema aduanero homogéneo para todos ellos. Con ánimo de desvirtuar esas afirmaciones llegó a la redacción del citado periódico una rectificación concebida en los siguientes términos:

"La crónica enviada desde Jena, y publicada en 1o. de diciembre de 1840, en el número 344 de la *Allgemeine Zeitung*, según la cual el señor Federico List fue el primero en expresar la idea de la libertad mercantil en el interior y hacia el exterior, necesita ser rectificada en el sentido de que el honor de la iniciativa corresponde al señor J. M. Elch, comerciante al por mayor de Kaufbeuren, quien en la Feria de Francfort, celebrada en la Pascua de 1819, remitió una circular a varios comerciantes de todos los Estados alemanes, invitándoles a suscribir una comunicación a la Dieta acerca de dicho proyecto. La casualidad llevó algunos días más tarde, de Tübingen a Francfort, al profesor Federico List, quien, entusiasmado con la idea, se comprometió a redactar el escrito, misión que realizó magistralmente haciéndose acreedor a muy justos elogios. Una vez constituida la Liga, el señor profesor List fue nombrado representante de la misma, y acompañado por el ya fallecido señor Schnell, de Nuremberg, recorrió las Cortes alemanas para ganarlas a los propósitos de la Liga."

He relatado la historia de la fundación de la Liga en sus detalles con objeto de reducir a sus debidas proporciones las exigencias del señor Elch, o las de sus representantes. Que en la primavera de 1819 hube de trasladarme por razones de carácter privado a Francfort, es exacto; pero también lo es que la idea de constituir semejante agrupación había sido elaborada ya por mí antes de emprender dicho viaje. Todavía viven personas con las cuales, antes y durante mi viaje a Francfort, hablé sobre el particular, y en la correspondencia del barón de Cotta, ya fallecido, deben encontrarse testimonios escritos de ello. Llegado a Francfort, comuniqué mi plan al señor Schnell, de Nuremberg, cuya fama de comerciante sagaz y patriótico me era conocida. Schnell acogió con calor la iniciativa, y me notificó que los señores Bauereis de Nuremberg, Weber de Gera y Arnoldi de Gotha, le habían comunicado sus quejas referentes al nuevo arancel prusiano, y manifestó que entre los comerciantes y fabricantes reunidos en la Feria de Francfort, la cuestión encontraría una excelente acogida, puesto que había un señor Elch, comerciante

gentes de Baviera y de Würtemberg, y a instituir, posteriormente, la Unión Aduanera alemana, son cosas sobradamente conocidas.

Como asesor de la Liga comercial alemana hube de realizar una ardua labor. Todos los funcionarios públicos científicamente formados, los redactores de diarios y revistas y los tratadistas de materias político-eco-

en paños en Kaufbeuren, que comenzaba a recoger firmas para una petición, dirigida a la Dieta alemana, en la cual se indicaban algunas medidas útiles contra las restricciones que pesaban sobre el comercio interior de Alemania. A instancias mías el señor Schnell me puso en comunicación con el señor Elch, quien me trasladó el proyecto de hacer la petición a la Dieta (o los materiales de la misma) que, si no me equivoco, todavía se encuentran entre mis papeles. Aludíase principalmente a los obstáculos que Austria había puesto, poco tiempo antes, a la exportación de paños de la alta Suabia hacia Italia —todo ello expresado a la ligera y en estilo de mercachifle. Tal como habíamos convenido, intervinieron en nuestras deliberaciones otros comerciantes, concretamente los señores Leisler y Blachiere de Hanau, Hartmann de Heidenheim, Herrosé de Aarau, etcétera. Todavía no se habló, a la sazón, de fundar una Liga mercantil. Sólo después de redactada la petición a la Dieta, y cuando este proyecto fue acogido con el mayor entusiasmo, volví a hacer nuevas proposiciones. Nadie osará discutir que todos los proyectos relativos a la fundación y organización de la Liga son obra mía, y el breve tiempo en que llevé a la práctica mis proyectos demuestra que éstos habían sido objeto, por parte mía, de meditaciones anteriores.

Ruego ahora que se lea de nuevo la precitada reclamación en favor del señor Elch, y se advertirá que la causa de la contradicción entre él y yo no estriba propiamente en los hechos, sino, tan sólo, en la total divergencia de nuestra lógica. Como mérito suyo aduce el señor Elch que él fue el primero en expresar *la idea de la libertad comercial en el interior y hacia fuera*. Ésta es una pretensión que yo no sostengo ni puedo sostener, porque mucho tiempo antes de que concurriéramos en Francfort, dicha idea había sido expresada por los señores Gournay, Quesnay y Adam Smith, y porque yo nunca solicité una simple libertad comercial en relación con naciones extrañas, sino, por el contrario, un sólido sistema mercantil nacional. Como otro nuevo mérito suyo aduce el señor Elch que puso en circulación, entre los comerciantes que concurrían a la Feria de Francfort, un documento, invitándoles a suscribir una petición proyectada por él con el objeto de solicitar de la Dieta la libertad de comercio. Yo no niego este hecho; pero, como advertirá el lector, aun suponiendo que el señor Elch hubiese concretado, realmente, su proyectada petición; aunque, en efecto, hubiese logrado una gran cantidad de firmas; aunque el señor Elch hubiese estado en condiciones de redactar una petición que atrajese la atención pública y en la cual no se olvidara ningún detalle, el resultado hubiera dejado mucho que desear. Es esto lo que traté de hacer comprender a los firmantes de mi proyecto de petición, en cuanto fue firmado. Yo les dije: "Aquí está la petición: se hablará de ella, porque tiene como punto de partida un criterio nacional y está concebida de modo convincente; pero, en definitiva, quedará relegada al olvido, como tantas otras peticiones dirigidas a la Dieta. Para conseguir algo, todos los fabricantes y comerciantes alemanes deben agruparse con el fin común de ganar a los gobiernos y a los resortes administrativos para nuestro sistema; necesitan enviar delegados a las Cortes, a las Juntas Gremiales y a los Congresos; reunir y dar a conocer los hechos que nos son favorables; hacer que defiendan nuestra causa escritores de talento; conquistar la opinión mediante la publicación de un boletín de la Liga, y reunirse cada año, en este lugar, con ocasión de la Feria,

nómicas, educados como estaban en la escuela cosmopolita, consideraban la protección arancelaria en cualquiera de sus formas, como algo teóricamente monstruoso. A esto se añadía el interés de Inglaterra, y de quienes negociaban con la industria inglesa, en las ciudades marítimas y hanseáticas de Alemania. Es bien notorio que el Ministerio inglés, tan solícito cuando se trata de fomentar los propios intereses mercantiles, posee en su *secret service money* un instrumento idóneo para tomar la opinión pública extranjera bajo su tutela. Un incontable número de circulares y manifiestos salidos de Hamburgo y Bremen, de Leipzig y Francfort, trató de oponerse a los anhelos del fabricante alemán que deseaba una protección arancelaria homogénea, y contra mí mismo, como asesor suyo, reprochándome en términos duros y mordaces que ignoraba los más elementales principios tradicionales en materia de economía política, o que no tenía talento suficiente para ocuparme de ellos. Estos propagandistas de los intereses ingleses podían desenvolverse con gran facilidad porque contaban con la ayuda de la teoría dominante y con el decidido apoyo de los profesores alemanes. Unos demandaban solamente libertad mercantil en el interior, pero esta libertad, sin protección frente al extranjero, hubiera sido, en las condiciones dominantes a la sazón, mucho peor que la subsistencia de las aduanas alemanas: dicha tesis era sostenida por quienes participaban en las ferias alemanas y negociaban con artículos coloniales. Otros, en cambio, por ejemplo los fabricantes alemanes, reclamaban el principio de la retorsión como el más evidente, ventajoso y justo. Este último grupo era poco numeroso, y aun estos pocos se hallaban total o parcialmente anulados por su situación de competencia. No obstante, me vi obligado a seguir a este último grupo para poder contar con un partido propio. La eficacia política y, en general, la colectiva, sólo es posible mediante una transacción entre las encontradas opiniones de quienes, en definitiva, persiguen el mismo fin. La finalidad inmediata en este caso era, sin embargo, ésta: abolir las aduanas provinciales e instituir una aduana nacional. Una vez

para reiterar una y otra vez a la Dieta nuestras peticiones". Nada de esto hizo el señor Elch. En la precitada notificación se pretende que fui casualmente a Francfort; que entusiasmado por las sublimes ideas del señor Elch, me cupo, por casualidad, el honor de expresarlas, y que ulteriormente no hice otra cosa sino acompañar al señor Schnell por las cortes alemanas. En cambio se pasa en silencio que sacrifiqué en este asunto mi prestigio, mi carrera y mi tranquilidad; que anticipé una importante suma para costear los primeros gastos, y que hasta el año 1821 proyecté y desarrollé esa campaña en todos sus detalles.

derrumbadas las antiguas barreras, nadie se atrevería a alzarlas de nuevo. Instituida la aduana nacional, tiempo quedaría de sustituir sus falsas bases por otras mejores, tanto más cuanto que, en el presente caso, el principio de retorsión en aquel momento era más provechoso que el principio protector.

Manifiestamente, esta lucha se reñía con armas desiguales: de una parte, una teoría elaborada en todos sus detalles con un aspecto irreprochable; una escuela hermética, un partido poderoso, que necesitaba tener sus voceros en todos los cuerpos legislativos y sociedades cultas, y poseía sobre todo la gran fuerza motriz —el dinero—;[2] de otra parte, la pobreza y la miseria, la divergencia de opiniones, las disensiones intestinas y la falta absoluta de base teórica. Esta pugna influyó muy ventajosamente sobre mis ulteriores investigaciones, pero fue muy perjudicial para mi reputación. En el curso de la lucha a que diariamente me vi obligado, llegué a establecer la diferencia entre la *teoría de los valores* y la *teoría de las fuerzas productivas,* y advertí el falso juego que las escuelas desarrollaban en torno a la palabra *capital;* aprendí a diferenciar la *capacidad manufacturera* y la *capacidad agrícola;* descubrí la falacia de los argumentos escolásticos al uso, según los cuales las razones que abogan por un libre comercio con productos agrícolas pueden justificar, también, la libertad del tráfico con productos manufacturados; empecé a conocer el *principio de la división del trabajo,* mejor que lo había logrado la teoría tradicional, y a percibir en qué medida es aplicable a la situación de naciones enteras. Ahora bien, mis razonamientos eran una labor fragmentaria e incompleta, y no pude evitar que, durante mi ausencia de Alemania, todas mis actividades como asesor de la Liga mercantil alemana fueran juzgadas de modo muy desfavorable por el *Konversationslexikon;* en realidad, se decía en ese Diccionario, yo había labrado con bueyes ajenos.[3]

[2] Sentimentalidad y romanticismo desempeñaron también en ese caso un papel de importancia, como ocurre siempre cuando lo natural resulta suplantado por lo artificioso. Para un criterio así la yunta de bueyes que abre los surcos ofrece una visión más bella que el arado mecánico, y cuanto más atrás se contempla en el pasado la trayectoria de la cultura, tanto más noble se considera el estado de cosas. Tienen, desde luego, perfecto derecho a ver así las cosas. ¿No es más pintoresca la vida pastoril que la prosaica agricultura, y más romántico el salvaje desnudo, armado de arco y flechas, que el sencillo pastor? Quince años más tarde, cuando se debatía la anexión de Baden a la Unión Aduanera alemana, un diputado sentimental hablaba en la Cámara de Baden del "tapiz de hierba" y del "rocío matutino", del "aroma de las flores" y de los "colores esmaltados".

[3] En una nota anterior me he referido a ese falaz artículo, y en la presente invito al autor del mismo a declarar su nombre y a justificar sus afirmaciones.

Posteriormente viajé por Austria, Alemania del Norte, Hungría y Suiza, Francia e Inglaterra, y en todas partes traté de instruirme a base de observaciones y lecturas. Cuando mi destino me llevó a la América del Norte, dejé de lado los libros; éstos no hubieran hecho otra cosa que desviar mis pasos. La obra mejor que en ese país nuevo puede leerse acerca de la economía política, es la vida misma. Allí se ve cómo terrenos incultos se convierten en ricos y poderosos estados. Sólo en aquellas tierras puede formarse una clara idea de la gradual evolución que caracteriza a la economía nacional. Un proceso que en Europa ha exigido una serie de siglos, se desarrolla en ese país ante nuestros ojos; nos referimos a la transición desde el estado salvaje a la ganadería, de ésta a la etapa agrícola, y de esta última, a su vez, al estadio de la manufactura y del comercio. Allí puede observarse cómo de la nada surgen rentas considerables. Allí el sencillo labrador conoce prácticamente los medios de propulsar la agricultura y aumentar sus ingresos, mejor que el profesor más perspicaz y veterano del continente; todo su empeño estriba en *atraer cerca de sí industriales y fabricantes*. Allí las pugnas entre naciones agrícolas e industriales se manifiestan del modo más tajante, y originan tremendas convulsiones. En ningún sitio como allí se conoce la naturaleza de los medios de transporte y su influencia sobre la vida material y espiritual de los pueblos. Es éste el libro que leí de modo afanoso y tenaz, tratando de armonizar las enseñanzas así extraídas con los resultados de mis estudios precedentes, con mis experiencias y reflexiones. Espero que de todo ello haya salido un sistema que, aun siendo imperfecto en apariencia, está basado, no ya en un cosmopolitismo abstracto, sino en la naturaleza de las cosas, en las enseñanzas de la historia y en las necesidades de las naciones. En ese sistema se ofrece la posibilidad de coordinar la teoría con la práctica, y de hacer que la economía política, que hasta ahora trastornó la mente humana con su hinchazón escolástica, con sus contradicciones y su terminología perfectamente falsa, sea accesible a cualquier mentalidad culta —propósitos éstos que me proponía desde la fundación de la Liga mercantil alemana—, pero en cuyo logro perdí muchas veces la confianza por completo.

Quiso mi suerte que en América del Norte recibiera inesperados estímulos para seguir cultivando mis ideas. Relacionado con los estadistas más prestigiosos de la Unión, en particular con el señor Ch. J. Ingersoll, presidente de la "Sociedad de Pennsylvania para el Fomento de la Industria y de las Artes", diéronse a conocer mis anteriores actividades en

materia de economía política. En el año 1827 los fabricantes yanquis y los propulsores de la industria nacional fueron reciamente combatidos, con motivo de la cuestión de las tarifas, por los partidarios del librecambio; entonces me invitó el señor Ingersoll a expresar mi opinión sobre ese tema. Así lo hice con cierto éxito, como lo prueba el adjunto testimonio.[4] Las doce cartas en que desarrollé mi sistema no sólo fueron reproducidas por el *Diario Nacional* de Filadelfia, sino también por más de cincuenta periódicos provincianos, y en particular la Sociedad para el Fomento de la Industria, las imprimió bajo el título de *Outlines of a New System of Political Economy*, en forma de folleto, que fue distribuido en miles de ejemplares. También recibí las felicitaciones de los hombres más prestigiosos del país, como por ejemplo, del viejo y honorable James Madison, de Henry Clay, de Edward Livingston, etcétera.

Mientras dedicaba mis mejores esfuerzos a elaborar una obra extensa sobre economía política, a instancias de la Sociedad para el Fomento de la Industria y de las Artes en Filadelfia, e impresa ya la introducción de la misma, se me ofreció un trabajo que durante largo tiempo me impidió dedicarme a ocupaciones literarias. La política y la literatura son, en Norteamérica, actividades poco lucrativas; quien quiera dedicarse a ellas, y no posea una fortuna propia, tendrá que preocuparse, en primer término, de hallar un medio de vida que asegure su existencia y su porvenir. Tuve muy en cuenta esta máxima, y me dieron oportunidad para ello mis conocimientos sobre ferrocarriles, adquiridos en Inglaterra, así como el feliz hallazgo de un yacimiento de carbón, y la adquisición, no menos afortunada, de las respectivas pertenencias.

[4] Extracto del protocolo de la Sociedad para el Fomento de la Industria y de las Artes, en Filadelfia.

Se acuerda expresar públicamente que el profesor Federico List ha merecido bien de los Estados Unidos, por su positiva distinción entre la Economía política y la cosmopolita, y entre la teoría de las fuerzas productivas y la de los valores, habiendo construido a base de esos argumentos un sistema nuevo y natural de Economía política.

Se acuerda invitar al profesor List a escribir dos libros: uno científico, en el cual desarrolle fundamentalmente su teoría, y otro popular, que sirva para difundir su sistema en las escuelas.

Se acuerda suscribir la Sociedad a cincuenta ejemplares de la obra, y recomendar a las legislaturas de los Estados, interesados en el sistema industrial americano, que adquieran también suscripciones y contribuyan por otros medios a la difusión de esa obra.

Se acuerda ofrecer al profesor List, en testimonio de reconocimiento oficial por sus méritos, un banquete en el Hotel del señor Head, banquete que será costeado por la Sociedad y al que serán invitados nuestros más prestigiosos conciudadanos.— Ch. J. Ingersoll, Pres., Redwood Fisher, Secr.

Sin embargo, esta empresa, completamente material y en apariencia poco relacionada con mis tendencias literarias, dio lugar a un importante progreso en mis estudios y en mis ideas político-económicas. Anteriormente, la importancia de los medios de transporte sólo me era conocida a través de la *teoría del valor;* hasta entonces yo había observado tan sólo el efecto de las organizaciones de transporte en sus detalles, teniendo en cuenta únicamente la expansión del mercado y la disminución de los precios de los bienes materiales. Pero entonces empecé a considerarlas desde el punto de vista de la teoría de las fuerzas productivas y en su *efecto de conjunto* como sistema de transporte nacional; luego, en su influencia sobre el conjunto de la vida intelectual y política, del tráfico social, la *energía productiva* y la *potencialidad de las naciones.* Sólo entonces advertí la recíproca influencia existente entre la *energía industrial* y el *sistema de los transportes nacionales,* y que ninguno de estos elementos puede prosperar plenamente sin la cooperación del otro. Esto me obligó a tratar dicha materia —o por lo menos así lo pretendía— con mayor amplitud que cualquier otro economista, y en particular advertí la necesidad y utilidad de esclarecer todo lo relativo al *sistema de los ferrocarriles nacionales,* antes aún de que nadie en Inglaterra, Francia o Norteamérica pensara en considerarlos desde un punto de vista tan elevado. En realidad, y por estos motivos, hubiera podido tachárseme de ambicionar una cierta gloria, si no me hubieran obligado a ello los numerosos ataques y sinsabores que hube de padecer a causa de mis actividades como paladín de un sistema ferroviario alemán. Se me ha presentado en público como un hombre que, prodigando elogios y declamaciones en favor de una causa, trata de procurarse prestigio, importancia, influencia y beneficios monetarios. Un periódico literario, por lo demás muy respetable, de Alemania del Norte, después de hacer un superficial examen de mi artículo, "Canales y ferrocarriles", en el *Staatslexikon,* me ha presentado como un iluso que ve las cosas agrandadas por su fantasía y encuentra en ellas detalles que no son advertidos por las gentes normales. Muchos artículos fechados en Leipzig cuatro o cinco años antes y aparecidos en periódicos de Nuremberg y Francfort, me denigraron todavía más;[5] tan

[5] No puedo dejar sin mención en este caso que al regresar a Leipzig (1833), mi nombre se hallaba tan vivo todavía en el recuerdo de aquellos cuyos prejuicios e intereses privados tuve que combatir anteriormente (1821) como consultor de la Liga mercantil, que revivieron de nuevo las animadversiones de algunos hombres influyentes de aquella ciudad y fueron, sin duda, la causa de la subsiguiente falta de armonía entre mí y los directivos del estamento comercial de aquella ciudad. Esto se encontrará tanto más

lejos se llevó la ignorancia y la insolencia, que me presentaron a los ojos del público alemán como un charlatán o arbitrista político-económico. Incluso se me reprochó mi artículo sobre ferrocarriles en el *Konversationslexikon* "de los tiempos modernos y de la literatura"; afirmábase que principalmente a instancias mías tuvieron lugar aquellas negociaciones desfavorables que, después de efectuada la primera suscripción en Leipzig, habían desacreditado enormemente estas empresas; en realidad, ocurría lo contrario, ya que con mi vigorosa oposición contra el agio logré causar el fracaso de los agiotistas. Mi artículo anteriormente citado resultaba a este respecto suficientemente claro para que yo necesitara defenderme contra semejantes reproches y mezquindades. Sólo diré una cosa: que fui maltratado de manera irresponsable porque salí al paso de determinadas personas e intereses particulares, y que, por añadidura, se me censuró abiertamente cuando, con objeto de poner al desnudo las intrigas desarrolladas contra mí, hube de denunciar ese juego. Mis adversarios, más bien engañados que engañosos en la mayoría de los casos, ignoraban mi manera de ser, mi posición y la amplitud de mis medios. Lejos de querer exhibir ante el público alemán esas miserables disputas privadas, hice, desde el principio de tales intrigas, la firme resolución de dejar pasar en silencio, sobre mí, todas estas calumnias públicas y particulares: primero, para no someter a una luz desfavorable la buena causa que durante tantos años de mi vida había exigido sacrificios y penosos esfuerzos; luego, por no perder la ecuanimidad necesaria para la prosecución de mis fines, y, finalmente, porque abrigaba la firme esperanza, que aún me anima, de que, en definitiva, sería rectamente juzgado en todos los aspectos. En tales circunstancias, no me importaba ser tildado de vanidoso al asumir como trabajo exclusivamente mío los *argumentos* y *explicaciones de orden económico nacional* contenidos en los informes de Leipzig, con excepción de las noticias relativas a acontecimientos locales; al afirmar que fui yo solo quien, desde el principio, halló en Alemania entera la mayor aceptación para el Comité ferroviario de Leipzig con aquella tendencia y aquella eficacia nacional que reportó tan bellos frutos; que durante ocho años enteros actué sin descanso con ánimo de movilizar y atraer todas las regiones de Alemania para la causa

verosímil si se tiene en cuenta que la gran Unión comercial alemana sólo llegó a perfeccionarse durante mi presencia en Leipzig; es decir, que cuando hice mi primera visita a esa plaza todavía era muy dudosa la influencia de la Liga sobre el porvenir de la ciudad de la Feria.

de los ferrocarriles, haciendo uso de todos los medios imaginables. Digo todo esto con la plena convicción de que ningún hombre de honor en *Sajonia* puede contradecirme *abiertamente, y bajo su firma,* en cualquiera de los extremos referidos.

Las citadas maquinaciones han debido ser el principal motivo de que, hasta ahora, los escritores económico-nacionales alemanes hayan concedido tan poca importancia a mis trabajos sobre ferrocarriles; en sus escritos, en lugar de reconocer lo que los míos contienen de nuevo y original, los han pasado en silencio o los citan sólo de pasada.[6]

Los indicados esfuerzos encaminados a dar vida a un sistema ferroviario alemán —única aspiración que pudo inducirme a renunciar a la buena situación obtenida en América—, esos esfuerzos, digo, y mis antiguas ocupaciones prácticas en Norteamérica, me impidieron continuar mis trabajos de redacción, y acaso este libro no hubiera visto nunca la luz pública si aquellos injustificados ataques no me hubieran inducido y estimulado a restituir el prestigio de mi nombre.

Con objeto de reponer mi salud, quebrantada a causa de tantos trabajos y tan indecibles sinsabores, me trasladé a finales del año 1837 a París. Casualmente supe allí que la Academia de Ciencias Políticas de dicha capital había acordado dejar desierto el premio ofrecido para un estudio sobre la libertad de comercio y las restricciones mercantiles. Estimulado por ello, me decidí a poner por escrito lo sustancial de mis ideas. Como no disponía de mis anteriores trabajos y todo tenía que escribirlo de memoria; como, por otra parte, sólo disponía para este trabajo de catorce días improrrogables, mi labor tenía que ser, naturalmente, *muy imperfecta.* A seguida la Comisión de la Academia colocó mi trabajo entre los tres primeros, de veintisiete que en total fueron presentados.[7] Con este resultado hube de darme por satisfecho —teniendo en cuenta la rapidez con que mi trabajo fue ejecutado, y que no se otorgó en definitiva el premio— pero considerando, sobre todo, que los jueces del certamen se inspiraban en su totalidad en la escuela cosmopolita. En efecto, las circunstancias en Francia eran todavía más penosas que en Alemania por lo que se refiere al *comercio internacional* y a la *política mercantil.* El señor Rossi era un hombre que había prestado importantes servicios a las cien-

[6] Tengo que exceptuar de este reproche, expresamente, al señor consejero de Estado Nebenius. La modestia me impide reproducir aquí textualmente sus propias palabras.

[7] Mi trabajo llevaba, de acuerdo con el carácter del mismo, la siguiente divisa: *Et la patrie et l'humanité.*

cias políticas y había realizado importantes investigaciones relativas a los temas de economía política, pero se había formado en las pequeñas ciudades italianas y helvéticas, en las que resulta imposible conocer y juzgar la industria y el comercio en sentido nacional;[8] en ellas forzosamente se ha de renunciar a toda esperanza de realizar la idea de la plena libertad mercantil; es como aquellos que, no hallando ya consuelo en este mundo, necesitan poner sus esperanzas en la felicidad ultraterrena; el señor Rossi no tenía duda alguna sobre el principio cosmopolita, ni tampoco idea de que la historia, en este concepto, pudiera dar otros elementos de juicio que los que se hallan en Adam Smith. El señor Blanqui, conocido en Alemania por su *Historia de la economía nacional*, limitó desde antiguo sus ambiciones a diluir a J. B. Say, que ya había diluido por su parte, y de qué modo, a Adam Smith. Quien con absoluta imparcialidad haya examinado críticamente la *Historia de la industria y del comercio de las naciones*, encontrará en los libros del citado autor verdaderos torrentes de insipidas aguas. No se deben, pues, a estos dos vocales, los juicios favorables sobre mi libro; más bien los atribuyo al barón Dupin. Este tratadista, ajeno a toda teoría, aun siendo un pensador profundo y un hombre muy experto, e independientemente de que Francia le debe una exposición concreta y estadística de su capacidad productiva nacional, necesariamente hubiera tenido que abocar a la teoría de las fuerzas productivas, si en algún caso le hubiera sido posible superar su repugnancia genérica contra toda teoría. En el prefacio de la citada obra, expresa el señor Dupin abiertamente esta aversión. Lleva, en efecto, en la médula a J. B. Say, cuando dice en son de burla: Nunca me he dejado llevar por la loca vanidad de forjar sistemas y de reducir a un común denominador las circunstancias de todas las naciones. Es innegable, sin embargo, que sin una sólida teoría resulta imposible llegar a una práctica consecuente. Ciertamente podría decirse que los estadistas ingleses han desarrollado, por espacio de siglos enteros, una excelente práctica sin recurrir a la teoría; a ello puede objetarse, sin embargo, lo siguiente: la máxima de *vender artículos manufacturados y comprar materias primas* ha constituido, para los ingleses, por espacio de siglos enteros, una verda-

[8] Por la misma razón carecen de valor, desde el punto de vista del comercio y de la política internacional, los escritos político-económicos del señor Simondi de Sismondi, tan meritorio, en cambio, como historiador. El señor De Sismondi ve todo lo rojo negro, con sus ojos corporales, y el mismo defecto parece pesar también sobre su mirada intelectual en cuestiones de política económica. ¡Pretende, por ejemplo, que se ponga coto y freno a la capacidad inventiva!

dera teoría. Sin embargo, esto es sólo verdad a medias, puesto que, como es sabido, la conocida máxima no ha impedido que Inglaterra prohibiera en distintas épocas la importación de cereales y otros productos agrícolas. Sea como quiera, la perspicacia de Dupin, tal como puedo inferir de sus propias palabras, no podía sustraerse al parentesco de sus exposiciones estadísticas con mi teoría: de ahí la razón de su voto favorable. Aparte de los citados, figuraban todavía otros jueces que habían escrito sobre economía política; pero si se hojean sus escritos, con propósito de encontrar en ellos ideas personales, se advertirá que no contienen otra cosa sino *political economy made easy*, como suelen decir los ingleses —entretenimiento para damas interesadas en política, galanes parisienses y otros diletantes— y, por añadidura, versiones muy aguadas de otras, muy diluidas ya, de Adam Smith: todo ello muy lejos de lo que pudiera llamarse ideas propias; cosas que, en definitiva, hacen reír.

Este trabajo francés tuvo para mí tanta utilidad como los ingleses anteriores. No sólo me afiancé en mi opinión inicial de que un buen sistema necesita en absoluto una firme base histórica; también me di cuenta de que mis estudios históricos no habían progresado lo suficiente. Cuando, habiéndolos profundizado, volví a leer mis trabajos escritos en lengua inglesa, en particular la introducción histórica, ya impresa en cinco pliegos, los encontré sencillamente lamentables. Acaso el lector interesado por el tema juzgue de ese mismo modo la versión alemana. Por lo pronto, confieso paladinamente —y sin la jactancia que algunos me atribuyen— que así la encontré cuando, después de redactado el último capítulo, releí el primero, y estuve a punto de archivar ese trabajo en alemán como había hecho con el inglés y el francés. Decidí, sin embargo, continuar estudiando: pero todo tiene un término. Por eso me presento ahora ante el público previniéndole que todavía encontrará materia censurable en mi trabajo, pues yo mismo me doy cuenta, mientras escribo este prefacio, que muchas cosas se hubieron podido decir y hacer mejor; sólo me sostiene la idea de que aquí y allá se encontrará en mi libro algo bueno y cierto que pueda ser de especial utilidad a mi patria alemana. A ese propósito obedece en sustancia el hecho de que a veces me pronuncie con excesivo atrevimiento y en tono resuelto respecto a las opiniones y trabajos de ciertos autores y de algunas escuelas. Ciertamente, esto no responde a una natural arrogancia, sino a la convicción de que las opiniones censurables son perjudiciales a la sociedad; también al convencimiento de que para influir provechosamente en tales casos pre-

cisa expresar sin rodeos y del modo más enérgico la propia opinión opuesta. Es también equivocado creer que quienes en el orden científico han rendido grandes frutos, deben ser tratados con todo respeto aun en sus errores; evidentemente, lo cierto es lo contrario. Autores afamados y prestigiosos perjudican con sus errores infinitamente más que otros insignificantes, y por tal motivo deben ser enérgicamente refutados. Bien sé que pensando en mi propia conveniencia hubiera sido preferible hacer crítica más suave, ponderada y respetuosa, repartiendo cumplimientos a derecha e izquierda; también sé que el juzgador es, a su vez, juzgado. Pero, ¿qué importa? Yo utilizaré los juicios severos de mis adversarios para reparar mis errores, en el caso, que apenas me atrevo a esperar, de que este libro tenga una segunda edición. Así se redoblará la utilidad de la obra, aunque no para mí mismo.

Para aquellos críticos que quieran aceptar la citada disculpa observaré que en la redacción propiamente dicha de este libro no he empleado tanto tiempo como en las investigaciones y meditaciones acerca del tema; que los capítulos sueltos se han elaborado en distintas épocas y a la ligera, y que estoy muy lejos de imaginar que la Naturaleza me adornó con dotes intelectuales especialísimas. Estas observaciones se hacen con objeto de que no se espere demasiado de un parto tan difícil, después de una gravidez tan prolongada; para justificar que hablé más bien, aquí y allá, de épocas algo distantes o muy remotas con preferencia a las actuales, y para que no sean tenidas en cuenta ciertas repeticiones y contradicciones. Por lo que al capítulo de las repeticiones respecta, los versados en política económica sabrán cuán frecuentemente se entrelazan en esta ciencia las distintas materias, y que es incomparablemente preferible repetir *diez veces* la misma cosa que dejar un *punto* en ella sin dilucidar. Qué opinión tengo acerca de mis propias aptitudes lo dirá, mejor que mis propias palabras, el hecho de que he necesitado muchos años para ultimar este producto tan insignificante. Los grandes genios producen con rapidez y facilidad —los vulgares necesitan mucho tiempo y grandes esfuerzos—. Pero también pueden producir cosas extraordinarias, cuando las circunstancias les son propicias, y, sobre todo, cuando encuentran algunas teorías maduras ya para la decadencia, y la Naturaleza les depara una cierta aptitud crítica y alguna tenacidad para aclarar sus dudas. También el hombre pobre puede llegar a ser rico, reuniendo penique por penique, y acumulando un tálero sobre otro.

Para prevenir la sospecha de plagio, advertiré que las ideas desarro-

lladas en este tratado fueron publicadas ya, en su mayor parte, hace algunos años, en diarios y revistas alemanes y franceses, especialmente en la *Allgemeine Zeitung;* en parte, también a grandes trazos, en forma de circulares. No quiero pasar por alto esta oportunidad sin dar testimonio de agradecimiento a mi espiritual y docto amigo doctor Kolb, que dio acogida en la citada publicación a afirmaciones y argumentos aparentemente atrevidos en un principio. Estoy obligado a la misma gratitud con el barón de Cotta, quien con tan loable celo siguió los pasos de su padre, trabajando por el progreso industrial y por la literatura de la patria alemana. Me siento obligado a exponer públicamente que el actual propietario de la librería más famosa del mundo me ha procurado, en la cuestión de los ferrocarriles alemanes, más apoyo que ninguna otra persona en mi país; él fue el primero en estimularme a dar un esbozo de mi sistema en la *Revista trimestral* y seguidamente a redactar el presente libro.

Para que no se me reproche injustamente que el libro no es completo, conviene advertir que en este primer volumen quise reunir sistemáticamente cuanto se me ocurría acerca del comercio internacional y de la política mercantil, y particularmente en pro de un sistema mercantil nacional alemán, procediendo en ese punto decisivo en una forma que creía más ventajosa para los intereses de la industria alemana, que si mezclaba lo nuevo con lo viejo, lo indiscutible con lo dudoso, y volvía a exponer cosas cien veces enunciadas con anterioridad. Además tuve que eliminar muchas afirmaciones, en diversos sectores de la economía política, después de cotejarlas con mis observaciones y experiencias, con mis viajes y estudios. Para no dar al libro una extensión desmedida, me abstengo de recoger aquí los estudios especiales que realicé acerca de la constitución agraria y de la conmasación de haciendas; sobre el fomento de la capacidad para el trabajo, y el despertar del espíritu alemán de empresa; sobre los vicios del sistema fabril y los medios para evitarlos y prevenirlos; sobre la emigración y la colonización; sobre la creación de una marina alemana y los medios de extender el comercio exterior; sobre los efectos de la esclavitud y los procedimientos para abolirla; sobre la situación y verdaderos intereses de la nobleza alemana.

En los citados artículos de la *Revista trimestral*[9] quise preguntar a la

[9] "La Economía nacional considerada desde el punto de vista histórico", "Vierteljahrsschrift", cuad. 5, y "Sobre la esencia y el valor de una energía productiva industrial y *nacional*", "Vierteljahrsschrift", cuad. 9.

opinión pública alemana si es permitido y no resulta pretencioso exponer opiniones y principios que son fundamentalmente distintos de los que sustenta la escuela dominante en economía política. Al mismo tiempo, me propuse ofrecer a los partidarios de esa escuela la oportunidad de conducirme al buen camino, si, por desgracia, me había aventurado por la senda del error. Mi amor propio me dice que han encontrado irrefutables mis afirmaciones; mi afán de duda me sugiere, en cambio, que se me considera muy poca cosa para otorgarme el honor de una réplica. ¿Cuál de estos dos sentimientos estará justificado? No lo sé; lo único cierto es que cuando se trata del bienestar o de la penuria, del ser o del no ser de una nación, concretamente de la nuestra —la alemana—, la opinión del hombre más modesto merece ser atendida, o, por lo menos, refutada.

"Ahora bien —podrá decir la escuela, como lo ha dicho tantas veces—, el llamado sistema mercantil ha sido victoriosamente combatido en centenares y centenares de escritos, artículos y discursos: ¿tendremos que volver ahora, a refutarlo por milésima vez? Este argumento sería decisivo si yo hubiera *resucitado el llamado sistema mercantil.*" Basta, sin embargo, leer la siguiente introducción para convencerse de que de ese decantado sistema sólo tomé para el mío lo que es útil, rechazando, en cambio, todo lo falso; además, he colocado todos los elementos aprovechables sobre una base completamente distinta de la utilizada por la escuela mercantil, a saber: sobre la base de la Historia y de la Naturaleza: del mismo modo he procedido con el sistema agrícola y con el llamado sistema industrial, que falsamente confunde su nombre con el del llamado sistema mercantil. Todavía hice más; he derramado luz sobre los argumentos mil veces aducidos por la escuela cosmopolita, refutándolos *por vez primera,* a base de la naturaleza de las cosas y de las enseñanzas de la Historia, y *por primera vez* he llamado la atención sobre el falso juego que se desarrolla a base de un cosmopolitismo inconsistente, una terminología anfibológica y unos argumentos falaces. Es imposible que esto no merezca la atención de la escuela, y una réplica concienzuda. Por lo menos la persona que redactó aquel artículo está obligada a recoger el guante.

Para que se comprenda en su justo valor la observación antedicha, tendré que recordar acontecimientos pasados. En mis informes, publicados en la *Allgemeine Zeitung,* sobre la Exposición Industrial de París en 1839, me permití arrojar de soslayo algunas miradas sobre el estado

en que hallaba a la sazón la teoría, en particular en la escuela francesa. Un corresponsal "del Rhin" me contestó en el mismo diario empleando un tono y unos argumentos claramente reveladores de que frente a mí se erguía una de las primeras autoridades de la escuela alemana. Pareció tomar muy a mal que al referirme a la teoría dominante, sólo citara a Smith y a Say, y me dio a entender que también Alemania poseía teóricos de fama mundial. De cada una de sus palabras brotaba esa confianza imbuida en sus partidarios por una teoría que había llegado a poseer dominio indiscutido, incluso sobre quienes dudaban de ella, a los cuales no les reconocía siquiera la posibilidad de que conocieran a fondo las doctrinas. A la vez que con los conocidos argumentos escolares combatía el llamado sistema mercantil, repitiendo involuntariamente lo que ya se ha dicho cientos de veces, y dando categoría de autoridad indiscutible a afirmaciones generales, exclamaba: "Juan Pablo mismo dijo en cierta ocasión que una teoría falsa sólo puede *sustituirse* por otra mejor".

Yo no sé dónde y con qué motivo expresó Juan Pablo la citada sentencia, pero creo oportuno afirmar que —tal como el corresponsal "del Rhin" la ha expresado— se parece mucho a un lugar común. Naturalmente, una cosa mala sólo puede quedar ventajosamente *sustituida* por otra mejor. Pero de esto no se deduce que una cosa mala que hasta entonces se consideraba como buena y útil, no se pueda presentar en su verdadero perfil. Mucho menos cabe inferir de ello que una teoría reconocida como falsa no pueda ser arrojada por la borda para dejar sitio a otra más perfecta o para evidenciar la necesidad de encontrar otra mejor. Por mi parte, no me he limitado a demostrar la falsedad y lo insostenible de la teoría dominante, sino que en el citado artículo de la "Revista trimestral" esbocé una nueva teoría, que considero mejor, presentándola a la crítica de las gentes: he cumplido, pues, lo que exigía la sentencia de Juan Pablo —comprendida en sentido estricto—. Después, esa elevada autoridad en la escuela cosmopolita ha permanecido dos años callada.

En rigor no podría decirse tampoco que no ha recaído juicio alguno acerca de los materiales previos de mi libro. Si no me equivoco, el autor de cierto artículo, en uno de los fascículos más recientes de una prestigiosísima revista, se refería a mí cuando hablaba de los ataques al sistema económico nacional dominante, lanzados desde fuera ("por gente que no es del oficio"), por individuos "que revelan un mezquino conocimiento del sistema por ellos combatido, de un sistema mal interpretado, además, en su conjunto", etcétera.

Esta polémica de alta teoría se halla envuelta en frases escolásticas y en sentencias sibilinas, hasta el punto de que, fuera de mí, nadie podría darse cuenta de que se alude a mí mismo y a mis artículos. Por esta razón, y porque, en realidad, no estoy del todo seguro de si efectivamente se dirigen a mí, quiero, fiel a mi propósito de no atacar o provocar especialmente en este libro a ningún escritor alemán todavía existente, dejar sin especial mención a mis adversarios y a sus trabajos. Tampoco puedo, sin embargo, dejarlos pasar en silencio para que el autor mismo, si es que se dirigía a mí, no abrigue la pretensión de haberme asestado golpes decisivos. En tal supuesto, y sin manifestar concretamente su nombre, será para él suficientemente claro que a él me refiero. Con toda sencillez digo, así, a mi adversario, que creo estar impuesto como él en los profundos secretos de su ciencia; que las frases sibilinas y aparentemente profundas, pero vacías en realidad, tales como las que se amontonan al principio de su artículo, son, en economía política, lo que la moneda falsa en las relaciones comunes; que las alusiones de carácter general, y otras referentes a conocimientos especiales, no prueban otra cosa sino la convicción de su propia debilidad; que ha pasado el tiempo de atribuir a Adam Smith una sabiduría socrática, y de elogiar a Lotz, su propagandista alemán, como una verdadera luminaria; que si mi adversario lograra desprenderse de ciertas autoridades en gran parte inservibles ya, llegaría a la conclusión fatal de que sus propios y numerosos escritos necesitan una sustancial revisión; que, sin embargo, una decisión tan heroica redundaría más en beneficio de su fama que esa necia terquedad en difundir las doctrinas tradicionales, y permitiría señalar a los economistas prácticos los verdaderos intereses de su patria, en lugar de seguir atiborrándolos con necias teorías.

En realidad, semejante conversión podría considerarse como una ganancia nacional no despreciable; sabido es, en efecto, qué gran influencia ejercen, incluso los profesores *incipientes* de Economía política, cuando pertenecen a universidades prestigiosas y muy frecuentadas, sobre la opinión pública de la generación presente y de la venidera. No puedo por menos de ayudar a salir de sus ensueños teóricos al escritor aludido, en cuanto esto puede hacerse desde un prefacio. Habla incesantemente de un *mundo de los bienes*. En esta frase hay todo un mundo de error: en realidad, el *mundo de los bienes* no existe. El concepto de mundo implica una sustancia espiritual y viva, aunque sólo sea la vida animal o el espíritu de los animales. ¿Quién podría hablar, por ejemplo, de un mundo

mineral? Suprimid el espíritu, y todo cuanto se llama un *bien* se convertirá en materia inerte. ¿Qué ha sido de la riqueza de Tiro y de Cartago? ¿Qué fue del valor de los palacios venecianos, desde que huyó el espíritu de aquellas masas de piedra? Con su mundo de bienes quiere elevar la materia a una situación sustantiva —y con ello incurre en un gran error—. Hace la disección de cuerpos muertos y nos presenta la estructura y elementos de sus miembros, pero no le es posible unirlos nuevamente en un cuerpo, imbuirles un espíritu, ponerlos en acción; ¡ese *mundo de los bienes* no es sino una quimera!

Tras de estas observaciones acaso me creerán si digo que no es el temor la razón que me induce a no referirme en este libro a los trabajos de los economistas alemanes. Quiero abstenerme de toda polémica inútil o perjudicial. En efecto: sólo desde la fundación de la Unión Aduanera ha sido posible a los alemanes considerar la Economía política desde el punto de vista nacional; desde entonces, muchos antiguos partidarios del sistema cosmopolita habrán formado otro criterio, y siendo tan distintas las circunstancias, sería improcedente empeñarse en lograr la conversión de tales hombres a base de reproches personales.

Esta razón puede considerarse suficiente, por lo que se refiere a los escritores que viven todavía, pero sinceramente no podría achacarse a los muertos extrañas culpas, ya que todos sus errores están compartidos entre Smith y Say, y, en el fondo, no han añadido nada nuevo. Repetiremos una vez más que en este caso, como en el resto del libro, nuestra crítica se limita a la teoría del comercio internacional y de la política comercial; en otros sectores de la Economía política no discutimos el valor de los servicios prestados, lo mismo por escritores ya fallecidos como por los que aún viven. Léanse a este respecto los escritos de Lotz, Poelitz, Rotteck, Soden, etc. —por no hablar de otros tan áridos como los de Krause, Fulda, etc.—, y se encontrará que en los respectivos aspectos no son sino ciegos imitadores de Smith y Say, o que sus juicios, cuando difieren de los de estos autores, carecen de valor. Otro tanto puede decirse del sagaz Weitzel, uno de los más eminentes escritores políticos de Alemania, e incluso el experto y clarividente Rudhart, sólo lanza fugaces destellos en esta importante materia.

Lamento mucho que cuando se recogen donativos para el monumento a *Rotteck,* tenga que manifestar acerca de él mi opinión de que no tuvo una idea clara acerca del comercio internacional ni de la política mercantil, ni de los sistemas y las prácticas de la Economía política. Fácilmente

se me perdonará este juicio si se tiene en cuenta que en el pasaje citado, perteneciente a una de sus últimas obras, Rotteck no sólo ha juzgado con dureza mi persona y mis obras, sino que su juicio es falso del todo[10] y ha hecho necesaria una reacción de mi parte. El reproche de Rotteck, según el cual yo me he quejado sólo de la miseria de los fabricantes, en lugar de censurar la emigración de dinero y el empobrecimiento del Estado, así como su afirmación de que el sistema de la Liga mercantil alemana es en parte imposible de realizar, y en parte va ligado con ciertos *inconvenientes* —este reproche es del mismo cuño que la mayoría de los que Rotteck recoge en su capítulo sobre los presupuestos del Estado: el de la ignorancia—. Cuando se lea mi libro, y, después, aquel capítulo, espero que ese juicio mío no se considere injustificado. Léase tan sólo lo que en mi capítulo XVII se dice acerca del principio de retorsión, y examinando luego las opiniones de Rotteck, se adquirirá el convencimiento de que este autor ha trasladado de modo inadmisible al campo del derecho un simple problema de *educación industrial de las naciones,* y que, en lugar de juzgar como economista, lo ha hecho como profesor de ciencia política. Todos estos ataques me autorizan a afirmar lo siguiente: sería más razonable que Rotteck reconociera lisa y llanamente en sus escritos, como lo hizo en su discurso como diputado, que no posee la menor experiencia práctica en materia de comercio internacional y de política comercial, y que el campo de la economía política le es totalmente desconocido, ya que, tanto en un sector como en otro, procede en contradicción manifiesta con otros méritos suyos. Según se recordará, los señores Rotteck y Welcke afirmaron tiempos atrás que no entendían nada de comercio, a pesar de lo cual, combatieron a seguida con la mayor violencia, en la

[10] Véase "Derecho político de la monarquía constitucional", empezado por el barón Von Aretin, continuado por Karl von Rotteck, Leipzig, 1839, p. 300. "Semejante decisión (la limitación de comercio) no se ha adoptado en favor de los *fabricantes* del país, pues para la colectividad es ventajoso que la importación libre de productos extranjeros estimule a los productores del país a perfeccionar la industria y a rebajar los precios, sino para impedir el *empobrecimiento* del Estado causado por la salida de dinero sin posibilidad de retorno, y para alejar de *todos* los ciudadanos, lo mismo de los consumidores que de los productores, un grave mal. Este punto de vista hubieran debido tenerlo presente la 'Unión mercantil general alemana' y su paladín List, en lugar de quejarse de un *propio* estado de emergencia. En tal caso la opinión pública hubiera estado de su parte, y se hubiesen embotado las armas de sus adversarios, aun cuando no puede ignorarse que a causa de *determinadas* circunstancias y condiciones de Alemania y del comercio alemán —circunstancias que no afectan a la veracidad de los principios generales contenidos en el texto—, el sistema de la citada Unión mercantil resultaba en parte irrealizable, y en parte afectado por numerosos inconvenientes."

Cámara de Baden, la anexión de este país a la gran Unión Aduanera alemana. Muy conocido de ambos, y al tener noticia de que se disponían a adoptar esa posición, me tomé la libertad de hacerles algunas perentorias advertencias, pero recibí de ellos una respuesta lamentable. Quede en suspenso decidir si ese hecho tuvo o no alguna influencia en el juicio desfavorable de Rotteck.

Poelitz, que no es, en modo alguno, un pensador original, y, además, carece de experiencia, ha sido en materia económica un simple compilador. Para dar una idea del criterio en materia de política económica de este autor, que fue el primer títular de cátedra política en Alemania, me permitiré citar un ejemplo: En la época en que todavía se hablaba con sorna entre las *gentes sensatas* de Leipzig acerca de mis propuestas para crear un ferrocarril entre Leipzig y Dresden, traté de ganar la adhesión y ayuda del señor Poelitz, pero lo único que dejó traslucir fue que no podía decir con exactitud hasta qué punto esta empresa era útil y necesaria, pues se ignoraba qué dirección tomaría en el futuro el tráfico de mercaderías. Si no me equivoco, esta sesuda opinión fue posteriormente consignada en los farragosos anuarios de dicho autor.

Cuando me encontré por primera vez con *Lotz,* me tomé la libertad de hablarle modestamente de algunas nuevas opiniones en materia de política económica, con el propósito de conocer las suyas y poder rectificar las mías en consecuencia. El señor Lotz no quiso entablar ningún coloquio, pero en su semblante vino a expresarse una mezcla de altivez e ironía, claro testimonio de que consideraba su posición demasiado sublime para hacerme el honor de entablar una discusión sin rebajarse. Hizo, además, algunas concretas manifestaciones para subrayar que la discusión entre los diletantes de la ciencia y los sabios consagrados no podía conducir a nada bueno. Hacía entonces quince años que no veía los libros del señor Lotz, y mi respeto hacia el autor era, por consiguiente, de fecha muy distante. Semejante proceder me permitió formar ya una clara idea del verdadero valor de los escritos de Lotz, antes de repasarlos de nuevo. ¿Cómo es posible, pensaba yo, que en una ciencia experimental como la economía política pueda producir algo útil un hombre que de tal modo rechaza el testimonio de la experiencia? Cuando, posteriormente, examiné de nuevo los enormes libros del señor Lotz, me expliqué perfectamente su conducta. Si los autores se han limitado a copiar o a comentar sus antecesores, y han sacado toda su experiencia de los libros, es natural que se sorprendan e inquieten cuando se les ofrecen experiencias vivas e ideas totalmente nuevas que contradicen su sabiduría escolar.

El conde *Soden,* a quien conocía muy a fondo, era, en cambio, más docto en la conversación que en sus escritos, y de insólita liberalidad para quienes dudaban de sus opiniones o las combatían. La novedad de este escritor consistía principalmente en el método y en la terminología. Por desgracia, la última era mucho más ampulosa que el primero, y habría de sumir la ciencia, más hondamente aún, en el lodo de la escolástica, que lo hicieran Smith y Say.

Weitzel juzga en su *Historia de las ciencias sociales* a todos los escritores de economía nacional con el criterio de la escuela cosmopolita.

Aunque, por las razones indicadas, me abstengo de toda censura contra los escritores de economía nacional que todavía viven en Alemania, ello no impide que reconozca lo que hay de bueno y de acertado en los escritos de Nebenius, Hermann, Mohl y otros.

Como se verá, estoy de acuerdo con el libro de *Nebenius* acerca de la Unión Aduanera alemana, respecto al sistema que debe inspirar su organización. Dicho libro se escribió con intención de ser útil, *en aquel entonces,* al ulterior desarrollo de la Unión: era, pues, natural que su sagaz autor, tan digno de elogio por sus trabajos en pro de la industria alemana, dejase de lado la teoría y la historia. Por eso tiene todas las ventajas y todos los inconvenientes de un escrito ocasional. En efecto, aunque es susceptible de producir, de momento, un poderoso efecto, no previene, en cambio, contra futuras aberraciones. Supongamos, por ejemplo, el caso de que ingleses y franceses derogaran todos los aranceles sobre los productos agrícolas y forestales alemanes; entonces, según los argumentos de Nebenius, no habría razón alguna para que subsistiera el sistema proteccionista alemán. La "ciencia política" de *Mohl* contiene opiniones muy exactas sobre el sistema proteccionista, y de *Hermann* se sabe que actuó muy vigorosamente en el orden práctico para perfeccionar la Unión Aduanera alemana y para lograr el desarrollo de la industria bávara.

No quiero dejar pasar esta ocasión sin referirme al hecho de que los alemanes, a diferencia de las demás naciones, tratan los problemas político-económicos en dos distintas disciplinas: bajo la denominación de economía nacional, economía política, economía estatal, etc., enseñan la teoría del sistema cosmopolita, según Smith y Say; en la ciencia política investigan en qué forma intervienen los poderes públicos en la producción, distribución y consumo de los bienes materiales. Say, cuyos juicios son tanto más rotundos cuanto menos conoce el asunto, reprocha a los alemanes porque mezclan la economía política con la teoría de la admi-

nistración. Como Say no conocía alemán y ninguna de las obras de economía nacional alemana está traducida al francés, sus conocimientos sobre la materia le han debido ser procurados por algún genial viajante parisiense. En el fondo, esta discriminación de sectores científicos, que indudablemente ha dado lugar, hasta ahora, a muchos equívocos y contradicciones, no significa otra cosa sino que los alemanes percibieron mucho antes que los franceses la existencia de una economía *cosmopolita* y una economía *política*, llamando a la primera economía nacional, y a la segunda, ciencia política.

Mientras redactaba los anteriores párrafos, cayó en mis manos un libro por el cual hube de reconocer que había juzgado a Adam Smith mucho más suavemente de lo adecuado según mis convicciones. Trátase de la segunda parte de la *Galería de retratos sacados de las conversaciones y correspondencia de Rahel*, editado por Varnhagen de Ense. Quería leer en ese libro lo que se dice acerca de Adam Müller y de Federico Gentz, a quienes conocí personalmente,[11] pero lo más exquisito de la obra se hallaba en otro sitio distinto: concretamente, en la correspondencia entre Rahel y Alexander von der Marwitz. Este joven de extraordinario talento había leído y criticado a Adam Smith al preparar su examen. En la adjunta nota puede leerse lo que durante su estudio escribió acerca de dicho escritor y de sus discípulos alemanes.[12] Y este juicio,

[11] Más adelante tendré, acaso, oportunidad de referirme a las notabilísimas opiniones y características de estos dos hombres, respecto a la política mercantil alemana. Conocí a ambos durante mi asistencia al Congreso ministerial de Viena (1820). Müller, con quien tuve ocasión de reunirme frecuentemente en casa del duque de Anhalt-Köthen, ya fallecido, llegó incluso a distinguirme con su confianza. Gentz era menos accesible, a causa de su posición y de sus relaciones con Inglaterra; sin embargo, muchas veces entabló conmigo discusiones sobre asuntos de interés; pero no sólo no llegamos a un acuerdo sino que, poco después de mi partida de Viena, inició contra mí en la *Allgemeine Zeitung* una polémica de la cual puedo afirmar sin jactancia que salí muy airoso.

[12] *Op. cit.*, p. 57. "Derivan toda su sabiduría de Adam Smith, un hombre limitado, pero sagaz en su limitada esfera, cuyos principios son proclamados por ellos, con cualquier motivo, en tono prolijo y doctrinal. Su ciencia es sumamente fácil, pues con independencia de todas las ideas y separándose de las demás direcciones del pensamiento humano, construye un 'Estado mercantil *general* adecuado a todas las naciones y circunstancias', cuyo arte consiste en *dejar que las gentes hagan lo que quieran.*" "Su punto de vista es el del interés privado: no se da cuenta de que para el Estado debe existir algo más excelso, en virtud de lo cual todas las actividades adquisitivas deben seguir otra dirección distinta de la que anhela quien sólo trata de gozar de una manera vulgar. Es natural que semejante sabiduría, expuesta con una sagacidad difícil de soslayar, consciente y docta, ilustre a un siglo que tiene ese mismo punto de vista. Leo y critico la obra de ese autor; esa lectura resulta trabajosa, porque conduce a través de un *laberinto de secas*

un juicio que en veinte líneas resume todo lo que puede decirse sobre Smith y su escuela, fue formulado por Marwitz después de leer por vez primera a Adam Smith. Él, un muchacho de veinticuatro años, rodeado de gentes doctas que idolatraban a Smith, él sólo arrojó con mano enérgica y segura ese ídolo al montón, lo quebró en mil pedazos y se burló de la necedad de quienes lo adoraban. Y este joven, llamado a abrir los ojos a su patria y al mundo, lo examinaron con las preguntas más estúpidas, y hubo de conformarse con salir del paso, para morir luego, antes de que se lograra su enorme vocación.

El máximo economista nacional de Alemania —su único economista en ciertos aspectos— tenía que morir en tierra extraña. En vano buscaréis su sepulcro: su único público fue Rahel, y tres notas escritas a la ligera en sus cartas fueron sus únicas obras: dícese, sin embargo, que Marwitz envió a Rahel seis pliegos de apretada escritura, referentes a Adam Smith. Ojalá se encuentren los papeles que dejó Rahel, y que el señor v. Varnhagen tenga la bondad de comunicarlos al público alemán.

Verdaderamente, nunca me sentí tan pequeño como leyendo estas cartas de Marwitz. Él, un muchacho imberbe, pudo en catorce días despojar al ídolo de la escuela cosmopolita de ese velo, que sólo acerté a desgarrar en mi edad madura, después de una serie de años. Es sencillamente asombroso el paralelo que traza entre Napoleón y Adam Smith, brevísima frase: *Son los dos monarcas más poderosos de la tierra:* más bien pudo decir los dos grandes devastadores de pueblos, si no hubiera sido improcedente esa expresión en el año 1810. ¡Qué sagacidad al juzgar los acontecimientos del mundo: qué espíritu!

Me interesa declarar ahora que después de haber escrito sobre Adam Smith un capítulo para el presente libro, lo eliminé por completo, sólo por el respeto exagerado que me inspiraba aquel famoso nombre, y porque temía que mi sinceridad de juicio pudiera ser tildada de arrogancia.

abstracciones, de complicaciones artificiosas entre las energías productivas, resultando tan difícil como fatigoso seguirla." — P. 61: "Ya terminé con Adam Smith, cosa que me produce no poca alegría; al final, cuando se pone a hablar de grandes cuestiones políticas, de estrategia, de juridicidad, de educación, resulta francamente estúpido... Algún día me decidiré a escribir sobre él más extensamente, pues vale la pena: en efecto, junto con Napoleón, es hoy el monarca más poderoso de Europa" (literalmente exacto). — P. 73: "Con Adam Smith estoy en el sexto pliego, y mañana lo habré despachado. Cuando vaya a Berlín lo llevaré conmigo". — P. 56: "... como sobre el intendente Krause que copia a Adam Smith del modo más torpe e impertinente, con tal vulgaridad que incluso cita el mismo ejemplo; pero donde Adam Smith habla de un pañero, él se refiere a un tejedor de lana; donde Adam Smith habla de Calcuta y Londres, él dice Trankebar y Copenhague". Ambas cosas exactas, también.

Lo que he dicho en esa primera elaboración no podría repetirlo aquí íntegramente sin que mi prólogo adquiriera las proporciones de un libro entero, puesto que quedó reducido a *un* solo pliego el contenido de seis pliegos impresos; por eso me limito a ofrecer un breve extracto. Decía yo allí que a causa de las doctrinas de Adam Smith, la economía política experimentó un tremendo retroceso en algunas de *sus partes más importantes,* especialmente en relación al comercio internacional y a la política mercantil; este autor infundió en nuestra ciencia un espíritu de sofisma, de escolasticismo, de oscuridad y de confusión; la teoría se convirtió en un campo donde se debatían gentes mediocres, y en una trampa para numerosos hombres de espíritu, experiencia, sano talento y recto juicio; él fue quien procuró argumentos a los sofistas para engañar a las naciones acerca de su pasado y futuro. Mencionaba allí detalles de la biografía trazada por Dugald Steward, diciendo cómo este gran espíritu no pudo morir tranquilo hasta que sus escritos fueron quemados: con ello quería dar a entender cuán honda era mi sospecha de que estos papeles contuvieran pruebas contra su rectitud. Probaba cómo desde Pitt hasta Melbourne su teoría había sido utilizada por los ministros ingleses para echar tierra a los ojos de otras naciones, en provecho de Inglaterra. Yo lo veía como un observador cuya mirada es capaz de percibir menudos granos de arena, pellas de tierra, hierbas o arbustos, pero no comarcas enteras; lo representaba como un pintor capaz de dibujar los detalles con exactitud admirable, pero no de unirlos en un conjunto armónico; construía así un monstruo cuyos miembros, maravillosamente diseñados, pertenecían a cuerpos distintos.

Como elemento característico distintivo del sistema por mí establecido señalo la *nacionalidad.* Toda mi estructura se basa sobre la naturaleza de la *nacionalidad,* como eslabón entre el *individuo* y la *humanidad.* Durante mucho tiempo medité si no convendría denominar esa estructura *sistema natural de la economía política,* denominación que acaso en ciertos aspectos hubiera sido mejor que la elegida, desde el momento en que presentaba todos los sistemas precedentes no como estructuras que brotan de la naturaleza de las cosas, sino como teorías que contradicen a la Historia; la observación de un amigo me hizo cambiar de opinión: para muchas gentes superficiales que juzgan los libros principalmente por los rótulos que los encabezan, pudiera parecer el mío una simple reviviscencia del sistema *fisiocrático.*

Con este trabajo no me he propuesto penetrar furtivamente en el círcu-

lo de la camaradería profesional, ni habilitarme para obtener una cátedra de economía política, ni jactarme en el futuro como autor de un compendio adoptado en todas las cátedras, ni tampoco revelar mis aptitudes para desempeñar un alto cargo público; no me movía otro propósito que el fomento de los intereses nacionales alemanes, y este objetivo fue la causa de que expusiera mi convicción libremente y sin aderezos que halagaran el gusto y el olfato, pero carecieran de eficacia; además, me interesaba escribir en tono *popular*. Para que los intereses nacionales en Alemania sean impulsados por la teoría de la economía política, ésta tiene que descender desde los gabinetes de trabajo de los doctos, desde las cátedras de los profesores y los despachos de los altos funcionarios, a las oficinas de los fabricantes, de los comerciantes al por mayor, de los armadores, capitalistas y banqueros, a los despachos de todos los funcionarios públicos y administradores del erario, a las viviendas de los terratenientes, y, en particular, a las Cámaras de los estamentos, en una palabra: que sea acervo común de todos los hombres cultos de la nación. Sólo cuando esto suceda habrá logrado el sistema mercantil alemán de la Unión Aduanera aquella estabilidad sin la cual, aun con los mejores propósitos y en manos de los estadistas más capaces, sólo puede producir estrago y ruina. La necesidad de una estabilidad semejante y la utilidad de una opinión pública esclarecida y afirmada por la libre discusión, en ninguna parte se revela mejor y más a las claras que en los tratados de comercio. Los tratados de Methuen sólo pudieron ser estipulados en países donde la opinión de los gabinetes lo era todo, y nada la opinión pública. La historia más reciente de la política mercantil alemana ha puesto claramente en evidencia la exactitud de esta observación. Si en algún punto es la publicidad una garantía del trono (y lo es en todos aquellos lugares en que se robustecen la energía nacional, eleva la conciencia pública, y controla la administración en interés de la nación misma) es materia de industria y de política mercantil. De ninguna manera podrán servir mejor sus intereses dinásticos los príncipes alemanes que admitiendo la discusión pública sobre las conveniencias materiales de la nación, y, en lo posible, suscitando y estimulando dicha discusión. Para que este proceder se lleve a cabo con máxima cautela, es indispensable que la teoría de la economía política y las experiencias de la práctica de otros pueblos sean patrimonio común de todas las personas que piensan en la nación.

Por ello, al redactar el presente escrito, mi preocupación mayor fue ser claro y convincente, aun a costa del estilo y a riesgo de no parecer

demasiado docto ni demasiado profundo. Me preocupé mucho cuando un amigo, después de leer algunos capítulos, me dijo que había encontrado en ellos algunos hermosos parajes. Yo *no* quería escribir párrafos bellos: la belleza del estilo no es consustancial a la economía nacional. En lugar de ser una nota favorable, esa excelencia de estilo es un defecto en las obras de economía nacional, ya que muchas veces tales bellezas de forma se utilizan para encubrir una lógica débil o insana, o para valorar ciertos argumentos sofísticos como cosa fundamental y profunda. Los principales requisitos de esta ciencia son claridad y comprensibilidad. Las deducciones aparentemente profundas, las frases complicadas y las formas artificiosas de dicción sólo son útiles a quienes carecen de agudeza para ver las cosas en sus fundamentos, para quienes no poseen claridad en sí mismos ni medios de hablar con claridad a los demás.

Tampoco he seguido la moda de hacer copiosas citas. He leído cien veces más libros que los mencionados por mí. Ahora bien, la mayor parte de los lectores que no hacen de la ciencia una profesión, y cuentan, acaso, entre los más sensatos y afanosos de saber, se atemorizan y molestan cuando alguien les ofrece un fárrago de testimonios y apoyos literarios. Yo no he querido gastar de ese modo, inútilmente, el espacio disponible. No pretendo afirmar, sin embargo, que las citas copiosas dejen de tener una gran utilidad en los tratados y obras de investigación científica; sólo me interesa manifestar que mi propósito no ha sido escribir un tratado.

Piénsese que no es pequeño el servicio que presto a la *burocracia* alemana cuando le procuro una teoría adecuada a sus prácticas, y en cambio señalo los errores de algunos que nunca la han tratado con especial respeto. Ciertamente la disensión entre teoría y práctica no ha favorecido mucho a la institución burocrática. El funcionario más inexperto, cuyos cuadernos cosmopolitas mantenían todavía fresca la tinta de sus apuntes, creía necesario perfilar un gesto de desprecio en cuanto un consejero experto o negociante capaz y observador hablaba de los aranceles proteccionistas.

Ardientemente deseo que coincidan con nosotros los nobles más o menos acaudalados de la nación alemana. Les hemos enseñado que por culpa de sus auténticos hermanos de Inglaterra —los *tories*— están empobrecidos, arruinados o desposeídos, y que nosotros —los industriales y sus paladines— fuimos en siglos anteriores quienes les ayudamos a sostenerse; lo hicimos de tal suerte, que para ellos fue la porción más copiosa y mejor de la miel de nuestras colmenas, pues trabajamos solícitamente

en incrementar sus rentas y el valor de sus posesiones; les dimos en matrimonio las hijas de nuestros más ricos industriales, y las fuentes de su bienestar y del de sus hijos, cegadas con la supresión de las abadías, episcopados y arzobispados del Reich alemán, fueron sustituidas regándose abundantemente, de otro modo, sus árboles genealógicos. Bastará que la nobleza alemana se fije en el ejemplo de la inglesa para darse cuenta que la riqueza interior, el comercio exterior en gran escala, la navegación, las flotas y las colonias extranjeras podrían y deberían ser también para ellos. El ejemplo de la nobleza polaca y su actual situación revelan a dónde pueden conducir la agricultura rudimentaria, la burguesía mendicante y desprovista de derechos, la servidumbre agraria, el imperio de la nobleza sobre la ley, el feudalismo y todas las demás manifestaciones del dominio, con que se ha soñado en épocas muy cercanas por parte de muy esclarecidos *laudatores temporis acti.* ¡Ojalá, pues, que la nobleza alemana deje de considerar nuestros anhelos con envidia o con recelo! ¡Ojalá vaya haciéndose *parlamentaria* y, ante todo, abiertamente *nacional;* que no esté frente a nosotros sino a la cabeza de nuestro resurgimiento nacional: he aquí su verdadero destino. En todos los tiempos y lugares, las épocas más felices de las naciones han sido aquellas en que la nobleza y la burguesía, unidas, aspiraron a la grandeza nacional; las más tristes, en cambio, aquellas en que se aventuraron en una lucha de mutua destrucción. La profesión militar ha cesado, hace tiempo, de servir de norte a la aristocracia; ¿cuánto tiempo transcurrirá aún hasta que la física, la mecánica vengan a sustituir el valor personal, e incluso destruyan a la guerra misma? En una palabra, hemos demostrado que sin resurgimiento nacional en la agricultura, la industria y el comercio, sin una íntima adhesión a sus intereses no puede haber salvación para la aristocracia alemana.

Todavía hemos de hacer algunas observaciones para que sean exactamente comprendidas dos ideas que aparecen en algunos lugares de este libro —las palabras *libertad* y *unidad nacional.*

Ninguna persona sensata querrá para Alemania otra libertad u otra forma de gobierno que la que ha garantizado a las dinastías y a la nobleza no sólo el grado más alto de prosperidad sino, lo que importa mucho más, la conservación de la misma. A juicio nuestro una forma de gobierno distinta de la monárquica constitucional sería tan perniciosa como la monárquica para los Estados Unidos de América, o la constitucional para los rusos. Según nuestra opinión, la mejor forma de gobierno es

aquella que corresponde al espíritu y a las condiciones de la nación, y en particular al grado de cultura en que se encuentra. Ahora bien, cuando consideramos en Alemania la tendencia a aniquilar el poder monárquico y la existencia de la nobleza como algo pernicioso e insensato, el odio, la desconfianza y los celos contra el surgimiento de una burguesía libre, industrial y rica, y contra el dominio de la ley, implican un defecto todavía mayor, porque en ellos radica la principal garantía de prosperidad para la dinastía y la nobleza. No desear que por cauces legales exista una burguesía en los países civilizados significa dejar a la nación como opción única la que existe entre el yugo extranjero y las convulsiones internas. Por eso es tan lamentable presentar los estragos que en nuestros días padece la industria como motivo para enemistar a los industriales. Existe un mal mayor que una clase de proletarios: las arcas del Tesoro vacías, la impotencia nacional, la servidumbre, la muerte de la nación.

Nadie que piense bien y razonablemente exigirá en Alemania otra *unidad nacional* sino aquella que conserva a cada Estado individual y cada núcleo nacional su autonomía, libertad de movimientos y eficacia dentro su propio círculo, subordinándolo sólo a la voluntad común; aquella unidad, lejos de sojuzgar o destruir las dinastías, es el único modo de garantizar su existencia y continuidad; aquella que se funda en el prístino espíritu de los hijos de Teut —un espíritu que a este respecto se mantiene por igual lo mismo en la forma de gobierno republicano (Suiza, América del Norte) que el monárquico. Todos sabemos bien a dónde conduce la *nacionalidad fragmentaria,* que se comporta con respecto a la nacionalidad íntegra como los tiestos de una vasija rota con respecto al conjunto. Todavía no ha transcurrido una generación desde que los países ribereños alemanes llevaban nombres de departamentos franceses; desde que el río santo de Alemania dio el nombre a una infortunada liga de vasallos de un conquistador extranjero; desde que los hijos de Alemania derramaban su sangre en las ardientes arenas del Sur y en los helados campos del Norte por una fama y un dominio extranjero. Pensamos en una *unidad nacional* que nos proteja a nosotros y a nuestra industria y a nuestras dinastías y a nuestra nobleza contra el retorno de semejante época: y ninguna otra.

Ahora bien: vosotros, los que protestáis contra el retorno del dominio gálico, ¿creéis que sería más tolerable o venturoso que vuestros ríos y puertos, vuestros mares y riberas estuvieran en lo sucesivo bajo la influencia del señorío británico?

INTRODUCCIÓN

En ninguna rama de la economía política domina tan gran diversidad de opiniones entre teóricos y prácticos como respecto al *comercio internacional* y a la *política mercantil*. A la vez, no existe cuestión alguna en el sector de esta ciencia que posea una importancia tan alta en orden al bienestar y a la civilización de las naciones, como respecto a su independencia, poderío y estabilidad. Países pobres, impotentes y bárbaros han logrado convertirse, gracias a una sabia política comercial, en imperios rebosantes de riqueza y poderío, y otros, por razones opuestas, han decaído de un elevado nivel de prestigio nacional a la insignificancia absoluta; en efecto, hemos conocido ejemplos de naciones que han perdido su independencia y hasta su existencia política, precisamente porque sus sistemas comerciales no sirvieron de estímulo al desarrollo y robustecimiento de su nacionalidad.

Más que en cualquier otro tiempo, ha adquirido en nuestros días un interés predominante la aludida cuestión, frente a otras de la economía política. En efecto, cuanto más rápidamente progresa el afán inventivo de la industria y el espíritu de perfeccionamiento, el anhelo de la integración social y política, tanto mayor es la distancia que existe entre las naciones estancadas y las progresistas, y es tanto más peligroso quedarse atrás. Si en otros tiempos fueron precisos siglos para monopolizar la *fabricación de la lana,* el sector manufacturero más importante de pasadas épocas, bastaron algunos decenios para lograr el monopolio de la *manufactura del algodón,* sector no menos importante, y en nuestros días bastó una ventaja de pocos años para colocar la Gran Bretaña en situación de atraer hacia sí la *industria linera* del Continente europeo.

En ningún otro tiempo ha visto el mundo tampoco una *supremacía manufacturera y mercantil* que dotada con energías inmensas como la de nuestros días, aplicase un sistema tan consecuente y poderoso, con tendencia a monopolizar todas las industrias manufactureras, todos los grandes negocios mercantiles, toda la navegación, todas las colonias importantes, todo el dominio de los mares, y a hacer vasallos suyos a todas las naciones, como los indios, en el orden manufacturero y comercial.

Alarmada por los efectos de esta política, más bien obligada por las convulsiones a que dio lugar, vimos en tiempos recientes una nación continental —la rusa—, poco apta por su cultura para la industria manufacturera, buscar su salvación en el sistema prohibitivo tan censurado por la teoría. Y ¿cuál fue el resultado? La prosperidad nacional.

Instigado por la promesas de la teoría, América del Norte se dejó seducir, y abrió sus puertos a las mercancías inglesas. ¿Qué frutos reportó allí la libre concurrencia? Convulsión y ruina.

Experiencias de esta especie suscitan con razón la duda de si la teoría es tan infalible como ella misma supone, o la práctica tan insensata como pretende la teoría; despiertan también el temor de que nuestra nacionalidad corra en definitiva peligro de fenecer por un error mental de la teoría, como aquel paciente que por observar una receta sucumbe a un error; crean en nosotros la sospecha de que esa teoría tan estimada se muestra tan henchida y solemne para ocultar hombres y armas como otro nuevo caballo de Troya, y hace que nuestros propios muros de protección sean derribados con nuestras propias manos.

Una cosa puede afirmarse, y es que después de discutir desde hace más de medio siglo la gran cuestión de la política comercial por todas las naciones, en escritos y asambleas deliberantes, por las mentalidades más sagaces, el abismo que existe desde Quesnay y Smith entre la teoría y la práctica no sólo no se ha cerrado sino que cada año está más abierto.

¿Qué valor puede tener para nosotros una ciencia cuando no ilumina el camino que la práctica ha de reconocer? ¿Sería razonable admitir que la razón de uno es tan infinitamente grande que puede reconocer la naturaleza de todas las cosas, y, en cambio, la razón de otro tan infinitamente pequeña que, incapaz de comprender las verdades descubiertas y esclarecidas por aquél, puede considerar como verdades errores manifiestos, a través de generaciones enteras? ¿No sería más prudente admitir que los hombres prácticos, aunque por regla general propenden a mantenerse en el terreno de los datos, no se opondrían tan larga y tenazmente a la teoría, si ésta no contradijera la naturaleza de las cosas?

La realidad nos autoriza para asegurar que la culpa del antagonismo entre la teoría y la práctica en la política mercantil corresponde tanto a los teóricos como a los prácticos.

La economía política debe extraer de la práctica sus doctrinas relativas al comercio internacional, y establecer sus reglas para las necesidades de la actualidad y para la situación peculiarísima de cada nación, sin

desconocer las exigencias del futuro y de la humanidad entera. Así, debe apoyarse en la *Filosofía,* en la *Política* y en la *Historia.*

En interés del porvenir y de la humanidad entera, la *Filosofía* exige: afinidad cada vez mayor de las naciones entre sí; evitar en lo posible la guerra; establecimiento y desarrollo del Derecho internacional; transición de lo que ahora se llama Derecho internacional público al Derecho de federación entre Estados; libertad del tráfico internacional, lo mismo en el orden espiritual que en el material; finalmente, unificación de todas las naciones bajo la ley jurídica, esto es: la unión universal.

En interés de cada nación especial exige, en cambio, la *Política*: garantías para su independencia y continuidad; reglas especiales para el fomento de su progreso en orden a la cultura, bienestar y potencialidad, y a la formación de sus estamentos sociales como un cuerpo perfecto, en todas sus partes, armónicamente desarrollado, íntegro e independiente.

Por su parte la *Historia* se manifiesta de modo innegable en pro de las exigencias del futuro, enseñando en qué forma el bienestar material y espiritual del hombre corre parejas, en todo tiempo, con la amplitud de su unificación política y de su cohesión comercial. Reconoce también, sin embargo, las exigencias de la actualidad y de la nacionalidad, enseñando cómo han perecido las naciones que no han atendido preferentemente su propia cultura y potencialidad; cómo el tráfico ilimitado con naciones más adelantadas ha sido para un pueblo estimulante en los primeros estadios de su desarrollo, si bien cada nación llega a un punto en que sólo mediante ciertas restricciones de su tráfico internacional puede lograr un desarrollo más alto y una equiparación con otras naciones más adelantadas. La Historia efectúa, así, un compromiso entre las exigencias encontradas de la Filosofía y de la Política.

Sólo la práctica y la teoría de la economía política, tal como están constituidas actualmente, adoptan un criterio unilateral: aquélla, en favor de las exigencias especiales de la nacionalidad; ésta en pro de los requisitos unilaterales del cosmopolitismo.

La *práctica,* o, en otras palabras, el llamado *sistema mercantil,* incurre en el gran error de defender la utilidad y necesidad absolutas y generales de la restricción, porque en ciertas naciones y en determinados periodos de su desarrollo esas limitaciones fueron útiles y necesarias. No advierte que la limitación es sólo un medio, pero el fin es la libertad. Atiende sólo a la nación, nunca a la humanidad; sólo a la actualidad, nunca al futuro; así es exclusivamente política nacional, pero le falta la perspectiva filosófica, la tendencia cosmopolita.

La *teoría* dominante, tal como la atisbó Quesnay y la desarrolló Adam Smith, recoge, por el contrario, de modo exclusivo, las exigencias cosmopolitas del futuro, incluso las del futuro *más lejano*. La unión universal y la libertad absoluta del comercio internacional que a la sazón no es sino una idea cosmopolita, acaso sólo realizable con el transcurso de los siglos, es considerada como algo susceptible de realización actual. Desconociendo las exigencias de la actualidad y la naturaleza de la nacionalidad, ignora incluso la existencia de la nación y, a la vez, el *principio que se propone educar a la nación para la autonomía*. Íntegramente cosmopolita atiende sólo a la humanidad entera, al bienestar del género humano en su conjunto, nunca a la nación y al bienestar nacional; aborrece la política y considera la experiencia y la práctica como rutinas reprobables. Sólo respeta a la Historia en cuanto corresponde a sus tendencias unilaterales, pero ignora o desfigura sus doctrinas cuando están en contradicción con su sistema, y se ve obligada a negar los efectos del Acta de Navegación inglesa, del Tratado de Methuen y de la política mercantil británica, formulando el siguiente lema que contradice a toda veracidad: Inglaterra ha alcanzado su riqueza y poderío no ya *a causa* de su política mercantil, sino *a pesar* de ella.

Advertida así la unilateralidad de ambos sistemas, no nos extrañará que la práctica, a pesar de sus notorios errores, se niegue a dejarse reformar por la teoría; también comprendemos por qué la teoría no quiere saber nada de la Historia ni de la experiencia, ni de la Política y la nacionalidad. Esta teoría inconsistente ha sido predicada en todas las callejas y desde todas las tribunas, con ardor más destacado en aquellos países cuya existencia nacional resultaba más amenazada por ella: he aquí la causa de la propensión dominante de nuestra época hacia los experimentos filantrópicos y hacia la solución de los problemas de la Filosofía.

Ahora bien, en la vida de las naciones como en la de los individuos existen contra las ilusiones de la ideología dos vigorosos medicamentos: la experiencia y la necesidad. Si no nos engañamos, todas aquellas naciones que en la presente época practican un libre tráfico con la máxima potencia manufacturera y mercantil, como medio de salvacion, hállanse a punto de realizar importantes experiencias.

Es sencillamente imposible que si continúan los Estados libres americanos con sus prácticas mercantiles actuales logren introducir un orden apreciable en su economía nacional. Es absolutamente necesario que retornen a sus aranceles anteriores. Aunque los Estados esclavistas

rechacen ese criterio, aunque el partido dominante lo apoye, el poder de las circunstancias será más fuerte que la política de partido. Tememos incluso que, tarde o temprano, los cañones resuelvan la cuestión que fue para la legislación un nudo gordiano; América tendrá que pagar su saldo a Inglaterra en pólvora y plomo; el sistema prohibitivo de hecho, causado por la guerra, remediará los errores de la legislación aduanera americana; la conquista del Canadá pondrá fin al grandioso sistema de contrabando inglés profetizado por Huskisson.

¡Ojalá nos equivoquemos! Pero si nuestra profecía llegara a realizarse, queremos vindicar para la teoría del librecambio la paternidad de esa guerra. ¡Rara ironía del destino! Que una teoría basada sobre la gran idea de la paz perpetua venga a encender la guerra entre dos potencias que, como pretenden los teóricos, han sido creadas para comerciar entre sí; cosa tan extraña como el efecto de la filantrópica supresión del comercio de esclavos, a consecuencia de la cual miles de negros fueron hundidos en las profundidades del mar.[1]

En el transcurso de los últimos cincuenta años (más propiamente de los últimos veinticinco, ya que apenas puede tomarse en consideración el periodo de la revolución y de la guerra) Francia ha realizado un gran experimento con el sistema de las restricciones, a pesar de los errores, secuelas y exageraciones inherentes a él. Su éxito salta a la vista de cualquiera que no tenga determinados prejuicios. Que la teoría discuta el hecho, es una consecuencia natural del sistema. Si formula la tesis desesperada —y pretende hacerla creer al mundo— de que Inglaterra se ha hecho rica y poderosa no *por* su política mercantil sino *a pesar* de ella, ¿cómo dejaría de expresar esta otra pretensión, mucho más fácil de pro-

[1] ¿No hubiera sido mucho más razonable capacitar a los Estados esclavistas para promulgar leyes obligando a los terratenientes a otorgar a los esclavos una propiedad limitada sobre la tierra que cultivan, concediéndoles un grado prudente de libertad personal, en una palabra, una suave situación de servidumbre, con vistas a lograr una emancipación futura preparando y formando a los negros para el ejercicio de una plena libertad? ¿Fueron acaso los negros, bajo sus déspotas de África, menos esclavos que en las plantaciones americanas? ¿Era posible la transición directa desde la libertad natural a la condición civilizada sin que un pueblo bárbaro pasara por la escuela del riguroso vasallaje? Las actas del Parlamento ¿han podido metamorfosear los negros de las Indias occidentales en hombres libres y laboriosos? ¿No se ha educado de este modo, el género humano, en su conjunto, para el trabajo y la libertad? Ciertamente, los ingleses conocen de sobra la historia de la humanidad, para que no hayan dado respuesta a estas preguntas, desde hace tiempo. Evidentemente, lo que han hecho y siguen haciendo en el asunto de la abolición de la esclavitud, obedece a motivos distintos de los filantrópicos, como explicaremos en otro lugar.

bar, según la cual Francia, sin la protección de sus manufacturas interiores, hubiera llegado a ser más rica de lo que lo es en la actualidad? Esa tesis es considerada por muchos, que se tienen por bien informados y prudentes, como moneda contante y sonante, aunque la combatan prácticos muy perspicaces; en efecto, el anhelo de los beneficios que reporta un libre tráfico con Inglaterra se halla actualmente en Francia muy difundido. Tampoco puede discutirse apenas —y de ello hablaremos más detalladamente en otro lugar— que el tráfico recíproco entre ambas naciones debería fomentarse en beneficio de ambas. Desde el punto de vista inglés se pretende colocar no sólo materias primas sino, sobre todo, grandes cantidades de artículos fabricados de uso general, contra productos franceses de carácter agrícola y suntuario. Todavía no puede preverse hasta qué punto el gobierno y la legislación de Francia propenderán a este criterio o llegarán a practicarlo. Pero si lo hicieran con la amplitud que Inglaterra persigue, el mundo dispondría de un nuevo ejemplo en pro o en contra de la gran cuestión: en qué medida, en las circunstancias actuales, es posible y ventajoso que *dos grandes naciones manufactureras,* una de las cuales se encuentra en la actualidad ventajosamente situada con respecto de la otra en orden a los costos de producción y a la expansión del mercado exterior con productos fabricados, pueden entrar en competencia entre sí en sus propios mercados interiores, y qué resultados derivarán de semejante situación de competencia.

En Alemania, las cuestiones citadas se han convertido en problemas prácticos nacionales desde que fue instituida la Liga mercantil. Así como en Francia el vino viene a constituir el cebo con el cual se pretende estimular a Inglaterra para que suscriba un tratado de comercio, en Alemania ocurre lo mismo con los cereales y con la madera. En este caso, sin embargo, no podemos hacer otra cosa que formular una hipótesis, porque resulta imposible en la actualidad saber si los *tories* entrarán en razón y harán al Gobierno, para facilitar la importación de cereales y maderas alemanas, ciertas concesiones que pueden hacerse valer contra la Liga. En efecto, en Alemania hemos llegado ya en materia de política comercial a considerar ridículo, cuando no impertinente, todo intento de pagar barras de oro y plata tangibles y concretas con rayos de luna y esperanzas. En el supuesto de que semejantes concesiones fueran hechas por el Parlamento, someteríanse indirectamente a discusión en Alemania las más importantes cuestiones de la política comercial. El informe más reciente del doctor Bowring constituye para nosotros un atisbo de la

táctica que Inglaterra desarrollaría en este caso. Inglaterra no consideraría esta concesión como un equivalente por las ventajas preferentes que sigue poseyendo aún en el mercado manufacturero alemán; tampoco como una limosna para impedir que Alemania aprenda a resolver por su cuenta el problema del suministro de algodón hilado; que reciba las materias primas necesarias para ello de las regiones tropicales, y las pague con productos de sus propias manufacturas; ni como un medio tampoco de compensar la enorme desproporción existente aún entre la importación y la exportación recíprocas de ambos países. No. Inglaterra considerará el derecho de abastecer a Alemania con hilados de algodón como un *jus quaesitum*, y a cambio de cualquier otra concesión exigirá un equivalente, el cual no consistirá en nada menos que en el sacrificio de las manufacturas de algodón y lana, etc. Esas concesiones serán presentadas a Alemania como un plato de lentejas a cambio de las cuales pretenderán arrancar su derecho de primogenitura. El doctor Bowring no puede haberse engañado durante su residencia en Alemania; no ha debido tomar —así lo presumimos— la cortesía berlinesa por absoluta seriedad. Precisa transportarse realmente a aquellas regiones donde se ha formado la política de la Liga mercantil alemana, siguiendo todavía las rutas de la teoría cosmopolita: en ese ambiente no se establece aún ninguna diferencia entre exportación de artículos manufacturados y exportación de productos agrícolas; se cree posible fomentar los fines nacionales ampliando esta última exportación a expensas de aquélla; no se ha reconocido todavía como norma fundamental el principio de la *educación industrial de la nación;* no se vacila en sacrificar a la competencia extranjera ciertas industrias, tan adelantadas ya gracias a una protección de muchos años, que la competencia interior ha rebajado considerablemente los precios (con ello se pone sustancialmente en peligro el espíritu de empresa alemán, puesto que cada fábrica, arruinada al disminuir la protección o implantarse medidas de gobierno, viene a ser como un cadáver colgado que contamina a gran distancia todos los seres vivos). Como hemos advertido ya, estamos muy lejos de considerar razonables esas seguridades, pero el hecho de que se hagan públicas y puedan seguir siéndolo es bastante deplorable, puesto que con ello se asesta un doloroso golpe a la confianza de que subsistirá en la industria la protección arancelaria, y, como consecuencia, el espíritu emprendedor de Alemania. El mencionado informe nos permite inferir en qué forma se puede inocular un mortal veneno a las manufacturas alemanas,

de tal modo que la causa de esa ruina no aparezca con claridad, y, sin embargo, penetre de modo certero hasta el origen mismo de la vida. Los aranceles cuantitativos deben ser sustituidos por derechos *ad valorem*, con lo cual se abrirá el camino de la defraudación y del comercio de contrabando inglés, precisamente en los artículos de uso general, de valor especial más reducido y de cuantía máxima; es decir, en aquellos artículos que forman la base de la industria manufacturera.

Adviértase así la importancia práctica que actualmente reviste la gran cuestión de la libertad internacional de comercio, y cuán necesario es que, por fin, se investigue de una vez a fondo y sin prejuicios los errores cometidos a este respecto por la teoría y por la práctica, resolviéndose de una vez para todas el problema de la coincidencia entre ambas, o haciendo, por lo menos, ensayos para lograrlo.

Verdaderamente el autor no expresa una afectada modestia, sino una profunda desconfianza en sus propias energías, cuando asegura que, después de muchos años de lucha contra sí mismo; de haber puesto cien veces en duda la exactitud de sus opiniones; de haberlas visto confirmadas otras tantas veces, y después de haber probado y reconocido la inexactitud de la tesis adversa, ha llegado a la conclusión de que era posible resolver este problema. El autor no siente la vanidad de contradecir viejas autoridades y de fundar nuevas teorías. Si fuese inglés, difícilmente hubiera puesto en duda el principio fundamental de la teoría de Adam Smith. Fueron las condiciones de su país las que, desde aquel tiempo, le permitieron desarrollar en varios artículos anónimos y, por último, bajo su nombre, en trabajos más amplios, sus opiniones opuestas a la teoría dominante. Hoy es principalmente el interés de Alemania lo que ha animado a comparecer con este escrito, aunque no puede negar que ha existido también un personalísimo motivo: concretamente la necesidad de demostrar mediante un escrito extenso que no es incapaz de expresar una opinión propia en materias de economía política.

En *contraposición directa con la teoría*, el autor se esforzará, en primer término, por extraer las enseñanzas de la Historia, derivando de ellas sus normas fundamentales; establecidas éstas, comprobará la calidad de los sistemas precedentes, y por último, como su tendencia es absolutamente práctica, definirá los caracteres más recientes de la política comercial.

Para mayor claridad expone el autor a continuación un resumen de los resultados principales a que ha llegado en sus trabajos y reflexiones:

La unificación de las energías individuales con ánimo de perseguir un fin común es el medio más vigoroso para realizar la felicidad de los individuos. Sólo y separado de su prójimo, el individuo es débil, y desamparado. Cuanto mayor es el número de aquellos con quienes está socialmente ligado, tanto más perfecta es la unión, tanto más copioso y escogido el producto, el bienestar espiritual y corporal de los individuos.

La agrupación más excelsa hasta ahora *realizada* de los individuos bajo la norma jurídica es la del *Estado* y la *nación*; la agrupación más elevada que quepa *imaginar* es la de la *humanidad entera*. Así como el individuo puede alcanzar sus fines individuales, en un nivel más alto, dentro del Estado y de la nación, que si está solo, así también todas las naciones realizarían en mayor escala sus fines si estuvieran ligadas por la norma jurídica, la paz eterna y el tráfico libre.

La Naturaleza misma empuja paulatinamente las naciones a realizar esta máxima agrupación: en virtud de la diversidad del clima, del territorio y de los productos, las induce al cambio, y por la superpoblación y la abundancia de capitales y talentos, a la emigración y a la colonización. El comercio *internacional* es una de las más poderosas palancas de la civilización y del bienestar nacional, ya que haciendo surgir nuevas necesidades estimula a la actividad y tensión de energías, trasladando de una nación a otra nuevas ideas, inventos y aptitudes.

En la actualidad, sin embargo, la unión que entre las naciones puede resultar a base del *comercio internacional* es muy imperfecta, ya que se interrumpe o debilita por la guerra o por otras medidas egoístas de determinadas naciones.

A consecuencia de la *guerra* la nación puede perder su independencia, su propiedad, su libertad, su autonomía, su constitución y sus leyes, su idiosincrasia nacional y, en resumen, el grado ya alcanzado de cultura y bienestar, y puede ser también sojuzgada. Mediante las medidas egoístas de pueblos extraños, la nación puede ver perturbada su integridad económica, o retardado su progreso.

Uno de los principales objetos a que debe aspirar la nación es, y tiene que ser, el mantenimiento, desarrollo y perfección de la *nacionalidad*. No se trata de una aspiración falsa o egoísta, sino de algo racional que está en perfecto acuerdo con los verdaderos intereses de la humanidad entera; en efecto, tal idea conduce naturalmente a la definitiva unión entre las naciones, bajo la norma jurídica, a la unión universal, que sólo se compagina con el bienestar del género humano cuando muchas nacio-

nes alcanzan una etapa homogénea de cultura y poder; es decir, cuando la unión universal se realice por vía de *confederación*.

En cambio, una *unión universal basada en el predominio político*, en la riqueza predominante de una sola nación, es decir, en la *sumision y dependencia de otras nacionalidades*, traería como consecuencia la ruina de todas las características nacionales y la noble concurrencia entre los pueblos; contradiría los intereses y los sentimientos de todas las naciones que se sienten llamadas a realizar su independencia y a lograr un alto grado de riqueza y de prestigio político; no sería otra cosa sino una repetición de algo que ya ocurrió una vez, en la época de los romanos; de un intento que hoy contaría con el apoyo de las manufacturas y del comercio, en lugar de utilizar como entonces el frío acero, no obstante lo cual, el resultado sería el mismo: la barbarie.

La civilización, la formación política y el *poderío de las naciones* hállanse principalmente condicionadas por *su situación económica*, y a la inversa. Cuanto más desarrollada y perfecta es una economía, tanto más civilizada y robusta es la nación; cuanto más crece su civilización y poderío, tanto más elevado puede ser el nivel de su cultura económica.

En el desarrollo económico nacional pueden señalarse las siguientes *etapas principales de la evolución: estado salvaje, estado pastoril, estado agrícola-manufacturero, estado agrícola-manufacturero-comercial*.

Es evidente que cuando una nación cuenta con variadas riquezas naturales y, disponiendo de una gran población, reúne la agricultura, las manufacturas, la navegación, el comercio interior y exterior, dicha nación se halla políticamente más formada y poderosa que un simple país agrícola. Ahora bien, las manufacturas son la base del comercio interior y exterior, de la navegación y de la agricultura perfeccionada, y, en consecuencia, de la civilización y del dominio político; una nación que lograra *monopolizar el total de la energía manufacturera del globo terráqueo* y oprimir de tal modo a las demás naciones en su desarrollo económico que en ellas sólo pudieran producirse artículos agrícolas y materias primas, e instaurarse las industrias locales más indispensables, necesariamente lograría el *dominio universal*.

Cualquier nación que conceda algún valor a la autonomía y a la supervivencia, debe esforzarse por superar cuanto antes pueda el estado cultural inferior, escalando otro más elevado, asociando tan pronto como le sea posible la agricultura, las manufacturas, la navegación y el comercio, dentro de su propio territorio.

La transición de las naciones desde el *estado salvaje* al *pastoril* y de éste al *agrícola*, y los primeros progresos en la agricultura se logran del mejor modo mediante el libre comercio con naciones civilizadas, es decir, con naciones manufactureras y mercantiles.

La *transición de los pueblos agrícolas* a la etapa de las *naciones agrícolas, manufactureras* y *comerciales*, sólo podría tener lugar en régimen de tráfico libre en el caso de que todas las naciones llamadas a desplegar una actividad manufacturera registraran al mismo tiempo el mismo proceso de formación; si las naciones no se pusieran unas a otras obstáculos en su desarrollo económico; si la guerra y los sistemas aduaneros no perturbaran su progreso.

Pero como las distintas naciones, favorecidas por circunstancias especiales, logran ventajas en sus manufacturas, en el comercio y en la navegación con respecto a otras; como dichas naciones advirtieron desde muy pronto que esta excelencia era el medio más eficaz para conseguir y asegurar su predominio político sobre otras naciones, se han puesto en juego instituciones que fueron y son adecuadas para lograr un *monopolio manufacturero* y *mercantil*, deteniendo en su progreso a otras naciones menos adelantadas. El conjunto de estas instituciones (prohibiciones de importación, aranceles de importación, limitaciones a la navegación, primas a la exportación, etc.), es lo que se denomina sistema aduanero.

Obligadas por los *progresos anteriores* de otras naciones, por los *sistemas aduaneros de otros pueblos* y por la *guerra*, algunas naciones menos adelantadas se han visto obligadas a buscar los medios para llevar a cabo la transición del estado agrícola al manufacturero, limitando mediante un sistema aduanero propio el comercio con otras naciones más adelantadas y animadas por un afán de monopolio manufacturero que aquéllas consideran perjudicial.

El sistema aduanero no es, como se pretende, un arbitrio mental, sino una *natural consecuencia de la aspiración de las naciones a encontrar garantías de permanencia y prosperidad, o a lograr un dominio eminente.*

Este empeño es, sin embargo, algo legítimo y racional si la nación que a él recurre se ve estimulada y no obstaculizada en su desarrollo económico, y si tal tendencia no es hostil a la finalidad más alta de la humanidad, la confederación universal del futuro.

Del mismo modo que la sociedad humana puede considerarse desde un doble punto de vista, a saber: desde el *cosmopolita*, que abarca la

humanidad entera, y desde el *político*, que tiene en cuenta los intereses especiales y la situación de la nación, así también la economía, tanto la de los particulares como la de la sociedad, puede considerarse desde dos distintos puntos de vista; teniendo en cuenta las energías *personales, sociales y materiales*, que dan lugar a la creación de riquezas, o considerando el *valor en cambio de los bienes materiales*.

Existe, pues, una *Economía cosmopolita* y otra *política*, una *teoría de los valores en cambio* y una *teoría de las fuerzas productivas*, doctrinas que, siendo esencialmente distintas una de otra, deben ser desarrolladas con autonomía.

Las fuerzas *productivas* de los pueblos no sólo están condicionadas por la laboriosidad, el afán de ahorro, la moralidad y la inteligencia de los individuos, o por la posesión de recursos naturales o capitales concretos, sino también por las instituciones y leyes sociales, políticas y civiles, y especialmente por las garantías de permanencia, autonomía y poder de su nacionalidad. Aunque los individuos sean laboriosos, económicos, aptos para el invento y la empresa, morales e inteligentes, cuando no existan la *unidad nacional* y la *división nacional del trabajo* y la *cooperación nacional de las energías productivas*, la nación nunca alcanzará un alto grado de bienestar y potencia, o bien no podrá asegurar la posesión duradera de sus bienes espirituales, sociales y materiales.

El *principio de la división del trabajo* ha sido hasta ahora concebido de modo incompleto. La productividad no radica solamente en la división de diversas operaciones económicas entre varios individuos, sino más bien en la *agrupación intelectual y corporal de ellas para el logro de una finalidad común*.

Este principio no es sólo aplicable a la fábrica aislada o a la agricultura, sino también a las energías agrícolas, manufactureras y comerciales de una nación.

Existe *división del trabajo* y *cooperación de las energías productivas* conforme a un módulo nacional cuando la producción intelectual se halla en la nación en una proporción adecuada con respecto a la producción material, cuando la agricultura, la industria y el comercio nacionales se hallan regular y armónicamente desarrollados.

En el caso de una *nación puramente agrícola*, aunque trafique libremente con naciones manufactureras y comerciales, una gran parte de las *fuerzas productivas* y de las *fuentes auxiliares de carácter natural tienen que permanecer ociosas y sin utilización*. Su desarrollo intelectual y político, sus

fuerzas defensivas, son limitadas. No puede poseer una flota importante ni un comercio ampliamente desarrollado. Todo ese bienestar que deriva del comercio internacional, puede ser interrumpido, perturbado y destruido por completo, a consecuencia de las normas extranjeras y de las guerras.

La energía manufacturera, en cambio, fomenta la ciencia, el arte y el perfeccionamiento político, aumenta el bienestar nacional, la población, los ingresos públicos y la potencialidad de la nación; le procura los medios para organizar conexiones mercantiles con todas las partes de la tierra, y para fundar colonias; estimula las pesquerías, así como la flota y la marina de guerra. Solamente ella puede elevar la agricultura nacional hasta un alto grado de desarrollo.

La *energía agrícola y la manufacturera, reunidas en una misma nación, bajo el mismo poder político, viven en eterna paz,* no pueden ser perturbadas por las guerras y las leyes extranjeras en materia mercantil, y así garantizan, como consecuencia, a la nación, el progreso incesante en su bienestar, civilización y poderío.

La energía agrícola y la manufacturera están condicionadas por la naturaleza, pero esa condicionalidad es muy distinta.

Los *países de la zona templada* están singularmente dotados para el desarrollo de la energía manufacturera, por razón de sus recursos naturales; en efecto, el clima templado es la zona de máxima tensión corporal e intelectual.

Los *países de las zonas cálidas* están, en cambio, muy poco favorecidos en orden a las manufacturas, pero poseen a su vez un monopolio natural respecto a ciertos productos agrícolas valiosos y estimados en los países de la zona templada. Del trueque entre los productos industriales de la zona templada y los productos de la zona cálida (artículos coloniales) deriva principalmente la *división cosmopolita del trabajo* y la cooperación de *energías,* es decir, el grandioso comercio internacional.

Sería un comienzo perjudicial para un país de la zona cálida el intento de crear manufacturas propias. No habiendo sido llamado a ello por la Naturaleza, hará mayores progresos en su riqueza material y en su cultura si se limita a cambiar los productos industriales de la zona templada por los productos agrícolas de sus propias comarcas.

Ciertamente, los países de la zona cálida quedan por tal causa en situación de dependencia con respecto a los de la zona templada. Ahora bien, esta dependencia resulta inocua o más bien eliminada cuando en

la zona templada existen varias naciones con un desarrollo semejante de sus manufacturas, comercio, navegación y potencialidad política, y cuando, además, tanto el interés como la potencialidad de las naciones manufactureras exigen que ninguna de ellas abuse de su dominio frente a las naciones más débiles de la zona cálida. Este predominio sólo resultaría peligroso o nocivo si toda la energía manufacturera, todo el gran comercio, la flota mercante y el poderío naval, estuvieran monopolizados por una sola nación.

En cambio, aquellas naciones que poseen, en la zona templada, un territorio extenso, abundantemente provisto con recursos naturales, dejarían inaprovechada una de las más ricas fuentes de bienestar, civilización y poderío, si no procurasen realizar la división del trabajo y la confederación de las energías productivas conforme a un módulo *nacional*, ya que poseen los medios económicos, espirituales y sociales esenciales para ello.

Entre los recursos *económicos* comprendemos una agricultura convenientemente adelantada, que no puede recibir ya estímulo alguno mediante la exportación de productos. Entre los recursos *intelectuales* comprendemos una avanzada cultura de los individuos. Entre los recursos *sociales* agrupamos las instituciones y las leyes, que procuran al ciudadano la garantía de su persona y de su propiedad, y el libre uso de sus energías físicas e intelectuales, así como la ausencia de instituciones que perturban la industria, la libertad, la inteligencia y la moralidad; por ejemplo, el feudalismo, etcétera.

Una nación de tal naturaleza necesita hallarse en primer término abastecida en su mercado propio con productos de su propia industria, luego, que se encuentre en una relación *inmediata*, y cada vez más estrecha, con los países de la zona tórrida, enviándoles en naves propias sus artículos industriales, y recibiendo de ellos, en cambio, los productos de su zona.

En comparación con ese tráfico entre los países manufactureros de la zona templada y los agrícolas de la zona cálida, posee una significación subalterna el comercio internacional restante con excepción de pocos artículos; por ejemplo, los vinos.

La producción de materias primas y artículos alimenticios es muy importante en las grandes naciones de la zona templada sólo en orden al comercio interior. Una nación rudimentaria o pobre, en el principio de la civilización, puede elevar considerablemente su agricultura me-

diante la exportación de cereales, vino, cáñamo, lino, lana, etc., pero con ello no habrá conseguido elevarse a la categoría de una gran nación en riqueza, civilización y poderío.

Cabe formular la regla de que una nación es tanto más rica y poderosa cuanto mayor es su exportación de productos manufactureros, cuanto más materias primas importa y cuanto más productos consume de la zona cálida.

Los productos de la zona cálida sirven a los países industriales de la zona templada no sólo como artículos alimenticios y materias primas para la producción, sino principalmente como estímulo para la producción agrícola e industrial. Una nación que consuma mayores cantidades de productos de la zona cálida, producirá y consumirá también, relativamente, mayores cantidades de productos de la propia industria y de la agricultura.

En la evolución económica de las naciones debida al comercio internacional, pueden señalarse *cuatro* periodos distintos: en el *primero,* la agricultura nacional se eleva mediante la importación de artículos industriales extranjeros y la exportación de productos agrícolas del país; en el *segundo,* las manufacturas nacionales se desarrollan conjuntamente con la importación de artículos industriales del exterior; en el *tercero,* las manufacturas nacionales abastecen en su mayor parte el mercado propio; en el *cuarto,* se exportan grandes cantidades de artículos industriales de la propia nación, importándose, en cambio, materias primas y productos agrícolas de otros países.

El *sistema aduanero,* como medio de fomentar la evolución económica nacional, gracias a la regulación del comercio exterior, debe siempre tomar como guía el principio de la *educación industrial de la nación.*

Querer exaltar la agricultura nacional mediante aranceles protectores, constituye una política inicial equivocada, porque la agricultura nacional sólo puede ser exaltada mediante las industrias *del país,* y porque excluyéndose las materias primas y los productos agrícolas exteriores, se mantienen a un bajo nivel las manufacturas propias del país.

La *educación económica-nacional* de las naciones que se hallan en un bajo nivel de inteligencia y cultura, o que son demográficamente pobres en relación con la extensión y productividad de su territorio, se fomenta de un modo más adecuado mediante el libre comercio con naciones muy cultas, ricas y laboriosas. Toda limitación del comercio de semejantes naciones, con el propósito de implantar en ellas una energía industrial, resulta

prematura y produce perniciosos efectos, no sólo sobre el bienestar de la humanidad entera, sino también sobre el progreso de la nación misma. Semejantes medidas protectoras sólo pueden justificarse cuando a consecuencia del comercio libre la educación intelectual, política y económica de la nación ha prosperado tanto, que su ulterior progreso resulta detenido y obstaculizado por la importación de productos industriales exteriores y por falta de una adecuada venta para sus propios productos.

Cuando una nación no posee territorios de extensión considerable, ni dispone de recursos naturales variados, ni está en posesión de las desembocaduras de sus ríos, o es desfavorable la configuración de sus fronteras, el sistema proteccionista no puede aplicarse en absoluto, o, por lo menos, no puede serlo con pleno éxito. Semejante nación debe intentar, en primer término, superar esos defectos mediante conquistas o pactos con otras naciones.

La *energía industrial* comprende tantas ramas de la ciencia y del saber, presupone tantas experiencias, prácticas y costumbres, que la formación industrial de la nación sólo puede operarse paulatinamente a base de ellas. Toda protección exagerada o prematura se condena a sí misma, puesto que determina la disminución del bienestar propio de la nación.

Lo más pernicioso y reprobable es el aislamiento repentino y absoluto de la nación, mediante prohibiciones. Éstas son justificadas cuando, separada la nación de otra a causa de una prolongada guerra, se halla en un estado de prohibición involuntaria de los productos manufactureros de otras naciones, y en la absoluta necesidad de bastarse a sí misma.

En este caso, *debe llevarse a cabo una paulatina transición del sistema prohibitivo al sistema proteccionista, aplicando aranceles largamente meditados y paulatinamente decrecientes.* En cambio, una nación que quiere pasar del estado de no protección al de protección, debe partir de aranceles bajos, aumentándolos poco a poco, según una escala gradual.

Los aranceles de este modo establecidos tienen que ser *observados de modo inquebrantable* por los poderes públicos. *Nunca* deberán ser rebajados prematuramente; acaso se procederá a elevarlos cuando resulten insuficientes.

Cuando los *aranceles a la importación,* con los cuales trata de eliminarse la competencia extranjera, *son demasiado altos,* perjudican a la nación que los establece, ya que desaparece el afán de competencia de los industriales nacionales con los del exterior, y se fomenta la indolencia.

Cuando las industrias nacionales no prosperan, aun existiendo aran-

celes razonable y paulatinamente crecientes, ello es una prueba de que la nación no posee todavía los recursos necesarios para afianzar sus propias energías industriales.

Una vez establecido para determinado ramo industrial *un arancel protector,* nunca debe reducirse en tal forma que esta industria quede en peligro de muerte a causa de la competencia extranjera. La norma inquebrantable debe ser la *conservación de lo existente,* la protección de las raíces y del tronco de la industria nacional.

Por consiguiente, la *competencia extranjera* sólo puede ser admitida a *participar en el incremento anual del consumo.* Los aranceles habrán de elevarse en cuanto la competencia extranjera obtenga la mayor parte o la totalidad de ese incremento anual.

Una nación como la inglesa, cuya energía industrial ha logrado un amplio avance respecto a todas las demás naciones, *mantiene y amplía sagazmente su supremacía industrial y mercantil, mediante un tráfico comercial lo más libre posible.* En tal caso, el principio cosmopolita y el político son una misma cosa.

Ello explica la preferencia de ciertos economistas ingleses muy esclarecidos por la absoluta libertad mercantil, y la aversión que sienten perspicaces economistas de otros países a aplicar ese principio en sus países respectivos, dadas las circunstancias que en ellos prevalecen.

Desde hace un cuarto de siglo el sistema prohibitivo y proteccionista inglés actúa contra Inglaterra, y en beneficio de las naciones que con ella compiten.

Producen contra Inglaterra el efecto más perjudicial sus propias limitaciones a la importación de materias primas y artículos alimenticios del exterior.

Las *uniones mercantiles* y los *tratados de comercio* constituyen el medio más eficaz para facilitar el tráfico entre distintas naciones.

Los *tratados de comercio* sólo son legítimos y útiles cuando procuran recíprocas ventajas. Son tratados mercantiles ilegítimos y nocivos aquellos en que *la energía industrial incipientemente desarrollada de una nación* se sacrifica a otra, para lograr concesiones relativas a la exportación de productos agrícolas; por ejemplo, los tratados al estilo del de Methuen, verdaderos tratados leoninos.

Uno de éstos fue el que se estipuló entre Alemania y Francia en el año 1766. Todos los ofrecimientos que desde entonces se han hecho por Inglaterra y Francia y a otras naciones son de la misma naturaleza.

Aunque el arancel protector encarece por algún tiempo los artículos

industriales del país, garantiza en el futuro precios más baratos, a causa de la competencia extranjera; en efecto, una industria que haya llegado a alcanzar su total desarrollo, puede abaratar tanto más los precios de sus artículos cuanto que la exportación de materias primas y artículos alimenticios y la importación de artículos fabricados tienen que reportar costos de transporte y beneficios mercantiles.

La pérdida que para la nación resulta como consecuencia del arancel protector, consiste sólo en *valores;* en cambio, gana *energías,* mediante las cuales queda situada para siempre en disposición de producir incalculables sumas de valores. El gasto de valores debe considerarse solamente como el *precio de la educación industrial de la nación.*

La protección arancelaria sobre los artículos industriales no grava a los agricultores de la nación protegida. La exaltación de la energía industrial en el país incrementa la riqueza, la población y, como consecuencia, la demanda de productos agrícolas, así como la renta y el valor en cambio de la propiedad rústica, mientras que con el tiempo disminuyen de precio los artículos industriales requeridos por los agricultores. Estos beneficios superan diez veces las pérdidas que sufren los agricultores a consecuencia de una transitoria elevación de los artículos industriales.

También se beneficia el comercio exterior y el interior a consecuencia del sistema protector, ya que sólo adquiere importancia el comercio interior y exterior en las naciones que abastecen por sí mismas su mercado interior con productos industriales; que consumen sus propios productos agrícolas, y cambian materias primas y artículos alimenticios del exterior por sus excedentes de artículos industriales. En las naciones meramente agrícolas de la zona templada son insignificantes ambas manifestaciones mercantiles, y el comercio exterior de tales naciones se encuentra, por regla general, en manos de las naciones industriales y mercantiles que trafican con ellas.

Un adecuado sistema protector no otorga a los industriales del país *monopolio* alguno, sino sólo una garantía contra las pérdidas de aquellos individuos que dedican sus capitales, talentos y energías a industrias aún desconocidas.

No otorga ningún monopolio porque aparece la *competencia nacional* en lugar de la extranjera, y porque cualquier miembro de la nación tiene derecho a participar en las primas ofrecidas por la nación a los individuos.

Sólo otorga un monopolio a los *ciudadanos de la propia nación* contra los súbditos de naciones extranjeras, que a su vez poseen para sí un monopolio análogo.

Ahora bien, este monopolio es provechoso, no sólo porque despierta las energías productivas aletargadas e inactivas, sino también porque atrae al país energías productivas exóticas (capitales materiales e intelectuales, empresarios, técnicos y obreros).

Frente a esto, en cualquier nación de vieja cultura cuyas fuerzas no pueden ser estimuladas de modo notorio por la exportación de materias primas y artículos agrícolas y por la importación de manufacturas extranjeras, el estancamiento de la energía industrial trae consigo grandes y variados perjuicios.

La *agricultura* de cualquier país semejante necesariamente tiene que *anquilosarse,* porque el crecimiento de población que halla medios de subsistencia cuando florece una gran industria propia, y origina una enorme demanda de productos agrícolas, hace más rentable, en conjunto, la agricultura, pero esa masa de población se arroja sobre las tierras disponibles, y provoca una *fragmentación* y *parcelación de los fundos agrícolas,* que resulta sumamente perniciosa para la potencialidad, la civilización y la riqueza nacional.

Un pueblo agrícola, que en su mayoría consiste en un conjunto de pequeños agricultores, no puede arrojar grandes cantidades de productos en el torrente del comercio interior, ni suscitar una importante demanda de productos industriales. En un país así cada individuo se halla sustancialmente limitado a su producción y a su consumo propios. En tales circunstancias nunca puede formarse en la nación un sistema perfecto de transportes, ni beneficiarse con las incomparables ventajas inherentes a la posesión del mismo.

La consecuencia necesaria de ello es la debilidad de la nación, lo mismo en el orden intelectual que en el material, en el individual como en el político. Estos efectos resultan tanto más peligrosos cuando las nacionalidades vecinas emprenden el camino inverso, y avanzan en todos los aspectos, mientras nosotros retrocedemos; cuando en ellas la esperanza de un porvenir mejor eleva el ánimo, la energía y el espíritu emprendedor de los ciudadanos, mientras que entre nosotros todo estímulo queda asfixiado por la perspectiva de un porvenir nada prometedor.

La historia ofrece ejemplos de naciones que han sucumbido porque no supieron resolver a tiempo la gran misión de asegurar su independencia intelectual, económica y política, estableciendo manufacturas propias y un vigoroso estamento industrial y mercantil.

Libro Primero

LA HISTORIA

I. LOS ITALIANOS

EN EL periodo del Renacimiento de la cultura en Europa, ningun país se hallaba en posición tan ventajosa como Italia en los aspectos comercial e industrial. La barbarie no había logrado destruir hasta sus raíces la vieja cultura romana. Un cielo clemente y una tierra fecunda, aunque deficientemente cultivada, aseguraban abundantes medios de subsistencia a una densa población. Lo mismo las artes que los oficios más necesarios habíanse salvado de la ruina, como la antigua organización romana. El ejercicio de la pesca en las costas sirvió en todas partes como vivero de navegantes, y la navegación a lo largo de un litoral extenso compensó sobradamente la falta de medios de transporte en el interior. Las comunicaciones marítimas y la proximidad del Imperio griego, del Asia Menor y de Egipto aseguraban al país decisivas ventajas en el comercio con Oriente, que con anterioridad, aunque sin gran extensión, había llegado hasta los países nórdicos, a través de Rusia.

Este tráfico necesariamente tenía que poner a Italia en posesión de aquellas ciencias, artes y manufacturas que Grecia había salvado de la cultura de la Antigüedad.

Desde la emancipación de las ciudades italianas por Otón el Grande habíase puesto en evidencia una vez más lo que antes y después ha sido repetidas veces confirmado por la Historia: que la libertad y la industria son compañeras inseparables, aunque no es raro que una nazca antes que la otra. Donde quiera que broten el comercio y la industria, es seguro que la libertad está cercana; cuando en algún sitio la libertad presenta sus ofrendas, ello es un signo claro de que más pronto o más tarde la industria acudirá a su encuentro. Nada, en efecto, tan natural como que el hombre, después de haber adquirido riquezas materiales e intelectuales, aspire también a las garantías necesarias para poder transferir a la posteridad esos beneficios; o que después de haber conocido y practicado la libertad, despliegue todas sus energías para mejorar su condición física e intelectual.

Por vez primera desde el ocaso de los Estados libres en la Antigüedad, ofrecen ahora al mundo las ciudades de Italia el espectáculo de unas

comunidades libres y opulentas. Ciudades y campiñas se exaltan recíprocamente hasta la prosperidad, y en este empeño encuentran un poderoso apoyo en las Cruzadas. El transporte y abastecimiento de los cruzados no sólo fue un estímulo para la navegación, sino que dio oportunidad y motivo para establecer venturosas relaciones mercantiles con Oriente, para establecer nuevas industrias, prácticas y cultivos, y para la generalización de nuevos placeres suntuarios. Correlativamente se debilitó, por otra parte, de modos diversos, el dominio feudal, favoreciendo la libertad del estamento agrícola y de las ciudades.

Junto a Venecia y Génova distínguese en especial Florencia por sus manufacturas y sus negocios con dinero. Ya en los siglos XII y XIII florecían extraordinariamente sus manufacturas de lana y seda; las corporaciones de estos oficios participan en el gobierno, y bajo su influencia se estructuró la República. Sólo la industria de la lana contaba con 200 fábricas; cada año se confeccionaban 80 000 piezas de paño, cuya materia prima se recibía de España. Por añadidura, anualmente se importaban de España, Francia, Bélgica y Alemania, piezas de paño por valor de 300 000 florines de oro, y después de aprestadas se las exportaba a Levante. Florencia era el banquero de Italia entera; en dicha ciudad se contaban 80 establecimientos bancarios.[1] El Estado poseía unos ingresos anuales de 300 000 florines (15 millones de francos de nuestra moneda); es decir, mucho más que el reino de Nápoles y Aragón en aquel tiempo, y más que Gran Bretaña e Irlanda en la época de la reina Isabel.[2]

Vemos así a Italia, ya en los siglos XII y XIII, en posesión de todos los elementos de bienestar nacional, y llevando una gran ventaja en el orden comercial e industrial respecto a todas las demás naciones. Su agricultura y sus industrias sirven de modelo y estímulo a los demás países. Sus caminos y canales son los más perfectos de Europa. Florencia da a conocer al mundo civilizado los bancos, la brújula, la navegación perfeccionada, la letra de cambio y un gran número de utilísimas costumbres y leyes comerciales, así como una gran parte de sus instituciones municipales y estatales. Su flota y su poderío marítimo son con ventaja los más importantes de los mares del Sur. En su poder se halla el comercio mundial, ya que si se exceptúa el tráfico insignificante que se lleva a cabo en las aguas nórdicas, dicho comercio se practica exclusivamente en el mar Mediterráneo y en el mar Negro. Abastece a todos los pueblos con pro-

[1] De l'Écluse, *Florence et ses vicisitudes*, pp. 23, 26, 32, 103, 213.
[2] Pecchio, *Histoire de l'Economie politique en Italie.*

ductos manufacturados, artículos de lujo y mercaderías de los países cálidos, recibiendo en compensación las materias primas de éstos. Sólo una cosa falta a este país para que sea lo que Inglaterra ha sido en nuestros días; y como no llega a poseer esa cosa, todo lo demás resulta perdido: le falta *unidad nacional,* y la energía que de ello deriva.

Las ciudades y los magnates de Italia no se consideraban como miembros de *un cuerpo,* sino que peleaban y se destruían entre sí como potencias y Estados independientes. Aparte de esas luchas exteriores, cada comunidad estaba sujeta a los azares de las contiendas intestinas entre democracia, aristocracia y dictadura. Estas pugnas fueron alimentadas y robustecidas por las potencias extranjeras y sus invasiones, y por las disensiones en el seno del clero, cuyos componentes estuvieron divididos a su vez, en dos partidos hostiles.

Semejante desarrollo de Italia se revela con toda claridad en la historia de sus potencias marítimas. Primero vemos a *Amalfi,* desde el siglo VIII hasta el XI, grande y poderosa.[3] Sus barcos cubrían los mares, y todo el dinero que circulaba en Italia y en Levante era amalfitano. Amalfi posee la legislación marítima más cabal, y en todos los puertos mediterráneos rige el Derecho marítimo amalfitano. En el siglo XII esta potencia marítima quedó eclipsada por *Pisa;* Pisa, a su vez, pereció bajo los golpes asestados por *Génova,* y ésta, por último, hubo de doblegarse ante *Venecia,* después de una lucha centenaria.

También el ocaso de Venecia aparece como una consecuencia indirecta de esa política limitada. Una liga de las potencias navales italianas hubiera encontrado cosa fácil no sólo mantener sino afirmar y extender la supremacía de Italia en Grecia, en el Archipiélago, en el Asia Menor y en Egipto, poniendo coto a los avances de los turcos y a sus piraterías, disputando a los portugueses la ruta alrededor de El Cabo. Pero en aquel estado de cosas, no sólo estaba Venecia reducida a sus propias fuerzas, sino que, hacia el exterior, se sentía paralizada por los Estados hermanos y por las vecinas potencias europeas.

Para una liga bien organizada de los Estados terrestres italianos no hubiera sido cosa difícil defender la independencia de Italia contra las grandes monarquías. En 1526 se intentó instituir semejante alianza, pero

[3] *Amalfi* contaba en la época de su florecimiento con 50 000 habitantes; Flavio Guio, inventor de la brújula, era vecino de esa ciudad. Al ser asaltada la ciudad por los pisanos (1135 o 1137) se halló aquel viejo libro que tan nocivo fue, más tarde, para la libertad y energía de Alemania: nos referimos a las *Pandectas.*

sólo en momentos de peligro y para acelerar la necesaria defensa. La maldad y la traición de sus miembros y caudillos trajeron como consecuencia el yugo de Milán y la ruina de la República toscana. De esta época data la decadencia de la industria y del comercio de Italia.[4]

Antes como después, quiso Venecia ser por sí sola una nación. Mientras tuvo que medirse solamente con las minúsculas nacionalidades italianas o con la extenuada Grecia, no fue difícil para ella conservar la supremacía manufacturera y mercantil en las riberas del Mediterráneo y del mar Negro. Pero en cuanto naciones íntegras y vigorosas aparecieron en la escena política, se reveló que Venecia sólo era una ciudad, y la aristocracia veneciana una aristocracia municipal. Cierto que había conquistado muchas islas y vastas provincias, pero siempre las había gobernado como países de conquista, y por ello, según testimonio de todos los historiadores, con cada nuevo avance había aumentado su debilidad y no su poderío.

Al mismo tiempo, en el interior de la República decaía el espíritu que había sido origen de su grandeza. La potencia y el bienestar de Venecia, obra de una aristocracia patriótica y esforzada, surgida de una democracia enérgica y amante de la libertad, se mantuvo y creció mientras la libertad siguió avivando las energías democráticas, yendo guiada por el patriotismo, la sabiduría y el espíritu heroico de la aristocracia; tan pronto, empero, como la aristocracia degeneró en una oligarquía despótica que agostaba toda libertad y energía del pueblo, secáronse las raíces del poderío y del bienestar, aunque todavía siguieron floreciendo durante algún tiempo las ramas y la fronda de aquel árbol.[5]

"Una nación que ha caído en la esclavitud —dice Montesquieu— trata más bien de conservar lo adquirido que de adquirir cosas nuevas; una libre, en cambio, más anhela adquirir que conservar."[6] A esta justísima observación hubiera podido añadirse: y porque se preocupa más de

[4] Carlos V fue el destructor de la industria y del comercio en Italia, como lo fue en los Países Bajos y en España. A él se deben los títulos de nobleza y la idea que considera censurable el ejercicio del comercio y de la industria por los nobles —idea que ejerció un catastrófico influjo sobre la industria nacional—. Antes dominaba la opinión contraria; los Médici siguieron dedicándose al comercio, aun después de convertirse en soberanos.

[5] "Quand les nobles, au lieu de verser leur sang pour la patrie, au lieu d'illustrer l'état par des victoires et de l'agrandir par des conquêtes, n'eûrent plus qu'à jouir des honneurs et à se partager des impôts on dût se demander pourquoi il y avait huit o neuf cents habitants de Venise qui se disaient propriétaires de toute la République." Daru, *Histoire de Venise*, vol. IV, c. XVIII.

[6] Montesquieu, *Esprit des lois*, p. 192.

conservar que de adquirir, sucumbe; en efecto, una nación que no progresa, se hunde, cada vez más profundamente, y, por último, desaparece. Lejos de extender su comercio y de hacer nuevos descubrimientos, los venecianos perdieron la oportunidad de aprovechar los descubrimientos de otras naciones. Excluida del comercio con las Indias orientales, a raíz del hallazgo de la nueva ruta mercantil, Venecia no daba crédito al hecho, aun después de ocurrido. Lo que el mundo veía, Venecia no quería creerlo. Cuando empezaron a vislumbrar las desfavorables consecuencias de esa transformación operada en las cosas, trataron de mantener las viejas rutas, en lugar de participar en las ventajas de las nuevas —y procuraron conservar y conquistar, por medio de pequeñas intrigas, lo que sólo podía conseguirse mediante una sabia utilización de las condiciones alteradas, mediante el espíritu emprendedor y la tenacidad. Cuando finalmente perdieron lo que poseían, y las riquezas de las Indias orientales y occidentales se derramaron sobre Cádiz y Lisboa, en lugar de afluir a sus propios puertos, tomaron el camino de la alquimia, como la gente simple o los dilapidadores.[7]

En los tiempos prósperos de Venecia, la inscripción en el Libro de Oro se consideraba como un premio por los servicios eminentes prestados en el comercio, en la industria o en las artes del Estado y de la guerra. Entonces se confirió también ese mismo honor incluso a extranjeros, por ejemplo, a los más prestigiosos sederos inmigrados de Florencia.[8] El libro se cerró, sin embargo, cuando los cargos honoríficos e ingresos del Estado fueron considerados acervo familiar de los patricios. Más tarde se intentó resucitar la dignidad patricia, degenerada y empobrecida, y el Libro se abrió de nuevo. Pero no fueron ya, como en tiempos anteriores, los servicios al Estado, sino la riqueza y la estirpe, lo que justificaba la inscripción. Así la mención honorífica en el Libro de Oro decayó tanto en la pública estimación, que un siglo entero el Libro permaneció innecesariamente abierto.

Si se pregunta a la Historia por las causas de la decadencia de esa República y de su comercio, se obtiene la contestación siguiente: radica

[7] Un charlatán vulgar, Marco Brasadino, que pretendía poseer el arte de fabricar oro, fue saludado por la aristocracia como un mesías. Daru, *Histoire de Venise*, vol. III, c. XIX.

[8] Venecia, como después Holanda e Inglaterra, aprovechó todas las oportunidades para atraer industrias y capitales de países extranjeros. De Lucca, que en el siglo XIII poseía una floreciente industria de terciopelos y brocados, emigró también hacia Venecia un crecido número de sederos, huyendo del régimen opresor del tirano Castruccio Castraccani. Sandu, *Histoire de Venise*, vol. I, pp. 247-256.

en la vanidad, indolencia y cobardía de una aristocracia degenerada y en la apatía de un pueblo hundido en la servidumbre. El comercio y las manufacturas venecianas hubiesen sucumbido igualmente aunque el camino del Cabo de Buena Esperanza no hubiera sido descubierto nunca.

Radica, además, como la decadencia de todas las restantes Repúblicas italianas, en la falta de unidad nacional, en la hegemonía extranjera, en el dominio clerical interior y en el resurgimiento de grandes, vigorosas y coherentes nacionalidades en Europa.

Si se considera especialmente la política comercial de Venecia, percibimos desde el primer momento que la política de las modernas potencias mercantiles e industriales no es si no una copia de la veneciana, en mayor escala; es decir, en escala nacional: las restricciones a la navegación y los aranceles a la importación procuran un trato de favor a los armadores del país y a las manufacturas nacionales con respecto al extranjero, y desde muy temprano se generalizó la máxima de importar preferentemente materias primas extranjeras y exportar artículos manufacturados.[9]

En apoyo del principio de la absoluta libertad comercial se ha apuntado que la caída de Venecia debe buscarse en esas restricciones. Con ello se mezcla algo de verdad y gran cantidad de errores. Si investigamos, sin prejuicio alguno, la historia de Venecia, encontraremos que lo mismo allí que, posteriormente, en los grandes Imperios, la libertad y la restricción al tráfico internacional han sido beneficiosas o perjudiciales, según los tiempos, para la potencia y prosperidad de la nación. Fue beneficiosa para la República la ilimitada libertad del comercio en los primeros tiempos de su desarrollo. ¿Cómo hubiera podido elevarse, de otro modo, desde la categoría de una aldea de pescadores a la de una potencia mercantil? Sin embargo, también fueron útiles para ella las limitaciones, tan pronto como hubo alcanzado una determinada etapa de poderío y de riqueza; en efecto, gracias a esas trabas logró alcanzar la supremacía industrial y mercantil. Las restricciones se revelaron como perjudiciales en cuanto el poderío industrial y mercantil llegó a su ápice, porque entonces se eliminó la pugna con otras naciones y se dio pábulo a la indolencia. Lo fatal para los venecianos no fue, pues, la *implantación* de restricciones, sino su mantenimiento, cuando había cesado ya la razón de ser de su origen.

[9] Sismondi, *Histoire des républiques italiennes,* P. I, p. 25.

Adolece este argumento del gran inconveniente de no tener en cuenta el surgimiento de las grandes nacionalidades regidas por monarquías hereditarias. Venecia —que aun siendo dominadora de provincias e islas no era sino una ciudad italiana— sólo tenía enfrente, durante la época de su florecimiento como potencia industrial y mercantil, a otras ciudades italianas, y su política comercial exclusiva únicamente podía ser eficaz mientras no se le opusieran naciones enteras unidas contra ella. En cuanto esto sucedió, sólo hubiese podido conservar su supremacía poniéndose al frente de una Italia unida y extendiendo su política mercantil a toda la nación italiana. Ninguna política mercantil podía ser bastante eficiente para conservar la supremacía mercantil de una ciudad aislada frente a las naciones unidas.

Del ejemplo de Venecia —en cuanto puede utilizarse actualmente contra la política restrictiva— no puede deducirse nada más ni nada menos sino que una ciudad aislada o un Estado pequeño no puede instituir y mantener con éxito ese sistema frente a grandes Estados e Imperios, y que una potencialidad alcanzada en el orden industrial y mercantil a base de restricciones, permite retornar con ventaja, una vez alcanzado su fin, al principio de la libertad de comercio.

En este argumento, como siempre que se discute la libertad internacional del comercio, chocamos con una confusión de conceptos causada por la palabra *libertad,* confusión que ha dado lugar a grandes errores. Se habla de la libertad comercial como de la libertad religiosa y civil. Los partidarios y voceros de la libertad se consideran obligados a defenderla en todas sus formas, y así se ha hecho popular la libertad de comercio sin distinguir entre la *libertad del comercio interior y la del comercio internacional,* cuando una y otra son diametralmente distintas por su naturaleza y sus efectos. En efecto, si las restricciones del comercio internacional sólo en pocos casos son compatibles con la libertad individual de los ciudadanos, en cambio, en el comercio exterior, el máximo grado de la libertad individual puede coexistir con un alto grado de restricción. Es posible, incluso, que el grado más alto del comercio internacional traiga como consecuencia la servidumbre nacional, como lo prueba posteriormente el caso de Polonia. Con este mismo criterio dice Montesquieu: "En ninguna parte está sometido el comercio a mayores restricciones que en las naciones libres; en ninguna parte está menos limitado que en las regidas despóticamente".

II. LOS PAÍSES HANSEÁTICOS

DESPUÉS de dominar en Italia, el espíritu de la industria, del comercio y de la libertad remontó los Alpes, cruzó Alemania y se erigió un nuevo trono en las riberas del mar del Norte.

Ya Enrique I, padre del libertador de las municipalidades italianas, impulsó el establecimiento de nuevas ciudades y la expansión de las antiguas, que en parte se habían fundado en las localidades de las antiguas colonias romanas y en los dominios imperiales.

Como los reyes posteriores de Francia e Inglaterra, dicho rey y sus sucesores consideraban las ciudades como el más adecuado contrapeso de la aristocracia, la fuente más rica de ingresos públicos, y el nuevo fundamento de la defensa nacional. Estas ciudades pronto alcanzaron un alto grado de bienestar y civilización, a causa de sus relaciones mercantiles con las ciudades italianas, su competencia con la industria de Italia, sus instituciones liberales. La convivencia social hizo surgir el espíritu del progreso en las artes e industrias, y el empeño de distinguirse por la riqueza y el espíritu de empresa, mientras que, por otra parte, la riqueza material trajo consigo una aspiración a la cultura y al mejoramiento de las condiciones políticas.

Fortalecidas por el vigor de la libertad y de la industria floreciente, pero amenazadas por las rapiñas en el mar y en la tierra, las ciudades marítimas del Norte de Alemania viéronse pronto necesitadas de una unión más estrecha para su protección y defensa. A este objeto estipularon Hamburgo y Lübeck, en el año 1241, una alianza que todavía en el mismo siglo se extendió a todas las ciudades de alguna importancia en las costas del mar del Norte y del Báltico, y en las orillas del Oder y del Elba, del Weser y del Rhin —reuniendo en total ochenta y cinco ciudades—. La confederación se denominó *Hansa,* palabra que en bajo alemán significa "liga".

Percibiendo rápidamente las ventajas que para la industria privada podían resultar de esta unificación de energías, la Hansa no tardó en desarrollar y perfeccionar una política mercantil cuya eficacia vino a reflejarse en una prosperidad comercial desusada hasta entonces. Dán-

dose cuenta de que quien quiere poseer y conservar un gran tráfico marítimo debe tener los medios para defenderlo, los hanseáticos crearon una marina poderosa; advirtiendo, también, que la potencialidad marítima de un país es más o menos importante según la proporción que existe entre su flota mercante y sus pesquerías, promulgaron una ley en virtud de la cual los artículos de la Hansa sólo podían ser transportados en barcos propios, y a la vez establecieron grandes explotaciones pesqueras de altura. El Acta de Navegación inglesa está imitada de la hanseática, del mismo modo que ésta es una imitación de la veneciana.[1]

Inglaterra se limitó a seguir, en esto, el ejemplo de los países que la habían precedido en la supremacía del mar. En la época del Parlamento Largo el proyecto de promulgar un Acta de Navegación ya no constituía una novedad. Al tiempo de hacer la crítica de dicha ley,[2] Adam Smith pareció ignorar o pasar por alto el hecho de que en pasados siglos y en numerosas ocasiones se intentó ya implantar una restricción de este género. La propuesta del Parlamento de 1461 encontró el veto de Enrique VII, y a su vez el Parlamento rechazó en 1622 otra proposición de Jacobo I sobre la materia:[3] incluso mucho tiempo antes de estos dos intentos, en 1381, fue promulgada por Ricardo II, pero pronto quedó en desuso y cayó en el olvido. Evidentemente, el país no estaba maduro, a la sazón, para esas medidas. Lo mismo las Actas de Navegación que las disposiciones de carácter protector, son tan consustanciales a las naciones que poseen un atisbo de su futura grandeza comercial y mercantil, que apenas los Estados Unidos de Norteamérica habían conquistado su independencia cuando, a propuesta de *James Madison*, se establecieron restricciones a la navegación con un éxito incomparablemente superior al que Inglaterra había logrado siglo y medio antes.

Los príncipes nórdicos, estimulados por los beneficios que les prometía su comercio con la Hansa —ya que no sólo les daba oportunidad de valorar los productos superfluos de su país, obteniendo a cambio de ellos artículos superiores en perfección a los propios, sino también la de nutrir su erario con los impuestos sobre importaciones y exportaciones,[4]

[1] Anderson, *Origin of commerce*, Part. 1, p. 46.

[2] *Wealth of Nations*, lib. IV, cap. II.

[3] Hume, *History of England*, IV parte, cap. XXI.

[4] Los ingresos de los reyes de Inglaterra derivaron en todas épocas más de la exportación que de la importación. La exportación libre y la importación restringida, especialmente en el caso de artículos manufacturados, presupone una industria adelantada y una administración estatal muy culta. Los gobiernos y países en el Norte hallábanse

y de alejar de la holganza a sus vasallos, habituándolos a la laboriosidad—, consideraron como una fortuna que las ciudades hanseáticas establecieran delegaciones en sus países, y trataron de fomentar esos establecimientos otorgando privilegios y distinciones de toda especie. En este aspecto distinguiéronse, entre todos los príncipes, los reyes de Inglaterra.

"El comercio inglés —dice Hume— estaba entonces por completo en manos del extranjero, en particular de los *Easterlings*,[5] constituidos en corporación por Enrique III, el cual les otorgó privilegios, declarándoles exentos de las limitaciones y aranceles a la importación a que estaban sujetos otros mercaderes extranjeros. Tan inexpertos en materia comercial eran entonces los ingleses que, a partir de Eduardo II, los hanseáticos, conocidos bajo la denominación de 'mercaderes del Stahlhof', monopolizaron todo el comercio exterior del Reino. Como esos comerciantes no utilizaban más que buques propios, la navegación inglesa atravesó una situación de extremada penuria."[6]

Algunos comerciantes alemanes, en especial los oriundos de Colonia, estuvieron desde antiguo en relaciones comerciales con los ingleses; por último, en el año 1250, a instancias del rey, fundaron en la capital londinense un famoso establecimiento denominado *Stahlhof (steel-yard)*, tan famoso, que al principio ejerció una gran influencia en el fomento de la cultura y de la industria inglesa, después suscitó la animadversión nacional, y dio lugar a tremendas y prolongadas luchas, hasta que fue suprimido, a los trescientos setenta y cinco años de su fundación.

Inglaterra fue entonces para los hanseáticos lo que más tarde fue Colonia para los holandeses, o Alemania para los ingleses; les suministraba lana, estaño, pieles, manteca y otros productos de la minería y la agricultura, recibiendo, en cambio, artículos manufacturados. Las materias primas negociadas por la Hansa en Inglaterra y en los países nórdicos

entonces en el mismo nivel de altura y experiencia política en que se halla en nuestros días la Sublime Puerta. Es sabido que el Sultán ha estipulado recientemente tratados comerciales en los cuales se obliga a no gravar las exportaciones en más de 14 por ciento, y las importaciones en no más de 5 por ciento. En ese país se halla en pleno auge aquel sistema aduanero que se preocupa principalmente de los ingresos del fisco; los estadistas y escritores que siguen o defienden ese sistema deberían trasladarse a Turquía y allí estarían a la altura de la época.

[5] *Easterlings*, o mercaderes del Este, se llamaba entonces en Inglaterra a los hanseáticos, en oposición a los occidentales, es decir, a belgas y holandeses: de ahí la palabra *sterling* o libra esterlina, porque a la sazón todo el dinero que circulaba era hanseático.

[6] Hume, *History of England*, cap. XXXV.

eran transportadas a su establecimiento en Brujas (fundado en 1252), y cambiadas allí por paños y otros productos belgas, que los hanseáticos distribuían después entre todos los países situados en las costas de los mares del Norte.

Un tercer establecimiento era el de Novgorod, en Rusia, instituido en el año 1272, que negociaba pieles, cáñamo y otras materias primas a cambio de artículos manufacturados.

Un cuarto establecimiento era el de Bergen, en Noruega, fundado en el año 1278, que se ocupaba preferentemente de la pesca y del comercio con sus derivados.[7]

La enseñanza de todas las naciones y tiempos enseña que mientras los pueblos se encuentran en estado de barbarie, extraen beneficios imponderables del comercio libre e ilimitado que les toma productos de la caza, pratenses, forestales y agrícolas, en una palabra, materias primas de toda especie, y, en cambio, les suministra vestidos, máquinas e instrumentos perfeccionados y el gran elemento mediador del comercio, es decir: los metales nobles. También enseña que, conforme esos pueblos van avanzando en la senda de la industria y de la cultura, consideran ya dicho tipo de comercio como menos atractivo, y llegan finalmente a tildarlo de perjudicial y adverso a su progreso ulterior. Apenas había transcurrido un siglo desde la fundación del establecimiento en la *Stahlhof*, cuando ya Eduardo III opinaba que una nación puede hacer algo más útil y provechoso que exportar lana en bruto e importar productos fabricados con ella.[8]

La sagaz concepción de ese rey fue apoyada de modo maravilloso por la extraña conducta de otros monarcas, como apenas existe otro caso semejante en la historia de la industria. Mientras los antiguos imperantes de Flandes y Brabante habían hecho todo lo posible para crear una industria floreciente en su país, los posteriores hicieron cuanto estuvo a su alcance para intranquilizar a los mercaderes e industriales, obligándoles a la emigración.[9]

En el año 1413 la industria de la lana en Inglaterra había hecho tan considerables progresos que Hume pudo afirmar lo siguiente: "En este tiempo existía una gran hostilidad contra los *comerciantes extranjeros*, implantándose una serie de limitaciones al comercio con otros países;

[7] M. S. Sartorius, *Gerchichte der Hansa.*
[8] 11, Eduardo III, cap. V.
[9] Rymer, *Foedera*, p. 496. De Whitte, *Interest of Holland*, p. 45.

por ejemplo, que todo el dinero recaudado por los importadores tenía que ser invertido en comprar artículos producidos en el país".[10]

En tiempos de Eduardo IV, esa hostilidad creció de tal manera que se prohibió por completo la importación de paños extranjeros y de otros artículos.[11]

Aunque el rey fue posteriormente obligado por los hanseáticos a derogar esa prohibición y a reponerlos en sus antiguos privilegios, la medida parece haber sido muy estimulante para la fabricación de la lana en Inglaterra, puesto que Hume dice lo siguiente al hablar de Enrique VII, que gobernó medio siglo después de Eduardo IV:

"Los progresos registrados en la industria y en las artes pusieron un límite, mucho más eficaz que el rigor de las leyes, a la perniciosa costumbre de los nobles, de tener un gran número de servidores. En vez de rivalizar entre sí por el número y solicitud de sus sirvientes, se entabló entre los nobles una nueva competencia, mucho más adecuada al espíritu de la civilización, tratando cada uno de ellos de eclipsar a los otros por el boato de su hotel, por la elegancia de sus carruajes y por la riqueza de su ajuar. Como entonces el pueblo ya no podía hacer depender su ocio del servicio a príncipes y patronos, se vio obligado a ser útil a sí mismo y a la colectividad, aprendiendo algún oficio. Promulgáronse entonces leyes que prohibían la exportación de metales nobles, lo mismo amonedados que en lingotes. Pronto se advirtió la ineficacia de esa dis-

[10] Hume, *History of England*, cap. XXV.

[11] Eduardo IV, cap. IV. El preámbulo de esa ley es tan característico, que no podemos sustraernos al deseo de transcribirlo literalmente. "Considerando que al dicho Parlamento los artesanos, hombres y mujeres, habitantes y residentes en la ciudad de Londres y en otras ciudades, villas, aldeas y poblados en este reino de Gales, han podido evidenciar y deplorar, por desgracia, cómo todos ellos en general y cada uno de ellos se han empobrecido grandemente y perjudicado en su prosperidad y comodidades mundanas por la gran cantidad de diversos *chaffers* y mercaderías pertenecientes a sus secretos y ocupaciones que se traen en cantidad y se disponen para la venta, así como por la banda de extranjeros que son los enemigos del rey, y por otros traídos a este reino de Gales de allende los mares, así como por comerciantes extranjeros, u otras personas, la mayor parte de los cuales son inservibles e indignos, en consideracion a las ocupaciones de cada uno o a su provecho ocasional; con lo que los dichos artesanos no pueden vivir de sus secretos y ocupaciones, como antes acostumbraban, pero muchos de ellos, tanto hombres libres poseedores de un hogar, como villanos y otros siervos y aprendices en gran número están actualmente sin ocupación y viven en situación de extrema miseria física, pobreza y ruina, de donde han derivado muchos inconvenientes en pasados tiempos, como ocurrirá en lo futuro (Dios no lo quiera), si no se pone a ello el conveniente remedio." (En inglés, en el original.)

posición y entonces se impuso a los comerciantes extranjeros el deber de comprar artículos nacionales con el producto de los importados."[12]

A causa del gran número de industriales extranjeros subieron en Londres considerablemente en tiempos de Enrique VIII los precios de todos los artículos de primera necesidad, signo evidente de las grandes ventajas que la agricultura del país había logrado como consecuencia del desarrollo de las industrias del país.

Sin embargo, el rey, juzgando equivocadamente las causas y los efectos de estos fenómenos, dio oídos a las injustas quejas de los industriales ingleses contra los extranjeros, que superaban a aquéllos en destreza, empeño y frugalidad, y ordenó, mediante un decreto de gabinete, la expulsión de 15 000 fabricantes belgas, *porque habían encarecido todos los artículos de primera necesidad, exponiendo al país a los peligros del hambre.* Para extirpar de raíz ese mal, decretáronse inmediatamente leyes restrictivas de los gastos, ordenanzas sobre vestidos, tarifas para los precios de artículos de primera necesidad y para los salarios. Esta política encontró naturalmente la más favorable acogida entre los hanseáticos, que pusieron a disposición de este rey sus barcos de guerra, con la misma solicitud que habían mostrado hacia los anteriores reyes ingleses afectos a ellos, y que en nuestros días han puesto en práctica los ingleses respecto a los reyes de Portugal. Durante todo el gobierno de este monarca el comercio de los hanseáticos con Inglaterra fue aún muy animado. Todavía contaban con barcos y dinero, y, con una destreza no inferior a la que hoy despliegan los ingleses, sabían ganarse pueblos y gobiernos que ignoraban el modo de defender sus intereses nacionales. Ahora bien, sus argumentos descansaban sobre base distinta de la de los actuales monopolios mercantiles. Los hanseáticos derivaban de los tratados y de una posesión inmemorial su derecho a abastecer los países extranjeros con artículos manufacturados, mientras que actualmente los ingleses quieren fundarla en una teoría que ha sido ideada por uno de sus funcionarios de aduanas. Éstos exigen, en nombre de una pretendida ciencia, lo que aquéllos codiciaban en nombre de los tratados y del derecho.

Bajo el gobierno de Eduardo VI, el Consejo real buscó y halló motivos suficientes para derogar los privilegios de los *mercaderes del Stahlhof.* "Los hanseáticos formularon enérgicas objeciones contra esa innovación, pero el Consejo real insistió en la decisión adoptada, y pronto se advirtieron los más venturosos efectos para la nación. Los mercaderes

[12] Hume, cap. XXVI.

ingleses, a consecuencia de su situación como nacionales, lograron en la compra de paños, lanas y otras mercaderías, grandes ventajas con respecto al extranjero, ventajas que hasta entonces no habían advertido con claridad suficiente hasta animarles a entrar en competencia con tan opulenta Compañía. Pero desde el momento en que los comerciantes extranjeros quedaron sometidos a las mismas restricciones, sintiéronse espoleados los ingleses a las empresas comerciales, y el espíritu de empresa despertó inmediatamente en todo el reino."[13]

Después de expulsar por completo a los hanseáticos de un mercado dominado por ellos en forma ilimitada durante tres siglos, como dominan en la actualidad los ingleses los mercados de América y Alemania, fueron repuestos en sus antiguos privilegios, en virtud de los requerimientos hechos por el emperador alemán a la reina María.[14]

Pero su alegría fue, esta vez, de corta duración. "Preocupados no sólo de conservar sino de aumentar estos privilegios, quejáronse al principio del reinado de la reina Isabel, muy acerbamente, de los agravios sufridos en tiempos de Eduardo y de María. La Reina les dio una juiciosa respuesta: Ella no tenía ningún poder para cambiar las cosas, pero se proponía mantener a los hanseáticos aquellos privilegios e inmunidades que a la sazón poseían. Sin embargo, esa contestación no les satisfizo. Poco tiempo después, su comercio fue suspendido de nuevo, con gran ventaja para los comerciantes ingleses, que entonces tuvieron ocasión de revelar sus aptitudes, apoderándose de todo el comercio exterior, y sus esfuerzos resultaron coronados por el éxito más completo; dividiéronse, entonces, en comerciantes residentes y trashumantes; aquéllos practicaron el comercio estable, éstos probaron fortuna en ciudades y países extranjeros con paños y otras mercaderías inglesas. Semejante éxito suscitó de tal modo la envidia de los hanseáticos, que ningún medio fue ahorrado para desacreditar los mercaderes ingleses en las otras naciones. También lograron un edicto imperial que prohibía a los ingleses todo comercio en el Reich alemán. La Reina trató de tomar represalias contra esa medida incautándose de sesenta barcos hanseáticos que se dedicaban al comercio de contrabando con los españoles. En un principio su propósito era sólo obligar a los hanseáticos a un convenio honorable. Pero la noticia de que en la ciudad de Lübeck se celebraba una Dieta hanseática, para acordar medidas que permitieran desbaratar el comercio exterior de los

[13] Hume, cap. XXXV.
[14] Hume, cap. XXXVII. Heylen, p. 108. Heyward, p. 224.

ingleses, la indujo a confiscar esas naves con sus cargamentos; sólo dejó dos en libertad, enviándolas a Lübeck con la embajada de que despreciaba del modo más profundo la Hansa, y sus deliberaciones y medidas."[15]

Así trató Isabel a aquellos comerciantes que habían prestado barcos a su padre y a tantos reyes de Inglaterra, para reñir sus batallas; aquellos mercaderes a quienes hacían la corte todos los potentados de Europa; que por siglos enteros trataron como vasallos a los reyes de Dinamarca y Suecia; que colonizaron los países ribereños del sudeste del Báltico, y limpiaron de piratas todos los mares; que poco tiempo antes habían obligado, con la espada en la mano, a un rey de Inglaterra, a reconocer sus privilegios; a aquellos a quienes, más de una vez, los reyes de Inglaterra habían confiado su corona en premio de un préstamo, y que en cierta ocasión llevaron su ferocidad e insolencia contra Inglaterra hasta el extremo de ahogar cien pescadores ingleses porque habían osado aproximarse a sus pesquerías. Ciertamente los hanseáticos poseían aún poder bastante para desafiar a la reina, pero ya no existía el entusiasmo tradicional, el magnífico espíritu de empresa, el anhelo de libertad y el sentido de cooperación. Cada vez fueron hundiéndose más en la impotencia hasta que, finalmente, en el año 1630, su liga quedó formalmente deshecha después de haber mendigado privilegios de importación en todas las Cortes de Europa, y de haber sido expulsados de ellas con sarcasmo.

Distintas causas externas —sin contar con las internas a que más tarde aludiremos— contribuyeron a su caída. Dinamarca y Suecia trataron de vengarse del vasallaje en que habían sido por tanto tiempo mantenidos por esa Liga, y pusieron todos los obstáculos posibles al comercio de la Hansa. Los zares de Rusia habían concedido privilegios a una compañía inglesa. Las órdenes militares, que por tantos siglos fueron aliadas y servidoras de la Hansa, decayeron y fueron desintegrándose. Holandeses e ingleses los expulsaron de todos los mercados, de todas las Cortes. Por último, el descubrimiento de la ruta en torno al Cabo les fue muy perjudicial.

Quienes en la época del poderío y de la fortuna apenas habían pensado en aliarse con el Imperio alemán, dirigiéronse con sus peticiones, en estos momentos de apuro, a la Dieta del Imperio: los ingleses exportaban anualmente 200 000 piezas de paño, de las que una gran parte iba a

[15] *Lives of admirals*, vol. I, p. 410.

Alemania, y el único medio de recuperar sus antiguos privilegios en Inglaterra consistía en prohibir la importación de paños ingleses a Alemania. Según la tesis de Anderson se proyectó y acaso fue promulgada una resolución de la Dieta, con tal propósito; pero dicho escritor nos asegura que el señor Gilpin, enviado inglés a la Dieta alemana, supo evitar que tal propósito fuera consumado.

Ciento cincuenta años después de la formal desintegración de la Liga hanseática, las ciudades de la Hansa habían perdido de tal modo su pasada grandeza, que Justus Moeser asegura en alguno de sus escritos que cuando visitó las ciudades hanseáticas, y habló con los comerciantes del poderío y grandeza de sus antepasados, apenas querían creerlo. Hamburgo, antiguamente terror de los piratas en todos los mares, y famosa en la cristiandad entera, por los servicios prestados a la navegación en la lucha contra los piratas del mar, había caído tan bajo que tuvo que comprar la seguridad de sus naves mediante el pago de un tributo anual a los piratas de Argel. Cuando el cetro de los mares pasó a los holandeses, empezó a desarrollarse otra política contra la piratería. En tiempos de la hegemonía hanseática del mar, el pirata era considerado como enemigo de la civilización, y se procuraba eliminarlo. Los holandeses, en cambio, tenían a los piratas berberiscos como eficaces auxiliares, mediante los cuales, en plena paz, podía perturbarse el comercio marítimo de otras naciones. Al referirse a una observación de De Witt relativa a esta política, manifiesta Anderson con laconismo: *"Fas est et ab hoste doceri"*,[16] consejo que, a pesar de su brevedad, fue tan bien comprendido y observado por sus compatriotas que, para vergüenza de la cristiandad, los ingleses toleraron hasta nuestros días los repugnantes manejos de los piratas en las costas del Norte de África, hasta que los franceses prestaron a la civilización el gran servicio de eliminarlos por completo.

El comercio de estas ciudades no era nacional: ni se fundaba en el equilibrio y desarrollo pleno de las energías productivas internas, ni estaba apoyado por una fuerza política suficiente. Los lazos que habían de mantener unidos los miembros de la confederación, eran demasiado flojos; la tendencia a lograr un dominio eminente y unos especiales beneficios (o, como podría expresarse un suizo o un americano, el espíritu cantonal, el sentido de los derechos políticos) predominaba y oprimía al patriotismo que hubiera debido imponerse, en interés general de la federación, a los particulares intereses de los distintos Estados. Así surgie-

[16] Anderson, vol. II, p. 585.

ron los celos y, con frecuencia, la traición. Así aprovechó Colonia la enemistad de Inglaterra contra la Liga, en beneficio propio; así trató Hamburgo de aprovechar, con ventaja, las disensiones habidas entre Dinamarca y Lübeck.

Las ciudades hanseáticas no fundaban su comercio sobre la producción y el consumo, la agricultura y las manufacturas del país al cual pertenecían sus mercaderes. Habíanse olvidado de fomentar la agricultura de su propia patria mientras que con su comercio propulsaban la agricultura del extranjero; hallaron más cómodo comprar artículos industriales en Bélgica que colocar artículos manufacturados en su propio país; fomentaron la agricultura en Polonia, la ganaderia en Inglaterra, la producción de hierro en Suecia y las manufacturas en Bélgica. Hicieron por espacio de siglos lo que suelen aconsejar los teóricos de nuestros días a las naciones: *comprar donde las mercancías pueden obtenerse más baratas*. Pero cuando los países donde compraban y los países donde vendían los expulsaron de sus mercados, ni su agricultura interior ni su manufactura estaban tan desarrolladas que en ellas pudiese encontrar aplicación su capital mercantil superfluo; éste emigró por ello hacia Holanda e Inglaterra, incrementando allí la industria, la riqueza y la potencialidad del enemigo. He ahí una prueba convincente de que la industria privada, cuando se abandona a sí misma, no siempre propulsa el bienestar y la fortaleza de las naciones.

En su unilateral preocupación por las riquezas materiales, estas ciudades descuidaron por completo el fomento de sus intereses políticos. Durante la época de su poderío parecían ser ajenas al Reich alemán. Halagaba a estos burgueses, limitados, codiciosos y altivos, verse cortejar por príncipes, reyes y emperadores, y mostrarse como soberanos del mar. ¡Qué fácil les hubiera sido en la época de su dominio de los mares, en unión con las ligas municipales de la Alta Alemania, fundar un robusto Parlamento, servir de contrapeso a la aristocracia del Imperio, asegurar con el poder imperial la unidad de la nación, agrupar bajo *una* nacionalidad el litoral entero, desde Dunquerque hasta Riga, y conquistar y mantener de este modo para la nación alemana la supremacía en la industria, en el comercio y en el dominio de los mares! Cuando el cetro cayó de sus manos, ni siquiera les quedó ya influencia bastante para plantear en la Dieta germánica su comercio como un problema nacional. Por el contrario, la aristocracia hizo lo posible para acabar de hundirlos. Las ciudades interiores cayeron, cada vez más, bajo el dominio absoluto

de los príncipes, y con ello perdieron las ciudades marítimas sus enlaces en el interior.

Todas estas faltas fueron evitadas por Inglaterra. Allí tenían la navegación y el comercio exterior una base sólida en la agricultura y en la industria; allí se desarrolló el tráfico interior en armonía con la libertad exterior individual, sin que quedase afectada la unidad ni la potencia de la nación; allí se consolidaron y unieron del modo más feliz los intereses de la Corona, de la aristocracia y del Estado llano.

Cuando se examinan estos hechos históricos ¿cómo es posible asegurar que los ingleses hubiesen podido desarrollar tan ampliamente sus manufacturas, sin la política mercantil que practicaron, o haber llegado a un nivel tan grande en su comercio y a un dominio marítimo tan preponderante? No; la afirmación de que los ingleses no llegaron a su actual potencia mercantil por su política comercial sino a pesar de ella, nos parece una de las falacias del siglo. Si los ingleses se hubieran abandonado a sí mismos, si todo lo hubieran dejado correr, como exige la escuela dominante, *los mercaderes del Stahlhof* continuarían negociando en Londres, y todavía hoy los belgas seguirían fabricando paños para los ingleses; Inglaterra no sería otra cosa que el pastizal de la Hansa, del mismo modo que, por la estratagema de un fementido diplomático, Portugal fue el viñedo de Inglaterra, y continúa siéndolo en nuestros días. Es verosímil que Inglaterra, sin su política mercantil, nunca hubiera llegado a poseer aquella suma de libertad civil que hoy posee; porque esta libertad es hija de la industria y de la riqueza.

Después de tales consideraciones históricas ¿cómo no había de sorprender que Adam Smith no intentase investigar la lucha industrial y comercial entre la Hansa e Inglaterra, desde su origen hasta su final. Algunos pasajes de su libro revelan, sin embargo, de modo suficiente, que no le eran desconocidas las causas de la decadencia de la Hansa y las consecuencias de ese hecho.

"El mercader —dice— no está encadenado con sus intereses a ningún país especial. Le es casi indiferente el punto desde donde realiza sus empresas mercantiles; un leve disgusto puede inducirle a trasladarse de un país a otro, llevando consigo su capital y la industria por él animada. Ninguna porción de ese capital puede considerarse privativa de un país específico, hasta que no se halla incorporada a él mediante la instalación de edificios, etc. De la gran riqueza que poseyeron las ciudades de la Hansa no ha quedado ninguna otra huella sino en las oscuras crónicas

de los siglos XIII y XIV, y apenas se sabe indicar los lugares donde estuvieron alguna de ellas, o decir a qué ciudades pertenecieron los nombres latinos consignados por las crónicas."[17]

Es muy extraño que teniendo Adam Smith una penetración tan clara de las causas secundarias de la decadencia hanseática, no se animara a investigar las causas primordiales. A este fin no hubiese tenido que hacer otra cosa sino inquirir dónde estuvieron las ciudades decaídas de la Hansa, o a qué ciudadcs aludían las oscuras crónicas mencionadas. Sus propios compatriotas, Anderson, Macpherson, King y Hume le hubiesen dado información suficiente.

¿Por qué razón su espíritu, profundamente investigador, se abstuvo de realizar un estudio tan interesante y tan fecundo? No vemos ningún otro motivo sino que tal estudio le hubiese conducido a resultados poco propicios para robustecer el principio de la absoluta libertad de comercio. Indefectiblemente hubiese tenido que chocar con el hecho de que en cuanto la Hansa arrancó, mediante el libre comercio, de la barbarie a la agricultura inglesa, la política mercantil restrictiva de esta nación, desarrollada a expensas de los hanseáticos, de los belgas y de los holandeses, le ayudó a conseguir la supremacía manufacturera, y que de ésta, con ayuda de las restricciones a la navegación, surgió más tarde su supremacía comercial.

Al parecer, Adam Smith no quiso saber ni reconocer tales hechos. Pertenecían ciertamente a la categoría de aquellos hechos enojosos, de los cuales reconoce J. B. Say que se hubieran rebelado contra su sistema.

[17] Smith, *Wealth of Nations.* Lib. III, cap. IV.

III. LOS HOLANDESES

POR su espíritu y sus costumbres, por el origen e idioma de sus habitantes, lo mismo que por sus relaciones políticas y su posición geográfica, Holanda, Flandes y Brabante eran partes del Reich alemán. La presencia y la proximidad de la residencia de Carlomagno hubo de influir sobre la cultura de estos países de modo mucho más importante que sobre otras regiones más distantes de Alemania. Además, Flandes y Brabante estaban muy favorecidas en materia de agricultura e industria; Holanda, en la ganadería y en el comercio. En ninguna parte en Alemania el tráfico interior se fortaleció por una amplia y adecuada navegación marítima y fluvial como en estos países costeros. Los benéficos efectos del transporte acuático para el perfeccionamiento de la agricultura y del desarrollo de las ciudades, habían de traer necesariamente como consecuencia, ya en tempranas épocas, la eliminación de los obstáculos que a ello se oponían y la construcción de canales artificiales.

Al florecimiento de Flandes debe atribuirse, en especial, que sus condes, antes que otros regentes de Alemania, reconocieran el valor de la seguridad pública, de las carreteras, de las manufacturas y de las ciudades florecientes. Favorecidos por la naturaleza del país, dedicáronse a acabar con las depredaciones de la nobleza, y con animales de rapiña, como ocupación predilecta. La consecuencia natural de ello fue un animado tráfico entre la ciudad y el campo, el auge de la ganadería, particularmente de la cría de ganado lanar y del cultivo del cáñamo y del lino. Pero en cuanto se producen materias primas en abundancia y existen seguridades para la propiedad y el tráfico, pronto se encuentran manos y destreza para elaborarlas. Así vemos que los condes de Flandes no esperaron a que la casualidad les procurase tejedores de lana: la Historia nos dice que los *hicieron venir* de extrañas comarcas.

Favorecido por su comercio intermediario entre los hanseáticos y los holandeses, Flandes se erigió pronto con sus manufacturas de lana en punto central del comercio mundial nórdico, del mismo modo que Venecia, con su industria y su navegación, había sido el centro mercantil del Sur. La navegación y el comercio intermediario de la Hansa y de los

holandeses formaron con las manufacturas flamencas un conjunto, una industria nacional. Todavía no podía hablarse en este caso de restricciones al comercio, ya que ninguna rivalidad se oponía a la supremacía manufacturera de Flandes. Que la industria fabril resulta fomentada en tales circunstancias por la libertad de comercio, fue algo que reconocieron ya los condes de Flandes, sin haber leído a Adam Smith. Completamente en el espíritu de la teoría actual, cuando el rey de Inglaterra recomendó al conde Roberto III que expulsara de sus mercados a los escoceses, manifestó el conde que Flandes se había considerado desde antiguo como mercado libre para todas las naciones, y que su interés no le permitía apartarse de semejante norma

Después de ser Flandes por espacio de siglos el primer país manufacturero, y Brujas el primer mercado en la Europa septentrional, la manufactura y el comercio se trasladaron a la vecina Brabante, porque los condes no supieron otorgarle aquellas concesiones que, llegados al ápice de su grandeza, les formulaban. Amberes se convirtió entonces en la primera plaza mercantil; Lovaina, en la principal ciudad manufacturera del norte de Europa. A causa de esa transformación, la agricultura brabanzona alcanzó un alto desarrollo. Contribuyó a su prosperidad particularmente la temprana transformación de los tributos en especie en tributos en dinero, y de modo singular la limitación del sistema feudal.

Entre tanto, los holandeses que, cada vez más unidos en sus energías, iban revelándose como rivales de la Hansa, pusieron los cimientos a su futuro dominio de los mares. Este pueblo pequeño supo explotar siempre las desventajas y el favor de la Naturaleza en su propio provecho. En eterna lucha contra las olas, necesariamente hubieron de prosperar entre ellos el espíritu de empresa, la actividad y el sentido económico, y la tierra con tan indecibles esfuerzos conquistada y protegida, había de ser para ellos un bien al que nunca podía dedicarse bastante atención y cuidado. Limitados por la Naturaleza a la navegación, a la pesca y la producción de carnes, mantecas y quesos, los holandeses se esforzaron por conseguir, mediante el transporte de carga, el comercio intermediario y la exportación de quesos y pescados, que sus necesidades de cereales, materiales de construcción, combustibles y artículos textiles quedaran cubiertas.

En ello radica principalmente el motivo de que más tarde los hanseáticos se vieran cada vez más hostigados y eliminados por los holandeses en su comercio con los países del Noroeste. Los holandeses necesitaban

cantidades mucho mayores de productos agrícolas y forestales que los hanseáticos, y en su mayor parte se abastecían a estos efectos de sus países vecinos. Por otro lado influyó muy favorablemente la proximidad de las manufacturas belgas y del Rhin, con su amplia y fecunda zona fluvial vitícola, y su navegación que se extendía hasta las montañas de los suizos.

Puede considerarse casi como regla general que el comercio y la prosperidad de los países costeros se hallan condicionados por la mayor o menor importancia de las comarcas fluviales con las cuales tienen comunicación acuática.[1] Contémplese el mapa de Italia, y se advertirá que en la gran extensión y feracidad de la cuenca del Po se halla el motivo natural de que el comercio de Venecia superara de tal modo al de Génova y Pisa. El comercio de Holanda tiene sus raíces en la cuenca del Rhin y de sus afluentes; y en la medida en que esta zona fluvial era más rica y fecunda, en comparación con las del Weser y el Elba, el comercio de Holanda superó también al de las ciudades hanseáticas.

A las ventajas referidas se agregó un azar afortunado, concretamente el invento de la salazón del arenque por Peter Boecel. El procedimiento de pesca y salazón siguió siendo por mucho tiempo un secreto de los holandeses, quienes dieron a su producto las propiedades que faltaban a otras pesquerías marítimas, asegurando así para ellas un privilegio en la venta y unos precios más altos.[2] Asegura Anderson que, siglos después de realizarse en Holanda ese invento, los pescadores ingleses y escoceses, a pesar de la elevada prima a la exportación, no hubieran podido encontrar compradores para sus arenques en los mercados extranjeros, a pesar de que sus precios eran mucho más bajos que los de los holandeses. Cuando se tiene en cuenta la importancia que antes de implantarse la Reforma tenía en todos los países el consumo de pescado de mar, se comprenderá que en una época en que la navegación hanseática iniciaba ya una decadencia los holandeses construyeran anualmente 2 000 barcos nuevos.

Desde la unión de todas las provincias belgas y bátavas bajo el dominio borgoñón, estos países disfrutaron también del beneficio de la *unidad nacional*, circunstancia que, teniendo en cuenta la feliz competencia del

[1] Las vías artificiales y, todavía más, los ferrocarriles de los tiempos modernos han modificado sustancialmente esa regla.

[2] En la época actual se asegura que la ventaja de los holandeses radica de una parte en las normas que reglamentan la pesca y de otra en que emplean madera de roble para los toneles donde se conservan y expiden los arenques.

comercio marítimo holandés con el de las ciudades del norte de Alemania, no debe ser pasada por alto. En tiempos de Carlos V, los Países Bajos unidos formaron un complejo de poder y energías que para el monarca significó más que todas las minas de oro del mundo y que los favores y bulas del Pontífice, lo que le aseguró la hegemonía mundial en la tierra y en el mar, porque advirtió la naturaleza de esas energías y supo manejarlas y utilizarlas.

Si Carlos V hubiera arrojado de sí la corona española, como se arroja una piedra que amenaza llevarnos al abismo ¡qué distinto hubiera sido el destino de los holandeses y de los alemanes! Como regente de los Países Bajos unificados, como emperador alemán y como jefe de la Reforma, Carlos hubiera poseído todos los medios materiales y espirituales, el país industrial y mercantil más poderoso, fundando la más grande potencia marítima y terrestre que había existido, una potencia marítima que desde Dunquerque a Riga hubiese cobijado todas las velas bajo *una* misma bandera.

Una única idea, una sola voluntad era precisa entonces para exaltar a Alemania a la categoría del imperio más rico e importante de la tierra, para extender su dominio manufacturero y mercantil a todas las partes del mundo, y afianzarlo, acaso, por una serie de siglos.

Carlos V y su sombrío hijo emprendieron el camino opuesto; poniéndose a la cabeza de los fanáticos, pretendieron hispanizar los Países Bajos. El resultado ya es conocido. Las provincias nórdicas, robustecidas por el elemento que dominaban, conquistaron su independencia; en el Sur la industria, las artes y el comercio sucumbieron a mano del verdugo, cuando sus titulares no pudieron encontrar la salvación en la huida. Amsterdam había pasado a ocupar el lugar de Amberes como centro del comercio mundial. Las ciudades de Holanda, que ya en tiempos anteriores habían cobijado un gran número de tejedores de lana belgas, que huían de los disturbios del Brabante, no tenían ya bastante sitio para recoger a todos los fugitivos belgas, una gran parte de los cuales tuvo que emigrar a Inglaterra y Sajonia. La lucha por la libertad engendró en Holanda un espíritu heroico en la vida del mar, y nada se juzgó difícil o atrevido; en cambio, el fanatismo paralizaba el nervio de España. Holanda se enriqueció particularmente con la piratería y sobre todo con el saqueo de las flotas españolas cargadas de plata; además se dedicó a un activo comercio de contrabando con la Península y con Bélgica. Después de la unión de Portugal con España, entró en posesión de las más impor-

tantes colonias portuguesas de las Indias orientales y conquistó una parte del Brasil. Hasta la primera mitad del siglo XVII vemos a los holandeses superando a los ingleses en punto a manufacturas y colonias, en el comercio y en la navegación, en tan grande escala como, en nuestros días, los ingleses exceden en este aspecto a los franceses.

Con la Revolución inglesa se operó una transformación profunda. El espíritu de libertad había caído en Holanda en la poltronería. Como todas las aristocracias mercantiles, los holandeses se sintieron capaces de grandes acciones mientras se trató de salvar el cuerpo, la vida y los bienes, es decir, mientras fueron evidentes las ventajas materiales; en cambio, no se logró adquirir una profunda conciencia política. La supremacía alcanzada no se defendió como ocurre cuando encuentra apoyo en una gran nacionalidad, y descansa en un poderoso espíritu nacionalista. De otra parte, aquellos países que habían desarrollado en gran escala su nacionalidad por medio de la monarquía, y, en cambio, habían quedado rezagados en el comercio y en la industria, sonrojábanse porque una monarquía tan minúscula señoreara las manufacturas, el comercio y las pesquerías y ejerciera el dominio de los mares. A este sentimiento se agregó en Inglaterra la energía de la recién fundada República. El Acta de Navegación fue el guante de desafío que la supremacía, en ciernes, de Inglaterra arrojó al rostro a la supremacía que a la sazón tenía Holanda; y cuando la lucha sobrevino, se reveló que la nacionalidad inglesa era de mucho mayor calibre que la holandesa. Así, el resultado no podía ser dudoso.

El ejemplo de Inglaterra encontró imitación en Francia. Colbert había calculado que el transporte de mercaderías por mar ocupaba aproximadamente a unos 20 000 veleros, de los cuales nada menos que 16 000 correspondían a los holandeses, cantidad desproporcionada para una nación tan pequeña. A causa de la guerra de sucesión en España, Francia extendió su comercio sobre la Península, en perjuicio de los holandeses. Otro tanto ocurrió en Levante. Por añadidura, se hizo a los holandeses un gran perjuicio, en su industria y en su comercio, cuando Francia fomentó sus manufacturas nacionales, su flota y sus pesquerías.

Holanda habíase visto obligada a ceder a Inglaterra la mayor parte de su tráfico con los países nórdicos, el comercio de contrabando con España y sus colonias, la mayor parte de sus pesquerías y de su comercio con las Indias orientales y occidentales. El golpe más sensible fue, sin embargo, el causado por el Tratado de Methuen (1703). En su virtud recibió un

golpe de muerte el comercio con Portugal, con sus colonias y con las Indias orientales por parte de Holanda.

En cuanto Holanda empezó a perder una porción tan considerable de su comercio exterior, sucedió aquí también lo que antes había ocurrido en las ciudades hanseáticas y en Venecia: aquella porción de capitales materiales e intelectuales que no podían encontrar sustento en el país se lanzó a la emigración o huyó en forma de empréstitos a aquellas naciones que habían heredado la supremacía de Holanda.

Si Holanda, unida con Bélgica, con la comarca del Rhin y con el norte de Alemania, hubieran formado un territorio nacional, difícilmente hubiesen logrado Inglaterra y Francia debilitar en la forma que ocurrió su comercio exterior y su industria interna, por medio de las guerras y de la política mercantil. Semejante nación hubiese podido oponer su propio sistema mercantil a los sistemas comerciales de aquellos otros países. Si el auge de las manufacturas de esos territorios hubiera perjudicado en cierto modo a la industria alemana, las fuentes interiores auxiliares de la nación y la colonización en el extranjero hubiesen compensado con creces dicha pérdida. Holanda pereció porque un trozo de la costa, habitado por un pequeño número de pescadores, navegantes, mercaderes y ganaderos alemanes, quiso formar una propia potencia nacional, y consideró territorio extraño al país interior con el cual formaba un todo.

Así, el ejemplo de Holanda y Bélgica, como el de las ciudades de la Hansa y de las repúblicas italianas, nos enseña que la industria privada no puede mantener el comercio, la industria y la riqueza de Estados y países enteros cuando la situación pública no es favorable, y que los individuos extraen la mayor parte de sus energías productivas de la organización del gobierno y de la potencialidad de la nación. Unida con Francia, la industria manufacturera vuelve a adquirir sus gigantescas proporciones anteriores. Holanda, por sí sola, nunca estuvo en condiciones de mantener y defender un sistema mercantil propio frente a los grandes países. Tan pronto como, por su unión con Bélgica, por el aseguramiento de la paz general, sus fuentes naturales, su población y su territorio se ensanchan de tal modo que puede oponerse a nacionalidades mayores y reúne en su seno una masa creciente y una gran diversidad de energías productivas, vemos también surgir en los Países Bajos el sistema proteccionista, y bajo su influencia la agricultura, las manufacturas y el comercio emprenden un vuelo vigoroso. Por razones que se hallan ahora fuera del campo de nuestra investigación, esta unión

quedó, otra vez, rota, y el sistema proteccionista perdió con tal motivo su base en Holanda, mientras que en la actualidad continúa subsistiendo en Bélgica.

Holanda se alimenta ahora de sus colonias y del comercio intermediario con Alemania. La próxima guerra naval puede privarle fácilmente de las primeras, y cuando la Unión Aduanera alemana llegue a comprender sus intereses y a utilizar sus energías, advertirá la necesidad de absorber a Holanda, haciéndola suya.

IV. LOS INGLESES

HEMOS visto en el caso de la Hansa cómo en Inglaterra la agricultura y la ganadería se vieron estimuladas por el comercio exterior; cómo, posteriormente, a causa de las emigraciones de extranjeros perseguidos en su patria, y por las medidas proteccionistas dictadas por el gobierno, la fabricación de la lana en el país alcanzó un elevado nivel; cómo, a consecuencia de estos progresos en las industrias, y de las medidas tan sabias como enérgicas de la reina Isabel, el comercio exterior, antes casi exclusivamente ejercitado por extranjeros, pasó a manos de los comerciantes del país.

Después de haber hecho algunas indicaciones sobre el origen de la industria inglesa, vamos a continuar la exposición del desarrollo de la economía nacional de Inglatera donde la dejamos en el capítulo segundo.

El origen de la grandeza industrial y comercial de Inglaterra debe buscarse, preferentemente, en la ganadería menor y en la fabricación de la lana. Antes de la aparición primera de los hanseáticos en Inglaterra, la agricultura estaba en una situación deplorable, y la ganadería carecía de importancia. Faltaba forraje de invierno para el ganado; una porción considerable de éste tenía que ser sacrificado al llegar el otoño. De ahí la falta de reservas ganaderas y de abonos animales. Como en todos los países no cultivados, como antes en Alemania y todavía en las selvas de América, la cría del ganado porcino constituía el medio alimenticio principal en materia de carnes, por razones fáciles de comprender. Los cerdos necesitaban muy escasos cuidados, buscábanse por sí mismos el alimento, lo hallaban en gran abundancia en las selvas y en los campos yermos, y bastaba conservar durante el invierno un pequeño número de crías para tener en la primavera siguiente numerosas piaras.

A medida que creció el comercio exterior, disminuyó también la cría de ganado de cerda y aumentó la del lanar, mejorándose rápidamente la agricultura y el ganado vacuno.

En su *Historia de Inglaterra*[1] Hume ofrece noticias muy interesantes sobre el estado de la agricultura inglesa a comienzos del siglo XIV. Lord

[1] Hume, vol. II, p. 143.

Spencer contaba en el año 1327, en sus 63 haciendas, 28 000 ovejas, 1 000 bueyes, 1 200 vacas, 560 caballos y 200 cerdos, correspondiendo así a cada hacienda, aproximadamente, 450 ovejas, 35 reses de ganado vacuno, 9 caballos y 32 cerdos. Adviértase, así, en qué ventajosa proporción se hallaba el número de las ovejas en relación con las demás especies de ganado, en la Inglaterra de aquel entonces. Los grandes beneficios que la aristocracia inglesa extraía de la cría del ganado lanar la interesaron en la industria y en la agricultura, perfeccionada ya en una época en que la aristocracia del Continente no sabía utilizar mejor sus posesiones que como coto de caza, con lo cual sólo lograba encender hostilidades de toda especie y perjudicar las ciudades y el tráfico que entre éstas reinaba.

Crecieron a la sazón los rebaños de ganado lanar en tal escala —como en Hungría durante la época reciente—, que en algunas haciendas se contaban de 10 000 a 24 000 cabezas de dicho ganado. En tales circunstancias, y como consecuencia de las medidas adoptadas por la reina Isabel, la fabricación de lana, que tanto había progresado en los reinados anteriores, necesariamente había de registrar un auge rapidísimo.[2]

En la reclamación a que antes hemos aludido, al estudiar el comercio hanseático, y en la cual se solicitaban de la Dieta alemana medidas de retorsión, se estima en 200 000 piezas la exportación de paños de Inglaterra. En tiempos de Jacobo I, el valor de todos los paños exportados por dicho país importaba la enorme suma de 2 millones de libras esterlinas, mientras que en el año 1534 el valor integral de la exportación de ganado se cifró sólo en 277 000 libras, y la de las exportaciones restantes, sólo en 16 400 libras. Hasta el gobierno del rey últimamente citado, la mayoría de los paños se mandaban en rama a Bélgica, y allí se teñían y aprestaban; pero a consecuencia de las medidas protectoras y estimulantes de Jacobo I y Carlos I, también el apresto de paños en Inglaterra llegó a alcanzar tal perfección, que cesó en gran parte la importación de paños finos, y en lo sucesivo sólo se exportaron paños teñidos y aprestados.

Para juzgar en toda su importancia estos éxitos de la política mercantil inglesa, precisa observar que la fabricación de paños, antes del enorme auge que posteriormente adquirieron los productos de lino, algodón, seda y hierro, representaba con creces la mayor parte de los medios de

[2] La prohibición de las exportaciones de lana y las restricciones al tráfico con dicha materia en las costas, para evitar la exportacion de lana, fueron medidas gravosas e injustas; pero al mismo tiempo contribuyeron mucho a promover la industria inglesa y a reprimir la flamenca.

cambio, tanto en el comercio con las demás naciones europeas, en particular con los países nórdicos, como en el tráfico con Levante y con las Indias orientales y occidentales. Hasta qué punto fue éste el caso lo revela el hecho de que ya en tiempos de Jacobo I la exportación de artículos de lana comprendía nueve décimas partes del total de las exportaciones inglesas.[3]

Esta producción industrial otorgó a Inglaterra los medios de expulsar a los hanseáticos de los mercados de Rusia, Suecia, Noruega y Dinamarca, y de atraer para sí la mejor parte del rendimiento del comercio con Levante y las Indias. Como consecuencia de ello se robusteció la producción de hulla, y adquirieron un enorme desarrollo el tráfico de cabotaje y la pesca, cosas ambas, estas últimas, que, como bases del poderío naval, sólo fueron posibles desde la promulgación del Acta de Navegación, y sirvieron de base a la hegemonía marítima inglesa. A estas actividades se aferraron todas las demás ramas industriales como a un tronco común, echándose así los cimientos de la grandeza industrial, mercantil y marítima de Inglaterra.

No por esto fueron desdeñados los demás sectores de la industria inglesa. Ya en tiempos de la reina Isabel se prohibió la importación de artículos de metal y de cuero, así como toda una serie de manufacturas,[4] favoreciéndose, en cambio, la inmigración de mineros y metalúrgicos alemanes. En anteriores épocas se habían comprado los barcos a los hanseáticos o, por lo menos, se les había construido en los puertos del Báltico; pero la Reina estimuló también la propia construcción naval, a base de medidas restrictivas y propulsoras. Las maderas necesarias para ello se importaron de los países del noreste, con lo que el comercio inglés de exportación hacia esos países creció considerablemente. La pesca del arenque fue aprendida de los holandeses; la del bacalao, de los moradores del Golfo de Vizcaya, y se estimuló por medio de primas el ejercicio de ambas actividades. Jacobo I dedicó especial atención al fomento de la construcción naval y de la pesca. Por ridículas que nos parezcan sus incesantes admoniciones aconsejando a sus vasallos que comieran pescado, hemos de reconocer en justicia que el Rey advirtió perfectamente dónde descansaba la grandeza futura de la nación inglesa. Inglaterra recibió un inapreciable incremento en su destreza industrial y en su capital manufacturero, a consecuencia de la inmigración de fabricantes

[3] Hume, año 1603.-Macpherson, *Histoire du commerce,* año 1651.

[4] Anderson, año 1564.

protestantes expulsados de Bélgica y Francia por Felipe II y Luis XIV. A ellos debe el país inglés sus mejores fábricas de lana, sus progresos en la fabricación de sombreros, lino, vidrio, papel, sedas, relojes, así como una parte de sus instalaciones metalúrgicas, ramos industriales que supo perfeccionar rápidamente mediante prohibiciones de importación y elevados aranceles.[5]

A todos los países del Continente les arrancó esta isla sus especiales aptitudes, implantándolas en su suelo bajo la protección de un adecuado sistema aduanero. Venecia se vio obligada a ceder, aparte de otras industrias suntuarias, el arte de la fabricación del cristal, y Persia, a su vez, el arte del tejido y tinte de los tapices.

Una vez en posesión de una rama industrial, era ésta vigilada y cultivada durante siglos como un árbol joven que necesitaba apoyo y cuidado. Quien no sepa, por ejemplo, que cualquier rama de la industria puede ser muy provechosa con el transcurso del tiempo aplicándole laboriosidad, destreza y ahorro; quien ignore que una nación ya avanzada en la agricultura y en las actividades culturales, protegiendo adecuadamente las fábricas recientes, aunque sus productos sean en un principio imperfectos y caros, pronto llegará a igualar en cualquier aspecto las más antiguas fábricas del extranjero, a base de práctica, experiencia y competencia interior; quien desconozca que la prosperidad de cada sector fabril especial está condicionada por la prosperidad de otros muchos sectores manufactureros, y hasta qué grado puede desarrollar una nación todas sus energías productivas cuando se preocupa con tenacidad de que cada generación pueda continuar la obra de la industria allí donde la dejaron las generaciones anteriores; quien así piense, decimos, debe estudiar la historia de la industria inglesa antes de lanzarse a construir sistemas y dar consejos a los estadistas prácticos en cuyas manos están el bienestar y la desgracia de las naciones.

En tiempos de Jorge I, hacía tiempo que los estadistas ingleses se habían percatado ya de las bases en que descansaba la grandeza de la nación. "Es evidente —como los ministros hicieron decir al Rey en la apertura del Parlamento de 1721— que nada contribuye tanto al fomento del bienestar público *como la exportación de artículos manufacturados y la importación de materias primas del extranjero*."[6]

[5] Anderson, año 1685.

[6] Véase Ustariz, *Teoría y práctica del comercio y marina*, cap. 28. Adviértase que Jorge I no quería sólo exportar y no importar nada sino dinero, principio considerado como el

Tal fue desde hace siglos, el principio director de la política mercantil inglesa, como antes había ocurrido con Venecia, y hoy sigue siéndolo, como en la época de la reina Isabel. Los frutos que esa política ha reportado son evidentes a todo el mundo. Posteriormente han pretendido los teóricos que Inglaterra alcanzó su riqueza y poderío no *por* su política mercantil, sino *a pesar de ella*. Con la misma razón podría afirmarse que los árboles se han hecho fuertes y fecundos no por los apoyos que en su juventud los mantuvieron erectos, sino a pesar de ellos.

Con la misma claridad nos revela la Historia inglesa cuán estrecha relación guardan la política general y la economía política. Evidentemente, el auge de las fábricas en Inglaterra y el consiguiente incremento de la población, dieron lugar a una mayor demanda de salazones de pescado y hulla, y como consecuencia, a la enorme ampliación de las pesquerías y de la navegación necesaria para el tráfico costero. Ambas actividades, la pesca y el transporte costero, se hallaban en manos de los holandeses. Estimulados por elevados aranceles y primas, dedicáronse los ingleses por sí mismos a la pesca, y en virtud del Acta de Navegación aseguraron a sus propios navegantes la conducción de hulla y el transporte marítimo general. El consiguiente aumento de la flota mercante de Inglaterra trajo consigo un correlativo aumento de su potencialidad marítima, circunstancia que le permitió hacer frente a la flota holandesa. Poco después de promulgada el Acta de Navegación estalló la guerra naval entre Inglaterra y Holanda, a consecuencia de la cual quedó casi interrumpido el comercio de los holandeses hacia los países del otro lado del Canal, y su navegación quedó casi completamente aniquilada en el mar del Norte y en el Báltico por las naves inglesas. Hume calcula en 1 600 el número de los barcos holandeses que cayeron en manos de los ingleses, y Davenant asegura, en su escrito sobre los ingresos públicos, que en el curso de veintiocho años después de promulgada el Acta de Navegación inglesa, la flota de este país se había duplicado.[7]

Entre las consecuencias más importantes del Acta de Navegación pueden contarse las siguientes:

1a. La expansión del comercio inglés con todos los países nórdicos, con Alemania y Bélgica (exportación de artículos industriales, importación de materias primas), del cual —según declaraciones de Anderson— los ingleses se hallaba aún excluidos por los holandeses en el año 1603.

principio fundamental del sistema mercantilista, y no es otra cosa que una insensatez; quería, por el contrario, exportar artículos manufacturados e importar materias primas.

[7] Hume, vol. V, p. 39.

2a. El enorme auge del comercio de contrabando con España y Portugal, y con las colonias de las Indias occidentales.

3a. La gran amplitud adquirida por la pesca del arenque y del bacalao, que antes casi habían monopolizado los holandeses.

4a. La conquista de las más importantes colonias inglesas en las Indias occidentales, Jamaica (1655) y, por añadidura, del comercio con azúcar de las Indias occidentales; pero sobre todo

5a. La estipulación del Tratado de Methuen con Portugal (1703), del cual trataremos en detalle al referirnos a los países ibéricos. En virtud de este Tratado, alemanes y holandeses quedaron excluidos por completo del importante tráfico con Portugal y sus colonias; Portugal cayó en completa dependencia política de Inglaterra, y esta nación logró extender de modo ilimitado su comercio a las Indias orientales y a China, a base del oro y la plata obtenidos en su tráfico con Portugal, circunstancia que permitió más tarde fundar su gran Imperio de las Indias orientales y eliminar a los holandeses de sus principales establecimientos.

Los dos éxitos últimamente citados se hallan íntimamente relacionados entre sí. Precisa subrayar, sobre todo, el arte con que supieron convertir a dos países, Portugal y las Indias orientales, en instrumento de su futura grandeza. Portugal y España sólo tenían que ofrecer metales nobles, y el Oriente deseaba con preferencia metales nobles, además de paños. Hasta aquí todo iba admirablemente. Pero el Oriente sólo tenía que ofrecer en cambio artículos de seda y algodón. Esto ya *no* se adapta a la regla, indicada anteriormente, del ministro inglés, de importar materias primas y exportar artículos fabricados. ¿Qué hicieron entonces los británicos? ¿Se conformaron con los beneficios que les ofrecía el comercio de paños con Portugal y el de artículos de seda y algodón con las Indias orientales? De ningún modo. Los ministros ingleses iban más lejos.

Si hubieran permitido la libre importación de artículos indios de algodón y seda, las manufacturas inglesas de estos dos artículos hubieran tenido que suspender su producción instantáneamente. Las Indias orientales no sólo disponían de una mayor baratura de la materia prima y de la mano de obra, sino también el hábito, la destreza y la práctica tradicionales. El efecto de estas ventajas se hubiera manifestado, sin duda, en caso de libre competencia. Pero Inglaterra no quería fundar colonias en Asia para hacer que sus propias manufacturas cayesen en el vasallaje. Aspiraba a la hegemonía mercantil; sabía que de dos países que

se hallan entre sí en régimen de libertad de comercio, domina aquel que vende productos industriales y se somete aquel otro que sólo puede ofrecer productos agrícolas. En sus colonias norteamericanas, Inglaterra había operado conforme a la norma de no permitir que allí se fabricara ni un clavo de herradura, y mucho menos que ese ínfimo producto fuera importado a Inglaterra. ¿Cómo podía esperarse, pues, que entregara el propio mercado fabril, fundamento de su futura grandeza, a un pueblo tan privilegiado como el hindú en los antiguos procedimientos de fabricación, a un pueblo tan numeroso y frugal como aquél?

Inglaterra *prohibió*, en consecuencia, los artículos de sus *propias factorías*, las telas de seda y algodón de las Indias orientales.[8] La prohibición fue absoluta y severa: no quería utilizar de ello ni un hilo, no quería saber nada de estos artículos bellos y baratos; prefería consumir sus propias telas, peores y más caras, y derramar las bellísimas telas orientales, a precios más baratos, en las naciones del Continente, dando a éstas la ventaja de esa baratura de la cual nada quería saber para su propio país.

¿Puede decirse que Inglaterra no obró cuerdamente? Tal sería la respuesta conforme a la teoría de Adam Smith y de J. B. Say; es decir, según la *teoría de los valores*. En efecto, según esa doctrina hubiera debido comprar los artículos necesarios donde pudieran obtenerse más baratos y más bellos; sería necio fabricarlos más caros cuando podía comprarlos, e igualmente necio regalarlos al Continente.

Otra es la conclusión a que llega nuestra teoría, la que llamamos *teoría de las fuerzas productivas*, que era seguida por los ministros ingleses, aun sin haber investigado sus fundamentos, cuando practicaban la siguiente máxima: *comprar productos naturales, vender artículos fabricados*. Los ministros ingleses no querían adquirir *artículos industriales baratos y perecederos, sino obtener una energía fabril cara y duradera*.

Su finalidad fue alcanzada del modo más espléndido. Hoy produce Inglaterra por valor de 70 millones de libras esterlinas de artículos de algodón y de seda, y con sus fabricados abastece a toda Europa, al mundo entero, incluso a las Indias orientales. Su producción propia importa hoy de 50 a 100 veces más que el antiguo comercio con los productos de las Indias orientales.

¿Qué hubiera ganado comprando hace cien años a bajo precio los artículos de las Indias orientales?

[8] Anderson, año 1721.

¿Qué ganaron aquellos que compraron tan barato? Los ingleses han ganado energías, energías inconmensurables; los otros, lo contrario.

Que a pesar de estos éxitos históricamente indubitables Adam Smith formulase un juicio tan desfavorable como el emitido acerca del Acta de Navegación inglesa, puede explicarse por las mismas razones a que hemos aludido en otro capítulo anterior, por los erróneos juicios de este famoso escritor acerca de las restricciones en general. Estos hechos se oponían a su idea predilecta, la ilimitada libertad de comercio, y para eliminar las objeciones que a su principio podían hacerse a base de los efectos del Acta de Navegación, separó las finalidades *políticas* de las *económicas*, y pretendió que el Acta de Navegación había sido ciertamente necesaria y útil en el aspecto político; pero, en cambio, desventajosa y perjudicial en el orden económico. Nuestra exposición explica con toda claridad cuán justificada resulta semejante distinción cuando se la contempla según la naturaleza de las cosas y la experiencia. Pasando por alto que la experiencia de Norteamérica le hubiese podido procurar una idea mas clara, J. B. Say va todavía más lejos que su predecesor, lo mismo en éste que en todos los casos en que los principios de la libertad y de la restricción se contraponen mutuamente. Say calcula lo caro que resulta para los franceses un marino, a causa de las primas de pesca, para demostrar la falta de interés económico de semejantes primas. En términos generales, la materia de las limitaciones a la navegación es un arma de ataque para los defensores de la libertad mercantil ilimitada, pero con frecuencia pasan por alto esa materia cuando se trata de personas pertenecientes al estamento mercantil de las ciudades marítimas.

Lo cierto es que con las restricciones a la navegación ocurre lo mismo que con cualquier otro tráfico. La navegación libre y el comercio de transporte efectuado por el extranjero son útiles y gratos a las naciones al principio de su cultura, hasta tanto que logran desarrollar convenientemente su agricultura y sus industrias. Carentes de capital y de marinos expertos, encomiendan a otros pueblos la navegación y el comercio exterior. Más tarde, cuando han desarrollado hasta un cierto límite sus energías productivas, y poseen ya ciertos conocimientos en materia de construcción naval y de navegación, suscítase en ellos el deseo de seguir extendiendo su comercio exterior, practicarlo con barcos propios y llegar a constituirse, incluso, en una potencia marítima. Poco a poco crece su propia flota hasta lograr una importancia gracias a la cual el país en cuestión se considera capacitado para excluir al extranjero y practicar el

comercio marítimo de altura con barcos propios. Entonces ha llegado el momento de excluir con éxito de la participación en este negocio a los extranjeros, más ricos, expertos y poderosos, estableciendo restricciones a la navegación. Pero una vez alcanzado el nivel más alto del desarrollo de su flota y de su potencia marítima, se llega a otro momento acerca del cual dice el doctor Priestley: "sería tan juicioso derogar las restricciones a la navegación como lo fue, antes, implantarlas".[9] Por medio de tratados de navegación, y sobre la base de iguales derechos, consiguen entonces, de una parte, indudables ventajas frente a naciones menos adelantadas, eliminando a aquellos países que establecen restricciones a la navegación, en su propio provecho; de otra parte, precaven contra la indolencia a sus propios navegantes, y les incitan para que se mantengan a la altura de otras naciones en la construcción naval y en el arte de la navegación. Venecia, en el periodo de su pujanza, tuvo mucho que agradecer, sin duda, a las restricciones que impuso sobre la navegación; llegada a la supremacía mercantil, industrial y naval, procedió neciamente manteniéndolas. Ello fue causa de que quedase rezagada tanto en el arte de la navegación como en la capacidad de sus marinos, con respecto a otras potencias navales y mercantiles en los inicios de su preponderancia. Así, Inglaterra, gracias a su política, logró aumentar su potencialidad naval, y por medio de una adecuada potencia marítima incrementó sus energías industriales y mercantiles; y del aumento de estas últimas derivaron para ella nuevos aumentos de su potencialidad marítima y de sus posesiones coloniales.

Cuando Adam Smith afirma que el Acta de Navegación no fue beneficiosa para Inglaterra en el aspecto comercial, admite que le permitió, sin embargo, aumentar su poderío: y el *poder es más importante que la riqueza.*

Así es, efectivamente: el poder es más importante que la riqueza; pero ¿por qué? Porque la potencia de la nación es una fuerza que le permite alumbrar nuevos manantiales productivos; porque las energías productivas son el árbol en el que crecen las riquezas; porque el árbol que produce frutos es más valioso que el fruto mismo. El poder es más importante que la riqueza, porque una nación, por medio del poder, no sólo obtiene nuevas fuentes de producción, sino que defiende también la posesión de las riquezas de que antes disponía, y porque lo contrario del poder, la impotencia, hace que todo cuanto poseemos, no sólo la riqueza

[9] Priestley, *Lectures on history and general policy*, Parte II, p. 89.

sino también nuestras energías productivas, nuestra cultura, nuestra libertad, e incluso nuestra independencia como nación, caigan en manos de aquellos que nos aventajan en potencialidad; afirmación que puede comprobarse ampliamente recordando la historia de las repúblicas italianas, de la Liga hanseática, de los belgas, de los holandeses, de los españoles y de los portugueses.

¿Cómo puede concebirse que existiendo esa recíproca influencia entre el poderío y las fuerzas productivas y la riqueza, Adam Smith pudiera afirmar que el Tratado de Methuen y el Acta de Navegación no fueron ventajosos para Inglaterra en el orden comercial?

Hemos demostrado cómo, en virtud de su política, Inglaterra se hizo potente, y con su potencia logró energía productiva y, en definitiva, riquezas; veamos también ahora cómo por esa misma política amontonó poder, energía productiva sobre energía productiva.

Inglaterra conquistó las llaves de todos los mares y puso una férrea guardia a todas las naciones: a los alemanes, Helgoland; a los franceses, Guernsey y Jersey; a los norteamericanos, Nueva Escocia y las Bermudas; a los centroamericanos, Jamaica; a todos los países ribereños del Mediterráneo, Gibraltar, Malta y las Siete Islas; posee todas las plazas de tránsito de las dos rutas hacia las Indias, con excepción del istmo de Suez, cuya posesión ansía; cierra el Mediterráneo con Gibraltar; el mar Rojo con Aden, y el Golfo Pérsico, con Bassora y Karrack. Ya no le falta más que los Dardanelos, el Sund y los istmos de Suez y Panamá para abrir y cerrar a su antojo todos los mares y rutas marítimas del mundo.

Su poderío naval supera por sí solo la potencialidad marítima de todas las demás naciones, si no por el número de naves, al menos por su capacidad combativa.

Su vigor industrial supera en importancia al de todas las demás naciones. Aparte de que desde Jacobo I su producción industrial de paños se ha duplicado (a 44¼ millones), la producción de una rama industrial recién creada en el último siglo, la del algodón, ha ido todavía más lejos con 52½ millones.[10]

No satisfecha con ello, se encuentra en trance de elevar a la misma altura su producción de lino, en la que hasta ahora había quedado reza-

[10] Tomamos estas cifras y las siguientes, referentes a la estadística de Inglaterra, de un artículo publicado por el estadístico inglés McQueen en el *Edinburg Magazine* de Tait. Acaso resulten esos datos un tanto exagerados; pero aunque así sea, seguramente se alcanzarán esas cifras en el curso del presente decenio.

gada con respecto a otros países, y de hacerla acaso más allá aún que las dos citadas; su importe actual es de 15½ millones de libras.

Tan pobre en hierro en el siglo XIV que creyó necesario prohibir la exportación de este metal indispensable, fabricaba Inglaterra en el siglo XIV más artículos de hierro y acero que todas las demás naciones de la tierra, o sea 31 millones; la producción de hulla y otros minerales se eleva a 34 millones de libras. Estas dos sumas significaban siete veces el valor de la producción total del oro y de la plata del conjunto de las naciones de la tierra (aproximadamente 220 millones de francos o 9 millones de libras).

En nuestros días produce más telas de seda que todas las repúblicas italianas de la Edad Media juntas: concretamente, 13½ millones de libras.

Sectores industriales que en la época de Enrique VIII e Isabel apenas merecían especial mención, producen ahora sumas enormes; por ejemplo: la fabricación de vidrio, porcelana y loza, 11 millones; la fabricación de artículos de cobre y latón, 4½ millones de libras; la de artículos de papel, libros, colores y muebles, 14 milones de libras. Produce 16 millones de libras esterlinas en cueros, y 10 millones de otros artículos no especificados; su fabricación de cerveza y aguardientes, por sí sola, tiene una importancia mayor que la producción nacional en tiempos de Jacobo I, o sea de 47 millones de libras.

En la época más reciente, la producción fabril conjunta de los tres reinos se supone cifrada en 259½ millones de libras esterlinas.

Principalmente a consecuencia de esta elevada producción manufacturera, la capacidad productiva de la agricultura ha llegado a rendir un valor total que asciende a *más del doble de la mencionada suma* (539 millones).

Es verdad que este crecimiento de poderío y capacidad productiva no lo debe Inglaterra solamente a sus restricciones comerciales, al Acta de Navegación y a los tratados de comercio, sino también, en gran parte, a sus conquistas en el terreno de las ciencias y de las artes.

Pero ¿a qué se debe que, en nuestros días, un millón de obreros fabriles ingleses se halle en circunstancias de realizar el trabajo de cientos de millones? Esto se debe a la gran demanda de productos industriales que supo crear gracias a su sabia y enérgica política en el extranjero y principalmente en sus colonias; a la protección firme y juiciosa que otorgó a sus industrias nacionales; a las grandes primas que reconoció a cada

invento, por virtud de su ley de patentes; al inusitado fomento de sus medios interiores de transporte utilizando caminos, canales y ferrocarriles.

Inglaterra ha demostrado al mundo cuán intensamente influyen los medios de transporte sobre el incremento de las fuerzas productivas y de las riquezas, de la población y de la fuerza política; ha probado lo que una nación libre, industriosa y bien administrada puede rendir, en este aspecto y en el breve lapso de medio siglo, en plena guerra con el extranjero. Lo que en este orden de cosas lograron las repúblicas italianas fue un juego de niños. Se estima que las inversiones realizadas en estos grandes instrumentos de la energía productiva nacional en Inglaterra se cifran en 128 millones de libras.

Inglaterra sólo inició y realizó estas obras cuando comenzó a robustecerse su capacidad fabril. Desde entonces es evidente para todos que sólo una nación cuya energía manufacturera comienza a desarrollarse de un modo tan grandioso puede realizar obras semejantes; que sólo en una nación que en su interior desarrolla de un modo homogéneo la capacidad industrial con la energía agrícola son de utilidad los gastos realizados en estos costosos intrumentos, pues son motivo de que sólo en una nación de tal índole realicen cumplidamente su misión.

Es verdad que la inconmensurable energía productiva, la gran riqueza de Inglaterra, no consiste solamente en la eficacia de la potencialidad física de la nación y en el afán de lucro de los individuos; también han contribuido a ello el sentimiento innato de la libertad y del derecho, la energía, moralidad y religiosidad del pueblo; la constitución del país, las instituciones, el tacto y energía del gobierno y de la aristocracia participan también en ese progreso; la posición geográfica, los destinos del país y determinadas circunstancias afortunadas tienen también importancia en semejante hecho.

Es difícil decir si las energías materiales influyen más sobre las espirituales, o éstas sobre aquéllas; o las energías sociales sobre las individuales, o éstas sobre aquéllas. Por lo menos, es cierto que ambas se encuentran en una notable relación de influencia recíproca; que el crecimiento de una estimula el crecimiento de la otra, y que la debilitación de una trae como consecuencia la de la otra.

Quienes pretenden hallar el motivo fundamental del desarrollo de Inglaterra tan sólo en la mezcla de la sangre anglo-sajona con la normanda, harán bien en echar una ojeada sobre la situación del país antes de

Eduardo III. ¿Dónde estaban, entonces, la laboriosidad y el sentido económico de la nación inglesa? Quienes lo buscan en la libertad del país harán bien en pensar cómo trataban Enrique VIII e Isabel a sus Parlamentos. ¿Dónde estaba, entonces, la libertad constitucional? En aquella época Alemania e Italia poseían en sus ciudades una libertad individual infinitamente superior a la de Inglaterra.

Sólo un tesoro de libertad conservó el tronco normando-anglo-sajón mejor que otros pueblos de origen germánico, y fue el juicio por jurados, núcleo del cual derivó luego todo el sentido de libertad y del derecho que es peculiar a los ingleses.

Cuando en Italia se sacó de la tumba las *Pandectas*, y el cadáver (ciertamente de un gran difunto, que fue un sabio mientras vivió) esparció la peste jurídica sobre los pueblos continentales, los varones ingleses exclamaron: *¡No queremos ninguna alteración en las leyes inglesas!* ¡Qué suma de energía espiritual aseguraron con ello para las generaciones venideras! ¡Cómo influyó posteriormente este impulso espiritual sobre las energías de la producción material!

¿Cómo influyó el temprano desuso de la lengua latina en las relaciones sociales y literarias, en la administración política y jurídica de Inglaterra? ¿Cómo lo hizo sobre su legislación y administración de justicia, sobre su literatura y su industria? ¿Cómo ha influido el prolongado mantenimiento del latín en relación con los derechos exóticos en Alemania, y cómo lo ha hecho hasta nuestros días Hungría? ¿Qué participación han tenido el invento de la pólvora y del arte de imprimir, la Reforma, el descubrimiento de las nuevas rutas hacia las Indias orientales y hacia América sobre la libertad inglesa, la civilización inglesa, la industria inglesa? Compárense a este respecto los influjos ejercidos en Alemania y en Francia. En Alemania: disensión en el Reich y en las provincias, hasta los muros mismos de las ciudades; controversias lamentables, barbarie en la literatura, en la administración y en el derecho; guerra civil, persecuciones y expulsiones, invasiones de pueblos extraños, despoblación y desolación; decadencia de las ciudades, de la industria, de la agricultura y del comercio, de la libertad y de las instituciones civiles; soberanía de la alta aristocracia; extenuación del poder imperial y de la nacionalidad; desintegración de las más nobles esencias del Reich. En Francia: sojuzgación de las ciudades y de la aristocracia en beneficio de la hegemonía; alianza con el clero contra la libertad de pensamiento, pero unidad nacional y potencialidad; conquistas, con sus beneficios y sinsabo-

res; en cambio, decadencia de la libertad y de la industria. En Inglaterra: auge de las ciudades, de la agricultura, del comercio y de la industria; sumisión de la aristocracia a la ley, y, en cambio, participación dominante de la misma en la legislación, en la administración política y jurídica y en los beneficios de la industria; desarrollo en el interior y aumento de potencialidad hacia el exterior; paz interna; influencia sobre todos los países menos avanzados; limitación del poder real, pero ganancia para la Corona en punto a ingresos, esplendor y solidez; en conjunto: elevado bienestar, civilización y libertad en el interior, y dominio preponderante hacia el exterior.

¿Quién podría decir, con todo ello, que parte de este éxito favorable podría atribuirse al espíritu nacional inglés y a la constitución, o a su posición geográfica y a su estado anterior, o a la casualidad y el destino, o a la fortuna?

Cambiemos los lugares de Carlos V y Enrique VIII, y como consecuencia de un deplorable proceso de divorcio resultará *acaso* (ya se comprende por qué decimos "acaso") de Alemania y de los Países Bajos, lo que fue de Inglaterra y de España. Colóquese en lugar de Isabel, una mujer débil que se hubiera enlazado con Felipe II: ¿qué hubiese sido de la potencia, de la cultura y de la libertad de Inglaterra?

Si el genio de las naciones hubiera dado la tónica en esta revolución ¿no hubiera correspondido la mayor parte de sus benéficas consecuencias a una nación, la alemana, donde ese genio tuvo su origen? Sin embargo, esta nación no cosechó sino sinsabores y desgracias.

En ningún país europeo la institución de la aristocracia se ha dedicado tan sabiamente como en Inglaterra a asegurar para la nobleza, frente a la Corona, como a la burguesía, la independencia individual, la dignidad y la permanencia, dando una educación y posición parlamentaria y una orientación patriótica y nacional a sus esfuerzos; preocupándose por incorporar la *élite* de la burguesía, es decir, todo cuanto se distingue por su talento, su riqueza extraordinaria y sus obras eminentes; arrojando, en cambio, los residuos de su linaje en la burguesía, y fundiendo entre sí nobleza y burguesía en las generaciones futuras. De este modo recibe la nobleza un constante riego de estímulos burgueses y patrióticos, de conocimientos, sabiduría, talento y recursos naturales procedentes de la burguesía, devolviéndole, en cambio, una parte de su cultura e independencia peculiar, poniendo a sus descendientes como ejemplo de dicha clase, y aguijoneando a la burguesía para que rinda sus mejores

frutos. Con el lord inglés, por numerosa que sea su descendencia, sólo un noble se sienta a la mesa; todos los comensales restantes son hombres comunes que viven de una profesión docta, o del servicio del Estado, o del comercio, la industria y la agricultura. Cuéntase que hace algún tiempo uno de los primeros duques ingleses tuvo el propósito de invitar a una fiesta en su casa a todos sus consanguíneos, pero hubo de renunciar a ello porque su número era una legión, aunque su árbol genealógico sólo contaba pocos siglos. Convendría escribir una obra para poner de manifiesto los efectos de esta institución sobre el espíritu de empresa, la colonización, la potencia y la libertad; en una palabra: sobre las fuerzas productivas de la nación.[11]

También la posición geográfica de Inglaterra tuvo incalculable influencia sobre el desarrollo independiente de la nación. Frente a Europa, Inglaterra *fue siempre un mundo para sí*, estuvo libre de las influencias de la envidia, de los prejuicios, del egoísmo, de las pasiones y de las desgracias de las restantes naciones. A este aislamiento debe una gran parte del desarrollo sustantivo y puro de su constitución, la realización imperturbada de la Reforma, y la secularización de los bienes de la Iglesia, medida importante por sus consecuencias para la industria; a la misma causa se debe esa continua paz que, prescindiendo de la guerra civil, pudo disfrutar por espacio de varios siglos; ella le permitió también prescindir del ejército permanente, y facilitó el temprano desarrollo de un consecuente sistema aduanero.

A causa de su aislamiento, no sólo quedó exenta Inglaterra de las influencias nocivas de la guerra terrestre, sino que de las guerras continentales extrajo ventajas de importancia para su supremacía industrial. Las guerras territoriales y sus consiguientes devastaciones perjudican considerablemente las manufacturas de aquellas comarcas donde ocurren: primero, porque la agricultura queda perturbada y destrozada, y el agricultor pierde los medios de comprar artículos industriales y de suministrar materias primas y artículos de subsistencia a los fabricantes; además, e inmediatamente, porque con frecuencia quedan destruidas las instalaciones industriales o se perturba la recepción y envío de sus mercaderías, siendo difícil para las manufacturas sostener capitales y obreros, y viéndose obligadas en cambio a derramar contribuciones e impuestos extraordinarios; finalmente, a la terminación de la guerra

[11] En sus cartas sobre Inglaterra, el sagaz "fallecido" dio a sus colegas en la nobleza una lección que deberían tener muy en cuenta.

influyen de modo desventajoso, pues los capitales y las energías humanas se dedican a la agricultura y se apartan de las manufacturas en las que la guerra ha causado destrozos, ya que, una vez sobrevenida la paz, es más lucrativo aplicar capitales y mano de obra a la agricultura que a la industria. Mientras que en Alemania semejante estado de cosas se producía un par de veces al siglo, haciendo decaer las fábricas de aquel país, hicieron los ingleses en el suyo extraordinarios progresos. Frente a las fábricas continentales estaban las inglesas en situación de doble o triple ventaja, tan pronto como Inglaterra participaba en las guerras exteriores mediante el armamento de flotas o ejércitos, o mediante subsidios, o de ambas maneras.

No somos de aquellos que defienden los gastos inútiles, especialmente los invertidos en guerra y en el mantenimiento de grandes ejércitos, o bien abogan por la utilidad indiscutible de una gran deuda pública; pero no creemos, tampoco, que tenga razón la escuela dominante, cuando sustenta los perjuicios incondicionales de todas aquellas formas de consumo que no son *inmediatamente* reproductivas, por ejemplo, las de la guerra. El equipo de los ejércitos, las guerras y las deudas que de ello derivan, pueden contribuir en ciertas circunstancias de un modo importantísimo a incrementar las energías productivas de una nación, como enseña el caso de Inglaterra. Los capitales materiales pueden ser consumidos, en sentido estricto, en forma no reproductiva; pero estos consumos pueden estimular muy vigorosamente las manufacturas y dar lugar a nuevos inventos y perfeccionamientos, como también, en términos generales, al aumento de la capacidad productiva. Esta capacidad productiva es, entonces, algo duradero; sigue creciendo, sin cesar, mientras que los gastos de guerra sólo tienen lugar *una vez*.[12] Así, en circunstancias favorables como las registradas en Inglaterra, puede resultar que una nación, a consecuencia de determinados actos de consumo que a juicio de los teóricos son improductivos, gane incomparablemente más que

[12] La deuda inglesa no sería una calamidad tan grande como no parece si la aristocracia de ese país admitiera que dicha carga debe ser soportada por aquellos a quienes favorecen los gastos de guerra, es decir, por los *ricos*. Según McQueen, el patrimonio de los tres reinos excede en junto de 4 000 millones de libras, y Martin estima en 26 000 millones, aproximadamente, los capitales invertidos en las colonias. De aquí resulta que la novena parte del patrimonio privado inglés bastaría para cubrir esa deuda. Nada sería más justo que esa repartición, o, al menos, que los intereses de la deuda fueran enjugados por medio de un impuesto sobre la renta. La aristocracia inglesa encuentra, sin embargo, más cómodo cubrir esos intereses mediante impuestos sobre el consumo, con lo que la miseria de la clase trabajadora aumenta de un modo insoportable.

pierda. Puede comprobarse con números que éste fue, realmente, el caso de Inglaterra. En el curso de la guerra, solamente en la fabricación de artículos de algodón desarrolló una capacidad productiva de cuantía mucho más elevada por su valor anual que los intereses de la deuda pública derivada de ella, sin contar con la expansión extraordinaria de todos los sectores industriales y con el aumento de su riqueza colonial.

Fue aún más visible la ventaja que la supremacía industrial inglesa extrajo de las guerras continentales europeas cuando Inglaterra sostuvo ejércitos en el Continente o pagó subsidios. Todos estos gastos revistieron la forma de productos ingleses enviados al teatro de la guerra, donde estas importaciones contribuyeron a oprimir a los fabricantes del país extranjero, ya tan castigados de por sí, y a conquistar para siempre sus mercados para la industria manufacturera inglesa; dichos gastos vinieron a producir el efecto de una prima a la exportación a favor de los productos propios, y en perjuicio de la fabricación extranjera.

De este modo, la industria de los países continentales padeció más, en todo momento, por la alianza inglesa que por la hostilidad de Inglaterra. Recordemos al respecto la guerra de los Siete Años y las guerras contra la República francesa y el Imperio.

Por importantes que fuesen, sin embargo, las precitadas ventajas, quedaron superadas todavía en sus efectos por aquellas que Inglaterra extrajo de su situación política, religiosa y geográfica, por el hecho de las emigraciones. Ya en el siglo XII las circunstancias políticas condujeron a Gales los tejedores de lana flamencos. No transcurrieron muchos siglos y llegaron a Londres los italianos expulsados, para practicar allí sus operaciones monetarias y de cambio. En el capítulo II de la presente obra referimos ya cómo, en distintas épocas, masas enteras de fabricantes emigraron a Inglaterra procedentes de Flandes y de Brabante. De España y Portugal vinieron judíos perseguidos; de las ciudades hanseáticas y de la decadente Venecia, mercaderes con sus barcos, conocimientos mercantiles y capitales, y con espíritu de empresa. Todavía fueron más importantes las inmigraciones de capitales y fabricantes a causa de la Reforma y de las persecuciones religiosas en España, Portugal, Francia, Bélgica e Italia; después, de comerciantes e industriales de Holanda, a causa del estancamiento mercantil e industrial que allí se produjo como consecuencia del Acta de Navegación y del Tratado de Methuen. Todo movimiento político, toda guerra en el Continente, procuró a Inglaterra (mientras en ese país existió un privilegio de libertad, de asilo, de tran-

quilidad interna y de paz, de seguridad jurídica y de bienestar) masas de nuevos capitales y de hombres bien preparados; así ocurrió, en definitiva, con la Revolución francesa y las guerras del Imperio; así, con los movimientos políticos, y con los revolucionarios y reaccionarios, y con las guerras en España, México y América del Sur. Durante largo tiempo monopolizó Inglaterra, con su Ley de Patentes, el espíritu inventivo de todas las naciones. Es, pues, muy justo que ahora Inglaterra, después de haber alcanzado el máximo nivel de su desarrollo industrial, devuelva a las naciones continentales una porción de las energías productivas de ellas recibidas.

V. LOS ESPAÑOLES Y LOS PORTUGUESES

MIENTRAS que los ingleses se esforzaban durante varios siglos por erigir su bienestar nacional sobre los más sólidos fundamentos, los españoles y los portugueses hicieron con sus descubrimientos una rápida fortuna y en poco tiempo entraron en posesión de inmensas riquezas. Fue, sin embargo, tan sólo la riqueza del dilapidador que ha ganado a la lotería, mientras que la riqueza de los ingleses semeja la de un laborioso y económico padre de familia. Aquéllos pudieron ser envidiados durante algún tiempo a causa de sus dispendios y de su lujo; pero para ellos la riqueza fue sólo un medio de disipación y momentáneo disfrute, mientras que para éstos fue un medio de fundamentar el bienestar intelectual y material de las generaciones venideras.

Los españoles poseían magníficos rebaños, desde tiempos tan remotos, que ya Enrique I de Inglaterra (1172) resolvió prohibir la importación de lanas españolas, con lo que ya en los siglos X y XI las manufacturas italianas de lana recibían de las tierras españolas la mayor parte de los materiales que necesitaban. Doscientos años antes, los moradores del Golfo de Vizcaya se habían destacado en la fabricación del hierro, en la navegación y en la pesca. Ellos fueron los primeros en practicar la pesca del bacalao, y todavía en el año de 1619 eran tan superiores en ello a los ingleses, que les enviaban pescadores para aleccionarles en esta rama. de las actividades marítimas.[1]

Ya en el siglo X, en tiempos de Abderraman III (912 a 950), los moros cultivaban en las fértiles llanuras de Valencia grandes plantaciones de algodón, azúcar y arroz, y practicaban igualmente la cría del gusano de seda. Córdoba, Sevilla y Granada poseían en tiempos de los moros importantes manufacturas de algodón y de seda;[2] Valencia, Segovia, Toledo y otras muchas ciudades de Castilla se destacaban con sus manufacturas de lana. Sólo Sevilla contaba en aquellos tiempos con 16 000 telares, y en el año 1552 las manufacturas de lana de Segovia daban ocupación

[1] Anderson, vol. I, p. 127; vol. II, p. 350.

[2] M. G. Simon, *Recueil d'observations sur l'Angleterre. Mémoires et considérations sur le commerce et les finances d'Espagne.*—Ustariz, *Teoría y práctica de comercio y de marina.*

a 13 000 obreros. En la misma proporción se desarrollaron las demás ramas de la industria, en particular la fabricación de armas y papel. Todavía en tiempos de Colbert se abastecían los franceses con paños finos españoles.[3] Los puertos de España desarrollaron una gran actividad mercantil y pesquera, y hasta la época de Felipe II el reino español poseía la marina más poderosa. En una palabra, España estaba en posesión de todos los elementos de grandeza y de bienestar, cuando el fanatismo, en unión con las ideas despóticas, se puso a la obra de ahogar el elevado espíritu de la nación. Esta labor de oscurantismo se inició con la expulsión de los judíos y terminó con la expulsión de los moriscos, en virtud de la cual fueron expulsados de España 2 millones de sus más industriosos y acaudalados habitantes, con sus capitales. Mientras que de este modo se esforzaba la Inquisición por arrojar al destierro la industria nacional, impidió, a la vez, del modo más enérgico, el establecimiento de industriales extranjeros en el país. El descubrimiento de América y la ruta de El Cabo sólo aparentemente, y de modo transitorio, aumentó la riqueza de ambos países. Entonces recibió el golpe de muerte su industria nacional y su potencia. En efecto, en lugar de cambiar sus productos fabriles, como posteriormente lo hicieron ingleses y holandeses, por los productos de las Indias orientales y occidentales, compraron estos artículos de naciones extrañas con el oro y la plata que habían arrebatado a las colonias,[4] y transformaron a sus útiles e industriosos ciudadanos en negociantes de esclavos y opresores de las colonias, alimentaron la industria, el comercio y la potencia marítima de los holandeses e ingleses, convirtiendo a éstos en rivales suyos, que pronto fueron lo bastante poderosos para destruir sus flotas y arrebatarles las fuentes de su riqueza. En vano decretaron los reyes de España leyes contra la exportación del dinero y contra la importación de productos industriales exóticos; el espíritu de empresa, la capacidad industrial y el comercio sólo echan raíces en su suelo donde existe la libertad política y religiosa; el oro y la plata permanecen solamente allí donde la industria sabe atraerlos y ocuparlos.

Igualmente Portugal hizo, por obra de un sabio y enérgico ministro,

[3] Chaptal, *De l'industrie française*, vol. II, p. 245.

[4] La principal exportación de los portugueses de Centro y Sudamérica consistía en metales preciosos. De 1748 a 1753 se exportaron anualmente 18 millones de piastras. Véase Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, vol. II. El comercio con mercaderías sólo adquirió importancia con esas comarcas con las Indias occidentales al establecer las plantaciones de azúcar, café y algodón.

un ensayo para levantar industrias, cuyos éxitos iniciales nos llenan de asombro. Este país se hallaba, como España, desde hacía mucho tiempo, en posesión de magníficos ganados lanares. Ya Strabon informa que se llevaron allí de Asia ovejas selectas, pagándose un talento por cada res. Cuando en 1681 el conde de Ereceira llegó a ser ministro de Portugal, proyectó un plan para instalar manufacturas de paños y elaborar así las propias materias primas, con objeto de proveer con artículos propios a la metrópoli y a las colonias. A este objeto se hicieron venir de Inglaterra fabricantes de paños, y las manufacturas florecieron tan rápidamente, a causa de la protección otorgada, que tres años después (1684) pudo prohibirse la importación de paños extranjeros. A partir de esa época, Portugal mismo y sus colonias se abastecieron con productos propios fabricados con materias primas del país, y, según el testimonio de los escritores ingleses, este estado de cosas se mantuvo admirablemente durante diecinueve años.[5] Ciertamente en aquel entonces los ingleses dieron pruebas de aquella sagacidad que años más tarde desarrollaron con tan alta perfección; para soslayar las restricciones mercantiles de Portugal, fabricaron telas de lana que eran, en cierto modo, distintas de los paños, pero prestaban el mismo servicio, y bajo las denominaciones de sargas y droguetas de lana exportaron a Portugal. Pronto fue, sin embargo, descubierta esta argucia, anulando su efecto mediante una prohibición de esas clases de telas.[6] El éxito de semejantes medidas es tanto más notable cuanto que el país, poco tiempo antes, había perdido con la expulsión de los judíos una gran masa de capitales que emigraron al extranjero, y padeció de todos los males del fanatismo, de un mal gobierno y de una aristocracia feudal opresora para la libertad del pueblo y para la agricultura.[7]

En el año 1703, después de la muerte del conde de Ereceira, logró el famoso ministro inglés Methuen convencer al gobierno portugués de que Portugal ganaría muchísimo si Inglaterra permitiera la importación de vinos portugueses con un arancel un tercio más bajo que el señalado para los vinos de otras naciones, autorizando, en cambio, Portugal la importación de paños ingleses con un arancel semejante al que había existido antes de abril de 1684 (23%). Parece que la esperanza de aumentar sus ingresos arancelarios, por parte del Rey, y las perspectivas de

[5] *British Merchant*, vol. III, p. 69.
[6] *Ibid.*, p. 71.
[7] *Ibid.*, p. 67.

incrementar sus rentas territoriales, por parte de la aristocracia, fueron motivos principales para la estipulación de aquel convenio mercantil, a consecuencia del cual el rey de Inglaterra llama al de Portugal su "amigo y aliado" más antiguo, exactamente en el mismo sentido con que antes el Senado romano solía aplicar esos predicados a los soberanos que teníanla desgracia de entrar en estrecho contacto con él.

Inmediatamente después de estipularse ese tratado mercantil, Portugal fue inundado de manufacturas inglesas, y la primera consecuencia de este hecho fue la ruina completa e instantánea de las fábricas portuguesas, resultado que se asemeja al del ulterior tratado de Eden con Francia y al de la supresión del sistema continental en Alemania.

Según el testimonio de Anderson los ingleses eran ya entonces tan expertos en el arte de declarar sus mercancías con un valor muy por debajo del real, *que efectivamente sólo devengaban la mitad de los aranceles correspondientes según tarifa.*[8]

"Después de derogada la prohibición —dice el *British Merchant*— extrajimos tal cantidad de su plata que les quedó muy poca para su propio uso *(very little, for their necessary occasions)*. Entonces nos aplicamos a su oro."[9] A este negocio continuaron dedicándose hasta los tiempos más recientes; exportaban todos los metales nobles que los portugueses recibían de sus colonias, derivando una gran parte de ellos hacia las Indias orientales y China, donde, como ya hicimos constar al referirnos a Inglaterra, los cambiaban por mercancías que vendían en el Continente europeo a cambio de materias primas. Estas importaciones anuales de Inglaterra hacia Portugal superaban a las exportaciones en un millón de libras esterlinas. Semejante balanza favorable redujo en 15% la cotización de la moneda, en perjuicio de Portugal. "Nuestra balanza comercial con Portugal nos reporta un beneficio más considerable que con ningún otro país", dice el autor del *British Merchant* en su dedicatoria a Sir Paul Methuen, hijo del famoso ministro; "hemos aumentado nuestra exportación de dinero de ese país a millón y medio de libras esterlinas, mientras que antes sólo exportábamos 300 000".[10]

Desde antiguo ha sido ensalzado este Tratado por todos los mercaderes y economistas y por todos los estadistas de Inglaterra como la obra maestra de la política mercantil inglesa. Anderson, que ve con suficiente

[8] Anderson, vol. III, p. 67.
[9] *British Merchant*, vol. III, p. 267.
[10] *British Merchant*, vol. III, pp. 15, 20, 33, 38, 110, 253-254.

claridad los asuntos relativos a la política mercantil inglesa, y que, en sus comentarios, se expresa con una alteza de miras extraordinaria, lo denomina "un convenio sumamente barato y ventajoso" y no puede sustraerse a esta candorosa exclamación. "¡Ojalá pueda subsistir eternamente!"[11]

Solamente Adam Smith se atrevió a sustentar y defender una opinión completamente opuesta a la indicada: según él, el Tratado de Methuen no fue en modo alguno favorable para el comercio inglés. En realidad, si alguna prueba existe de la veneración ciega que la opinión pública tuvo para las opiniones, en parte paradójicas, de este hombre famoso, es el hecho de que el citado aserto no haya sido refutado hasta ahora.

En el capítulo VI de su libro IV dice Smith: El Tratado de Methuen, al establecer que la importación de los vinos portugueses estaría gravada con aranceles una tercera parte más baratos que los vinos de otras naciones, ha otorgado a los portugueses un privilegio, mientras que los ingleses se han visto obligados a tributar por sus paños aranceles tan elevados como los de cualquier otra nación, no habiendo existido, en consecuencia, para los portugueses, privilegio alguno. Pero ¿es que antes los ingleses no habían recibido productos de Francia, Holanda, Alemania y Bélgica? ¿No lograron los ingleses, para el futuro y de modo exclusivo, el mercado portugués, para un producto industrial de que sólo ellos poseían la materia prima? ¿No habían hallado el medio de reducir el arancel portugués a la mitad? La cotización de la moneda ¿no aseguraba el consumo de los vinos portugueses en Inglaterra con un 15% de rebaja? ¿No cesó casi por completo el consumo de los vinos franceses en Inglalerra? ¿No dieron el oro y la plata portuguesa a los ingleses los medios de extraer masas de mercancías de las Indias orientales, y de inundar con ellas los países europeos? ¿No se arruinaron por completo las fábricas de paños de Portugal, en beneficio de los ingleses? ¿No se convirtieron, por tales circunstancias, todas las colonias portuguesas, y en particular el rico Brasil, en colonias inglesas efectivas? Evidentemente dicho Tratado aseguró a los portugueses un privilegio, pero sólo verbal; a los ingleses, en cambio, les otorgó un privilegio efectivo. La misma tendencia se halla en el fondo de todos los tratados mercantiles posteriormente estipulados por los ingleses. En sus palabras eran cosmopolitas y filántropos; en sus actos, monopolistas en todo momento.

[11] Anderson, año 1703.

Conforme al segundo argumento de Adam Smith, ese Tratado no fue especialmente ventajoso para los ingleses, porque se vieron obligados a enviar, en gran parte, hacia otros países, el dinero que de los portugueses recibían a cambio de sus paños, importando en cambio mercancías, cuando hubiera sido mucho más ventajoso para ellos negociar inmediatamente sus paños contra los artículos que necesitaban, obteniendo de este modo, por medio de una sola operación de trueque, lo que utilizando el comercio portugués sólo podían obtener con dos. Verdaderamente, sin alterar la opinión que tenemos del carácter y perspicacia del famoso maestro, a la vista de tal argumento debemos dudar de la seriedad de sus opiniones. Para salvar una y otras no nos queda otra cosa sino lamentar la debilidad de la naturaleza humana que, entre otros, obligó a Adam Smith a pagar un elevado tributo en estos paradójicos argumentos que casi lindan con lo ridículo —posiblemente cegado por el empeño, noble en sí, de justificar la absoluta libertad de comercio.

En el razonamiento indicado no existe más juicio ni más lógica sana que si pretendiéramos que un panadero que vende pan a sus clientes a cambio de dinero, y compra, con éste, harina del molinero, realizaría un comercio más ventajoso si cambiara directamente el pan por harina, efectuando la operación con un solo trueque, en lugar de recurrir a dos. Precisa muy poca sagacidad para argüir que acaso el molinero no necesite tanto pan como el panadero puede suministrarle, y que, a su vez, el molinero acaso entienda y practique por sí mismo la cocción y, en consecuencia, la operación del panadero no pueda realizarse sin esos trueques. Tales eran, en realidad, las circunstancias mercantiles de Portugal e Inglaterra en tiempos del famoso Tratado. Portugal recibía oro y plata de América del Sur a cambio de las manufacturas que allí suministraba; pero no pudiendo o no queriendo fabricar por sí misma estas manufacturas, a cambio de metales nobles las compraba a los ingleses. Éstos empleaban dichos metales, cuando no eran necesarios a su propio tráfico, para exportarlos a las Indias orientales o a China, y allí adquirían artículos que vendían luego al Continente europeo, recibiendo de los países de éste productos agrícolas, materias primas o bien metales preciosos.

En nombre de la sana razón humana preguntamos ahora: ¿quién hubiera comprado a los ingleses todos aquellos paños que exportaban a Portugal, si los portugueses hubiesen preferido fabricarlos por sí mismos o comprarlos en otros países? No hubieran podido venderlos en

Portugal, y a otras naciones les vendían los ingleses ya tantos paños como esos países podían comprarles. Así, la cantidad de paños fabricada por los ingleses hubiera disminuido en la cantidad de las que venían vendiendo a Portugal; hubieran podido exportar muchos menos metales preciosos hacia las Indias orientales, es decir, la suma de los que recibían de Portugal; hubieran traído menos mercancías de las Indias orientales hacia Europa para venderlas en el Continente europeo, y de éste hubiesen importado menos materias primas. Igualmente insostenible es el tercer argumento de Adam Smith, de que si a los ingleses no les hubiera afluido el dinero portugués hubiesen podido satisfacer sus necesidades por otros conductos. En todo caso, Portugal hubiera debido enviar al extranjero su excedente de metales preciosos, y por cualquier otro camino hubiesen revertido a los ingleses. Supongamos el caso de que los portugueses fabricaran sus propios paños, enviaran metales preciosos a la China y a las Indias orientales, y vendieran en otros países las mercaderías por ellos adquiridas, y entonces nos permitimos formular la siguiente pregunta: en tal caso los ingleses ¿hubieran visto revertir a ellos el dinero portugués? Lo mismo hubiera ocurrido si Portugal hubiese estipulado con Holanda o Francia un tratado como el de Methuen. En estos dos casos hubiera afluido a Inglaterra algún dinero, pero sólo en la cantidad que hubiese podido percibir de la venta de su lana en bruto. En una palabra, las manufacturas, el comercio y la navegación de los ingleses, sin el Tratado de Methuen no hubieran alcanzado el auge que lograron.

De cualquier forma que se juzguen los efectos del Tratado de Methuen en relación con Inglaterra, una cosa queda establecida: por lo que respecta a Portugal, no fueron, en modo alguno, de tal índole que en su virtud otras naciones pudieran ser estimuladas a ceder a la competencia inglesa el mercado de sus productos agrícolas. En lugar de mejorar la agricultura y la industria, el comercio y la navegación como consecuencia del tráfico con Inglaterra, fueron hundiéndose en Portugal cada vez más profundamente. En vano trató de sacarles a flote Pombal; la competencia inglesa anuló todos sus esfuerzos. Ciertamente no puede ignorarse que en un país como Portugal, donde la situación social obstaculiza el desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio, la política mercantil sólo puede obtener resultados insuficientes. En efecto, lo poco que Pombal logró, demuestra, sin embargo, qué excelentes consecuencias puede tener para la industria un gobierno que se preocupe de ella,

cuando se eliminan los obstáculos de carácter interno que radican en la propia organización social.

La misma experiencia se hizo en España en tiempos de Felipe V y de sus dos inmediatos sucesores. Por insuficiente que resultase la protección otorgada a la industria nacional bajo el dominio de los Borbones, y aunque faltó energía para ejecutar la legislación de aduanas, en todas las ramas de la industria y en todas las regiones del país, se registró, evidentemente, un considerable progreso,[12] a consecuencia de la política mercantil transplantada a España desde la Francia de Colbert. Cuando se lee a Ustariz y a Ulloa,[13] sorprenden los éxitos logrados en tan deplorables circunstancias. Por doquier los caminos eran solamente asequibles a bestias de reata: en ninguna parte había aposentamientos regulares, ni puentes, ni canales, ni navegación interior; cada provincia estaba separada del resto de España; en la puerta de cada ciudad había un representante del Rey como perceptor de impuestos; el bandidaje y la mendicidad eran practicados como industria; el comercio de contrabando se hallaban en su máximo florecimiento; el sistema tributario era sumamente opresor: tales son las causas que estos escritores señalan para la decadencia de la industria y de la agricultura. No se atreven a denunciar, en cambio, las causas verdaderas de esos males: el fanatismo, la codicia y los vicios del clero; los privilegios de la nobleza, el despotismo del Gobierno, la falta de cultura y de libertad en el pueblo.

Una digna réplica del tratado portugués de Methuen es el llamado Convenio Español de Asiento (1713). En su virtud, se otorgó a los ingleses el derecho de introducir anualmente en la América española un cierto número de negros africanos, y de visitar anualmente Portobello con un barco, lo cual les daba oportunidad de contrabandear grandes masas de mercaderías en estos países.

En todos los tratados comerciales de los ingleses advertimos su tendencia a extender la industria manufacturera sobre aquellos países con los cuales negociaban, ofreciéndoles ventajas sólo aparentes para extender sus productos agrícolas y materias primas. En todas partes su pro-

[12] Macpherson, *Annals of Commerce*, años 1771 y 1774. Un efecto especialmente ventajoso para el auge de las fábricas españolas fue el logrado por las trabas que se pusieran a la importación de fabricados extranjeros. Anteriormente España cubría en 19/20 con artículos ingleses sus necesidades de tipo industrial. Brougham, *Inquiry into the colonial policy of the European powers*, vol. I, p. 421.

[13] Ustariz, *Teoría y práctica de comercio y de marina*. Ulloa, *Restablecimiento de las fábricas y comercio de España*.

pósito se encamina a arruinar la capacidad industrial de esos países mediante mercancías baratas y concesiones de crédito. Cuando no pueden obtener reducciones arancelarias, tratan de defraudar al fisco o de organizar en gran escala el comercio de contrabando. El primer procedimiento pudieron aplicarlo, como ya hemos visto, en Portugal; el segundo, en España. La exacción de aranceles a la importación, según el valor de la mercadería, les fue muy provechosa, y por ello se preocuparon tanto, en tiempos recientes, de subrayar como improcedente el sistema de aranceles de tipo ponderal, como los introducidos por Rusia.

VI. LOS FRANCESES

TAMBIÉN heredó Francia muchos residuos de la cultura romana. Con la invasión de los germanos, que sólo amaban la caza y transformaron de nuevo en selvas y pastizales muchas zonas de cultivo, la mayor parte de aquellas reliquias quedaron perdidas. Francia, lo mismo que todos los demás países europeos, debe, en cambio, a los monasterios —que luego fueron un obstáculo tan considerable a la cultura— una gran parte de sus progresos agrícolas. Los habitantes de aquel país no se dedicaron a combatir entre sí como la nobleza; no estuvieron afectados por servicios de guerras, y sus campos y sus ganados estuvieron menos expuestos que en otros países a la rapiña y a la destrucción. Los clérigos preferían la vida regalada, odiaban las luchas intestinas y trataban de elevar su prestigio mediante el socorro a los necesitados. De ahí el refrán: "Bajo el báculo, la vida es placentera".

Las Cruzadas, la fundación de municipios y gremios por San Luis, y la proximidad de Italia y Flandes, influyeron desde muy pronto sobre el desarrollo de la industria en Francia. Ya en el siglo XIV abastecían Normandía y Bretaña con paños de lana y lino los mercados interiores y la exportación a Inglaterra. En esa misma época era ya considerable la exportación de vinos y sal, preferentemente por mediación de los mercaderes hanseáticos. Francisco I hizo llegar la manufactura de la seda al Mediodía francés. Enrique IV fomentó esa industria y la fabricación del vidrio, lienzos y artículos de lana; Richelieu y Mazarino, las fábricas de seda, la industria de terciopelos y lana de Rouen y Sedán, así como las pesquerías y la navegación.

En ningún país influyó el descubrimiento de América tan favorablemente como en Francia. Del oeste de esta nación enviábase a España gran cantidad de cereales. Muchos campesinos se trasladaban anualmente desde las regiones pirenaicas hasta el noroeste de España, para trabajar. Grandes cantidades de vinos y sal fueron exportados a los Países Bajos españoles, y tanto los sedas y terciopelos como, en general, los artículos de lujo de Francia, encontraron una fácil colocación en los Países Bajos, Inglaterra, España y Portugal. Esta circunstancia hizo que desde muy pronto gran cantidad de oro y plata española circulara en Francia.

Sin embargo, el periodo de esplendor de la industria francesa se inició con Colbert.

A la muerte de Mazarino, ni la fabricación, ni el comercio, ni los transportes marítimos, ni la pesca, tenían importancia, y las finanzas se hallaban en un estado lamentable. Colbert tuvo el ánimo suficiente para emprender por sí solo una labor que en Inglaterra no triunfó sino después de tres siglos de empeñado esfuerzo y de dos revoluciones. De todos los países se hizo venir los fabricantes y obreros más capacitados, se adquirieron secretos de fabricación, y se procuraron las mejores máquinas y herramientas. Mediante un eficaz sistema de aduanas aseguró a la industria propia el mercado interior, y fomentó el tráfico nacional, suprimiendo o limitando en lo posible las aduanas provinciales, y construyendo carreteras y canales. Estas medidas fueron más beneficiosas aún a la agricultura que a las actividades fabriles, duplicando y aun triplicando el número de sus consumidores, y poniendo a éstos y a los productores en comunicación fácil y ventajosa. Además de ello, favoreció la agricultura, disminuyendo los impuestos directos sobre la tierra, suavizando las medidas de rigor que antes se utilizaban para la exacción de tributos, realizando una homogénea distribución de los impuestos, y, finalmente, mediante normas encaminadas a la reducción del tipo de interés. Sólo se prohibió la exportación de cereales en tiempos de insuficiencia y carestía. Dedicó especial interés a la expansión del comercio exterior y al fomento de las pesquerías; renunció al tráfico con Levante, ensanchó el de las colonias y lo inició con los países nórdicos. En todas las ramas de la administración introdujo el ahorro y el orden más severos. A su muerte contaba Francia en sus fábricas de lana con 50 000 telares, producía por valor de 50 millones de francos de artículos de seda; los ingresos públicos se elevaron en 28 millones de francos, y el reino poseyó pesquerías florecientes, una numerosa flota y una potente marina de guerra.[1]

Un siglo después, los economistas censuraban con violencia a Colbert y pretendían que dicho estadista se había propuesto ensalzar la producción fabril a expensas de la agricultura, reproche que no demuestra otra cosa sino que no sabían comprender por sí mismos la naturaleza de la industria.[2]

[1] *Éloge de Jean Baptiste Colbert*, por Necker, *Oeuvres complètes*, vol. 15.

[2] Cfr. el libro de Quesnay, *Physiocratie ou du gouvernement le plus avantageux au genre humain*. 1768, nota 5, sobre la Máxima VIII, en la que Quesnay refuta y juzga a Colbert

Aunque fue un error que Colbert pusiera periódicamente obstáculos a la exportación de productos en bruto, el auge de la industria interior aumentó de tal modo la demanda de productos agrícolas, que devolvió a la agricultura diez veces más de lo que la perjudicó con aquellos obstáculos. Aunque, en contradicción con las prácticas políticas tradicionales, prescribió nuevos procedimientos y, mediante leyes coercitivas, obligó a los fabricantes a seguirlos, conviene recordar que, en todo caso, estos procedimientos fueron los mejores y más ventajosos de su época, y que se aplicaban a un pueblo que, hundido en la apatía por un prolongado despotismo, repugnaba todo lo nuevo, aun siendo mejor. El reproche de que Francia, con el sistema protector de Colbert, había perdido una gran parte de su industria nacional, sólo pudo ser hecho al estadista francés por una escuela que ignoraba por completo la revocación del Edicto de Nantes, y sus perniciosas consecuencias. Como resultado de esta lamentable medida, a la muerte de Colbert, y en el curso de tres años, fueron expulsados medio millón de los habitantes más laboriosos, diestros y acaudalados de Francia, perjudicando, a la vez el país que habían enriquecido, y trasplantando sus industrias y capitales a Suiza, a todos los países protestantes de Alemania, en particular Prusia, y, después, a Holanda e Inglaterra. Así, en tres años, las intrigas de una *maîtresse* beata anularon la obra genial de una generación y derrumbaron a Francia en su antigua apatía, mientras Inglaterra, protegida por su Constitución y robustecida por una actividad revolucionaria que sacudió todas las energías nacionales, seguía edificando sin descanso, con creciente celo, sobre los cimientos establecidos por Isabel y sus precursores.

La triste situación en que decayeron la industria y las finanzas de Francia y la contemplación del magnífico bienestar de Inglaterra, suscitaron, poco antes de la Revolución francesa, el celo de los estadistas de dicha nacionalidad. Arrebatados por la hueca teoría de los economistas, y en contradicción con Colbert, trataron de buscar un remedio en la implantación del librecambio. Se creía en la posibilidad de restaurar de un golpe el bienestar de un reino procurando un mercado más amplio a los vinos y aguardientes franceses en Inglaterra, permitiendo, en com-

en dos páginas, mientras que Necker necesitó cien para valorar justamente su sistema y sus realizaciones. No sabemos qué es más extraño, si la ignorancia de Quesnay en materia de industria, historia y finanzas, o el juicio que hace de Colbert, sin aducir razones. Por añadidura, ese ignorante soñador no tuvo la gallardía de citar la expulsión de los hugonotes, ni inconveniente en afirmar, contra toda razón, que Colbert, mediante una política gravosa, puso obstáculos al comercio con cereales entre las provincias.

pensación, a los artículos ingleses, su entrada en condiciones más llevaderas (12%). Inglaterra, encantada con este ofrecimiento, otorgó gustosa a los franceses una segunda edición del Tratado de Methuen, el llamado Tratado de Eden (1786); una réplica cuyas consecuencias no fueron menos desfavorables que las del original portugués.

Los ingleses, habituados a los vinos fuertes de la Península, no aumentaron su consumo de modo tan extraordinario como se había esperado. En cambio, se vio en Francia con horror que a los ingleses sólo podía ofrecérseles artículos de moda y de lujo, cuyo valor total era insignificante, mientras que podían superar a los fabricantes franceses tanto en la baratura de los precios como en la calidad de las mercancías y en la concesión de créditos, sobre todo género de artículos de primera necesidad, cuya cuantía se elevaba hasta el infinito. Cuando, después de una breve competencia, las fábricas francesas fueron colocadas al borde de la ruina (mientras que, en cambio, el beneficio para la viticultura francesa era muy reducido), el Gobierno francés trató de poner coto a los progresos del desastre derogando el Tratado, pero sólo logró comprobar que es mucho más fácil arruinar en pocos años unas fábricas florecientes que restaurar de nuevo las fábricas arruinadas en una generación. La competencia inglesa había producido en Francia una afición por los artículos ingleses, que durante mucho tiempo se tradujo en un extenso comercio de contrabando, difícil de reprimir. A los ingleses les fue, en cambio, muy fácil, cuando se derogó el Tratado, habituar nuevamente su paladar a los vinos de la Península.

Prescindiendo de que los movimientos de la Revolución y las incesantes guerras napoleónicas podían ser muy poco estimulantes para la prosperidad de las industrias francesas; prescindiendo de que los franceses, durante este periodo, perdieron la mayor parte de su comercio marítimo y todas sus colonias, las fábricas francesas, durante el periodo imperial, tan sólo por la posesión exclusiva del mercado interior y por la supresión de las trabas feudales alcanzaron un nivel más elevado que nunca en la época del *ancien régime.* Esta misma observación se hizo también en Alemania y en todos los países a los cuales se extendió el sistema continental.

En su estilo lapidario, había dicho Napoleón: "Un reino que en las actuales circunstancias del mundo sigue el principio del librecambio, debe ser pulverizado". Con esta frase demostró, en orden a la política comercial de Francia, más sabiduría política que todos los escritores

contemporáneos de Economía política, con todas sus obras. Uno se asombra al ver con qué perspicacia ese espíritu magno,sin haber estudiado los sistemas de la Economía política, supo apreciar la naturaleza e importancia de la aptitud industrial. Fue preferible para él y para Francia que no estudiara dichas obras. "Antes —decía Napoleón— sólo existía una especie de propiedad, la propiedad de la tierra; a ésta se ha añadido otra nueva, la industria." Napoleón vio y expresó de esta manera algo que los economistas contemporáneos no veían, o por lo menos no supieron explicar claramente: en concreto, que cuando una nación asocia la aptitud industrial con la agrícola, cuando está interiormente unificada, es más perfecta y rica que una simple nación agrícola. Lo que Napoleón hizo para dar estímulo y fundamento a la educación industrial de Francia, para exaltar el crédito del país, para introducir nuevos inventos y procesos perfeccionados, y para mejorar los transportes de Francia, está demasiado presente en la memoria para que sea necesario recordarlos. Más preciso es recordar de qué modo tan oblicuo e injusto fue juzgado este brillante y vigoroso gobernante, por parte de los teóricos contemporáneos suyos.

A la caída de Napoleón, la competencia, limitada hasta entonces al comercio de contrabando, volvió a poner pie en Europa y en el Continente americano. Por primera vez se oyó a los ingleses condenar el sistema proteccionista y elogiar la teoría del librecambio de Adam Smith: una teoría que hasta entonces había estado considerada por aquellos prácticos insulares como utilizable tan sólo en un régimen utópico. Sin embargo, el observador sereno pudo fácilmente advertir que los criterios entusiastas y filantrópicos no habían influido para nada en esta conversión; en efecto, sólo se aducían argumentos cosmopolitas en aquellos lugares donde se trataba de facilitar la exportación de productos ingleses hacia el Continente europeo o el americano; tan pronto como se trataba, en cambio, de la libre importación de cereales, o de la competencia de productos extranjeros en el mercado inglés, se introducía ya una modificación importante.[3] Por desgracia, se decía, la prolongada

[3] Un espiritual orador americano, Mr. Baldwin, actualmente Magistrado de la Suprema Corte en los Estados Unidos, decía irónicamente, acerca del sistema mercantil libre de Canning-Huskisson: "Como la mayor parte de las mercancías inglesas, no se ha fabricado para ser consumido en el país, sino para la exportación".

No sabe uno si reír o llorar cuando recuerda con qué entusiasmo recibieron los liberales de Francia y Alemania, especialmente los teóricos cosmopolitas, y en particular J. B. Say, la noticia del sistema Canning-Huskisson. Era un júbilo como si hubiese advenido

observancia de una política antinatural había situado a Inglaterra en un estado tal, que no podía alterarse rápidamente; cualquier cambio debía efectuarse con la mayor circunspección y cautela; Inglaterra era de compadecer, por ello; tanto más estimable era para las naciones de Europa y América cuanto que sus circunstancias y situación les permitieran participar sin dilaciones mayores en las ventajas del librecambio.

Aunque los antiguos linajes fueron repuestos en el trono de Francia bajo la égida de Inglaterra o con el dinero inglés, esos argumentos sólo tuvieron aceptación en Francia durante breve tiempo. El librecambio de Inglaterra causó tan tremendas convulsiones en la organización fabril, robustecida durante el sistema continental, que hubo de buscarse rápidamente un refugio en el sistema prohibitivo, bajo el cual la capacidad manufacturera se duplicó de 1815 a 1872, según el testimonio de Dupin.[4]

el reino milenario. Veamos ahora lo que dice el biógrafo de Mr. Canning acerca del juicio que el librecambio merecía a este ministro:

"Mr. Canning estaba perfectamente convencido de la veracidad del principio abstracto según el cual el comercio florece más cuanto menores son los obstáculos que se le oponen; pero como ésta no ha sido la opinión de nuestros antepasados ni de las naciones circundantes, y como, en consecuencia, se han impuesto restricciones sobre todas las transacciones comerciales, se ha creado un estado de cosas al que la aplicación incondicional del principio abstracto, aunque sea verdadero en teoría, puede haber sido perjudicial en la práctica." *The political life of Mr. Canning*, por Stapleton, p. 3.

En el año 1828 esta práctica inglesa se había manifestado con tal claridad que el liberal Mr. Hume habló sin ambages, en el Parlamento, del estrangulamiento de las fábricas en el Continente.

[4] *Forces productives de la France.*

VII. LOS ALEMANES

AL REFERIRNOS a la Liga hanseática vimos cómo, antes que Italia, floreció Alemania con su avanzado comercio entre los demás países europeos; vamos a continuar desarrollando ahora la historia industrial de esta nación; pero antes echemos una ojeada a la anterior situación de la misma y a su evolución ulterior.

En la antigua Germania, la mayor parte de la tierra se utilizaba como pastizales y cotos de caza. La agricultura, insignificante y poco desarrollada, era ejercida por esclavos y mujeres. Los hombres libres se ocupaban tan sólo de la guerra y de la caza. Éste es el origen de toda la nobleza germánica.

La nobleza alemana mantuvo ese mismo criterio durante toda la Edad Media, oprimiendo a la agricultura, mostrando su animadversión hacia la industria, y cerrando los ojos a los beneficios que como terrateniente hubiera podido derivar del florecimiento de ambas actividades

Tan profundamente arraigada estaba en ella su predilección por aquella primitiva ocupación favorita, que todavía en la actualidad, enriquecida como está, desde hace tiempo, por el arado y el telar y la lanzadera, sueña en las asambleas legislativas con los cotos de caza y el derecho venatorio, como si el lobo y la oveja, el oso y la colmena pudieran vivir en paz uno junto a otro; como si la tierra pudiera ser utilizada a un tiempo para la horticultura, la silvicultura y los cultivos delicados, y para el acoso de jabalíes, ciervos y conejos.

La agricultura de los alemanes continuó en ese estado de barbarie durante mucho tiempo, aunque no puede ignorarse la influencia que las ciudades y los monasterios ejercieron sobre el ambiente que los rodeaba

En las antiguas colonias romanas, residencia de los príncipes y señores espirituales y temporales, surgieron las ciudades junto a los monasterios, unas veces por obra del Emperador, en parte sobre sus dominios y castillos; otras en aquellos lugares donde las suscitaba la pesca y el transporte terrestre y acuático. En la mayoría de los casos florecieron sólo por las necesidades locales y por el tráfico de mediación con el exterior. Una industria interior grandiosa, consagrada a la exportación, sólo podía surgir donde existían grandes rebaños y extensos cultivos de

lino. Este último presupone, sin embargo, un elevado nivel de la agricultura, y la cría del ganado exige una gran seguridad contra los lobos y los ladrones. Difícilmente podían prosperar, en consecuencia, esas actividades, dado el constante estado de lucha entre nobles y príncipes, o entre éstos y las ciudades. Los ganados que pastaban fueron siempre el primordial objeto de rapiña. Por otro lado, dado el cariño que los nobles sentían por la caza, y el cuidado con que acotaban sus bosques, resultaba completamente imposible el exterminio de los animales de presa. Las pequeñas reservas ganaderas, la inseguridad jurídica y la falta de capital y libertad en quienes manejaban el arado, y la ausencia de interés por la agricultura en quienes detentaban la posesión de la tierra, hicieron que la agricultura y el nivel de vida de las ciudades fueran muy bajos.

Teniendo en cuenta estas circunstancias, se comprende por qué razón Flandes y Brabante, hallándose en condiciones muy distintas, pudieron alcanzar tan pronto un elevado nivel de libertad y bienestar.

A pesar de estos obstáculos florecieron las ciudades alemanas en la costa del mar Báltico y del mar del Norte, bajo la influencia de la pesca, de la navegación y del tráfico marítimo que ejercían como intermediarios; en la Alemania septentrional y al pie de los Alpes, bajo la influencia de Italia y Grecia y del comercio de estas zonas con el propio país; en el Rhin, en el Elba y en el Danubio, por el comercio de vinos, la especial fecundidad de la tierra y el transporte fluvial, que en la Edad Media, a causa de la deficiencia de las carreteras y de la inseguridad general, era todavía de mayor importancia que en nuestros días.

En esta diversidad de su origen se basa la variedad de ligas municipales alemanas, hanseática, renana, suabia, holandesa y helvética.

Robustecidas durante algún tiempo por el espíritu de libertad juvenil que las animaba, carecían estas ligas de una garantía de duración, de un elemento cohesivo: el principio de unidad. Separadas unas de otras por las posesiones de la nobleza, por la población servil del país, su unión se había de desintegrar más pronto o más tarde por el paulatino aumento y enriquecimiento de la población agrícola que, a consecuencia del dominio de los príncipes, conocía el principio de unidad. Como, naturalmente, las ciudades influían en el auge de la agricultura, trabajaron en su propio aniquilamiento desde el momento en que no consiguieron absorber en su liga la población agrícola o la nobleza. Por añadidura carecían de elevadas opiniones y de criterio político; raras veces su perspicacia traspasaba los muros de sus viviendas, a ese respecto.

Sólo dos de esas ligas realizaron su unión, aunque no de modo reflexivo, sino empujadas y favorecidas por las circunstancias: la Federación helvética y la Transilvania; por esa causa todavía subsisten hoy esas ligas. La Confederación helvética no es otra cosa que un conglomerado de ciudades imperiales alemanas, instituido y cohesionado por la población libre que existía entre esos países.

A las demás ligas municipales las arruinó su desprecio por la clase rural, su insensato orgullo ciudadano, que les movió a mantener la clase rural en condición de servidumbre, en lugar de exaltarla al disfrute de la libertad.

Las ciudades sólo podían alcanzar la unidad mediante un fuerte poder de los reyes. Este poder se hallaba, sin embargo, en Alemania, en manos de los príncipes, que para no ver limitada su arbitrariedad y mantener en situación de vasallaje las ciudades y la pequeña nobleza, estaban interesados en no dejar que se constituyese ningún reino hereditario.

De aquí la tenacidad con que se mantuvo la idea del Imperio romano entre los reyes alemanes. Sólo a la cabeza de sus ejércitos eran verdaderos caudillos; sólo cuando salían a la guerra lograban reunir bajo su égida príncipes y ciudades. De aquí su estímulo a la libertad municipal en Alemania, y la hostilidad a ellas y la sojuzgación de las mismas en Italia.

Las expediciones a Italia no sólo debilitaron cada vez más el poder real en Alemania, sino que eliminaron también aquellas dinastías de las que hubiera podido surgir un poderío firme en el interior del Reich, en la médula de la nación. Con la extinción del linaje de los Hohenstaufen ese núcleo quedó roto en mil pedazos.

La imposibilidad de consolidar el núcleo de la nación indujo a la casa de Habsburgo, un linaje débil y pobre en su origen, a utilizar las energías de la nación para fundar un reino hereditario firme, en las fronteras sudorientales del Reich, mediante la sumisión de tribus extrañas, política ésta que fue imitada en el Noroeste por los margraves de Brandenburgo. Así surgieron en el Sureste y en el Noreste monarquías hereditarias basadas en el dominio sobre extrañas tribus, mientras que en los dos ángulos occidentales se fundaron dos repúblicas que poco a poco fueron separándose cada vez más de la nación; así fue cada vez más grande, en el interior, en el núcleo de la nación misma, la desintegración y la impotencia.

El infortunio de la nación alemana quedó consumado por la invención

de la pólvora y del arte de la imprenta, por el auge del Derecho romano y la Reforma; finalmente, por el descubrimiento de América y de la nueva ruta hacia las Indias orientales.

La revolución espiritual, social y económica causada por ello dio lugar a disensiones y a la descomposición en el organismo del Reich: disensión entre los príncipes, entre las ciudades, entre los burgueses de cada ciudad y entre los vecinos de cada estamento. La energía de la nación se derivaba de la industria, de la agricultura, del comercio y de la navegación; de la adquisición de colonias y del mejoramiento de las instituciones internas; en una palabra, de todos los perfeccionamientos tangibles; se luchaba, en cambio, por los dogmas y por el patrimonio de la Iglesia.

En la misma época decayeron la Hansa y Venecia, y, como consecuencia, el comercio alemán en gran escala, y el vigor y la libertad de las ciudades alemanas, lo mismo en el Norte que en el Sur.

Siguió entonces la guerra de los Treinta años con sus devastaciones de comarcas y ciudades. Separáronse Holanda y Suiza, y las porciones más bellas del Imperio fueron conquistadas por Francia. Mientras que, antaño, algunas ciudades como Strasburgo, Nuremberg y Augsburgo superaban en potencialidad a los príncipes palatinos, hundiéronse entonces en la ruina más tremenda, a causa del auge de los ejércitos permanentes.

Si antes de esta revolución se hubieran consolidado más las ciudades y el poder real; si un representante alemán hubiera asumido la dirección de la Reforma, realizándola en beneficio de la unidad, poderío y libertad de la nación ¡de qué distinto modo se hubieran desarrollado la agricultura, la industria y el comercio de los alemanes! ¡Qué pobre e impráctica aparece, a la luz de tales consideraciones, una teoría de la Economía política que sólo deriva el bienestar de las naciones de las producciones de los individuos, y no tiene en cuenta cómo la capacidad productiva de dichos individuos está condicionada, en gran parte, por el estado social y político de las naciones!

En ninguna nación influyó de modo tan agotador la introducción del Derecho romano como en Alemania. Las indecibles confusiones a que dio motivo en materia de Derecho privado no fueron, precisamente, lo peor de las peores consecuencias. Más desgraciada fue la de haber creado una casta de profesores y juristas divorciada del pueblo por el espíritu y la palabra; una casta que trataba al pueblo como gente jurídicamente

ignorante y necesitada de tutela; que negaba toda validez a la sana razón humana; que sustituyó por doquier el secreto a la publicidad; que vivió en la más estrecha dependencia del poder, siendo su portavoz en todas partes, representando sus intereses, y atacando siempre las raíces de la libertad. Así vemos todavía en Alemania, a principios del siglo XVII: barbarie en la literatura y en la lengua, en la legislación, en la administración y en los resortes ejecutivos; barbarie en la agricultura; decadencia de la industria y del comercio en gran escala; falta de unidad y energía en el nexo nacional; impotencia y debilidad en todas partes, respecto al extranjero.

Sólo *una cosa* habían salvado los alemanes: su carácter nativo, su amor al trabajo, al orden, a la economía y a la moderación; su tenacidad en la investigación y en los negocios; su noble tendencia a mejorar; su gran fondo natural de moralidad, ponderación y raciocinio.

Este carácter era común a gobernantes y gobernados. Después de la ruina casi completa de la nacionalidad, y cuando la paz quedó restablecida, se comenzó a ordenar, mejorar y progresar en algunos sectores particulares. Nunca se cultivaron con mayor celo la educación, la moralidad, la religiosidad, el arte y la ciencia; nunca se ejercitaron con mayor moderación y con mayor provecho para la cultura general, el poder absoluto, el orden, la moralidad, la superación de los males y el fomento del bienestar público.

La primera base para el renacimiento de la nacionalidad alemana fue establecida, sin duda, por los gobiernos mismos, mediante el juicioso empleo del rendimiento de los bienes secularizados en beneficio de la educación y de la enseñanza, de las artes y de las ciencias, de la moralidad y de los fines de utilidad pública. Gracias a esas instituciones se derramó luz en la administración y en los organismos ejecutivos del Derecho, en la educación y en la literatura, en la agricultura, en la industria y en el comercio; en una palabra, en las masas. Así se ha desarrollado Alemania de modo completamente distinto que todas las demás naciones. En lugar de crecer y exaltarse, como en otros sitios, la cultura intelectual, como una consecuencia del desarrollo de las energías productivas materiales, en Alemania el desarrollo de ésta se dedujo principalmente de la cultura intelectual que la precedió. Así, la educación entera de los alemanes es, por esa razón, de carácter teórico. En ello consiste también esa nota de tosquedad y falta de sentido práctico que en nuestros días encuentran en los alemanes las naciones extranjeras. Actualmente se hallan en el

caso de un individuo que, privado antes del uso de sus miembros, aprendió teóricamente a estar en pie y a marchar, a comer y a beber, a reír y a llorar, y comenzó luego a hacer ejercicios prácticos de esos actos. De ahí la predilección de los alemanes por los sistemas filosóficos y las fantasías cosmopolitas. El espíritu que no podía moverse en las cuestiones de este mundo, trataba de situarse en el reino de la especulación. En ningún lugar encontró mejor acogida que en Alemania la teoría de Adam Smith y de sus continuadores; en ninguna parte se ha dado más crédito a las nobles ideas cosmopolitas de Canning y Huskisson.

Alemania debe sus primeros progresos manufactureros a la revocación del Edicto de Nantes y a los numerosos refugiados que en virtud de esa insensata medida se trasladaron a casi todos los países alemanes, poniendo en marcha allí manufacturas e industrias de lana, seda, bisutería, sombreros, vidrios, porcelana y guantería.

Las primeras medidas gubernamentales para lograr el fomento de las manufacturas en Alemania fueron adoptadas por Austria y Prusia; en Austria, en tiempos de Carlos VII y María Teresa, y más todavía durante el reinado de José II. Austria había padecido antes enormemente a causa de la expulsión de los protestantes, sus ciudadanos más industriosos; tampoco puede decirse que posteriormente se distinguiera por su estímulo al racionalismo y a la cultura intelectual. Sin embargo, los aranceles protectores, el perfeccionamiento de la ganadería, la mejora de las carreteras y otros estímulos fueron causa de que la industria hiciera considerables progresos en tiempos de María Teresa.

Enérgicamente se realizó esta obra en tiempo de José II, y el éxito alcanzado fue muy considerable. En un principio, los resultados obtenidos no fueron de gran importancia, porque el Emperador, siguiendo su costumbre, imprimió un ritmo muy rápido lo mismo a éste que a otros planes de reforma, cuando Austria estaba aún muy rezagada en relación con otros Estados. También se reveló en este caso que lo bueno no puede alcanzarse de una vez, y que si los aranceles protectores han de desarrollarse naturalmente sin introducir perturbaciones enojosas, no deben ser muy elevados, al principio. A medida que el sistema iba afirmándose, su sensatez se hizo evidente. A él debe Austria la posesión de sus más bellas industrias actuales y el florecimiento de su agricultura.

La industria de Prusia había padecido más que la de cualquier otro país a consecuencia de las devastaciones de la guerra de Treinta años. Su industria más importante, la fabricación de paños en la Marca de

Brandenburgo, quedó casi aniquilada. La mayor parte de los fabricantes de paños había emigrado a Sajonia, y las importaciones inglesas no cesaban. Por fortuna para Prusia, ocurrió la revocación del Edicto de Nantes y la pesecucución de los protestantes en el Palatinado y en Salzburgo.

El Gran Elector vio desde un principio lo que Isabel había percibido tan claramente, antes que él. A consecuencia de las medidas adoptadas por ese gobernante, una gran parte de estos fugitivos dirigió sus pasos a Prusia, y fecundó la agricultura de este país, trayendo consigo gran numero de industrias y un cultivo intenso de las ciencias y de las artes. Todos sus sucesores siguieron esas huellas, ninguno con mayor entusiasmo que el gran Rey —más grande por sus medidas en la paz que por sus éxitos en la guerra—. No es, éste, lugar adecuado para hablar detalladamente de las numerosas disposiciones en virtud de las cuales Federico II trajo al país gran número de agricultores extranjeros, roturando extensas zonas, iniciando cultivos pratenses, de plantas forrajeras, patatas y tabaco, la ganadería lanar, vacuna y caballar, las mejoras a base de abonos minerales, etc., y procuró a los agricultores capitales y crédito. Más todavía que por esas medidas directas, exaltó de modo indirecto la agricultura gracias a las manufacturas que habían tomado un considerable impulso a consecuencia del sistema aduanero y arancelario por él perfeccionado en Prusia; ese progreso fue mayor que en otros Estados alemanes, aunque por la situación geográfica del país y su fragmentación en distintas provincias, separadas unas de otras, tales medidas eran mucho más favorables, y a pesar de que los inconvenientes de las aduanas, en particular los perniciosos efectos del comercio subrepticio, se revelaban más claramente que en los territorios extensos, y bien delimitados por mares, ríos y cadenas montañosas.

Con este elogio no queremos defender, sin embargo, ciertos errores del sistema, como son, por ejemplo, las limitaciones a la exportación de materias primas. Ningún historiador culto e imparcial pone en tela de juicio que, a pesar de estos defectos, la industria fue exaltada considerablemente. Cualquier inteligencia libre de prejuicios y despejada de falsas teorías, verá con claridad que Prusia se puso en condiciones de ocupar un lugar adecuado en el círculo de las potencias europeas, a consecuencia de sus sabias medidas encaminadas al fomento de la agricultura, de la industria y del comercio, y de sus progresos en la literatura y en las ciencias, más bien que a causa de sus conquistas. Y todo esto fue obra de un gran genio, únicamente.

Sin embargo, la Corona no estaba apoyada por la energía de unas instituciones libres, sino por una administración ordenada y concienzuda, aunque prendida en el mecanismo muerto de una burocracia arcaica.

Entre tanto, el resto de Alemania permaneció por siglos enteros bajo la influencia del comercio libre; todo el mundo podía introducir en Alemania artículos fabricados y productos; ningún otro país quería dejar importar, en cambio, artículos fabricados en Alemania. Esta regla tuvo sus excepciones, pero fueron escasas. Ni siquiera puede decirse que las tesis y promesas de la escuela dominante hayan quedado justificadas, en cuanto a las ventajas del comercio libre, por las experiencias de dichos países: más bien hubo retrocesos que avances en este orden de cosas. Ciudades como Augsburgo, Nuremberg, Maguncia, Colonia, etc., contaban solamente la tercera o la cuarta parte de su población de épocas anteriores, y con frecuencia se añoraban las guerras, sólo para verse libres de aquel excedente de productos desprovistos de valor

Vinieron las guerras —como séquito de la Revolución francesa— y con ellas los subsidios ingleses y el auge de la competencia de Inglaterra; la consecuencia fue una nueva caída de las manufacturas, con un bienestar aparente y transitorio de la agricultura.

Siguió a esto el bloqueo continental de Napoleón, que hizo época, lo mismo en la historia industrial alemana que en la francesa, aunque J. B. Say, el más famoso discípulo de Adam Smith, considerara ese hecho como una calamidad. Cualesquiera que sean las afirmaciones de los teóricos, y especialmente los ingleses, en contra de ello, es lo cierto —y pueden testimoniarlo todos los conocedores de la industria alemana, encontrándose además prueba documental suficiente en las noticias estadísticas de aquella época— que, a consecuencia de este bloqueo, las manufacturas alemanas de todas clases comenzaron a tener un auge considerable,[1] y que sólo entonces cuajó el progreso de la ganadería, que ya se había inciado anteriormente, y se puso gran empeño en mejorar los medios de transporte. Es cierto, en cambio, que Alemania perdió gran parte de su comercio de exportación de otras épocas, especialmente con artículos de lino. Sin embargo, la ganancia fue mucho mayor que la pérdida, especialmente para las fábricas prusianas y austriacas, anteriormente aventajadas, con respecto a las fábricas del resto de los países alemanes.

[1] De modo desigual tenía que influir ese sistema en Francia y en Alemania, porque Alemania había quedado en buena parte excluida de los mercados franceses, mientras que los mercados alemanes permanecían abiertos a las industrias de Francia.

Al volver la paz, los industriales ingleses retornaron a su pavorosa competencia con los alemanes: en efecto, durante aquel periodo de recíproca incomunicación, las manufacturas de la Isla se habían elevado mucho sobre las de Alemania, en virtud de nuevos inventos, y de sus ventas importantísimas, y casi exclusivas, hacia el resto de los países del mundo; tanto por ello como por su posesión de capital, las industrias inglesas estuvieron en condiciones de ofrecer precios mucho más baratos, artículos mucho más perfectos y un crédito mucho más prolongado que las últimas, las cuales tenían que superar, además, las dificultades iniciales. Prodújose como consecuencia la ruina general y protestas ruidosas entre los industriales alemanes, especialmente en el Bajo Rhin, en aquellas comarcas que, habiendo pertenecido anteriormente a Francia, estaban ahora cerradas como mercados. La primitiva tarifa arancelaria prusiana había padecido muchas modificaciones, conforme al espíritu de la libertad mercantil absoluta, y en modo alguno otorgaba protección suficiente contra la competencia inglesa. La burocracia prusiana no dio tampoco oídos a esta llamada de auxilio. En las universidades, los funcionarios se habían empapado excesivamente en la teoría de Adam Smith, y ello les impedía captar con rapidez las necesidades de la época. En aquel entonces existían todavía en Prusia economistas que tenían la atrevida idea de resucitar el sistema fisiocrático, fenecido ya hacía mucho tiempo. No obstante, la naturaleza de las cosas era más fuerte que el poder de la teoría. Resultaba imposible cerrar los oídos al grito de angustia de los fabricantes, puesto que venía de una comarca que añoraba su anterior vinculación con Francia, y que tenía un afán de lucro digno de ser tenido en cuenta. Cada vez más fue abriéndose paso en aquella época la opinión de que el gobierno inglés estimulaba fuertemente la inundación de los mercados continentales con artículos manufacturados, con el propósito de ahogar en sus comienzos las manufacturas del Continente. Esta opinión fue ridiculizada; es natural, sin embargo, que llegase a dominar, primero porque la inundación tuvo lugar como si efectivamente estuviera organizada para el citado objeto, y segundo, porque un famoso miembro del Parlamento, el señor Henry Brougham (actualmente lord Brougham), había declarado en el Parlamento, el año 1815, con aspereza: "Vale la pena arriesgar una pérdida en la exportación de las manufacturas inglesas, con tal de ahogar en la cuna las manufacturas extranjeras".[2] Las ideas de ese lord, que llegó a ser tan famoso

[2] *Report of the committee of commerce and manufactures of the House of Representatives of the Congres of the United States.* 13 de febrero de 1816.

filántropo, cosmopolita y liberal, fue repetida diez años más tarde por el no menos liberal y famoso Hume, casi con las mismas palabras; también él quería "ahogar en sus pañales las fábricas del Continente".

Finalmente fue escuchado el ruego de los industriales prusianos; esa atención fue tardía —cosa indudable, cuando se piensa lo doloroso que es luchar años enteros con la muerte—, pero magistral. La tarifa arancelaria prusiana del año 1818 estaba de acuerdo con la época en que fue promulgada, y respondía a todas las necesidades de la industria prusiana, sin exagerar la protección en modo alguno ni afectar demasiado al tráfico utilísimo del país con el extranjero. Sus cuotas arancelarias eran mucho más módicas que las inglesas y francesas, y debían serlo. Tratábase, en efecto, en este caso, no ya de una paulatina transición del sistema prohibitivo al protector, sino del tránsito del llamado librecambio al sistema proteccionista. Otra gran ventaja de esta tarifa —considerada en general— consistía en que, en la mayoría de los casos, las partidas del arancel se determinaban por el peso, y no por el valor. Con ello no sólo se evitaban el contrabando y las evaluaciones excesivamente bajas, sino que, a la vez, se alcanzaba la finalidad eminente de gravar con preferencia los objetos de consumo general, que cada país puede fabricar por sí mismo con gran facilidad, y cuya autofabricación resultaba para el país de la máxima importancia a causa de su elevado costo monetario, y porque el arancel proteccionista descendió cada vez más cuanto mayores eran la delicadeza y aprecio de las mercancías, así como la dificultad de la fabricación propia y el aliciente y la posibilidad del contrabando.

Precisamente esta determinación de los tipos arancelarios conforme al peso debía afectar al tráfico con los Estados alemanes vecinos, por razones fáciles de comprender, mucho más sensiblemente que al tráfico con las naciones extranjeras. Estos Estados alemanes, pequeños y medianos, padecían también, aparte de la exclusión de los mercados austriacos, franceses e ingleses, la exclusión total del prusiano, tanto más cuanto que muchos de ellos estaban rodeados totalmente, o por lo menos en gran parte, por las provincias prusianas.

Mientras los fabricantes prusianos quedaban, por lo común, tranquilizados por estas medidas, las lamentaciones de los fabricantes del resto de los países alemanes se elevaron por doquier. Añádase a esto que, poco tiempo antes, Austria había puesto trabas a la importación de productos alemanes en Italia, especialmente a los lienzos de la Alta Suabia. Limitados por todas partes, en sus ventas, a pequeñas zonas territoriales, e

incluso separados unos de otros por pequeñas líneas aduaneras interiores, los productores de estos países se hallaban al borde de la desesperación.

Fue esta necesidad la que indujo a constituir aquella agrupación privada de cinco a seis mil industriales y comerciantes alemanes, en el año 1819, en la Feria de primavera de Francfort del Meno, señalándose como objeto, de una parte, la supresión de todas las aduanas interiores alemanas, y de otra, la fundación de un sistema común alemán para el comercio y las aduanas.

Esta agrupación se dio una organización formal. Sus estatutos fueron comunicados a la Dieta alemana y a todos los regentes y gobiernos de los Estados germánicos, para ser puestos en vigor. En cada ciudad alemana existía un corresponsal local, y en cada país fue elegido un corresponsal provincial. Todos los miembros y corresponsales de la Asociación se obligaron a colaborar a los fines de la entidad, en la medida de sus fuerzas. La ciudad de Nuremberg fue exaltada a la categoría de localidad central de la Liga, con atribuciones para elegir un comité central en la Unión, asistido por un consultor, cargo para el cual fue elegido el autor del presente libro. En un boletín semanal titulado *Órgano de la clase mercantil y fabril alemana*, se dieron a conocer las deliberaciones y medidas del Comité Central, y se comunicaron las ideas, proposiciones, gestiones y datos estadísticos relacionados con los fines de la Asociación. Cada año, en la Feria de Francfort se celebraba una Asamblea general de la Liga, a la cual el Comité Central rendía informe por escrito.

Luego que esta Liga elevó a la Dieta alemana una petición, en la cual demostraba la necesidad y utilidad de las medidas propuestas, empezó a desarrollar sus actividades el Comité Central de Nuremberg. Este Comité se puso en contacto con todas las Cortes alemanas, y, finalmente, envió una diputación a Viena, donde se reunía el Congreso ministerial (1820). En este Congreso se consiguió, por lo menos, que diversos Estados alemanes, medianos y pequeños, se pusieran de acuerdo en celebrar para estos asuntos un Congreso especial en Darmstadt. Las deliberaciones que en él se llevaron a cabo provocaron primero la unión entre Würtemberg y Baviera; luego se logró la unión de algunos Estados alemanes con Prusia; después, la de los Estados centroalemanes; por último, y principalmente a consecuencia de los esfuerzos del barón De Cotta, se llegó a la Unión general de las tres confederaciones aduaneras, así que ahora, con excepción de Austria, los dos Mecklenburgos, Hannover y

las ciudades hanseáticas, toda Alemania está reunida en una Unión Aduanera que ha suprimido las aduanas interiores, alzando, en cambio, frente al extranjero, una aduana común cuyos rendimientos se distribuyen entre los diversos Estados en proporción a la población.

En términos esenciales, la tarifa de esta Liga es la prusiana de 1818, es decir: una tarifa *protectora moderada.*

A consecuencia de esta unión, ha realizado imponderables progresos la industria, el comercio y la agricultura de los Estados confederados alemanes.

VIII. LOS RUSOS

RUSIA debe sus primeros progresos en la cultura y en la industria a sus relaciones con Grecia; luego, al comercio de los hanseáticos con Novgorod, y, después de la destrucción de esta ciudad por Ivan Basilievich, así como a consecuencia del descubrimiento de las rutas acuáticas hacia las costas del mar Blanco, al comercio con los ingleses y holandeses.

El enorme auge de su industria, como en general de su cultura, data, sin embargo, de la época de Pedro el Grande. La historia de Rusia desde los últimos ciento cuarenta años ofrece una prueba convincente de la gran influencia de la unidad nacional y de la situación política sobre el bienestar económico de los pueblos. Al poder imperial, gracias al cual se mantuvo la unidad de innumerables hordas bárbaras, debe Rusia el establecimiento de sus manufacturas, sus imponderables progresos en la agricultura y en la población, el fomento del tráfico interior mediante la construcción de canales y caminos, un grandioso comercio exterior y su importancia como potencia mercantil.

El sistema mercantil autónomo de Rusia data, sin embargo, del año 1821.

Es cierto que ya en tiempos de Catalina II las industrias y fábricas hicieron algunos progresos, en virtud del trato de favor que dicha emperatriz otorgó a los artistas y artesanos extranjeros. Pero la nación se hallaba todavía muy rezagada en su cultura, para que pudiera rebasarse el nivel inicial en la fabricación del lino, hierro, cristal, etc., y, en general, en aquellas ramas para las cuales se encontraba en condiciones de favor por sus riquezas agrícolas y minerales.

Otros progresos registrados en las manufacturas no redundaban económicamente en interés de la nación. Si el extranjero hubiera tomado como elementos de pago las subsistencias, materias primas y artículos semifabricados que Rusia podía suministrar; si no hubiesen sobrevenido guerras y otros acontecimientos, Rusia hubiera prosperado gracias al tráfico con naciones más adelantadas, y, en general, su cultura hubiera hecho bajo este régimen mayores progresos que en el sistema manufacturero. Ahora bien, la guerra, el bloqueo continental y las trabas mercantiles puestas

por las naciones extranjeras, obligaron a ese reino a buscar su salvación por otros caminos que por la exportación de materias primas y la importación de artículos fabricados. A consecuencia de ello, Rusia vio perturbadas sus antiguas relaciones mercantiles por mar. El tráfico terrestre con el Continente occidental no podía compensarle de tales pérdidas. Así se vio obligada a elaborar por sí misma sus materias primas.

Al restablecerse la paz general, se quiso volver de nuevo al sistema antiguo. El criterio del gobierno y del Emperador mismo eran favorables al librecambio. Los escritos del señor Storch gozaban en Rusia de un predicamento no inferior al que tenían los de Say en Alemania. Impávidos recibieron los primeros golpes que la competencia inglesa asestó a las fábricas creadas durante la vigencia del sistema continental. Si ahora se pueden resistir estos golpes, afirmaban los teóricos, vendrá después la felicidad del librecambio. Tampoco las coyunturas mercantiles fueron en realidad especialmente favorables a la transición. La pérdida de cosechas en la Europa occidental promovió una gran exportación de productos agrícolas, gracias a la cual Rusia obtuvo durante algún tiempo, en abundancia, los medios que necesitaba para saldar sus grandes importaciones de artículos manufacturados del exterior.

Pero cuando cesó esta extraordinaria demanda de productos agrícolas rusos, y, por el contrario, Inglaterra, para complacer a su aristocracia, impidió la importación de cereales extranjeros, y por agradar a Canadá puso coto a la importación de maderas, hizo doblemente sensible la ruina de las fábricas y manufacturas del país, y la exagerada importación de productos extranjeros. Hasta entonces, conforme a las ideas del señor Storch, se había considerado la balanza comercial como una mera elucubración mental: creer en su existencia resultaba para un hombre juicioso e ilustrado no menos censurable y ridículo que la creencia del siglo XVII en las brujas; pero ahora se advirtió con alarma que, a pesar de todo, debía existir precisamente algo parecido a una balanza comercial entre naciones independientes. Incluso el hombre más ilustrado y perspicaz de Rusia, el conde Nesselrode, no tenía empacho alguno en atenerse públicamente a esa creencia. En una circular oficial de 1821 decía así: "Rusia se ve obligada por las circunstancias a recurrir a un sistema comercial independiente: los productos del Reich no han encontrado colocación alguna en el extranjero; todos los bienes efectivos del reino fluían hacia el extranjero, y las más sólidas casas de comercio se hallaban próximas a la catástrofe".

Los benéficos resultados del sistema proteccionista ruso cooperaron en no menor escala que las desfavorables consecuencias de la reimplantación del librecambio a hacer caer el descrédito sobre las normas y pretensiones de los teóricos. Capitales extranjeros, talento y mano de obra afluyeron de los países civilizados, particularmente de Alemania e Inglaterra, para participar en las ventajas ofrecidas a las manufacturas del país. La nobleza imitaba la política del Imperio. Como no encontraba mercado exterior para sus productos, intentó resolver el problema inverso, o sea el de situar el mercado en la proximidad de los productos; para ello erigió fábricas en sus haciendas. La cría de ganado lanar se perfeccionó rápidamente, a consecuencia de la demanda de lanas finas por parte de las fábricas recién fundadas. El comercio con el exterior creció en lugar de disminuir, especialmente con Persia, China y otros países vecinos de Asia. Cesaron las crisis mercantiles, y basta leer el informe más reciente del Ministerio de Comercio para convencerse de que Rusia debe a este sistema un elevado grado de prosperidad, y de que camina con pasos de gigante hacia el incremento de su riqueza y de su potencia nacional. Es insensato que en Alemania se trate de restar importancia a estos progresos, censurando acremente los perjuicios que por tal causa se han causado a las provincias del noroeste de Alemania. Cada nación, como cada individuo, está más cerca de sí mismo que de nadie. Rusia no tiene que cuidar del bienestar de Alemania. Alemania cuida de sí misma, como Rusia de sí propia. En lugar de quejarse de ello, en vez de esperar y mostrarse tenaz, y pensar en un Mesías de la futura libertad de comercio, sería preferible arrojar al fuego los sistemas monopolistas y dejarse aleccionar por el ejemplo de Rusia.

Que Inglaterra contemple con recelo esta política mercantil de Rusia, es muy natural. Con ella, Rusia se ha emancipado de Inglaterra y se capacita para entrar en competencia con Inglaterra, en Asia. Inglaterra fabrica más barato, pero esta ventaja quedará compensada, en el comercio con el interior de Asia, por la proximidad del Imperio ruso y por su influencia política. Si Rusia es, frente a Europa, un país poco civilizado, en cambio, es un país culto en relación con Asia.

No puede ignorarse, sin embargo, que la falta de civilización y de instituciones políticas en Rusia constituirán un serio obstáculo a su futuro progreso industrial y comercial, a no ser que el gobierno imperial logre poner en armonía la situación pública con las necesidades de la industria, mediante la implantación de un régimen municipal y provin-

cial adecuado, la limitación paulatina y la definitiva abolición de la servidumbre corporal; la creación de una clase media culta y de un estamento agrario libre, y el perfeccionamiento de los medios de transporte interiores y de las comunicaciones con el corazón de Asia. Éstas son conquistas que Rusia tiene que realizar en los siglos venideros, y a ellas están condicionados sus progresos en la agricultura y en la industria, como en el comercio y en la navegación. Para que estas reformas puedan ser posibles y realizables, la nobleza rusa debe adquirir el convencimiento de que ése es el mejor modo de fomentar sus intereses materiales.

IX. LOS NORTEAMERICANOS

DESPUÉS de haber examinado a la luz de la historia la política comercial de las naciones europeas, con excepción de aquellas de las cuales poco importante podemos aprender, queremos echar una ojeada al otro lado del Atlántico, a un pueblo de colonizadores, que casi a nuestra vista se ha elevado desde la situación de una total dependencia con respecto de la metrópoli, y de una fragmentación en varias provincias coloniales sin vínculo alguno entre sí, al nivel de una nación coherente, bien organizada, libre, robusta, industriosa, rica e independiente, y que, acaso a la vista de nuestros nietos, ascenderá al rango de la primera potencia marítima y comercial del mundo. La historia comercial e industrial de Norteamérica es, para nuestro objeto, más elocuente que ninguna otra, porque en este caso la evolución se efectúa rápidamente; los periodos de tráfico libre y restringido se suceden con velocidad; sus consecuencias se manifiestan de modo claro y decidido, y todo el engranaje de la industria nacional y de la administración del Estado se mueve claramente ante los ojos del espectador. Las colonias norteamericanas se hallaban en una tal situación de servidumbre con respecto a la metrópoli, en materia industrial, que, descontando la construcción de edificios y las actividades artesanas más comunes, no se toleraba ningún género de industria. Todavía en el año 1750, una fábrica de sombreros establecida en el estado de Massachussetts atrajo de tal modo la atención y el recelo del Parlamento, que se declaró perjudiciales *(common nuisances)* para el bien público todo género de fábricas, sin exceptuar siquiera las forjas, a pesar de que el país tenía una enorme abundancia de todo género de materiales necesarios para la fabricación del hierro. Todavía en el año 1770 declaraba el gran Chathan, intranquilizado por los primeros ensayos fabriles de los habitantes de Nueva Inglaterra, que no debía tolerarse que en las colonias se fabricara ni un solo clavo para una herradura.

A Adam Smith le cabe el mérito de haber sido el primero en señalar la injusticia de esta política.

El monopolio de todas las industrias por parte de la metrópoli es una de las principales causas de la Revolución en América; la tasa del té dio solamente un motivo ocasional para la explosión.

Liberadas de las trabas impuestas, en posesión de todos los medios materiales e intelectuales para la fabricación, y separadas de aquella nación de donde recibían sus productos y a la cual tenían que vender los suyos; es decir, reducidas a sus propias fuerzas en cuanto a la satisfacción de sus necesidades, las fábricas de toda especie tomaron un poderoso vuelo durante las guerras de la revolución en los estados libres norteamericanos, favoreciendo, además, de tal modo, la agricultura, que en todas partes aumentó considerablemente el valor de la tierra, así como el salario de trabajo, a pesar de las devastaciones y gravámenes de la guerra. Pero como, después de la paz de París, la defectuosa Constitución de los estados libres no permitió el establecimiento de un sistema general de comercio; como, a continuación, los productos ingleses tuvieron de nuevo libre acceso, y las fábricas norteamericanas, recién establecidas, no pudieron soportar la competencia, la prosperidad del país, lograda durante la guerra, desapareció con mucha más rapidez que se había iniciado. "Siguiendo el consejo de los nuevos teóricos —decía posteriormente un orador en el Congreso, al referirse a esta crisis— comprábamos allí donde podíamos comprar más barato, y nuestros mercados se veían inundados por las mercancías extranjeras; se compraban artículos ingleses más baratos en nuestras ciudades marítimas que en Liverpool y Londres. Nuestros fabricantes quedaron arruinados, nuestros comerciantes, incluso aquellos que creían poder enriquecerse mediante la importación, cayeron en la bancarrota, y todas estas causas, juntas, influyeron tan desventajosamente sobre la agricultura, que sobrevino la desvalorización general de la propiedad de la tierra, y la bancarrota se generalizó también entre los terratenientes." Esta situación no fue, en modo alguno, transitoria; duró desde la paz de París hasta promulgarse la Constitución federal, y contribuyó más que cualquier otra circunstancia a vincular muy firmemente los Estados libres a su federación política, y a otorgar al Congreso poderes suficientes para sostener una política comercial común. De todos los estados, sin exceptuar Nueva York y Carolina del Sur, llovió sobre el Congreso toda una serie de peticiones de protección para las industrias del país, para evidenciar —como decía un diario de Nueva York en aquella época— del modo más simple y expresivo, que es peculiar a este gran hombre la idea de ofrecer a todos sus sucesores en el cargo, y a todos los legisladores futuros, una enseñanza inolvidable de cómo puede estimularse el bienestar del país. Aunque la primera tarifa americana (1789) sólo establecía re-

ducidos aranceles a la importación sobre los artículos manufacturados más importantes, produjo tan benéficos ejemplos ya en los primeros años, que Washington, en su comunicación de 1791, auguró grandes venturas a la nación por el floreciente estado en que se hallaban las manufacturas, la agricultura y el comercio.

Pronto se reveló, sin embargo, la insuficiencia de esta protección, porque el efecto de esas modestas cuotas arancelarias podía ser fácilmente compensado por los fabricantes de Inglaterra, que disponían de medios de fabricación mucho más perfectos. Cierto es que los aranceles a la importación para los artículos manufacturados más importantes fueron elevados a 15%, desde el año 1804, cuando el Congreso, obligado por la insuficiencia de la recaudación aduanera, se vio precisado a incrementar sus ingresos, mucho tiempo después de que los fabricantes del país formularan sus reclamaciones por la insuficiencia de la protección, y por los intereses que se oponían a los argumentos puestos en juego para demostrar las ventajas de la libertad comercial y los perjudiciales efectos de un elevado arancel sobre las importaciones.

En señalado contraste con los pequeños progresos que habían realizado las manufacturas y fábricas del país, figuraban los avances de la navegación, a la que, desde el año 1789, a instancias de James Madison, se le otorgó una protección suficiente. De 200 000 toneladas en 1789, la flota llegó a contar, en el año 1801, con más de un millón de toneladas.

Bajo la protección de la tarifa de 1804, sólo de modo precario se mantuvo la energía industrial de los norteamericanos frente a las fábricas de Inglaterra, robustecidas por constantes mejoras y ampliadas de modo colosal, y seguramente hubieran sucumbido a su competencia si no hubiese venido en su apoyo el embargo y la declaración de guerra en 1812, a consecuencia de cuyos acontecimientos, como en la época de la guerra de la Independencia, las fábricas americanas tomaron un auge tan extraordinario, que no sólo fueron capaces de satisfacer la demanda interior, sino que pronto comenzaron también a exportar. Sólo en la fabricación de algodón y lana, según un informe del Comité comercial y manufacturero al Congreso, en el año 1815, quedaron ocupadas 100 000 personas, cuya producción anual representaba un valor de más de 60 millones de dólares. Lo mismo que durante las guerras de la Revolución, y como necesaria consecuencia del incremento de la capacidad manufacturera, se registró una rápida alza de todos los precios, tanto de los productos y salarios como de la propiedad inmobiliaria, con la consi-

guiente prosperidad general de los terratenientes, los obreros y del comercio interior.

Después de la paz de Gante, aleccionado por las experiencias de 1876, ordenó el Congreso para el primer año la duplicación de los aranceles anteriores, y durante esta época el país continuó prosperando. Pero cohibido por los poderosísimos intereses privados que se oponían a las manufacturas, y por los argumentos de los teóricos, decretó para el año 1816 una importante rebaja de los aranceles a la importación, manifestándose, entonces, los mismos efectos de la competencia exterior que se habían registrado en los años 1786 a 1789, concretamente: la ruina de las fábricas; la carencia de valor de los productos; la caída de precio de los bienes raíces; la calamidad general entre los agricultores. Luego que el país hubo disfrutado por segunda vez en la guerra las excelencias de la paz, padeció de nuevo la guerra más devastadora. Sólo en el año 1824, después que los efectos de la ley cerealista inglesa se manifestaron sobre la agricultura en toda su amplitud, y los intereses agrícolas de los estados del centro, del norte y del oeste comenzaron a hacer causa común con los intereses industriales, implantó el Congreso una tarifa algo más elevada, que, sin embargo, pronto se reveló como insuficiente —porque el señor Huskisson adoptó sin demora ciertas medidas para paralizar sus efectos respecto a la competencia inglesa— y que hubo de ser completada por la tarifa de 1828, promulgada después de rudos debates.

La estadística oficial[1] recientemente publicada por el estado de Massachussetts, ofrece una idea aproximada del auge registrado por las manufacturas a consecuencia del sistema proteccionista, a pesar de la ulterior atenuación de la tarifa de 1828, en los Estados Unidos, y especialmente en los del centro y el norte. En el año 1837 existían en dicho estado 282 molinos de algodón y 565 031 máquinas, ocupando a 49 979 obreros masculinos y 14 757 femeninos; se elaboraban 37 275 917 libras de algodón y se fabricaban 126 millones de yardas (metros), con un valor de 13 056 659 dólares, producidos con un capital de 14 369 719 dólares.

En la fabricación de lana encontraban ocupación 192 molinos, 501 máquinas, 3 612 obreros varones y 3 485 mujeres, que elaboraban

[1] *Statistical Table of Massachussetts for the year ending I april 1837*, por J. P. Bygelon, Secretario de la República. Boston, 1838. Fuera del estado de Massachussetts ningún otro estado americano posee un resumen estadístico semejante. Los aquí referidos se deben al gobernador Everet, igualmente destacado como profesor y escritor y como estadista.

10 399 807 libras de lana y 11 313 426 yardas de tejido, con un valor de 10 399 807 dólares, producidos con un capital de 5 770 750 dólares.

En el ramo de zapatería se fabricaron 16 689 877 pares de zapatos y botas (exportándose grandes cantidades de zapatos a los estados occidentales), con un valor de 14 642 520 dólares.

Los demás ramos industriales se desarrollaron proporcionalmente a los citados.

La producción manufacturera integral del Estado (deducida la construcción naval) importó más de 86 millones, con un capital aproximado de 60 millones de dólares.

El número de los obreros se cifraba en 176 352, y el total de los habitantes del estado (en 1837) fue de 761 331.

Entre la población industrial no existía la miseria, la brutalidad ni los vicios; por el contrario, lo mismo entre los numerosos obreros femeninos que entre los masculinos, existía la más severa moral, y una gran limpieza en la indumentaria; instaláronse bibliotecas dotadas con libros útiles e instructivos; el trabajo no resultaba agotador, el alimento era abundante y bueno. La mayor parte de las mujeres dedicábanse a ahorrar para constituirse una dote.[2]

Todo esto es, sin duda alguna, efecto de los precios baratos para los artículos más corrientes de primera necesidad, así como de los impuestos reducidos y de un sistema tributario equitativo. Si Inglaterra suprimiera sus trabas a la importación de productos agrícolas; si disminuyese ese déficit por medio de impuestos sobre la renta, sus obreros fabriles estarían en la misma posición social que los norteamericanos.

Ningún país es tan injustamente juzgado como Norteamérica respecto a su orientación futura y a su economía nacional, tanto por parte de los teóricos, como de los prácticos. Adam Smith y J. B. Say expresaron la creencia de que los Estados Unidos, *lo mismo que Polonia,* tenían especial vocación para la agricultura. Para la Unión de unas docenas de jóvenes repúblicas progresivas el símil no era muy halagüeño, y las perspectivas que según eso se abrían para el porvenir no eran, precisamente, muy consoladoras. Los llamados teóricos habían demostrado que la Naturaleza misma destinaría exclusivamente los norteamericanos a la agricultura, mientras la tierra más feraz pudiera obtenerse allí casi de

[2] Informan los diarios americanos de julio de 1837 que en la localidad fabril de Lowell se contaban más de cien obreras que disponían de unas economías de más de 1 000 dólares por persona, en la Caja de Ahorros.

balde. Elogiábase a Norteamérica porque respondía tan solícitamente a las exigencias de la Naturaleza y de la teoría, procurando un bello ejemplo de los magníficos efectos de la libertad mercantil; pero la escuela se halló pronto con la desagradable sorpresa de tener que perder esta importante pieza probatoria de la exactitud y utilidad de su teoría, al comprobar que los Estados Unidos trataban de buscar su bienestar como pueblo en una dirección diametralmente opuesta a la libertad mercantil absoluta.

Esta joven nación había sido hasta entonces la predilecta de la escuela, pero pronto se convirtió en objeto de las más acerbas censuras por parte de los teóricos de todas las naciones europeas. Decíase que era una prueba de los escasos progresos realizados por el Nuevo Mundo en las ciencias políticas; que mientras las naciones europeas se esforzaban con el celo más evidente en hacer posible la libertad general del comercio, y, sobre todo, Inglaterra y Francia hallábanse en trance de registrar importantes avances en esta magna finalidad filantrópica, los Estados Unidos pretendían fomentar su bienestar nacional mediante el retorno al anticuado sistema mercantil, claramente combatido por la teoría. Un país como Norteamérica, en el cual permanecían sin cultivo extensas zonas de terrenos feraces, y donde los salarios estaban tan altos, en nada mejor podían emplear sus capitales materiales y su excedente de población que en la agricultura y en las fábricas, de acuerdo con el desarrollo general, sin necesidad de medios artificiales para fomentarlos; en cambio, con la instalación artificial de manufacturas, los Estados Unidos no sólo perjudicaban a los países de la vieja cultura, sino, sobre todo, a sí mismos.

Sin embargo, entre los americanos, el sano criterio y la idea de lo que la nación necesitaba eran más robustos que la fe en las afirmaciones de la teoría. Instigábanse a fondo los argumentos de los teóricos y se abrigaban grandes dudas acerca de la infalibilidad de una teoría que ni siquiera era seguida por sus propios mantenedores.

Contra el argumento relativo a la gran cantidad de terrenos fértiles que estaban aún sin cultivo, argüíase que en los estados más poblados de la Unión, intensamente cultivados y maduros para la producción industrial, esos terrenos eran tan escasos ya como en Gran Bretaña; que el excedente de población de esos estados se había desplazado con grandes costos hacia el oeste, animado por la idea de ganar para la cultura aquellas zonas aún no cultivadas, con lo cual no sólo perdían los estados orientales anualmente grandes sumas de capitales materiales y espiri-

tuales, sino que también su propiedad territorial y sus productos agrícolas disminuían de valor, puesto que en virtud de estas emigraciones los consumidores antiguos se convertían en competidores. No podía ser ventajoso para la Unión que las zonas incultas disponibles fueran cultivadas hasta el Océano Pacífico, antes de que la población, la civilización y las fuerzas combativas de los antiguos estados se hubiesen desarrollado adecuadamente; por el contrario, los estados orientales sólo podían sacar del cultivo de las lejanas tierras alguna utilidad para su progreso cuando se dedicaran a la producción fabril y pudiesen cambiar sus artículos fabricados por los productos del oeste. Todavía se llevó más lejos la argumentación, y se preguntó si Inglaterra no se encontraría en el mismo caso; si no podría disponer también en Canadá, en Australia y en otras regiones del mundo, de una masa de países fértiles y no cultivados todavía; si no podrían los ingleses trasplantar casi con la misma facilidad su excedente de población hacia aquellos países, como los americanos habían desplazado el suyo desde el litoral del Océano Atlántico hasta las riberas del Missouri; ¿por qué, pues, Inglaterra no sólo protegía permanentemente sus manufacturas nacionales, sino que, por añadidura, trataba de extenderlas cada vez más?

El argumento escolástico según el cual cuando los salarios son altos en la agricultura, las industrias no pueden prosperar de acuerdo con el curso natural de las cosas, sino sólo como plantas de invernadero, resultaba justificado en parte con relación a aquellos productos fabricados y artículos manufacturados que, siendo pequeños en volumen y peso, en relación a su valor, en su mayor parte eran producidos por medio del trabajo manual, pero no para aquellos otros en cuyo precio influía poco el salario, y en los cuales el inconveniente de un jornal elevado se compensaba por la maquinaria, por la energía hidráulica no aprovechada todavía, por la baratura de las materias primas y artículos alimenticios, por la superabundancia de combustibles y materiales de construcción, por la exigüidad de las exacciones públicas y el aumento de la energía para el trabajo.

Hacía tiempo que los americanos habían aprendido por experiencia que la agricultura de un país sólo puede elevarse a un nivel de gran prosperidad cuando está asegurado para el porvenir el trueque de los productos agrícolas por productos fabriles; pero que cuando el agricultor vive en Norteamérica y el industrial en Inglaterra, quedando muchas veces su comunicación interrumpida por guerras, crisis mercantiles o

medidas represivas de orden comercial adoptadas por el extranjero, para que el bienestar de la nación se asiente sobre una base sólida, precisa, según expresión de Jefferson, "que el industrial vaya a situarse al lado del agricultor".

Los norteamericanos sintieron finalmente que una gran nación no debe tener presentes de modo exclusivo las ventajas materiales más inmediatas; que la civilización y el poderío —bienes que, como el mismo Adam Smith reconoce, son más importantes y apetecibles que la riqueza material— sólo pueden ser logrados y mantenidos estableciendo una fuerza fabril propia; que cuando una nación se siente llamada a ocupar y defender su rango entre las naciones más cultas y poderosas de la tierra, no debe retroceder ante ningún sacrificio para asegurarse dichos bienes, y que tal es ahora el caso de los estados atlánticos.

En las riberas del Atlántico ha sido donde primeramente fijó su planta la población y la cultura europea; allí, primero, se formaron estados muy poblados, cultos y ricos; allí está la cuna y la sede de sus pesquerías, de su comercio de cabotaje y de su flota de altura; allí se conquistó la independencia y se instituyó la Unión; por conducto de estos estados ribereños practica el comercio exterior, está en relación con el mundo civilizado; por ellos recibe la Unión los excedentes demográficos de Europa, así como los de capital y energías intelectuales; sobre la civilización futura, el poderío, la riqueza, la independencia de la nación entera y su futura influencia sobre países menos civilizados.

Supongamos que en lugar de aumentar descendieran la población de estos estados costeros, sus pesquerías, su flota de cabotaje y de altura, su comercio internacional, y, en términos generales, su bienestar mismo, o que permaneciera estacionario en lugar de aumentarse: en la misma medida veríamos también declinar los recursos culturales de la nación entera, las garantías de su independencia y poderío. Cabe pensar igualmente que el territorio entero de los Estados Unidos estuviese cultivado de un océano a otro, tachonado de estados agrícolas y densamente poblado en el interior, y que, al mismo tiempo, la nación quedara detenida en una etapa inferior de la civilización, la independencia, el poderío hacia el exterior y el tráfico con otros países. Existen, en efecto, numerosas naciones que se hallan en esa posición, y cuya flota y potencialidad marítima es nula, aun siendo abundante la población en el interior.

Si existiera una nación que acariciara el plan de detener el auge de la nación americana y se propusiera esclavizarla para siempre en los as-

pectos industrial, comercial y político, podría alcanzar su objetivo despoblando los Estados atlánticos de la Unión y tratando de desplazar hacia el interior todo el incremento de población de capital y de energías espirituales. Con ello no sólo cohibiría el futuro crecimiento de la potencia marítima nacional, sino que alimentaría la esperanza de obtener, andando el tiempo, los principales puntos de defensa en la costa atlántica y en las desembocaduras de los ríos. Los medios para lograr este fin están al alcance de la mano: bastaría sólo impedir que en los Estados atlánticos floreciese la aptitud manufacturera, y sería suficiente hacer que en América rigiera el principio de la libertad absoluta del comercio exterior.

En efecto, si los estados atlánticos dejaran de ser manufactureros, no sólo no podrían mantener su actual nivel de cultura, sino que forzosamente decaerían en todos los aspectos. ¿Cómo progresarían, sin las manufacturas, las ciudades a lo largo de la costa atlántica? No lo lograrían a base del transporte de los productos nacionales hacia Europa y de las manufacturas inglesas hacia el país, ya que pocos miles de hombres son suficientes para llevar a cabo esa tarea. ¿Cómo podrían prosperar las pesquerías? La mayor parte de la población, trasladada al interior, prefiere carne fresca y pescado de agua dulce al salado; no necesita artículos ultramarinos o sólo pequeñas cantidades. ¿Cómo progresaría el tráfico de cabotaje entre los estados atlánticos? Puesto que la mayor parte de los estados del litoral está poblada por los agricultores que producen por sí mismos cuanto necesitan en materia de artículos de primera necesidad, combustibles y materiales de construcción, nada habría que transportar a lo largo de las costas. ¿En qué forma se incrementaría el comercio exterior y la navegación hacia países lejanos? El país no tiene nada que ofrecer distinto de lo que de modo superabundante poseen naciones menos cultivadas, y las naciones industriales en las cuales vende sus productos favorecen su propia navegación. ¿Cómo podría constituirse en potencia marítima si se hallan en decadencia las pesquerías, el tráfico de cabotaje, la navegación de altura y el comercio exterior? ¿Cómo podrán defenderse los estados atlánticos, sin potencia marítima, contra los ataques del exterior? ¿Cómo prosperaría la agricultura en estos estados si los productos de las fertilísimas y baratas tierras del oeste, que no necesitan abono alguno, fueran transportadas mediante canales, ferrocarriles, etc., hacia el este, donde apenas pueden producirse por unas tierras ya esquilmadas? En tales circunstancias ¿cómo puede

prosperar la civilización de los estados del este, y aumentar su población, y el capital agrícola se desplazaría hacia el oeste? La situación actual de Virginia ofrece sólo una tenue idea del nivel a que han decaído los estados atlánticos a consecuencia del escaso incremento de las manufacturas en el Este; en efecto, como en todos los estados del sur en la costa atlántica, Virginia participa ahora abundantemente en el abastecimiento de los Estados atlánticos manufactureros con productos agrícolas.

De modo distinto se estructuran las cosas a consecuencia del auge de los estados atlánticos. Ahora afluyen de todos los países europeos, población, capital, destreza técnica y energía espiritual; con la aportación de materias primas y materiales del oeste, aumenta la demanda de productos manufactureros de los países atlánticos; crece ahora su población, el número e importancia de sus ciudades, y su riqueza, en proporción con la cultura de las praderas del oeste; a causa del aumento de la población se exalta su propia agricultura con el aumento de la demanda de carne, manteca, queso, leche, hortalizas, productos oleaginosos, frutas, etc.; elévase también la demanda de pesca salada y fresca, y, como consecuencia, de las pesquerías marítimas; ahora tienen que ser transportadas a lo largo de la costa masas de artículos de primera necesidad, materiales de construcción, hulla, etc., para proveer a las necesidades de la población industrial; ahora producen las manufacturas una gran cantidad de artículos industriales que han de ser transportados a todos los países del mundo, lo cual da lugar a fletes de retorno; a consecuencia del tráfico de cabotaje, de las pesquerías y de la navegación a países extranjeros, se incrementa la potencialidad marítima, y con ello la garantía de la independencia de la nación y su influencia sobre otros pueblos, especialmente también sobre los sudamericanos; ahora se exaltan las artes y las ciencias, la civilización y la literatura en los países orientales, y se extienden desde allí a los occidentales.

Éstas son las condiciones que han inducido a los estados norteamericanos a restringir la importación de los artículos manufacturados extranjeros y a proteger la propia manufactura. Ya hemos expresado anteriormente cuál ha sido el éxito de tales esfuerzos. La experiencia propia y la historia industrial de otras naciones enseña que sin estas medidas no hubiera podido prosperar la industria en los estados atlánticos.

Con frecuencia se ha querido representar, aunque sin razón ninguna, las crisis comerciales registradas en América como una consecuencia de

esas limitaciones mercantiles. Lo mismo la experiencia anterior de Norteamérica, que la más reciente, enseña, por el contrario, que nunca fueron estas crisis más frecuentes y perniciosas que cuando el comercio con Inglaterra estuvo menos restringido. Las crisis mercantiles en los estados agrícolas que cubren desde el exterior sus necesidades industriales, tienen su origen en el desequilibrio entre importación y exportación. Los estados manufactureros, más ricos en capital que los estados agrícolas, y preocupados siempre de incrementar sus ventas, dan sus mercancías a crédito y estimulan el consumo. Dichos artículos industriales vienen a ser, a la vez, anticipos a cuenta de las futuras cosechas. Ahora bien, si la cosecha es tan pequeña que su valor no alcanza ni con mucho el valor de los consumos anteriores, o tan abundante que los productos no encuentran demanda, y bajan los precios; si los mercados siguen inundándose con mercaderías extranjeras, se produce la crisis industrial por la depresión entre los medios de pago y el consumo anterior, así como entre la oferta y la demanda. Esta crisis es incrementada y estimulada, aunque no producida, por las operaciones de los bancos extranjeros y nacionales. En uno de los siguientes capítulos nos referiremos concretamente a estas circunstancias.

X. LAS ENSEÑANZAS DE LA HISTORIA

EN TODAS partes y en todas las épocas la inteligencia, moralidad y actividad de los ciudadanos han guardado una relación estrecha con el bienestar de la nación, aumentando o disminuyendo las riquezas en función de esas propiedades; ahora bien, nunca la laboriosidad y el ahorro, el espíritu de invención y de empresa de los individuos ha estado en condiciones de rendir cosa de importancia, cuando no han descansado en la libertad civil, en las instituciones y leyes públicas, en la administración del Estado y en la política exterior, y, sobre todo, en la unidad y potencialidad de la nación.

En todas partes nos muestra la Historia una fuerte y recíproca influencia entre las energías y situaciones de la sociedad y de los individuos. En las ciudades italianas y hanseáticas, en Holanda e Inglaterra, en Francia y América, vemos aumentar las energías productivas y, como consecuencia, la riqueza de los individuos, en proporción a la libertad y al perfeccionamiento de las instituciones políticas y sociales; vemos, también, cómo éstas encuentran el estímulo de su ulterior perfeccionamiento en el desarrollo de las riquezas naturales y de las energías productivas de los individuos. El verdadero auge de la industria y del poderío inglés data de la época del auténtico establecimiento de la libertad nacional inglesa, al mismo tiempo que decaen las libertades de la industria y del poderío de los venecianos, de los hanseáticos, de los españoles y de los portugueses. Por laboriosos, económicos, inventivos e inteligentes que sean los individuos, no pueden suplir la falta de instituciones liberales. La Historia enseña, también, que los individuos extraen la mayor parte de su energía productiva de las instituciones y circunstancias sociales.

La influencia de la libertad, de la inteligencia y de la cultura sobre el poderío y, de modo subsiguiente, sobre la energía productiva y la riqueza de la nación, en ningún aspecto se evidencia con claridad tan grande como en la navegación. Entre todas las ramas industriales, ninguna exige más energía, valor personal, espíritu de empresa y tenacidad que la navegación: son, ésas, esencias que sólo pueden prosperar en el ambiente de la libertad. En ningún sector productivo acarrean tan perniciosas

consecuencias la ignorancia, la superstición y el prejuicio, la indolencia, la cobardía, el afeminamiento y la debilidad, y en ningún lugar es tan indispensable el sentido de independencia. Por ello la Historia no ofrece ejemplo alguno de un pueblo esclavizado que descuelle en la navegación. Desde muy antiguo los indios, los chinos y los japoneses sólo se dedicaban a viajar por canales, ríos y costas. En el Egipto antiguo se aborrecía la navegación, verosímilmente porque los sacerdotes y los imperantes temían alimentar con ello el espíritu de la libertad y la Independencia. Los Estados más libres y cultos de Grecia fueron también los más poderosos en el mar; con la libertad terminó igualmente su potencia marítima, y por mucho que la Historia habla de las victorias terrestres de los reyes de Macedonia, nada dice de sus victorias en el mar.

¿Cuándo fueron los romanos una potencia marítima, y cuándo se dejó ya de hablar de sus flotas? ¿Cuándo dio Italia leyes al Mediterráneo, y desde cuándo la propia navegación costera de los italianos cayó en manos de los extranjeros? Sobre la flota española, la Inquisición hacía tiempo que había dictado sentencia de muerte, antes de que las flotas de Inglaterra y Holanda la consumaran. Con el auge de las oligarquías mercantiles en los Estados hanseáticos, el poderío y el espíritu de empresa se alejan de la Hansa. De los Países Bajos españoles sólo las comarcas marítimas obtienen la libertad, mientras que las sometidas a la Inquisición ven interceptados sus ríos. La flota inglesa, vencedora de la holandesa en el Canal, tomó posesión del dominio de los mares que ya tiempo antes le había asignado el espíritu de libertad, y, sin embargo, Holanda ha conservado hasta nuestros días una gran parte de su navegación, mientras que la de los españoles y portugueses quedó aniquilada. Vanos fueron los intentos de algunos grandes administradores en tiempo de los despóticos reyes de Francia, para crear una flota; siempre fracasaban en su empeño. ¿Cómo vemos, sin embargo, en nuestros días, robustecidas la navegación francesa y su potencia marítima? Apenas ha nacido la independencia de los Estados Unidos de América y ya luchan éstos honrosamente contra las gigantescas flotas de la metrópoli. ¿Qué ocurre con la navegación de Centro y Sudamérica? Mientras sus banderas no ondeen en todos los mares, poca consistencia tendrán sus formas republicanas. Ved, en cambio, a Texas: apenas ha nacido a la vida y ya reclama una parte en los dominios de Neptuno.

Ahora bien, la navegación sólo absorbe una parte de las energías industriales de la nación, una parte que sólo puede prosperar y adquirir

mayor importancia en el conjunto y por el conjunto. En todo lugar y en toda época vemos que la navegación, el comercio exterior e interior, la agricultura misma sólo florecen allí donde las manufacturas han alcanzado un magnífico desarrollo. Pero si la libertad es condición de la prosperidad de la navegación, ¿cuánto más debe ser requisito para la prosperidad de la energía manufacturera entera, para el crecimiento de toda energía productiva nacional? La Historia apenas conoce un pueblo rico, mercantil e industrioso que no sea, a la vez, un pueblo libre.

En todas partes se han desarrollado con las manufacturas los perfeccionamientos del comercio interior, la navegación, los canales y carreteras, la navegación a vapor y los ferrocarriles, las condiciones fundamentales de la agricultura perfeccionada y de la civilización.

La Historia enseña que las artes y los oficios han emigrado de país en país, de ciudad en ciudad. Perseguidos y oprimidos en la patria, huían hacia las ciudades y territorios que les ofrecían libertad, protección y apoyo. Así emigraron de Grecia y Asia hacia Italia, de allí a Alemania, Flandes y Brabante, de allí a Holanda e Inglaterra. En todas partes era la incomprensión y el despotismo lo que las expulsaba, el espíritu de la libertad lo que las atraía. Sin la locura de los gobiernos continentales, Inglaterra difícilmente hubiera logrado la supremacía industrial. ¿Es, sin embargo, más prudente aguardar hasta que otras naciones sean tan insensatas que expulsen sus industrias y las obliguen a hallar cobijo y sustento entre nosotros o que, sin esperar a estos sucesos, tratemos de asentarlas entre nosotros, ofreciéndoles ventajas y procurando atraerlas? La experiencia enseña ciertamente que el viento lleva de una a otra región las semillas, y que de este modo los eriales pueden convertirse en espesas selvas; pero, ¿sería oportuno que el silvicultor aguardase hasta que, con el transcurso de los siglos, el viento llevase a cabo este perfeccionamiento cultural? ¿Sería insensato que mediante la plantación de zonas estériles tratase de conseguir ese mismo objeto en el curso de pocos decenios? La Historia nos enseña que naciones enteras han hecho con éxito lo que nosotros vemos hacer a ese silvicultor.

Robustecidas por la energía de una libertad juvenil y favorecidas por su posición geográfica, así como por felices circunstancias y oportunidades, ciudades libres aisladas, repúblicas insignificantes por su potencialidad guerrera, por la exigüidad de su territorio y por el número de sus habitantes, o ligas de tales ciudades y Estados, florecieron mucho antes, en virtud de las actividades industriales y mercantiles, que las

grandes monarquías, y, practicando un tráfico libre con éstas, entregándoles sus manufacturas y recibiendo en pago sus productos, se han elevado a un alto nivel de riqueza y poderío. Así ocurrió con Venecia, con la Hansa, con los belgas y los holandeses.

No menos provechoso fue, inicialmente, el libre tráfico para los grandes imperios con los cuales estaban en comunicación. Dada la riqueza de sus recursos naturales y la pobreza y tosquedad de sus condiciones sociales, la libre importación de artículos manufacturados extranjeros, y la exportación de productos indígenas fueron los medios más seguros y eficaces de desarrollar sus energías productivas, habituar al trabajo a los pobladores propensos a la holganza y el merodeo, interesar a los terratenientes y a la nobleza en las actividades industriales, despertar el adormecido espíritu de empresa de sus comerciantes, exaltar, en una palabra, su cultura, industria y poderío.

Inglaterra pudo advertir estos efectos del comercio y de las industrias manufactureras de la Hansa, de los italianos, de los belgas y de los holandeses. Pero exaltados por el tráfico libre hasta un determinado nivel de la evolución, los grandes países reconocieron que la etapa más alta de la cultura, del poderío y de la riqueza sólo puede alcanzarse mediante la unión de la manufactura y del comercio con la agricultura; diéronse cuenta de que las nuevas manufacturas de un país nunca pueden luchar con éxito contra la concurrencia extranjera, antigua y bien acreditada; que las pesquerías propias y la navegación mercantil nacional, bases de la potencia marítima, nunca prosperan sin especiales privilegios, y que el espíritu de empresa de los comerciantes del país quedarán siempre aplastados por el predominio del capital y las experiencias e ideas del extranjero. Así trataron de trasplantar al territorio propio mediante restricciones, premios y privilegios, los capitales, la destreza y el espíritu de empresa de los extranjeros, logrando con ello un éxito mayor o menor, más lento o más rápido, según que los medios empleados se eligieran con mayor o menor sagacidad, y fueron utilizados con más o menos tenacidad y energía.

Fue Inglaterra la nación que mejor supo comprender esa política. Pero interrumpida ésta por gobernantes insensatos o apasionados, por conmociones internas o guerras con el extranjero, el sistema adecuado a esa finalidad sólo llegó a imponerse firmemente por Eduardo VI, Isabel y la época revolucionaria. En efecto, ¿cómo podían influir adecuadamente las normas dictadas por Eduardo II, si sólo en tiempos de Enrique VI se

permitió trasladar cereales de un condado inglés a otro o de remitirlos al extranjero? ¿Si todavía en tiempos de Enrique VII y Enrique VIII se declaraba usurario todo interés, incluso el legítimo beneficio cambiario, y si aún se creía en esa época que era posible fomentar las industrias mediante una tributación más baja de los artículos de lana y de los jornales, y la producción cerealista mediante la restricción y limitación de los grandes rebaños de ganado lanar? Y ¿cuánto tiempo antes hubieran alcanzado la fabricación de lana y la navegación un alto grado de prosperidad en Inglaterra, si Enrique VIII no hubiese considerado el alza de los precios de los cereales como un mal; si en lugar de expulsar del país, en masa, los obreros extranjeros, hubiese aumentado su número, mediante la inmigración, siguiendo el ejemplo de regentes anteriores, y si Enrique VII no hubiese puesto el veto al Acta de Navegación que le había sido propuesta por el Parlamento?

Vemos en *Francia* un gran genio que suscita en el curso de pocos años, como por mágico conjuro, las manufacturas interiores, el tráfico libre en el interior, el comercio exterior, las pesquerías, la navegación y el poderío marítimo; en una palabra, todos los atributos de una nación grande, poderosa y rica; pero cómo, también, se arruinan de nuevo, todavía con mayor rapidez, bajo la férrea mano del fanatismo y del despotismo.

En vano vemos luchando en circunstancias desfavorables el tráfico libre contra la restricción investida con el poder; la Hansa es aniquilada, y Holanda se hunde bajo los golpes de Inglaterra y Francia.

Que la política mercantil *restrictiva* sólo puede ser eficaz cuando se apoya en la cultura progresiva y en las libres instituciones nacionales, lo enseñan la caída de Venecia, de España y de Portugal, el retroceso de Francia por la revocación del Edicto de Nantes y la historia de Inglaterra, en cuyo Imperio vemos cómo, en todo tiempo, la libertad corre parejas con la industria, el comercio y la riqueza nacional.

En cambio, que una cultura muy adelantada, con o sin instituciones libres, no asegura progresos económicos a una nación cuando no está apoyada por una política comercial adecuada, lo enseñan, de una parte, la historia de los Estados libres americanos; de otra, la experiencia de Alemania.

La nueva Alemania, sin una política comercial vigorosa y común, desamparada en el mercado propio a la competencia de las manufacturas extranjeras, superiores en todos los aspectos; excluida, en cambio, de los mercados extranjeros en virtud de restricciones arbitrarias y a me-

nudo caprichosas: impedida por ello de hacer en su industria los progresos que reclama su cultura, ni siquiera puede mantener su nivel anterior, y es explotada como una colonia por aquella nación que ya siglos antes había sido objeto de expolio por parte de los comerciantes alemanes; y esto duró hasta que, finalmente, los Estados alemanes se decidieron, mediante un vigoroso sistema mercantil común, a asegurar el mercado interior para las propias industrias.

Situados los Estados libres norteamericanos, más que cualquier otra nación anterior a ellos, en condiciones de sacar provecho a la libertad mercantil, e influidos en su autonomía, ya desde la cuna, por las teorías de la escuela cosmopolita, tratan de resucitar, más que nadie, ese principio. Pero obligada por las guerras con Gran Bretaña, vemos a esta nación norteamericana fabricar por sí misma, en dos ocasiones, los artículos manufacturados que reciba, en tráfico libre, de otras naciones; verse situada por dos veces al sobrevenir la paz, al borde de la ruina, por la competencia libre del extranjero, y aleccionada de que en la situación actual del mundo, cada gran nación debe garantizar su prosperidad e independencia continuadas y duraderas, basándolas, ante todo, en el desarrollo sustantivo y equilibrado de sus propias energías.

Así revela la Historia que las restricciones no son sólo artificios de mentes especulativas, sino consecuencia natural de la diversidad de intereses y esfuerzos de las naciones hacia la independencia o hacia el predominio político; es decir, de las disensiones nacionales y de la guerra, y que este conflicto de los intereses nacionales sólo puede cesar posteriormente mediante la unión de las naciones bajo la ley jurídica. La cuestión relativa a si las naciones pueden unirse o no en una federación de Estados; de si para resolver las diferencias que puedan surgir entre naciones independientes, en lugar de las armas deben valer las normas jurídicas, es una cuestión que coincide con esta otra: cómo, en lugar de los sistemas mercantiles nacionales, puede establecerse la libertad mundial del comercio.

Los intentos de algunas naciones, en el sentido de implantar unilateralmente esa libertad —frente a una nación tan preponderante por la industria, la riqueza y el dominio como por su sistema mercantil cerrado—, tales como los de Portugal, en 1703; de Francia, en 1786; de Norteamérica, en 1786 y 1816; de Rusia, de 1815 a 1821, y de Alemania, por espacio de dos siglos, nos revelan que así no se logra otra cosa sino sacrificar la prosperidad de las distintas naciones sin ventaja para la hu-

manidad entera, para el enriquecimiento de la potencia manufacturera y mercantil en cuestión Suiza, como después veremos, constituye una excepción que puede igualmente aducirse en favor de uno u otro sistema.

No consideramos a Colbert como inventor de aquel sistema al que los italianos han aplicado el nombre de ese estadista; según hemos visto, antes de él fue desarrollado por los ingleses. Colbert se limitó a poner en actividad lo que Francia hubiese realizado más pronto o más tarde conforme a su destino histórico. Si se quiere imputar a Colbert una censura, sólo puede ser la de que bajo un gobierno despótico trató de ejecutar lo que sólo podía subsistir después de una fundamental reforma de la situación política.

A este reproche puede oponerse, en cambio, que el sistema de Colbert, proseguido por sabios gobernantes y perspicaces ministros, hubiera eliminado los obstáculos que se oponían al progreso de la industria, de la agricultura y del comercio, así como a la libertad pública, y que entonces Francia no hubiese tenido una Revolución sino que, estimulada en su desarrollo, desde hace siglo y medio, hubiese logrado competir venturosamente con Inglaterra, en las manufacturas, en el fomento del tráfico interior, en el comercio exterior y en la colonización, así como en las pesquerías, en la navegación y en el poder marítimo.

La Historia nos revela, finalmente, cómo las naciones dotadas con todos los recursos naturales exigidos para llevar su riqueza y poderío al grado más alto, sin entrar en contradicción con sus esfuerzos, pueden y deben alterar sus sistemas, a medida que van progresando, elevándose mediante el comercio libre con naciones más adelantadas hasta salir fuera de la barbarie y perfeccionar su agricultura, estimulando mediante limitaciones el auge de sus manufacturas, de sus pesquerías, de su navegación y de su comercio exterior, y después de haber alcanzado el más alto nivel de riqueza y de poderío, pueden efectuar un paulatino retorno al principio del librecambio y de la libre competencia, tanto en el mercado propio como en el extranjero, protegiendo a sus agricultores, industriales y comerciantes contra la indolencia, y estimulándoles a defender el predominio adquirido. Vemos cómo España, Portugal y Nápoles se encuentran en el primer estadio; en el segundo, Alemania y Norteamérica; Francia parece cercana a los límites de la última etapa, que en la actualidad sólo ha sido plenamente alcanzada por Inglaterra.

LIBRO SEGUNDO

LA TEORÍA

XI. LA ECONOMÍA POLÍTICA Y LA COSMOPOLITA

ANTES de Quesnay y de los economistas franceses sólo existía una práctica de la economía política ejercitada por los administradores del Estado. Los gestores de la cosa pública y los escritores que trataban de temas administrativos ocupábanse exclusivamente de la agricultura, las manufacturas, el comercio y la navegación de la nación a que pertenecían, sin analizar las causas de la riqueza, ni elevarse hasta los intereses de la humanidad entera.

Quesnay, en el cual brotó la idea de la libertad mercantil general, fue el primero en extender sus investigaciones a todo el género humano sin tener en cuenta el concepto de nación. Tituló su obra: *Physiocratie, ou gouvernement le plus avantageux au genre humain,* reclamando que se considere *a los mercaderes de todas las naciones como elementos integrantes de una república mercantil.* Quesnay trata abiertamente de la economía *cosmopolita,* es decir, de la ciencia que enseña cómo el conjunto del género humano puede alcanzar el bienestar, en oposición a la economía *política,* o sea aquella ciencia que se limita a enseñar cómo una nación determinada logra el bienestar, la civilización y la potencia, en determinadas circunstancias mundiales, por medio de la agricultura, la industria y el comercio.

En ese mismo sentido lato desarrolló también su teoría Adam Smith, planteándose la misión de justificar la idea cosmopolita de la absoluta libertad del comercio mundial, a pesar de los rudos golpes de los fisiócratas contra la naturaleza de las cosas y la lógica. Ni Adam Smith ni tampoco Quesnay trataron de resolver el problema de la economía política, esto es, de la que tienen que seguir las naciones, en particular, para hacer progresos en su situación económica. Titula aquél su obra *Naturaleza y causa de la riqueza de las naciones,* es decir, de todas las naciones del género humano. Habla de los distintos sistemas de la economía política en una parte especial de su obra, con el exclusivo objeto de poner de relieve su inutilidad, y demostrar que, en lugar de la economía *nacional,* debe aparecer la economía mundial. Aquí y allá habla de la guerra, pero sólo de soslayo. Todos sus argumentos tienen como base la idea de

la paz eterna. Incluso, según la observación expresa de su biógrafo Dugald Steward, desde el principio de sus investigaciones iba guiado por la siguiente idea: "La mayor parte de las normas políticas imaginadas para fomentar el bienestar público de una nación son inútiles, y una nación, para pasar del estado de barbarie más rastrero, al estado del bienestar más elevado posible, no necesita otra cosa que unos impuestos moderados, una buena tutela jurídica y la *paz*". Sin duda alguna, bajo este último concepto comprendió Adam Smith la paz perpetua del abate St. Pierre.

J. B. Say manifiesta en términos claros que forzosamente hemos de representarnos la existencia de una *república universal* para hallar evidente la idea de la libertad mercantil. Este escritor, que en el fondo limitaba sus aspiraciones a construir una estructura doctrinal con los materiales alumbrados por Adam Smith, dice textualmente, en el volumen sexto, p. 288, de su *Economie politique pratique:* "Podemos considerar los intereses económicos de la familia, con el padre a la cabeza; los fundamentos y observaciones pertinentes constituyen la *economía privada*. En cambio, aquellos preceptos que guardan relación con los intereses de naciones enteras, tanto como respecto a otras naciones, constituyen la *economía pública (l'économie publique)*. La *economía política* trata, finalmente, de los intereses de todas las naciones de la sociedad humana en general".

A este respecto hay que observar: primero, que Say reconoce la existencia de una economía nacional o política bajo el nombre de *économie publique,* pero que nunca trata de este tema en sus obras; segundo, que a una teoría que manifiestamente es de naturaleza *cosmopolita* le agrega la denominación de economía *política,* y que en esta teoría trata solamente de aquella doctrina que tiene presentes los intereses de la sociedad en general, sin considerar los intereses de las distintas naciones.

Esta confusión de nombre hubiese cesado si después de exponer Say lo que él llama "economía política", y que no es otra cosa que economía cosmopolita o mundial o economía del género humano en su conjunto, nos hubiera familiarizado también con los fundamentos de aquella teoría que él denomina *économie publique,* pero que no es otra cosa sino la economía de determinadas naciones o la economía política. Al definir y desarrollar esta doctrina, difícilmente hubiera podido abstenerse de tomar como punto de partida el concepto y la naturaleza de la nación, de mostrar qué alteraciones esenciales padece la economía de la sociedad

humana por el hecho de hallarse diversificada en nacionalidades agrupadas en una unidad de fuerzas e intereses y contrapuestas por su libertad natural, a otras sociedades de la misma especie. Al añadir a su economía mundial el nombre de *política* elude ese análisis, efectúa por medio de la trasposición de nombres una trasposición de ideas, y encubre toda una serie de gravísimos errores teóricos.

Todos los escritores posteriores han compartido ese error. También Sismondi denomina expresamente a la economía política: *"La science qui se charge du bonheur l'espèce humaine"*. De este modo Adam Smith y sus continuadores no enseñaban en el fondo otra cosa sino lo que también habían enseñado Quesnay y los suyos, puesto que el artículo relativo a la escuela fisiocrática en la *Revue méthodique* dice así: *El bienestar de los individuos está condicionado, en términos generales, por el bienestar de todo el género humano*. El primero de los paladines norteamericanos de la libertad mercantil, según la opinión de Adam Smith, Tomás Cooper, Presidente del Colegio de Columbia, niega incluso la existencia de la nacionalidad; dice que "la nación es una invención gramatical arbitrada sólo para ahorrar circunloquios, una no-entidad *(a non-entity)* que carece de existencia y brota, como un simple fantasma, de la cabeza de los políticos". Por lo demás, Cooper es perfectamente consecuente con esa idea; mucho más consecuente que sus predecesores y maestros, pues es evidente que tan pronto como se reconoce la existencia de las naciones con su naturaleza y sus intereses, se manifiesta también la necesidad de modificar la economía de la sociedad humana de acuerdo con esos intereses especiales, y cuando se tiene el propósito de exponer como errores esas modificaciones, es muy prudente negar de antemano la existencia de las naciones.

Por nuestra parte distamos mucho de repudiar la teoría de la economía cosmopolita tal como ha sido desarrollada por la escuela; opinamos, sin embargo, que cabe también desarrollar científicamente la economía política, o sea lo que Say denomina *économie publique,* y que siempre es mejor dar a las cosas sus denominaciones adecuadas, en lugar de prestarles otras que se hallan en contradicción con el significado de las palabras.

Si se quiere permanecer fiel a las leyes de la lógica y a la naturaleza de las cosas, precisa contraponer a la economía privada, la economía social, y distinguir en la última: la *economía política* o *nacional,* que partiendo del concepto y naturaleza de la nacionalidad enseña cómo una nación determinada, en la actual situación del mundo y en sus peculiares circuns-

tancias como nación, puede mantener y mejorar su situación económica —y la *economía cosmopolita* o *mundial,* cuyo punto de partida es que todas las naciones de la tierra forman una sola y única sociedad que vive en paz eterna.

Si se presupone, como demanda la escuela, una unión universal o una confederación de todas las naciones como garantía de la paz eterna, aparece plenamente justificado el principio de la libertad de comercio internacional. Cuanto más restringido está cada individuo en la persecución de sus fines económicos; cuanto mayor es el número de aquellos con los cuales se halla en relación de tráfico libre; cuanto más amplio es el espacio al cual puede extenderse su actividad individual, tanto más fácil le será aprovechar las propiedades de la naturaleza, los conocimientos y habilidades adquiridas y las energías naturales que se le ofrecen para el aumento de su propio bienestar. Lo mismo que con los individuos ocurre también con las comunidades, las provincias y los países. Sólo un ser insensato podría pretender que la unión mercantil no es tan provechosa a los Estados Unidos de Norteamérica, a las provincias de Francia y los Estados de la Federación alemana como las aduanas provinciales.

En la unión de los tres reinos (de Gran Bretaña e Irlanda) posee el mundo un grandioso ejemplo de los imponderables electos de la libertad mercantil entre los pueblos unidos. Imagínese que todas las naciones de la tierra se hallen aglutinadas de este modo, y la fantasía más calenturienta no estará en condiciones de imaginar la suma de bienestar y de dicha que de ello derivaría para el género humano.

La idea de la Confederación universal y de la paz eterna son indiscutibles, según los dictados del sentido común y de la religión.[1] Si la lucha entre dos individuos es contraria a la razón, ¿cuánto más debe serlo la lucha entre dos naciones? Las pruebas que la economía social puede extraer de la historia cultural de la humanidad para demostrar cuán sensata es la unión de todos los hombres bajo el imperio de la ley, son, acaso, las que resultan más evidentes para la sana razón humana. La Historia enseña que donde los individuos se hallan en situación de guerra, el bienestar humano se encuentra en su etapa más baja, elevándose

[1] La religión cristiana ofrece la paz eterna. Pero antes de que se realice la promesa: debe haber *un* pastor y *un* rebaño, difícilmente podrá observarse esa norma de los cuáqueros, verdadera en sí. No existe prueba más cabal de la divinidad de la religión cristiana que ésta: que sus doctrinas y aspiraciones están perfectamente de acuerdo con las exigencias del bienestar material y espiritual del género humano.

en la misma proporción en que crece la unión entre los hombres. En el estado primitivo de la humanidad hallamos sólo agrupaciones familiares; después, ciudades; luego, ligas de ciudades; más tarde, uniones de países enteros; por último, federaciones de muchos Estados, bajo la ley jurídica. Si la naturaleza de las cosas fuese bastante potente para extender a cientos de millones la unión que ha comenzado en la familia, nos sentiríamos también bastante fuertes para realizar la unión de todas las naciones. Si el espíritu humano pudiera percibir las ventajas de esta gran unión, también podría considerársele capacitado para captar los beneficios de una agrupación integral del género humano. Gran número de indicios acusan esta tendencia del espíritu universal. Basta recordar los progresos de las ciencias, de las artes y de los inventos, de la industria y del orden social. Ahora ya puede preverse con certeza que en cuanto transcurran algunos decenios, gracias al perfeccionamiento de los medios de transporte, las naciones civilizadas de la tierra estarán tan estrechamente o más unidas entre sí, respecto al tráfico material y espiritual, que lo estaban hace un siglo los diversos condados de Inglaterra. Ahora los gobiernos de las naciones continentales poseen ya en el telégrafo el medio de conversar entre sí, como si los interlocutores estuviesen en una misma localidad. Poderosas energías, hasta aquí ignoradas, han elevado la industria hasta un insospechado nivel de desarrollo, y otras fuerzas más poderosas anuncian ya su aparición. Pero cuanto más alto sea el nivel de la industria, y cuanto más homogéneamente se extienda por los países de la tierra, tanto menos posible será la guerra. Dos naciones igualmente desarrolladas serían capaces de infligirse en una semana daños tan grandes que sería precisa una generación para repararlos. Añádase a esto que esas mismas fuerzas nuevas, hasta ahora consagradas preferentemente a la producción no pueden tampoco negar su capacidad destructiva, y que principalmente servirían para la defensa, en particular de las naciones continentales, mientras que Inglaterra perdería las ventajas que en el orden defensivo le aseguraba su situación insular. En los Congresos de las grandes potencias posee ya Europa el embrión de un futuro Congreso internacional. Es manifiesta la tendencia a zanjar por medio de protocolos las diferencias nacionales, en lugar de recurrir a las armas. Una mejor penetración en la naturaleza de la riqueza y de la industria ha llevado los mejores cerebros de todas las naciones civilizadas al convencimiento de que la civilización de los pueblos bárbaros, o semibárbaros, o rezagados en su cultura, así como la fundación

de colonias, ofrece a las naciones civilizadas un campo de desarrollo de sus energías productivas, prometedor de frutos más abundantes y seguros que los recíprocos daños causados por la guerra o por las medidas hostiles de carácter mercantil. Cuanto más se avance por la senda de esta convicción, y a medida que los progresos en materia de transportes hagan accesibles los países no civilizados a los civilizados tanto más se convencerán las naciones cultas de que la civilización de los pueblos bárbaros, o desgarrados por la anarquía, u oprimidos por los malos gobiernos es una misión general que se ofrece a todos ellos, y que a todos ha de reportarles una gran ventaja: he ahí un problema que sólo puede resolverse por la unión.

Que la civilización de todas las naciones y la cultura de la tierra entera son misión de la humanidad, resulta evidente conforme a ciertas leyes naturales inmanentes en virtud de las cuales las naciones civilizadas se ven empujadas por un poder incontenible, a transferir sus energías productivas a países menos cultos. En todas partes y bajo la influencia de la civilización, vemos crecer la población, las energías espirituales y los capitales materiales hasta un nivel tan alto que forzosamente esas energías tienen que refluir a otros países menos civilizados. Cuando la tierra nacional no basta ya para alimentar la población y dar empleo a los trabajadores agrícolas, los excedentes de población buscan zonas aptas para el cultivo en comarcas lejanas; cuando los talentos y capacidades técnicas se hacen tan numerosos en una nación que ya no encuentran recompensa adecuada, emigran hacia las comarcas donde tales valores se solicitan; cuando a causa de la acumulación de capitales materiales desciende tanto el tipo de interés que de él ya no puede vivir el pequeño capitalista, trata de lograr una mejor valoración para sus disponibilidades en países menos ricos.

El sistema de la escuela tiene, pues, un fondo de verdad; una idea que debe ser reconocida y desarrollada por la ciencia si ésta ha de llenar su misión de alumbrar a la práctica; un contenido que la práctica no puede desconocer sin exponerse a extravíos. Ahora bien, la escuela ha ignorado la naturaleza de las nacionalidades y sus especiales intereses y situaciones, y la conveniencia de ponerlas en armonía con la idea de la unión universal y de la paz eterna.

La Escuela ha admitido como realmente existente un estado que sólo puede llegar a ser en el futuro. Presupone la existencia de una nación universal y de la paz eterna, e induce de ello las grandes ventajas de la libertad

comercial, confundiendo el efecto con la causa. Entre las provincias y Estados ya unidos existe la paz eterna; de esta unión se desprende la unión mercantil de dichas unidades políticas, y a consecuencia de la paz eterna que entre ellas existe la unión mercantil resulta utilísima. En todos los ejemplos que la Historia puede mostrarnos la unión política ha precedido a la unión mercantil. La Historia no conoce ningún caso en que la unión mercantil se haya antepuesto a la política. Existen razones muy poderosas y, a juicio nuestro, incontrovertibles, para asegurar que, en las actuales circunstancias del mundo, de una libertad general de comercio no puede derivar una república universal, sino la esclavitud de las naciones menos adelantadas bajo la supremacía de la potencia manufacturera, comercial y mercantil que ahora aparece como dominante.

La república universal en el sentido de Enrique IV y del abate St. Pierre, es decir, la unión de las naciones de la tierra reconociendo entre sí el estado de derecho y la renuncia a los procedimientos de violencia, sólo podrá realizarse cuando muchas naciones se hallen en la misma etapa industrial y cultural, de formación política y potencialidad. Sólo cuando, paulatinamente, llegue a constituirse esta unión, podrá desarrollarse la libertad mercantil; sólo a consecuencia de esa unión pueden derivarse del librecambio, para las naciones, las grandes ventajas que hasta ahora percibimos en las provincias y estados, unidos entre sí. El sistema proteccionista, en cuanto es el único medio de equiparar naciones muy civilizadas con la nación predominante, a la que la Naturaleza no ha otorgado para sus manufacturas ningún monopolio eterno, sino sólo una ventaja temporal respecto de las otras —el sistema proteccionista, decimos, considerado desde este punto, resulta el más importante propulsor de la unión definitiva entre los pueblos, y, como consecuencia, de la verdadera libertad comercial. La economía nacional aparece, así, como una ciencia que, reconociendo los intereses subsistentes y la situación particular de las naciones, enseña de qué modo cada nación en particular puede elevarse a aquel grado de formación económica en el cual resultará posible y útil la unión con otras naciones igualmente formadas, y como consecuencia, la libertad de comercio.

Ahora bien: la escuela ha confundido y barajado entre sí ambas doctrinas; ha sucumbido al gran error de juzgar la situación de las naciones conforme a criterios puramente monopolistas, y al desconocer, por motivos políticos, la tendencia cosmopolita de las energías productivas.

Sólo por un desconocimiento de esa tendencia pudo Malthus incurrir

en la pretensión equivocada de limitar la población —en tiempos más recientes, Chalmer y Torrenz han expresado la extraña opinión de que el aumento de capitales y la producción ilimitada son males a los que debe ponerse coto, en interés del bienestar común— y Sismondi llegó a declarar que las fábricas eran perjudiciales a la colectividad. La teoría nos recuerda, en este caso, el ejemplo de Saturno devorando sus propios hijos. Esa teoría que del mundo de la población, de los capitales y de las máquinas debe derivar la libertad del trabajo, y de esta el bienestar de la sociedad, considera en definitiva tales energías como monstruos que amenazan el bienestar de los pueblos; teniendo sólo presente el estado actual de algunas naciones, pasa por alto la situación de la tierra entera y los progresos futuros de la humanidad.

No es cierto que la población aumente en una escala mayor que la producción de artículos de subsistencia; por lo menos, es descabellado admitir esa desproporción, o querer demostrarla mediante cálculos artificiosos y argumentos sofísticos, mientras sobre la superficie de la tierra exista una gran masa de energías naturales sin aprovechar, de las que podrían vivir y alimentarse diez y acaso cien veces más hombres que en el presente.

Denota estrechez de criterio el tomar como escala el acervo actual de energías productivas, para establecer qué cantidad de personas pueden alimentarse en una determinada comarca del país. Según los cálculos del salvaje, del cazador y del pescador el mundo no tendría cabida para un millón de habitantes; la tierra entera no lo tendría, según el pastor, para diez millones, ni según el simple agricultor para cien millones: sin embargo, sólo en Europa viven doscientos millones de habitantes. El cultivo de la patata y de las plantas forrajeras, así como los recientes perfeccionamientos registrados en la agricultura, han incrementado las energías productivas de la humanidad para procurarse medios de subsistencia en una cantidad diez veces mayor. En la Edad Media, el rendimiento del trigo en un acre de terreno en Inglaterra era el cuádruplo, mientras que hoy ha ascendido del décuplo hasta el vigésimo, lo cual equivale a haber hecho cinco veces mayor la extensión de los terrenos dedicados al cultivo. En muchos países europeos cuya tierra posee la misma fecundidad natural que la inglesa, el rendimiento no excede del cuádruplo. Por otra parte ¿quién podría poner límite a los descubrimientos, inventos y mejoras del género humano? La química agrícola se halla en la infancia: ¿quién pretenderá que mañana no se dé con un invento o

hallazgo que permita aumentar cinco o diez veces la capacidad de rendimiento de la tierra? Actualmente, con los pozos artesianos se dispone de un medio para transformar los desiertos infecundos en terrenos de cultivo capaces de dar abundantes frutos. Podemos imaginarnos las fuerzas que se hallan ocultas en las entrañas de la tierra. Pensemos en el caso de que, gracias a un nuevo descubrimiento, se logre producir calórico con gran baratura, sin recurrir a los materiales de combustión hoy conocidos; ¿qué zonas de la tierra quedarían, así, abiertas al cultivo, y de qué modo incalculable no podría aumentarse la capacidad de producción de un territorio dado? Si la teoría malthusiana se nos aparece como una doctrina limitada en su tendencia, en sus medios es algo antinatural, algo horrible que mata la moral y la energía. Pretende extinguir un impulso del que la Naturaleza se sirve como un medio eficacísimo para que los hombres pongan en tensión su cuerpo y su espíritu, despertando y alimentando sus sentimientos más nobles —un impulso al cual el género humano debe la mayor parte de sus progresos. Esa teoría pretende elevar a la categoría de ley el más desenfrenado egoísmo; exige que cerremos nuestro corazón a los hambrientos, porque cuando les ofrecemos alimento y bebida, acaso treinta años después otros puedan morir de hambre, en lugar suyo. Quiere poner el cálculo en lugar de la compasión. Esa teoría pretende transformar en piedras los corazones de los hombres. ¿Qué cabría esperar, en definitiva, de una nación cuyos ciudadanos albergan en su pecho piedras, en lugar de corazones? ¿Qué otra cosa sino la ruina integral de todo sentimiento de moralidad, de todas las energías productivas y, en consecuencia, de toda riqueza y de toda civilización y potencia de la nación? Cuando en una nación el número de habitantes crece más deprisa que la producción de artículos de primera necesidad; cuando los capitales se acumulan de tal modo que en la nación no pueden encontrar empleo; cuando las máquinas privan de trabajo a una multitud de seres humanos, y los artículos fabricados se acumulan hasta la exageración, ello constituye solamente una prueba de que la naturaleza no tolera que la industria, la civilización, la riqueza y el poderío sean patrimonio exclusivo de una nación sola, que una gran parte de la tierra cultivable esté habitada por animales, y que la porción mayor del género humano permanezca sumida en la barbarie, en la ignorancia y en la pobreza. Hemos mostrado en qué errores ha incurrido la escuela por el hecho de considerar las energías productivas de la humanidad desde el punto de vista político; tenemos ahora que referirnos

a los errores en que incurrió al apreciar los intereses especiales de las naciones desde el punto de vista cosmopolita.

Si, en efecto, existiera una confederación de naciones como existe en los Estados Unidos de Norteamérica, el excedente de población, de talentos y de aptitudes y de capital material fluiría desde Inglaterra a los Estados continentales, del mismo modo que irrumpe desde los Estados orientales, de la Unión americana a los occidentales, ello en el supuesto de que en los países del Continente existiera la misma seguridad de las personas y de la propiedad, la misma constitución y las mismas leyes generales, y que el gobierno inglés estuviese sometido a la voluntad colectiva de la confederación universal. Conforme a estas premisas, no habría mejor medio que la libertad comercial para exaltar todos estos países, con Inglaterra, al mismo nivel de riqueza y de civilización. Éste es el argumento de la escuela. Pero ¿qué ocurre con los efectos de la libertad comercial en las actuales condiciones del mundo? Los británicos, como una nación independiente y hermética, toman los intereses nacionales como exclusiva orientación de su política. El inglés, por amor a su idioma, a sus leyes, instituciones y costumbres colocaría sus energías y sus capitales, en lo posible, en industrias indígenas, donde quiera que la libertad mercantil le ofreciese ocasión para ello, extendiendo el mercado manufacturero inglés a todos los países; no es fácil que le ocurriese instalar sus manufacturas en Francia o Alemania. Si el inglés tuviese la oportunidad de emigrar o de colocar sus capitales en sitio distinto de Inglaterra, preferiría, como ahora, aquellos países lejanos donde encuentra su idioma, sus leyes e instituciones, a los vecinos países continentales. Toda Inglaterra se desarrollaría de este modo hasta constituir una sola e inmensa ciudad manufacturera. Asia, África y Australia fueron civilizados por Inglaterra y sembrados con Estados nuevos conforme al modelo inglés. Así surgió con el tiempo un mundo de Estados ingleses bajo la dirección de la metrópoli; al margen de ellos las naciones continentales europeas se perdieron como grupos étnicos insignificantes e infecundos. Francia se puso de acuerdo con España y Portugal, para suministrar a este mundo inglés los mejores vinos y beber ellos mismos los peores; a los franceses les quedaba, a lo sumo, la fabricación de algunos artículos de modas. Alemania apenas podía suministrar a este mundo inglés otra cosa que juguetes para niños, relojes murales de madera, libros filológicos y a veces un cuerpo auxiliar para luchar en los desiertos de Asia o de África por la expansión de la hegemonía manufacturera y mercantil

de Inglaterra, de la lengua y de la literatura inglesas. No harían falta muchos siglos para que en ese mundo inglés se hablase de alemanes y franceses con el mismo respeto con que ahora se habla de las naciones asiáticas.

La política, en cambio, reconoce que esta evolución determinada por la libertad mercantil generalizada es antinatural por completo; si en tiempos de la Hansa se hubiera implantado una amplia libertad mercantil, la nacionalidad alemana hubiese adquirido, en lugar de la inglesa, una ventaja en el comercio y las manufacturas, respecto a todas las demás naciones. Sería sumamente injusto, desde un punto de vista cosmopolita, asignar a los ingleses toda la riqueza y todo el poderío de la tierra, sólo por el hecho de que ellos fueron los primeros en desarrollar el sistema político mercantil e ignoraron, en la mayoría de los casos, el principio cosmopolita. Para que la libertad mercantil pueda producir sus naturales efectos, las naciones menos adelantadas deben ser exaltadas, por medio de normas artificiales, a aquella etapa de desarrollo que la nación inglesa alcanzó por los mismos procedimientos. Para que en virtud de esa tendencia cosmopolita de las energías productivas, a que antes nos hemos referido, no fecunde antes otras zonas del mundo que los cercanos países europeos, aquellas naciones que se sienten capacitadas para el desarrollo de una energía industrial, por razón de sus condiciones morales, intelectuales, sociales y políticas, deben utilizar el sistema proteccionista como el medio más idóneo para lograr ese fin. Los efectos de ese sistema para la finalidad indicada son de doble naturaleza; de una parte, en virtud de la exclusión paulatina de las manufacturas extranjeras de nuestros mercados, se produciría en otras naciones un excedente de obreros, aptitudes y capitales que deberían buscar, entonces, sustento en el extranjero; en segundo lugar, mediante las primas que nuestro sistema protector ofrece a los obreros, aptitudes y capitales de inmigración, se atrevería ese excedente de energías productivas, en lugar de hacerlo emigrar hacia lejanos países y colonias, y buscaría entre nosotros su sustento.

La política recurre a la Historia y pregunta si en épocas anteriores Inglaterra no extrajo por los mismos procedimientos un gran caudal de energías productivas de Alemania, Italia, Holanda, Bélgica, Francia, España y Portugal. La política pregunta por qué cuando se ponderan las ventajas e inconvenientes del sistema protector, la escuela cosmopolita pasa por completo en silencio este gran efecto del mismo.

XII. LA TEORÍA DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS Y LA TEORÍA DE LOS VALORES

La famosa obra de Adam Smith lleva el título siguiente: *Sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. De este modo, el fundador de la escuela dominante expresó con exactitud el doble punto de vista desde el cual debe considerarse tanto la economía de las naciones como la de los particulares. *Las causas de la riqueza* son algo completamente distinto *de la riqueza misma*. Un individuo puede poseer riquezas, esto es, valores en cambio, y no poseer las energías necesarias para crear más objetos útiles: en este caso consume y se empobrece. Un individuo puede ser pobre: pero se enriquece en cambio si posee la energía bastante para crear una suma de objetos útiles superior a la consumida por él.

La *aptitud de crear riquezas* es, en consecuencia, mucho más importante que la *riqueza misma*; no sólo asegura la posesión e incremento de lo que se adquiere, sino, también, la sustitución de lo perdido. Éste es más aún el caso de naciones enteras, que no pueden vivir de rentas, que el de los particulares. En cada siglo Alemania quedó devastada por la peste, el hambre y las guerras internas y externas; siempre salvó, sin embargo, una gran parte de sus energías productivas, y así llegó rápidamente a reponer un cierto bienestar, mientras que la rica y poderosa España, cabalgada por déspotas y frailes, en plena posesión de la paz interna, se hundía cada vez más profundamente en la pobreza y en la miseria. Sin embargo, para los españoles sale el mismo sol, poseen las mismas tierras, sus minas son tan ricas, el pueblo es el mismo que antes de descubrirse América y de fundarse la Inquisición: sólo que ese pueblo ha perdido poco a poco sus energías productivas, y es, ahora, pobre y miserable. La guerra de la Independencia norteamericana costó a la nación cientos de millones, pero sus energías productivas se robustecieron incomparablemente mediante el logro de la independencia nacional, y gracias a ello, en el curso de pocos años después de la paz, pudo adquirir riquezas mucho mayores que las poseídas anteriormente. Compárese la situación de Francia en el año 1809 con la del año 1839; ¡qué diferencia! Y, sin embargo, desde entonces ha perdido Francia una gran parte del Continente europeo, ha

padecido dos devastadoras invasiones y ha tenido que derramar enormes sumas como indemnizaciones y contribuciones de guerra.

Es imposible que una inteligencia tan aguda como la de Adam Smith ignorase por completo la diferencia entre la riqueza y sus causas, y el influjo predominante de estas últimas sobre la situación de las naciones. En la introducción de su obra dice con toda claridad: El trabajo es la fuente de donde cada nación extrae sus riquezas, y el aumento de las riquezas depende en gran parte de la *fuerza* productiva del trabajo; concretamente, del grado de conocimiento, de la destreza e idoneidad con que generalmente se aplica el trabajo de la nación; en segundo lugar, de la proporción entre el número de los individuos productivamente empleados y el número de los que no lo están. De ello deducimos con qué claridad percibió Smith, en términos generales, que la situación de las naciones depende principalmente de la suma de sus energías productivas.

Sin embargo, no parece consustancial al plan de la Naturaleza que las ciencias surjan completamente perfeccionadas del cerebro de los pensadores individuales. Efectivamente, Smith estaba demasiado dominado por la idea cosmopolita de los fisiócratas: la "libertad general del comercio", y por su gran descubrimiento propio, la "división del trabajo", para perseguir la idea de la *"fuerza productiva"*. Por mucho que la ciencia tenga que agradecerle en otros sectores. la idea de la "división del trabajo" parece ser la más espléndida de las suyas: es la que aseguró renombre a su libro y fama a su apellido. Excesivamente sagaz para no darse cuenta de que quien desea vender una piedra preciosa no meterá esa joya en un saco de trigo —por útiles que sean sus granos— para llevarla al mercado, sino que la exhibirá patentemente; demasiado experto para ignorar que si un principiante —y él lo era respecto a la economía política, al publicar su obra— logra hacer furor en el primer acto, se le perdona que esté mediocre en los siguientes, se le ocurrió iniciar su obra con la teoría de la división del trabajo. Smith no se equivocó en sus cálculos: su primer capítulo hizo la fortuna de su obra, fue el fundamento de su autoridad.

Por nuestra parte creemos fácil demostrar que precisamente ese celo por situar bajo la luz más ventajosa la importantísima idea de la "división del trabajo", impidió a Adam Smith desarrollar la idea de la *"fuerza productiva"* expresada por él en la introducción, y luego, aunque sólo ocasionalmente, con cierta frecuencia, dando así a su teoría una estructura mucho más perfecta. Smith se deja desviar evidentemente por el gran valor que concedió a la idea de la "división del trabajo", y considera

a éste como el acervo *(fund)* de todas las riquezas de las naciones, sin advertir que él mismo percibe y expresa también la idea de que la productividad del trabajo depende principalmente del grado de destreza y buen juicio con que el trabajo se emplea. Y preguntamos ahora: ¿Se razona científicamente al señalar como causa de un fenómeno lo que, en sustancia, es el resultado de causas más profundas? No cabe duda de que toda la riqueza se adquiere mediante el esfuerzo o el trabajo espiritual y corporal; con ello, sin embargo, no se indica una causa de la cual puedan extraerse conclusiones útiles; en efecto, la Historia enseña que naciones enteras caen en la pobreza y en la miseria, a pesar de los esfuerzos de sus ciudadanos. Quien desee saber e investigar cómo esta nación, desde la pobreza y la barbarie, llegó a la riqueza y a la civilización, y cómo aquella otra nación, desde un estado de riqueza y felicidad cayó en la pobreza y en la miseria, debe tener presente que el trabajo es la causa de la riqueza, y el ocio la causa de la pobreza (una observación que ya hizo el rey Salomón, mucho tiempo antes de Adam Smith); a continuación, debe formularse esta pregunta: ¿cuál es la causa del trabajo, y cuál es la causa del ocio? Con mayor exactitud podrían señalarse los miembros del hombre (la cabeza, las manos y los pies) como causas de la riqueza, si quisiéramos colocarnos más cerca de la verdad; entonces, la cuestión inmediata es la siguiente: ¿a qué se debe que estas cabezas, brazos y manos se muevan para la producción, y cuál es la causa que da eficacia a esos esfuerzos? ¿Que otra cosa puede ser si no el espíritu que anima a los individuos, el orden social que fecunda sus actividades, las energías naturales que a su disposición se ofrecen? A medida que el hombre va dándose cuenta de la necesidad de subvenir al futuro; a medida que sus meditaciones y sentimientos le impulsan a asegurar el porvenir de sus allegados y a fomentar su dicha; a medida que desde la juventud se ha habituado a la meditación y al trabajo; que sus sentimientos nobles son objeto de atención, y se forman el cuerpo y el espíritu; que desde la juventud se le ofrecen hermosos ejemplos; que tiene ocasión de emplear sus energías para el mejoramiento de su condición; cuanto menos límites se pone a su actividad legítima; cuanto mayor es el éxito de sus esfuerzos y más seguros los frutos de los mismos; cuanto más respeto y atención merece de los demás por sus hábitos de orden y de trabajo; cuanto menos padece su espíritu por razón de los prejuicios, supersticiones, opiniones falsas e ignorancia, tanto más pondrá el hombre su cabeza y sus miembros al servicio de la producción, tanto mayor será su

rendimiento, tanto mejor podrá vivir con los frutos de su trabajo. En todas estas relaciones la mayor parte depende del estado de la sociedad en la que el individuo se ha formado y se mueve; de si florecen las ciencias y las artes; de si las instituciones públicas y la ley producen la religiosidad, la moralidad y la inteligencia, la seguridad de la persona y de la propiedad, la libertad y el derecho; de si en la nación están regular y armónicamente desarrollados todos los factores del bienestar material, la agricultura, la manufactura y el comercio; de si el poderío de la nación es bastante grande para asegurar a los individuos el progreso en el bienestar y en la cultura, de generación en generación, y hacerlos aptos, no sólo para aprovechar en toda su extensión las energías internas, sino también para valorar las reservas naturales de otros países mediante el comercio exterior y la posesión de colonias. Adam Smith tuvo tan poco en cuenta la naturaleza de estas fuerzas, en su conjunto, que ni una sola vez asignó productividad al trabajo intelectual de aquellos que tienen a su cargo el derecho y el orden, que cultivan la enseñanza y la religiosidad, la ciencia y el arte. Sus investigaciones se limitan a la actividad humana susceptible de producir valores materiales. En relación con ella reconoce, en efecto, que su productividad depende de la idoneidad y destreza con que se la emplea; pero en sus investigaciones sobre las causas de esa destreza e idoneidad no va mas allá de la división del trabajo. División que explica simplemente por el cambio, por el incremento de los capitales materiales y por la extensión del mercado. A seguida se hunde su doctrina cada vez más profundamente en el materialismo, el particularismo y el individualismo. Si hubiera desarrollado la idea de *fuerza productiva* sin dejarse llevar por la idea *valor, valor en cambio,* hubiese llegado al convencimiento de que, junto a una *teoría de los valores,* debe existir una *teoría de las fuerzas productivas,* si se quiere explicar los fenómenos económicos. En cambio, se extravió explicando las fuerzas espirituales a base de las circunstancias materiales, dando pábulo a muchos absurdos y contradicciones que, como más tarde veremos, caracterizan a su escuela hasta la actualidad, debiéndose únicamente a esa circunstancia que las teorías de la economía política sean precisamente menos accesibles a los cerebros más capaces. Que la escuela de Smith no enseña otra cosa sino la teoría de los valores, se explica no sólo por el hecho de que su doctrina se basa siempre en el concepto del valor en cambio, sino, también, por la definición misma que da de su teoría. Ésta es —dice, por ejemplo, Say— aquella ciencia que enseña

cómo se producen, distribuyen y consumen las riquezas o valores en cambio. Evidentemente, no es la ciencia que enseña cómo se suscitan y cultivan las *fuerzas productivas*, y cómo son oprimidas o aniquiladas. McCulloch la denomina expresamente *Ciencia de los valores*, y los escritores ingleses más recientes la llaman *Ciencia del cambio*.

Algunos ejemplos sacados de la economía privada aclararán la diferencia existente entre la teoría de las fuerzas productivas y la teoría de los valores.

Cuando de dos padres de familia que son propietarios de hacienda, cada uno de ellos ahorra 1 000 talers anuales y tiene cinco hijos, pero el uno coloca sus ahorros a interés y obliga a sus hijos a efectuar rudas labores, mientras que el otro dedica sus ahorros a hacer de dos de sus hijos agricultores bien formados, y deja que los otros tres aprendan la industria que mejor cuadre a sus especiales aptitudes, el primero procede conforme a la teoría de los valores, el segundo según la teoría de las fuerzas productivas. A su muerte, acaso el primero sea más rico que el segundo en valores de cambio, pero cosa distinta ocurre con las energías productivas. La hacienda de uno se divide en dos partes, cada una de las cuales, gracias a una explotación perfeccionada, es susceptible de arrojar un rendimiento neto igual al que antes se obtenía de la hacienda entera, mientras que los tres hijos restantes han adquirido con su formación abundantes medios de procurarse el sustento. La hacienda del otro se divide en cinco partes, y cada una de ellas sigue siendo explotada tan mal como antes en conjunto. En una de esas familias se suscitan y desarrollan abundantes energías espirituales y talentos, que aumentan de generación en generación; cada generación siguiente poseerá más energías que la anterior, y adquirirá más riquezas materiales, mientras que en la otra familia la necedad y la pobreza irán aumentando a medida que se haga más pequeña la participación de sus individuos en la hacienda inicial. Así, el propietario de esclavos aumenta con éstos la suma de sus valores en cambio, pero arruina la capacidad productiva de las generaciones futuras Todo gasto en instrucción de la juventud, en cultivo del derecho, en defensa de la nación, significa una destrucción de valores que favorece a la energía productiva. La mayor parte del consumo de una nación se dedica a educar la generación futura, a cultivar las energías nacionales productivas del porvenir.

La religión cristiana, la monogamia, la abolición de la esclavitud y de la servidumbre, la monarquía hereditaria, la invención del alfabeto, de la

prensa, del correo, del dinero, de las pesas y medidas, del calendario y del reloj, la policía, la institución de la libre propiedad territorial y los medios de transporte, son fuentes abundantes de energía productiva. Para convencerse de ello basta comparar la condición de los Estados europeos con la de los asiáticos. Para conocer la influencia de la libertad de pensamiento y de conciencia sobre las fuerzas productivas de las naciones, basta leer la historia de Inglaterra y luego la de España. La publicidad del derecho, el juicio por jurados, la legislación parlamentaria, el control público de la administración del Estado, la autonomía administrativa de municipios y corporaciones, la libertad de la prensa, las asociaciones para fines de utilidad pública garantizan a los ciudadanos de los Estados constitucionales, lo mismo que a los poderes públicos, una suma de energía y fortaleza que difícilmente se puede producir de otro modo. Apenas cabe pensar en una ley o en una institución pública en las que no haya ejercido una influencia más o menos acentuada el aumento o la disminución de las energías productivas.[1]

Si se señala simplemente el trabajo corporal como causa de la riqueza, ¿por qué razón las naciones nuevas son incomparablemente más ricas, pobladas, potentes y felices que las naciones de la Antigüedad? En los pueblos antiguos, en proporción a la población entera, había ocupados más brazos, el trabajo era mucho más duro, cada individuo poseía muchas más tierras, y, sin embargo, las masas estaban alimentadas y vestidas mucho peor que en tiempos recientes. Para explicar este fenómeno hemos de referirnos a todos los progresos realizados en el transcurso del pasado milenio en las ciencias y en las artes, en las instituciones domésticas y públicas en la cultura intelectual y en la aptitud para la producción. El estado actual de las naciones es el resultado de la acumulación de todos los descubrimientos, invenciones, perfeccionamientos, mejoras y esfuerzos de las generaciones pasadas; *forman el capital espiritual de la humanidad viviente,* y cada nación, en particular, sólo es productiva en la proporción en que ha asumido en sí estas conquistas de anteriores generaciones, y ha sabido incrementarlas por su propio esfuerzo, y en la medida en que las energías naturales de su territorio, la extensión y posición geográfica del mismo y su número de habitantes y poder político, le capacitan para desarrollar, con la mayor perfección y armonía

[1] Say dice en su *Économie politique pratique,* vol. III, p. 242: "Las leyes no pueden crear riquezas". Ciertamente, es así, pero crean energías productivas, que son más importantes que la riqueza, esto es, que la posesión de valores de cambio.

posible, todos los ramos de la alimentación dentro de sus fronteras, y de ejercer su influencia moral, intelectual, industrial, comercial y política sobre naciones menos adelantadas, y, en definitiva, sobre la situación del mundo.

La escuela quiere hacernos creer que la política y el dominio político no deben ser tenidos en cuenta en la economía política. Acaso tenga razón, en cuanto hace de los valores y del cambio el objeto de sus investigaciones; cabe fijar los conceptos de valor y capital, provecho, salario obrero y renta de la tierra, analizarlos en sus elementos integrantes y especular sobre la influencia que puede tener su alza y su disminución, sin tener en cuenta las condiciones políticas de una nación determinada. Es evidente, sin embargo, que estas materias corresponden igualmente a la economía privada que a la de naciones enteras. Basta examinar la historia de Venecia, de la Liga hanseática, Portugal, Holanda e Inglaterra, para darse cuenta de la recíproca influencia que ejercen la riqueza material y el poder político. Así, la escuela incurre en las más extrañas contradicciones cuando trata de inquirir esta relación recíproca. Recordemos, por lo pronto, el juicio absurdo que a Adam Smith le merece el Acta de Navegación inglesa.

Como no penetra en la naturaleza de las fuerzas productivas, ni abarca en su totalidad la situación de las naciones, la escuela desconoce especialmente el valor de un desarrollo armónico de la agricultura, de las manufacturas y del comercio, del poder político y de la riqueza interna, y, en particular, ignora el valor de una energía manufacturera peculiar de la nación y perfectamente desarrollada en todos sus sectores. Incurre en el error de colocar a un mismo nivel la energía manufacturera y la agrícola, hablando, en general, de trabajo, energía natural, capital, etc., sin tener en cuenta las diferencias que existen entre esos elementos. No ve que entre el simple Estado agrícola y el Estado agrícola-manufacturero existe una diferencia todavía mayor que entre el Estado pastoril y el agrícola. En el estadio de la simple agricultura subsisten la arbitrariedad y el vasallaje, la superstición y la ignorancia, la falta de medios de cultura, tráfico y transporte, la pobreza y la impotencia política. En el simple Estado agrícola sólo despierta y se desarrolla una pequeñísima parte de las energías espirituales y corporales de la nación; sólo puede utilizarse una parte insignificante de las energías naturales y reservas disponibles, y no puede acumularse capital, o sólo en pequeña escala. Compárese Polonia con Inglaterra: hubo un tiempo en que ambas nacio-

nes estuvieron a un mismo nivel cultural, y ahora ¡qué diferencia! Las manufacturas y fábricas son la madre y los hijos de la libertad civil, de las luces, de las artes y ciencias, del comercio interior y exterior, de la navegación y de los perfeccionamientos del transporte, de la civilización y del poder político; son un medio eminente de liberar de sus cadenas a la agricultura, elevándola a la categoría de industria, de arte y de ciencia; de aumentar las rentas de la tierra, los rendimientos de la agricultura y los salarios del trabajo, y de dar valor a la tierra. La escuela ha asignado esta fuerza civilizadora al comercio exterior, confundiendo con ello al intermediario con el creador. Son las manufacturas extranjeras las que procuran al comercio ajeno las mercancías que nos aporta, y las que consumen los productos y materias primas que damos en pago. Pero si el tráfico con las manufacturas muy lejanas ejerce tan benéfica influencia sobre nuestra agricultura, cuánto mayor debe ser la influencia de aquellas manufacturas que están ligadas con nosotros local, comercial y políticamente; que satisfacen, no una pequeña parte, sino la porción mayor de nuestras necesidades en materia de artículos alimenticios y materias primas; aquellas cuyos productos industriales no están encarecidos por grandes costos de transporte; aquellas cuyo tráfico con nosotros no puede ser interrumpido por motivos de otro género, como los que inducen a las naciones manufactureras extranjeras a satisfacer sus necesidades, o por la guerra o las prohibiciones de importación.

Así podemos apreciar en qué extraños errores y contradicciones incurrió la escuela cuando señaló la riqueza material y el valor de cambio como objetos de su investigación, y el simple trabajo corporal como única energía productiva.

Quien cría cerdos es, según la escuela, un miembro productivo de la sociedad; quien educa hombres, un miembro improductivo. Quien produce gaitas o tambores para la venta, es un productor; los grandes virtuosos no son productivos, porque lo que ellos tocan no puede llevarse al mercado. El médico que salva a sus pacientes no pertenece a la clase productiva, pero sí, en cambio, el mancebo de botica, aunque los valores en cambio, o sea las píldoras que produce, existan sólo unos pocos minutos, antes de convertirse en cosas sin valor. Un Newton, un Watt, un Kepler, no son tan productivos como un asno, un caballo o un animal de labranza, elementos trabajadores que recientemente han sido incorporados por el señor McCulloch a la serie de los miembros productivos de la sociedad humana.

No se crea que J. B. Say haya logrado aportar alguna solución a ese defecto de la teoría de Adam Smith, con su ficción de los *bienes* o *productos inmateriales;* con ello no ha logrado sino velar ligeramente lo insensato de sus consecuencias, pero no liberarlas de su sentido materialista. Para él, los productores espirituales o inmateriales sólo son productivos porque son pagados con valores en cambio, y porque sus conocimientos se adquieren sacrificando valores de dicha clase, pero no porque *producen energías productivas.*[2] Para él son sólo capital acumulado. McCulloch va todavía más lejos; dice que el hombre es un producto del *trabajo,* como la máquina que él fabrica, y en su opinión, todas las investigaciones económicas deben ser consideradas desde ese punto de vista. Smith advirtió la exactitud de ese principio, pero no extrajo de él las consecuencias oportunas. Dicho autor infiere de ello que el comer y el beber son negocios productivos. Tomás Cooper estima un buen profesor de derecho americano en 3 000 dólares, es decir, en un valor tres veces más alto que un buen esclavo agrícola.

Los referidos errores y contradicciones de la escuela pueden rectificarse fácilmente desde el punto de vista de la *teoría de las fuerzas productivas.* En efecto, los que crían cerdos, fabrican gaitas o preparan píldoras, son productores, pero los maestros de la juventud y de los adolescentes, los virtuosos, los médicos, los jueces y los administradores, lo son todavía en mayor escala. Aquéllos *producen valores en cambio;* éstos, *fuerzas productivas.* Uno, capacitando para la producción a las generaciones futuras; otro, fomentando la moralidad y la religiosidad en la generación presente; el tercero, colaborando al ennoblecimiento y dignificación del espíritu humano; el cuarto, salvando las energías productivas de sus pacientes; el quinto, garantizando la seguridad jurídica; el sexto, produciendo el orden público; el séptimo, estimulando a la producción, mediante el arte y el placer que procura. En la teoría de los valores, sólo pueden tomarse en consideración estos *productores de energía productiva* en cuanto son remunerados por sus servicios con valores en cambio, y el modo como sus prestaciones son consideradas puede tener, en muchos casos, importancia práctica, como, por ejemplo, en la teoría de los impuestos públicos, en cuanto dichos impuestos han de abonarse con

[2] Entre los numerosos pasajes donde J. B. Say expresa esa opinión, citamos solamente el más reciente del vol. VI, de la *Économie politique pratique,* p. 307: "El talento de un abogado, de un médico, que ha sido adquirido a costa de un sacrificio y que produce una renta, es un valor capital —intransferible, realmente—, pero vinculado a un cuerpo visible, el de la persona que lo posee".

valores de cambio. Ahora bien, cuando se trata de las circunstancias internacionales o colectivas de la nación, esa teoría es insuficiente y conduce a una serie de opiniones limitadas y falsas.

La prosperidad de una nación no es, como cree Say, tanto mayor cuanto mayores son las *riquezas*, es decir, los *valores en cambio acumulados*, sino cuanto más *ha desarrollado sus energías productivas*. Aunque las leyes y las instituciones públicas no producen valores inmediatos, crean, por el contrario, energía productiva, y Say se equivoca al afirmar que los pueblos han llegado a la opulencia bajo cualesquiera formas de gobierno, y que no es posible crear riquezas por medio de las leyes.

El comercio exterior de la nación no puede ser juzgado exclusivamente desde el punto de vista del comerciante individual, y sólo según la teoría de los valores; es decir, teniendo únicamente en cuenta el incremento momentáneo de bienes materiales. La nación debe tener presentes aquellas otras circunstancias que condicionan su existencia, prosperidad y poderío presentes y futuros.

La nación debe sacrificar a los bienes materiales y renunciar a ellos para adquirir energías espirituales y sociales; debe sacrificar ventajas actuales para asegurarse las futuras. Si una energía manufacturera desarrollada en todos los sectores es condición fundamental de un elevado auge de la civilización, de la prosperidad material y del poderío político de la nación, como creemos haber demostrado históricamente; si es cierto, como igualmente demostraremos que en las actuales circunstancias del mundo una energía manufacturera no protegida es incapaz de progresar, en régimen de libre concurrencia con otra robustecida desde hace tiempo y protegida en su propio territorio, ¿cómo es posible demostrar, con argumentos tomados sólo de la teoría de los valores, que lo mismo una nación que un comerciante individual deben comprar sus mercaderías allí donde las encuentren más baratas; que se considere necio fabricar algo que se puede obtener más barato en el extranjero; que se debe confiar la industria de la nación al cuidado de los individuos; que los aranceles protectores son monopolios otorgados a los industriales, a expensas de la nación?

Es cierto que, inicialmente, los aranceles protectores encarecen los artículos manufacturados; pero igualmente cierto es, y hasta ha sido reconocido por la escuela, que con el transcurso del tiempo, una nación capacitada para instituir una perfecta energía manufacturera puede fabricar, en la propia nación, más baratos los productos que importa de

fuera. Así, pues, si con los aranceles protectores se exige un sacrificio de valores, esta pérdida queda compensada por la adquisición de una energía productiva mediante la cual se asegura a la nación para el porvenir no sólo una suma infinitamente mayor de bienes materiales, sino también la independencia industrial para el caso de guerra. Mediante la independencia industrial y la prosperidad interior que de ello resulta, extrae la nación los medios para el comercio exterior, para ensanchar su flota; incrementa su civilización, perfecciona en el interior sus instituciones y robustece su potencialidad hacia el exterior.

Así, cuando una nación llamada a desarrollar una energía manufacturera recurre al sistema protector, procede según el criterio de aquel propietario de una hacienda que con el sacrificio de valores materiales hace aprender un oficio productivo a parte de sus hijos.

A qué aberraciones ha llegado la escuela, juzgando, conforme a la teoría de los valores, circunstancias que en esencia deberían enfocarse conforme a la teoría de las fuerzas productivas, se advierte con claridad meridiana en el juicio que merecen a J. B. Say las primas establecidas por las naciones extranjeras para fomentar su exportación. A ese respecto dice lo siguiente: *Éstos son regalos que se hacen a nuestra nación*. Supongamos que Francia considera un arancel protector de 25% como suficiente para su producción fabril, todavía no consolidada, mientras que Inglaterra otorga una prima de 30% a la exportación: ¿cuál sería la consecuencia de esta donación que los ingleses harían de semejante manera a los franceses? Los consumidores franceses recibirían durante algunos años los productos fabricados que necesitan, a precios más baratos que antes, pero las fábricas francesas quedarían arruinadas, arrojándose millones de personas a la mendicidad, o forzándolas a emigrar, o a lanzarse sobre la agricultura. En el más favorable de los casos, los que hasta entonces fueron consumidores de los labriegos franceses se convertirían en competidores suyos, aumentando la producción en la agricultura y disminuyendo el consumo general. La consecuencia necesaria sería: desvalorización de los productos, caída de los valores, pobreza nacional y debilidad política en Francia. El regalo inglés en valores se pagaría muy caro en energías; parecería al obsequio que el sultán suele enviar a sus pachás: unos preciosos cordones de seda para que se ahorquen.

Desde que los troyanos recibieron de los griegos el regalo de un caballo de madera, siempre ha sido para una nación muy peligroso admitir presentes de otras naciones. Los ingleses han hecho regalos de enorme

valor al Continente, en forma de subsidios, pero las naciones continentales los han pagado muy caros en pérdida de energías. Los subsidios actuaron como una prima a la exportación en favor de las fábricas inglesas y en perjuicio de las alemanas. Si Inglaterra quisiera obligarse hoy a sumunistrar gratuitamente a los alemanes todos los artículos manufacturados necesarios, por espacio de varios años, nosotros no aconsejaríamos que se aceptara semejante oferta. Si en virtud de nuevos inventos, los ingleses se ponen en condiciones de fabricar el lienzo 40% más barato que los alemanes, que utilizan sistemas anticuados de fabricación, y si en los procedimientos nuevos sólo llevan unos años de ventaja a los alemanes, sin protección arancelaria sucumbirá una de las ramas más importantes y antiguas de la manufactura alemana, y ello sería como si un miembro se desprendiera del cuerpo de esa nación. Pero ¿quién se consolaría de la pérdida de un brazo por el hecho de que comprase sus camisas 40% más baratas?

Con frecuencia se les ocurre a los ingleses ofrecer regalos a las naciones extranjeras: la forma de estos presentes es muy distinta, y no es raro que el regalo se haga contra la voluntad de los países interesados. Por su posición como monopolizadores de las manufacturas y del comercio mundial, sus fábricas caen de tiempo en tiempo en una situación que denominan *glut* (superabundancia) y que surge de lo que llaman *overtrading*. Entonces cada productor o comerciante arroja a los barcos sus reservas de mercadería. Transcurridos ocho días esos artículos se ofrecen al 50% de su valor en Hamburgo, Berlín y Francfort, y, después de tres semanas, en Nueva York. Los fabricantes ingleses experimentan una pérdida por el momento, pero salen a flote y se compensan más tarde obteniendo mejores precios. En cambio, los fabricantes alemanes y americanos reciben los golpes que merecían los ingleses, y quedan arruinados. La nación inglesa ve sólo el fuego, y escucha el ruido de la explosión, pero las ruinas caen en otros países, y cuando los habitantes de éstos se lamentan de sus lesiones, los intermediarios dicen que es cosa de la coyuntura. Cuando se piensa con qué frecuencia quedan conmovidos en su base, a consecuencia de tales coyunturas, la capacidad manufacturera, el sistema de crédito, la agricultura, y, en una palabra, la economía entera de las naciones que se hallan en concurrencia libre con Inglaterra, y como estas naciones tienen que indemnizar más tarde a los fabricantes ingleses pagándoles en precios más altos —¿no resulta absurdo que las relaciones mercantiles entre las naciones hayan de ser

reguladas según la teoría de los valores y según los principios cosmopolitas? A pesar de ello, la escuela no ha considerado oportuno esclarecer las causas y efectos de esas crisis mercantiles.

Casi sin excepción, los grandes estadistas de todas las naciones modernas han advertido la gran influencia de las manufacturas y fábricas sobre la riqueza, la civilización y el poderío de las naciones, y la necesidad de protegerlas: así ocurrió lo mismo con Eduardo III que con Isabel, con Federico el Grande como con José II, con Washington como con Napoleón. Sin penetrar en las profundidades de la teoría, el perspicaz talento de estos gobernantes apreció justamente y abarcó en su totalidad la naturaleza de las industrias. Estaba reservado a la escuela de los fisiócratas considerar esa naturaleza desde otro punto de vista, a causa de un razonamiento sofístico. Esa quimera ha desaparecido, destruida por la escuela moderna, pero tampoco ésta se ha liberado de los errores primitivos, sino que todavía se halla más lejos de la realidad. Como ignoraba la diferencia entre energía productiva y valor en cambio, y no investigaba la primera con independencia de la última, sino que la subordinaba a su teoría del valor en cambio, le fue imposible captar la diferencia que existe entre la naturaleza de la energía productiva manufacturera. No advierte que con el auge de una energía manufacturera en un Estado agrícola se aplican y utilizan reservas naturales y de energías instrumentales (lo que la escuela denomina "capital"), que hasta ahora no habían estado en actividad y que nunca actuarían si no surgiera una energía manufacturera en el país; se imagina las cosas como si al establecer una fuerza manufacturera, semejante energía nueva que, lejos de adquirirse a expensas de la energía agrícola, ayuda a ésta a alcanzar un desarrollo más elevado.

XIII. LA DIVISIÓN NACIONAL DE LAS OPERACIONES ECONÓMICAS Y LA CONFEDERACIÓN DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS DE LA NACIÓN

LA ESCUELA debe a su famoso fundador el descubrimiento de aquella ley natural que él denomina *división del trabajo;* pero ni Adam Smith, ni ninguno de sus sucesores, ha investigado fundamentalmente la esencia de esa norma ni la han perseguido en sus más importantes consecuencias.

Ya la frase *división del trabajo* resulta insuficiente por sí sola, y necesariamente debe engendrar un concepto insuficiente o falso.

Existe división del trabajo cuando, en un mismo día, el salvaje va a la caza o la pesca, corta leña, mejora su wigwam y confecciona su yacija, sus redes y su indumentaria; pero también existe *división del trabajo* —como, por ejemplo, dice Adam Smith— cuando diez personas distintas se distribuyen entre sí las diferentes operaciones que comprende la fabricación de un alfiler. Aquélla es una división objetiva del trabajo; ésta, una división subjetiva; aquélla, obstaculiza la producción; ésta, la propulsa. La diferencia esencial entre ambas consiste en que en el primer caso una persona divide su trabajo para poder producir *diversos* objetos, mientras que, en el segundo, *varias* personas se dividen para la producción de un objeto *único.*

Las dos operaciones pueden denominarse con la misma razón *una agrupación para el trabajo*: el salvaje agrupa diversos trabajos en su persona; en la fabricación de alfileres se agrupan diversas personas para una producción común

Evidentemente, la esencia de la ley natural, a base de la cual la escuela explica fenómenos tan importantes en la economía social, no es una *división del trabajo,* sino una *división de diversas operaciones económicas entre distintos individuos,* pero, a la vez, también, una confederación o *agrupación de diferentes actividades, ideas y energías para realizar una produccion común.* El fundamento de la productividad de estas operaciones no radica meramente en el hecho de la *división,* sino sustancialmente en el hecho de la *agrupación.* Adam Smith se da cuenta de ello cuando dice: "los artículos necesarios para los elementos más modestos de la sociedad

son un producto del trabajo conjunto *(joint labour)* y de la cooperación de un cierto número de individuos". Es lástima que Adam Smith no haya desarrollado esta idea del *trabajo social,* tan claramente expresada.

Insistiendo en el ejemplo de una fábrica de alfileres, aducido por Adam Smith, para evidenciar las ventajas de la división del trabajo averigüemos las causas del fenómeno en virtud del cual diez personas, unidas en la fábrica, pueden fabricar un número de alfileres incomparablemente mayor que la suma de los que produciría cada uno de ellos, y advertimos que la división de las operaciones técnicas, sin la *agrupación consiguiente de las energías productivas para una finalidad social,* sólo alcanzaría a elevar muy poco esa producción. Para que se produzca semejante resultado, precisa que los distintos individuos estén intelectual y materialmente unidos, y colaboren entre sí. El obrero que hace las cabezas de los alfileres, debe tener en cuenta el trabajo del que afina las puntas, para no correr peligro de fabricar inútilmente una cantidad mayor. Las prestaciones de trabajo de todos deben guardar entre sí una justa proporción; los obreros han de convivir en lo posible, garantizándose la cooperación entre ellos. Supongamos, por ejemplo, que cada uno de estos diez obreros trabajase en otro país: con mucha frecuencia su cooperación estaría interrumpida por guerras, trastornos en los transportes, crisis mercantiles, etc. El producto se encarecería considerablemente, disminuyéndose, en consecuencia, el beneficio reportado por la división de operaciones. Acaso la eliminación o separación de uno solo, en el conjunto, dejaría a todos inactivos.

Cuando la escuela señala la división de operaciones como esencial de esa ley natural, incurre en el defecto de aplicarla solamente a la fábrica aislada o a la simple explotación agrícola; no advierte que la misma ley extiende su eficacia *al conjunto de la energía manufacturera y agrícola, a la totalidad de la economía de la nación.*

Así como la fábrica de alfileres sólo puede prosperar mediante la cooperación de la energía productiva de los individuos, así también cada especie de fábrica prospera sólo por la cooperación de sus energías productivas con las de todas las demás unidades fabriles. Para que prospere por ejemplo, una fábrica de maquinaria, es preciso que las minas y explotaciones metalúrgicas suministren los materiales necesarios, y que todas las cien especies de fábricas que necesitan máquinas, le tomen sus productos. Sin fábricas de maquinaria, una nación en época de guerra correría el peligro de perder la mayor parte de su energía manufacturera.

Igualmente el conjunto de la industria prospera tanto más frente al conjunto de la agricultura, y esta última frente a aquélla, cuanto mayor es su afinidad, cuanto menos se obstaculizan entre sí, en su recíproca influencia. Los beneficios de su cooperación bajo un mismo poder político, en tiempo de guerra, de diferencias nacionales, crisis mercantiles, trastornos del crecimiento, etc., no es menos evidente que las ventajas de la unión de las personas que colaboran en una fábrica de alfileres, bajo el mismo techo.

Smith afirma que la división del trabajo en la agricultura es menos evidente que en las fábricas; Smith sólo tiene presente la fábrica individual y la hacienda aislada. En cambio, se ha abstenido de extender su principio a regiones y provincias enteras. En ninguna parte tiene una influencia mayor la división de las operaciones técnicas y la cooperación de las energías productivas que cuando cada comarca y cada provincia se halla en una situación que ha de dedicarse de modo exclusivo o predominante a aquellas ramas de producción agrícola para las cuales está especialmente privilegiada por la Naturaleza. En una comarca prosperan singularmente cereales y lúpulo; en la otra, vinos y frutas; en la tercera, madera y ganado, etc. Cuando cada comarca se dedica a todos estos sectores de la producción, es evidente que su trabajo y su suelo no pueden ser, ni de lejos, tan productivo como cuando se consagra preferentemente a aquella rama productiva para la que está especialmente favorecida por la Naturaleza, y cambia sus excedentes en los productos que le son peculiares contra los excedentes de aquellas provincias que poseen una ventaja en la producción de otros artículos de subsistencia y materias primas. Esta división de la operación técnica, esta cooperación de las energías productivas ocupadas en la agricultura sólo puede tener lugar en un país que ha alcanzado el máximo desarrollo en todos los ramos de la industria fabril; en efecto, sólo en un país de esa naturaleza existe una gran demanda de productos diversos, y la demanda de los excedentes de la producción agrícola es tan segura y tan importante, que el productor puede estar seguro de que en fecha próxima, o, por lo menos, en el año siguiente, podrá vender cualquier cantidad de sus productos remanentes a precios convenientes; sólo en semejante país pueden dedicarse importantes capitales a la especulación con productos de la tierra y almacenaje de los mismos, realizándose con provecho grandiosas instalaciones de transporte, como canales y sistemas ferroviarios, líneas de vapores, carreteras bien cuidadas, y sólo cuando existe un sis-

tema de transporte tan perfecto puede cada provincia o comarca transportar el remanente de sus productos peculiares, hasta las provincias más lejanas, recibiendo, por el contrario, los excedentes de productos que son peculiares de estas últimas. Donde cada uno produce lo que consume, no existe oportunidad para el cambio, es decir, no hay necesidad de costosas instalaciones de transporte.

Obsérvese cómo el aumento de las energías productivas aumenta a consecuencia de la discriminación de las operaciones y de la cooperación de las energías individuales: la fábrica prospera tanto más cuanto más diversificadas están sus operaciones técnicas, cuanto más íntimamente están unidos los trabajadores y cuanto más asegurada está la colaboración del individuo con el conjunto. La energía productiva de cada fábrica singular es tanto mayor cuanto más desarrollada está la energía fabril integral del país, en todas sus ramas, y cuanto más íntimamente está unida con todos los demás ramos de la producción. La energía productiva agrícola es tanto mayor cuanto más íntimamente está unida en los aspectos local, comercial y político. En proporción a este desarrollo de la energía fabril se desarrollará la división de las operaciones técnicas y la cooperación de las energías productivas en la agricultura, elevándose ésta al grado máximo de perfección. Poseerá la máxima energía productiva, y, en consecuencia, será más rica aquella nación que haya desarrollado del modo más perfecto las energías fabriles en todos los sectores, dentro de sus límites, y cuyo territorio y producción agrícola sean suficientemente grandes para proveer la población fabril con la mayor parte de los artículos de subsistencia y materias primas que les son necesarios.

Consideremos ahora el reverso de este argumento: una nación que sólo posee agricultura, y cuyas industrias son, en cambio, raquíticas, carece de la división primordial y más notable de las operaciones técnicas entre sus habitantes, y de la mitad más importante de las energías productivas; carece, incluso, de una división útil en las operaciones técnicas en los distintos ramos de la agricultura. Una nación tan incompleta nunca llegará a ser la mitad de productiva que una nación completa; aunque el territorio de aquélla sea tan grande o mayor, y el número de habitantes sea de igual cuantía, o más considerable, la energía productiva posiblemente sólo será la quinta, y aun la décima parte, de aquellas riquezas materiales que puede producir una nación completa, por la razón misma según la cual en una fábrica muy complicada diez personas no sólo producen diez veces, sino acaso treinta veces más que *una* sola;

por la misma razón que *un* hombre con *un* brazo no sólo trabaja la mitad, sino infinitamente menos que *otro* con *dos*. Esta pérdida de las energías productivas será tanto mayor cuanto más pueda ser impulsado el trabajo fabril mediante máquinas, y cuanto menos máquinas sean aplicables a la agricultura. Una porción de la energía productiva que de este modo resulta perdida para la nación agrícola, beneficia a aquella nación que suministra sus productos fabricados a cambio de productos agrícolas. Sólo existirá, sin embargo, una pérdida positiva cuando la nación agrícola haya alcanzado ya la etapa de civilización y de desarrollo político que se requiere para el establecimiento de la energía manufacturera. Si todavía no ha alcanzado esa etapa, si vive en un estado bárbaro o semicivilizado, si su energía productiva agrícola aún no ha rebasado el nivel inicial, la importación de artículos extranjeros y la exportación de productos agrícolas puede aumentar considerablemente su bienestar, de año en año, y suscitar y desarrollar en conjunto sus energías espirituales y sociales; si este tráfico no está impedido por prohibiciones de importación de materias primas del extranjero, o por guerras, o si el territorio de la nación agrícola se halla situado en la zona tórrida, entonces el beneficio será de igual importancia por ambas partes, porque bajo la influencia de semejante cambio de los productos nacionales contra los artículos extranjeros, una nación así llegará de modo incomparablemente más rápido y seguro a la civilización y al desarrollo de sus energías productivas que si tuviera que desarrollarse espontáneamente por sí misma. Pero si la nación agrícola ha alcanzado ya el punto culminante de su evolución agrícola, en cuanto ese punto es asequible por la influencia del comercio exterior, o si la nación fabril se niega a tomar de la nación agrícola sus productos a cambio de los que aquélla fabrica, y entonces, a causa de la feliz competencia de la fabricación en los mercados de la nación agrícola, no pueden crearse fábricas en esta última, la energía productiva agrícola de la nación agricultora se verá en peligro de quedar anquilosada.

Denominamos *agricultura anquilosada* a aquella situación en la cual, a falta de una energía manufacturera ya consolidada o en paulatino desarrollo, todo el incremento de población se arroja sobre la agricultura, consume el excedente de productos agrícolas, en caso de existir, emigra o se distribuye el terreno disponible, con los agricultores ya existentes, hasta que la posesión de cada familia se hace tan pequeña que a duras penas produce lo necesario en materias primas y artículos alimenticios, pues no logra un excedente de importancia que le permita obtener, en

cambio, los productos fabriles necesarios. En la evolución normal de las energías productivas, la mayor parte del aumento de población de una nación agrícola, en cuanto ha alcanzado un determinado nivel de desarrollo, se incorpora a las fábricas, y el excedente de los productos agrícolas deberá servir, de una parte, para suministrar medios de subsistencia y materias primas a la población fabril, y, de otra parte, para procurar a los agricultores artículos fabricados, máquinas y herramientas que necesitan para su consumo y para el aumento de su producción.

Cuando esta proporción se establezca en tiempo oportuno, la energía productiva agrícola y la industrial se exaltarán recíprocamente y hasta el infinito; la demanda de productos agrícolas por parte de la población industrial será tan importante, que en la agricultura no podrá aumentar considerablemente el número de los trabajadores, ni podrá producirse tampoco una mayor parcelación de los terrenos existentes que la necesaria para alcanzar un excedente de productos lo más elevado posible. En la medida alcanzada por este excedente, la población ocupada en la agricultura se hallará en condiciones de consumir los productos de los obreros fabriles. Un incremento creciente del excedente de productos agrícolas traerá como consecuencia un incremento progresivo de la demanda de obreros fabriles. Por consiguiente, el remanente de la población agrícola encontrará de modo continuado su sustento en las fábricas, y la población fabril, en definitiva, no sólo se igualará numéricamente a la agrícola, sino que la superará con creces. Ésta es la situación de Inglaterra; aquélla, la de una parte de Francia y Alemania. Inglaterra se vio conducida desde tiempos muy remotos a esa discriminación de las operaciones técnicas entre las dos ramas principales de la industria, sobre todo a causa de sus rebaños de ganado lanar y de sus fábricas, sectores, ambos, que atendió mucho antes que otros países. En otras naciones la agricultura se congestionó principalmente bajo la influencia del dominio feudal y del derecho de aprehensión. La posesión de la tierra sólo aseguraba prestigio y dominio cuando se disponía de un cierto número de vasallos que el señor utilizaba como auxiliares en sus luchas. Cuantos más vasallos, tanto mayor era el número de los combatientes. Por otra parte, y dada la penuria de las circunstancias, era imposible al señor de la tierra consumir sus rentas de otro modo que mediante el sostenimiento de un crecido número de servidores, y de ninguna otra manera podía dar a éstos una soldada y vincularlos a su persona sino concediéndoles un trozo de tierra para su cultivo, a cambio de un servicio personal y de

un pequeño tributo en especie. De este modo se pusieron las bases para una excesiva y artificial parcelación de la tierra; cuando actualmente los poderes públicos tratan de modificar de nuevo esa situación, no hacen sino restituir las cosas a su primitivo estado.

Para contener el constante anquilosamiento de las energías agrícolas de una nación y lograr una solución en este orden de cosas, provocado por antiguas instituciones, no existe, aparte de la emigración, otro medio que el de instituir una energía manufacturera nacional que pueda absorber el crecimiento de la población, creando una mayor demanda de productos agrícolas, haciendo más beneficiosa la explotación de las grandes haciendas rústicas y estimulando al agricultor para que extraiga de sus tierras el excedente de producción más elevado posible.

La energía productiva del agricultor y del obrero agrícola será siempre mayor o menor según se realice con más o menos facilidad el cambio de productos agrícolas contra productos fabricados. Ya hemos demostrado en otro capítulo, a base del ejemplo de Inglaterra, que en este aspecto el comercio exterior puede ser muy estimulante para una nación poco adelantada. En cambio, cuando se trata de una nación que ha alcanzado un respetable nivel de cultura, capital y población, el desarrollo de una energía manufacturera adecuada puede ser para su agricultura infinitamente más ventajoso que un floreciente comercio exterior sin manufacturas, porque de ese modo se asegura contra todas las fluctuaciones causadas por la guerra o por las restricciones o crisis mercantiles; porque ahorra la mayor parte de los costos de transporte y beneficios mercantiles relacionados con el envío de los productos y la recepción de los artículos fabricados; porque saca ventajas inmensas de las mejoras del transporte provocadas por la industria fabril, desarrollando con ello una masa de energías personales y naturales que hasta entonces habían permanecido ociosas, y *porque, en términos generales, la recíproca influencia entre energía manufacturera y energía agrícola es tanto más considerable cuanto mayor es la afinidad que existe entre el agricultor y el industrial, y cuanto menores son las perturbaciones de todo género que se oponen al intercambio de sus respectivos productos.*

En mis cartas del año 1828 al señor Charles J. Ingersoll, presidente de la Sociedad para el Fomento de las Artes y Oficios en Filadelfia *(Outlines of a new system of political economy)*, traté de exponer con claridad, del siguiente modo, las ventajas de una asociación de la energía manufacturera con la agricultura en un mismo país y bajo un mismo dominio

político: "Supongamos que no conocéis el arte de moler el grano, lo que seguramente en su tiempo era un gran arte; supongamos, además, que ignoráis el arte de cocer el pan, del mismo modo que, según Anderson, el verdadero arte de la salazón del arenque era desconocido para los británicos todavía en el siglo XVII; supongamos, también, que tuviéseis que enviar vuestros granos a Inglaterra para hacer allí harina y cocer el pan. ¿Qué cantidad de ese grano retendrían los ingleses como remuneración por la molienda y la cocción? ¿Cuánto consumirían los acarreadores, los navegantes, los mercaderes, que exportaran el trigo e importaran el pan? ¿Qué cantidad de cereales volvería de nuevo a las manos de quienes los cultivaron? No nos fijemos en que con ello tendría mucho que hacer el comercio exterior; en cambio, resultaría muy dudoso que ese tráfico fuese de utilidad para el bienestar y la independencia de la nación. Imagínese cuál sería, en caso de una guerra entre este país (Norteamérica) e Inglaterra, la situación de quienes produjesen trigo para los molinos y panaderías de Inglaterra, y por otro lado, la situación de aquellos otros que estuviesen habituados a la calidad del pan inglés. Pero del mismo modo que el bienestar económico del cultivador exige que el molinero viva cerca de él, así el bienestar del agricultor en su conjunto exige que el industrial se halle viviendo también en lugar cercano; así, el bienestar del campo requiere que en su centro se halle una próspera e industriosa ciudad; así reclama el bienestar de la agricultura entera de un país que la propia energía manufacturera del mismo alcance el mayor desarrollo posible".

Comparemos la situación de la agricultura en las proximidades de una populosa ciudad con la situación de la misma en provincias distantes. En este último supuesto, el agricultor sólo plantará, con destino a la venta, aquellos productos que permiten un transporte prolongado, y que no pueden ser suministrados a precios más baratos y en mejores calidades por comarcas más cercanas a la ciudad. Una gran parte del rendimiento queda absorbido por los gastos de transporte. Al agricultor le resulta difícil encontrar capitales que podría emplear provechosamente en su propia explotación. A falta de mejores ejemplos y de medios de cultura, no será fácil que en esas comarcas penetren instrumentos más perfeccionados y nuevos sistemas de cultivo. Carente de buenos modelos, de estímulos para elevar su esfuerzo y su competencia, la energía productiva sólo tendrá un tenue desarrollo, e imperarán, en cambio, la holganza y la desocupación.

Por el contrario, en las cercanías de la ciudad, el agricultor se halla en excelentes condiciones para utilizar la más pequeña parcela de terreno con los cultivos que mejor correspondan a la naturaleza de la tierra Así producirá con provecho los productos más distintos: hortalizas, aves de corral, huevos, leche y manteca, frutas, y, en general, aquellas cosas que el agricultor habitante de lejanas comarcas considera como insignificantes, le procurarán elevados rendimientos. Mientras que aquél se limita a la trashumante ganadería, éste podrá sacar mayores ventajas del ganado de cría y se sentirá estimulado a perfeccionar el cultivo de plantas forrajeras. El agricultor cercano a la ciudad utilizará con gran provecho una cantidad de objetos que para el agricultor lejano son de valor nulo o insignificante; por ejemplo, la piedra, la arena, la energía hidráulica, etc. Las mayores y mejores máquinas e instrumentos, así como todos los medios para su cultura, están al alcance de su mano. Le será fácil, además, obtener los capitales necesarios para el mejoramiento de su economía. Hacendados y trabajadores se verán estimulados a aplicar todas sus energías espirituales y corporales para mejorar su condición, por los placeres que la ciudad les ofrece, por la competencia que entre ellos se suscita, y por la facilidad de lograr un rendimiento para sus esfuerzos. Exactamente la misma diferencia existe entre una nación que reúne en su territorio la agricultura y las manufacturas, y una nación que cambia los propios productos agrícolas por artículos manufacturados del exterior.

El estado social entero de una nación debe juzgarse según el *principio de la división de operaciones técnicas y de la cooperación de las fuerzas productivas*. Lo que para la fábrica de alfileres es el alfiler mismo, es el bienestar nacional para la gran sociedad que se denomina nación. La *división más elevada de las operaciones económicas* en la nación es aquella que las distingue en *espirituales* y *materiales*. Ambos sectores se condicionan recíprocamente. Cuanto más contribuyen los productores espirituales al fomento de la moralidad, de la religiosidad, del progreso, del incremento del saber, de la expansión de la libertad y del perfeccionamiento político, de la seguridad de las personas y de la propiedad en el interior, de la autonomía y potencialidad de la nación hacia el exterior, tanto mayor será la producción material; cuantos más bienes producen los productores materiales, tanto más se fomenta como consecuencia la producción espiritual.

La división culminante de las operaciones económicas y la *máxima; cooperación* de las *energías productivas* en la *producción material* es la que existe entre

agricultura y manufactura. Ambos sectores se condicionan recíprocamente, como ya hemos dicho.

Como en la fábrica de alfileres, así también en la nación la productividad de cada individuo, de cada ramo singular de la producción y del conjunto descansan, en definitiva, sobre el hecho de que la actividad de todos los individuos se halle en una justa proporción mutua. Denominamos a esta relación *equilibrio* o *armonía de las energías productivas.* Una nación puede tener numerosos filósofos, filólogos y literatos, y en cambio pocos técnicos, comerciantes y marinos. Ello es la consecuencia de una cultura adelantada y docta, que no está apoyada por una progresiva fuerza manufacturera y por un comercio extenso en el interior y en el exterior; es como si en una fábrica de alfileres se produjeran muchas más cabezas que puntas. Las cabezas de alfiler superfluas en semejante nación son: una masa de iibros inútiles, de sistemas ingeniosos y de disputas académicas, o sea un ambiente en que el espíritu de la nación se entenebrece más que se cultiva, apartándose de ocupaciones útiles, y en el que la energía productiva nacional queda obstaculizada en su progreso, como cuando la juventud cuenta con muchos más sacerdotes que maestros, cuando hay excesivos soldados y pocos políticos, muchos administradores y pocos jueces y defensores del derecho

Una nación que sólo se dedica a la agricultura es un individuo al que en su producción natural le falta un brazo. El comercio es mediador entre la energía agrícola y la manufacturera, y entre sus distintos sectores. Una nación que cambia productos agrícolas por artículos manufacturados en el extranjero es un individuo con un brazo, que necesita el apoyo de un brazo ajeno. Este apoyo le es útil, en efecto, pero no tanto como si los dos brazos fueran suyos, porque su actividad depende de la arbitrariedad ajena. En posesión de una energía manufacturera propia puede producir tantos artículos de subsistencia y materias primas como consumen las propias manufacturas; si depende de las manufacturas extranjeras, sólo puede producir tanto excedente de artículos como las naciones extranjeras no puedan producir por sí mismas, y se vean obligadas a comprar en el exterior.

Del mismo modo que entre las distintas comarcas de un país, existe la división del trabajo y la cooperación de las energías productivas entre las distintas naciones de la tierra. Aquélla tiene como medio el comercio interior o nacional; ésta, el internacional. Ahora bien, la cooperación internacional de las energías productivas es cosa imperfecta, ya que

frecuentemente queda interrumpida por guerras, medidas políticas, crisis industriales, etc. Aunque esa cooperación es la más excelsa puesto que permite tener relacionados entre sí los distintos países de la tierra, es, sin embargo, la menos importante en relación al bienestar de las naciones individuales más adelantadas, cosa que la escuela reconoce cuando afirma que el mercado interior de una nación es incomparablemente más importante que el exterior. De ello resulta que interesa a toda gran nación hacer objeto principal de sus esfuerzos la cooperación *nacional* de las energías productivas, y subordinar a ella la internacional.

Tanto la *división internacional* como la *nacional del trabajo* están condicionadas de modo general por el clima y la naturaleza. No se puede producir en todos los países el té como en China, las especias como en Java, el algodón como en Luisiana, o el trigo, la lana, las frutas y los artículos manufacturados como en los países de la zona templada. Sería absurdo que una nación pretendiera procurarse por medio de la división nacional del trabajo, esto es, mediante la producción en el interior, aquellos productos que puede procurarse mejores y más baratos recurriendo a la división internacional del trabajo, o sea mediante el comercio exterior; del mismo modo revela una falta de cultura nacional o de actividad nacional el hecho de que una nación no utilice todas las energías naturales de que dispone, para satisfacer sus necesidades interiores y procurarse, por medio de su remanente de productos, los artículos que necesita para sus necesidades, artículos cuya producción le está prohibida, en el propio país, por razón de naturaleza.

Los países favorecidos por la Naturaleza, respecto a la división nacional y a la internacional del trabajo son evidentemente aquellos cuyas tierras producen los mejores elementos de subsistencia, en mejor calidad y en mayor cantidad, y cuyo clima es el más estimulante para las actividades del cuerpo y del espíritu: es decir, los *países de la zona templada.* En efecto, en estos países prospera preferentemente la energía manufacturera, en virtud de la cual la nación no sólo alcanza el grado más elevado de desarrollo espiritual y social y de poderío político, sino que también logra hacerse tributarios, en cierto modo, los países de la zona cálida y las naciones menos adelantadas. Por esta razón son los países de la zona templada los llamados a llevar a su máximo perfeccionamiento la división nacional del trabajo y la división internacional del trabajo para su enriquecimiento.

XIV. LA ECONOMÍA PRIVADA Y LA ECONOMÍA NACIONAL

HEMOS demostrado históricamente que la unidad de la nación es requisito fundamental de un bienestar duradero, y hemos mostrado que sólo cuando el interés privado se subordina al nacional, y cuando una serie de generaciones persiguen el mismo fin, llegan las naciones a un desarrollo armónico de las energías productivas; hemos revelado también cómo sin el esfuerzo unificado de los individuos que conviven en una misma época y de las generaciones subsiguientes la industria privada no puede prosperar. Igualmente hemos intentado exponer cómo la ley de unificación de energías revela sus benéficos efectos en la fábrica aislada, y cómo actúa también, con la misma intensidad, en la industria de naciones enteras. En el presente capítulo tenemos que demostrar cómo la escuela ha disfrazado su desconocimiento de los intereses nacionales y de los efectos de la unión nacional de energías confundiendo los fundamentos de la economía privada con los de la economía nacional.

"Lo que es prudente en la economía privada —dice Adam Smith— difícilmente puede llegar a constituir una insensatez en la economía de las grandes naciones. Cuando persigue su propio interés cada individuo fomenta también de modo necesario los intereses de la sociedad. Evidentemente, como cada individuo conoce del modo más perfecto las circunstancias locales y su negocio, le dedica la maxima atención, y está en mejores condiciones que el estadista y el legislador para juzgar cuál es la mejor aplicación que puede darse a sus capitales. Quien se atreva a dar normas al pueblo para explicarle cómo debe invertir sus capitales, no solamente se toma un trabajo vano, sino que se atribuye una autoridad que sólo al individuo corresponde, y que por ningún concepto puede confiarse a aquellas personas que a juicio propio se consideran aptas para realizar tan difícil misión." De ello deduce Adam Smith lo siguiente: Las limitaciones mercantiles hechas con propósito de estimular la industria nacional son pura locura; cada nación, como cada individuo, debe comprar donde las mercancías se le ofrecen más baratas; para alcanzar el máximo grado de bienestar nacional basta seguir el principio del *laissez*

faire, laissez passer. Smith y Say comparan una nación que quiere fomentar su industria mediante aranceles proteccionistas a un sastre que pretendiera confeccionar sus propios zapatos, y a un zapatero que para aumetar su bienestar impusiera un tributo a cuantos traspasaran el umbral de su casa. Como todos los errores de la escuela, también incurre en éste, hasta el extremo, Tomás Cooper, en su libro dirigido contra el sistema productor americano.[1] "La Economía política —dice— viene a coincidir con la economía privada de todos los individuos; la *Política* no es una porción esencial de la *Economía politica;* sería insensato creer que la sociedad es algo distinto de los individuos que la integran. Cada individuo sabe mejor que nadie cómo debe emplear su trabajo y su capital. La riqueza de la sociedad no es otra cosa que la agregación de la riqueza de todos los individuos, y si cada individuo procura por sí mismo mejor que nadie, el pueblo más rico será aquél en el cual cada individuo se confíe a sí mismo." Los partidarios del sistema proteccionista americano oponían lo siguiente al argumento aducido por los comerciantes importadores en favor del librecambio: Las leyes americanas de navegación habían incrementado vigorosamente la navegación, el comercio exterior y las pesquerías de los Estados Unidos, y todos los años se invirtieron varios millones para la flota, con objeto de proteger la navegación; según la teoría, esas leyes y ese gasto eran tan reprobables como los aranceles protectores.

"¡Ciertamente —exclama el señor Cooper— no hay comercio marítimo que valga una guerra naval; los comerciantes harán bien en protegerse a sí mismos!"

De este modo la escuela que ha empezado por ignorar la nacionalidad y los intereses nacionales, termina por poner enteramente en tela de juicio su ciencia, y por confiar los individuos a sus energías individuales, incluso respecto a su defensa.

¿Cómo? ¿La sabiduría de la economía privada es la sabiduría de la economía nacional? ¿Es consustancial a los individuos que tengan en cuenta las necesidades de los siglos futuros, como es natural respecto de la nación y del Estado? Considérese, por ejemplo, la primera fundación de una ciudad americana: cada individuo, abandonado a sí mismo, procuraría sólo por sus propias necesidades o a lo sumo por las de su inmediata descendencia; en cambio, todos los individuos reunidos en una sociedad procuran por la comodidad y las necesidades de las generacio-

[1] *Lectures on Political Economy*, por Thomas Cooper, pp. 1, 15, 19, 117.

nes venideras; la generación viva queda sometida a privaciones y sacrificios que ningún ser racional podría esperar de los individuos. Además, un individuo aislado ¿podría tener en cuenta, en el régimen de su economía privada, la defensa el país, la seguridad pública, y todas las mil finalidades sólo asequibles con la ayuda de la sociedad en su conjunto? ¿No exige la nación que los individuos limiten su libertad de acuerdo con esos fines? ¿No les exige incluso que sacrifiquen una parte de sus ganancias, una porción de su trabajo espiritual y corporal, e incluso su vida misma? Antes de que esa norma pueda realizarse, es preciso, como Cooper, eliminar todos los conceptos de Estado y de nación.

No. En la economía nacional puede ser juicioso lo que sería necio en la economía privada, y a la inversa, por la sencilla razón de que un sastre no es una nación, y una nación no es un sastre; porque una familia es cosa completamente distinta de una asociación de millones de familias, y un hogar algo diferente de un gran territorio nacional.

Aunque es el individuo quien mejor conoce y percibe su propio interés, cuando posee libertad de acción no siempre propulsa los intereses de la sociedad. Preguntemos a los jueces y sabremos cómo a veces envían ciertos individuos a la cárcel por un exceso de capacidad inventiva, por una excesiva actividad "industrial". Ladrones, rateros, contrabandistas y falsarios conocen perfectamente las condiciones locales y personales, y aplican la más estrecha atención a su negocio; pero de ello no se deduce en modo alguno que donde mejor esté la sociedad sea allí donde individuos de esa ralea encuentran menos trabas para el ejercicio de su "industria" privada.

El procurador público se encuentra en mil ocasiones obligado a restringir la economía privada. Prohíbe al armador tomar esclavos a bordo en la costa occidental de África, y transportarlos a América: establece normas para la construcción de vapores y dicta ordenanzas para la navegación marítima, a fin de que los pasajeros y tripulantes no sean sacrificados a la codicia y arbitrariedad de los capitanes. Recientemente se han planeado en Inglaterra determinadas reglas para la construcción marítima, porque se había establecido una diabólica alianza entre las compañías aseguradoras y los armadores, por culpa de la cual cada año eran sacrificados a la codicia privada miles de vidas humanas, y artículos por valor de varios millones. En América del Norte, el molinero queda obligado, so pena de multa, a que el barril contenga por lo menos 198 libras de buena harina, y para todos los artículos en el mercado existen

inspectores, aun cuando en ningún país se respeta tanto como en éste la libertad individual. Por doquier se considera deber general asegurar al público contra el peligro y el perjuicio: así ocurre con el comercio de artículos alimenticios, con la venta de medicamentos, etcétera.

"Pero los casos aludidos —argüirá la escuela— se refieren a transgresiones jurídicas contra la propiedad y las personas, no al comercio honorable con materias útiles, ni a la actividad inocua y útil de los particulares; ningún derecho tiene el poder público para limitar estas actividades." Ciertamente no, en cuanto son inocuas y útiles; pero lo que en el tráfico mundial es inocuo y útil, puede ser nocivo y peligroso en el tráfico nacional, y a la inversa. En situación de paz, y considerada desde el punto de vista cosmopolita, la piratería es una industria peligrosa; en situación de guerra esa actividad se ve estimulada por los gobiernos. El homicidio deliberado de un hombre es un delito, en situación de paz; durante la guerra es un deber. El tráfico con pólvora, plomo y armas está permitido en época de paz; pero en estado de guerra quien entrega materias de esa índole al enemigo es castigado como traidor.

Por la misma razón el poder público no sólo está autorizado sino obligado a limitar y regular, en beneficio de la nación, un tráfico cualquiera, aunque sustancialmente sea inocuo. Al establecer prohibiciones y aranceles protectores no indica a los individuos en qué forma deben emplear sus energías y capitales productivos, tal como pretende sofísticamente la escuela. No dice a éste: debes invertir primero tu capital en la construcción de un barco, o en la instalación de una manufactura; o a aquél: tú debes ser capitán de marina, o ingeniero civil, sino que deja al arbitrio de cada individuo determinar cómo y cuándo colocará sus capitales, o qué profesión será la más conveniente. Se limita a decirlo siguiente: es ventajoso para nuestra nación que fabriquemos tales o cuales artículos manufacturados; ahora bien, como nunca podremos lograr esa ventaja por la libre concurrencia con el extranjero, la hemos limitado en la justa medida para dar las adecuadas garantías a quienes dedican sus capitales a esta nueva rama industrial, y a quienes consagran a la misma sus energías corporales y espirituales; garantías para que no pierdan sus capitales ni fracasen en su profesión vital, y para estimular a los extranjeros a que nos favorezcan con sus energías productivas. De este modo la nación no limita la industria privada; por el contrario, procura a las energías personales, a las fuerzas naturales y al capital de la nación un campo de actividad mayor y más amplio. Para ello no realiza lo que

los individuos sabían mejor y podían hacer mejor que ella misma; por el contrario, hace algo que los individuos no podrían hacer por sí mismos, aunque quisieran.

La afirmación de la escuela según la cual el sistema proteccionista fomenta intervenciones antijurídicas y antieconómicas del poder del Estado en el incremento de capital y en la industria de los particulares, aparece a una luz menos ventajosa si consideramos que las regulaciones mercantiles *extranjeras* son las causantes de semejantes intervenciones en *nuestra* industria privada, y que sólo mediante el sistema proteccionista podremos evitar los efectos nocivos de la política mercantil extranjera. Cuando los ingleses cierran sus mercados a nuestros granos ¿qué otra cosa hacen sino prohibir a nuestros agricultores cultivar cereales que hubiesen podido exportar a Inglaterra en régimen de libre importación? Cuando gravan nuestras lanas, nuestros vinos, nuestra madera para la construcción, con aranceles tan altos que cesa en su totalidad o en gran parte nuestra exportación al extranjero ¿qué otra cosa sucede con ello sino que el poder político inglés ha limitado relativamente la mencionada rama de producción? En estos casos mediante la *legislación extranjera* se da a *nuestros* capitales y a *nuestras* energías personales una orientación que difícilmente hubieran adoptado sin tales medidas. De aquí resulta que si quisiéramos renunciar a dar, mediante *nuestra* legislación *propia*, a *nuestra* industria nacional, una dirección adecuada a las conveniencias de *nuestra* nación, no podríamos impedir que las naciones *extranjeras* regularan nuestra industria nacional de una forma adecuada a *su propia* ventaja efectiva o presunta, y que en todo caso influyera perjudicialmente sobre el desarrollo de nuestras energías productivas. ¿Es, sin embargo, más razonable y adecuado al beneficio de nuestros connacionales que hagamos regular nuestra industria privada por una legislación nacional extranjerizada, según los intereses nacionales de otros países, que si los regulamos conforme a la propia legislación y de acuerdo con nuestros intereses? El agricultor alemán o americano ¿se siente menos limitado cuando tiene que examinar cada año las actas parlamentarias inglesas para saber si es oportuno ampliar o reducir la producción de cereales o de lana, que si la legislación propia limitara sus importaciones de artículos manufacturados extranjeros, pero al mismo tiempo asegúrase para sus productos un mercado del que nunca puede verse privado por las legislaciones extranjeras?

Cuando la escuela pretende que el arancel protector asegura a los

fabricantes nacionales un monopolio en perjuicio de los consumidores del país, pone en juego una esgrima equivocada. En efecto, cada individuo en la nación es libre de participar en las ventajas del mercado nacional asegurado a la industria del país; en todo caso, no es ningún monopolio privado, sino un privilegio que se otorga a todos los súbditos de nuestra nación, frente a los ciudadanos de naciones extranjeras, siendo tanto más justo porque los súbditos de naciones extrañas poseen para sí mismos el mismo monopolio, y así quedan equiparados a ellos nuestros nacionales. No se trata ni de un privilegio en beneficio exclusivo de los productores ni de un perjuicio exclusivo para los consumidores. En efecto, si los productores establecen en un principio elevados precios, corren un riesgo enorme y tienen que afrontar aquellas pérdidas extraordinarias y sacrificios que son inherentes a una industria en sus comienzos. Pero todos estos beneficios extraordinarios no alcanzan límites desusados ni se eternizan, porque también los consumidores quedan asegurados por la competencia interior subsiguiente, y que, por regla general, restringe considerablemente los precios mucho más que si se hubiera padecido la libre competencia del extranjero. Aunque los agricultores, que son los principales consumidores del industrial, hayan de pagar elevados precios, ese perjuicio queda sobradamente compensado por el aumento de la demanda de productos agrícolas y por los precios elevados.

La confusión entre la teoría de los valores y la teoría de las fuerzas económicas engendra otro sofisma, cuando de la norma según la cual *la riqueza nacional es sólo el conjunto de la riqueza de todos los individuos, que el interés privado de cada individuo estimula a la producción y a la acumulación de riquezas mucho mejor que pudieran hacerlo las normas del Estado,* la escuela quiere sacar la conclusión de que la industria nacional prosperaría mucho más si cada individuo pudiera quedar en libertad de dedicarse sin obstáculo alguno a la operación de acumular riquezas. Cabría admitir la veracidad de esa norma, sin que de ello se dedujera lo que la escuela pretende. Como hemos demostrado ya en un capítulo anterior, no se trata de incrementar mediante restricciones mercantiles, de modo inmediato, la *suma de los valores en cambio de la nación,* sino *la suma de sus fuerzas productivas.* Creemos haber demostrado hasta la saciedad, en el capítulo precedente, que la suma de las energías productivas de la nación no coincide con el agregado de las energías productivas de todos los individuos, singularmente considerados, y que la suma de estas energías se halla principalmente condicionada por la situación social y política, en

particular por el grado en que la nación ha llevado a cabo en su seno la división del trabajo y la cooperación de las energías productivas.

Este sistema ve en todas partes sólo individuos, que se hallan entre sí en relación de tráfico libre e ilimitado, y que se bastan a sí mismos cuando se les abandona a su natural instinto; el de perseguir su interés privado. Evidentemente esto no constituye un sistema de economía nacional sino un sistema de economía privada del género humano, tal como podría existir sin intervención del poder público, sin guerras, sin normas mercantiles hostiles impuestas desde fuera. En ninguna parte se demuestra por qué medios las naciones actualmente prósperas se han elevado a aquel nivel de poderío y bienestar en que ahora se mantienen, y por qué distintas causas otras naciones han perdido el grado de bienestar y de dominio que antes poseían. Con ello se puede aprender cómo en la industria privada se asocian la energía natural, el trabajo y el capital, para operar el cambio de productos valiosos; y de qué modo se distribuyen entre los seres humanos y son consumidos por ellos. Nada se dice, por el contrario, de los medios que han de aplicarse para poner en actividad y valorar las energías naturales de que dispone una nación entera, y para elevar una nación pobre y desamparada al bienestar y al poderío, porque la escuela, apartando de sí todo género de política, ignora la situación especial de cada nación, y sólo se preocupa del bienestar del género humano en su conjunto. Cuando se habla del comercio internacional, siempre se contrapone el individuo de la propia nación al de la extranjera; siempre se mencionan solamente ejemplos del comercio privado entre mercaderes individuales; siempre se habla tan sólo de mercancías en general (sin tener en cuenta si se trata de productos o de artículos fabricados) con propósito de probar que para el bienestar de la nación es completamente indiferente que las exportaciones e importaciones consistan en dinero, en materias primas o en productos elaborados, o que estén equilibradas o no. Cuando, por ejemplo, nos horrorizamos de las crisis mercantiles que son en Norteamérica una plaga nacional, y consultamos la teoria para averiguar los medios de evitarlas o mitigarlas, la escuela nos deja sin consuelo ni enseñanza; incluso resulta para nosotros imposible examinar científicamente ese fenómeno, porque so pena de ser obtenidos por obscurantistas o ignorantes, ni una sola vez siquiera podemos pronunciar la palabra *balanza mercantil*, a pesar de que este término resuena en todas las asambleas legislativas, en todas las oficinas de administración y en todas las Bolsas. En bien de la humani-

dad se nos obliga a admitir que la exportación y la importación se equilibran automáticamente en todo momento, y no importa que leamos en informes públicos cómo el Banco de Inglaterra toma las cosas por su cuenta, sin tener en consideración que existen leyes cerealistas que dificultan a los agricultores de los países que trafican con Inglaterra pagar con productos su consumo de artículos fabricados.

La escuela no distingue entre las naciones que han alcanzado un alto grado de cultura económica y aquellas otras que se encuentran en un grado más bajo. En términos generales pretende excluir la influencia del poder público; en todas partes, el individuo estará tanto más capacitado para producir, cuanto menos se ocupe de él el Estado. Realmente y según esta doctrina los pueblos salvajes deberían ser los más ricos y productivos de la tierra, porque en ningún lugar se halla cada individuo más confiado a sí mismo que en el estado salvaje, y en ningún lugar es menos sensible la influencia de los poderes públicos.

La Estadística y la Historia enseñan, por el contrario, que la necesidad de que intervenga el poder legislativo y la administración es tanto más evidente cuanto más desarrollada está la economía de la nación. Del mismo modo que, en términos generales, la libertad individual es respetable, en cuanto no se opone a los fines de la sociedad, así la industria privada puede aspirar tan sólo, racionalmente, a una actividad ilimitada, en cuanto ésta es compatible con el bienestar de la nación. En cambio, cuando la actividad de los individuos no es suficiente para lograr ese fin, o cuando puede ser nociva para la nación, reclama con razón el apoyo de la energía nacional conjunta, y se somete en interés propio a las restricciones legislativas.

Cuando la escuela presenta la libre competencia entre los productores como el medio más seguro para fomentar el bienestar del género humano, está perfectamente justificada, desde su punto de vista. Presuponiendo una unión universal toda limitación al tráfico honorable de mercancías entre distintos países resulta irracional y perniciosa. Pero en cuanto otras naciones subordinan los intereses generales de la humanidad a sus intereses nacionales, es insensato hablar de libre competencia entre los individuos de las distintas naciones. Los argumentos de la escuela en favor de la competencia libre sólo son aplicables al tráfico entre los ciudadanos de una misma nación. Por consiguiente, toda gran nación debe constituir en sí misma un conjunto que sólo pueda traficar con otras entidades de la misma especie en aquello que sea compatible

con sus especiales intereses sociales. Estos intereses son, sin embargo, sumamente distintos de los intereses privados de todos los individuos aislados de la nación, cuando cada individuo se considera como cosa sustantiva y no en su condición de miembro de la sociedad nacional, y cuando, como hacen Smith y Say, sólo se ven los individuos productores y consumidores, pero no los ciudadanos de un Estado o los componentes de una nación. Como tales, en efecto, los individuos no se preocupan por el bienestar de las futuras generaciones, y encuentran insensato, tal como el señor Cooper pretende demostrarnos que se trate de adquirir un bien incierto y situado en un lejano futuro, por preciado que sea, mediante determinados sacrificios actuales; poco les importa la perduración de las naciones, y entregan los barcos de sus comerciantes a la osadía de cualquier pirata; se preocupan poco de la potencia, el honor y la fama de la nación, y a lo sumo se deciden a dedicar algunos bienes materiales a la educación de sus hijos y hacerles aprender una industria, para que el aprendiz, después de transcurridos pocos años, se halle en situación de poder ganarse el pan, por sí solo.

En efecto, la teoría de la economía nacional dominante ahora asemeja tanto a la economía privada que cuando J. B. Say accede excepcionalmente a que la industria nacional sea protegida por el Estado, plantea la siguiente condición: debe existir una gran probabilidad de que, transcurridos *pocos años*, se llegue a la independencia, del mismo modo que a un aprendiz de zapatero se le dan pocos años solamente para perfeccionarse en su industria a fin de que más tarde pueda prescindir del apoyo de sus padres.

XV. LA NACIONALIDAD Y LA ECONOMÍA DE LA NACIÓN

COMO hemos demostrado en los capítulos precedentes el sistema de la escuela adolece de tres defectos principales: en primer lugar, de un *cosmopolitismo* incongruente, que ni reconoce la naturaleza de la nacionalidad ni tiene en cuenta la satisfacción de sus intereses; en segundo término, de un *materialismo* inerte, que advierte de modo principal el valor en cambio de las cosas, sin tener en cuenta los intereses espirituales y políticos, presentes y futuros, y las fuerzas productivas de la nación; en tercer término, de un *particularismo* y un *individualismo* desorganizadores, que ignorando la naturaleza del trabajo social y la eficacia de la agrupación de energías en sus consecuencias más elevadas, en resumen sólo presenta la industria privada tal como se desarrollaría en libre tráfico con la sociedad; es decir, con la humanidad entera, si ésta no estuviese diversificada en varias sociedades nacionales.

Entre el individuo y la humanidad se halla, sin embargo, la *nación*, con su idioma y su literatura peculiares, con su linaje e historia característica, con sus especiales hábitos y costumbres, leyes e instituciones, con su derecho a la existencia, a la independencia, a la perfección y a la vida perdurable, y con un territorio delimitado; una sociedad unida por mil nexos del espíritu y de los intereses, en un todo que existe por sí mismo que reconoce la ley jurídica entre sus elementos, afirma su libertad natural y que frente a otras sociedades de análoga naturaleza, y en las circunstancias actuales del mundo sólo puede mantener su autonomía e independencia cuando dispone de medios y energías propias. Del mismo modo que el individuo sólo por la nación y en la nación puede adquirir cultura espiritual, energía productiva, seguridad y bienestar, así la civilización del género humano sólo puede imaginarse y es posible en el seno de la civilización y del desarrollo de las naciones.

En la situación de las naciones domina en los tiempos que corremos una infinita diversidad; encontramos entre ellas gigantes y enanos, cuerpos normales y monstruos, naciones civilizadas, semicivilizadas y bárbaras. En todas ellas encarna, sin embargo, como en el hombre indivi-

dual, el deseo de conservación, el anhelo de perfeccionamiento. Es misión de la Política civilizar las naciones bárbaras, hacer grandes y fuertes las que son pequeñas y débiles, pero, ante todo, asegurar su existencia y continuidad. Es misión de la economía nacional llevar a cabo la *educación económica de la nación,* y prepararla para su ingreso en la sociedad universal del futuro.

La nación normal posee una lengua y una literatura comunes, un territorio dotado de elementos naturales muy diversos, extenso y coherente, y una gran población. En ella la agricultura, las manufacturas, el comercio y la navegación se hallan armónicamente desarrolladas; las artes y las ciencias, las instituciones de enseñanza y cultura general alcanzan un nivel parejo al de la producción material. La constitución, las leyes y las instituciones otorgan a sus ciudadanos un elevado grado de seguridad y libertad, fomentan la religiosidad, la moralidad y el bienestar; en una palabra, tienen como fin la felicidad de los ciudadanos. La nación posee una potencia marítima y terrestre suficiente para defender su autonomía e independencia, y para proteger su comercio exterior. Arde en ella el deseo de influir en la cultura de naciones menos avanzadas, fundando colonias y creando naciones con el excedente de su población y de sus capitales materiales e intelectuales

Una gran población y un fondo natural amplio y diverso del territorio son requisitos esenciales de la nacionalidad normal, y condiciones fundamentales tanto de la cultura intelectual como del desarrollo material y de la potencialidad política. Una nación limitada en cuanto al número de habitantes y al territorio, aunque posea una lengua especial sólo dará una literatura enclenque, y contará con instituciones mezquinas para el fomento de las artes y de las ciencias. Un Estado pequeño no puede nunca llevar a desarrollo pleno, dentro de su territorio, las distintas ramas de la producción. En él, toda protección se convierte en monopolio privado. Dicho Estado a duras penas puede mantener su autonomía mediante alianzas con naciones más poderosas, sacrificando parcialmente los beneficios de la nacionalidad y haciendo un exagerado despliegue de energías.

Cuando una nación carece de países costeros, de flota y de potencialidad marítima, o cuando las desembocaduras de sus ríos no están en su poder, depende en su comercio exterior de las demás naciones; no puede fundar colonias propias ni suscitar naciones nuevas; queda perdido todo excedente de población, de medios intelectuales y materiales que de

una nación como ésa se derrama por otros países no cultivados, y su literatura, su civilización e industria benefician a otras nacionalidades.

Una nación que no está bien limitada por mares y cordilleras se halla expuesta a los ataques de naciones extrañas, y sólo con grandes sacrificios y, en todo caso, de modo imperfecto, puede organizar un sistema aduanero peculiar suyo.

Los errores territoriales de las naciones se evitan o bien por medio de adquisiciones hereditarias, como ocurrió con Inglaterra y Escocia, o por compra como en el caso de la Florida y Luisiana, o por conquista, como ocurrió con Gran Bretaña e Irlanda.

En tiempos más recientes se ha aplicado un cuarto procedimiento que está más de acuerdo con el derecho y el bienestar de pueblos y Estados, que la conquista, y no se halla vinculado a la casualidad como las sucesiones hereditarias: nos referimos a la unión de los intereses de diversos Estados por medio de un pacto libre. Sólo con su Unión aduanera alcanzó la nación alemana uno de los más importantes atributos de su nacionalidad. Sin embargo, esta regulación no puede considerarse integral, ya que no alcanza todo el país costero de la desembocadura del Rhin hasta el límite con Polonia, incluyendo *Holanda* y *Dinamarca*. Una consecuencia natural de esta unión es la admisión de ambos países en la Confederación germánica, después en la nacionalidad alemana, con lo que esta última conseguiría a la vez lo que aún le falta concretamente, pesquerías y potencialidad marítima, comercio marítimo y colonias. Por otra parte, estos dos pequeños pueblos pertenecen por razón de su linaje y de su esencia entera a la nacionalidad germánica. El gravamen de deudas que los oprime, es sólo una consecuencia de sus tendencias antinaturales a mantenerse como nacionalidades independientes; naturalmente este mal irá en aumento hasta llegar a un punto en que resulte insoportable, y en que para ellos mismos se revelará como deseable y necesaria la incorporación a una nacionalidad más grande.

Bélgica sólo puede curar sus defectos, inherentes a la pequeñez del territorio y de la población, confederándose con una gran nación vecina. A medida que *América del Norte* y *Canadá* vayan poblándose, y se desarrolle el sistema protector de los Estados Unidos, esos dos países irán sintiéndose cada vez más afines, y resultará más difícil que Inglaterra pueda impedir la confederación de ambos territorios.

En el aspecto económico las naciones tienen que recorrer los siguientes estadios de evolución: estado de salvajismo, etapa pastoril, etapa

agrícola, etapa agrícola-manufacturera, etapa agrícola-manufacturera-comercial.

La historia industrial de las naciones revela —en ningún caso de modo tan evidente como en el de Inglaterra— que la transición del estado rudimentario a la ganadería, de ésta a la agricultura, y de la agricultura a los primeros comienzos en la manufactura y en la navegación, se efectúa del modo más rápido y ventajoso mediante el comercio libre con otras ciudades y países más adelantados; que, en cambio, sólo mediante la intervención del poder público puede llegarse a poseer una fuerza manufacturera completa, una flota importante y un comercio exterior ampliamente desarrollado.

Cuanto menos perfeccionada está la agricultura, y cuantas más oportunidades ofrece el comercio exterior de cambiar el excedente de productos agrícolas y materias primas nacionales por artículos manufacturados del extranjero; cuanto más sumida se halla una nación en la barbarie, necesitando una forma de gobierno y una legislación absoluta, tanto más estimulante es el comercio libre, es decir, la exportación de productos agrícolas y la importación de artículos manufacturados, para su bienestar y civilización.

En cambio, cuanto más desarrolladas estén la agricultura de una nación, sus industrias y su estado social, político y civil, tantas menos ventajas extraerá del cambio de los productos agrícolas y materias primas del país por artículos manufacturados del extranjero, para el perfeccionamiento de su estado social, y tanto mayores serán los inconvenientes que lamente por el hecho de la competencia afortunada de una energía manufacturera exterior, superior a ella.

Sólo en las naciones de la última clase, singularmente en aquellas que poseen todas las peculiaridades espirituales y materiales y los medios para instituir una energía manufacturera propia, aspirando así al máximo grado de civilización y cultura, de bienestar material y potencialidad política; que, mediante la competencia de una energía manufacturera exterior más adelantada, pueden verse cohibidas en su desarrollo; únicamente en esas naciones, decimos, puede justificarse la restricción mercantil con objeto de establecer y proteger la energía manufacturera propia, y aun ese caso sólo hasta que la energía manufacturera se halle suficientemente robustecida para no tener que temer ya la competencia exterior, y a partir de entonces, sólo en lo necesario para proteger en su raíz la energía manufacturera.

El sistema proteccionista chocaría, no sólo contra las normas fundamentales de la economía cosmopolita, sino también contra el beneficio bien entendido de la propia nación, si de una vez y de modo exhaustivo quisiera eliminar la competencia exterior y aislar a la nación protegida de otras naciones. Si la energía manufacturera, objeto de protección, se encuentra todavía en el primer periodo de desarrollo, los aranceles protectores deben ser muy moderados, y sólo aumentarán poco a poco con el incremento de los capitales intelectuales y materiales, de la habilidad técnica y del espíritu de empresa de las naciones. Tampoco es, en modo alguno, necesario, que todos los ramos de la producción industrial sean protegidos de la misma manera. Sólo necesitan una especial protección los sectores más importantes, para cuya explotación se precisan grandes capitales de instalación y sostenimiento, abundante maquinaria, grandes conocimientos técnicos, habilidades y experiencias, y muchos obreros, y cuyos productos figuran entre los artículos de necesidad vital; por consiguiente, los que, tanto en relación con su valor total como en orden a la independencia nacional, poseen la mayor importancia, como, por ejemplo, las fábricas y artículos de lana, algodón y lino, etc. Si los principales ramos de la producción se protegen y desarrollan convenientemente, todos los demás ramos menos importantes de la manufactura progresarán también, a la vez que aquéllos, con una menor protección. En naciones en las cuales el salario es alto y la población no es muy grande, proporcionalmente a la extensión de su territorio, como, por ejemplo, los Estados Unidos de Norteamérica, es ventajoso que a las manufacturas que no están apoyadas en una importante maquinaria se les otorgue menos protección que a aquellas otras en las cuales las instalaciones mecánicas realizan la parte principal del trabajo, en el supuesto de que las naciones que importan artículos análogos permitan la libre importación de productos agrícolas.

La escuela patentiza un desconocimiento completo de la naturaleza de las condiciones económicas cuando cree que, mediante el cambio de productos agrícolas por artículos manufacturados, puede propulsar la civilización, el bienestar y, en términos generales, el progreso de las naciones, lo mismo que mediante el establecimiento de una energía manufacturera propia. Una simple nación agrícola nunca podrá desarrollar ostensiblemente su comercio interior y exterior, sus medios interiores de transporte y su navegación exterior, aumentar su población correlativamente a su bienestar o realizar considerables progresos en su cultura

moral, intelectual, social y política; nunca logrará alcanzar una importante potencialidad política o hallarse en condiciones de influir en la cultura y el progreso de pueblos menos avanzados e instalar colonias propias. El Estado meramente agrícola se halla en una situación incomparablemente menos perfeccionada que el Estado agrícola-manufacturero. El primero depende siempre, en mayor o menor escala, en los aspectos económico y politico, de aquellas naciones extranjeras que le compran productos agrícolas a cambio de sus manufacturas. No puede determinar por sí mismo cuánto ha de producir, sino que ha de esperar a que las otras naciones quieran comprarle. Estas otras naciones, los Estados agrícolas-manufactureros, producen por sí mismos grandes masas de materias primas y artículos de subsistencia, y se limitan a suplir lo que les falta mediante la importación de las naciones agrícolas. De una parte dependen éstas, por consiguiente, respecto a sus posibilidades de venta, del azar de una cosecha más o menos copiosa en las naciones agrícolas-manufactureras; además, compiten en esta importación con otras naciones agrícolas, con lo que esas ventas, tan inciertas, resultan más inciertas aún. Por último, están expuestas al peligro de quedar totalmente perturbadas en su tráfico con las naciones manufactureras, como consecuencia de las guerras o medidas de tipo comercial, con lo cual padece doble perjuicio: de una parte, no encontrar compradores para su excedente de productos agrícolas, y de otra, privarse de los artículos manufacturados que necesitan. Una nación agrícola, como ya dijimos anteriormente, es un individuo con un brazo, que se sirve de un brazo ajeno, cuya ayuda no está asegurada en todos los casos; una nación agrícola-manufacturera es un individuo que dispone de dos brazos propios.

Es un error fundamental de la escuela exponer el sistema proteccionista como un producto antinatural arbitrado por políticos especulativos. La historia está ahí para probar que las medidas protectoras surgen o bien de la tendencia natural de las naciones al bienestar, independencia y poderío, o bien son debidas a las guerras y a las medidas mercantiles de carácter hostil aplicadas por naciones preferentemente manufactureras.

La idea de independencia y poderío surge con el concepto de nación. La escuela no lo ha tenido en cuenta, porque el objeto de sus investigaciones no es la economía de las naciones aisladas, sino la economía de la sociedad en su conjunto, es decir, de todo el género humano. Si se imagina unidas todas las naciones en una confederación universal, huelga por completo tener en cuenta la independencia y el poderío. La ga-

rantía de la autonomía de cada nación radica, entonces, en la condición jurídica de la sociedad universal, del mismo modo que la garantía de la independencia de los Estados de Rhode Island y Delaware finca en la unión de todos los Estados libres confederados. Desde que fue instituida la Unión norteamericana, ninguno de estos pequeños Estados pensó ya en aumentar su potencialidad política, o considerar su independencia como menos segura que la de los Estados más grandes de la Unión.

Por racional que sea la confederación universal, procedería irracionalmente una nación determinada si, en espera de los grandes beneficios que había de reportar esa unión y la paz eterna, regulase las normas de su política nacional como si la confederación universal estuviese realizada. Sin duda alguna, cualquier persona prudente tendría por insensato a un gobierno que, invocando los beneficios y la racionalidad de la paz eterna, desarmara sus ejércitos, destrozara sus buques de guerra y desmantelara sus fortificaciones. Semejante gobierno haría lo que la escuela exige de los gobiernos si, invocando las ventajas del libre cambio, renunciase a los beneficios del sistema protector.

La guerra influye de un modo destructivo sobre las condiciones mercantiles recíprocas entre nación y nación. En virtud de ella, el agricultor que habita uno de los países en lucha queda violentamente separado del industrial que habita en el otro pais. Ahora bien, mientras que el industrial, sobre todo si pertenece a una nación marítimamente poderosa y dotada de un gran comercio, encuentra compensación fácil en los agricultores de su propio país o en otros países a él accesibles, el habitante del país agrícola resulta doblemente perjudicado por esta perturbación del tráfico. Le falta por completo la venta de sus productos agrícolas, y, como consecuencia, carece también de las disponibilidades necesarias para pagar los artículos elaborados que anteriormente recibía; de este modo queda restringido, lo mismo en su producción que en su consumo.

Si una nación de carácter agrícola queda reducida, a consecuencia de la guerra, en su producción y consumo, y se halla muy avanzada ya en materia de producción, civilización y agricultura, la interrupción mercantil de la guerra hace surgir en ella manufacturas y fábricas. La guerra produce para dicha nación el efecto de un sistema prohibitivo. Ese hecho le hace comprender la gran ventaja que tiene en poseer una fuerza manufacturera propia, y en realidad se convence de que con las perturbaciones de la guerra ha ganado más que ha perdido. Se abre en ella paso

la convicción de que está llamada a superar la condición de simple Estado agrícola y a situarse en el estadio de un país agrícola-manufacturero, alcanzando de este modo el grado máximo de bienestar, civilización y poderío. Cuando, después de realizar la nación importantes progresos en la carrera industrial que se le ofrece como consecuencia de la guerra, renace la paz, y ambos países reanudan sus anteriores relaciones comerciales, advierten que durante la guerra han surgido nuevos intereses que quedan anulados al restablecerse el comercio primitivo. La antigua nación agrícola advierte que si sigue vendiendo al extranjero sus productos agrícolas sacrificará la energía manufacturera que se ha creado en el ínterin; la nación manufacturera advierte, a su vez, que una parte de la producción agrícola surgida durante la guerra resulta anulada de nuevo al restablecerse la libre importación. Ésta es la historia de la política comercial durante los últimos cincuenta años.

La guerra ha suscitado los nuevos sistemas protectores, y no vacilamos en manifestar nuestro convencimiento de que, en interés de las naciones manufactureras de segundo y tercer orden, sería procedente mantenerlos y desarrollarlos, aunque Inglaterra, después de restablecida la paz, no hubiera incurrido en el tremendo error de limitar la importación de artículos de subsistencia y materias primas, dejando perdurar, por consiguiente, los motivos del sistema protector aun durante la época de paz. Del mismo modo que una nación que se encuentra en estado primitivo y con una agricultura bárbara, sólo puede realizar progresos mediante el comercio con naciones civilizadas, así, llegada a un cierto grado de cultura, sólo mediante una energía manufacturera propia puede alcanzar el grado máximo de bienestar, civilización y poderío. De aquí que cuando una guerra facilita el tránsito desde la condición de Estado agrícola a la de Estado agrícola-manufacturero, es ventajosa para la nación, como ocurrió con la guerra de la independencia de los Estados libres norteamericanos, la cual, a pesar de los enormes sacrificios que les impuso, fue benéfica para todas las generaciones venideras. En cambio, una paz que hace retroceder a la condición de Estado agrario una nación llamada a convertirse en un Estado manufacturero, es para ella una maldición, y, sin duda alguna, resultará más perjudicial que la guerra.

Por fortuna para las potencias manufactureras de segundo y de tercer orden, después de restaurada la paz general Inglaterra ha puesto límites a su tendencia peculiarísima de monopolizar el mercado manufacturero de la tierra entera, limitando la importación de primeras materias y ar-

tículos alimenticios del extranjero. Ciertamente, los agricultores ingleses, que durante la guerra monopolizaban el mercado inglés de productos, sintieron dolorosamente la competencia exterior, pero sólo al principio; más tarde, como en otro lugar explicaremos detalladamente, estas pérdidas resultaron ampliamente compensadas por el hecho de que Inglaterra logró alcanzar un monopolio manufacturero mundial

Por ello resulta tanto más irracional que las naciones manufactureras de segundo y tercer orden, después de haber hecho surgir su energía manufacturera a consecuencia de una guerra de veinticinco años, y de haberla robustecido de tal modo, a causa de la exclusión de sus productos agrícolas del mercado inglés, durante dicho periodo de tiempo; que acaso necesitaban todavía diez o quince años de una vigorosa protección para poder sostener la competencia libre con las manufacturas inglesas; es decir, después de los sacrificios realizados durante medio siglo, estas naciones renuncien a las inmensas ventajas de una energía manufacturera propia y quieran descender desde el elevado nivel de cultura peculiar de los países agrícolas manufactureros, desde el bienestar y la independencia, al bajo nivel de naciones agrícolas subalternas, sólo porque la nación inglesa se afana ahora por advertir sus errores y darse cuenta de la próxima exaltación de las naciones que con ella se encuentran en situación de competencia.

Suponiendo ahora que los intereses manufactureros de Inglaterra adquirieran influencia suficiente para obligar a la Cámara alta, integrada por completo con grandes terratenientes, y a la Cámara baja, compuesta en su mayor parte de *country squires,* a otorgar concesiones permitiendo la importación de productos agrícolas, ¿quién nos dice que transcurridos unos pocos años no habrá un nuevo ministerio *tory* que, a toda costa, pretenda implantar una nueva ley cerealista? ¿Quién garantiza que una nueva guerra marítima, un nuevo sistema continental no aislará los agricultores del Continente de los industriales del Reino insular, y situará a las naciones continentales ante la necesidad de iniciar de nuevo su carrera manufacturera, y de aplicar otra vez sus mejores energías a la superación de las primeras dificultades, para terminar sacrificándolas más tarde, de nuevo, cuando la paz retorne?

De este modo la escuela condenaría a las naciones continentales a empujar eternamente la piedra de Sísifo —construir eternamente fábricas en periodo de guerra, para dejar que se arruinen nuevamente al llegar la paz.

A tan insensato resultado sólo podía llegar la escuela teniendo en cuenta que, a pesar del epíteto que añade a su ciencia, excluía por completo la política, ignorando en absoluto la naturaleza de la nacionalidad, y pasando por alto los efectos de la guerra en el comercio existente entre las distintas naciones.

Muy distinta es, en cambio, la relación del agricultor y el manufacturero cuando los dos habitan en una misma nación, y están, por consiguiente, enlazados entre sí por la idea de la paz eterna. Toda ampliación o mejoramiento de una fábrica ya existente aumenta, ahora, la demanda de productos agrícolas. Esta demanda no es algo incierto, ni dependiente de medidas o fluctuaciones mercantiles extranjeras, o de los movimientos políticos y guerras en el exterior, o de los inventos y mejoramientos en el extranjero, o de las cosechas en lejanos países; el agricultor nacional no comparte esa demanda con otras naciones; sabe cuál va a ser cada año. Cualquiera que sea el resultado de las cosechas en otras naciones; cualquiera que sea la incorporación que se advierta en el mundo político, él puede contar con la venta de sus productos y con la recepción de los artículos manufacturados que necesita, a precios moderados y homogéneos. Por otro lado, cada mejora registrada por la agricultura nacional, cada nueva fabricación del país, estimulante de la cultura, debe tener como consecuencia un incremento relativo de la producción manufacturera, a causa del aumento de la producción agrícola nacional. De este modo, y mediante esta acción recíproca, se asegura el progreso eterno de las dos principales ramas de abastecimiento de la nación.

El poder político no sólo garantiza a la nación el incremento de su bienestar por medio del comercio exterior y de las colonias en el extranjero, sino que asegura también la posesión del bienestar nacional y su existencia entera, incomparablemente más importante que la riqueza material. Mediante su Acta de Navegación alcanzó Inglaterra el dominio político, y apoyándose en éste llegó a estar en condiciones de extender a otros países su energía manufacturera. Polonia, en cambio, quedó suprimida de la lista de naciones, porque carecía de una eficiente clase media, que sólo hubiera podido surgir mediante el establecimiento de una energía manufacturera nacional.

La escuela no puede negar que el mercado interno de una nación es diez veces más importante que el exterior, aun cuando este último se encuentre en su ápice; sin embargo, no ha sacado de ese hecho la inmediata consecuencia de que es diez veces más importante cultivar y ase-

gurar el mercado interior que buscar las riquezas en el extranjero, y que el comercio exterior sólo puede adquirir importancia en aquellas naciones que han elevado la industria del país a un alto grado de desarrollo.

La escuela ha justipreciado la esencia del mercado en el aspecto cosmopolita, pero no en el político. La mayoría de los países costeros del Continente europeo están situados en la zona mercantil natural de los industriales de Londres, Liverpool o Manchester, y en otras naciones son muy pocos los industriales que pueden mantener en sus propias ciudades marítimas, en régimen de comercio libre, los mismos precios que los industriales ingleses. La posesión de capitales más abundantes, de un mercado nacional más amplio y propio, que los coloca en situación de fabricar más barato, en mayor escala; los progresos considerables en la fabricación y, por último, un transporte marítimo más barato, otorgan a los fabricantes ingleses eventuales ventajas sobre los fabricantes del país propio, que solamente pueden ser dirigidos hacia la industria local mediante una protección larga y duradera del mercado interior, y por el perfeccionamiento de los medios de transporte interior. El mercado de los países costeros es, sin embargo, de mayor importancia, tanto respecto del mercado interior como del exterior, y una nación cuyo mercado costero pertenece más al extranjero que a sí misma, se halla desquiciada tanto en el aspecto económico como en el político. En efecto, para una nación no puede existir una situación más nociva, económica y políticamente hablando, que la de poseer unas ciudades marítimas que simpaticen más con el extranjero que con ella misma.

La ciencia no puede poner en duda la naturaleza de las peculiaridades nacionales, o ignorarlas o falsearlas, con objeto de fomentar sus fines cosmopolitas. Estas finalidades sólo pueden alcanzarse cuando se tiene en cuenta la Naturaleza y, de acuerdo con ella, se procura orientar las distintas naciones a una meta más alta. Adviértase cuán escaso éxito han tenido hasta ahora en la práctica las teorías de la escuela. Esto no es tanto culpa de los prácticos, los cuales captan con bastante exactitud la naturaleza de las relaciones nacionales, como de las teorías que, en contradicción con toda experiencia, determinan el extravío de la práctica. ¿Acaso han impedido que naciones como las sudamericanas, en pugna con la Naturaleza, hayan implantado el sistema proteccionista? ¿Se ha impedido que la protección se extienda también a la producción de artículos de primera necesidad y materias primas, que no necesitaban protección alguna, y en la cual la restricción del tráfico tenía que producir,

necesariamente, perjudiciales efectos, lo mismo para la nación que limita que para la limitada? ¿Se ha podido evitar que entre los objetos protegidos figuren los artículos manufacturados más finos, los objetos de lujo, cuando es sabido que la competencia en ellos puede ser admitida sin el menor peligro para el bienestar de la nación? No. La teoría no ha determinado hasta ahora ninguna reforma decisiva, ni determinará tampoco reforma alguna, mientras esté en contradicción con la naturaleza de las cosas. En cambio, podrá realizar las más trascendentales reformas en cuanto tenga en cuenta dicha naturaleza

En primer término, podrá difundir inmensas ventajas extendidas a todas las naciones, al bienestar y al progreso de la humanidad entera, cuando pruebe que la limitación del comercio libre con productos naturales y materias primas reporta los más grandes perjuicios incluso a la nación protegida, y que el sistema protector sólo puede justificarse con el fin de lograr una *educación industrial* de la nación. Entonces, basando el sistema protector sobre unas bases correctas, respecto de las manufacturas, inducirá a aquellas naciones que actualmente practican un rígido sistema proteccionista, como, por ejemplo, la francesa, a prescindir paulatinamente del sistema prohibitivo. Los manufactureros no se opondrán a esta innovación en cuanto se convenzan de que los teóricos, lejos de acarrear su ruina, aspiran al mantenimiento de sus manufacturas existentes y a su ulterior desarrollo, como fundamento de toda política mercantil racional.

Si la teoría enseña a los alemanes que pueden propulsar su energía manufacturera mediante aranceles protectores establecidos de antemano, primero paulatinamente crecientes y, luego, paulatinamente decrecientes, y que una concurrencia muy limitada del extranjero es, en todo caso, estimulante para el progreso de sus manufacturas, rendirá en definitiva al librecambio muchos mejores servicios que si contribuye a aherrojar la industria alemana.

La teoría no debe exigir de los Estados Unidos de Norteamérica que entreguen a la competencia del extranjero aquellas manufacturas en las cuales cuentan con materias primas y artículos de subsistencia baratos, y con la necesaria energía mecánica. No encontrará así contradicción alguna cuando pretenda que los Estados Unidos, mientras el salario en ellos esté más alto que en los Estados de la antigua cultura, pueden fomentar del mejor modo el desarrollo de sus energías productivas, de su civilización y de su potencialidad política, permitiendo el más libre

acceso posible a aquellos artículos manufacturados en los cuales el salario es una porción integrante de precio, presuponiendo que otros países admitan sus productos agrícolas y materias primas.

La teoría del librecambio encontrará aceptación en España, Portugal y Nápoles, en Turquía, en Egipto y en todos los países bárbaros, y en los semicivilizados o tropicales. Dichos países no tendrán la insensata ocurrencia de querer implantar una industria propia en el sistema actual de su cultura, por medio del sistema proteccionista.

Inglaterra renunciará a la idea de que está destinada a monopolizar la energía manufacturera del mundo entero. No exigirá que Francia, Alemania y Norteamérica sacrifiquen sus manufacturas a la concesión de introducir productos agrícolas y materias primas en Inglaterra. Reconocerá a aquellas naciones la legitimidad del sistema proteccionista, independientemente de que a ella le favorece más y más el librecambio, aleccionada por la teoría de que una nación que ha llegado a la supremacía manufacturera sólo puede mantener a sus propios industriales y comerciantes libres del retroceso y de la indolencia, mediante la libre importación de artículos de primera necesidad y materias primas.

Entonces Inglaterra seguirá una práctica completamente opuesta a su política mercantil anterior: en lugar de persuadir a otras naciones para que implanten el librecambio, manteniendo para sí misma el sistema prohibitivo más riguroso, permitirá la concurrencia en su país, sin preocuparse de los sistemas protectores extranjeros. Diferirá sus esperanzas de la implantación del librecambio hasta que otras naciones no tengan ya que temer de la libre competencia la ruina de sus fabricantes. Entretanto, y hasta que ese momento haya llegado, Inglaterra podrá compensar las fallas que en su exportación de artículos manufacturados de uso general se produzcan, como consecuencia de los sistemas proteccionistas extranjeros, por una mayor exportación de artículos manufacturados más finos, y por la apertura, instalación y perfeccionamiento de nuevos mercados industriales.

Pacificará España, el Oriente y los Estados centro y sudamericanos, y empleará su influencia en todos los países bárbaros y semicivilizados de Centro y Suramérica, de Asia y África, para que en ellos se formen gobiernos vigorosos y cultos; para lograr la seguridad de la propiedad y de las personas; construir carreteras y canales; fomentar la instrucción y la cultura, la moralidad y la industria, desarraigando, en cambio, de ellos, el fanatismo, la superstición y la pereza. Si, al mismo tiempo, su-

prime sus limitaciones a la importación de artículos de primera necesidad y materias primas, su exportación industrial aumentará con un éxito más considerable que si especula eternamente sobre la ruina de las fábricas continentales.

Ahora bien, si estas operaciones civilizadoras de Inglaterra tienen éxito en las naciones bárbaras y semicivilizadas, no debe proceder de modo exclusivo; no ha de monopolizar estos mercados como, por ejemplo, ha sabido hacer con el de Brasil, ni esforzarse por eliminar de ellos a otras naciones.

Semejante política suscitaría la justa envidia de otras naciones y les ofrecería un motivo para oponerse a las aspiraciones de Inglaterra. Evidentemente en esta política egoísta está la razón de que la influencia de las potencias civilizadas sobre la civilización de estos países haya sido hasta ahora tan insignificante. Inglaterra debería introducir en el Derecho internacional la siguiente norma: que en todos esos países corresponden los mismos derechos al comercio de todas las naciones industriales. Con ello Inglaterra no sólo se aseguraría, en su tarea civilizadora, el apoyo y la aquiescencia de todos los países civilizados, sino que, en beneficio de su propio comercio, permitiría que otras naciones industriales llevaran a cabo análogos ensayos civilizadores. Dada su superioridad en los ramos manufacturero y mercantil, en todas partes correspondería a Inglaterra la porción más considerable de la importación a tales mercados.

El afán y la incesante intriga de los ingleses contra las manufacturas de otras naciones podría justificarse todavía si el monopolio de la manufactura mundial fuera indispensable para la prosperidad de Inglaterra y no se pudiera probar hasta la evidencia que las naciones que junto con Inglaterra aspiran a poseer una gran energía manufacturera, pueden llegar a conseguir su fin sin el abatimiento de Inglaterra; que este país no necesita ser más pobre porque otros sean más ricos de lo que ahora son, y que la Naturaleza ha ofrecido medios bastantes, independientemente de la prosperidad de Inglaterra, para hacer surgir en Alemania, Francia y Norteamérica una energía manufacturera equivalente a la inglesa.

A este respecto precisa observar que cada nación que conquista su mercado industrial interior, con el transcurso del tiempo, en su producción manufacturera y en el consumo interior, se beneficia infinitamente más de lo que pierde con la exclusión aquella nación que hasta entonces

importaba sus productos, puesto que una nación completamente desarrollada en sus actividades fabriles y en sus relaciones económicas es incomparablemente más rica y más poblada y, como consecuencia, puede consumir incomparablemente mayor cantidad de productos de los que podría importar si dependiese de una nación industrial extranjera.

Por lo que respecta a la exportación de artículos manufacturados, los *países de la zona templada* se hallan en este aspecto privilegiados por la Naturaleza para la fabricación, y principalmente necesitan consumir productos de los países de la zona cálida, a los cuales envían artículos manufacturados que cambian por sus productos coloniales. El consumo de artículos manufacturados por los países de la zona cálida se determina, a su vez, de una parte, por la posibilidad de producir un excedente en los artículos peculiares de dicha zona; de otra parte, por la relación en la cual los países de la zona templada aumentan su demanda de productos de la zona cálida.

Cabe demostrar que andando el tiempo los países de la zona cálida podrán producir azúcar, arroz, café, algodón, etc., en cantidad cinco a diez veces mayor que hasta aquí, y que los países de la zona templada podrán consumir cinco a diez veces más que hasta el presente; en consecuencia, queda también demostrado que los países de la zona templada pueden aumentar su exportación en artículos manufacturados hacia los países de la zona cálida, en una cantidad cinco a diez veces mayor que la actual.

El aumento del consumo en Inglaterra durante los últimos cincuenta años revela la aptitud de las naciones continentales para elevar muy considerablemente su consumo en artículos coloniales; además, conviene tener en cuenta que sin los exagerados impuestos sobre el consumo, ese incremento hubiera sido todavía mucho más importante.

De la capacidad para aumentar las producciones de la zona cálida nos han dado pruebas irrefutables, en los últimos cinco años, Holanda en Sumatra y Java, e Inglaterra en las Indias Occidentales. Inglaterra ha cuadruplicado su producción de azúcar en las Indias Orientales, de 1835 a 1839. Su importación de café se incrementó en una proporción todavía mayor, y también el suministro de algodón procedente de las Indias Orientales se halla muy en auge. En resumen, los periódicos ingleses más recientes (febrero de 1840) anuncian jubilosos: la capacidad productiva de las Indias Orientales, en este tipo de artículos, es ilimitada y no está lejos el tiempo en que Inglaterra se independizará de América y de

las Indias Occidentales en el suministro de estos artículos. Holanda, por su parte, se preocupa ya de colocar sus productos coloniales y busca afanosa nuevos mercados. Adviértase, además, que Norteamérica sigue esforzándose por aumentar su producción de algodón; que en Texas surge un Estado que sin duda conquistará México entero y hará de este fecundo país lo que ahora son los Estados del Sur para la Unión Norteamericana; imagínese que el orden y la ley, el trabajo y la inteligencia se extienden paulatinamente por todos los Estados suramericanos desde Panamá al Cabo de Hornos, y, además, por todo África y Asia, incrementando por doquier la producción y la superabundancia de productos, y se comprenderá con facilidad que en este caso se abre espacio para más de una nación en la venta de artículos manufacturados.

Si se calcula la superficie de los terrenos hasta ahora destinados a la producción de artículos coloniales, y se la compara con aquellas superficies que son aptas, por la Naturaleza, para ofrecer estos productos, veremos que a la sazón apenas se utiliza la quincuagésima parte de los terrenos adecuados para esa producción.

¿Cómo podría, entonces, Inglaterra monopolizar los mercados manufactureros de todos los países que producen artículos coloniales, si pudiese satisfacer sus necesidades de productos tropicales única y exclusivamente con los suministros de las Indias Orientales? ¿Cómo puede esperar Inglaterra vender artículos manufacturados en aquellos países de los que no puede tomar en cambio los productos coloniales? ¿Cómo puede surgir una gran demanda de productos coloniales? ¿Cómo puede surgir una gran demanda de productos coloniales en el Continente europeo si éste no se halla en disposición, gracias a su producción manufacturera, de pagar y consumir esos artículos?

Es claro, por consiguiente, que el mantenimiento de las fábricas continentales a un bajo nivel puede dificultar el auge de esos países, pero en modo alguno fomentar la prosperidad de Inglaterra.

Es claro, además, que actualmente y durante mucho tiempo los países de las zonas cálidas podrán ofrecer a las naciones manufactureras materiales suficientes para el trueque.

Por último, es evidente que un monopolio manufacturero mundial, tal como en la actualidad se estableció sobre la base de la libre concurrencia de los artículos manufacturados ingleses en el Continente europeo y en el americano, no es, en modo alguno, más tolerable para el bienestar del género humano que el sistema protector, que se preocupa

por desarrollar la *capacidad industrial de toda la zona templada* en favor de la *agricultura de la zona cálida.*

La ventaja que Inglaterra ha logrado en las manufacturas, en el comercio y en la navegación, no debe impedir, por consiguiente, que cualquier nación capacitada por una adecuada posesión territorial, una energía nacional y una inteligencia para llegar a ser una potencia manufacturera, se mida con el país que en este aspecto posee la supremacía. Las manufacturas, el comercio y la navegación están abocadas a un porvenir que rebasa a la actualidad tanto como ésta superó al pasado. Sólo precisa tener el ánimo suficiente para creer en un gran porvenir nacional, y seguir adelante en esta creencia. Ante todo, es preciso, sin embargo, poseer un suficiente espíritu nacional para plantar y proteger ahora el árbol que sólo ofrecerá sus más abundantes frutos a las generaciones venideras. Es preciso conquistar, primero, el mercado interior de la nación propia, por lo menos respecto a los artículos de necesidad más general, y tratar de obtener los productos de la zona cálida de aquellos países que pueden recibir en pago nuestras manufacturas. Tal es la misión especial que debe cumplir la Unión mercantil alemana si no quiere quedar rezagada con respecto a los franceses y norteamericanos e incluso a los rusos.

XVI. ECONOMÍA NACIONAL Y ECONOMÍA ESTATAL, ECONOMÍA POLÍTICA Y ECONOMÍA NACIONAL

LA ECONOMÍA *financiera del Estado,* o sea la que se refiere a la percepción, empleo y administración de los medios materiales de gobierno de una comunidad, debe ser distinguida necesariamente de aquellas instituciones, regulaciones, leyes y circunstancias mediante las cuales se condiciona y ordena la economía de los ciudadanos, es decir, la *economía popular*. La necesidad de esta distinción se advierte con respecto a todas las sociedades políticas, ya comprendan éstas una nación o fracciones de la misma, ya sean éstas grandes o pequeñas.

En el Estado federal, a su vez, la economía financiera del Estado se descompone en economía financiera de los Estados particulares y en economía financiera de la Federación

La *economía popular* se eleva a la categoría de *economía nacional* cuando el Estado o la federación de Estados abarca *toda una nación,* llamada a ser autónoma, permanente y con personalidad política, por razón de su número de habitantes, de su posesión territorial, de sus instituciones políticas, de su civilización, riqueza y poderío. La economía popular y la economía nacional son, entonces, una misma cosa. Forman, con la economía financiera del Estado, la economía política de la nación.

Por el contrario, en aquellos Estados cuya población y territorio sólo consta de *fracciones de una nación* o de un territorio nacional, sin que éstos formen una federación de Estados inmediata, ni un todo por su unión federativa con otras fracciones, sólo puede hablarse de una economía popular en simple contraposición a la economía privada o financiera del Estado. En esta relación imperfecta no pueden interesar los fines y necesidades de una gran nacionalidad, y en particular la economía política no puede regularse con vistas a la formación de una nación perfecta en sí misma y preocupada de su independencia, continuidad y poderío. En este caso, por consiguiente, la política debe quedar excluida de la economía: entonces, sólo pueden tenerse en cuenta las leyes naturales de la economía social, tal como se formarían y estructurarían si en ninguna parte existiese una gran nacionalidad unificada o una economía nacional.

Desde este punto de vista se ha desarrollado en Alemania aquella ciencia que antes se llamaba economía estatal, luego economía nacional, después economía política y finalmente economía popular, sin que se haya advertido el error fundamental de esos sistemas.

El concepto y la esencia de la economía nacional no pudieron apreciarse porque no existía ninguna nación económicamente unificada y porque el concepto específico y determinado de *nación* fue sustituido por el otro, más general y vago, de *sociedad* —un concepto que puede aplicarse a la humanidad entera, o a un pequeño país, o a una ciudad aislada, lo mismo que a la nación.

XVII. LA ENERGÍA MANUFACTURERA Y LAS FUERZAS PRODUCTIVAS NACIONALES DE CARÁCTER PERSONAL, SOCIAL Y POLÍTICO

EN EL estado de la economía rudimentaria dominan la inactividad espiritual, la insuficiencia física, la persistencia en antiguas ideas, hábitos, costumbres y procedimientos; la falta de cultura, bienestar y libertad. Por el contrario, el espíritu del anhelo hacia un constante incremento de los bienes espirituales y materiales, de la competencia y de la libertad, caracterizan al Estado manufacturero y comercial.

El fundamento de esa diversidad radica, en parte, en el diverso modo de convivencia y en la educación de ambas clases populares; en parte, en la naturaleza diversa de su ocupación y de los medios auxiliares necesarios. La población agrícola vive desparramada por toda la superficie del país, e incluso en orden al tráfico espiritual y material se encuentran los agricultores distanciados unos de otros. El uno hace, con escasas diferencias, lo que hace el otro; el uno produce, por regla general, lo que el otro produce. La abundancia y la necesidad de todos son bastante semejantes, y cada uno es el mejor consumidor de sus productos; sólo existe, así, escaso motivo para el comercio espiritual y material. El agricultor tiene menos que hacer con los hombres que con la Naturaleza inerte. Habituado a cosechar tan sólo después de un largo periodo de tiempo, donde ha sembrado, y a confiar el éxito de sus esfuerzos a la voluntad de una potencia más alta, se forma otra naturaleza a base de sobriedad, paciencia y resignación; pero también a base de la vagancia y de la pereza espiritual. Sus negocios le mantienen alejado de la comunicación con otros hombres, y por eso se exige a sí mismo pequeños esfuerzos espirituales, escasa habilidad corporal. Aprende, así, mediante la imitación, en el círculo estricto de la familia donde ha recibido el ser, y raras veces surge en él la idea de que pudiera actuarse de mejor modo. Desde la cuna hasta el sepulcro se mueve siempre en los mismos círculos limitados de hombres y circunstancias. Ejemplos de especial prosperidad debidos a extraordinarios esfuerzos espirituales y corporales, raras veces se ofrecen a sus ojos. La posesión y la pobreza se here-

dan en la agricultura rudimentaria de generación en generación, y casi toda la fuerza que en la competencia se engendra permanece inerte.

La naturaleza de las manufacturas difiere por completo de la agricultura. Empujados unos hacia otros como consecuencia de sus actividades, los industriales viven tan sólo en la sociedad y por la sociedad, en el comercio y por el comercio. El industrial recibe del mercado la mayor parte de los medios de subsistencia y materias primas que necesita; sólo una mínima parte de sus productos está destinada a su propio consumo. Mientras que el agricultor espera su fortuna principalmente de la Naturaleza, la prosperidad y la existencia del industrial derivan principalmente del tráfico. Mientras que el agricultor ignora quiénes son sus compradores o, por lo menos, tiene que preocuparse poco de su venta, la existencia del industrial radica en su clientela. Incesantemente oscilan los precios de las materias primas, de los artículos de primera necesidad y de las mercaderías y del dinero; nunca sabe el industrial con certeza cuáles serán sus provechos. El favor de la Naturaleza y la actividad consuetudinaria no aseguran su existencia y su prosperidad como en el caso del agricultor, ambas cosas dependen por completo de su perspicacia y de su actividad. Debe tratar de adquirir lo superfluo para estar seguro de lo necesario; debe tratar de ser rico, para no empobrecer. Si va más deprisa que otros, progresa; si va más lento, su fracaso es seguro. Debe siempre comprar y vender, cambiar y negociar. Por doquier tiene que entenderse con hombres, con circunstancias variables, con leyes e instituciones; tiene cien veces más oportunidades de formar su inteligencia, que el agricultor. Con objeto de capacitarse en sus negocios, tiene que conocer hombres y países exóticos. Para establecer su negocio debe desarrollar extraordinarios esfuerzos. Mientras que el agricultor sólo tiene que actuar con su ambiente más próximo, el tráfico de los industriales se extiende a todos los países y partes del mundo. El deseo de establecer o mantener el prestigio de sus conciudadanos y la eterna concurrencia de sus competidores, que sin cesar amenazan su existencia y prosperidad, son, para él, un estímulo más fuerte, que le lleva a desarrollar una actividad incesante y un ininterrumpido progreso. Mil ejemplos le prueban que desde el punto de vista del bienestar y del prestigio puede elevarse mediante una producción y unos esfuerzos extraordinarios a las primeras clases de la sociedad; pero, en cambio, la inercia espiritual y la falta de cuidado pueden hacer que las clases más estimadas se rebajen hasta un nivel ínfimo. Estas circunstancias producen entre los indus-

triales una energía que nunca puede percibirse en la agricultura rudimentaria.

Si se consideran, ahora, los trabajos industriales en su conjunto, resulta evidente, a primera vista, que éstos desarrollan una variedad infinitamente mayor, y una calidad incomparablemente más elevada de propiedades y aptitudes espirituales que la agricultura. Adam Smith formuló seguramente una afirmación paradójica —que le era muy cara según testimonio de su biógrafo, *Dugald Steward*— cuando afirmó que la agricultura exige más destreza que la industria. Sin aventurarnos en una investigación respecto a si un reloj exige una mayor destreza que la dirección de un predio agrícola, bastará advertir que todos los trabajos efectuados en la agricultura son del mismo género, mientras que en la industria impera una múltiple variedad. Tampoco puede olvidarse que para semejante comparación ha de tomarse como base la agricultura tal como existía en su etapa rudimentaria, no como ha logrado desarrollarse bajo la influencia de las manufacturas. Si el régimen de vida de los agricultores ingleses le resulta a Adam Smith mucho más noble que el de los industriales de su país, es porque no se da cuenta de que dicha situación ha sido perfeccionada gracias a la influencia de las manufacturas y del comercio.

Evidentemente, en la agricultura sólo se ocupan personas del mismo género, y sólo aquellas que están dotadas de un sentido propio para el orden, a lo cual asocian una gran tenacidad en la ejecución de rudos trabajos manuales, mientras que las manufacturas exigen una inmensa variedad de aptitudes espirituales, habilidades y dotes prácticas. La demanda de semejante variedad de instalaciones hace fácil para cada individuo, en el Estado manufacturero, hallar una aplicación y un destino de acuerdo con su individualidad, mientras que en la agricultura las posibilidades de elección son escasas. Las dotes intelectuales son, en el primer caso, mucho más estimadas que en el segundo, en el cual, por común, la aptitud humana se mide solamente por la energía corporal. El trabajo de los seres débiles y de los defectuosos tiene, en aquel caso, un valor mucho más elevado que, en éste, el del hombre más fuerte. Todas las energías, incluso las más pequeñas, las de los niños y mujeres, los defectuosos y *ancianos,* encuentran en las manufacturas empleo y remuneración.

Las manufacturas son los hijos, y, al mismo tiempo, los guardadores y propulsores de las ciencias y de las artes. Adviértase en qué pequeña

escala la etapa de la agricultura rudimentaria se interesa por las ciencias y las artes; qué poco intervienen éstas en preparar las toscas herramientas de que necesita. Es cierto que la agricultura, por medio de las rentas de la tierra, fue la primera en permitir a los hombres dedicarse a las ciencias y a las artes, pero sin manufacturas siempre fueron patrimonio de casta, y sus benéficos efectos sólo se han extendido a las masas de un modo apenas perceptible. En el Estado manufacturero, la industria ilumina a las masas por medio de la ciencia, y las ciencias y las artes resultan alimentadas por la industria de las masas. Apenas existe un establecimiento industrial que no se halle en relación con la Física, la Mecánica, la Química, la Matemática o con el Arte del dibujo. No existe progreso alguno, ni descubrimiento, ni invención de estas ciencias, por los cuales no se hayan perfeccionado o modificado cientos de industrias y procedimientos de fabricación. En el Estado manufacturero, las ciencias y las artes deben ser, por ello, necesariamente populares. La necesidad de la instrucción y el aleccionamiento mediante publicaciones y conferencias, en un gran número de personas que aplican los resultados de las investigaciones científicas, exige talentos especiales que se dedican a la enseñanza y a la escritura. La competencia de semejantes talentos, por la gran demanda que de sus aptitudes se hacen, da lugar a la división y colaboración en la actividad científica, que no sólo tiene influencia para el ulterior desarrollo de las disciplinas, sino que también ejerce el más benéfico influjo en el perfeccionamiento de las grandes industrias. Los efectos de estos perfeccionamientos pronto transcienden, incluso, a la agricultura. En ninguna parte se encuentran máquinas e instrumentos agrícolas, ni se practica la agricultura de modo tan racional como en los países donde florece la industria. Bajo la influencia de las manufacturas, la agricultura misma se eleva hasta la categoría de industria, de arte y de ciencia.

Las ciencias y las industrias, coordinadas, han suscitado aquella gran energía material que en la sociedad moderna ha sustituido cien veces al trabajo esclavista de la Antigüedad, y que está llamada a tener influencia tan inmensa sobre la situación social de las masas, sobre la civilización de los países bárbaros, la población de las zonas deshabitadas y la potencialidad de las naciones de la vieja cultura: nos referimos a la *fuerza mecánica.*

La nación manufacturera tiene cien veces más ocasiones de aplicar la fuerza mecánica que la nación agrícola. Un hombre privado de alguno

de sus miembros puede rendir, piloteando una máquina de vapor, cien veces más que el hombre más fuerte sólo con las manos.

La fuerza mecánica, en unión con los perfeccionamientos del transporte, asegura en los tiempos recientes al Estado manufacturero una incomparable superioridad sobre el simple Estado agrícola. Es evidente que los canales, ferrocarriles y la navegación a vapor sólo prosperan por medio de la *energía industrial*, y que sólo por ésta logran extenderse a toda superficie del territorio. En el Estado agrícola rudimentario, en que la mayor parte de lo necesario se produce por cada individuo, en que éstos se hallan entre sí en unas relaciones muy elementales por lo que respecta a los bienes y a las personas, no puede tener lugar ni en las personas ni en los bienes un tráfico tan amplio que costee los gastos de instalación y sostenimiento de esas máquinas.

Los inventos y perfeccionamientos sólo tienen un reducido valor en el Estado agrícola rudimentario. Quienes a esas actividades se dedican, son, por lo común, víctimas de sus esfuerzos e investigaciones, mientras que en el Estado industrial apenas si existe camino alguno que más rápidamente conduzca a la riqueza y al prestigio que el descubrimiento y la invención. Así, en el Estado manufacturero, el genio se estima mucho más y se remunera mejor que el talento; el talento, más que la fuerza física. En el Estado agrícola, en cambio, casi es regla general lo contrario, con excepción del servicio del Estado.

Lo mismo que sobre el desarrollo de las energías espirituales de la nación, influyen también las manufacturas sobre el desarrollo de la energía física, puesto que ofrecen a los obreros goces y estímulos adecuados para el ejercicio y valoración de sus energías. Es un hecho incontrovertible que en los Estados manufactureros florecientes, con excepción del auxilio que resulta del uso de mejores máquinas e instrumentos, la labor diaria es incomparablemente más importante que en los países meramente agrícolas.

La simple circunstancia de que en los Estados manufactureros el valor del tiempo se aprecia mucho más que en los Estados agrícolas, revela el nivel más alto de la energía productiva en esta situación. El grado de cultura de una nación y el valor de su energía para el trabajo, de ningún modo se puede medir más seguramente que conforme al grado del valor que concede al tiempo. El salvaje permanece ocioso, en su cabaña, el día entero. ¿Cómo podrían aprovechar el tiempo un esclavo, un siervo corporal, un vasallo, para quienes el trabajo es un castigo y la holganza una

bendición? Los pueblos sólo llegan a reconocer el valor del tiempo, por la industria. Entonces, la ganancia de tiempo se traduce en ganancia de intereses; la pérdida de tiempo, en pérdida de intereses. El entusiasmo del industrial por valorar el tiempo del mejor modo posible, se comunica al agricultor. En virtud de la demanda incrementada de productos agrícolas por las industrias, aumentan las rentas; esto es, el valor de la tierra; capitales cada vez mayores se aplican a la explotación; los goces aumentan; precisa arrancar un rendimiento más alto a las tierras, con objeto de poder hacer frente al aumento de rentas e intereses de capital, y al consumo más amplio. Se está en condiciones de ofrecer salarios más altos, pero se exigen también prestaciones más considerables. El obrero empieza a sentir que en sus energías corporales y en su habilidad para utilizarlas posee los medios adecuados para mejorar su situación. Entonces empieza a comprender por qué dice el inglés que el tiempo es oro.

En el aislamiento propio de la vida agrícola y en la limitación de su cultura, el agricultor resulta poco apto para contribuir a la civilización general o para conocer el valor de las instituciones políticas, y mucho menos todavía para tomar una parte activa en la administración de los negocios públicos o en la jurisprudencia, o para defender su libertad y sus derechos. A esto se añade que, en la mayoría de los casos, se halla en situación de dependencia con respecto al propietario de la tierra. En todas partes las naciones simplemente agrícolas han vivido esclavizadas o bajo la presión del dominio ejercido por déspotas, señores feudales o sacerdotes. La posesión exclusiva de la tierra dio al imperante, a los aristócratas o a la casta sacerdotal, un poder sobre la masa de la población agrícola, que ésta era incapaz de sacudir de sí.

Bajo la vigorosa influencia de la costumbre, el yugo que sobre las naciones meramente agrícolas impone el deber, la superstición o el dominio sacerdotal, se halla tan incorporada a su ser que, en definitiva, viene a constituir una porción de su propio cuerpo y un requisito de su existencia.

Por el contrario, la ley de la división de operaciones productivas y la conjugación de las energías diversas, impulsa con poder incoercible, unos hacia otros, los distintos industriales. El roce suscita las chispas de ingenio como las del fuego natural. Pero el roce espiritual sólo existe donde hay íntima convivencia; donde el contacto social, científico, profesional, civil y político es más frecuente; donde es mayor el tráfico con bienes y con ideas. Cuanto más estrechamente unidos viven los hombres

en un mismo lugar; cuanto más depende cada uno de ellos de la colaboración con los restantes; cuanto más conocimientos, perspicacia y cultura exige el negocio de cada uno de estos individuos; cuanto menos se cohonestan la arbitrariedad, la ilegalidad, la opresión y los actos antijurídicos con la actividad y los fines benéficos de todos estos individuos, tanto más perfectas son las constituciones civiles, tanto mayor el grado de libertad, tantas más ocasiones existen de formarse a sí mismo o de colaborar en la formación de otros. Por esta razón, en todas las épocas y en todos los lugares, la libertad y la civilización han partido de las ciudades: en la Antigüedad, en Grecia y en Italia; en la Edad Media, en Italia, Alemania, Bélgica y Holanda; posteriormente, en Inglaterra, y en los tiempos más recientes, en Norteamérica y Francia.

Existen, sin embargo, dos clases distintas de ciudades, a una de las cuales llamaremos productiva y a la otra consuntiva. Existen ciudades que elaboran las materias primas, y pagan al campo en artículos manufacturados los medios de subsistencia que necesitan. Éstas son las ciudades industriales, las productivas. Cuanto más prosperan, tanto más prospera la agricultura del país, y cuanto más energía desarrolla la agricultura, tanto mayor es el crecimiento de las ciudades manufactureras. Pero existen también ciudades donde viven aquellos que consumen las rentas de la tierra. En todos los países algo cultivados, una gran parte de los ingresos nacionales se consumen en forma de renta en las ciudades. Sería erróneo pretender, en términos generales, que este tipo de consumo es perjudicial a la producción o que no la estimula. En efecto, la posibilidad de asegurarse a base de rentas una vida independiente, es un poderoso acicate para el ahorro, la utilización de las economías en la agricultura y el mejoramiento de los cultivos. Además, el rentista, aguijoneado por el estímulo de destacarse entre sus conciudadanos, sobre la base de su educación y su situación independiente, fomenta la civilización, la eficiencia de las instituciones públicas, la administración del Estado, las ciencias y las artes. Además, el grado en que las rentas influyen de este modo sobre la industria, el bienestar y la cultura de la nación, depende siempre del grado de libertad ya adquirido por ella. El deseo de destacarse entre sus conciudadanos y de ser útil al común de las gentes mediante actividades liberales, sólo se desarrolla en aquellos países en que esta actividad es objeto de público reconocimiento y en que da lugar a la estimación pública y al otorgamiento de honoríficas distinciones; no, en cambio, en los países en que esa pública estimación e

independencia son miradas con recelo por quien ejerce el poder. En tales países el rentista se abandonará más bien a la holganza, despreciando de este modo las actividades útiles y perjudicando la moralidad y la laboriosidad de la nación, y poniendo, así, en peligro la raíz misma de las energías productivas nacionales. Aunque también en tales circunstancias las manufacturas de las ciudades son propulsadas en cierto modo por el consumo del rentista, semejantes manufacturas sólo pueden considerarse como frutos insanos; tales frutos sólo contribuirán muy poco al fomento de la civilización, del bienestar y de la libertad de la nación. Del mismo modo que la sana energía industrial produce la libertad y la civilización en términos generales, cabe decir, también, que transforma la renta desde la condición de un fondo de ociosidad, soborno e inmoralidad en un fondo de producción espiritual que, como consecuencia, puede convertir las ciudades meramente consuntivas en productivas. Otro ramo de alimentación de las ciudades puramente consumidoras consiste en el consumo de los servidores del Estado y de la Administración pública. También éstos pueden producir un aparente bienestar de la ciudad, pero que tales consumos de la energía productiva de la nación puedan ser, en términos generales, favorables o perniciosos a su bienestar o a sus instituciones, depende simplemente de la forma en que las funciones de los consumidores estimulen o perjudiquen aquellas energías. Así se explica por qué en los Estados meramente agrícolas pueden existir grandes ciudades que, independientemente de abarcar en su ámbito una gran cantidad de gentes ricas y numerosas industrias, sólo ejercen una influencia insignificante sobre la civilización, la libertad y la fuerza productiva de la nación. Estas gentes de industrias necesariamente deben compartir las opiniones de sus clientes; deben considerarse como domésticos de los rentistas y de los servidores del Estado; en tales ciudades, junto a un lujo exorbitante, existen la pobreza, la miseria, la estrechez y el sentido servil entre los habitantes. Sólo puede comenzar a percibirse un benéfico efecto de las manufacturas sobre la civilización, el perfeccionamiento de las instituciones públicas y la libertad de la nación, cuando en un país surge una energía manufacturera que, independientemente de los rentistas y de la burocracia, trabaja para la gran masa de la población agrícola o para la exportación, y recibe los productos de la misma, en grandes cantidades, para su elaboración y para su sustento. A medida que vaya robusteciéndose la energía industrial, las formas de consumo anteriormente referidas, así como los rentistas y

burócratas, irán alineándose a su lado, y se irán desarrollando cada vez más las instituciones públicas, en interés de la colectividad.

Obsérvese la situación de una gran ciudad en la que los industriales son numerosos, independientes, liberales, cultos y acaudalados; en que los comerciantes comparten sus intereses y su posición; los rentistas se consideran obligados a merecer el respeto público; los burócratas se hallan sujetos al control de la pública opinión; los hombres de ciencia y los artistas trabajan para el gran público y reciben del mismo sus medios de subsistencia; considérese la masa de los medios espirituales y materiales que en tan reducido espacio se apiñan, véase de qué modo tan estricto esta masa de energías está enlazada entre sí por la ley de la división de las operaciones técnicas y de las fuerzas de cooperación; piénsese con qué rapidez debe ser sentida por esa masa cada mejora, cada progreso en las instituciones públicas y en el estado económico social lo mismo que, por otra parte, todo retroceso, toda medida que afecte a los intereses públicos; medítese con qué facilidad puede entenderse esta masa que vive en una misma localidad, respecto a los fines y medidas de carácter común, y qué cantidad de medios puede arbitrar inmediatamente para realizar dichas finalidades; obsérvese qué estricta relación existe entre una comunidad tan potente, liberal y esclarecida, con otras comunidades análogas en la misma nación —considérese todo esto, y fácilmente nos convenceremos de que frente a las ciudades, que, como ya hemos indicado, hacen descansar toda su energía en la prosperidad de las manufacturas y del comercio a ellas vinculado, la influencia de la población agraria, desparramada por el resto del país, significa muy poco, por elevado que pueda ser su número, en lo que se refiere a la conservación y mejoramiento de las circunstancias públicas.

Lejos de ser perjudicial a los habitantes del campo la influencia predominante de las ciudades sobre el estado político y civil de la nación, extrae de ella un beneficio incalculable. La peculiar excelencia de las ciudades las obliga a exaltar los agricultores hasta la categoría de compañeros de su libertad, de su bienestar y de su cultura. En efecto, cuanto mayor es la suma de estos bienes espirituales entre los moradores del campo, tanto mayor es la suma de los artículos de primera necesidad y materias primas que los campesinos suministran a las ciudades; tanto mayor la suma de artículos fabricados que reciben de las ciudades, y, por consiguiente, el bienestar de ésta. El campo recibe energía, ilustración, libertad e instituciones de las ciudades; las ciudades, en cambio,

garantizan la posesión de la libertad y de las instituciones, haciendo partícipes a los campesinos de este beneficio. La agricultura, que antes sólo alimentaba señores y vasallos, procura ahora a la colectividad los defensores más independientes y afanosos de sus libertades. También en la agricultura se abre paso, ahora, el deseo del progreso. El obrero puede elevarse a la categoría de arrendatario, y éste a la de terrateniente. Los capitales y las instituciones de transporte suscitados y organizados por la industria, fructifican en todas partes los cultivos. La propiedad corporal, las cargas feudales y las leyes e instituciones que cohíben la laboriosidad y la libertad, desaparecen. El terrateniente saca ahora cien veces más ingresos de su madera que de su caza. Aquellos que antes apenas ganaban con el penoso esfuerzo de su trabajo los medios para arrastrar una penosa vida campesina, y cuya única satisfacción consistía en criar caballos y perros, y acosar las piezas de caza; aquellos que consideraban, por esa razón, como un crimen de lesa majestad cualquier limitación de esas diversiones, se ven ahora, por el incremento de sus rentas y el rendimiento del trabajo libre, en situación de permanecer en las ciudades una parte del año. Allí suavizan sus costumbres con el teatro y la música, el arte y las lecturas, y en su trato con artistas y hombres doctos aprenden a estimar el espíritu y el talento. De meros cazadores se convierten en hombres educados. La contemplación de una comunidad laboriosa, en la que cada uno trata de mejorar su situación, suscita también en ellos el espíritu de perfeccionamiento. Van a la caza de enseñanzas y de ideas como antes iban a la de ciervos y conejos. De vuelta al campo presentan ejemplos dignos de imitación a los medianos y pequeños agricultores, y de este modo merecen su respeto en lugar de hacerse acreedores de su maldición.

Cuanto más florecen la industria y la agricultura, tanto menos puede ser mantenido en cadenas el espíritu humano, y tanto más necesita dar espacio a la inteligencia y colocar la moralidad y la religiosidad en lugar de la coacción sobre las conciencias. En todas partes la industria ha sido el paladín de la tolerancia; en todas partes ha transformado a los clérigos en maestros del pueblo y en profesores suyos. Por doquier la formación de la lengua y de la literatura nacional, las artes plásticas y el perfeccionamiento de las instituciones libres han corrido parejas con el desarrollo de las manufacturas y del comercio.

Sólo con las manufacturas se produce la aptitud de la nación para practicar el comercio exterior con naciones menos cultivadas, incremen-

tar la flota, fundar una potencia marítima y emplear el excedente de población para establecer colonias con propósito de agrandar el bienestar y la potencia de la nación.

La estadística comparada enseña que en un territorio suficientemente grande y fecundo donde exista un desarrollo completo y regular de las manufacturas y de la agricultura, la nación puede sostener una población dos o tres veces mayor, y puede vivir en una situación de bienestar incomparablemente más desahogado que la de los países puramente agrícolas. De ello resulta que todas las energías espirituales de la nación, los ingresos públicos, los medios materiales y espirituales de defensa y la garantía de la independencia nacional, pueden ser incrementados en la misma proporción implantando una energía manufacturera.

En una época en que la técnica y la mecánica ejercen una influencla tan extraordinaria sobre las artes de la guerra; en que todas las operaciones bélicas se hallan tan condicionadas por el nivel de los ingresos públicos; en que importa tanto a la defensa si la masa de la nación es rica o pobre, inteligente o estúpida, enérgica o sumida en la apatía; si sus simpatías están sin excepción junto a la patria o pertenecen parcialmente al extranjero; si puede movilizar muchos o pocos defensores del país —en una época tal, el valor de las manufacturas debe ser estimado, más que nunca, desde puntos de vista políticos.

XVIII. LA ENERGÍA MANUFACTURERA Y LAS FUERZAS NATURALES PRODUCTIVAS DE LA NACIÓN

A MEDIDA que van perfeccionándose el hombre y la sociedad, puede aquél utilizar cada vez en mayor escala, para sus fines, las energías naturales que se hallan a su alcance, y va ampliando su ámbito cada vez más.

El cazador no utiliza la milésima parte de la naturaleza circundante; el pastor, ni la centésima parte. El mar, las zonas y países exóticos, no le ofrecen sino, a lo sumo, una cantidad insignificante de elementos de goce, ayuda y estímulo.

En el país meramente agrícola, una gran parte de los tesoros naturales existentes queda sin aprovechar, y el hombre está limitado todavía al aprovechamiento de su ambiente más próximo. La mayor parte de la energía hidráulica o aérea existente o posible queda sin empleo útil; los minerales y las diversas clases de tierras que las industrias saben valorar tan hábilmente, permanecen inertes; los combustibles se dilapidan o bien, como las turbas, se consideran como un obstáculo a la cultura; las piedras, la arena y la cal se utilizan solamente como materiales de construcción; los ríos, en lugar de ser los portadores de carga para los hombres o de fructificar los campos ribereños, devastan el país; las zonas cálidas y el mar sólo suministran al país agrícola productos muy contados.

Incluso la energía natural de mayor importancia para la producción en el país agrícola, el rendimiento de las tierras, sólo puede utilizarse en una porción muy pequeña, mientras la agricultura no está apoyada por la energía industrial.

En el Estado agrícola, cada comarca debe producir por sí misma tanta cantidad de artículos imprescindibles como necesita, puesto que no puede ni vender a otras regiones sus excedentes, en considerables cantidades, ni recibir de esas comarcas los artículos que necesita. Por fecunda que sea una zona, por apropiada que resulte para el cultivo de plantas oleaginosas y colorantes, y el de plantas forrajeras, necesita plantar árboles para la obtención de maderas, ya que la adquisición de combustibles procedentes de las lejanas regiones montañosas resulta demasiado

elevado cuando los caminos son impracticables, y el país destinado al cultivo de cereales y de plantas forrajeras podría producir un rendimiento tres o cuatro veces mayor si se utilizara como viñedo o como huerto. Un productor que se encontrara en ventajosas condiciones para dedicarse a la ganadería, necesitaría también alimentar el ganado; otro que, a su vez, pudiera consagrarse al engorde de las reses, debería practicar también la ganadería. Aunque sería ventajoso utilizar abonos minerales (yeso, cal, margas), quemar turba, lignito, etc., en lugar de madera, o roturar las selvas, no se dispone de elementos de transporte susceptibles de trasladar en forma rentable esas materias sino en trayectos muy cortos. Aunque las praderas de los valles producirían óptimos rendimientos si existiesen grandes instalaciones de irrigación —los ríos sólo sirven, en ese estadio de la cultura, para desgarrar y arrastrar las tierras fecundas.

Gracias a la energía industrial suscitada en el país agrícola, se construyen carreteras, se tienden ferrocarriles, se abren canales, se hacen navegables los ríos y comienzan a funcionar las líneas de vapores. De este modo no sólo se transforman en máquinas generadoras de renta los productos de que puede prescindir el país agrícola; no sólo se ponen en actividad las energías humanas de las personas ocupadas en ellos; no sólo se pone la población agrícola en disposición de sacar del fondo natural por ella poseído un rendimiento mucho más alto, sino que, ahora también, todos los minerales, todos los metales que hasta aqui permanecían ociosos en la tierra se utilizan y valoran, y materiales que hasta entonces sólo permitían un transporte de pocas millas, como la sal, la hulla, las piedras, el mármol, la pizarra, el yeso, la cal, la madera, la corteza, etc., pueden ser ahora distribuidos por todos los ámbitos de un país. Igualmente, materiales que antes estaban totalmente desprovistos de valor en el cuadro de la producción, pueden adquirir una gran importancia, que rebasa considerablemente el primitivo monto de toda la producción agrícola. Ya no existe un metro cúbico en un salto de agua que no tenga asignada una función, e incluso en las regiones más apartadas de un territorio industrial se valoran la madera y los combustibles de los cuales hasta entonces no se había hecho uso alguno.

Gracias al auge de las manufacturas, se suscita una demanda de gran cantidad de artículos de subsistencia y materias primas, para los cuales cabe utilizar ciertas comarcas de un país con mayor ventaja que para la producción de cereales, producto sustantivo e inicial de los países simplemente agrícolas. La demanda, ahora promovida, de leche, manteca

y carne, da lugar a un mejor aprovechamiento de las tierras que antes se utilizaban como pastizales, así como a la supresión de los barbechos y a la instalación de obras de irrigación. La demanda de frutas y hortalizas transforma los antiguos terrenos de cultivo en magníficos huertos.

La pérdida que el Estado meramente agrícola padece por la falta de aprovechamiento de estas energías naturales, es tanto mayor cuanto más favorecido se halla por la Naturaleza misma para el ejercicio de las manufacturas, y cuantos más elementos y energías naturales ofrece un territorio, de las codiciadas por los industriales; es decir, esa pérdida resulta mayor para los países montañosos y de colinas, que en conjunto son menos adecuados para la agricultura, pero que, en cambio, ofrecen a las manufacturas gran abundancia de energía hidráulica, de minerales, maderas, piedras, y al agricultor la oportunidad de explotar aquellas plantas especialmente codiciadas por los industriales.

La zona templada es casi la única favorable para el desarrollo de fábricas y manufacturas. La temperatura bonancible del aire es mucho más estimulante que la tropical para el despliegue de energías y los esfuerzos físicos. La estación más inclemente del año, que al observador superficial le parece una impiedad de la naturaleza, constituye el más vigoroso estimulante para el constante ejercicio de una intensa actividad, de la precisión, el orden y el ahorro. Un hombre que ve, por delante de sí, seis meses, durante los cuales no puede arrancar frutos de la tierra, sino que necesita reservas especiales para alimentar su ganado y vestidos para protegerse contra las inclemencias de la estación, necesariamente será mucho más laborioso y económico que aquel otro que sólo necesita protegerse contra la lluvia, y durante el año entero puede llevarse alimentos a la boca. Laboriosidad, economía, orden y previsión, nacen, en primer término, como obra de la necesidad; después, el hábito y la educación los imponen como una nueva naturaleza. Paralelamente a ese despliegue de energías y a ese ahorro, surge la moralidad, y la inmoralidad, en cambio, es consecuencia de la holganza y la dilapidación, siendo, a su vez, ambos factores, fuentes copiosas de energía y de debilidad, respectivamente.

Una nación agrícola que ocupa una zona de clima templado, deja, por consiguiente, sin aprovechar la porción más rica de sus reservas naturales.

Al juzgar las influencias del clima sobre la producción de riquezas, la *escuela* no distingue la agricultura de las fábricas, y por eso incurre en los más grandes errores al juzgar las ventajas e inconvenientes del pro-

teccionismo; no podemos dejar de aludir aquí a esas aberraciones, aunque ya nos hemos referido a ellas anteriormente, con carácter general.

Para probar que sería insensato querer producirlo todo en un mismo país, la escuela plantea la siguiente cuestión: ¿Sería prudente querer producir vides en los invernaderos ingleses o escoceses? En efecto, podrían obtenerse vinos por ese procedimiento, pero serían mucho peores y resultarían más caros que los que Inglaterra y Escocia reciben a cambio de sus artículos industriales. Para quienes no quieren o no pueden penetrar más profundamente en la naturaleza de las cosas, este argumento es decisivo, y la escuela le debe una buena parte de su popularidad, por lo menos entre los viticultores y fabricantes de jabones franceses, y entre los cultivadores y comerciantes de algodón en Norteamérica. Examinada con detenimiento, esa argumentación es fundamentalmente falsa, puesto que las limitaciones del tráfico influyen sobre la energía productiva agrícola de modo distinto que sobre la energía productiva fabril.

Veamos, primero, cómo influyen sobre la agricultura.

Si Francia cierra sus fronteras al ganado y a los cereales alemanes, ¿qué finalidad puede perseguir con ello? En primer término, gracias a esta medida, Alemania quedará imposibilitada de adquirir vinos franceses. Francia, por su parte, podrá utilizar mucho menos ventajosamente sus tierras apropiadas al cultivo de la vid, ya que la citada perturbación del tráfico perjudica su exportación de vinos. El número de personas dedicadas a la viticultura, de modo exclusivo, será más pequeño, y la cantidad de productos agrícolas solicitados disminuirá igualmente, en proporción, respecto a los que hubieran consumido estos seres especialmente dedicados a la viticultura, de modo exclusivo. El mismo caso de la producción de vinos se repetirá con la de aceite. Es decir, que, en todo caso Francia perderá en su energía en otros sectores mucho más de lo que, implantado esa medida de exclusión, gane en uno solo en la ganadería y la engorda de ganado, que no se desarrolla por sí sola, puesto que las comarcas donde artificialmente puede crearse esa industria con probabilidad no son muy rentables para la agricultura. Así ocurrirá cuando se considera a Francia como un simple Estado agrícola, frente a Alemania como otro Estado agrícola, y cuando se admita que Alemania devuelva golpe por golpe. Todavía resulta más onerosa esta política si tenemos en cuenta que Alemania —como está obligada a hacer porque sus intereses se lo exigen— recurrirá a análogas medidas restrictivas, y más si advertimos que Francia no es sólo un Estado agrícola, sino, tam-

bién, un Estado manufacturero. Alemania impondrá aranceles elevados, no sólo a los vinos de Francia, sino a todos los productos franceses que ella pueda producir por sí misma, o prescindirá de ellos, o los traerá de otros países, además, dificultará la importación de aquellos productos manufacturados que a la sazón no pueden producirse con especial ventaja, pero que, en cambio, recibirá de países distintos de Francia. De este modo el perjuicio que Francia se ha causado con aquellas restricciones aparece ser dos o tres veces más grande que las ventajas obtenidas. Evidentemente, en Francia sólo pueden ocuparse en la viticultura, en el cultivo del olivo y en la industria tantos hombres como pueden abastecerse de artículos de subsistencia y materias primas producidas en Francia o recibidas del extranjero. Hemos visto ya que la restricción de las importaciones no incrementa la producción agrícola, sino que se limita a trasladarla de una región a otra. Si se hubiese dejado libre curso al tráfico de productos, la venta de vino, aceite y manufacturas hubiese aumentado constantemente, y, en consecuencia, también la población ocupada en la viticultura, en el cultivo del olivo y en las manufacturas, ya que, de un lado, con esa creciente aportación, aumentarían los medios de subsistencia y las materias primas, y, de otro, crecería la demanda de sus productos fabriles. El incremento de esta población hubiera determinado una mayor demanda de aquellos medios de subsistencia y materias primas que no se importan fácilmente del extranjero y para los cuales posee la agricultura propia un monopolio natural; de ello correspondería una ganancia más elevada a la agricultura. La demanda de productos agricolas, para la cual resulta especialmente apropiada la naturaleza de la tierra francesa, sería en este tráfico libre mucho más importante que la producida de modo artificial por la limitación. Un agricultor no hubiese perdido lo que otro ganó, pero la agricultura entera del país se hubiese beneficiado, y más todavía, la industria manufacturera. Mediante la restricción, no sólo no ha aumentado la energía agrícola del país, sino que se ha reducido, aniquilándose, por añadidura, aquella energía industrial que brota del incremento de la propia agricultura tanto como de la aportación de artículos de subsistencia y materias primas del extranjero. Lo único que con la restricción se ha logrado es una elevación de los precios a favor del agricultor de una región y a expensas de la integral energía productiva del país.

Mucho más claramente aún que en Francia se advierten en Inglaterra los inconvenientes de esas limitaciones al tráfico con productos. Eviden-

temente, mediante las leyes cerealistas se han puesto en cultivo gran cantidad de terrenos hasta entonces infecundos; cabe preguntar, sin embargo, si esas tierras no hubieran sido cultivadas también sin tales regulaciones. Cuanta más lana, madera, ganado para la matanza y cereales importara Inglaterra, tanto más artículos fabricados vendería, y tanto más aumentaría el bienestar de las clases trabajadoras. Inglaterra acaso llegara a duplicar el número de sus obreros. Cada obrero fabril estaría mejor habituado, más en condiciones de instalar un huerto para su entretenimiento y para abastecer su casa, y podría alimentar a su familia mucho mejor. Es evidente que un incremento tan grande de la población trabajadora, así como de su bienestar y su consumo, hubiese traído consigo una importantísima demanda de aquellos productos para los cuales el país posee un monopolio natural, y es más que verosímil que de este modo se hubiera dedicado al cultivo dos o tres veces más terreno que con las restricciones antinaturales. En las cercanías de cada gran ciudad podemos recoger una clara prueba de ese aserto. Por abundantes que sean los productos que a esa ciudad son aportados desde muy lejanas comarcas, en un espacio de varias millas no podrá verse sin cultivar la más leve parcela de terreno, aunque la Naturaleza no la haya favorecido especialmente. Si en semejante ciudad se prohibiera la importación de cereales de comarcas lejanas, se lograría con ello una dismimución de sus habitantes, de sus industrias y de su bienestar, y al agricultor que vive en las proximidades de la ciudad se le obligaría a dedicarse a otros cultivos menos ventajosos.

Vemos, así, cómo hasta ahora estamos de acuerdo por completo con la teoría dominante. La Escuela tiene razón de un modo absoluto en lo que se refiere al tráfico con productos: que la libertad más amplia del comercio es el régimen más beneficioso en todas circunstancias a los individuos como a los Estados. Es posible, ciertamente, elevar la producción por medio de restricciones; pero la ventaja que con ello se obtiene es sólo aparente. Como la Escuela dice, los capitales y el trabajo derivan por otro canal no menos útil. En cambio, la energía productiva fabril sigue otras leyes, cosa de la cual no se ha percatado la Escuela, por desgracia.

Si las limitaciones de la importación de productos son, como hemos visto, un obstáculo al aprovechamiento de las reservas y de las fuerzas naturales, las restricciones a la importación de productos fabricados en un país poblado vivifican y ponen en actividad una masa de energías

naturales, indudablemente la porción más importante de todas ellas, que en el Estado agrícola permanecen siempre ociosas e inertes. Si las limitaciones de la importación de productos no son sólo un obstáculo al desarrollo de la energía fabril, sino también a la energía productiva de la agricultura, una energía productiva fabril producida por las restricciones puestas a la importación de artículos elaborados anima la energía productiva agrícola como nunca lo hubiera logrado el comercio exterior más floreciente. Si la importación de productos hace que el extranjero dependa de nosotros y le arrebata los medios de fabricar por sí mismo, en cambio, por la importación de artículos fabricados, quedamos dependientes, con respecto del extranjero, y se nos arrebatan los medios de fabricarlos por nosotros mismos. Si la importación de productos basados en materias primas del extranjero sustrae a su población la base de sus ocupaciones y de su alimentación y los deriva hacia nuestro país, la importación de artículos fabricados nos priva de la posibilidad de aumentar nuestra población propia o su trabajo. Si la importación de productos y materias primas incrementa la influencia de nuestra nación en los asuntos del mundo y nos procura los medios para comerciar con todas las demás naciones y países, por la importación de artículos fabricados, resultamos encadenados a la nación manufacturera más adelantada, que puede imperar sobre nosotros a su arbitrio, casi como lo hace Inglaterra con Portugal. En una palabra, la historia y la estadística prueban la exactitud de la norma expresada por los ministros de Jorge I. que las naciones son tanto más ricas y poderosas cuanto más cantidad de artículos industriales exportan, y cuanto mayor es su importación de artículos de subsistencia. Puede comprobarse, incluso, que naciones enteras han sucumbido simplemente porque exportaban artículos alimenticios y primeras materias, e importaban tan sólo artículos industriales. Montesquieu, que supo obedecer mejor que nadie, antes y después de él, las enseñanzas que da la historia a legisladores y políticos, se dio buena cuenta de ello, aunque en su época, cuando la economía política se encontraba todavía muy poco desarroilada, no fue posible esclarecer completamente las razones. En oposición con el incongruente sistema de los fisiócratas, sostuvo la afirmación de que fue una fortuna que Polonia renunciara por completo al comercio exterior, es decir, que estableciera un sistema manufacturero propio y bien elaborado, consumiendo por sí misma sus materias primas y sus artículos de subsistencia. Sólo por el desarrollo de la energía manufacturera nacional, por las ciudades

libres, populosas e industriales, podía llegar Polonia a lograr una vigorosa organización interior, una industria nacional, una libertad y una riqueza, si pudiera conservar su independencia y defender su hegemonía política sobre naciones menos cultas. En lugar de importar artículos manufacturados del exterior, como lo hizo tiempos atrás Inglaterra, cuando se encontraba al mismo nivel cultural que Polonia, hubiera tenido que importar industriales o capital industrial del extranjero. Ahora bien, sus nobles preferían enviar a los mercados exteriores el mezquino fruto del trabajo esclavista, y vestirse con las telas bellas y baratas del extranjero. Sus descendientes pueden contestar a esta pregunta: si es aconsejable a una nación comprar los productos fabricados en el extranjero, mientras las fábricas del país no son bastante fuertes para poder competir con el exterior en precio y calidad. Conviene que tenga presente la nobleza lo que ocurre en otros países, en cuanto el morbo feudal les acomete; puede fijarse en el caso de la nobleza inglesa para aprender cómo una potente manufactura, una libre clase urbana y unas ciudades ricas constituyen para el propietario el máximo valor.

Sin detenernos ahora a investigar sobre si a los monarcas electivos de Polonia les hubiera sido posible, en las circunstancias a la sazón existentes, implantar un sistema comercial semejante al que establecieron y desarrollaron los reyes hereditarios de Inglaterra, vamos a suponer el caso de que así hubiera ocurrido: ¿no se advierte qué abundantes frutos hubiera comportado semejante sistema para la nacionalidad polaca? Asistida por grandes e industriosas ciudades, la monarquía se hubiese hecho hereditaria, la nobleza hubiera accedido a participar en la Alta Cámara en las tareas legislativas, y a emancipar a sus siervos corporales; si se hubiese desarrollado la agricultura, como se desarrolló en Inglaterra, la nobleza polaca sería ahora rica y respetada; la nación polaca, aunque no con tanto prestigio e influencia como la inglesa en los problemas del mundo, hubiera sido lo suficientemente civilizada y poderosa para extender su influencia al Oriente menos cultivado. Sin un sistema protector y mediante el comercio libre con otras naciones adelantadas —aunque hubiese conservado su independencia hasta nuestros días—, nunca podía suscitar más que una agricultura enclenque; nunca podía ser rica, poderosa e influyente hacia el exterior.

El hecho de que numerosas energías y reservas naturales se transforman por la energía manufacturera en capitales productivos, explica en gran parte que las medidas de protección influyan tan vigorosamente

en el incremento de la riqueza nacional. Este bienestar no es una falsa apariencia, como los efectos de la limitación del comercio con productos; es una realidad. Son energías naturales completamente muertas, reservas inertes de la naturaleza las que dan vida y valor a una nación agrícola mediante el establecimiento de una energía fabril.

Es una antigua observación que el hombre, como el animal, se perfecciona intelectual y corporalmente mediante el cruce de razas, y que cuando los individuos de contadas familias contraen matrimonio constantemente entre sí, degeneran poco a poco como las plantas cuando las semillas se siembran de modo continuo en el mismo suelo. A una observación de esta ley natural parece obligado atribuir el hecho de que en muchas tribus no muy populosas, salvajes o semisalvajes, en África y en Asia, los hombres elijan sus mujeres de tribus exóticas. También obedece a ello el hecho de que las oligarquías de pequeñas repúblicas municipales, constantemente desposadas entre sí, sucumban poco a poco o por lo menos degeneren visiblemente. Es innegable que la mezcla de dos razas completamente distintas trae como consecuencia, casi sin excepción, una descendencia vigorosa y bella, y esta observación se extiende incluso a la mezcla de blancos y negros en la tercera y en la cuarta generación. Más que cualquier otra cosa, ese hecho parece confirmar que los pueblos surgidos de una reiterada mezcla de razas que abarca la nación entera, superan en vigor, energía del espíritu y del carácter, inteligencia, robustez corporal y belleza exterior, a todas las demás naciones.[1]

Sobre esta base nos creemos autorizados a inferir que los hombres no

[1] Según Chardin, los güebres, una rama no contaminada de los antiguos persas, son una raza repugnante, malconformada y perezosa, como todos los pueblos de estirpe mongólica, y en cambio es famosa por su belleza la energía persa, que desde hace siglos se ha mezclado con mujeres georgias y circasianas. El doctor Pritchard observa: los celtas no mezclados de la Escocia superior distaban mucho de los holandeses de Escocia, descendientes de sajones y celtas, en estatura, energía corporal y agradable presencia. La misma observación hace Pallas con los descendientes de rusos y tártaros, en comparación con sus afines de raza, no contaminados. Azara da testimonio de que los descendientes de los españoles y de los aborígenes del Paraguay constituían una generación mas bella y vigorosa que sus antepasados. Las ventajas del cruzamiento de razas se conservan no sólo en la mezcla de distintos pueblos, sino también en la mezcla de distintas tribus de un mismo pueblo. Así, los negros criollos superan considerablemente, en dotes intelectuales y en vigor corporal, a los negros que eran conducidos de África a América y que procedían de una raza sin contaminar. Los caribes, único pueblo indio que regularmente escoge sus mujeres entre las tribus vecinas, se hallan a un nivel más elevado, en este aspecto, que los demás grupos sudamericanos. Si esto es una ley natural, con ello se explica en parte el auge que las ciudades medievales lograron poco tiempo después de su fundación, así como la energía y el bienestar corporal del pueblo americano.

deben ser necesariamente tan perezosos, desamparados y remisos como advertimos en los pequeños poblados, dentro de un sistema agrícola anquilosado, en el que desde hace milenios los miembros de familias muy contadas se casan entre sí; en que, desde hace siglos, nadie ha tenido la ocurrencia de imitar un instrumento conformado de manera distinta o un nuevo procedimiento de elaboración o de modificar una pieza indumentaria, o de adoptar una idea nueva; donde todo consiste—no ya en poner en tensión las energías espirituales y corporales para procurarse la mayor cantidad de placer posible—, sino en llegar al límite de los renunciamientos.

Esta situación se transforma, mediante el establecimiento de una energía manufacturera, en beneficio del perfeccionamiento racial de toda una nación. Una gran parte del incremento de población pasa de la agricultura al mundo industrial; la población manufacturera se mezcla con la agrícola de distintas comarcas, y éstas entre sí, desposándose sus individuos, y con ello se interrumpe el estancamiento espiritual, moral y físico de la población. El tráfico suscitado por las manufacturas y el comercio que sobre éstas descansa, entre las distintas naciones y comarcas, aporta nueva savia a la nación entera como a los distintos municipios y familias.

Una influencia no menos importante posee el auge de la energía manufacturera sobre la depuracion de las razas zoológicas. En todas partes donde se han desarrollado manufacturas de la lana, se perfeccionó rápidamente la raza del ganado lanar. La gran demanda de excelentes carnes, ocasionada por el aumento en el número de los obreros industriales, induce al agricultor a mejorar las razas de ganado vacuno. La demanda incrementada de caballos de lujo tiene como consecuencia el perfeccionamiento de las razas equinas. Tampoco se ven ya aquellas razas primitivas y pobrísimas de vacas, caballos y ovejas, que en una agricultura rudimentaria surgían por doquier por falta de cruzamiento entre las razas, y que reflejan perfectamente la triste condición de esos pueblos.

¡Cuánto deben las energías productivas de las naciones a la introducción de razas animales exóticas, que mejoran las del país, y cuán excelentes son los resultados que todavía pueden obtenerse en este orden de cosas! Todos los gusanos de seda de Europa derivan de unos pocos huevos que, en tiempos de Constantino, fueron traídos desde China, por monjes griegos, hasta Constantinopla, en sus báculos ahuecados, a pesar de hallarse estrictamente prohibida la exportación. Francia debe a la

importación de las cabras del Tibet una bella producción industrial. Es muy sensible que, hasta aquí, en la aclimatación y mejora de los animales se haya tenido preferentemente en cuenta la satisfacción de ciertas necesidades suntuarias, y no el fomento del bienestar de las grandes masas. Testimonios de viajeros afirman que en algunos países de Asia vieron una raza de ganado vacuno que asociaba una considerable fuerza de tracción con una gran rapidez de movimientos, de manera que puede utilizarse, con igual ventaja que los caballos, como cabalgadura y como animal de carga. ¡Qué incomparables beneficios hubiera asegurado semejante raza vacuna a los agricultores de Europa! ¡Qué notable incremento en los medios de subsistencia, en la energía productiva y en la comodidad hubieran derivado de esa aclimatación para las clases trabajadoras!

Mucho más que por la mejora y aclimatación de las razas animales, la energía productiva del género humano ha aumentado por el perfeccionamiento y traslación de sus individuos. Este hecho se evidencia igualmente cuando se compara con las plantas primitivas, tal como surgieron del seno de la Naturaleza, con las ya perfeccionadas. ¡Cuán poco se asemejan en forma y utilidad las plantas primitivas de las especies cereales y frutales, de las hortalizas y plantas oleaginosas con sus actuales y más perfectos ejemplares! ¡Qué masas de artículos alimenticios, disfrutes y comodidades, y qué ocasiones de útil aplicación de las energías humanas han derivado de todo ello! Las patatas, la remolacha azucarera, el cultivo de las plantas forrajeras se han decuplicado con el perfeccionamiento de los medios de abono y de las máquinas, incrementando el rendimiento de la agricultura, en comparación con el nivel agrícola que se advierte todavía en varias comarcas de Asia.

Por lo que respecta al descubrimiento de plantas nuevas y al perfeccionamiento de las mismas, la ciencia ha procurado incontables beneficios, pero los gobiernos no han sabido dedicar la atención debida a esta importante misión, en interés de la economía. En fecha muy reciente se han descubierto en las sabanas de Norteamérica especies gramíneas que en las tierras más pobres aseguran un rendimiento más alto que las conocidas plantas forrajeras en otras tierras más feraces. Es muy verosímil que en las selvas de América, África, Asia y Australia vegeten todavía un gran número de plantas, desprovistas de utilidad, cuya aclimatación y mejora podría contribuir infinitamente al bienestar de los habitantes de la zona templada.

Es evidente que la mayoría de los perfeccionamientos y aclimataciones de animales y vegetales, la mayor parte de los descubrimientos realizados en este orden de cosas, así como otros progresos, invenciones y descubrimientos, han favorecido a los países de la zona templada y, entre ellos, a los industriales.

XIX. LA ENERGÍA MANUFACTURERA Y LAS ENERGÍAS INSTRUMENTALES (CAPITAL MATERIAL DE LA NACIÓN)

La nación deriva su capacidad productiva de las energías físicas y espirituales de los individuos, o de las reservas naturales que se hallan a su alcance, o de los instrumentos que en su posesión se encuentran; esto es, de los productos materiales de esfuerzos anteriores, de orden espiritual y corporal (capital material agrícola, manufacturero y comercial).

En los dos capítulos anteriores hemos tratado de la influencia de las manufacturas sobre las tres fuentes ya citadas de energía productiva nacional. El presente y el siguiente capítulos se dedican a exponer su influencia sobre las últimas.

Lo que nosotros conocemos bajo la expresión de *energías instrumentales*, es lo que la Escuela denomina *capital.*

Poco importa cuál sea la palabra con que se designa un objeto, pero mucho, en cambio, cuando se trata de disquisiciones científicas, que la palabra elegida implique siempre un mismo objeto, y nunca más o menos. En cuanto se habla de diversas especies de una cosa, surge la necesidad de establecer distinciones. Ahora bien, bajo la denominación de *capital,* la Escuela comprende no solamente los medios auxiliares materiales de la producción, sino, también, todos los elementos espirituales y sociales. Evidentemente, en todos aquellos casos en que se habla de capital, debería concretarse si se alude al capital material, a los instrumentos materiales de la producción o al capital intelectual; a las energías físicas y morales inherentes a la personalidad, o a las derivadas de las situaciones sociales, civiles y económicas. Necesariamente la falta de esta distinción, da lugar, cuando ocurre, a un falso razonamiento, o sirve para encubrir un razonamiento falaz. Como, por nuestra parte, no nos interesa tanto establecer una nueva terminología como la posibilidad de descubrir los errores que se ocultan bajo un léxico insuficiente, conservaremos el término *capital,* pero distinguiremos entre capital espiritual y material; entre capital material agrícola, manufacturero y mercantil; entre capital privado y capital nacional.

Basándose en la expresión *capital,* en sentido amplio, Adam Smith expone el siguiente argumento, hasta la fecha defendido por sus continuadores, contra la política mercantil proteccionista:

"Por medio de semejantes medidas (protectoras) un país puede hacer surgir una modalidad especial de manufacturas antes que sin ellas, y este género de manufacturas podrá acaso enviar al extranjero, después de algún tiempo, productos tan baratos y acaso más. Aunque de este modo la industria nacional se encauza tempranamente hacia aquellos canales por los cuales hubiera fluido con posterioridad y de modo espontáneo, no se deduce de ello, en modo alguno, que la suma total de la industria o de los ingresos sociales pueda incrementarse a base de tales medidas. *La industria de la sociedad sólo puede aumentar en cuanto su capital aumenta, y el capital de la sociedad sólo puede incrementarse proporcionalmente al ahorro que poco a poco se hace en los ingresos.* Ahora bien, el efecto inmediato de dichas medidas consiste en disminuir los ingresos sociales; en consecuencia, lo que disminuye con toda seguridad estos ingresos no puede incrementar más rápidamente el capital de lo que por sí mismo hubiera aumentado si se hubiera dejado libre curso al mismo y a la industria." [1]

En prueba de este argumento, el fundador de la escuela clásica nos pone el ejemplo conocido, y refutado ya por nosotros en el capítulo anterior, por insensato que sea, de querer plantar vides en Escocia.

En el mismo capítulo dice que el ingreso anual de la sociedad no es otra cosa sino el valor en cambio de aquellas materias que anualmente produce la industria nacional.

En el argumento referido radica la prueba principal de la escuela contra la política mercantil proteccionista. Reconoce que gracias a las reglas protectoras se logra el auge de las fábricas y se pone en condiciones de producir tan barato, o acaso más, los artículos que pueden recibir del extranjero; afirma, sin embargo, que el efecto inmediato de estas medidas es el de disminuir la masa de los ingresos sociales (el valor en cambio de aquellas cosas que anualmente produce la industria nacional). En consecuencia, se debilita su aptitud para constituir capitales, porque éstos se forman mediante los ahorros que la nación hace en sus ingresos anuales; a su vez, la suma de los capitales condiciona la suma de la industria nacional, y ésta sólo puede incrementarse en proporción a aquélla. Por consiguiente se debilita la industria por efecto de aquellas medidas, ya que esa industria hubiera surgido por sí misma, conforme a la naturaleza de las cosas, si se le hubiera dejado curso libre.

[1] *Riqueza de las naciones,* l. IV, cap. II.

En primer término, contra ese razonamiento conviene observar que Adam Smith tomó el concepto de *capital* en aquella acepción en que suele ser tomada por los rentistas o comerciantes en su contabilidad y en sus balances; esto es: como suma total de los valores en cambio, en oposicion a los ingresos que de ello resultan.

Smith ha olvidado que al definir el capital comprende bajo ese término las aptitudes corporales y espirituales de los productores.

Afirma falsamente que los ingresos de la nación están condicionados simplemente por la suma de sus capitales materiales. Su propia obra contiene, sin embargo, numerosas pruebas de que estos ingresos se hallan principalmente influidos por la suma de sus energías espirituales y corporales y de su proceso de perfeccionamiento social y político (en particular, por una más perfecta división del trabajo y por la cooperación de las energías productivas corporales), y que si bien las medidas protectoras exigen durante algún tiempo el sacrificio de bienes materiales, esta renuncia queda cien veces compensada en energías, en la aptitud para adquirir valores de cambio, y, por consiguiente, sólo son anticipos de la nación colocados de modo reproductivo.

Ha olvidado que la aptitud de la nación entera para incrementar la suma de sus capitales materiales, consiste principalmente en la capacidad de transformar las energías naturales no utilizadas en capital material, en instrumentos valiosos y susceptibles de producir ingresos, y que en la nación agrícola hay una masa de energías naturales que permanecen ociosas e inertes, que sólo pueden ser reanimadas por las manufacturas. No ha tenido en cuenta la influencia de las manufacturas sobre el comercio interior y exterior, sobre la civilización y el poderío nacionales y sobre la defensa de su autonomía e independencia, así como sobre la aptitud para adquirir bienes materiales, que de ello deriva.

Por ejemplo, no ha tenido en cuenta la masa de capital que los ingleses han adquirido en virtud de su colonización. (Martin estima esa suma en más de 2½ miliardas de libras esterlinas.)

Dicho autor, que en otro pasaje demuestra claramente cómo los capitales colocados en el comercio intermediario no pueden ser considerados como pertenecientes a una nación especial, mientras no se hallan incorporados a la tierra, no ha aludido al hecho de que la vinculación de estos capitales se realiza del modo más oportuno estimulando las manufacturas nacionales.

No ha tenido en cuenta que, estimulado por el fomento de la fabrica-

cion del país, se atrae a éste una masa de capitales extranjeros, lo mismo espirituales que materiales.

Afirma con error que estas manufacturas hubieran surgido con espontaneidad siguiendo el curso natural de las cosas, cuando es lo cierto que en cada nación la potencialidad política interviene para imprimir una dirección artificial a este llamado curso natural, en especial ventaja suya.

Ha explicado ese argumento profundamente falso, y lo ha fundado sobre una palabra equívoca, citando un ejemplo también equivocado, cuando del mismo modo que afirma la insensatez de querer obtener vino en Escocia por procedimientos artificiales, asegura que sería necio instituir artificialmente también las manufacturas.

Reduce el proceso de la formación de capital en la nación a las operaciones de un rentista cuyos ingresos varían según el valor de sus capitales, y que solamente pueden ser aumentados por los ahorros que convierte en capital.

No piensa que esta teoría del ahorro, que en efecto es exacta conforme a un criterio comercialista, seguido por una nación entera, daría lugar a la pobreza, a la barbarie y a la impotencia. Cuando cada uno ahorra y renuncia a todo lo posible, no existe estímulo alguno para la producción. Cuando cada uno sólo piensa en acumular valores en cambio, desaparece la energía espiritual necesaria para la producción. Una nación integrada por semejantes usureros renunciaría a la defensa nacional por temor a los gastos de guerra, y sólo cuando todas sus disponibilidades fueran presa de los extraños, se darían cuenta de que la riqueza de las naciones puede conseguirse por conductos distintos de los del rentista.

El rentista mismo, como padre de familia, tiene que seguir una teoría completamente distinta de la de los valores materiales de cambio, que es la propia de los mercaderes. Por lo menos, debe aplicar a la educación de sus descendientes los valores de cambio imprescindibles para colocarlos en condiciones de que oportunamente administren la propiedad que les corresponde.

La formación de los capitales materiales de la nación se lleva a cabo por caminos completamente distintos de los del simple ahorro del rentista; concretamente, por los de las energías productivas, mediante la acción recíproca entre el capital espiritual y material de la nación, y entre el capital agrícola, manufacturero y comercial.

El incremento de los capitales materiales de la nación está condicio-

nado por el incremento de los capitales espirituales de la misma, y a la inversa.

El origen de los capitales materiales de la agricultura está condicionado por el origen de los capitales materiales de la manufactura y viceversa.

El capital material del comercio actúa en todas partes como mediador, auxiliar y compensador entre ambos.

En las etapas rudimentarias, en la cultura del cazador y del pescador, las energías naturales lo ofrecen casi todo; el capital es igual a cero. El comercio exterior aumenta este último, pero (mediante las armas de fuego, la pólvora y el plomo) destruye por completo la productividad del primero. La teoría del ahorro no permite que el cazador subsista; éste tiene que convertirse en pastor, o perecer.

En la etapa pastoril, el capital material crece rápidamente; pero sólo en la medida en que las energías materiales ofrecen al ganado alimento sin tasa. El incremento de la población sigue al incremento de los rebaños y de los medios de subsistencia. Por una parte, los rebaños y los pastos se distribuyen en porciones cada vez más pequeñas, y por otra el comercio exterior ofrece estímulos al consumo. En vano se predicaría a un pueblo pastoril la teoría del ahorro; no tiene otra salida que hundirse en la miseria o pasar a la etapa agrícola.

Mediante la utilización de las energías naturales e inertes se abre al pueblo agrícola un campo de enriquecimiento amplio, pero, al mismo tiempo, limitado.

El agricultor, por sí solo, puede aumentar sus medios de vida, mejorar sus campos, incrementar sus ganados; pero al aumento de los medios de subsistencia sucede en todas partes al aumento de población. El capital material, particularmente los terrenos y el ganado, se distribuye entre un número mayor de individuos en la medida misma en que aquél se hace más fecundo, y éstos se multiplican. Ahora bien, como no es posible aumentar por medio de la laboriosidad la superficie de las tierras; como, a falta de una organización de transporte —que, como hemos mostrado en el capítulo anterior, es imperfecta en esta etapa por falta de tráfico— las tierras no pueden ser utilizadas de acuerdo con su estructura natural; como en la nación meramente agrícola faltan aquellos instrumentos, criterios, estímulos, energía y cultura social que pueden ser comunicados a la agricultura por la industria y por el comercio que de ella deriva, pronto llega el pueblo meramente agrícola a un punto en que el incremento del capital agrícola material no puede correr parejas con

el incremento de la población, y en que, además, la pobreza individual aumenta constantemente, a pesar de que el capital de la nación, en su conjunto, se incrementa todavía.

En semejante estado, el producto más importante de la nación consiste en los *seres humanos*, los cuales, no pudiendo hallar en el país un sustento suficiente, se ven obligados a emigrar a otras tierras. A un país de tal índole, poco le servirá de consuelo que la escuela considere a los hombres como un capital acumulado, porque la exportación humana no da lugar a remesas de retorno, sino que reviste la forma de instrumentos, dinero, etc., con una salida improductiva de importantes sumas de valores materiales. Es evidente que en una situación así, en que la división nacional del trabajo no está convenientemente desarrollada, ni la laboriosidad ni el ahorro pueden traer como consecuencia el incremento del capital material (enriquecimiento material de los individuos).

Evidentemente, el país agrícola raras veces puede existir por completo sin comercio exterior, y éste, cuando existe, ocupa también el lugar de las manufacturas internas respecto al incremento de capital, poniendo a los industriales del país extraño en contacto con los agricultores del propio país. Sin embargo, esto sucede de modo parcial y en forma muy incompleta: primero, porque esa relación sólo se limita a productos especiales y principalmente a las comarcas situadas en el litoral y junto a los ríos navegables, y luego porque, en todo caso, es muy irregular, y frecuentemente queda interrumpido por guerras, fluctuaciones comerciales y medidas mercantiles, por cosechas abundantes o por aportaciones del exterior.

El incremento del capital agrícola material se lleva a cabo en gran escala, de modo regular y hasta el infinito, cuando entre los agricultores surge una energía manufacturera completa.

La mayor parte, con ventaja, de los capitales materiales de una nación está vinculada a la tierra. En cada nación, el valor de los terrenos, de las viviendas rústicas y urbanas, de los talleres, fábricas, instalaciones hidráulicas, mineras, etc., reúne de *dos tercios a nueve décimas partes de todos los valores de la nación*. Puede, según esto, admitirse como regla que todo cuanto aumenta o disminuye el valor de la propiedad inmueble, aumenta o disminuye la suma de los capitales materiales de la nación. Ahora bien, observemos que siendo igual el rendimiento natural, el valor capital de las tierras es incomparablemente mayor en la proximidad de una ciudad pequeña que en las regiones apartadas; que este valor es incomparablemente más grande en las cercanías de una gran ciudad que en

las de una pequeña, y que en las naciones manufactureras este valor es incomparablemente mayor que en las naciones meramente agrícolas. Advertimos, por el contrario, que el valor de las viviendas y establecimientos fabriles urbanos, así como el de los respectivos solares, sube o baja en la misma proporción en que se reduce o aumenta el tráfico de la ciudad con los agricultores, o en que estos agricultores retroceden o avanzan en punto a bienestar. Esto explica que el incremento del capital agrícola esté condicionado por el capital industrial, y viceversa.

En la transición de la etapa agrícola a la manufacturera esta acción recíproca resulta mucho más intensa en el sector de las manufacturas que en el de la agricultura. En efecto, del mismo modo que el incremento del capital en la transición desde la etapa del cazador a la pastoril, principalmente, tiene lugar en virtud del rápido crecimiento de los rebaños —como el incremento del capital en el periodo de transición desde la etapa pastoril a la agrícola se debe principalmente al rápido incremento de tierras feraces y de excedentes de producción—, así también en la transición de la etapa agrícola a la manufacturcra el incremento del capital material de la nación actúa principalmente por medio de aquellos valores y energías que se emplean en el establecimiento de manufacturas, porque, gracias a ello, se transforma en capitales intelectuales y materiales una masa de energías naturales y espirituales que hasta entonces había quedado sin utilizar. Lejos de ser un obstáculo al ahorro del capital material, el auge de las manufacturas procura a la nación la posibilidad de invertir sus ahorros agrícolas de modo económico, y sólo por ello se estimula el ahorro agrícola.

En los cuerpos legislativos de América del Norte se ha comprobado muchas veces lo siguiente: por falta de salida, los cereales se pudren en los silos, y el valor de los mismos no paga los costos de la cosecha. De Hungría se dice que, allí, el agricultor casi se ve ahogado en la abundancia, mientras que los productos manufacturados son de tres a cuatro veces más caros que en Inglaterra. Incluso Alemania suele recordar estos tiempos. En los Estados agrícolas, por consiguiente, no todo producto agrícola superfluo puede considerarse como capital material. Sólo gracias a las manufacturas esos productos, merced a su conveniente almacenaje, se convierten en capital comercial, y por medio de la venta a los industriales, en capital manufacturero. Lo que puede ser una reserva ociosa en manos de los agricultores, conviértese en manos de los industriales en capital productivo, y viceversa.

La producción hace posible el consumo, y el deseo de consumir estimula la producción. La simple nación agrícola depende en su consumo de circunstancias ajenas; cuando éstas no le son favorables, sucumbe aquella producción que hubiera podido desarrollarse por el estímulo consuntivo. Ahora bien, en aquella nación donde, en un mismo territorio, se asocian las industrias y la agricultura, existe el estímulo recíproco de modo continuado, y, como consecuencia, un constante aumento de la producción y un incremento de los capitales por ambos lados.

Ahora bien, como por las razones que ya hemos indicado la nación agrícola-manufacturera es incomparablemente más rica en capital material que la simple nación agrícola (como lo enseña la contemplación directa), es en ella más bajo el tipo de interés, y se ofrecen a los empresarios capitales más grandes y en mejores condiciones que en la nación agricola. De aquí resulta una competencia venturosa con las fábricas recién surgidas en la nación agrícola; constante pérdida del mercado manufacturero en la nación agrícola; continua situación de deuda de la nación agrícola frente a la nación manufacturera, y en los mercados de la primera una constante oscilación en los precios de los productos, de las manufacturas y del dinero, que pone en peligro tanto la acumulación de capitales materiales como la moralidad y economía de la nación agrícola.

La Escuela distingue capital fijo y circulante, incluyendo bajo la primera denominación, de extraña manera, una cantidad de cosas que se hallan en circulación, sin llegar a hacer empleo práctico de la distinción citada. Pasa en silencio el único caso en que semejante distinción puede ser de utilidad. Tanto el capital material como el intelectual están vinculados en su mayor parte a la agricultura, o a las manufacturas, o al comercio, o a algunos sectores del mismo, incluso a localidades aisladas. Los árboles frutales, cuando son cortados, no tienen para el industrial que los utiliza para realizar trabajos en madera, el mismo valor que para los agricultores que los destinan a la producción de frutas. Cuando los rebaños tienen que ser sacrificados en masa, como ocurre en Alemania y Norteamérica, no tienen el valor que poseen como instrumentos en plena producción. Los viñedos como tales poseen un valor que resulta perdido cuando se utilizan como campo de cultivo. Los barcos utilizados como madera de construcción o como combustible, tienen un valor mucho menor que cuando se dedican al transporte. ¿Para qué sirven los edificios fabriles, los saltos de agua y las máquinas cuando la fabricación de hilaturas decae? Del mismo modo pierden los individuos, por regla

general, cuando se desplaza la mayor parte de su energía productiva consistente en prácticas, hábitos y destrezas. La Escuela designa todas estas cosas y propiedades con la denominación general de capital, y en virtud de esta terminología trasplanta estas cosas desde un ramo esencial de la producción a otro. Así aconseja Say a los ingleses aplicar su capital manufacturero a la agricultura. Nada dice en detalle acerca de cómo puede realizarse ese milagro, y hasta la fecha ello sigue siendo un secreto para los estadistas ingleses. Evidentemente, en este caso, Say ha confundido el capital privado con el capital nacional. Un industrial o un comerciante puede retirar sus capitales de las manufacturas o del comercio, vendiendo su fábrica o sus barcos y comprando propiedades inmuebles con el producto de dicha venta; en cambio, toda una nación no podría llevar a cabo esta operación sino mediante el sacrificio de una gran parte de sus capitales materiales y espirituales. La razón por la cual la Escuela confunde con sus artificios cosas tan claras, es evidente. Si se denomina a las cosas por su verdadero nombre, fácilmente se comprenderá que la transferencia de las energías productivas de una rama esencial de la producción a otra, está sujeta a dificultades y preocupaciones que no siempre se expresan a favor del librecambio, sino más bien a favor de la protección nacional.

XX. LA ENERGÍA INDUSTRIAL Y EL INTERÉS DE LA AGRICULTURA

SI LAS medidas protectoras en favor de las manufacturas nacionales sirvieran sólo para perjudicar a los consumidores de artículos manufacturados y favorecer el enriquecimiento de los industriales, ese inconveniente afectaría preferentemente a los terratenientes y agricultores, la clase más importante y numerosa de dichos consumidores. Puede probarse, sin embargo, que esta clase obtiene, derivadas del auge de las manufacturas, ventajas todavía mayores que los industriales mismos, porque las manufacturas engendran una demanda de mayor variedad y cantidad de productos agrícolas, aumentan el valor en cambio de estos productos, y sitúan al agricultor en condiciones de utilizar de modo más perfecto sus tierras y su mano de obra. De aquí resulta un aumento de la renta de la tierra, de los provechos y de los salarios obreros, y el incremento de la renta y de los capitales tiene como consecuencia el incremento del valor en cambio de la tierra y del trabajo.

El valor en cambio de la propiedad agrícola no es otra cosa que la renta de la tierra, capitalizada: dicho valor está condicionado de una parte por la cantidad y valor de las rentas; de otra parte, por la suma de capitales espirituales y materiales que, en conjunto, se hallan en la nación.

Todo perfeccionamiento individual y social, todo incremento de las energías productivas en la nación, y, en especial, la energía manufacturera, aumenta la cantidad de la renta, mientras que, por el contrario, la cuota de renta queda disminuida por ello. En un país poco culto y poco poblado, por ejemplo en Polonia, las cuotas de renta significan la mitad o tercera parte del rendimiento bruto; en una nación culta, poblada y rica, por ejemplo en Inglaterra, comprenden sólo la cuarta o quinta parte. Sin embargo, la cantidad global de esta reducida cuota es incomparablemente más importante que la cantidad de aquella cuota más amplia, sobre todo en dinero y, todavía más, en artículos manufacturados, porque la quinta parte de 25 *bushels* del rendimiento medio del trigo en Inglaterra importa 5 *bushels;* mientras que la tercera parte de 9 *bushels,*

rendimiento medio del trigo en Polonia, sólo representa 3 *bushels;* además, porque aquellos 5 *bushels* de Inglaterra tienen, por lo común, un valor medio de 25-30 chelines, y estos 3 *bushels* en la Polonia central apenas si valen 8-9 chelines; porque finalmente, los artículos manufacturados en Inglaterra son, de una parte, tan baratos como en Polonia, por lo cual el terrateniente inglés, con sus 30 chelines de renta en dinero, puede comprar 10 varas de tela, el polaco, en cambio, sólo 2 varas con sus 10 chelines de renta, de donde resulta que el terrateniente inglés, con la quinta parte del rendimiento bruto, está como rentista tres veces mejor situado que el polaco con la tercera parte del rendimiento bruto. El hecho de que el arrendatario y el obrero agrícola en Inglaterra, precisamente como consumidores de artículos manufacturados, estén mucho mejor que en Polonia, se explica por la circunstancia de que con un rendimiento de 25 *bushels* en Inglaterra, 20 *bushels* corresponden a semillas, labores campestres, jornales y provechos, la mitad de los cuales o sean 10 *bushels* se asignan a los dos últimos grupos, con un valor promedio de 60 chelines, o 20 varas de tela a 3 chelines la vara, mientras que con un rendimiento de 9 *bushels,* en Polonia, sólo corresponden a 6 semillas, labores de cultivo, provecho y jornales, de los cuales la mitad, o sea 3 *bushels,* que se asignan a los dos últimos renglones, poseen un valor de 10-12 chelines o 2½ varas de tela.

La renta es un medio principalísimo de colocar capitales materiales de un modo provechoso. Su precio se establece, por ello, según la masa de capitales disponibles en la nación, y según la proporción entre la oferta y la demanda. Debido a la abundancia de capital que se reúne a consecuencia del comercio nacional y extranjero, etc., en la nación manufacturera y comercial, por la exigüidad del tipo de interés existente o por la circunstancia de que un cierto número de individuos que se han hecho ricos tratan de colocar sus excedentes de capital material en tierras, los precios de una determinada suma de rentas territoriales se hallan incomparablemente más altos en una tal nación que en una nación agrícola. En Polonia, las rentas territoriales se capitalizan del diez al veinte por ciento, en Inglaterra del treinta al cuarenta.

El valor en dinero de las tierras es, en la nación manufacturera y comercial, más elevado que en la agrícola, en la misma proporción en que el valor en dinero de las rentas de la tierra es, también, más elevado en la nación manufacturera y comercial que en la agrícola. Siendo igual la capacidad

de rendimiento que, por naturaleza, tienen esas tierras, el valor de las mismas es, en Inglaterra, de diez a veinte veces mayor que en Polonia.

Que las manufacturas ejercen una influencia sobre el nivel de la renta y, por consiguiente, también, sobre el nivel del valor en cambio de la tierra, lo observa Adam Smith al final del capítulo nueve de su libro primero, pero sólo de modo accesorio y sin esclarecer suficientemente la enorme importancia de las manufacturas a este respecto. Distingue en dicho capítulo aquellas causas que ejercen una influencia *directa* sobre el aumento de las rentas, como, por ejemplo, las mejoras de la tierra, el incremento del ganado en cantidad y valor en carmbio, de aquellas otras que ejercen sobre el aumento de las rentas una influencia indirecta, y entre las cuales incluye las manufacturas. De este modo coloca tan en segundo término *la causa principal del incremento de la renta de la tierra* y del valor de la misma, es decir las *manufacturas,* que esta causa casi pasa desapercibida, mientras que la mejora de las tierras y el aumento de la ganadería —que en su mayor parte son efecto de las manufacturas y del comercio que de ello resulta— precede o se contrapone a la manufactura como causa principal. Adam Smith y sus discípulos no han reconocido ni de lejos en toda su importancia el valor de las manufacturas, a este respecto.

Hemos observado que, a consecuencia de las manufacturas y del comercio con ellas relacionado, el valor de las tierras en Inglaterra es de diez a veinte veces mayor que en Polonia, teniendo en cuenta la capacidad natural de rendimiento. Si comparamos, ahora, la cuantía total de la producción manufacturera inglesa y del capital industrial inglés con el total de la producción agrícola inglesa y del capital agrícola de Inglaterra, encontraremos que la mayor parte de la riqueza de la nación se expresa en el valor así expresado de la propiedad de la tierra.

MacQueen (obra citada) traza el siguiente resumen de la riqueza nacional y de la renta nacional de Inglaterra:

I. *Capital nacional:*

1. Tierras dedicadas a la agricultura, minas y pesquerías . .	2 604 mill.
Capital de explotación en ganado, herramientas, reservas y dinero	655 mill.
Ajuar doméstico de los agricultores	52 mill.
	3 311 mill.

2. Colocado en las manufacturas y en el comercio:

Manufacturas y comercio interior de artículos manufacturados		1 78 1/2 mill.
Comercio con artículos coloniales		11 mill.
Comercio con artículos manufacturados procedentes del extranjero		16 1/2 mill.
		206 mill.
Además, incremento desde 1835, año en el cual se llevó a cabo esta estimación	12 mill.	
		218 mill.
Construcciones urbanas de todo género y edificios industriales	605 mill.	
Buques	33 1/2 mill.	
Puentes, canales y ferrocarriles	118 mill.	
Caballos, no empleados en la agricultura .	20 mill.	
		776 1/2 mill.
Importe del conjunto del capital nacional con excepción del situado en las colonias,, en empréstitos exteriores y en la Deuda inglesa		4 305 1/2 mill.

II. *Importe bruto de la producción nacional:*

1. Agricultura, minería y pesca	539 mill.
2. Producción manufacturera	259 1/2 mill.
	798 1/2 mill.

De este resumen resulta:

1o. Que el valor de la tierra dedicada a la agricultura constituye los 26/43 del total del patrimonio nacional inglés, y aproximadamente importa 12 veces más que el valor de todos los capitales invertidos en las manufacturas y en el comercio; 2o. Que todos los capitales invertidos en la agricultura importan más de las tres cuartas partes del capital nacional inglés; 3o. Que el valor del total de la propiedad inmueble de Inglaterra importa las cifras siguientes:

Tierras de cultivo	2 604 mill.
Edificios urbanos e industriales	605 mill.
Canales y ferrocarriles	118 mill.
	3 327 mill.

o sea más de las tres cuartas partes del total de los patrimonios nacionales ingleses; 4o. Que el capital manufacturero y comercial, con inclusión de los barcos, en conjunto no importa más de 24½ millones, o sea sólo el 1/18 de la riqueza nacional inglesa; 5o. Que el capital total de la agricultura inglesa, con 2 311 millones, arroja una renta bruta de 539, o sea aproximadamente de 16%, mientras que el capital manufacturero y comercial, con un importe de 218 millones, arroja una producción bruta anual de 259½ millones, o sea de 120 por ciento.

Por añadidura, conviene tener presente que los 218 millones que constituyen el capital industrial, con una producción anual de 259 y medio millones, son la causa principal a la cual se debe que el capital agrícola inglés haya podido alcanzar la enorme suma de 3 311 millones, y cuya producción anual pudo aumentar hasta la enorme suma de 539 millones. La mayor parte, con ventaja del capital agrícola, consiste en el valor de las tierras y del ganado. Al duplicarse y triplicarse la producción del país, al procurar los medios para un comercio extensísimo, para la explotación y adquisicion de un gran número de colonias y de una gran flota, las manufacturas aumentaron en la misma proporción la demanda de artículos alimenticios y materias primas, otorgaron a los agricultores medios y estímulos para satisfacer esta gran demanda, elevaron el valor en cambio de sus productos, y así influyeron sobre el aumento relativo de la cantidad y del valor en cambio de las rentas de la tierra, y, como consecuencia, del valor de la misma. Elimínense estos 218 millones de capital manufacturero y comercial, y no sólo se verán desaparecer los 529½ millones de producción industrial sino, también, la mayor parte de los 3 311 millones de capital agrícola. La producción nacional inglesa no sólo perderá 259½ millones (el valor de su producción manufacturera) sino que el valor en cambio de la tierra permanecerá en el nivel que tiene en Polonia, es decir, a la décima o vigésima parte de su nivel actual.

De esto resulta que todo el capital útil empleado por la nación agrícola en las manufacturas aumenta al décuplo el valor de la tierra, con el transcurso del tiempo. La experiencia y la estadística confirman en todas partes este principio. A consecuencia del auge de las manufacturas vemos cómo estos valores y los de la ganadería aumentan rápidamente por doquier. Compárese el estado de estos valores en Francia (1789 y 1840), en Norteamérica (1820 y 1830) o en Alemania (1830 y 1840), tal como se han estructurado en años de nivel bajo o elevado de las manufacturas, y veremos comprobada nuestra observación en toda la línea.

La razón de este fenómeno reside en la elevada energía productiva de la nación, que se desarrolla como consecuencia de una adecuada división del trabajo y de la cooperación más intensa de las energías espirituales y naturales de la nación, y del comercio extranjero.

Son éstas, en absoluto, las mismas causas y efectos que advertimos en los medios de transporte perfeccionados, los cuales no sólo aseguran sustantivamente una renta y, consiguientemente, la restitución del capital en ellos invertido, sino que también fomentan poderosamente, además, el auge de las manufacturas y de la agricultura, con lo que en el curso del tiempo el valor de la propiedad que se halla en su ámbito incrementa en diez veces aquellos capitales materiales que han sido invertidos en ellos. En comparación con el empresario industrial, el agricultor se encuentra en la ventajosa situación de que su capital obtiene un beneficio decuplicado de su capital de inversión y lo alcanza sin sacrificio alguno, mientras que el empresario tiene que poner en juego la totalidad de su capital. En la misma posición favorable se encuentra el agricultor frente a los empresarios de nuevas fábricas. Ahora bien, si esta influencia de las manufacturas sobre la producción agrícola, sobre la renta de la tierra, y, en consecuencia, sobre el valor de la propiedad territorial, es tan importante y tan ventajosa para todos cuantos se interesan en la agricultura ¿cómo puede pretenderse que las manufacturas resulten tan favorecidas por las medidas protectoras a expensas de quienes se dedican a la agricultura?

El bienestar material de los agricultores, como el de todas las demás personas privadas, está condicionado, en primer término, por el hecho de que el valor de su producción supere al valor de su consumo. En ese caso no importa tanto que las manufacturas sean baratas como, principalmente, que exista una gran demanda de productos agrícolas variados, y que éstos tengan un gran valor en cambio. Si las reglas protectoras son causa de que el agricultor, mediante la mejora de su mercado de productos, gane más de lo que pierde por el aumento de los precios de los productos industriales que necesita, no puede hablarse en ese caso de un sacrificio suyo en favor de los industriales. Sin embargo, ese efecto no puede dejar de producirse en las naciones destinadas a levantar una energía manufacturera propia, y se pone de manifiesto en ellas de un modo inconfundible desde que se inicia el auge de las propias manufacturas, porque precisamente en este periodo de tiempo la mayor parte de los capitales que pasan a la industria se aplican a la construcción de vivien-

das y edificios fabriles, instalación de obras hidráulicas, etc., inversiones que, en su mayoría, favorecen a los agricultores. Como, desde un principio, las ventajas de una mayor venta de productos y de un valor aumentado de éstos compensa con creces la desventaja de los precios elevados de los productos manufactureros, esta proporción favorable forzosamente tiene que desarrollarse siempre en beneficio del agricultor, porque el florecimiento de las fábricas con el transcurso del tiempo influye en el sentido de rebajar los precios de los productos fabriles y elevar el de los agrícolas.

El bienestar del agricultor y del terrateniente se halla especialmente condicionado por el hecho de que el valor de su instrumento, concretamente de su dominio territorial, se mantenga, por lo menos, en la situación que hasta entonces ocupaba. Esto no es sólo condición principal de su bienestar, sino, con frecuencia, de su existencia económica entera. Ocurre en muchas ocasiones que la producción anual del agricultor excede su cifra de consumo, y que, sin embargo, se ve arruinado. Acaece este caso cuando, estando sus haciendas gravadas por hipotecas, el crédito general se halla en crisis; cuando, por una parte, la demanda de capitales en dinero excede a la oferta, y por otra la oferta de terrenos excede a la demanda. En tales casos sobreviene la denuncia general de los préstamos de dinero y la oferta general de tierras, y como consecuencia la depreciación de la propiedad territorial; un gran número de los agricultores más emprendedores, activos y económicos sucumbe no porque su consumo haya superado a la producción, sino porque su instrumento de producción, sus propiedades, pierden una importante parte de su valor, en sus manos, por causas independientes de su voluntad; después, porque su crédito queda trastornado, y finalmente porque la suma de las deudas de dinero que pesan sobre la propiedad territorial ya no guarda relación con el valor en dinero de sus posesiones, reducido por la depreciación general de la propiedad de la tierra. Semejantes crisis se han producido más de una vez en Alemania y en Norteamérica, en el transcurso de los últimos cincuenta años, y, de este modo, una gran parte de la nobleza alemana se ha visto privada de sus posesiones, sin que llegara a percatarse que este destino lo debía propiamente a la política de sus hermanos en Inglaterra, los bien intencionados *tories*.

Otra es, por el contrario, la posición del agricultor y del terrateniente en los países donde las manufacturas se hallan en pleno y vigoroso florecimiento. Como en ellos aumentan la capacidad productiva de la tierra

y los precios de los productos, no sólo gana el importe del remanente del valor de su producción sobre el de consumo, sino que se beneficia, como terrateniente, del incremento de renta, y, además, de la capitalización del incremento en cuestión. Duplícase y triplícase su patrimonio en valores de cambio, no porque trabaje más, o porque mejore sus campos o haga mayores ahorros, sino porque el valor en cambio de sus posesiones se ha incrementado a consecuencia de las manufacturas. Este efecto le procura medios y estímulos para desarrollar un esfuerzo espiritual y corporal más amplio, para mejorar sus campos, aumentar sus ganados y ahorrar más, a pesar de que el consumo también es mayor. Con el aumento del valor de sus tierras se eleva su crédito, y con ello la aptitud de procurarse los capitales materiales que son necesarios para sus mejoras.

Smith pasa por alto estas circunstancias del valor en cambio de la tierra. Say piensa, por el contrario, que importa poco el valor en cambio de las tierras, porque ya sea éste elevado o bajo, prestan siempre los mismos servicios a la producción. Es triste escuchar unas opiniones tan fundamentalmente falsas y que tan profundamente afectan al bienestar de la nación, a un escritor al que su traductor alemán le agrega el epíteto de "maestro de las naciones". Nos creemos, por el contrario, obligados a sostener que no existe escala más segura del bienestar nacional que el alza y la baja del valor en cambio de las tierras, y que las fluctuaciones y crisis en esos valores pueden incluirse entre las más perniciosas plagas de un país.

También la Escuela, por su preferencia hacia la teoría del librecambio, tal como ella la quiere comprender, ha sido inducida a esa equivocada opinión. En efecto, en ninguna parte las fluctuaciones y crisis en el valor y precio de la propiedad agrícola son mayores que en las naciones agrícolas que están en relación de tráfico ilimitado con las naciones industriales y mercantiles ricas y poderosas.

También el comercio exterior, ciertamente, influye sobre el incremento de las rentas y del valor de la tierra, pero, sin comparación, con menos profundidad, uniformidad y persistencia que el auge de las manufacturas nacionales, el continuado y regular crecimiento de la producción manufacturera y el cambio de los productos nacionales de la industria por los productos nacionales de la agricultura.

Mientras la nación posee todavía una gran cantidad de terrenos sin aprovechar o mal aprovechados; mientras produce artículos que la na-

ción manufacturera más rica toma en cambio contra artículos manufacturados; mientras estos artículos son fáciles de transportar; mientras la demanda de los artículos en cuestión es constante y susceptible de un incremento anual correlativo al crecimiento de las energías productivas de la nación agrícola; mientras esas actividades no están interrumpidas por guerras y regulaciones mercantiles de otros países, el comercio extranjero influye vigorosamente en el incremento de la renta y del valor en cambio de la tierra. Ahora bien, cuando una de estas condiciones falta o cesa, puede dar lugar a estancamientos e incluso a importantes y constantes retrocesos.

El efecto más pernicioso en este orden de cosas es la mutabilidad de la demanda exterior, cuando, a causa de guerras, trastornos de crecimiento, falta de aportaciones de otras comarcas u otras relaciones y acontecimientos, la nación manufacturera necesita grandes cantidades de artículos de subsistencia y materias primas o de artículos especiales, y cuando, además, cesa de nuevo en gran parte esta demanda, a consecuencia del advenimiento de la paz, o de abundantes cosechas, o de grandes importaciones de otros países o de medidas políticas especiales. Cuando la demanda dura corto tiempo, puede resultar de ello algún beneficio para la nación agrícola; pero cuando dura años enteros o una serie de años, todas las modalidades de la nación agrícola, todas las economías particulares se regulan en función de dicha demanda. El productor se habitúa a ciertos tipos de consumo; determinados goces pasan a ser para él una necesidad, cuando en otras circunstancias los hubiera considerado como un lujo. Apoyándose en el rendimiento y valor elevado de su propiedad territorial, emprende mejoras de cultivos, construcciones, compras que nunca hubiera hecho. Las compras y ventas, los contratos de arrendamiento, los préstamos se estipulan según la escala del incremento logrado en rentas y valores El Estado mismo se lanza sin preocupaciones a incrementar sus gastos según la medida del bienestar aumentado de los particulares. Ahora bien, cuando de repente cesa esa demanda, surge una desproporción entre la producción y el consumo; entre los valores disminuidos y las deudas de dinero que mantienen su valor y su cuantía; entre los cánones de arrendamiento en dinero y la capacidad de rendimiento, también en dinero; entre los ingresos nacionales y los gastos, y a consecuencia de estas desproporciones, sobreviene la bancarrota, la confusión, el desaliento y la regresión, tanto en el desarrollo económico como en el espiritual y político. La prosperidad agríco-

la produjo así un efecto semejante al del estímulo logrado mediante el opio y las bebidas fuertes, que sólo excitan por un momento, pero debilitan durante la vida entera —esa prosperidad vino a ser como el rayo de Franklin, que iluminaba por un momento los objetos con una luz fulgurante, para dejarlos luego envueltos en la oscuridad más profunda.

Una transitoria prosperidad en la agricultura resulta un infortunio mucho mayor que la pobreza uniforme y permanente. Para que la prosperidad de los individuos y naciones traiga consigo la dicha, es preciso que sea continuada. Sólo puede serlo, sin embargo, cuando crece paulatinamente, y cuando la nación se halla en posesión de las garantías de este incremento y de esta duración. El bajo valor de cambio de la tierra es incomparablemente mejor que la fluctuación en el valor de cambio; sólo un auge paulatino, pero constante, de la misma, asegura a la nación una prosperidad duradera, y sólo en posesión de una energía manufacturera propia logran las nacionalidades ya formadas hallar la garantía de un desarrollo regular y permanente.

Cómo son de imprecisos los conceptos dominantes acerca de la influencia de la energía manufacturera propia sobre las rentas y el valor de la tierra, en comparación con la influencia del comercio exterior, puede apreciarse con la mayor claridad viendo cómo los propietarios de viñedos en Francia se consideran aún perjudicados por el sistema proteccionista francés, y, en la esperanza de ver elevadas sus rentas, reclaman la mayor libertad posible en su tráfico con Inglaterra.

En su informe relativo a las relaciones mercantiles existentes entre Inglaterra y Francia, redactado con propósito de destacar las ventajas que tendría una mayor importación de vinos de Francia, el doctor Bowring nos ha suministrado datos que constituyen la prueba más decisiva contra sus propios argumentos.

El doctor Bowring contrapone la importación de Holanda en vinos franceses (2 515 193 galones en 1829), con la importación anual de Inglaterra (431 509), para demostrar qué extensión tan grande puede adquirir la venta de los vinos franceses en Inglaterra, en régimen de comercio libre.

Supongamos, aunque parece más inverosímil, que la venta de vinos franceses a Inglaterra no encontrase obstáculos en la predilección allí existente por los cognacs, las cervezas fuertes y los vinos baratos y de alta graduación de Portugal, España, Sicilia, Tenerife, Madera y El Cabo;

supongamos que Inglaterra extiende realmente su consumo de vinos franceses en proporción a Holanda; entonces resultaría que, haciendo un cálculo de acuerdo con la población, podría consumir de 5 a 6 millones de galones, es decir, de diez a quince veces su cuota actual, cosa que, considerada a la ligera, parece prometer grandes beneficios a Francia y a los viticultores franceses.

Pero si se investiga a fondo el problema, resulta algo muy distinto. Suponiendo la mayor libertad posible del comercio —no queremos decir una libertad completa, aunque esta última pudiera ser adecuada al principio y a los argumentos de Bowring—, apenas cabe dudar de que los ingleses atraerían hacia sí una gran parte del mercado de artículos manufacturados franceses (especialmente por lo que se refiere a la fabricación de lana, algodón, lino, hierro y loza).

Calculado prudentemente, cabría aceptar que, a consecuencia de esta producción manufacturera disminuida, en las ciudades francesas viviría un millón menos de hombres, y en el campo sería necesario un millón menos de personas para abastecer a las ciudades con las materias primas de artículos de subsistencia que necesita. Ahora bien, el mismo doctor Bowring estima el consumo de los habitantes del campo en 16½ galones, y el de los habitantes de las ciudades en el doble, o sea en 33 galones por habitante. Por consiguiente, y en virtud de la disminución operada por el comercio libre en la energía manufacturera nacional, el consumo interior de vinos descendería en 50 millones de galones, mientras que la exportación difícilmente podría traducirse en un beneficio especial de los viticultores franceses, puesto que la demanda de vinos necesariamente perdería diez veces más que lo que pudiera ganar con el comercio exterior.

En resumen, lo mismo en la producción de vino que en la de carne o en la de cereales, y, en general, en la producción de materias primas y artículos de subsistencia, está comprobado que en una gran nación, llamada a hacer surgir una industria propia, la producción manufacturera interior da lugar a una demanda diez a veinte veces mayor de productos agrícolas de la zona templada, y produce un efecto diez a veinte veces más importante en cuanto a incremento de la renta y valor en cambio de la tierra, que la exportación más floreciente de semejantes productos.

Testimonio evidentísimo de ello es el del tipo de las rentas y el valor en cambio de las tierras situadas en la proximidad de las grandes ciudades, si se las compara con el nivel de las mismas en provincias aisladas,

aunque estén unidas con la capital por carreteras y otras posibilidades mercantiles.

La teoría de la renta puede ser considerada, o bien desde el punto de vista de los valores, o desde el punto de vista de las *energías productivas*, y puede examinarse teniendo en cuenta circunstancias de carácter privado, es decir, las del terrateniente, el arrendatario y el obrero, o en consideración especial a las circunstancias sociales y nacionales.

La Escuela ha desarrollado esta doctrina tomando en la mayor parte de los casos el punto de vista de la economía privada. Que nosotros sepamos, nunca ha explicado cómo el consumo de rentas es para la nación tanto más ventajoso cuanto más cercano se halla el lugar de producción, sino cómo, en la mayoría de los Estados, es consumido preferentemente en la sede del soberano; por ejemplo, en las monarquías absolutas, en la capital nacional, alejada de las provincias donde se produce; es decir, que ese consumo se realiza de la manera menos ventajosa para la agricultura, las industrias útiles en general y el desarrollo de las energías espirituales de la nación. Cuando la nobleza terrateniente no posee derechos ni influencia política, no reside en la Corte o desempeña cargos públicos, y todos los poderes del Estado se centralizan en la capital de la nación, los propietarios de rentas se trasladan a ese centro donde casi exclusivamente pueden encontrar los medios para satisfacer su vanidad y la posibilidad de dilapidar del modo más agradable las rentas de sus tierras; cuanto más habituados están los rentistas a vivir en la capital, tanto menos ofrece al individuo, la residencia en la provincia, una posibilidad para el trato social y los placeres materiales y espirituales más refinados; tanto más aborrece la provincia, y se siente atraído por la capital. Con ello pierde la provincia casi todos aquellos medios de perfeccionamiento espiritual que le depararía el consumo de las rentas, especialmente aquellas manufacturas y productores de obras intelectuales que son sustentados por las rentas gastadas en la capital de la nación. Ésta aparece envuelta en un magnífico esplendor, porque reúne en sí todo el talento de los productores espirituales y la mayor parte de la producción industrial de lujo. En cambio, a la provincia se le arrebatan correlativamente aquellas energías espirituales, aquellos medios materiales, y, en particular, aquellas industrias que procuran, desde luego, al agricultor, la posibilidad de efectuar mejoras agrícolas y que le estimulan a efectuarlas. En estas consideraciones radica, en gran parte, la razón de que en Francia, incluso en los tiempos de la monarquía absoluta, junto

a una capital que excede en espiritualidad y esplendor a todas las ciudades del Continente europeo, la agricultura sólo haya hecho escasos progresos, y las provincias padezcan de una falta de cultura espiritual, y de industrias de utilidad colectiva. A medida que la nobleza terrateniente va independizándose de la Corte y gana influencia sobre la legislación y la administración; a medida que el sistema representativo y la reglamentación administrativa de las ciudades y provincias otorga a éstas el derecho de administrar por sí mismas sus asuntos y participar en la legislación y administración del Estado; a medida que adquiere prestigio e influencia en la provincia y por la provincia, la nobleza terrateniente y la clase burguesa acaudalada y culta son atraídas por aquella localidad de la cual perciben sus rentas, y adquiere mayor influencia el consumo de éstas sobre el desarrollo de las energías espirituales y de las instituciones sociales, sobre el fomento de la agricultura y el auge de las industrias útiles a las grandes masas en la provincia.

Buena prueba de esta observación es la que ofrece el estado económico de Inglaterra. El terrateniente inglés permanece la mayor parte del año en sus haciendas, contribuyendo del modo más diverso al auge de la agricultura inglesa: directamente, por cuanto el terrateniente que reside en sus posesiones invierte en ellas una parte de sus bienes, emprende por sí mismo mejoras de cultivo o presta su ayuda a las de sus colonos; indirectamente, porque su consumo sirve de apoyo a las manufacturas y productores intelectuales que se encuentran cerca de él. Estas razones pueden explicar, además, por qué en Inglaterra y en Suiza, independientemente de que allí no existen grandes ciudades, las grandes organizaciones de transporte, las instituciones nacionales de la agricultura y de la cultura en general se encuentran mucho más desarrolladas que en Francia.

Sin embargo, el gran error en que incurrieron en esta materia Adam Smith y su Escuela, es el que ya hemos enunciado anteriormente, pero al que todavía hemos de referirnos ahora con mayor detalle: el de no haber reconocido claramente la influencia de las manufacturas sobre el incremento de las rentas, del valor en cambio de los bienes inmuebles y del capital agrícola, y el no haber valorado convenientemente esa influencia, sino haber contrapuesto más bien la agricultura a la industria de tal modo que parece como si la agricultura fuese para la nación incomparablemente más importante, como si el bienestar que de ella se deriva fuese mucho más duradero que las manufacturas y el bienestar

de ellas derivado. Smith no ha hecho con esto sino persistir en la misma errónea opinión de los fisiócratas, aunque algo modificada. Evidentemente, su aberración se debió —tal como hemos expuesto al dar algunos datos estadísticos sobre Inglaterra— a la circunstancia de que el capital material de la agricultura, incluso en el más rico país manufacturero, es de diez a veinte veces más importante que el capital material de la industria, y que incluso la *producción agrícola* anual excede muchísimo al conjunto del *capital de las manufacturas,* en orden a su valor. La misma circunstancia pudo haber inducido también a los fisiócratas a sobreestimar la agricultura frente a las manufacturas. En un examen superficial parece, evidentemente, como si la agricultura enriqueciera diez veces más, esto es, que mereciese una atención diez veces mayor y que fuese diez veces más importante que las manufacturas. Pero esto no ocurre sino en apariencia. Si investigamos hasta el fondo las causas de esta prosperidad de la agricultura, las encontramos principalmente en la industria. Son aquellos 218 millones de capital manufacturero los que, en gran parte, han dado origen a aquellos 3 311 millones de capital agrícola. Con esto ocurre como con las instituciones de transporte: son los gastos de instalación los que han hecho más valiosos los terrenos que se encuentran en la zona del canal. Destrúyase la capacidad de transporte de ese canal, destínese a la irrigación de las praderas el salto de agua hasta entonces destinado al transporte, esto es, dedíquese, aparentemente, esa riqueza a incrementar el capital agrícola, la renta agrícola, etc., y aun suponiendo que el valor de estas praderas se eleve en varios millones, sin embargo, esta alteración, aparentemente útil, perjudicará diez veces más el valor total de las propiedades que se hallan contiguas al canal.

Considerando las cosas desde este punto de vista, y teniendo en cuenta que el capital total de la industria de un país, en comparación con el capital agrícola de conjunto es tan pequeño, pueden extraerse conclusiones completamente distintas de las que han sacado la escuela dominante y su predecesora. La conservación y aumento de la energía industrial parece tanto más útil para los agricultores cuanto menor es su aptitud para absorber y movilizar capital, en comparación con la agricultura. Los agricultores, y en particular los rentistas y terratenientes de un país, deben tener la evidencia de que va en interés suyo establecer y conservar una energía manufacturera nacional, incluso aunque tengan que procurar el capital necesario para ella sin esperanza de una directa reintegra-

ción, del mismo modo que les interesa construir canales, ferrocarriles y caminos, aunque estas vías no arrojen rendimiento alguno. Si consideramos a la luz de ese criterio las industrias más afines, indispensables y útiles, como, por ejemplo, los molinos, no quedará ninguna duda acerca de la exactitud de nuestras opiniones. Compárese el valor de la propiedad rústica y de la renta en una región donde no se encuentran molinos en la zona de los agricultores, con el valor de las mismas en aquellas comarcas donde esa industria se practica en medio de una región agrícola, y se advertirá que esta única industria influye de modo importante sobre la propiedad y la renta, que allí, aun siendo igual la capacidad productiva natural del valor total del patrimonio fundiario, no sólo ha aumentado su valor el doble, sino diez y veinte veces más de lo que importan los gastos de instalación de los molinos, y que los terratenientes ganarían mucho más con la instalación de esa industria aunque, a expensas de la comunidad, hubiesen sufragado los costos al molinero. Esto último sucede también realmente todos los días en las praderas norteamericanas cuando los terratenientes, al faltar a los individuos el capital necesario para realizar esas obras, a sus expensas, se ponen de acuerdo para estimular la realización de las mismas, mediante labores personales, acarreos, cesión de maderas para la construcción, etc. Esto mismo ocurría, aunque en otra forma en los países de antigua cultura; sin duda alguna puede encontrarse en ello el origen de muchos derechos de molinería.

Lo mismo que con los molinos harineros ocurre con las serrerías, son los molinos de aceite y los de yeso, así como con las forjas. En todas partes puede comprobarse que aumenta la renta y el valor de la propiedad territorial en la misma proporción en que los correspondientes predios se hallan contiguos a estas industrias, y en la relación recíproca más o menos lejana de estas industrias con la agricultura.

¿Por qué no habría de ocurrir lo mismo con los batanes de lana, lino, cáñamo, papel y algodón, y por qué no habría de ser este mismo el caso en todas las industrias en general? En todas partes vemos que la renta y el valor de la propiedad territorial se elevan en la misma proporción cuanto más cercano está el predio de la ciudad, cuanto más populosa e industrial es ésta. Si calculamos en esos pequeños círculos el valor de la propiedad territorial y del capital en ella colocado, así como el valor del capital invertido en la industria, y lo comparamos con su importe total, hallaremos por doquier que aquél es, por lo menos, diez veces mayor que éste. Sería insensato querer sacar de ello la conclusión de que para

una nación reporta mayores ventajas colocar sus capitales materiales en la agricultura que en la industria, y que el aumento de capital en aquélla es esencialmente más ventajoso que en ésta. El crecimiento del patrimonio agrícola material está en buena parte condicionado por el crecimiento del patrimonio industrial concreto, y las naciones que no reconocen esta verdad, aunque se hallen muy favorecidas por la Naturaleza en orden a la agricultura, en lugar de progresar retrocederán manifiestamente en punto a riqueza, población, cultura y poderío.

Vemos también cómo los propietarios de la renta y de la tierra consideran, con cierta frecuencia, aquellas medidas que tienden a establecer una energía manufacturera propia, como privilegios que sólo sirven para enriquecer a la industria y que pesan de modo exclusivo sobre los terratenientes. Dichos propietarios, que en los inicios de la cultura advierten con toda claridad las enormes ventajas que reportan cuando en la proximidad de sus haciendas se establece un molino, una serrería, una forja, y tienen que avenirse al gran sacrificio de contribuir a su instalación, en un estado más avanzado de la cultura, no aciertan a comprender qué imponderables ventajas pueden resultar para la agricultura integral del país de la existencia de una industria nacional propia y perfecta, y cómo su propio beneficio exige que se avengan a realizar aquellos sacrificios sin los cuales no puede alcanzarse esa finalidad. Esto se debe a que sólo en muy contadas naciones de gran cultura las miradas del terrateniente, perspicaces para mirar lo más cercano, se orientan también hacia la lejanía.

Tampoco debe ignorarse que la teoría dominante ha contribuido mucho a sembrar la confusión entre los terratenientes. Smith y Say se esfuerzan siempre en presentar las tendencias de los industriales para la consecución de medidas protectoras como limitaciones de la propiedad privada, y, en cambio, elogian la generosidad y altruísmo de los terratenientes, que distan mucho de exigir por sí tales medidas. Parece que los terratenientes, advertidos ahora acerca de esta preciada virtud del altruísmo, tratan de despojarse de ella. En efecto, en la mayoría de los Estados manufactureros, y en los más importantes de éstos, han exigido y solicitado reglas protectoras en tiempos muy recientes, aunque (como hemos indicado ya en otro lugar) con gran perjuicio para ellos. Cuando, antaño, los terratenientes se sacrificaban para establecer una industria nacional propia, hacían lo que el agricultor hace en la selva, cuando se sacrifica para que en su proximidad se instale un molino o una forja.

Cuando los terratenientes solicitan ahora la protección para su agricultura, proceden como lo haría aquel terrateniente que, después de haber contribuido al establecimiento de un molino, exigiera al molinero que le ayudase a cultivar sus campos. Esta exigencia sería, sin duda, insensata. La agricultura sólo puede progresar, la renta y el valor de la tierra sólo aumentan en la proporción misma en que florecen la manufactura y el comercio; las industrias, a su vez, no pueden florecer cuando se limita la aportación de materias primas y artículos de subsistencia. De esto se dan perfecta cuenta los industriales en todas partes. Ahora bien, que los terratenientes exijan, en la mayor parte de los grandes Estados, medidas protectoras, tiene un doble sentido. De una parte, en los Estados representativos su influencia en la legislación es predominante, y los industriales no se atreven a oponerse tenazmente a esa insensata codicia por miedo de que los terratenientes se inclinen hacia el librecambio; prefieren, por eso, transigir con los propietarios de la tierra.

Además, la Escuela insinuó a los terratenientes que era tan insensato establecer manufacturas de modo artificial como lo sería querer producir vino en un clima frío, utilizando los invernaderos; las manufacturas —dicen— surgen espontáneamente por el curso natural de las cosas; la agricultura contribuye más, sin comparación, al incremento de capital que las manufacturas; el capital de la nación no puede aumentar aplicando medidas artificiales, y sólo una orientación menos favorable al aumento de riqueza puede lograrlo mediante leyes y disposiciones estatales. Finalmente, cuando resulta imposible negar la influencia de las manufacturas sobre la agricultura, se procura, por lo menos, hacer esta influencia tan pequeña e imprecisa como sea posible. Ciertamente, se dice, las manufacturas influyen sobre la agricultura, pero a ésta le perjudica todo lo que es perjudicial a aquéllas, y, por consiguiente, tienen también una influencia, aunque *indirecta,* sobre el aumento de la renta. Ejercen, en cambio, un *directo* influjo sobre la renta el incremento de la población y de la ganadería, las mejoras en la agricultura, el perfeccionamiento del sistema de transportes, etc. Estas diferencias que se señalan entre las influencias *directas* e *indirectas* tienen aquí la misma importancia que en otros muchos lugares en que la Escuela hace esta distinción (por ejemplo, en la producción intelectual) y también en este caso podemos aplicar la parábola ya enunciada en otro lugar; ocurre aquí como con el fruto del árbol, que, evidentemente, en el sentido de la Escuela, es un producto indirecto, puesto que crece en la rama, la cual deriva del tronco,

éste de la raíz y ésta, a su vez, es un fruto directo de la tierra. ¿No sería igualmente sofístico hablar de la población, de la ganadería, de los medios de transportes, etc., como de una causa indirecta del incremento de la renta, cuando en cada gran país manufacturero la simple inspección nos enseña que las manufacturas mismas son una causa principal de la población, de la ganadería y del incremento de los medios de transporte? Y ¿sería lógico y consecuente coordinar estos efectos a sus causas, las manufacturas, anteponiéndolas como causas principales, colocando las manufacturas después de aquéllas, esto es, como causas accesorias e indirectas? ¿Qué otro propósito podía tener un espíritu tan profundo como el de Adam Smith, tan poco adecuado a la naturaleza de las cosas, sino el de empañar la importancia de las manufacturas y su influencia sobre el bienestar y la potencialidad de la nación, y sobre el incremento de la renta y el valor de la tierra? ¿Por qué otras razones ha podido ocurrir esto sino para evitar discusiones cuyos resultados hablarían elocuentemente en favor de las medidas protectoras?

En conjunto, la Escuela, desde Adam Smith, ha sido infortunada en sus investigaciones relativas a la naturaleza de la renta. Ricardo y después de él McCulloch y otros, son de opinión que la renta se paga por la capacidad productiva nacional que es inherente a la finca. El primero ha construido sobre esta opinión todo un sistema. Si hubiese podido hacer una excursión a Canadá, en cada valle, en cada colina, hubiera podido hacer observaciones que le hubiesen convencido de que su teoría estaba basada sobre arena. Como sólo tenía a la vista la situación inglesa, incurrió en la equivocada opinión de considerar que los campos y praderas de Inglaterra, por cuya pretendida feracidad natural se pagan actualmente tan pingües rentas, han sido en todo tiempo los mismos campos y praderas. La primitiva capacidad natural de rendimiento de esas tierras es evidentemente tan insignificante, y procura a quien las utiliza un excedente de productos tan pequeño, que apenas es digna de mención la renta correspondiente. En su estado originario todo el Canadá, habitado simplemente por cazadores, a duras penas arrojaría, con sus carnes y sus pieles, rentas suficientes para pagar el sueldo de un solo profesor de Economía política en Oxford. La feracidad natural del suelo de Malta, tan pedregoso, difícilmente podría arrojar renta alguna. Si se persigue el proceso de formación de naciones enteras y su transición del estado de pueblos cazadores a la etapa pastoril, de ésta a la agricultura, etc., fácilmente nos convenceremos de que por todas partes la renta

primitiva era igual a cero y que fue aumentando con el progreso de la cultura y de la población, y con el aumento de los capitales espirituales y materiales. Si se compara la simple nación agrícola con la nación agrícola-manufacturera-industrial, evidénciase que en ésta pueden vivir de sus rentas un número de personas veinte veces mayor que en aquélla. Según la estadística de Inglaterra, establecida por Marshall, vivían, por ejemplo, en Inglaterra y Escocia, en el año 1831, 16 537 398 personas, de las cuales 1 116 398 eran rentistas. Difícilmente podía hallarse en Polonia, en una extensión igual de territorio, la vigésima parte de esa cifra de población. Si de estas consideraciones generales pasamos a lo especial, si se investigan las causas de la renta de los distintos fundos, encontraremos por doquier que esa renta es el resultado de una capacidad de rendimiento derivado, no ya libremente de la Naturaleza, sino de los esfuerzos y capitales de orden material y espiritual que mediata o inmediatamente se han aplicado a ella. Realmente se advierte cómo ciertas parcelas producen rentas, aunque no han sido tocadas por la mano del hombre: tal es el caso de las canteras de piedra y arena, y de los prados; ahora bien, esa renta es un efecto del aumento de cultura, capital y población en las comarcas circundantes. Por el contrario, se ve nuevamente que la mayoría de las rentas derivan de aquellos fundos cuyo rendimiento natural está completamente anulado y que no pueden reportar otra utilidad sino la de que en ellos los hombres comen y beben, se asientan, duermen y circulan, trabajan o se divierten, enseñan o aprenden: nos referimos a los solares de edificación.

El fundamento de la renta es la utilización exclusiva que la tierra garantiza a aquellos individuos que tienen sobre estos terrenos dominio exclusivo; la cuantía de esa utilidad se determina por la suma de capitales espirituales y materiales que en la sociedad existen, así como por la oportunidad que otorga a quienes jurídicamente tienen el derecho de utilización exclusiva, por la posición y características especiales y por la utilización de capital que sobre esos terrenos se ha hecho para la obtención de valores materiales o para la satisfacción de las necesidades y placeres del cuerpo y del espíritu.

La renta es el interés de un capital vinculado a un fondo natural, o sea un fondo natural capitalizado. Ahora bien, el territorio de una nación que sólo ha capitalizado el fondo natural útil a la agricultura, y en la forma imperfecta que ocurre en la agricultura simple, procura sin comparación menos renta que el territorio de aquella otra nación que reú-

ne en su ámbito la energía agrícola y la manufacturera. Sus rentistas viven, en la mayoría de los casos, en aquella nación que suministra sus artículos manufacturados. Pero en cuanto la nación más adelantada en agricultura y población implanta una energía manufacturera propia, capitaliza, como ya hemos comprobado en un capítulo anterior, no sólo aquellas energías naturales que sirven en particular a las manufacturas y que hasta entonces han permanecido ociosas, sino también la mayor parte de las energías industriales puestas al servicio de la agricultura. Su incremento de rentas eleva en consecuencia, infinitamente, los intereses de los capitales materiales necesarios para el fomento de la energía industrial.

XXI. LA ENERGÍA MANUFACTURERA Y EL COMERCIO

HASTA ahora sólo hemos hablado de las relaciones existentes entre la agricultura y la industria, porque constituyen los sectores esenciales de la producción natural, y porque hasta no poseer una idea clara de sus mutuas relaciones, no es posible concebir con exactitud la función y posición peculiares del comercio. Evidentemente, también el comercio es productivo, como la escuela afirma, pero lo es de otro modo distinto del de la agricultura y las manufacturas. Éstas procuran bienes; el comercio sirve sólo de *mediador* al cambio de mercaderías entre agricultores e industriales, entre productores y consumidores. De ahí resulta que es preciso regular el comercio de acuerdo con los intereses y necesidades de la agricultura y la industria, y no viceversa.

La escuela nos ofrece, en cambio, esta última norma invertida, cuando asume el lema del viejo Gournay: *Laissez faire, laissez passer*, un lema tan grato a los ladrones, falsificadores y rateros como al comerciante, y, por consiguiente, muy sospechoso como máxima. Esta inversión que sacrifica los intereses de las manufacturas y de la agricultura a las exigencias del comercio, con ánimo de que éste goce de una absoluta libertad de movimientos, es una consecuencia natural de aquella teoría que en todas partes se preocupa sólo de los valores, nunca de las energías, y que considera el mundo entero como una única e *indivisible república de comerciantes*. La escuela no ve que el comerciante puede lograr un objeto, que es la ganancia de valores por el cambio, a expensas de los agricultores e industriales, a costa de las energías productivas y aun de la independencia y autonomía de la nación. A él le es indiferente, y por la naturaleza de su negocio y de su anhelo no tiene que preocuparse de qué modo los artículos importados y exportados por él influyen sobre la moralidad, el bienestar y la potencia de la nación. Lo mismo importa venenos que medicamentos. Enerva naciones enteras mediante el opio y los licores. Que por sus importaciones y manejos esclavistas procure ocupación y sustento a cientos de miles de personas o las reduzca a la mendicidad, le importa muy poco, con tal de que su balance sea favorable. Cuando

los mendigos tratan de sustraerse a la miseria en la patria, por medio de la emigración, todavía logra obtener valores de cambio transportándolos a ultramar. En la guerra, abastece al enemigo con armas y municiones. Si fuera posible, vendería campos y praderas al extranjero, y después de vender la última parcela de tierra, subiría a un barco y se exportaría a sí mismo.

Es, pues, evidente que el interés del comerciante individual y el interés del comercio de toda una nación son cosas diametralmente opuestas. En este sentido dice Montesquieu: "Cuando el Estado restringe la actividad del comerciante individual, ello ocurre en interés del comercio, y el tráfico mercantil en ninguna parte está tan limitado como en las naciones libres y ricas; en ninguna parte menos que en las regidas despóticamente". El comercio surge de la industria y de la agricultura, y ninguna nación que ha logrado desarrollar ampliamente en su territorio estas dos importantes ramas de la producción, puede llegar en nuestros días a contar con un considerable tráfico interior y exterior. En anteriores épocas, existían ciertamente ciudades singulares o ligas de ellas que, mediante industriales y agricultores extranjeros, se hallaban en situación de ejercitar un gran comercio como intermediarios; desde que han surgido los grandes Estados agrícolas-manufactureros-comerciales, no es posible ya pensar en un comercio de intermediarios como el ejercido por la Hansa. Cuando existe ese tráfico es de naturaleza tan precaria que, en comparación con ese otro que está basado en la producción propia, apenas si merece tenerse en cuenta.

Los objetos más importantes del comercio interior son: Artículos alimenticios, sal, combustibles y materiales de construcción, telas para vestidos; después, instrumentos agrícolas e industriales y las materias primas necesarias para las manufacturas en productos agrícolas y mineros. El importe de este tráfico interior en una nación donde la energía manufacturera ha alcanzado el más alto desarrollo, es, sin comparación alguna, más importante que en la mera nación agrícola. De un lado, en esta última el agricultor se limita a utilizar para su consumo, en su mayor parte, la producción propia. A falta de una gran demanda de diversos productos, y careciendo de medios de transporte, se ve obligada a producir para sus necesidades, sin tener en cuenta la especial capacidad productiva de sus tierras; a falta de medios de cambio, tiene que fabricar la mayor parte de los artículos industriales que necesita. Materias combustibles y para la construcción, artículos de primera necesidad y pro-

ductos mineros tienen, cuando no existen fáciles medios de transporte, un mercado limitadísimo, y no pueden ser objeto de traslado a comarcas lejanas. En esta limitación del mercado y de la demanda de tales productos no existe estímulo alguno para el almacenaje y para la acumulación de capitales. Por esta razón, en las naciones simplemente agrícolas, el capital dedicado al comercio interior es casi nulo; por eso también, en todos los artículos de producción que están sometidos a las circunstancias climáticas, domina una desusada fluctuación en los precios; por esto el peligro de encarecimiento y de hambre es tanto mayor cuanto más se limita la nación a la agricultura.

Sólo a consecuencia y en la medida del auge de las manufacturas nacionales, de las mejoras que éstas provocan en materia de transporte y del aumento de la población, surge el comercio interior y crece hasta adquirir una importancia que rebasa de diez a veinte veces el tráfico exterior más floreciente. Compárese el movimiento interior del comercio en Inglaterra con el de Polonia o España, y se verá comprobada esa observación.

El comercio exterior de las naciones agrícolas de la zona templada no puede alcanzar un volumen importante, en cuanto se limita a los artículos de subsistencia y a las materias primas:

Primero, porque la nación agrícola necesita vender sus productos a unas pocas naciones industriales, que, a su vez, practican la producción agrícola, y aun ésta, por influjo de sus manufacturas y de la expansión adquirida por su comercio, de modo más perfecto que la simple nación agrícola; por tal razón, dicha venta nunca es segura ni homogénea. El comercio con productos agrícolas es siempre objeto de una extraordinaria especulación, cuya utilidad revierte en su mayor parte a los comerciantes especuladores, pero no a los agricultores ni a la energía productiva de la nación agrícola.

Segundo, porque el trueque de los productos agrícolas por artículos manufacturados extranjeros resulta frecuentemente interrumpido por las restricciones de carácter mercantil exterior y por las guerras.

Tercero, porque la venta de productos favorece principalmente tan sólo a los países situados en las zonas litorales y ribereñas, pero no al país interior; esto es, a la mayor parte de la superficie territorial de la nación agrícola.

Finalmente: cuarto, porque la nación industrial extranjera puede considerar conveniente a sus intereses recibir sus artículos alimenticios y

materias primas de otros países y de las colonias recién establecidas. Así, la venta de la lana alemana en Inglaterra se encuentra reducida por las compras efectuadas en Australia; la venta de vinos franceses en Inglaterra, por las importaciones de España, Portugal, Sicilia, las Islas españolas y portuguesas y El Cabo; la venta de madera prusiana, por la procedente del Canadá. Incluso se han adoptado las disposiciones pertinentes para abastecer en gran parte a Inglaterra con algodón de las Indias orientales. Si los ingleses logran restablecer la antigua ruta comercial; si se robustece el nuevo Estado de Texas; si la civilización progresa en Siria y en Egipto, en México y en los Estados Unidos sudamericanos, los cultivadores de algodón norteamericanos llegarán a persuadirse de que el mercado interior es el que garantiza la demanda más segura, uniforme y duradera.

En los países de clima templado, la mayor parte del comercio exterior resulta como una consecuencia de las manufacturas interiores, y sólo puede mantenerse y aumentar por medio de la propia energía manufacturera.

Sólo una nación que produce toda clase de artículos manufacturados, a los precios más baratos, puede trabar relaciones mercantiles con todas las zonas y grados de cultura; sólo ella puede satisfacer todas las necesidades, o, a falta de las mismas, provocar otras nuevas, y tomar, en cambio, materias primas y artículos de subsistencia de toda especie. Sólo una tal nación puede cargar buques con una gran variedad de objetos, como exige un mercado lejano y desprovisto de artículos industriales propios. Sólo cuando los fletes de exportación por sí solos son suficientes para hacer rentables las expediciones, cabe cargar los barcos con mercancías menos valiosas en los viajes de retorno.

Los artículos de importación más transcendentales de las naciones de la zona templada consisten en los productos de la zona cálida: azúcar, café, algodón, tabaco, té, materias colorantes, cacao, especias, y, en general, aquellos artículos que se comprenden bajo la denominación de "artículos coloniales". Con gran ventaja, la mayor parte de estos productus se paga con artículos manufacturados. En este tráfico radica en gran parte la causa de los progresos industriales en los países manufactureros de la zona templada, y los progresos de la civilización y de la producción en los de la zona cálida. Así, adquieren la división del trabajo y la cooperación de las fuerzas productivas su máxima amplitud, tal como no existía todavía en la Antigüedad, y como sólo lograron crearla con éxito los holandeses y los ingleses.

Antes del descubrimiento de la ruta de El Cabo, el Oriente superaba con ventaja en potencialidad manufacturera a Europa. Además de los metales nobles y pequeñas cantidades de paños, lienzos, armas, artículos de hierro y algunos productos de lujo, eran de muy poco uso los artículos procedentes de Europa. El transporte terrestre encarecía tanto los precios de conducción como los de retorno. No había que pensar en la venta de productos agrícolas corrientes y de artículos industriales baratos, aunque éstos fueran producidos en gran cantidad, para poder ser cambiados por las telas de seda y algodón, el azúcar y las especias de Oriente. Lo que podemos leer al respecto acerca de la importancia del comercio oriental en aquellos tiempos, tiene sólo un carácter relativo: en tales épocas era algo considerable, pero carecía de valor en comparación con lo que es actualmente.

Más importante fue el comercio con productos de la zona cálida para Europa por la obtención de grandes cantidades de metales nobles en ese Continente y en América, y por las relaciones mercantiles inmediatas que se establecieron con Oriente, siguiendo la ruta de El Cabo. Sin embargo, este movimiento no podía alcanzar una gran importancia, mientras el Oriente pudiese suministrar más mercancías de las que solicitaba.

Este comercio llegó a adquirir sólo su importancia actual desde las colonizaciones de los europeos en las Indias orientales y occidentales y en Norte y Sudamérica; con las plantaciones de caña de azúcar, de café, algodón, arroz, índigo, etc.; con el transporte de negros como esclavos a América y a las Indias occidentales, así como con la feliz competencia de los europeos con los industriales de las Indias orientales, y, en general, con la expansión del dominio inglés y holandés a otras partes del mundo, desde que estas naciones, en pugna con españoles y portugueses, buscaron y hallaron más ventaja en el cambio de manufacturas por artículos coloniales que en el expolio de los nuevos países.

Actualmente este tráfico absorbe la porción más importante de la navegación de altura y del comercio dedicado al tráfico exterior y del capital industrial de Europa, y los cientos de millones que anualmente van en tales artículos desde los países de la zona cálida a los de la zona templada, *se pagan en artículos manufacturados,* con ligeras excepciones.

El cambio de productos coloniales por artículos manufacturados favorece de muy diversos modos las energías productivas de los países de la zona templada. Estos artículos sirven, como el azúcar, el café, el té y el tabaco, en parte como estimulantes de la producción agrícola y ma-

nufacturera, y en parte como artículos alimenticios; la producción de los artículos industriales necesarios para el pago de los productos coloniales ocupa a un gran número de industriales; las fábricas y manufacturas pueden trabajar en una escala más amplia, es decir, en forma mucho más ventajosa; este comercio tiene empleado un gran número de barcos, marinos y comerciantes; finalmente, por medio de este variado incremento de la población, aumenta, a su vez, extraordinariamente la demanda de productos agrícolas nacionales.

A consecuencia de la acción recíproca en que la producción industrial se encuentra con la extractiva de la zona cálida, los ingleses consumen, por término medio, de dos a tres veces más artículos coloniales que los franceses, de tres a cuatro veces más que los alemanes, de cinco a diez veces más que los polacos.

Por otra parte, un simple cálculo de las extensiones territoriales que se necesitan para producir los artículos coloniales que actualmente son objeto de comercio, explica la extensión que puede adquirir la producción de artículos coloniales.

Si suponemos que el consumo actual de algodón se cifra en diez millones de quintales, y el rendimiento medio de un acre (40 000 pies cuadrados) es sólo de ocho quintales, esta producción no exige más de 1¼ millones de acres.

Calculadas en 24 millones de quintales las cantidades de azúcar que se lanzan al mercado, y el rendimiento de un acre en 10 quintales, toda esta producción no exige más que 2½ millones de acres de tierras de cultivo.

Si admitimos que para los restantes artículos (café, arroz, índigo, especias, etc.) hace falta tanta extensión como para los dos artículos precitados, la totalidad de los artículos coloniales que actualmente se negocian en gran escala no necesita más de 7 u 8 millones de acres, una superficie que verosímilmente no abarca la quincuagésima parte de la superficie terrestre adecuada para estos cultivos.

Los ingleses en las Indias orientales, los franceses en las Antillas, los holandeses en Java y Sumatra, nos han suministrado pruebas evidentes de la posibilidad de incrementar de modo extraordinario estas producciones, en la época moderna.

Especialmente Inglaterra, ha cuadruplicado su importación algodonera de las Indias orientales, y los diarios ingleses afirman con seguridad que, sobre todo si llega a poner bajo su posesión la antigua ruta hacia las

Indias orientales, Bretaña podrá satisfacer dentro de pocos años sus necesidades de artículos coloniales, a base de los artículos de dicha zona. No consideramos exagerada esa esperanza si se tiene en cuenta la vastísima extensión de las Indias orientales inglesas, su fecundidad y la baratura de los salarios obreros en aquellos países.

Mientras que de este modo explota Inglaterra las Indias orientales, y siguen realizándose progresos culturales por parte de los holandeses en las Islas, la desintegración del Imperio turco hará que una gran parte de África y del Asia occidental y central se hagan aptas para la producción; los texanos extenderán por todo México la cultura norteamericana; se establecerán gobiernos regulares en Sudamérica y se fomentará la explotación de las enormes aptitudes productivas de los países tropicales.

Cuando de este modo los países de la zona cálida puedan producir cantidades más importantes de artículos coloniales que hasta la fecha, ofrecerán a los países de la zona templada la posibilidad de colocar cantidades más importantes de artículos manufacturados, y a base de este mayor cúmulo de ventas aumentará para los últimos la capacidad de consumir mayores cantidades de artículos coloniales. A consecuencia de este aumento de producción y del incremento de los medios de cambio, el tráfico entre los agricultores de la zona cálida y los industriales de la templada, es decir, el gran comercio mundial, se elevará en el porvenir en una mayor proporción que el aumento registrado en el transcurso del pasado siglo.

Este auge actual y el que aún cabe esperar en el gran comercio mundial, tiene su razón de ser, en parte, en los grandes progresos de la energía productiva industrial; en parte, en el perfeccionamiento de los medios de transporte por agua y por tierra; en parte, en los acontecimientos y desarrollos de carácter político.

Las máquinas e inventos han arruinado la fabricación imperfecta del Oriente en beneficio de la energía industrial europea; esta última se ha puesto en disposición de suministrar a los países de la zona cálida grandes masas de artículos fabricados, a precios baratísimos, ofreciendo de este modo motivo al incremento de sus energías activas y productivas.

A consecuencia de los avances registrados en materia de transporte, los países de la zona cálida se han aproximado muchísimo a los de la templada; su tráfico mutuo ha ganado infinitamente por la disminución del riesgo, de la pérdida de tiempo y de los fletes, así como por la mayor regularidad, y ganarán todavía de modo incalculable cuando se gene-

ralice la navegación a vapor, sólo con que los sistemas ferroviarios se extiendan hasta el interior de Asia, África y Sudamérica.

Al quedar separada América del Sur de España y Portugal, y desintegrarse el Imperio turco, se ha liberado un grupo de los países más productivos de la tierra, y esperan con anhelo que las naciones civilizadas les conduzcan pacíficamente por el camino de la seguridad jurídica y del orden, de la civilización y del bienestar; no exigen nada más sino que se lleve a ellas artículos manufacturados, y se tomen, en cambio, los productos de esas zonas.

Vemos, así, que para todos los países llamados a poseer una propia energía industrial, en Europa o Norteamérica, existe suficiente base para llevar su producción manufacturera a un nivel de gran florecimiento, incrementando su consumo de productos de la zona cálida, y extendiendo en igual proporción su tráfico directo con los países de dicha zona.

XXII. LA ENERGÍA MANUFACTURERA Y LA NAVEGACIÓN. LA POTENCIA MARÍTIMA Y LA COLONIZACIÓN

LAS MANUFACTURAS, como base de un gran tráfico interior y exterior, son, también, condición fundamental de una navegación desarrollada. Como los transportes interiores más importantes se dedican al abastecimiento de los industriales con combustibles y materiales de construcción, materias primas y artículos de subsistencia, la navegación costera y la fluvial no pueden prosperar en el simple estado agrícola. Ahora bien la navegación costera es escuela y vivero de marinos, de capitanes de buques y de la construcción de naves; por eso falta en los países agrícolas la base principal para el gran tráfico marítimo.

El comercio internacional consiste, principalmente, como hemos manifestado en el capítulo anterior, en el trueque de productos industriales por materias primas y productos naturales, y preferentemente con los característicos de los países de la zona cálida. Ahora bien, los países agrícolas de la zona templada sólo pueden ofrecer a los de zona cálida lo que estos mismos producen o lo que no pueden utilizar, concretamente materias primas y artículos de subsistencia; por eso no cabe imaginar que exista un tráfico directo y, como consecuencia, una navegación entre ellos y los países de la zona cálida. Su consumo en artículos coloniales debe limitarse a aquellas cantidades que pueden pagarse a las naciones industriales y comerciales mediante la venta de productos agrícolas y materias primas; en consecuencia, deben recibir estos artículos de segunda mano. En el tráfico entre una nación agrícola y una nación manufacturera y comercial, esta última asume siempre la mayor parte del transporte marítimo, aunque no tenga la posibilidad de asignarse por las leyes de navegación la porción más considerable.

Aparte del comercio interior e internacional, la pesca de altura ocupa un considerable número de buques; ahora bien, de este ramo de la actividad económica poco o nada corresponde, por lo común, a la nación agrícola, porque en ella no existe una demanda importante de productos del mar, y las naciones manufactureras y comerciales, en consideración

a su poderío naval, suelen reservar de modo exclusivo a sus propios pescadores el mercado interior.

De la marina privada recluta la flota sus marinos y sus pilotos, y la experiencia ha enseñado por doquier que los marinos esforzados no pueden ser instruidos como las tropas de tierra, sino por el servicio en la navegación costera, en la internacional de altura y en las pesquerías marítimas. La potencia marítima de las naciones estará siempre al nivel de esos factores de la industria del mar, o sea que en la nación puramente agrícola será casi siempre igual a cero.

El máximo florecimiento de la energía manufacturera, del comercio interior y exterior que de ello resulta, de una importante navegación de cabotaje y de altura, y de grandes pesquerías marítimas, por último, de una considerable potencia naval, radica en la posesión de *colonias*.

La metrópoli abastece a las colonias con artículos manufacturados, y recibe, en cambio, de ellas, sus excedentes en productos agrícolas y materias primas, este tráfico anima sus manufacturas, aumenta como consecuencia su población y la demanda de productos agrícolas nacionales, e incrementa la navegación marítima y la potencialidad naval. Las energías remanentes de la metrópoli en cuanto a la población, capital y espíritu de empresa, encuentran en sus colonias un punto de derivación, quedando compensada con intereses esa pérdida de elementos, ya que un considerable número de quienes se han enriquecido en las colonias, retornan al seno de la metrópoli con los capitales que allí han reunido, o, por lo menos, consumen en ella sus rentas.

Faltando a las naciones agrícolas los medios para fundar colonias, tampoco poseen la energía suficiente para utilizarlas y defenderlas. Lo que las colonias necesitan, no pueden ofrecérselo, y lo que ellas pueden ofrecer, lo posee la misma colonia.

El cambio de artículos manufacturados por productos de la industria extractiva es condición fundamental de las actuales relaciones entre la colonia y la metrópoli. Los Estados Unidos de Norteamérica se separaron de Inglaterra tan pronto como sintieron la necesidad y la energía de fabricar por sí mismos, de dedicarse a la navegación y al comercio con los países de la zona cálida; igualmente se separará también el Canadá cuando haya alcanzado ese nivel; del mismo modo, en los países de la zona templada de Australia, con el transcurso del tiempo, surgirán Estados independientes agrícolas-manufactureros-industriales.

Este trueque entre los países de la zona templada y los de la zona cálida aparece fundado en la Naturaleza, a través de todos los tiempos. Por eso perdieron las Indias orientales su energía manufacturera al mismo tiempo que perdieron su independencia en favor de Inglaterra; por esa razón, todos los países asiáticos de la zona cálida de Asia y de África cayeron, poco a poco, en situación de dependencia en relación con las naciones manufactureras-comerciales de la zona templada; por eso, las islas de la zona cálida que ahora se hallan en régimen colonial, difícilmente podrán liberarse de él; por eso, los Estados de la América del Sur permanecerán siempre en una cierta relacion de dependencia con respecto a las naciones manufactureras-comerciales.

Inglaterra debe su vastísimo Imperio colonial tan sólo al predominio de su energía manufacturera. Si las otras naciones de Europa quieren participar también en ese lucrativo negocio, cultivar países selváticos y civilizar naciones bárbaras o sumidas de nuevo en la barbarie, deben comenzar por desarrollar sus energías manufactureras internas, su navegación y su potencia marítima. Y si en estas aspiraciones encuentran el obstáculo de la supremacía manufacturera, comercial y marítima, es decir, de Inglaterra, sólo en la unión de sus energías encontrarán el medio de reducir las pretensiones inglesas al límite de lo tolerable.

XXIII. LA ENERGÍA MANUFACTURERA Y LOS INSTRUMENTOS DE CIRCULACIÓN

LA EXPERIENCIA de los últimos veinticinco años vino, en parte, a comprobar la exactitud de la norma —establecida por la teoría dominante, en contradicción con los conceptos del llamado sistema mercantil— relativa a la circulación de los metales nobles y a la balanza comercial; pero esa misma experiencia ha permitido, por otro lado, poner de manifiesto importantes lagunas de la teoría con relación a las citadas materias.

La experiencia ha comprobado en diversas ocasiones, y particularmente en Rusia y América del Norte, que en las naciones agrícolas cuyo mercado manufacturero se halla abierto a la libre concurrencia de una supremacía manufacturera alcanzada por cierta nación, el valor de la importación de artículos manufacturados rebasa enormemente el valor de los productos agrícolas que salen del país, y que este hecho da lugar, repentinamente a veces, a una extraordinaria salida de metales nobles, con lo que la economía de la nación agrícola —sobre todo cuando su comercio está basado esencialmente sobre la circulación de papel, se descompone, originándose verdaderas calamidades nacionales.

La teoría afirma lo siguiente: los metales nobles se obtienen por el mismo procedimiento que cualesquiera otras mercancías; en el fondo es indiferente que se hallen en circulación grandes o pequeñas cantidades de metales nobles, interesando sólo la relación recíproca de los precios, es decir, si una mercancía es barata o cara; una cotización cambiaria desigual influye, al mismo tiempo, como una prima a la mayor exportación de mercaderías de aquel país a favor del cual se establece: en consecuencia, la esencia del dinero y el equilibrio entre la importación y la exportación se hallan regulados del modo más seguro y perfecto por la misma naturaleza de las cosas, como ocurre con todas las demás circunstancias económicas de la nación.

Este razonamiento es completamente exacto en el tráfico nacional interior; mantiénese en el tráfico entre ciudad y ciudad, entre ciudad y campo, entre provincia y provincia, como en la unión entre Estado y Estado. Sería de compadecer el economista en cuya opinión el equilibrio

de la recíproca importación y exportación entre los distintos Estados de la Unión Americana, o de la alemana, o entre Inglaterra, Escocia e Irlanda, podría regularse mejor por medio de reglas estatales y leyes que por el tráfico libre. Presumiendo que existiera una unión de tal naturaleza entre los diversos Estados y naciones de la Tierra, el razonamiento de la teoría estaría completamente de acuerdo con la naturaleza de las cosas. Nada, sin embargo, más opuesto a la realidad que opinar que las cosas se desarrollan de esa manera en las actuales circunstancias del mundo.

La importación y la exportación de naciones independiemes están a la sazón condicionadas, no por lo que la teoría denomina la naturaleza de las cosas, sino preferentemente por la política comercial y la potencia de la nación, por su influencia sobre la situación del mundo y sobre los países y pueblos extranjeros, por la posesión de colonias y por los institutos de crédito nacional, o por la guerra y la paz. En consecuencia, las circunstancias son diametralmente distintas de las que existirían entre sociedades unidas por un lazo político, legal y administrativo, en una paz eterna y en una plenísima unidad de intereses.

Consideremos, por ejemplo, las relaciones entre Inglaterra y Norteamérica. Cuando en ciertas épocas Inglaterra arroja grandes masas de artículos manufacturados sobre el mercado norteamericano; cuando el Banco de Inglaterra, aplicando un tipo de descuento más o menos elevado, fomenta o limita la exportación y la concesión de créditos a Norteamérica de un modo extraordinario; cuando contribuye a inundar el mercado americano de artículos industriales, de tal modo que los artículos manufacturados ingleses se ofrecen en Norteamérica más baratos que en Inglaterra, e incluso pueden obtenerse, en determinadas épocas, muy por debajo del costo de producción; cuando, en virtud de ello, América del Norte se encuentra, con respecto a Inglaterra, en eterna situación de deudora, si existiera un tráfico ilimitado fácilmente se compensaría de modo automático esa desproporciónm Norteamérica produce tabaco, maderas de construcción, cereales y artículos alimenticios de toda especie a precios incomparablemente más baratos que Inglaterra. Cuantos más artículos manufacturados ingleses se envíen a Norteamérica, tanto mayor será el estímulo de producir tales valores, que sientan los cultivadores americanos; cuanto más crédito se les dé, tanto mayor será el aliciente de procurarse los medios para liberarse de sus obligaciones; cuanto más desfavorable sea la cotización para Norteamérica con respecto a Inglaterra, tanto mayor será el estímulo para la exportación

de productos agrícolas americanos, y tanto más éxito podrá lograr la competencia del agricultor americano, sobre los mercados de productos ingleses.

A consecuencia de estas exportaciones, la cotización que se había alterado volvería a su situación de equilibrio, e incluso se eliminarían todo género de desequilibrios importantes, porque en Norteamérica la previsión y el convencimiento de que la deuda contraída por la gran importación de artículos manufacturados en el curso del año actual se compensaría por el aumento de producción y exportación del año siguiente, daría lugar a ciertos procesos de acomodación.

Así se desarrollarían las cosas si el tráfico entre los industriales ingleses y los agricultores americanos registrara pocas limitaciones, como existen en el tráfico entre los productores ingleses y los agricultores irlandeses. De modo distinto ocurren y deben ocurrir, sin embargo, cuando Inglaterra grava el tabaco americano con un arancel de importación de un quinientos a mil por ciento, cuando las tarifas hacen imposible la importación de madera de construcción americana, y sólo permite la de artículos de subsistencia americanos, en caso de carestía; en tal caso, la producción agrícola americana no puede equilibrarse con el consumo de artículos industriales ingleses; la deuda de artículos manufactureros no puede enjugarse con productos agrícolas; la exportación americana a Inglaterra se halla restringida dentro de límites muy estrechos, mientras que la exportación inglesa a Norteamérica es ilimitada; en consecuencia, la cotización entre los dos países no puede equilibrarse, y la deuda de América a Inglaterra tiene que liquidarse mediante la remesa de fondos.

Estas remesas, sin embargo, arruinan el sistema americano de circulación de papel; dan lugar, necesariamente, al derrumbamiento del crédito de los bancos americanos, y, en consecuencia, a revoluciones generales en los precios de la propiedad territorial y de los bienes que se hallan en circulación; principalmente, engendran ciertos trastornos del precio y del crédito que aniquilan la economía de la nación, fenómenos que afectan a los estados libres norteamericanos, cuando no aciertan a equilibrar importaciones y exportaciones mediante la intervención del Estado.

De poco puede servir a los norteamericanos el hecho de que a consecuencia de la bancarrota y de la disminución del consumo, las exportaciones e importaciones entre ambos países vuelvan a estar de nuevo, posteriormente, en una lanlentable situación. En efecto, los trastornos y

convulsiones en el tráfico y en el crédito, así como las reducciones en el consumo, van enlazadas con perjuicios para el bienestar y la felicidad de los individuos y para el orden público, de los cuales resulta difícil reponerse con rapidez, y cuando se repiten con frecuencia, dan lugar de modo permanente a consecuencias deplorables.

Todavía menos puede tranquilizar a los norteamericanos el hecho de que la teoría considere indiferente que circulen grandes o pequeñas cantidades de metales nobles o que se cambien sólo productos por productos; que este cambio necesite del intermedio de grandes o pequeñas cantidades de metal resulta indiferente para el individuo. Ciertamente, para el productor o propietario de una cosa, es indiferente que el objeto de su producción o de su propiedad valga 100 céntimos o 100 francos, con tal de que con 100 céntimos pueda satisfacer tantas necesidades y procurarse tantos placeres como con 100 francos. Los precios bajos o elevados son indiferentes, con tal de que durante largo tiempo permanezcan fijos sobre una misma base.

En cambio, cuando fluctúan de modo intenso y frecuente, surgen desproporciones que introducen la confusión tanto en la economía del individuo como en la de la sociedad. Quien ha comprado materias primas a elevados precios, cuando éstos están bajos, no puede realizar, con la venta de los artículos fabricados, aquella suma de metales nobles que él ha entregado por la materia prima. Quien, durante un periodo de altos precios, ha comprado mercaderías, y debe una parte del precio de la venta, pierde su capacidad de pago y sus propiedades, porque al disminuir los precios acaso el valor del artículo no salde siquiera el importe de la hipoteca. Quien estando altos los precios ha estipulado contratos de arrendamiento, al bajar los precios se encuentra arruinado o en situación de no poder hacer frente al pago de los respectivos cánones. Cuanto mayor es el alza y la baja de los precios; cuanto más frecuentes son las fluctuaciones, tanto más perniciosa es su influencia sobre la economía de la nación, y, en particular, sobre el crédito. En ningún caso, sin embargo, quedan tan manifiestas estas consecuencias desfavorables de la aportación y salida desusadas de los metales nobles como en los países que, en orden a sus necesidades industriales y a la venta de sus productos, dependen por completo de naciones extranjeras, y cuyo tráfico está en su mayor parte basado sobre la circulación de papel.

Es sabido que la cantidad de billetes de banco que un país puede poner y conservar en circulación está condicionada por la cuantía de sus dis-

ponibilidades efectivas. Cada banco debe procurar extender o limitar su circulación de papel y sus operaciones en proporción a las sumas de metales nobles que conserva en sus arcas. Cuando la afluencia de capitales monetarios propios o de depósitos sea muy copiosa, otorgará créditos mayores, y mediante estos créditos elevará el de sus deudores, y, por añadidura, el consumo y los precios, pero especialmente los de la propiedad territorial. En cambio, cuando se hace sensible una salida de metales nobles, el banco limita sus créditos y con ello determina limitaciones crediticias y del consumo en sus deudores y en los deudores de sus deudores, y así sucesivamente hasta aquellos que suelen consumir los artículos manufacturados importados a crédito. En tales países las desusadas salidas de dinero efectivo trastornan todo el sistema crediticio, y el mercado entero de artículos y productos, en particular el valor monetario de toda la propiedad territorial.

Se ha querido ver la causa de las recientes crisis comerciales americanas, lo mismo que la de las antiguas, en el sistema americano de banca y crédito. La verdad es que los bancos han contribuido a ellas por el referido procedimiento, pero el origen principal de esas crisis consiste en que, desde la implantación del *bill* de compromiso, el valor de las manufacturas inglesas ha superado considerablemente el valor de los artículos americanos exportados, y que, en virtud de este hecho, los Estados libres se han convertido en deudores de los ingleses por valor de varios cientos de millones que no podían pagar en productos. La prueba de que estas crisis deben atribuirse a una importación desproporcionada, consiste en que han ocurrido con frecuencia al restablecerse la paz o al rebajarse los aranceles, habiéndose hecho desusadamente grande la afluencia de artículos manufacturados en América; en cambio, no ha sobrevenido cuando, mediante el establecimiento de un sistema de aranceles a la importación se ha logrado mantener el equilibrio de la importación de mercaderías con la exportación de productos.

Se ha querido, además, atribuir la culpa de estas crisis a los grandes capitales que han sido invertidos en los Estados libres para la construcción de canales y ferrocarriles, y se han obtenido en Inglaterra, en su mayor parte, por vía de empréstito. La verdad es que estos empréstitos sólo han contribuido a mantener y aumentar la crisis durante varios años, pero los empréstitos han sido provocados, evidentemente, por la desproporción existente entre importación y exportación: sin ella no se hubieran hecho, ni hubiesen podido hacerse.

Como Norteamérica ha resultado deudora de los ingleses, en grandes sumas, a consecuencia de la enorme importación de artículos manufacturados, suma que no podía ser saldada con productos, sino solamente con metales nobles, resultó posible a los ingleses, y ventajoso para ellos a causa de las diferencias de cotización y del tipo de interés, hacerse pagar este saldo en acciones americanas de ferrocarriles, canales y bancos o en fondos públicos americanos.

Cuanto más superó la importación de artículos manufacturados a la exportación de productos, tanto más aumentó en Inglaterra la demanda de valores de esta índole, tanto más estimulados se sintieron en Norteamérica a lanzarse a ese género de empresas, y cuantos más capitales fueron empleados en Norteamérica en empresas semejantes, tanto más creció, a su vez, la demanda de artículos manufacturados ingleses, y al mismo tiempo la desproporción entre importación y exportación.

Si, por una parte, la importación de artículos manufacturados ingleses en Norteamérica resultó estimulada por el crédito que concedían los bancos americanos, el Banco de Inglaterra reaccionó mediante concesiones de crédito y un descuento más bajo. Un informe oficial del Comité inglés del Comercio y de la Industria ha puesto en evidencia que el Banco de Inglaterra, a consecuencia de estos descuentos, disminuyó sus posibilidades de efectivo de 8 millones de libras a 2 millones de libras. Con ello se debilitó por un lado la eficiencia del sistema protector americano en beneficio de la competencia que las fábricas inglesas hacían a las americanas, pero de otra parte hizo posible y estimuló la venta de acciones y fondos públicos americanos en Inglaterra. En efecto, mientras el dinero podía obtenerse en Inglaterra a 3%, no podían faltar en este país compradores a los empresarios y comisionistas americanos, que ofrecían para sus valores un interés de 6 por ciento.

Este panorama de los cambios daba la impresión de una prosperidad elevada, a pesar de que las fábricas americanas sufrían a consecuencia de ello una presión cada vez mayor. En efecto, los agricultores americanos vendían a los obreros ocupados en construcciones oficiales y pagados con capitales ingleses una gran parte de aquel excedente de productos que hubiesen vendido a los obreros fabriles nacionales, si hubiese existido tráfico libre hacia Inglaterra o una protección adecuada para las fábricas del país. No obstante, dada la disparidad de los intereses nacionales, no podía perdurar una situación tan antinatural, y la quiebra debía resultar tanto más catastrófica para Norteamérica cuanto más prolon-

gada fuera la presión. Lo mismo que un acreedor puede mantener al deudor en esta situación durante largo tiempo mediante nuevas concesiones de crédito, pero con ello no hará sino hacer mayor la bancarrota del deudor, cuanto mayor sea el incremento de crédito concedido a una negociación mercantil mal orientada, así ocurrió también en este caso.

El motivo de la bancarrota americana fue la desusada salida de metales nobles desde Inglaterra a los países extranjeros, a consecuencia de las cosechas insuficientes y del sistema protector continental. Nuestra tesis es la siguiente: ello ocurrió a consecuencia del sistema proteccionista continental, porque los ingleses —si hubieran estado abiertos los mercados continentales europeos— hubiesen hecho frente, en gran parte, a un copioso suministro de cereales desde el Continente, por medio de una exportación igualmente copiosa de artículos manufacturados ingleses hacia la Europa continental, y porque las disponibilidades inglesas de efectivo —aunque hubiesen derivado hacia el Continente, nuevamente hubieran retornado a Inglaterra al poco tiempo a consecuencia del incremento de la exportación de artículos fabricados—. En semejante caso, es indudable que las fábricas continentales hubiesen caído como víctimas de los manejos comerciales anglo-americanos.

Tal como estaban las cosas, el Banco de Inglaterra sólo podía salir del paso mediante la limitación de sus créditos y la elevación del tipo de descuento. A consecuencia de estas medidas, no sólo decayó la demanda de acciones y fondos públicos americanos en Inglaterra, también creció desmesuradamente la oferta de los valores que estaban ya en circulación en el mercado. Con ello no sólo se privó a los estados libres de los medios de cubrir su déficit de caja mediante nuevas cesiones de valores, sino que también fue reclamada en concreto la deuda entera, que en el transcurso de muchos años habían contraído los norteamericanos frente a Inglaterra, por razón de sus ventas de acciones y valores. Revelóse entonces que la masa de efectivo circulante en América pertenecía propiamente a los ingleses. Más todavía: se comprobó que los ingleses podían disponer a su antojo de aquellas disponibilidades sobre cuya posesión estaba fundado el sistema bancario y fiduciario de los Estados libres. Ahora bien, si disponían de ellas, todo el sistema se desplomaría como un castillo de naipes, y como consecuencia se destruiría también el fundamento sobre el cual descansaban los precios de la propiedad territorial, y en último término, las bases de subsistencia económica de una gran parte de los particulares.

Los bancos americanos trataron de evitar su caída mediante la suspensión de pagos en efectivo, único medio, en efecto, de mitigar, por lo menos, el problema; trataron así de ganar tiempo por un lado, con objeto de disminuir la deuda de los estados libres con el rendimiento de las nuevas cosechas de algodón, y amortizar paulatinamente dichas deudas; por otra parte, procuraron disminuir la importación de artículos manufacturados ingleses resultante de la perturbación del crédito, tratando de equilibrarla en el futuro con la exportación.

Hasta qué punto la exportación de algodón puede suministrar los medios que puedan servir de contrapeso a la importación de artículos manufacturados, es cosa muy dudosa. Desde hace más de veinte años, la producción de este artículo ha aventajado considerablemente al consumo, así que con el aumento de producción han ido bajando los precios. Añádase a esto que de una parte surgen poderosos competidores a la fabricación del algodón en la fabricación de lana, perfeccionada por el uso de las máquinas, y de otra parte a los productores de algodón mismos en las plantaciones algodoneras de Texas, Egipto, Brasil y las Indias orientales. Conviene tener en cuenta, en todo caso, que la exportación de algodón de Norteamérica favorece, por lo menos, a aquellos estados que consumen la mayor parte de los artículos manufacturados ingleses.

En esos estados, precisamente en aquéllos donde el cultivo de cereales y la ganadería constituyen los medios principales para procurarse artículos manufacturados, anúnciase una crisis de otro género. A consecuencia de la gran importación de artículos manufacturados ingleses se ejerció una considerable presión sobre las manufacturas americanas. Todo incremento de población y de capital fue impulsado, en virtud de ese hecho, hacia los nuevos establecimientos del oeste. Cada nueva colonia aumenta en un principio la demanda de productos agrícolas, pero, transcurridos unos pocos años, produce importantes remanentes. Este caso ocurrió, en realidad, en los establecimientos nuevos. Durante los próximos años los estados del oeste arrojarán colosales excedentes de productos hacia los estados orientales, utilizando los canales y ferrocarriles recién construidos. En cambio, en estos estados orientales, el número de consumidores ha ido disminuyendo y seguirá restringiéndose todavía, a consecuencia de la presión que sobre las fábricas ejerce la competencia exterior.

De ahí debe resultar necesariamente la depreciación de los productos y de las tierras, y si la Unión no toma pronto disposiciones para cegar

las fuentes de donde brotan las crisis monetarias anteriormente descritas, es inevitable una bancarrota general de los agricultores en los estados cerealistas.

Las circunstancias comerciales hasta aquí expuestas, entre Inglaterra y Norteamérica, nos enseñan lo siguiente: *1)* Que una nación muy rezagada con respecto a la inglesa en punto a disponibilidades de capital y energía manufacturera no puede permitir a los ingleses una competencia predominante en su mercado industrial, sin quedar de modo permanente en situación de deudora, haciéndose dependiente de sus institutos monetarios y quedando prendida en la vorágine de sus crisis agrícolas, industriales y comerciales;

2) Que el Banco Nacional de Inglaterra puede rebajar, con sus operaciones, los precios de los artículos manufacturados ingleses en los mercados americanos que están bajo su influencia, en beneficio de las fábricas inglesas y en perjuicio de las americanas;

3) Que el Banco Nacional de Inglaterra puede lograr, con sus operaciones, que durante una serie de años los norteamericanos consuman una mayor cantidad de valores en artículos importados de los que pueden pagar mediante sus exportaciones de productos, y que en consecuencia los americanos tengan que cubrir por espacio de varios años su déficit mediante la remesa de valores y de fondos públicos a Inglaterra;

4) Que en tales circunstancias los americanos habrán de realizar su tráfico interior y sus operaciones bancarias y fiduciarias a base de efectivo, pudiendo el Banco de Inglaterra atraérselo hacia sí, con sus operaciones, cuando lo considere oportuno;

5) Que las fluctuaciones en el mercado del dinero influyen en todas circunstancias de modo muy perjudicial sobre la economía de las naciones, sobre todo en los países donde un amplio sistema bancario y fiduciario se basa en la posesión de determinadas cantidades de metales nobles;

6) Que sólo se evitan las fluctuaciones en el mercado monetario y las crisis que de ellas resultan, y se llega a establecer un sólido sistema bancario, cuando las importaciones se equilibran con las exportaciones;

7) Que este equilibrio puede existir tanto menos cuanto más fácilmente compiten los artículos manufacturados extranjeros con los propios en el mercado nacional, y cuanto más limitada está la exportación de productos agrícolas nacionales por regulaciones mercantiles desde el exterior; finalmente, que este equilibrio resulta tanto menos perturbado cuanto menos depende la propia na-

ción, en sus necesidades manufactureras y en sus ventas de productos, de las naciones extranjeras.

Estas enseñanzas resultan confirmadas, también, por la experiencia de Rusia.

Recuérdese a qué convulsiones estuvo expuesto el crédito público en el Imperio ruso mientras el mercado de aquel país pudo ser fácilmente inundado con artículos manufacturados ingleses, y que desde la implantación de la tarifa aduanera, en 1821, ya no ocurrió en Rusia nada semejante.

En efecto, la teoría dominante ha incurrido en el extremo opuesto de los errores que caracterizan al llamado sistema mercantil. Ciertamente sería falso pretender que la riqueza de las naciones consiste sólo en los metales nobles; una nación únicamente puede ser rica cuando exporta más artículos que importa, y compensa el saldo de la balanza mediante la importación de metales nobles. Sin embargo, es falso también cuando la teoría dominante, en las actuales circunstancias del mundo, pretende que no importa cuántos o cuán pocos metales nobles circulan en una nación, y que el temor de poseer pocos metales nobles es injustificado; que debería fomentarse su exportación, más que su importación, etc. Este razonamiento sólo es exacto cuando se piensa que todas las naciones y países se hallan situados bajo el mismo imperio de la norma jurídica; cuando no existen limitaciones mercantiles de ninguna clase contra la exportación de nuestros productos en aquellas naciones cuyos artículos manufacturados sólo podemos pagar con los productos de nuestra agricultura; cuando las alternativas de la guerra y de la paz, etc., no dan lugar a fluctuaciones en la producción y en el consumo, en los precios en el mercado de dinero; cuando los grandes institutos de crédito no tratan de extender su influencia sobre otras naciones, en interés especial de la nación a que pertenecen. Ahora bien, en cuanto existen intereses nacionales especiales, se exige de la prudencia política de cada nación que, por medio de su sisterma mercantil, se proteja contra fluctuaciones monetarias y revoluciones de precios que trastornan toda su economía interior, y sólo puede alcanzar este objetivo cuando su producción manufacturera interior se halla en equilibrio con su producción agrícola nacional, y la importación con la exportación.

La teoría dominante no ha distinguido con claridad la *posesión* de los metales nobles de la *capacidad de disponer* de ellos en el tráfico internacional. Ya en las operaciones privadas se evidencia claramente la necesidad

de semejante distinción. Nadie desea conservar el dinero; todos tratan de invertirlo en lo posible, pero procuran también disponer en cada momento de las sumas necesarias. La despreocupación respecto a la posesión de efectivo crece proporcionalmente a la riqueza. Cuanto más rico es el individuo, tanto menos empeño pone en la posesión del dinero en efectivo, ya que puede disponer en todo momento de las existencias que se encuentran en las cajas de otros individuos; en cambio, cuanto más pobre es una persona, cuanto menor es su posibilidad de disponer del efectivo que se encuentra en manos ajenas, tanto más angustiosamente se preocupa de tener en reserva lo suficiente. Análogo es el caso de las naciones industriales ricas y pobres. Inglaterra se preocupa poco, por lo común, de si salen más o menos barras de oro o de plata fuera del país, porque sabe muy bien, de una parte, que una copiosa exportación de metales nobles determina el alza de los precios de los metales y del tipo de descuento; de otra parte, una baja en los precios de los artículos fabricados, y que mediante una exportación más abundante de artículos manufacturados o mediante una realización de acciones y fondos públicos extranjeros se logra de nuevo entrar en posesión de las disponibilidades efectivas que le son precisas para su comercio. Inglaterra es el banquero rico, que sin tener un taler en la bolsa puede atraer cualquier suma que le interese de sus clientes cercanos o distantes. Ahora bien, cuando en las naciones puramente agrícolas acaecen extraordinarias pérdidas de efectivo, no se encuentran en tan favorable situación, puesto que sus medios de procurarse el efectivo necesario son muy limitados, no sólo a causa de la reducida *capacidad de cambio* de sus reservas de productos y valores agrícolas, sino, también, a causa de los obstáculos que las leyes extranjeras ponen a la exportación de esos bienes. Son como el pobre que no puede librar una letra contra sus clientes, pero, en cambio, el rico gira contra él cuando se halla en un apuro; y que ni una sola vez siquiera puede denominar propio lo que realmente se halla en sus manos.

El *poder de disposición* sobre las sumas de efectivo necesarias para su comercio interior, lo adquiere la nación, en primer término, por la posesión o la producción de artículos y valores cuyo poder de cambio es análogo al de los metales nobles.

Al juzgar la Escuela el comercio internacional, ha tenido tan poco en cuenta la diversidad de este carácter peculiar de la capacidad de cambio en los distintos objetos del tráfico y de la posesión, como la capacidad

de distribución de los metales nobles. Si observamos a este respecto los distintos valores que son objeto de negociación privada, nos daremos cuenta de que muchos de ellos son de tal naturaleza que su valor sólo es realizable en un determinado lugar, y que su transformación causa grandes costos y dificultades. A este grupo pertenecen más de las tres cuartas partes del patrimonio nacional, particularmente los bienes inmuebles y las instalaciones fijas. Por extensas que sean las propiedades territoriales de un individuo, no puede enviar sus campos y sus praderas a la ciudad para procurarse, a cambio de ellas, dinero y mercancías. Ciertamente puede constituir en hipoteca esos valores, pero para ello necesita encontrar primero un acreedor, y cuanto más se aleja el individuo de su residencia tanto menor es la posibilidad de que satisfaga sus necesidades.

Con respecto a los valores vinculados a la localidad, la mayor parte de los productos agrícolas de interés en el tráfico internacional (con excepción de los artículos coloniales y de unos pocos artículos de elevado precio) tienen una mínima capacidad de cambio. La mayor parte de estos valores, como, por ejemplo, los materiales de construcción y combustibles, los frutos panificables, etc., las hortalizas y el ganado, sólo pueden ser vendidos dentro de un ámbito muy reducido, y cuando se producen en abundancia necesitan ser almacenados para poder realizarlos luego. En los casos en que semejantes productos se envían a países extranjeros, se limita su venta a ciertas naciones manufactureras y comerciales, y aun en ellas está condicionada por los aranceles sobre la importación y por el rendimiento mayor o menor de la propia cosecha de las naciones importadoras. Aunque los países interiores de Norteamérica estuviesen abarrotados de ganado y de productos no les sería posible procurarse mediante exportación de este remanente sumas considerables de metales nobles en América del Sur, en Inglaterra o en el Continente europeo. Sin comparación alguna, poseen en cambio una mayor capacidad mercantil las valiosas mercaderías industriales de uso común. Encuentran posibilidad de venta en tiempos ordinarios sobre todos los mercados públicos del mundo, y en momentos de crisis extraordinarias con bajos precios, incluso en aquellos cuya capacidad de cambio de estos valores se acerca evidentemente mucho a la de los metales nobles, y la experiencia de Inglatera revela que cuando también se producen crisis de dinero a consecuencia de las malas cosechas, el aumento en la exportación de artículos fabricados, y de valores y fondos públicos extranjeros, restituyen nuevamente el equilibrio con toda rapi-

dez. Los últimos, es decir, los valores y fondos públicos extranjeros, que evidentemente son resultado de anteriores balances comerciales favorables causados por la exportación de artículos fabriles, son, en manos de la nación industriosa, valores con interés sobre la nación agrícola, que en la época de una extremada necesidad de metales nobles se realizan con pérdida para los tenedores individuales (como ocurre con los artículos fabriles en la época de crisis monetaria), pero con imponderable ventaja para el mantenimiento de la situación económica de la nación industriosa.

Por mucho que la Escuela se burle de la teoría de la balanza comercial, observaciones como las que acabamos de realizar nos inducen a opinar que entre las naciones grandes e independientes debe existir algo parecido a una balanza de comercio; que es peligroso para las grandes naciones permanecer durante largo tiempo en esa balanza en situación desventajosa, y que una salida considerable y persistente de metales nobles ha de traer, como consecuencia, importantes revoluciones en el sistema crediticio y en los precios nacionales. No pretendemos, ni mucho menos, resucitar la teoría de la balanza mercantil tal como existía en los tiempos del llamado sistema mercantilista, ni aconsejamos que se pongan trabas oficiales a la exportación de metales nobles, ni somos partidarios de una conducta rigurosa respecto de ciertas naciones, ni creemos que en el tráfico entre grandes naciones signifique gran cosa una diferencia de varios millones entre la importación y la exportación. Lo que ponemos en duda es lo siguiente: que una nación grande e independiente, tal como la que Adam Smith presenta al final del capítulo dedicado a este asunto, "pueda importar de modo permanente cada año cantidades mucho mayores de valores en productos y fabricados que los que exporta; que vayan reduciéndose, año por año, de modo importante, las cantidades de metales nobles de que la nación dispone, y que en el interior puedan ser sustituidas por la circulación fiduciaria, e incluso que una tal nación pueda seguir incrementando incesantemente su deuda frente a otra y haciendo, sin embargo, progresos en su prosperidad, un año tras otro".

Esta opinión expresada por Adam Smith, y posteriormente por sus continuadores, es la que consideramos cien veces refutada por la experiencia, como algo que por naturaleza repugna a la sana razón humana; en resumen, y devolviendo a Adam Smith su propia y enérgica expresión, todo esto lo consideramos como un *absurdo.*

Bien entendido, no se trata aqui de países que exploten con ventaja por sí mismos la producción de metales nobles, y en los cuales, por consi-

guiente, la exportación de estas mercaderías revista por completo el mismo carácter que la exportación de artículos manufacturados. Tampoco se trata dc aquella diferencia en la balanza comercial que necesariamente debe producirse cuando la nación computa su exportación e importación a los precios que rigen en sus propias ciudades marítimas. Es evidente e indiscutible que en este caso, en cada nación, el valor de las importaciones sea más elevado que el de las exportaciones, por una suma igual a la cuantía de las propias ganancias comerciales —circunstancia que no se traduce en perjuicio sino más bien en ventaja suya. Todavía menos queremos poner en tela de juicio el caso extraordinario en que una exportación cuantiosa implica más bien pérdidas de valor que ganancias; por ejemplo, cuando se pierden mercaderías con motivo de un naufragio. La Escuela ha utilizado admirablemente todos estos espejismos, que derivan de un cálculo y una confrontación mercantilista del valor de la exportación y de la importación, para ponderar los inconvenientes que en una nación grande e independiente resultan de la enorme desproporción que se expresa en sumas tan elevadas como, por ejemplo, la de Francia en los años 1786-1789, la de Rusia en los años 1820 y 1821 y la de Norteamérica después del *bill* de compromiso.

Finalmente, no queremos hablar —y esto es preciso tenerlo en cuenta— ni de colonias, ni de países dependientes, ni de pequeños Estados o de ciudades particulares e independientes, sino de naciones completas, independientes y grandes, que poseen un sistema mercantil propio, un sistema agrícola e industrial nacional, y un sistema monetario y crediticio también nacionales.

Evidentemente es consustancial a las *colonias* que sus exportaciones puedan rebasar de modo considerable y persistente a sus importaciones, sin que de ello pueda sacarse consecuencia alguna respecto al aumento o descenso de su prosperidad. La colonia prospera siempre en la proporción en que, año tras año, aumenta el *importe total* de sus exportaciones e importaciones. Si la exportación de artículos coloniales en esos países supera de modo cuantioso y duradero la importación de artículos manufacturados, el motivo principal de ello puede consistir en que los terratenientes de la colonia vivan en la metrópoli, y reciban sus rentas en forma de artículos coloniales, o en el importe monetario de los mismos. Si, en cambio, la exportación de artículos manufacturados hacia la colonia excede en una gran cifra la importación de artículos coloniales, la razón principal puede consistir en que, por causa de las emigraciones

o de los empréstitos, año tras año afluyan a la colonia grandes masas de capitales. Esta última circunstancia es, sin embargo, muy favorable a la prosperidad de la colonia. Puede perdurar durante siglos enteros, y en tales circunstancias las crisis mercantiles resultan raras o imposibles, porque la colonia no queda en peligro ni por las guerras, ni por las medidas hostiles que en lo mercantil adoptan otros pueblos, ni por las operaciones del Banco Nacional de la metrópoli; porque no posee un sistema comercial, crediticio e industrial peculiar suyo, sino que, por el contrario, siempre toma como punto de apoyo los institutos crediticios y las regulaciones políticas de la metrópoli.

Esa ventajosa situación existió por espacio de siglos entre Norteamérica e Inglaterra, existe todavía hoy entre Inglaterra y el Canadá, y existirá verosímilmente durante siglos entre Inglaterra y Australia.

Dicha relación queda, sin embargo, trastornada en su base, desde el momento en que la colonia se manifiesta como una nación independiente, con todas las aspiraciones y atributos de una nacionalidad grande y autónoma, hasta llegar a poseer una potencialidad y una política propias, un sistema mercantil y crediticio peculiar. Entonces, la antigua colonia dicta leyes para fomentar especialmente su propia navegación y potencia marítima —instituye, en beneficio de su propia industria, un sistema aduanero peculiar—, surge en ella un Banco Nacional propio, etc.; siempre y cuando la nación, en tránsito desde el vínculo colonial hasta la situación de independencia, se sienta llamada, por razón de sus disponibilidades espirituales, físicas y económicas, para ser una nación industrial y comercial. La metrópoli, en cambio, restringe por su parte la navegación, el comercio, la producción agrícola de su antigua colonia, y apoyándose en sus institutos crediticios se preocupa exclusivamente por el mantenimiento de su situación económica nacional.

Sin embargo, son precisamente las colonias norteamericanas, tal como se hallaban antes de la guerra de la independencia americana, las aducidas por Adam Smith con propósito de probar una tesis tan extremadamente paradójica como ésta: que un país en proceso de constante prosperidad incremente su exportación de oro y plata, restrinja su circulación de metales nobles, extienda su circulación fiduciaria y pueda aumentar la deuda contraída con respecto a otra nación. Adam Smith se ha prevenido de citar el ejemplo de dos naciones en situación de independencia, rivales entre sí, que desde hace mucho tiempo se enfrentan y rivalizan en sus intereses navales, mercantiles, industriales y agrícolas;

en prueba de su aserto, sólo nos presenta la relación de una colonia con su metrópoli. Si hubiese vivido hasta hoy y hubiese escrito ahora su libro, se hubiera guardado mucho de citar el ejemplo de Norteamérica, puesto que, en nuestros días, este ejemplo prueba precisamente lo contrario de lo que Smith quería demostrar.

En circunstancias tan distintas nos diría que acaso fuera para los estados libres incomparablemente más ventajoso que volvieran a hallarse en la situación de una antigua colonia inglesa. Efectivamente ocurriría eso si Norteamérica no comprendiese el modo de utilizar su independencia nacional para hacer surgir una industria nacional propia, un sistema mercantil crediticio independiente, con respecto a sí misma y al exterior. Adviértase que en una relación colonial nunca hubiera podido promulgarse una ley cerealista como la inglesa; que Inglaterra nunca hubiese gravado de modo tan desmesurado el tabaco americano; que constantemente se hubieran derramado grandes masas de madera desde los Estados libres hacia Inglaterra; que este país, lejos de fomentar en otro la producción algodonera, se hubiera esforzado por asegurar a los norteamericanos un monopolio en dicho artículo; que de este modo hubiesen sido imposibles las crisis mercantiles que Norteamérica ha sufrido durante los últimos decenios. En efecto: si los estados libres no fabrican, si no fundan un sistema crediticio propio y duradero, si no quieren crear una potencia marítima, entonces será inútil que los bostonianos hayan arrojado el té al mar; todas sus declamaciones sobre la independencia y la futura grandeza nacional serán vanas, y harían mejor en retornar lo más pronto posible a la dependencia colonial de Inglaterra. En tal situación, Inglaterra los favorecerá en lugar de restringirlos, aplastando a los concurrentes de los norteamericanos en el cultivo del algodón y en la producción de cereales, en lugar de procurar, por todos los medios, crearles nuevos competidores. El Banco Nacional de Inglaterra abrirá entonces sus filiales en Norteamérica; el gobierno inglés estimulará las emigraciones y salidas de capital hacia Norteamérica, y mediante la completa destrucción de las fábricas americanas, así como favoreciendo la exportación de materias primas y productos agrícolas de América hacia Inglaterra, desarrollará un cuidado "paternal" para evitar las crisis comerciales en Norteamérica y mantener en equilibrio las importaciones y exportaciones de las colonias. En una palabra, los poseedores de esclavos y los cultivadores de algodón americanos verán realizados plenamente sus más hermosos sueños.

En realidad ese panorama resulta desde hace largo tiempo más evidente para el patriotismo, los intereses y necesidades de esos cultivadores que la autonomía nacional y la grandeza de Norteamérica. Sólo con el primer surgimiento de la libertad y de la independencia se entusiasmaron por la autonomía industrial. Pronto se calmaron los ánimos, sin embargo, y desde hace un cuarto de siglo la prosperidad industrial es considerada como una plaga para los estados centrales y orientales, tratándose de probar ante el Congreso que la prosperidad de América está condicionada por el dominio industrial de Inglaterra sobre Norteamérica. ¿Qué otra cosa quiere decir esto sino que Norteamérica sería más rica y más feliz si de nuevo volviera a encontrarse, con respecto a Inglaterra, en la situación de una colonia?

En general, nos parece que los defensores del librecambio serían más consecuentes en relación con las crisis monetarias y la balanza mercantil, como con la industria, si dieran a todas las naciones el consejo de someterse a los ingleses como pueblos vasallos, asegurándose, en cambio, las ventajas de las colonias inglesas, ya que la situación subordinada, en el aspecto económico, sería para ellos mucho más favorable que la situación intermedia en que viven, como naciones que sin poseer una industria, un comercio y un sistema crediticio propios, quieren mantenerse siempre como independientes frente a Inglaterra. ¿No es evidente, en efecto, que Portugal hubiese salido ganando si desde el Tratado de Methuen hubiera estado regido por un virrey inglés, si Inglaterra hubiese implantado en Portugal sus leyes y su espíritu nacional, y hubiese tomado bajo su égida este país tal como lo hizo con las Indias Orientales? ¿No se ve claro cuán ventajosa sería una relación semejante para Alemania y para todo el Continente europeo?

Las Indias Orientales —es cierto— han perdido su energía manufacturera en favor de Inglaterra; pero ¿no han ganado inconmensurablemente en su producción agrícola nacional y en la exportación de sus productos agrícolas? ¿No han cesado las guerras entre sus nababs? ¿No se encuentran muy a gusto los príncipes y reyes de las Indias Orientales? ¿No han salvado sus grandes fortunas privadas? ¿No se encuentran exonerados de las graves preocupaciones de gobierno?

Por lo demás, conviene advertir, aunque a la manera de aquellos que, como Adam Smith, tienen su fuerte en la defensa de tesis paradójicas, que este famoso escritor, después de todos sus argumentos contra la existencia de una balanza mercantil, defiende a la vez la existencia de

una cosa a la que denomina balance entre el consumo y la producción de la nación, pero que, considerado más de cerca, no es otra cosa que nuestra balanza mercantil *real*. Una nación cuyas exportaciones se hallan tan equilibradas, en general, con sus importaciones, debe tener la seguridad de que, por lo que respecta a su tráfico nacional, no consume muchos más valores de los que produce, mientras que una nación como Norteamérica, en la época más reciente, durante una serie de años, importa masas de productos manufacturados extranjeros de valor superior al de los productos exportados, debe estar persuadida de que, por lo que respecta al tráfico internacional, consume masas más importantes de valores extranjeros que los nacionales que produce. ¿Qué otra cosa revelan, en efecto, las crisis de Francia (1786-1789), de Rusia (1820-1821) y de Norteamérica desde 1833?

Para terminar este capítulo queremos formular algunas preguntas a aquellos que incluyen la teoría entera de la balanza mercantil entre las viejas fábulas:

¿Cómo se explica que en aquellas naciones que decididamente tienen a su favor la balanza comercial se observen siempre fenómenos opuestos a los citados, y que las crisis mercantiles, en los países con los cuales se hallan en relación comercial aquellas naciones, sólo pueden tener un efecto perjudicial rápidamente transitorio sobre ellas?

¿Cómo explicar que desde que Rusia produce por sí misma la mayor parte de los artículos industriales que necesita, tenga una balanza mercantil decidida y permanentemente a su favor; que desde entonces no se haya vuelto a hablar de convulsiones económicas en Rusia, y que la prosperidad interna de este Imperio se haya incrementado de año en año?

¿Cómo explicar que en los estados libres americanos las mismas causas hayan dado siempre lugar a los mismos efectos?

¿Cómo se explica que en los estados libres norteamericanos, al producirse la gran importación de artículos fabriles, después del *bill* de compromiso, la balanza mercantil se haya manifestado, de modo sorprendente, en perjuicio suyo durante una serie de años, y que este fenómeno vaya acompañado de convulsiones tan grandes y permanentes en la economía interior de la nación?

¿Cómo se explica que, en este momento, los estados libres se hallen tan abarrotados de productos extractivos de toda especie (algodón, tabaco, ganado, cereales); que los precios hayan caído por doquier a la

mitad y que, al mismo tiempo, estos estados sean impotentes para equilibrar sus exportaciones y sus importaciones, para amortizar la deuda que han contraído en Inglaterra, y para basar de nuevo su crédito sobre una sólida base?

¿Cómo se explica, si no existe una balanza comercial, o no importa nada que esa balanza resulte en ventaja o desventaja nuestra, si es indiferente que salgan hacia el extranjero más o menos metales nobles, que Inglaterra en el caso de malas cosechas (único en el cual la balanza resulta perjudicial para ella), compare temblando las exportaciones con las importaciones, que cuenten entonces cada onza de oro o de plata que se importa o se exporta, que su Banco Nacional se esfuerce con el mayor empeño en contener la exportación de sus metales nobles y fomentar la importación; cómo explicar —preguntamos— que la balanza mercantil sea una *exploded fallacy,* que en tales tiempos no pueda leerse ningún diario inglés en el cual no se hable de esa *exploded fallacy* como el tema de interés más candente para el país?

¿Cómo se explica que en Norteamérica las mismas gentes que hablaban, antes del *bill* de compromiso, de la balanza mercantil como de una *exploded fallacy,* desde el *bill* de compromiso no cesen de hablar de ella como de una cuestión vital para el país?

Si la naturaleza de las cosas procura siempre a cada país la necesaria cantidad de metales nobles ¿cómo se explica que el Banco de Inglaterra trate de orientar en favor suyo esta llamada naturaleza de las cosas mediante la limitación de sus precios y la elevación de su descuento, y que los bancos americanos se vean obligados de tiempo en tiempo a suspender sus pagos en efectivo hasta que las importaciones y las exportaciones hayan recuperado su equilibrio?

XXIV. LA ENERGÍA MANUFACTURERA Y EL PRINCIPIO DE LA CONSTANCIA Y DE LA CONTINUIDAD EN LA LABOR

Si investigamos el origen y desarrollo de algunas ramas industriales, encontraremos que sólo con el transcurso del tiempo han logrado entrar en posesión de técnicas, maquinarias, edificios, ventajas de la producción, experiencias y destreza, y de todos aquellos conocimientos y relaciones que les aseguran un ventajoso suministro de sus materias primas y una venta igualmente ventajosa de sus productos. Estamos convencidos de que, por regla general, es incomparablemente más fácil perfeccionar y extender un negocio ya iniciado que fundar uno nuevo. Vemos en todas partes cómo negocios que existen desde toda una serie de generaciones se explotan más ventajosamente que los de nueva creación. Observemos que poner en marcha un negocio nuevo resulta tanto más difícil cuantos menos negocios de igual índole existen ya en la nación; primero, porque es preciso formar empresarios, capataces y obreros o traerlos de fuera, y porque la rentabilidad del negocio no está aún suficientemente probada para imbuir a los capitalistas la confianza en el éxito. Comparemos la situación de ramas enteras de la industria en una nación, en distintos periodos, y veremos en todas partes que cuando no han influido de modo perturbador razones especiales sobre dicha situación, se han registrado importantes progresos no sólo en punto a baratura de los precios, sino también en relación con la cantidad y calidad, de generación en generación. Observemos, por otra parte, que ciertas causas perturbadoras que influyen desde fuera, por ejemplo, las guerras y las depredaciones de países, etc., así como las disposiciones tiránicas opresoras y fanáticas de carácter gubernamental y financiero (como, por ejemplo, la revocación del edicto de Nantes) han hecho retroceder en varios siglos naciones enteras, en el conjunto de sus industrias o en algunos ramos de ellas, viéndose superadas por naciones respecto de las cuales estuvieron antes en posesión de una apreciable ventaja.

En resumen, salta a la vista que, como en todas las creaciones humanas, también en la industria las prestaciones más importantes se hallan

sometidas a una ley de naturaleza que tiene mucho de común con la ley natural de la división de las operaciones económicas y de la cooperación de las energías productivas: sustancialmente consiste esa ley en que varias generaciones sucesivas agrupen sus energías en un mismo objeto, y distribuyan entre sí por igual los esfuerzos necesarios para realizar sus fines.

Es éste el mismo principio que, en punto a conservación e incrementación de energías de la nacionalidad, ha revelado como incomparablemente más provechoso el sistema hereditario que la mudanza de las familias dominantes, en régimen electivo.

Es, en parte, esta ley natural, la que garantiza tan grandes éxitos en la industria, en el comercio y en la navegación, a los pueblos que desde hace largo tiempo viven bajo una forma de gobierno constitucional bien entendida.

Solamente por esta ley natural se explica, en parte, la influencia del alfabeto y de la prensa sobre los progresos humanos. Sólo el alfabeto permitió la sucesión de los conocimientos y experiencias humanas desde la generación actual hasta las venideras, de modo mucho más perfecto que la tradición oral.

El reconocimiento de esta ley natural debe atribuirse, sin duda, en parte, a la división en castas existente entre los pueblos de la Antigüedad y a la ley de los egipcios, según la cual el hijo tenía que seguir practicando la industria del padre. Antes de la invención y expansión general de la escritura, todas estas instituciones debían aparecer como indispensables para la conservación y ulterior desarrollo de las artes y de las industrias.

También los gremios han surgido, en parte, de esas mismas consideraciones ideológicas.

La conservación y desarrollo de las artes y de las ciencias y la transferencia de sus productos de una generación a otra, se debe, en gran parte, a las castas sacerdotales de los pueblos antiguos, a los monasterios y a las Universidades.

¡Qué potencialidad y qué influencia tuvieron las órdenes religiosas y de caballería, así como la sede pontificia, a causa de su secular tendencia a un mismo fin, en el sentido de que la generación siguiente continuaba la obra donde la anterior la había dejado!

Todavía resulta más evidente para nosotros la importancia de este principio, cuando se consideran las grandes realizaciones.

Ciudades, monasterios y corporaciones han llevado a cabo obras cu-

yos costos totales acaso rebasan el valor de todo su patrimonio actual. Sólo podían reunir los medios necesarios para ello haciendo que una serie de generaciones aplicara sus ahorros para un mismo y grandioso objeto.

Examinemos el sistema de canales y diques de Holanda: en él se contienen los esfuerzos y ahorros de muchas generaciones. Sólo una serie de generaciones ha podido realizar los grandes sistemas nacionales de transporte, y todo un sistema de obras de fortificación y de defensa

El sistema crediticio del Estado es una de las más bellas creaciones del nuevo arte político, y una bendición para las naciones, cuando sirve de medio para distribuir entre varias generaciones el costo de aquellas obras y de los esfuerzos realizados por la generación actual, que benefician a la nacionalidad para los tiempos futuros, y garantizan su existencia, crecimiento, grandeza y potencialidad, y el incremento de la energía productiva; sólo es una institución reprobable cuando sirve a un consumo nacional inútil, con lo que no sólo no fomenta el progreso de las generaciones futuras, sino que las priva por adelantado de los medios necesarios para crear grandiosas obras nacionales, o también cuando la carga de intereses de la deuda nacional recae sobre el consumo de las clases trabajadoras en lugar de hacerlo sobre el capital.

Las deudas públicas son letras que la generación presente libra contra la generación futura. Esto puede ocurrir en interés especial de la generación presente o de la futura, o en interés de ambas. Sólo en el primer caso es reprobable dicho medio. En cambio, todos los casos en que se trata de la conservación y fomento de la nacionalidad, pertenecen a la última categoría, en cuanto los medios requeridos rebasan las fuerzas de la generación presente.

Ningún gasto efectuado por la generación presente beneficia tan decidida y preferentemente a la generación futura como el de la mejora de los medios de transporte, puesto que, por regla general, dichas instalaciones, además de incrementar de modo extraordinario y continuado, en progresión creciente, las energías productivas de la generación futura, con el curso del tiempo no sólo rinde intereses suficientes, sino que también procura dividendos. A la generación actual le está, por consiguiente, permitido arrojar sobre la espalda de las generaciones futuras tanto la inversión de capital como los intereses de esas obras, en cuanto no rentan de modo suficiente; pero, además, resulta injustificado, e incluso en contradicción con los principios fundamentales de la economía

nacional, el hecho de que esta carga, o una porción esencial de la misma, sea exclusivamente soportada por la generación presente.

Si de nuevo aplicamos nuestro examen a la continuidad de tareas en el principal sector de sustento nacional, resulta evidente que esa continuidad tiene positiva influencia en la agricultura, pero está expuesta a menos posibilidades de interrupción que en las manufacturas; que en la agricultura las interrupciones son mucho menos nocivas que en la industria, y, al mismo tiempo, sus consecuencias desfavorables son más fáciles y más rápidas de retener que en las manufacturas.

Por grandes que sean las perturbaciones que en la agricultura se registren, la propia necesidad y el propio consumo del agricultor, la difusión general de las habilidades y conocimientos necesarios en el orden agrícola, la sencillez de sus operaciones e instrumental hacen que la agricultura nunca llegue a decaer por completo.

Incluso después de las devastaciones consiguientes a la guerra, la agricultura se restablece con rapidez. Ni el enemigo ni el competidor extranjero pueden arrebatar el instrumento principal de la agricultura, la tierra; es necesaria la opresión de toda una serie de generaciones para transformar en eriales los antiguos terrenos laborables, o para arrebatar a los habitantes de un país la aptitud para el ejercicio de la agricultura.

En las manufacturas, por el contrario, la más leve y corta interrupción las paraliza, y si es más larga, causa su muerte. Cuanto más arte y destreza exige un ramo industrial; cuanto más grandes son las sumas de capitales exigidos; cuanto más vinculados se hallan esos capitales a los ramos especiales de la industria en que se utilizan, tanto más nociva es la interrupción. Las máquinas y herramientas se convierten en chatarra y madera combustible; los edificios, en ruinas; los obreros se alejan de allí o buscan su sustento en la agricultura. Así, en breve plazo se pierde un complejo de energías y de cosas que sólo pueden ser formadas a costa de grandes esfuerzos y sinsabores de varias generaciones.

Del mismo modo que el auge y la subsistencia de la industria son causa de que una rama industrial suscite otra, la atraiga, la apoye y la eleve a su máximo esplendor, así también, en la decadencia, la ruina de una rama industrial es, siempre, el pródromo de la ruina de otros varios, y, en fin de cuentas, de las partes sustanciales de la energía manufacturera.

El convencimiento de los grandes efectos de esa continuidad activa y de los irreparables perjuicios de la interrupción ha abierto paso a la idea

de la protección arancelaria para la industria, y no las protestas y las súplicas egoístas de los industriales que buscan privilegios.

En los casos en que la protección aduanera no puede servir de nada; en que las fábricas padecen por falta de ventas en el exterior; en que el gobierno se ve impotente para contener la paralización, vemos cómo los fabricantes continúan la fabricación, aun con pérdida efectiva. Se preocupan de evitar las irreparables desventajas de la interrupción de actividades, en espera de tiempos mejores

Existiendo una libre competencia, no es raro que brote la esperanza que induce a industriales y fabricantes a vender sus productos por debajo del precio de costo y, frecuentemente, con pérdida. No se pretende solamente apartar de sí los peligros de la interrupción, sino hacerlos pesar sobre otros, con la esperanza de salir indemnes más tarde, resarciéndose de las pérdidas sufridas, a base de ventas efectuadas a mejores precios. Evidentemente, la tendencia al monopolio es consustancial a la industria. Ahora bien, esta circunstancia se manifiesta en favor y no en contra de la política protectora, ya que limitada al mercado interior, esta tendencia tiene como resultado precios más baratos y progresos en el arte de la producción y en el bienestar nacional, mientras que si desde fuera se ejerce una fuerte presión sobre la industria, la consecuencia indudable es la interrupción de las actividades productivas y la decadencia de la industria nacional.

La circunstancia de que la producción industrial, sobre todo desde que se encuentra tan extraordinariamente impulsada por el maquinismo, no tiene otros límites que los de la posesión del capital y los de las cifras de venta, sitúan a aquella nación que cuenta con una continuidad secular de sus actividades, una copiosa acumulación de capitales, un extenso tráfico mundial, y el dominio del mercado del dinero mediante grandes institutos de crédito (que tienen el poder de rebajar el precio de los artículos elaborados y estimular los fabricantes a la exportación), en condiciones de declarar una guerra de exterminio a las manufacturas de todos los demás países. En tales condiciones, es absolutamente imposible que en otras naciones, a consecuencia de sus progresos en la agricultura, "y siguiendo el curso natural de las cosas" tal como se expresa Adam Smith, surjan grandes manufacturas y fábricas, o que puedan continuar subsistiendo las ya creadas, "siguiendo el curso natural de las cosas", a consecuencia de las interrupciones del comercio causadas por la guerra.

La razón de ello es la misma que explica por qué un niño o un muchacho, en riña con un hombre robusto, difícilmente puede vencer ni siquiera oponer resistencia. Las fábricas de la supremacía comercial e industrial (Inglaterra) tienen mil ventajas con respecto a las fábricas recién nacidas o a medio desarrollar de otras naciones En ellas trabajan, por ejemplo, operarios diestros y ejercitados, en gran número y con salarios baratísimos, los mejores técnicos, las máquinas más perfectas y baratas; se encuentran las máximas ventajas en la compra y en la venta, especialmente los medios de transporte más baratos para las materias primas y la expedición de productos, y los fabricantes disponen de un amplio crédito en los institutos monetarios, a los intereses más bajos; experiencias, instrumentos, edificios, instalaciones, clientelas que sólo pueden reunirse y formarse en el curso de varias generaciones; un mercado interior infinito y, lo que es lo mismo, un mercado colonial igualmente vasto; esto es, una certeza absoluta, en todas circunstancias, de poder vender grandes masas de productos fabriles desarrollando una labor tenaz; en consecuencia, la garantía de la continuidad y los medios suficientes para financiar el porvenir durante largos años, cuando se trate de conquistar un mercado fabril extranjero.

Si se examina artículo por artículo respecto a estas ventajas, nos convenceremos de que frente a semejante potencia resulta insensato poner grandes esperanzas en el curso natural de las cosas, en régimen de libre competencia, cuando los obreros y los técnicos necesitan primeramente ser formados; cuando la fabricación de maquinaria y el sistema de transportes se hallan en pleno crecimiento; cuando los fabricantes no tienen asegurado siquiera el mercado interior —mucho menos una importante exportación—; cuando el crédito del fabricante, en el caso más afortunado, se limita a lo estrictamente necesario; cuando ni un solo día puede estarse seguro de que, a consecuencia de las crisis mercantiles y manejos bancarios de los ingleses, no se lancen al mercado interior enormes masas de mercaderías extranjeras a precios que apenas compensan el costo de las materias primas, y que pueden paralizar durante años enteros la continuidad de las operaciones fabriles.

Semejantes naciones, en vano se decidirían a permanecer en eterna situación subalterna con respecto a la supremacía industrial inglesa, conformándose con la modesta suerte de suministrarle lo que ella misma no puede producir o lo que no puede recibirse de otra parte. Tampoco en esta subordinación pueden encontrar satisfacción alguna. ¿De qué

les sirve a los norteamericanos sacrificar el bienestar de sus Estados más bellos y cultos, los Estados del trabajo libre, e incluso su futura grandeza nacional, al deseo de proveer a Inglaterra con algodón? ¿Podrá impedirse con ello que Inglaterra se abastezca de esa materia prima en otros países? En vano se conformarían los alemanes con procurarse los artículos industriales que necesitan de Inglaterra, a cambio de sus finas lanas de oveja; difícilmente podrían impedir con ello que en el curso de los veinte años próximos Europa entera sea inundada con lanas más finas.

Todavía resulta más lamentable una situación subordinada de tal índole cuando se piensa que estas naciones pierden, en virtud de la guerra, sus posibilidades de venta de productos agrícolas, y, como consecuencia, los medios de adquirir productos industriales del extranjero. Entonces, todas las consideraciones y sistemas económicos pasan a segundo término; es el principio de conservación, de defensa el que empuja a las naciones a elaborar por sí mismas sus productos agrícolas, y a prescindir de los artículos manufacturados del enemigo. En la presente situación de las cosas, no pueden ya tenerse en cuenta las pérdidas que van ligadas con semejante sistema prohibitivo de carácter guerrero. Pero por grandes que sean los esfuerzos y sacrificios con que la nación agrícola cree durante la guerra fábricas y manufacturas, la competencia, renaciente con la paz, de la supremacía manufacturera, destruirá de nuevo todas esas creaciones de emergencia. En resumen, es una eterna alternancia de construir y destruir, de prosperidad y calamidad, en naciones que no tratan de asegurarse las ventajas de la continuidad productiva de generación en generación, realizando la división nacional del trabajo y la confederación de las energías productivas.

XXV. LA ENERGÍA MANUFACTURERA Y LOS ESTÍMULOS DE LA PRODUCCIÓN Y DEL CONSUMO

EN LA sociedad no sólo se es productivo por el hecho de crear productos inmediatos de energía productiva, sino también produciendo estímulos para la producción y el consumo, o para la producción de energías productivas.

El artista influye con sus obras, de una parte, sobre el ennoblecimiento del espíritu humano y las energías productivas de la sociedad; pero como el placer artístico presupone la posesión de aquellos bienes materiales con los que puede adquirirse, el artista crea, también, un estímulo para la producción material y para el ahorro.

Libros y diarios influyen, con la instrucción que procuran, sobre la producción espiritual y material, pero su adquisición cuesta dinero, y en consecuencia el placer que ofrecen suscita también un estímulo para la producción material.

La educación de la juventud ennoblece a la sociedad; ¿cuántos sacrificios se imponen los padres para recabar medios que les permitan dar a sus hijos una buena educación?

¡Qué inmensa cantidad de realizaciones, tanto en la producción espiritual como en la material, puede atribuirse a la aspiración de moverse hacia una sociedad mejor!

Se puede vivir en una casamata de madera tan bien como en una villa; con pocos florines podemos protegernos de la lluvia y del frío como con el vestido más hermoso y elegante. Los adornos y utensilios de plata y de oro no contribuyen más a nuestra comodidad que los de acero y estaño; pero la distinción que va asociada a la posesión de los mismos incita a desarrollar mayores esfuerzos del cuerpo y del espíritu, suscita el orden y el ahorro, y a estos estímulos debe la sociedad una gran parte de su productividad.

Incluso el rentista que se ocupa solamente de percibir sus rentas, de aumentarlas y de consumirlas, influye del modo más variado sobre la

producción espiritual y material; de un lado, porque con su consumo presta su apoyo al arte y a la ciencia y a los bellos oficios; y luego porque a la vez desempeña el cargo de conservador y multiplicador de los capitales sociales de carácter material, y finalmente porque con su ostentación espolea a todas las demás clases de la sociedad para que le imiten. Del mismo modo que en una escuela la concesión de premios estimula a desarrollar mayores esfuerzos, aunque los premios principales sólo favorezcan a unos pocos, así la posesión de grandes patrimonios y la ostentación que a ellos se asocia influyen en el ámbito de la sociedad burguesa. Naturalmente, este efecto cesa cuando los grandes patrimonios son un fruto de la usurpación, del espolio o de la estafa, o cuando la posesión de los mismos y el goce de sus frutos no pueden ser mostrados públicamente.

La producción manufacturera suministra instrumentos productivos o medios para la satisfacción de las necesidades vitales, u objetos de ostentación. Con frecuencia se hallan asociadas estas dos últimas características. En la sociedad se establecen, por doquier, distintos rangos, según el modo como viven y el lugar donde viven, cómo están aposentados y van vestidos, así como por el costo de sus carruajes y la calidad, número y porte de su servidumbre. Allí donde la producción industrial se encuentra a un bajo nivel, esa distinción es pequeña, es decir casi todos viven mal y van mal vestidos; el afán de imitación no existe. Sólo surge y crece esa diferenciación en la proporción misma en que florecen las industrias. En los países manufactureros florecientes, todo el mundo vive y se viste bien, aunque en la calidad del consumo de mercaderías se adviertan variadísimos matices. Nadie que sienta en sí alguna energía para trabajar quiere presentarse pobremente. Por consiguiente, los artículos manufacturados fomentan la producción de la sociedad con esos medios estimulantes, que no pueden ofrecer la agricultura con su fabricación doméstica, sus materias primas y sus artículos de subsistencia.

Existe, evidentemente, una importante diferencia entre los artículos de primera necesidad, y ofrece un estímulo para todos el comer y beber bien. Pero, por lo común, no comemos en público, y un refrán alemán dice con razón: "Enseñamos el cuello pero no el estómago". Cuando desde la juventud se está acostumbrado a una alimentación tosca, raras veces surge el deseo de procurarse otra mejor. Por otra parte, el consumo de artículos de subsistencia se mueve dentro de reducidísimos límites

cuando la producción disponible es la del ambiente más próximo. Estos límites se extienden, en los países de la zona templada, sólo desde el momento en que pueden abastecerse con los productos de la zona cálida. En la misma medida en que la población entera de un país puede participar en ese disfrute (y tal como hemos visto en capítulos precedentes), la obtención de estos productos sólo resulta posible a base del comercio exterior con artículos manufacturados.

Evidentemente, los productos coloniales, en cuanto nos sirven como materias primas para la fabricación, son más bien medios estimulantes que artículos alimenticios. Nadie negará que el café de cebada sin azúcar es tan alimenticio como el moka con azúcar. Suponiendo, además, que estos productos contengan alguna materia alimenticia, su valor en este aspecto es tan insignificante que apenas puede aparecer como sucedáneo para los medios alimenticios del país. Por lo que respecta a las especias y al tabaco, es evidente que no son más que sustancias estimulantes, esto es, que influyen principalmente de modo útil sobre la sociedad, en cuanto aumentan los placeres de la masa de la población, estimulándola a un trabajo intelectual y corporal más intenso.

En ciertos países, y entre personas que viven de sueldos o de rentas, domina una equivocada opinión acerca de lo que suele denominarse el lujo de las clases bajas: se asombran de que los obreros tomen café con azúcar; y se recuerdan los tiempos pasados en que se conformaban con una simple sopa; se lamenta que el labrador haya cambiado su modesto traje de sarga por el de paño; se teme que muy pronto la criada no se distinga de la dueña de la casa; se alaban las ordenanzas sobre indumentaria que regían en siglos anteriores. Pero si se comparan los rendimientos del trabajador en los países donde se alimenta y se viste como el hombre adinerado, con las de aquellos otros donde se conforma con los alimentos y vestidos más toscos, pronto se advierte que, en aquéllos, el aumento de goce no se ha logrado a expensas del bienestar general, sino en beneficio de las energías productivas de la sociedad. La labor diaria del obrero es, en aquel caso, dos o tres veces mayor que en éste. Las ordenanzas indumentarias y las restricciones en los gastos han matado la competencia en la gran masa de la sociedad, y sólo han favorecido la indolencia y la holgazanería.

Ciertamente los productos tienen que ser creados antes de que puedan ser consumidos, y en ese aspecto, necesariamente, la producción debe preceder, en general, al consumo. Ahora bien, en la economía po-

pular y nacional, es frecuente que el consumo preceda a la producción. Las naciones manufactureras, que cuentan con el apoyo de grandes capitales, y se hallan menos limitadas en su producción que entre los pueblos agrícolas, hacen a éstos, por lo común, anticipos sobre el rendimiento de sus cosechas futuras; los pueblos agrícolas consumen antes de producir —producen más tarde porque habían consumido antes—. Este mismo fenómeno se advierte en mayor escala en la relación entre la ciudad y el campo: cuanto más cerca está el industrial del agricultor, tanto mayor es la suma de estímulos y medios que se ofrecen a éste para el consumo, y tanto más aguijoneado se siente para la producción.

Entre las materias estimulantes de importación más destacada figuran las que ofrece el orden civil y político: allí donde no es posible elevarse de la clase más baja a la más alta, por el propio esfuerzo y por la aspiración al bienestar; donde los propietarios vacilan en poner de manifiesto lo que poseen, o en disfrutar los productos de su hacienda, temerosos de que su propiedad se vea en peligro, o de que se les tilde de orgullosos; donde los individuos dedicados a la producción de artículos de subsistencia quedan excluidos de los honores públicos, de la participación en las tareas administrativas, en la legislación y en la judicatura; donde las prestaciones más destacadas en la agricultura, en la industria y en el comercio no suscitan la consideración pública ni dan lugar a distinciones sociales y civiles, faltan los motivos más importantes, tanto para el consumo como para la producción.

Cada ley, cada institución pública actúa robusteciendo o debilitando la producción, el consumo o las energías productivas.

El reconocimiento de patentes es un premio que se otorga a la capacidad inventiva. La esperanza de recibir un premio estimula las energías intelectuales y da a las mismas una orientación favorable a las mejoras de la industria. Honra al espíritu inventivo en la sociedad, y destierra el prejuicio, tan pernicioso entre los pueblos incultos, que le induce a conservar viejas costumbres y técnicas. Procura a quien sólo posee aptitudes intelectuales para realizar nuevos inventos los medios materiales necesarios para llevarlos a cabo, ya que los capitalistas se lanzan a proteger a los inventores, estimulados por la garantía de su participación en los beneficios que de su invención se esperan.

Los aranceles proteccionistas influyen como medios estimulantes sobre aquellos ramos de la industria interior que el extranjero provee mejor que la nación propia, pero para cuya producción está capacitado el pro-

pio país. Otorgan un premio: al empresario y al obrero, la posibilidad de adquirir nuevos conocimientos y técnicas; a los capitalistas extranjeros, la posibilidad de colocar sus capitales durante algún tiempo de modo especialmente lucrativo.

XXVI. LAS ADUANAS COMO FACTOR PRINCIPAL PARA EL ESTABLECIMIENTO Y PROTECCIÓN DE LA ENERGÍA MANUFACTURERA INTERNA

No entra en nuestro propósito tratar de aquellos medios de estímulo de la industria nacional cuya eficiencia y utilidad no suscitan controversia alguna. Entre ellos figuran, por ejemplo, las instituciones de enseñanza, en particular las escuelas técnicas, exposiciones industriales, concesión de premios, perfeccionamiento de los medios de transporte, leyes de patentes, etc.; en general, todas aquellas leyes y disposiciones en virtud de las cuales la industria resulta fomentada y el tráfico interior y exterior simplificado y regulado. Ahora sólo vamos a ocuparnos de la legislación aduanera como medio para la educación industrial.

Conforme a nuestro sistema, sólo excepcionalmente puede hablarse de *prohibiciones* de exportación y aranceles de exportación —en todas partes la importación de productos extractivos sólo debe gravarse con aranceles fiscales, pero nunca para proteger la producción agrícola nacional—; en los Estados manufactureros, sólo pueden establecerse aranceles fiscales sobre los productos suntuarios oriundos de la zona cálida; los de escasa población o limitado territorio, los insuficientemente poblados, aquellos que en la civilización y en sus instituciones sociales y políticas se encuentran aún muy rezagados, sólo deben gravar con aranceles fiscales muy bajos los artículos manufacturados que se importan en ellos.

Los aranceles fiscales de todo género deberían ser, en todas partes, tan moderados, que no afectaran sustancialmente la importación y el consumo, porque en este caso no sólo se debilita la energía productiva interna, sino también la finalidad fiscal.

Las medidas protectoras únicamente pueden justificarse cuando se persigue el fomento y protección de la energía manufacturera nacional, y sólo en aquellas naciones que, contando con un territorio extenso y bien articulado, una gran población, la posesión de fuentes auxiliares naturales, una agricultura muy adelantada, un elevado grado de civilización y cultura política, están llamadas a mantenerse a igual nivel que

las primeras naciones agrícolas-manufactureras-comerciales, y las máximas potencias marítimas y terrestres.

La protección se otorga bien mediante la prohibición absoluta de ciertos artículos manufacturados, o mediante aduanas elevadas que equivalen total o parcialmente a una prohibición, o por medio de moderados aranceles sobre la importación. Ninguna de estas modalidades protectoras es excelente o reprobable en términos absolutos; de las especiales circunstancias de la nación y del estado de su industria depende de cuál de esas formas sea la más adecuada.

La guerra ejerce un considerable influjo en la selección de los medios protectores, porque significa un sistema prohibitivo forzado. En la guerra cesa el cambio entre los beligerantes, y cada nación, sin tener en cuenta sus circunstancias económicas, debe procurar bastarse a sí misma independientemente de su situación económica. A ese fin, en la nación menos adelantada en cuanto a sus manufacturas, se fomenta la industria, y por otro lado, en la nación preferentemente adelantada en sus manufacturas, la producción agrícola se eleva de un modo extraordinario, de manera que, especialmente cuando el estado de guerra dura una serie de años, parece aconsejable, para la nación manufacturera menos adelantada, seguir manteniendo durante algún tiempo, al advenir la paz, el bloqueo que la guerra ha provocado respecto a ciertos artículos manufacturados, en los cuales no puede sostenerse una competencia airosa con la mayor parte de las naciones manufactureras adelantadas.

En esta situación se encontraban Francia y Alemania después de la paz general. Si en el año 1815 Francia hubiese admitido la competencia inglesa, como Alemania, Rusia y Norteamérica, hubiese sufrido la misma suerte: la mayor parte de las fábricas creadas durante la guerra se hubiesen arruinado; imposible hubiera sido realizar los progresos que desde aquella época se han registrado en todos los ramos de la fabricación, en el perfeccionamiento de los medios de transporte nacionales, en el comercio extranjero, en la navegación a vapor, fluvial y marítima, en el incremento del valor de las tierras (de pasada diremos que durante ese periodo dicho valor se duplicó en Francia), y en el incremento de la población y de los ingresos públicos. Todavía se hallaban entonces en su infancia las fábricas francesas; todavía poseía el país pocos canales; todavía las minas estaban deficientemente explotadas; todavía las convulsiones políticas y las guerras no habían dejado surgir importantes acumulaciones de capital, suficiente cultura técnica, una clase obrera

laboriosa, un sentido industrial y un espíritu de empresa; todavía el espíritu de la nación se orientaba más hacia la guerra que hacia las artes de la paz; además los escasos capitales que durante la guerra se habían ido formando, afluían preferentemente hacia la decaída agricultura. Sólo entonces pudo ver Francia qué progresos había realizado Inglaterra durante la guerra; sólo entonces pudo importar máquinas, técnicos, obreros, capitales y espíritu emprendedor de Inglaterra; entonces, la garantía exclusiva del mercado interior en provecho de la industria nacional despertó todas las energías y puso en actividad todas las fuentes naturales. Los efectos de esta exclusión son manifiestos; sólo un cosmopolitismo ciego puede negarlos, y pretender que Francia hubiese hecho mayores progresos en régimen de libre concurrencia. En efecto, la experiencia de Alemania, Norteamérica y Rusia enseña de modo irrefutable lo contrario.

Opinamos que el sistema prohibitivo fue útil a Francia desde 1815, pero con esto no queremos defender sus errores y exageraciones, ni la utilidad y necesidad de su mantenimiento. Fue erróneo que Francia limitase mediante aranceles sobre la importación la de materias primas y productos agrícolas (lingote de hierro, hulla, lana, cereales, ganado), y sería equivocado que Francia, en cuanto haya robustecido suficientemente su energía manufacturera, no pase paulatinamente al sistema proteccionista moderado, si desea estimular a sus industriales, mediante la admisión de una competencia limitada.

Con respecto a los aranceles protectores, precisa distinguir principalmente si una nación desea pasar de la situación de libre competencia al sistema protector, o del sistema prohibitivo al sistema proteccionista moderado: en el primer caso, los aranceles deben ser bajos en un principio e ir aumentando paulatinamente; en el segundo, deben ser inicialmente e ir reduciéndose poco a poco.

Una nación que no ha estado suficientemente protegida por aranceles, pero que se siente capacitada para realizar mayores progresos en las manufacturas, debe pensar, ante todo, en exaltar aquellas industrias que fabrican artículos de consumo general; ante todo, en exaltar aquellas industrias que fabrican artículos de consumo general. De una parte, el importe total del valor de tales productos industriales es, sin comparación, más importante que la total cuantía de los más caros artículos de lujo. Esa fabricación pone, por consiguiente, en movimiento, grandes masas de energías productivas naturales, intelectuales y personales, y —exigiendo capitales cuantiosos— da motivo a un notable ahorro de

capital y a la atracción de capitales y energías extranjeras de toda especie. En su virtud, el auge de estas ramas industriales influye considerablemente sobre el aumento de la población, sobre el florecimiento de la agricultura nacional, y de modo peculiarísimo sobre el aumento del comercio exterior, puesto que los países menos cultivados reclaman principalmente artículos manufacturados de consumo general, y los países de la zona templada, en virtud de la producción de estos artículos, quedan en situación de comerciar directamente con los países de la zona cálida. Un país, por ejemplo, que importa hilo de algodón y artículos de algodón, no puede traficar directamente con Egipto, Luisiana o Brasil puesto que no puede pagar a esos países en artículos de algodón las materias que necesita, ni puede tomar de ellos algodón en rama. Además, dada la importancia de su valor total, estos artículos sirven principalmente para mantener la exportación nacional en un cierto equilibrio con sus importaciones, para conservar siempre la nación en posesión de la suma necesaria de elementos circulantes, o con medios de procurárselos. Además, mediante el auge y la conservación de estas importantes ramas industriales se alcanza y se defiende la independencia industrial de la nación, porque las perturbaciones del tráfico que sobrevienen a causa de las guerras son de escasa monta cuando ponen obstáculos a la recepción de artículos de lujo caros, pero son, en cambio, calamitosas cuando con ello se enlazan la falta y el encarecimiento de los artículos manufacturados comunes, y la interrupción de una venta de productos agrícolas que antiguamente había llegado a alcanzar una cierta importancia. Finalmente, el hecho de soslayar los aranceles protectores mediante el contrabando y el de declarar un valor muy reducido, es menos temible en estos artículos y mucho más fácil de prevenir que en los caros artículos de lujo.

Siempre son las manufacturas y las fábricas plantas de lento crecimiento, y toda protección arancelaria que interrumpe repentinamente ciertas relaciones mercantiles existentes forzosamente será perjudicial para la nación, en favor de la cual fue establecida. Los aranceles sólo deben aumentar proporcionalmente a como crecen o afluyen desde fuera los capitales, la destreza industrial y el espíritu de empresa; proporcionalmente a como la nación misma se halla en disposición de elaborar sus excedentes, que antes exportaba, de materias primas y productos extractivos. Es, en cambio, de especial utilidad que determine de antemano la escala de los crecientes aranceles de importación, para que se

ofrezcan primas seguras a los capitalistas, técnicos y obreros que se forman en la nación o que pueden ser traídos del exterior. Es indispensable mantener de modo inquebrantable estos tipos arancelarios, sin disminuirlos antes de tiempo, puesto que el temor del quebrantamiento de una promesa anularía en gran parte el efecto de esa concesión de primas.

Hasta qué punto los aranceles sobre la importación deben elevarse al pasar de la libre competencia al sistema proteccionista, y hasta qué límite deben descender, cuando del sistema prohibitivo se pasa al sistema de la protección moderada, es una cuestión que no puede decidirse teóricamente: depende de las circunstancias especiales, y, sobre todo, de las condiciones cambiarias en que se encuentra la nación menos adelantada con respecto a la que lo está más. Los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo, han de tener especialmente en cuenta sus exportaciones de algodón en rama a Inglaterra y de productos agrícolas y marítimos a las colonias inglesas, así como los elevados salarios que existen en Norteamérica, y, por el contrario, la favorable circunstancia de que disponen, más que cualquier otra nación, de capitales técnicos, empresarios y obreros ingleses.

En términos generales cabría admitir que cuando no puede prosperar una industria con una protección inicial de 40 a 60 por ciento, y no logra sostenerse a pesar de la protección continuada de 20 a 30 por ciento, carece de las condiciones fundamentales propias de la energía manufacturera.

Las causas de semejante incapacidad pueden ser más o menos fáciles de remover: entre las que más fácilmente se eliminan figuran la falta de elementos de transporte, la carencia de conocimientos técnicos, de obreros expertos y de espíritu industrial de empresa; entre las más difíciles de suprimir figuran la carencia de laboriosidad, cultura, instrucción, moralidad y sentido jurídico en el pueblo, la falta de una clase agrícola, así como la de capital material, pero, especialmente, las instituciones políticas defectuosas y la falta de libertad civil y seguridad jurídica; finalmente, la carencia de un territorio bien delimitado, en el cual resulta imposible impedir el comercio de contrabando.

La mínima atención y la protección más exigua merecen aquellas industrias que sólo producen costosos artículos de lujo: de una parte, porque su establecimiento exige un elevado grado de formación técnica; además, porque su importe total es insignificante proporcionalmente al conjunto de la producción nacional, y las importaciones pueden ser pa-

gadas fácilmente en productos agrícolas y materias primas o en productos manufacturados de consumo general; además, porque la interrupción de esas importaciones en tiempo de guerra no da lugar a perturbaciones perceptibles; finalmente, porque los elevados aranceles protectores que gravan estos artículos pueden ser soslayados con gran facilidad por el contrabando.

Las naciones que no han realizado todavía progresos apreciables en la fabricación de maquinaria, deberían dejar entrar libremente todo género de maquinaria complicada, o gravarla tan sólo con un arancel insignificante, hasta que se hallasen en condiciones de rendir en este aspecto tanto como la nación más adelantada. Las fábricas de maquinaria son, en cierto modo, fábricas de fábricas, y todo arancel sobre la importación de maquinaria extranjera constituye una limitación a la energía manufacturera nacional. Ahora bien, como, a causa de su gran influencia sobre el conjunto de la energía manufacturera, es de cardinal importancia que la nación no esté sujeta, en cuanto a la recepción de su maquinaria, a los azares de una guerra, este ramo de la manufactura plantea especiales exigencias de apoyo directo por parte del Estado, cuando esa industria no puede afrontar la competencia de aranceles moderados. Por lo menos el Estado tiene que cultivar y apoyar directamente sus propias fábricas de maquinaria, mientras sea necesario a su conservación y desarrollo, para que en el primer periodo de la guerra pueda suministrar los artículos que sean más necesarios y establecer fábricas nuevas de maquinaria, como modelo, en caso de que la interrupción se prolongue.

Los *aranceles de retorno* interesan solamente, de acuerdo con nuestro sistema, cuando los semifabricados que todavía se introducen desde el extranjero, como, por ejemplo, el hilo de algodón, tienen que estar sometidos a un elevado arancel protector, con objeto de hacer posible, poco a poco, al país, la producción propia de los mismos.

Las *primas* son reprobables como recurso permanente para sostener la exportación y competencia de las fábricas nacionales con las fábricas de naciones más adelantadas, en los mercados de terceras naciones; pero todavía resultan más reprobables como medio para conquistar los mercados manufactureros de aquellas naciones que han hecho ya notables progresos industriales. Existen casos, sin embargo, en que pueden justificarse como medidas transitorias, especialmente cuando, hallándose aletargado el espíritu de empresa en una nación, sólo necesita un impulso y una asistencia durante el primer periodo de su restablecimiento

para dar vida a una producción vigorosa y duradera, y a una exportación hacia países que no posean manufacturas florecientes. Conviene, también, advertir que acaso el Estado haría mejor en otorgar a los empresarios individuales anticipos sin interés u otras ventajas, o que posiblemente sería más oportuno promover la fundación de compañías para llevar a cabo esos primeros ensayos, anticipándoles, con fondos del erario público una parte del capital-acciones que se estimase necesario, y reconociendo una prelación a los particulares, respecto del capital por ellos invertido. Como ejemplo de semejantes casos podemos mencionar: los ensayos mercantiles y de navegación hacia países extranjeros a los cuales no se extiende todavía el comercio de los particulares; la apertura de líneas de vapores hacia lejanos países; el asiento de nuevas colonias, etcétera.

XXVII. LAS ADUANAS Y LA ESCUELA DOMINANTE

La escuela dominante no distingue en orden a la eficiencia de las medidas protectoras, entre la producción extractiva y la producción manufacturera; de la circunstancia de que estas medidas sólo pueden ser perjudiciales para la producción extractiva, pretende sacar la conclusión de que tiene que ocurrir lo mismo con la producción manufacturera.

La escuela no distingue, en orden al establecimiento de una energía manufacturera, entre las naciones sin vocación propia, y aquellas otras que están llamadas a ello por la naturaleza de sus territorios, por el perfeccionamiento de la agricultura, por la civilización y por el derecho que tienen a garantizar su prosperidad futura, su continuidad y su potencia.

La escuela ignora que en régimen de competencia completamente libre con naciones manufactureras muy adelantadas, una nación que se halla en un nivel más bajo, aunque tiene ante sí un porvenir risueño, sin medidas protectoras nunca podrá desarrollar por completo una energía manufacturera, ni llegar a la plena independencia nacional.

No tiene en cuenta la influencia de la guerra sobre la necesidad de un sistema protector, ni advierte que la guerra actúa necesariamente como un sistema prohibitivo, y que el sistema prohibitivo aduanero constituye una necesaria continuación de ese sistema prohibitivo de guerra.

Quiere presentar los beneficios del libre tráfico interior como prueba de que las naciones sólo pueden alcanzar la máxima prosperidad y poderío gracias a la libertad absoluta del tráfico internacional, cuando, en realidad, la historia enseña en todas partes lo contrario.

Pretende que las reglas protectoras otorgan a los fabricantes nacionales un monopolio y le inducen a la indolencia, mientras que la competencia interior espolea convenientemente el celo de los productores industriales.

Quiere hacernos creer que los aranceles protectores favorecen a los industriales a expensas de los agricultores, cuando es notorio que la energía manufacturera de la nación puede procurar a la agricultura nacional inmensas ventajas, frente a las cuales resultan insignificantes los sacrificios impuestos por el sistema protector.

Como una razón principal contra los aranceles protectores, la escuela dominante alude a los costos del sistema aduanero y a los abusos del comercio de contrabando. Estos abusos son innegables: pero ¿pueden tener importancia cuando se trata de aplicar medidas que ejercen una influencia tan inmensa sobre la existencia, el poderío y la prosperidad de la nación? Los males del ejército permanente y de la guerra ¿pueden ser un motivo suficiente para que la nación renuncie a su defensa? Según algunos, los aranceles que exceden considerablemente las primas de seguro del comercio de contrabando, sólo sirven para favorecer el contrabando mismo, pero no las manufacturas interiores; pero esto sólo puede afirmarse cuando existe una mala organización aduanera, y se trata de territorios pequeños y mal delimitados, del consumo fronterizo y de los aranceles elevados sobre artículos de lujo no muy voluminosos. La experiencia enseña, en cambio, por doquier, que cuando se dispone de una buena organización aduanera, de adecuadas tarifas arancelarias, en países bien delimitados, la finalidad de los aranceles prohibitivos no puede quedar esencialmente afectada por el comercio de contrabando. Por lo que se refiere a los costos del sistema aduanero, éste puede ser utilizado en gran parte para la exacción de los aranceles fiscales, de los cuales no se puede prescindir en las grandes naciones, aun a juicio de la escuela misma.

Por otro lado, la escuela no reprueba toda clase de protección aduanera. Adam Smith permite en tres casos la protección específica de la industria nacional: primero, como *medida de retorsión,* cuando una nación extranjera limita nuestras exportaciones, y existe la esperanza de forzarla, mediante represalias, a que retire sus medidas restrictivas; en segundo lugar, para la *defensa nacional,* aplicándose la protección a aquellos artículos manufacturados que son necesarios para ese objeto y no pueden producirse en la nación en régimen de libre competencia; en tercer lugar, como *medio de equiparación,* cuando los productos de los extranjeros estén menos gravados que los del país. Say reprueba esos tipos de protección, pero la admite, en cambio, en un cuarto caso, especialmente cuando se espera que una rama industrial, después de transcurridos unos pocos años, resulte tan lucrativa que ya no necesite protección.

El principio de la *retorsión,* que Adam Smith quiere ver introducido en la política mercantil, da lugar a las medidas más insensatas y perjudiciales, especialmente cuando las represalias han de cesar, como Smith exige, tan pronto como la nación extranjera acceda a levantar sus restricciones.

Suponiendo que, en represalias por las restricciones que Inglaterra establece sobre su exportación de cereales y de madera, pretendiera Alemania excluir de su territorio los artículos manufacturados ingleses, y que como consecuencia de estas represalias hiciera nacer artificialmente una energía manufacturera propia, Alemania tendría que arruinar de nuevo esta creación, realizada a costa de tan inmensos sacrificios, tan pronto como Inglaterra se mostrara dispuesta a abrir nuevamente sus fronteras a los cereales y a la madera de Alemania. Mucho más sensato hubiera sido que Alemania dejase pasar tranquilamente todas las limitaciones de Inglaterra, y, en lugar de fomentarla, pusiera obstáculos a la energía manufacturera que surge sin protección aduanera, a consecuencia de las prohibiciones inglesas de exportación.

El principio de retorsión sólo es racional y utilizable cuando coincide con el principio de la *educación industrial de la nación,* cuando se constituye en servidor de ésta.

En efecto, es razonable y ventajoso que otras naciones repliquen a las restricciones de importación de sus productos agrícolas a Inglaterra con la limitación de las importaciones de artículos manufacturados, pero sólo *cuando estas naciones se sientan con vocación para instituir una energía manufacturera propia y para defenderla en el porvenir.*

Con la segunda excepción no sólo justifica Adam Smith, en concreto, la necesidad de proteger las manufacturas que satisfacen las necesidades bélicas más inmediatas, como, por ejemplo, las fábricas de armas y de pólvora sino el sistema protector entero, tal como nosotros lo comprendemos; en efecto, mediante el establecimiento de una propia energía manufacturera nacional influye ese sistema sobre el aumento de la población del país, de sus riquezas materiales, de su energía mecánica, de su autonomía y de todas las energías espirituales, y, como consecuencia, sobre los medios de defensa nacional, en un grado incomparablemente más elevado que la simple fabricación de armas y pólvora.

Otro tanto puede afirmarse de la tercera excepción. Si los gastos que gravan nuestra producción pueden dar un motivo para obstaculizar con aranceles protectores los productos menos gravados del extranjero ¿porqué razón los demás inconvenientes a que está sujeta nuestra producción manufacturera en comparación con la de otros países, no podrían ofrecer un motivo para proteger la industria nacional contra una aplastante competencia del exterior?

J. B. Say ha advertido perfectamente lo contradictorio de esta excep-

ción, pero el sucedáneo propuesto por él no es mucho más satisfactorio. En efecto, en una nación destinada por la Naturaleza y la cultura a implantar una energía manufacturera, cada ramo industrial puede llevar a ser lucrativo gracias a una protección constante y vigorosa, y es ridículo conceder sólo unos pocos años a una nación, para el perfeccionamiento de una gran rama de la industria nacional o de la industria entera, como se otorgan a un aprendiz de zapatero pocos años para que aprenda a confeccionar zapatos.

En sus constantes declamaciones sobre las imponderables ventajas de la absoluta libertad mercantil y los inconvenientes de la protección aduanera, la escuela suele invocar el ejemplo de algunos pueblos: el caso de *Suiza,* se aduce para demostrar que la industria puede prosperar también sin protección aduanera, y que la libertad absoluta del comercio internacional constituye el fundamento más seguro para el bienestar de la nación. Con el caso de *España* se quiere ofrecer un terrible ejemplo a aquellas naciones que tratan de salvarse mediante la protección aduanera. *Inglaterra* que, como hemos expuesto en un capítulo anterior, se adapta tan admirablemente a servir de modelo y acicate a todas las naciones llamadas a crear una energía manufacturera propia, es utilizada por los *teóricos* solamente para probar su aserto de que la aptitud para la producción manufacturera es un don natural peculiarísimo y exclusivo de ciertos países, lo mismo que la capacidad de producir vinos de Borgoña, y que sobre todos los demás países de la tierra Inglaterra ha recibido de la Naturaleza el mandato de consagrarse a las manufacturas, a las fábricas y al comercio al por mayor. Examinemos, ahora, estos ejemplos un poco más de cerca.

Por lo que respecta a *Suiza* es de observar que no se trata de una nación; por lo menos no es una nación normal ni extensa, sino un conglomerado de municipalidades. Sin costas marítimas, prendida entre tres grandes naciones, no siente ningún anhelo de crear una navegación propia, un tráfico directo con los países de la zona cálida, ni tiene preocupación alguna por tener una potencialidad marítima ni por fundar ni adquirir colonias. El fundamento de su bienestar actual, muy moderado, por lo demás, fue establecido por Suiza en la época en que todavía pertenecía al Imperio alemán. Desde aquellos tiempos ha sido respetada por las guerras interiores; los capitales han podido aumentar de generación en generación, puesto que apenas eran solicitados por los impuestos de sus gobiernos municipales. En medio de las tormentas del despotismo, de

las guerras y de las revoluciones que de tal modo agitaron a Europa durante los últimos siglos, Suiza ofreció un asilo a todos los que huían con sus capitales y sus talentos, y se aseguró, así, la afluencia de importantes medios del exterior. Por lo demás, nunca fue su industria una industria nacional que abarcara todos los objetos de consumo general, sino, en su mayor parte, una industria de lujo, cuyos productos son fáciles de introducir subrepticiamente en los países vecinos, o de ser transportados a lejanas comarcas. El país goza de una situación nada común, y en parte privilegiada. Ya la oportunidad de conocer los idiomas, leyes, instituciones y régimen de vida de las tres naciones limítrofes procuró a los suizos considerables ventajas en el comercio de intermediación y en todos los demás aspectos. La libertad civil y religiosa y la enseñanza general estimularon la movilidad y el espíritu de empresa, que dada la gran limitación de la agricultura nacional y de las propias fuentes alimenticias, empujaron los suizos hacia los países vecinos, en los cuales reunieron caudales propios mediante el servicio militar, el comercio y la industria de todo género, regresando después con los ingresos logrados a su país de origen. Aunque en tan especiales circunstancias se acumularon capitales materiales e intelectuales, que dieron lugar a determinados ramos en la industria del lujo; aunque estas industrias, desprovistas de protección aduanera, lograron consolidarse gracias a la venta de sus productos en el exterior, de ello no debe inferirse que las grandes naciones puedan seguir una política análoga en circunstancias distintas. En sus reducidos impuestos posee Suiza una ventaja que las grandes naciones sólo pueden ofrecer si, como Suiza, se resolvieran en municipalidades, ofreciendo su nacionalidad a los ataques del exterior.

Cualquier persona sensata reconocerá que *España* procedió con poca cordura al prohibir la exportación de los metales nobles, precisamente siendo productora de una gran cantidad de estas mercancías. Es falso, sin embargo, atribuir la decadencia de la industria y del bienestar nacional de España a sus limitaciones a la importación de artículos manufacturados. Si España no hubiese expulsado a moriscos y judíos ni hubiese conocido la Inquisición; si Carlos V hubiera permitido en el país la libertad de creencias; si los monjes y sacerdotes se hubiesen convertido en maestros del pueblo, y sus propiedades se hubieran secularizado, o reducido, por lo menos, al mínimo; si con tales medidas hubiera ganado terreno la libertad civil; si la nobleza feudal se hubiese transformado y

la monarquía hubiese reconocido ciertos límites; en una palabra, si España se hubiera desarrollado políticamente a consecuencia de una reforma, tal como lo hizo Inglaterra, y ese mismo espíritu se hubiera comunicado a las colonias, las normas prohibitivas y protectoras hubiesen influido en España del mismo modo que lo hicieron en Inglaterra, tanto más cuanto que en la época de Carlos V los españoles se hallaban muy por delante de ingleses y franceses en todos los aspectos, y sólo ocupaban un nivel más envidiable los Países Bajos, cuyo espíritu industrial y mercantil podía haber sido transferido a España por medio de la protección aduanera, con tal de que la situación española hubiese estimulado talentos y capitales extranjeros a la inmigración, en lugar de expulsar, a otros países, los que la nación misma poseía.

Ya hemos indicado en el capítulo XV cuáles fueron las causas a que *Inglaterra* debió su supremacía manufacturera y comercial.

Es preferentemente la libertad espiritual y civil; fueron, en resumen, la constitución y la excelencia de las instituciones políticas, las que hicieron posible a la política mercantil inglesa explotar las riquezas naturales del país, y poner en vías de desarrollo las energías productivas de la nación. ¿Quién podrá, empero, negar a otras naciones la aptitud de remontarse a tal grado de libertad? ¿Quién podría pretender que la Naturaleza ha negado a otras naciones los elementos auxiliares necesarios para la fabricación?

En el último aspecto se ha señalado con frecuencia, como fundamento, la gran riqueza de Inglaterra en carbón y hierro, afirmándose que gracias a ella los ingleses estuvieron particularmente predestinados a la supremacía fabril. Es cierto que Inglaterra se hallaba muy favorecida por la Naturaleza en este orden de cosas: adviértase, sin embargo, que la Naturaleza tampoco ha tratado desconsideradamente a otros países respecto a estas materias naturales; que en la mayoría de los casos, sólo existe como obstáculo a su pleno aprovechamiento la falta de elementos de transporte; que otros países poseen un excedente de energía hidráulica sin explotar, más barata que la fuerza producida por el vapor; que en ellos, necesariamente, la falta de hulla puede ser compensada por otros combustibles; que muchos países ofrecen medios inagotables para la fabricación del hierro, o se hallan en condiciones para procurarse estas materias por vía de cambio.

Finalmente hemos de referirnos todavía a los tratados mercantiles que contienen concesiones arancelarias de carácter recíproco. La escuela re-

prueba estos tratados como innecesarios y perjudiciales; en cambio, a nosotros nos parecen el medio más eficaz para atenuar paulatinamente las recíprocas limitaciones al comercio, para llevar las naciones, poco a poco, a un nivel de libre tráfico mundial. Lo que hasta ahora ha podido apreciar el mundo en estos tratados, no estimula mucho a propagarlos. En capítulos anteriores hemos aludido a los perjuicios causados por el tratado de Methuen en Portugal y el de Edén en Francia. En estos deplorables efectos de recíproca reducción arancelaria parece inspirarse la aversión de la escuela hacia los tratados de comercio. Evidentemente, su principio de la libertad mercantil resulta prácticamente contradicho por tales efectos ya que, según dicho principio, esos tratados deberían ser beneficiosos para las dos naciones, y no perjudiciales para una y enormemente ventajosos para otra. Si investigamos, sin embargo, la causa de esa desigualdad en los efectos, la encontraremos en el hecho de que cuando Portugal y Francia renunciaron en favor de Inglaterra, a consecuencia de tales tratados, a los avances que ya habían realizado en sus manufacturas, como también a aquellos otros que podían realizar en el futuro, lo hicieron con el propósito de aumentar su exportación de productos extractivos hacia Inglaterra; no obstante, a consecuencia de los convenios estipulados, ambas naciones perdieron su elevado nivel cultural y descendieron a otro más bajo. De ahí se infiere, sin embargo, solamente, que una nación procede de modo absurdo cuando, en virtud de sus tratados de comercio, sacrifica su energía manufacturera a la concurrencia exterior, y con ello se obliga a permanecer, en el futuro, en el modesto nivel de un país agrícola; pero de ningún modo puede deducirse que también son perniciosos y reprobables aquellos tratados que estimulan el recíproco cambio de productos agrícolas y materias primas, o el de productos manufacturados.

Hemos expuesto anteriormente que el libre tráfico con productos agrícolas y materias primas es útil a todas las naciones en todos los grados de su cultura, de donde resulta que un tratado de comercio mediante el cual se mitigan o eliminan los obstáculos anteriormente existentes y las limitaciones a este comercio, deben producir benéficos efectos en ambas naciones contratantes; así, por ejemplo, un tratado entre Francia e Inglaterra, gracias al cual se intercambian vinos y licores contra lingote de hierro y hulla, o un tratado entre Francia y Alemania en el que se estimule el cambio recíproco de vino, aceite y frutas secas contra cereales, lana y ganado para sacrificar.

De acuerdo con nuestras anteriores deducciones, la protección sólo es llevadera para la prosperidad de la nación en cuanto corresponde al grado de cultura industrial del país —siendo, en cambio, perjudicial cualquier exageración del sistema protector—; en efecto, las naciones sólo paulatinamente pueden llegar a poseer una energía manufacturera completa. De ahí también que dos naciones que se encuentran en distintas etapas de formación industrial puedan hacerse mutuas concesiones con ventaja recíproca, mediante el cambio de distintos productos manufactureros, en virtud de tratados. Si la nación menos adelantada no se halla aún en condiciones de fabricar ventajosamente por sí misma artículos manufacturados finos, como, por ejemplo, fabricados de algodón y de seda, puede estar, por ejemplo, en condiciones de suministrar a la nación más adelantada una parte de los artículos que necesita, de carácter más tosco.

Semejantes tratados serían aún más tolerables y útiles entre naciones que se hallan a un bajo nivel, aproximadamente igual, de cultura industrial, y entre las cuales la competencia no es aplastante, perturbadora ni depresiva, ni tiene un sentido unilateral que todo lo monopoliza, sino que, como en el tráfico interior, estimula a un recíproco pugilato, a la perfección y a la disminución de precios. Éste es el caso en la mayoría de las naciones continentales. Francia, Austria y la Unión Aduanera alemana, por ejemplo, podrían esperar efectos muy beneficiosos de la implantación de unos aranceles protectores bajos, y también entre estos países y Rusia pueden hacerse, en ventaja general, recíprocas concesiones. Lo que todos tienen que temer a la sazón es, sólo, el predominio de Inglaterra.

Considerada también desde este aspecto, resulta que la supremacía de aquella isla en las manufacturas, en el comercio, en la navegación y en el poderío colonial viene a ser el mayor obstáculo que encuentran consecutivamente todas las naciones, aunque precisa reconocer que en su anhelo por lograr esa supremacía, Inglaterra ha aumentado infinitamente e incrementa todavía la energía productiva de la humanidad.

LIBRO TERCERO

LOS SISTEMAS

XXVIII. LOS ECONOMISTAS NACIONALES ITALIANOS

LO MISMO que en la práctica, también ha precedido Italia a todas las naciones modernas en la teoría de la Economía política. El conde Pechio ha escrito un resumen, cuidadosamente elaborado, de esta rama de la literatura italiana; sólo hemos de reprochar a ese libro que se atiene de modo excesivamente servil a la teoría dominante, y que no ha puesto suficientemente en claro las causas fundamentales de la decadencia de la industria nacional italiana —la falta de unidad nacional, en medio de grandes nacionalidades unificadas bajo monarquías hereditarias, así como la hegemonía clerical y la decadencia de la libertad civil en las repúblicas y ciudades de Italia—. Si hubiera investigado más profundamente en busca de estas causas, difícilmente hubiese podido permanecer ignorado para él la tendencia peculiar del *Príncipe* de Maquiavelo, y no hubiese citado a este escritor sólo de pasada.

Observa Pechio que Maquiavelo, en un escrito a su amigo Guicciardini (1525), propuso la unión de todas las potencias italianas contra cl extranjero, y como este escrito fuera comunicado al papa Clemente VII, contribuyó notablemente a la institución de la Santa Liga (1526): dicha observación nos hace pensar que esa debió de ser también la tendencia del *Príncipe*. Cuando leímos este libro, encontramos confirmada nuestra presunción, desde el primer momento. Evidentemente, el *Príncipe*, escrito en 1513, tiene como objeto imbuir a los Médicis la idea de que su casa estaba predestinada para reunir Italia entera bajo la égida de un príncipe, y señalarle los medios para realizar ese fin.[1]

El título y la forma del libro, que se presenta como un tratado general sobre la naturaleza del poder absoluto, están elegidos, sin duda, por razones de prudencia. De los príncipes hereditarios y de su gobierno sólo se habla de pasada. Por doquier, el autor sólo tiene a la vista un usurpador italiano. Los principados deben ser sometidos: las dinastías,

[1] En el viaje a Alemania, realizado por el autor durante la impresión de sus libros, ha podido comprobar que los señores Ranke y Gervinus juzgan el *Príncipe* desde un punto de vista muy análogo al suyo.

exterminadas; la nobleza feudal, sojuzgada; la libertad, arrebatada a las repúblicas. Las virtudes del cielo y las artes infernales, la honestidad y la osadía, el valor y la traición, la felicidad y el azar, todo debe ser utilizado, emprendido y ensayado por el usurpador, para fundar un imperio italiano. A continuación se señaló un medio cuya eficacia había de quedar suficientemente probada tres siglos más tarde: una nueva disciplina, mediante nuevas armas y nuevas tácticas.[2]

Si el carácter general de la argumentación deja alguna duda acerca de la tendencia especial del autor, quedará eliminada con la lectura del último capítulo. En él declara sin ambages que las invasiones extranjeras y las desgarraduras internas fueron las causas fundamentales de toda la desgracia reinante en Italia; que la casa de los Médicis, en cuyas manos se encuentran por fortuna Toscana y el Estado Pontificio, está predestinada a realizar esa labor; ha llegado el tiempo y la ocasión mejores para establecer formas nuevas; ahora debe surgir un nuevo Moisés para libertar a su pueblo de las cadenas de Egipto; con nada adquiere un príncipe más prestigio y fama que con las grandes empresas.[3]

Que la tendencia de este libro puede leerse también entre líneas en los demás capítulos, lo prueba hasta la saciedad la forma como el autor habla, en el capítulo IX, del Estado Pontificio. Dice así Maquiavelo, con ironía: Los clérigos tenían tierras y no las regían; tenían dominios y no los defendían; son los más felices de todos los países, y se hallan directamente protegidos por la previsión divina; sería irrespetuoso emitir un juicio acerca de ellos. Evidentemente, con ello quería dar a entender, sin arriesgarse mucho, que en este terreno pocos eran los obstáculos que podía encontrar un conquistador osado e incluso un Médicis, uno de cuyos colaterales era Papa.

Dadas las ideas republicanas de Maquiavelo, ¿cómo explicar los con-

[2] Todo cuanto Maquiavelo escribió antes y después del *Príncipe*, está inspirado por la misma idea. ¿Cómo explicar de otro modo que un hombre como él —un civilista, un profesor, un diplomático, un funcionario que nunca había actuado con las armas en la mano— se interesara de tal modo por el arte de la guerra y pudiese escribir sobre ese tema un libro que despertó la admiración de los grandes caudillos de su tiempo?

[3] En su *Antimaquiavelo*, Federico el Grande considera el *Príncipe* como un mero tratado científico sobre los derechos y deberes de los imperantes. Conviene advertir que, a pesar de su refutación de Maquiavelo, capítulo por capítulo, deja sin mención el último —capítulo 26—, que lleva por título: "Proclama, para liberar a Italia de los extranjeros", y, en cambio, intercala un capítulo completamente ajeno a la obra de Maquiavelo y encabezado por este título: "Sobre las distintas clases de negociaciones, y las justas causas de la declaración de guerra".

sejos que da a un usurpador respecto a las repúblicas? ¿Podrían atribuirse, única y exclusivamente, al propósito de adular y conseguir especiales ventajas del príncipe a quien dedicaba su libro, el hecho de que él, celoso republicano, un gran pensador y literato, un mártir del patriotismo, aconseje al futuro usurpador que arranque de raíz la libertad de las repúblicas? No puede negarse que en la época en que Maquiavelo escribía el *Príncipe,* vivía estrechamente, veía el futuro con preocupación, y ardientemente deseaba y esperaba una colocación y un apoyo de los Médicis. Una carta de 20 de octubre de 1513, que desde su modesta hacienda campestre dirige a su amigo Vettori, de Florencia, no deja lugar a duda.[4]

Existen vehementes sospechas de que con ese escrito no sólo quería adular a los Médicis y alcanzar beneficios particulares, sino que perseguía la ejecución de un plan usurpador —de un plan que de ningún modo contradecía sus opiniones republicanas y patrióticas, y en el que señala la moralidad de nuestro tiempo como reprochable y atea—. Sus escritos y sus tareas al servicio del Estado revelan que Maquiavelo conocía a fondo la historia de todos los tiempos y la condición política de todos los Estados. Una mirada que sabía ver tan portentosamente hacia el pasado y en torno suyo, forzosamente debía tener también en cuenta el porvenir. Una mente que a principios del siglo XVI advertía las ventajas del ejército nacional, debía percatarse también de que el tiempo de las pequeñas repúblicas había pasado; que llegaba la época de las grandes monarquías; que la nacionalidad en las circunstancias de aquella época sólo podía adquirirse por medio de la usurpación, y defenderse por medio del despotismo; que las oligarquías, tales como entonces existían aún en las repúblicas italianas, eran el mayor obstáculo a la *unidad nacional;* que, por consiguiente, debían ser destruidas, y que la libertad nacional brotaría de nuevo de la unidad nacional. Maquiavelo quería evidentemente inmolar al despotismo la tenue libertad de algunas ciudades, con la esperanza de lograr a este precio la unidad nacional, y asegurar para las generaciones futuras la libertad, en forma más grande y más noble.

La primera obra redactada en Italia sobre economía política es un escrito de *Antonio Serra,* de Nápoles, sobre los medios de procurar a los reinos oro y plata.

Al parecer, Say y McCulloch no han leído de este libro más que el

[4] Impresa por vez primera en la obra: *Pensieri intorno allo ecopo di Nicolo Machiavelli nel il Principe,* Milán, 1810.

título; ambos lo desprecian diciendo que sólo trata de dinero, y que ya el título demuestra cómo el autor incurría en error al considerar los metales nobles como único objeto de riqueza. Continuando la lectura y teniendo en cuenta el contenido, acaso hubiesen podido extraer de ese libro muy provechosas enseñanzas. Aunque Antonio Serra incurriera en el error de considerar la abundancia de oro y plata como signo de riqueza, la causa de ello es clara para dicho autor. Ciertamente señala las minas como fuentes directas de los metales nobles; los medios indirectos de adquirirlos son considerados por él como opuestos a toda equidad. La agricultura, las manufacturas, el comercio y la navegación son, a juicio suyo, las fuentes principales de la riqueza nacional. La fecundidad de la tierra es una fuente segura de bienestar, pero más lo son, todavía, las manufacturas, por distintas razones, principalmente porque son el fundamento de un amplio comercio. El rendimiento de estas fuentes se determina según las peculiaridades de quien las maneja: laboriosidad, actividad, espíritu de empresa, ahorro, etc., y según las circunstancias naturales y locales (por ejemplo, que una ciudad está bien situada para el comercio marítimo). Sobre todas estas causas coloca Serra la forma de gobierno, el orden público, la libertad civil, las garantías políticas, la constancia de las leyes. "Ningún país puede prosperar —afirma— cuando cada nuevo gobernante tiene que dictar leyes nuevas; por ello, las tierras del Santo Padre no pueden ser tan prósperas como aquellas otras cuyo gobierno y legislación se caracterizan por la máxima estabilidad. Adviértese, por el contrario, cómo en Venecia un ordenamiento y una legislación seculares influyen en el bienestar público." Ésta es la quintaesencia de un sistema de economía política que en lo esencial se distingue por la naturalidad y el sano juicio, aunque al parecer sólo tiene como objeto la adquisición de metales nobles. Evidentemente, aunque la obra de J. B. Say desarrolla conceptos y materias de la economía política de las que Antonio Serra no tenía aún la menor idea, resulta muy inferior a ésta en los extremos principales, y especialmente en punto a la exacta valoración de las situaciones políticas por lo que respecta a la riqueza de las naciones. Si Say hubiera estudiado a Serra en lugar de dejarlo de lado, difícilmente hubiese podido afirmar en la primera página de su sistema de la economía política: "La constitución de los países no necesita ser tenida en cuenta en la Economía política; hemos visto que bajo formas distintas de gobierno los pueblos se hacen ricos o pobres; lo único que importa es que el país esté bien administrado".

Lejos de nosotros la idea de afirmar la *absoluta* excelencia de una forma de gobierno con respecto a las demás. Bastará lanzar una ojeada sobre los Estados meridionales de América para convencerse de que las formas democráticas de gobierno de aquellos pueblos que todavía no están en sazón, son causa de importantes atrasos en materia de bienestar público. Bastará dirigir la mirada a Rusia para advertir que los pueblos todavía situados en una inferior etapa de cultura pueden hacer los más importantes progresos en su bienestar nacional bajo un régimen de monarquía absoluta. No queremos afirmar, con ello, que los pueblos puedan enriquecerse bajo todas formas de gobierno, y alcanzar con cualquiera de ellas el grado más alto de bienestar económico. Más bien enseña la Historia que este grado de bienestar público, concretamente el de florecimiento de las manufacturas y del comercio, sólo se ha alcanzado en países cuya constitución política, ya se llame república democrática o aristocrática o monarquía limitada, garantiza a los ciudadanos un alto grado de libertad personal y de seguridad en la propiedad, y a la administración un nivel elevado de actividad y energía para el logro de los bienes sociales, y de constancia en el empeño. En efecto, en un Estado de cultura avanzada no importa tanto estar bien administrado durante *un cierto lapso de tiempo,* como que esa buena administración sea *constante* y uniforme; que la administración siguiente no malogre lo que la anterior enderezó; que a una administración de treinta años, como la de Colbert, no suceda una revocación del Edicto de Nantes; que se persiga durante siglos un mismo sistema, y se avance hacia un mismo fin. Sólo mediante constituciones en las cuales estén representados los intereses de una nación, y no por el poder absoluto, bajo cuyo dominio la administración se modifica a cada momento según la individualidad del imperante, puede quedar garantizada una tal constancia de la administración, como Antonio Serra observa justamente. Por el contrario, existen situaciones culturales en las que un régimen de poder absoluto resulta mucho más favorable para el progreso económico y espiritual de la nación que una administración constitucionalmente limitada. Eso ocurre en un periodo de esclavitud y servidumbre corporal, de barbarie y superstición, de desintegración nacional y privilegios de casta. Ahora bien, en tal estado de cosas, si bien se garantizan por medio de ese régimen los intereses nacionales, también perduran los abusos dominantes, cuando en interés y en la naturaleza del régimen absoluto de gobierno importa acabar con ellos; en un régimen absoluto se ofrece la posibilidad de que

un dominador victorioso y perspicaz llegue al poder, sacando adelante la nación para varios siglos y asegurándole la existencia y el progreso en el porvenir

Por consiguiente, era un lugar común, que contenía sólo una verdad condicionada, el de que J. B. Say quisiera separar su doctrina de la política. Ciertamente importa, sobre todo, que se esté bien administrado, pero la eficiencia de la administración está condicionada por la forma de gobierno, y evidentemente, la mejor de todas es aquella que mejor corresponde al estado moral y material de una nación determinada y a su progreso futuro. Se ha visto progresar a los pueblos bajo todas formas de gobierno, pero sólo han logrado alcanzar un elevado grado de desarrollo económico aquellos países a los que la forma de gobierno garantizaba un alto grado de libertad y poderío, de constancia de las leyes y de la política, y de instituciones eficientes.

Antonio Serra ve la naturaleza de las cosas tal como es, no a través de la lente de unos sistemas transnochados o de un principio único, que trate de justificar y llevar a efecto. Compara la situación de los distintos estados italianos y asigna el máximo grado de riqueza a aquel que tiene mayor comercio; el comercio más amplio al Estado que dispone de la energía manufacturera mejor desarrollada; ésta, a su vez, al que posee la libertad civil.

El juicio que *Beccaria* formula está dominado, en cambio, por las falsas doctrinas de los fisiócratas. Efectivamente, este escritor encontró a la vez que Adam Smith, el principio de la división del trabajo, o acaso lo halló en Aristóteles; todavía lo desarrolla más que Adam Smith, ya que no se limita como éste a señalar el ejemplo de la división de los órganos sociales en diversos estamentos productivos de los que brota el bienestar público. También coincide con los fisiócratas en negar la productividad de los industriales.

Mucho más limitadas son las opiniones del gran filósofo del derecho *Filangieri*. Absorbido por un falso cosmopolitismo, cree que con su política mercantil restrictiva Inglaterra dio una prima al comercio de contrabando y debilitó su propio comercio.

Verry, como funcionario práctico que era, no podía equivocarse tan profundamente; admitió la necesidad de proteger la industria del país contra la competencia extranjera, pero no advirtió; o no quiso ver, que esta política está condicionada por la unidad y grandeza de la nacionalidad.

XXIX. EL SISTEMA INDUSTRIAL (FALSAMENTE DENOMINADO, POR LA ESCUELA, SISTEMA MERCANTIL)

MIENTRAS surgían las grandes nacionalidades, lograda la unidad de pueblos enteros por la monarquía hereditaria y la centralización de los poderes públicos, las manufacturas, el comercio y la navegación, así como la riqueza y el poderío naval, se hallaban en su mayor parte en manos de las repúblicas municipales o de las ligas fundadas por ellas. A medida que las instituciones de estas grandes unidades nacionales iban desarrollándose, claramente se reconoció la necesidad de establecer en el propio suelo las fuentes principales del poderío y de la riqueza.

Dándose cuenta de que sólo podían surgir y prosperar sobre la base de la libertad civil, el poder regio favoreció la libertad municipal y la estructura gremial, viendo en ello un contrapeso de la aristocracia feudal que aspiraba a la independencia y se mostraba hostil a la unidad nacional. Sin embargo, este medio se reveló como insuficiente, primero, porque la suma de las ventajas de que disfrutaban los individuos en las ciudades y repúblicas libres era mucho mayor que la suma de aquellas otras ventajas que las monarquías podían o querían ofrecer en sus ciudades municipales; luego, porque en régimen de libre competencia, para un país que desde antiguo se dedica principalmente a la agricultura, es muy difícil y hasta imposible desposeer a quienes desde hace siglos tienen el dominio manufacturero, del comercio y de la navegación; finalmente, porque las instituciones feudales se oponían al desarrollo de la agricultura en el interior, y también, como consecuencia, al auge de las manufacturas interiores. Así, la naturaleza de las cosas estimuló las grandes monarquías a adoptar aquellas medidas de orden político que se proponían dificultar la importación de artículos manufacturados extranjeros y el ejercicio del comercio y la navegación por ciudadanos de otros países, y favorecer el auge de las manufacturas propias, del comercio y de la navegación nacionales.

En lugar de percibir, como antes, impuestos, por lo general, de las materias primas que se enviaban al extranjero, gravaron en lo sucesivo

las mercaderías industriales que eran importadas al propio país. Las ventajas así ofrecidas indujeron a los comerciantes, marinos e industriales de ciudades y países más adelantados, a emigrar con sus capitales hacia las grandes monarquías, y estimularon en éstas el espíritu de empresa de sus ciudadanos. El auge de la industria nacional tuvo en seguida como consecuencia el auge de la libertad nacional. En interés propio, la aristocracia feudal se vio animada a hacer concesiones, lo mismo a la población industrial y mercantil que a la agrícola. De este hecho y del auge de la industria y del comercio propios se derivaron progresos para la agricultura, y ésta, a su vez, influyó, por su parte, favorablemente, sobre los otros dos factores de la riqueza nacional. Ya hemos manifestado cómo, a consecuencia de este sistema y favorecida por la Reforma, progresó Inglaterra de siglo en siglo en el desarrollo de su energía productiva, de su libertad y de su poderío. También expusimos cómo este sistema fue imitado con fortuna en Francia durante algún tiempo, si bien fracasó en definitiva porque las instituciones del sistema feudal, del clero y de la monarquía absoluta no fueron reformadas todavía. Hemos comprobado que la nacionalidad polaca sucumbió porque la monarquía electiva no poseyó influencia y constancia bastantes para reformar la aristocracia feudal, y para crear, con esa política, una burguesía victoriosa.

A consecuencia de esta política, en lugar de la ciudad comercial y manufacturera y de la provincia agrícola, en su mayor parte situada fuera de la federación política, en el Estado agrícola-manufacturero-industrial, la nación perfecta en sí misma, constituyendo un todo armónico y cerrado, enlazáronse y se influyeron mutuamente la agricultura, las manufacturas y el comercio, resolviéndose en un armónico acorde las disonancias antes dominantes entre monarquía, aristocracia feudal y burguesía. Este tipo de colectividad era infinitamente más perfecto que el existente en periodos anteriores, porque la energía manufacturera, que anteriormente en la república municipal se hallaba limitada a un ámbito reducido, se extendió a otro mayor; puso a su disposición todas las energías productoras y la división del trabajo, lo mismo en los distintos ramos industriales que en la agricultura; relacionó política y comercialmente la clase numerosa de los agricultores con los industriales y comerciantes, creando entre ellos la paz eterna con objeto de perpetuar y garantizar la influencia recíproca entre energía agrícola y manufacturera, y, finalmente, hizo que la agricultura participase de todas las ven-

tajas culturales inherentes a las manufacturas y al comercio. El Estado agrícola-manufacturero-industrial es una ciudad que se extiende por el país entero, convertido en ciudad. En la misma escala en que mediante esta asociación se estimula la producción nacional, se desarrollaron necesariamente las energías espirituales, se perfeccionaron las instituciones políticas, aumentaron los ingresos del Estado, las fuerzas militares y la población. Por ello vemos, hoy, cómo la nación que primero logró desarrollar de modo integral el Estado agrícola-manufacturero-industrial figura, en todos estos aspectos, a la cabeza de las naciones.

El sistema industrial no era necesario ni había sido imaginado por los escritores; era algo práctico hasta que *Steuart* lo abstrajo en gran parte de la práctica inglesa, lo mismo que Antonio Serra había abstraído el suyo examinando el caso de Venecia. Este escrito no tiene, sin embargo, el mérito de una obra científica. La mayor parte del mismo está dedicado al dinero, a los bancos, a la circulación fiduciaria, a las crisis mercantiles, a la balanza comercial y a la teoría de la población, disquisiciones de las cuales pueden todavía extraerse actualmente muchos datos útiles, pero que están expuestas de un modo ilógico e incomprensible, y en la que una idea se repite diez veces. Las demás partes de la economía política están tratadas superficialmente o han sido pasadas por alto. Ni las energías productivas, ni los elementos integrantes del precio de las cosas, son examinados en su fundamento. En general, el autor sólo ha tenido presentes las experiencias y condiciones de Inglaterra. Este libro tiene, en resumen, todas las ventajas y los inconvenientes de la práctica inglesa y colbertiana.

Las excelencias del sistema industrial frente a los sistemas ulteriores, son las siguientes:

1a. Que reconoce claramente el valor de las manufacturas del país y su influencia sobre la agricultura nacional, sobre el comercio y la navegación, sobre la civilización y la potencialidad nacional, y se expresa al respecto con toda franqueza.

2a. Que, en términos generales, elige los medios justos en virtud de los cuales una nación, madura ya para instituir una energía manufacturera, puede llegar a crear una industria nacional.[1]

[1] Dice Steuart (vol. 1, cap. XXIX): Para promover una industria, un estadista necesita actuar, tanto como permitir y proteger. La manufactura de la lana ¿hubiera sido introducida en Francia considerando la gran ventaja que Inglaterra había obtenido de ella, si el rey no se hubiera propuesto apoyarla, otorgando diversos privilegios a los empresa-

3a. Que parte del concepto de nación, y, considerando las naciones como unidades, tiene en cuenta, en todos los casos, los intereses y las circunstancias nacionales.

En cambio, este sistema adolece de los siguientes defectos capitales:

1o. Que no reconoce claramente, en general, el fundamento de la educación industrial de la nación y los requisitos para lograrla.

2o. Que, a consecuencia de ello, los pueblos que viven bajo un cielo desfavorable para las manufacturas, o los Estados y naciones pequeños o incultos se sienten estimulados a imitar el sistema proteccionista.

3o. Que quiere extender la protección en evidente perjuicio de la agricultura, sobre ésta y sobre las materias primas en general, a pesar de que la agricultura se halla, en substancia, suficientemente protegida contra la competencia exterior.

4o. Que, en perjuicio de la agricultura y antijurídicamente, pretende favorecer las manufacturas dificultando la exportación de materias primas.

5o. Que no enseña a la nación que alcanzó la supremacía manufacturera y comercial a proteger sus industrias y comerciantes contra la indolencia, permitiendo la competencia libre en sus propios mercados.

6o. Que, persiguiendo de modo exclusivo la finalidad política, ignora las relaciones cosmopolitas que existen entre todas las naciones, la finalidad de la humanidad entera, e induce, en consecuencia, a los gobiernos, a poner en práctica el sistema prohibitivo cuando sería suficiente el sistema protector, o establece aranceles que equivalen a una prohibición cuando corresponderían mejor al objeto perseguido unos moderados aranceles protectores; finalmente,

7o. Que, a consecuencia del desconocimiento integral del principio cosmopolita, no considera como fin la unión futura de todas las naciones, el aseguramiento de la paz perpetua y de la libertad mercantil general, al cual han de tender y aproximarse cada vez más todas las naciones.

Las escuelas siguientes han reprochado erróneamente a este sistema que considera los metales nobles como objeto exclusivo de la riqueza, cuando, como todas las demás cosas de valor, son solamente una mercancía, y que importa vender lo más posible a otras naciones y comprar de ellas lo menos que se pueda.

Por lo que respecta al primer reproche, ni de la administración de

rios y estableciendo prohibiciones estrictas sobre todos los paños extranjeros? ¿Existe algún otro procedimiento de establecer una nueva manufactura en alguna parte?

Colbert ni de la inglesa desde Jorge I, puede afirmarse que hayan concedido una desusada significación a la importación de dinero. La tendencia de su política mercantil, que indudablemente adoleció de muchos errores, pero que en su conjunto produjo importantes resultados, fue la de exaltar sus manufacturas nacionales, su navegación propia, su comercio exterior. Ya hemos visto que desde el Tratado de Methuen (1703) los ingleses exportaban anualmente hacia las Indias orientales grandes cantidades de metales nobles, sin considerar esta exportación como una calamidad.

Cuando los ministros de Jorge I prohibieron, en 1721, la importación de artículos de algodón y de seda procedentes de las Indias orientales, no dijeron: hacemos esto porque una nación debe vender al extranjero tanto como pueda y comprar al extranjero lo menos posible —esta insensatez fue atribuída al sistema industrial por una de las escuelas posteriores; sino que dijeron: es cosa clara que una nación sólo puede lograr riqueza y poderío mediante la *exportación de sus propios artículos manufactureros y la importación de materias primas extranjeras y artículos de subsistencia.* Inglaterra ha observado esta máxima política hasta nuestros días, y observándola se ha hecho rica y poderosa; ahora bien, esta máxima política es la única verdadera para una nación de vieja cultura, que ha llevado su agricultura a un alto grado de desarrollo.

XXX. EL SISTEMA AGRÍCOLA FISIOCRÁTICO

SI EL gran ensayo de Colbert hubiese tenido éxito; si la revocación del Edicto de Nantes, el amor al lujo y el anhelo de fama de Luis XIV y la futilidad y disipación de sus sucesores no hubiesen ahogado en germen la semilla esparcida por Colbert; si, como consecuencia, en Francia hubiera podido surgir un rico estamento industrial y mercantil; si un hado favorable hubiese transferido a la burguesía los dominios del clero francés; si a consecuencia de estos progresos se hubiera instituido una vigorosa Cámara baja y por la influencia de la misma se hubiese reformado la aristocracia feudal francesa, el sistema fisiocrático difícilmente hubiera visto la luz del mundo. Evidentemente, este sistema fue abstraído de la situación de Francia en aquella época, y calculado solamente para ella.

En la época en que apareció en Francia ese sistema, la mayor parte de las tierras se hallaba en manos del clero y de la nobleza. Estaban cultivadas por una clase agrícola denigrada y sumida en la servidumbre corporal, en la superstición, en la ignorancia, en la indolencia y en la pobreza. Sólo en pos de cosas vanas, quienes tenían en sus manos los instrumentos productivos carecían de sentido e interés por la agricultura; quienes manejaban el arado no disponían, en cambio, de los recursos intelectuales y materiales para realizar mejoras agrícolas. La opresión de las instituciones feudales sobre la producción agrícola estaba robustecida por las insaciables exigencias que la monarquía planteaba a los productores, exigencias tanto más onerosas cuanto que la nobleza y el clero reclamaban la libertad tributaria. Difícilmente en tales circunstancias podían prosperar las industrias más importantes, es decir, aquellas que están basadas en la producción de la agricultura nacional y en el consumo de las grandes masas de población; sólo podían surgir aquellas otras que producían objetos de lujo para las clases privilegiadas. El comercio exterior estaba limitado por la incapacidad de los productores materiales para consumir grandes cantidades de productos de la zona cálida y para pagarlos con el excedente de su propia producción; el comercio interior se hallaba oprimido por las aduanas provinciales.

En tales circunstancias, nada más natural que en sus investigaciones

sobre las causas de la pobreza reinante los pensadores llegaran a la conclusión de que el bienestar nacional difícilmente puede prosperar mientras la agricultura no se vea liberada de aquellas trabas; mientras los propietarios de la tierra y del capital no se interesen por la agricultura; mientras la clase agraria permanezca sumida en la bajeza personal, en la superstición, en la ociosidad y en la ignorancia; mientras los impuestos no se rebajen y se distribuyan equitativamente; mientras existan limitaciones al comercio interior y no florezca el comercio extranjero. Ahora bien, todos estos pensadores eran médicos de los monarcas y de la Corte, favoritos, válidos y amigos de la nobleza y del clero, y ni podían, ni querían emprender una abierta cruzada contra el poder absoluto, ni contra la nobleza y el clero. No les quedaba, pues, otro recurso sino encubrir su plan de reforma en las nieblas de un sistema profundo, de la misma manera que, antes y después, las ideas de reforma en lo político y en lo religioso se habían envuelto en el ropaje de los sistemas filosóficos. Siguiendo a los filósofos de su tiempo y de su patria, que buscaban consuelo a la total descomposición de la situación de Francia en el amplio campo de la filantropía y del cosmopolitismo, lo mismo que un padre de familia desesperado por la ruina de su casa busca distracción en la taberna, los fisiócratas recurrieron al principio cosmopolita de la libertad mercantil, como si fuese una panacea mediante la cual podían curarse todos los males existentes. Una vez que hubieron encontrado este rumbo, investigaron profundamente y hallaron en la "renta neta" de la tierra una base adecuada a sus ideas. A esto siguió la construcción del sistema: "Sólo el suelo arroja renta neta, y, por consiguiente, la agricultura es la única fuente de riqueza", una norma de la cual podían extraerse magníficas consecuencias: de una parte, el sistema feudal tenía que derrumbarse, en favor de los terratenientes mismos; luego, todos los impuestos debían pesar sobre el suelo, fuente de toda la riqueza —con lo que cesaba la exención tributaria de la nobleza y del clero; finalmente, los industriales eran una clase improductiva, que no venían obligados a derramar ningún género de impuestos, pero tampoco tenían derecho a la protección del Estado—, y con ello desaparecía también la aduana.

En resumen, por medio de los más insensatos argumentos y pretensiones, se puede llegar a probar las grandes verdades cuya demostración nos hemos propuesto.

No se trata ya de la nación, de las peculiaridades nacionales y de las relaciones con otras naciones, porque—como lo prueba la *Encyclopédie*

méthodique— el bienestar del individuo está condicionado por el bienestar de la humanidad entera. En ese sistema no existe ninguna nación, ninguna guerra, ninguna medida para el comercio exterior; la historia y la experiencia son ignoradas o tergiversadas.

La gran ventaja en este sistema fue que se tuvo la impresión de luchar contra el sistema de Colbert y contra los privilegios de los industriales en beneficio de los terratenientes, cuando, en realidad, los golpes afectaban a los privilegios de estos últimos. Se presentaba al pobre Colbert como el gran culpable de la miseria de la agricultura francesa, aunque todos sabían que Francia sólo desde Colbert poseía una gran industria, y la razón humana más limitada comprende que las manufacturas son el recurso principal para hacer prosperar la agricultura y el comercio.

Quedaron ignorados por completo la revocación del Edicto de Nantes, las insensatas guerras de Luis XIV, la dilapidación de Luis XV.

En sus escritos, Quesnay ha indicado y refutado punto por punto las objeciones formuladas contra su sistema; uno se asombra de la masa de razón humana que él pone en boca de sus adversarios, y de la cantidad de insensatez mística que opone como razonamiento propio a dichas objeciones. Todas estas insensateces fueron aceptadas como sabiduría por los contemporáneos del reformador, porque la tendencia de su sistema correspondía a las circunstancias de la Francia de aquel entonces y a la tendencia filantrópica y cosmopolita del siglo.

XXXI. EL SISTEMA DEL VALOR EN CAMBIO (FALSAMENTE DENOMINADO, POR LA ESCUELA, SISTEMA INDUSTRIAL) ADAM SMITH

EN RELACIÓN con las circunstancias nacionales e internacionales, la teoría de Adam Smith es una simple continuación del sistema fisiocrático. Lo mismo que éste, ignora la naturaleza de las nacionalidades; excluye casi por completo la política y el poder político; presupone como existente la paz eterna y la unión universal; ignora el valor de una energía manufacturera nacional y los medios de llegar a ella, y exige una libertad mercantil absoluta.

También Adam Smith cayó en este error fundamental, siguiendo el mismo camino de los fisiócratas; concretamente, por el hecho de no haber investigado fundamentalmente la absoluta libertad del comercio internacional como una exigencia de la razón, ni la evolución histórica de esta idea.

Dugald Steward, el ingenioso biógrafo de Adam Smith, nos dice lo siguiente: Veintiún años antes de la aparición de su obra (1776), o sea en el año 1755, Smith defendió en una sociedad literaria la prioridad de la idea de la libertad general de comercio con las siguientes palabras: "Por lo común, el hombre se considera por los estadistas y los arbitristas como el material de una especie de artesanado político. Los arbitristas perturban a la Naturaleza en sus actuaciones sobre los problemas humanos, cuando lo que interesa es dejarla abandonada a sí misma y actuar de modo libre, para que alcance sus fines. Para exaltar un Estado desde el nivel más bajo hasta la más elevada etapa de riqueza, sólo hace falta la *paz,* gastos moderados y una buena tutela jurídica; todo lo demás viene por añadidura, siguiendo el curso natural de las cosas. Los gobiernos que se oponen a este natural desarrollo, que derivan los capitales hacia otros canales o quieren poner trabas al progreso de la sociedad, obran contra la Naturaleza y necesitan ser opresores y tiranos para sostenerse".

Adam Smith ha partido de esa opinión fundamental, y todos sus posteriores trabajos tuvieron solamente como objeto demostrarla y sacarla a la luz pública. Más tarde fue robustecido en esa opinión por Quesnay,

Turgot y los restantes corifeos de la escuela fisiocrática, con la que entró en contacto en el año 1765, durante un viaje a Francia.

Evidentemente, Smith estimaba la idea de la libertad de comercio como un hallazgo espiritual que serviría de base a su fama literaria. Es natural, así, que en su obra procurara eliminar y refutar todo aquello que se oponía a esa idea; que se considerara como el *paladín de la libertad comercial absoluta*, y pensara y escribiera conforme a ese criterio.

Siendo ésas sus opiniones preestablecidas ¿cómo podía esperarse que Smith juzgase de otro modo las cosas y los hombres, la historia y la estadística, las medidas políticas y sus autores, sino en el sentido en que correspondían o se alejaban de su principio fundamental?

El sistema entero de Adam Smith se halla contenido *in nuce* en el pasaje de Dugald Steward, que antes hemos reproducido. El poder político no puede, ni debe, hacer otra cosa que declarar el derecho y recaudar los menos impuestos posibles. Los estadistas que tratan de establecer una energía manufacturera, de exaltar la navegación, de fomentar el comercio exterior, de protegerlo mediante una potencia naval, y de fundar o adquirir colonias, son, para él, arbitristas que no hacen otra cosa que poner trabas al progreso de la sociedad. Para él no existe ninguna nación sino sólo una sociedad; es decir, individuos que viven en común. Estos individuos saben por sí mismos qué ramos productivos son para ellos los más ventajosos, y eligen por sí mismos, también, los medios que de mejor modo conducen a su bienestar.

Esta nulificación plena de la nacionalidad y del poder político, esta exaltación de la individualidad como generatriz de toda la fuerza creadora, sólo podía resultar plausible cuando se erigía en objeto principal de las investigaciones, no ya la energía creadora, sino lo creado, la riqueza material, o más bien sólo el valor que lo creado tiene en cambio. Junto al individualismo era preciso colocar el materialismo, para encubrir las inmensas sumas de energías que los individuos extraen de la nacionalidad de la unidad nacional y de la cooperación nacional de todas las energías productivas. Era preciso hacer valer, como economía nacional, una simple *teoría de los valores*, porque sólo los individuos crean valores, y porque el Estado, incapaz para crearlos, debe limitar su eficiencia a suscitar proteger y estimular las energías productivas del individuo. En esta combinación, la quintaesencia de la economía política se resume así: la riqueza consiste en la posesión de valores en cambio. Los valores en cambio resultan creados por el trabajo individual, unido con la energía

de la Naturaleza y con los capitales. Por medio de la división del trabajo se incrementa la productividad de éste. Los capitales se forman mediante el ahorro —porque la producción supera al consumo—. Cuanto mayor es la suma de capitales, tanto mayor es la división del trabajo; es decir, la capacidad de producción. El interés privado es el mejor acicate para el trabajo y el ahorro. La máxima sabiduría de los poderes públicos consiste, por consiguiente, en no poner obstáculo alguno a la actividad privada, y preocuparse solamente de la seguridad jurídica. Es, pues, insensato obligar a los ciudadanos de un Estado mediante reglas políticas a producir lo que pueden adquirir más barato del extranjero.

Un sistema tan consecuente, que resuelve la riqueza en sus elementos; que presenta de modo tan claro la producción de la riqueza y que, en apariencia, demuestra de modo tan fundamental los errores de las escuelas anteriores, forzosamente había de tener una gran aceptación, a falta de otros sistemas mejores. El único defecto fue que el sistema, en resumen, no era otra cosa que un sistema de *las economías privadas de todos los individuos de un país o del conjunto del género humano, tal como se formaría y estructuraría si no existieran Estados, naciones e intereses nacionales especiales, constituciones y manifestaciones de cultura peculiares, guerras y pasiones nacionales;* que no era otra cosa sino una teoría de los valores, una *teoría comercial* o de mercachifle, no una doctrina en la cual se explicara cómo pueden ser suscitadas, aumentadas y mantenidas las energías productivas de toda una nación en beneficio especial de su cultura, de su bienestar, de su potencia, de su permanencia y de su autonomía.

Este sistema lo considera todo desde el punto de vista del comerciante. El valor de las cosas es para él la riqueza, y sólo quiere conseguir valores. Encomienda la institución de las energías productivas a la casualidad, a la naturaleza o a la voluntad de Dios; el Estado no debe intervenir para nada; la política no tiene que mezclarse en cuestiones de acumulación de valores. Quiere comprar allí donde pueden obtenerse más baratas las mercancías; nada significa que su importación arruine las fábricas del país. Si las naciones extranjeras establecen una prima de exportación para sus artículos manufacturados, tanto mejor; así los comprará más baratos. Sólo aquellos individuos que producen valores en cambio, son, a su juicio, productivos. Bien se advierte cómo la división del trabajo fomenta en particular los negocios, pero no se percibe, en cambio, la división del trabajo en el ámbito nacional. Sólo aumentan los capitales mediante el ahorro individual, y sólo puede extender sus negocios en la

medida en que realiza incrementos de capital; en cambio, no concede valor alguno al aumento de la energía productiva, que resulta del auge de las fábricas nacionales, y del subsiguiente progreso del comercio exterior y de la potencia nacional. Lo que en el porvenir haya de ser de la nación entera, le tiene sin cuidado, con tal de que los particulares ganen valores en cambio. Sólo conoce las rentas de la tierra, pero no el valor de los terrenos; no se da cuenta de que la mayor parte de la riqueza de una nación consiste en los valores de sus tierras y de sus bienes raíces. No se preocupa en absoluto de la influencia del comercio exterior sobre el valor y el precio de las tierras, ni tampoco de las fluctuaciones y calamidades que de ello resultan. En una palabra, este sistema es el *sistema mercantil* más rígido y consecuente, y resulta incomprensible cómo pudo aplicarse tal denominación al sistema de Colbert, que, a juzgar por su tendencia principal, es un sistema industrialista, esto es: un sistema que, sin tener en consideración el beneficio o la pérdida actual de valores en cambio, sólo persigue la instauración de una industria nacional, de un comercio nacional.

Con ello no queremos poner, sin embargo, en tela de juicio, los grandes méritos de Adam Smith. Él fue el primero en aplicar con éxito el *método analítico* a la *economía política*. Mediante este método y poniendo en juego una desusada perspicacia, derramó luz sobre las más importantes ramas de la ciencia, que hasta entonces permanecían envueltas en la oscuridad. Antes de Adam Smith sólo existía una práctica; únicamente desde sus trabajos fue posible integrar una ciencia de la economía política, suministrando a tal efecto una masa de materiales más copiosa que la de todos sus predecesores y continuadores.

En esa misma peculiaridad de su espíritu, conforme a la cual consiguió tan importantes avances en el análisis de los elementos integrantes de la economía política, radicó, sin embargo, también, el hecho de que no percibiera el conjunto de la sociedad; que no pudiese enlazar los individuos en un todo armónico; que preocupado por los individuos no percibiese la nación; que en su obsesión por la libre actividad de los productores individuales, perdiera de vista las finalidades de la nación entera. Adam Smith, que tan claramente reconoce las ventajas de la división del trabajo en una fábrica aislada, no ve que el mismo principio puede aplicarse, con idéntica razón, a provincias y naciones enteras.

Este juicio coincide perfectamente con lo que de dicho autor decía Dugald Steward. Algunos rasgos característicos podía juzgarlos Smith

con inusitada perspicacia; pero cuando pronunciaba un juicio acerca de un carácter o de un libro entero, uno se asombra del sentido unilateral y parcialísimo de sus opiniones. Ni siquiera sabía apreciar justamente el carácter de aquellos con quienes había vivido largos años en la más intima amistad. "La pintura —dice su biógrafo— era siempre animada y expresiva, y tenía una gran semejanza con el original, cuando se la comparaba con éste desde un determinado punto de vista; pero nunca daba de ese original una idea exacta y completa, en todas sus dimensiones y circunstancias."

XXXII. (CONTINUACIÓN) JUAN BAUTISTA SAY Y SU ESCUELA

EN CONJUNTO, este autor sólo se propuso sistematizar, interpretar y popularizar los materiales que Adam Smith acumuló desordenadamente; en efecto, logró su empeño de modo absoluto, pues poseía en alto grado el don de la sistemática y de la exposición. Nada nuevo y original se encuentra en sus escritos, si se exceptúa que reclama para los trabajos intelectuales la productividad que Adam Smith les negaba. Ahora bien, esta opinión, exactísima según la teoría de las energías productivas, está en contradicción con la teoría del valor en cambio, y, evidentemente, en este aspecto Smith es más consecuente que Say. Los trabajadores intelectuales no producen directamente valores de cambio; más bien distribuyen por de pronto, con su consumo, el acervo de disponibilidades y ahorros materiales, y, en consecuencia, la riqueza material. También resulta inaprovechable el fundamento que Say aduce para asignar productividad a las labores intelectuales desde su punto de vista, o sea su remuneración en valores de cambio, pues estos valores están ya producidos antes de que pasen a poder de los trabajadores intelectuales; no hacen otra cosa sino cambiar de propietario; su cantidad no se aumenta con ese trueque. Sólo puede decirse que los trabajadores intelectuales son productivos cuando se consideran como riqueza nacional las energías productivas de la nación, pero no la posesión de valores en cambio. En este respecto Say se encontraba, con relación a Smith, en la misma posición en que Smith se había encontrado frente a los fisiócratas. Para atribuir productividad a los industriales, Adam Smith tuvo que ampliar el concepto de riqueza, y Say, a su vez, no tenía otro remedio que admitir la absurda tesis de que los trabajadores intelectuales no son productivos, tal como Adam Smith lo había ampliado frente a los fisiócratas, esto es, extendiéndolo a la energía productiva y diciendo: la riqueza nacional no consiste en la posesión de valores de cambio, sino en la posesión de energía productiva, del mismo modo que la riqueza de un pescador no estriba en la posesión de peces, sino en la aptitud y en los medios de satisfacer de modo permanente su necesidad de pescar.

Es digno de mención, y, según nuestras noticias, no se conoce suficientemente, que Juan Bautista Say tuvo un hermano dotado de un sano criterio, el cual advirtió las fallas fundamentales de la teoría del valor, y que el mismo J. B. Say, ante la duda de su hermano, manifestó también sus reparos acerca de la exactitud de su propia teoría.

Louis Say, de Nantes, pensaba así: En la economía política ha dominado una terminología que se prestaba a un juego falso, del que ni su hermano mismo se había librado.[1] A juicio suyo, la riqueza de las naciones no consiste en los bienes materiales y en su valor de cambio, sino en la *capacidad de producir permanentemente estos bienes*. Las teorías del valor en cambio formuladas por Smith y J. B. Say consideran la riqueza sólo desde el punto de vista limitado de un comerciante, y este sistema, que quiere reformar el sistema mercantil, *no es otra cosa que un sistema mercantil restringido*.[2] A estas dudas y objeciones replicaba J. Bautista a su hermano que su método (?), o sea la teoría del valor en cambio, no era ciertamente lo más perfecto, pero la dificultad consiste en hallar otra mejor.[3]

¿Cómo? ¿Encontrar otra mejor? Pero no la había hallado su hermano Louis? No, la dificultad consistía, evidentemente, en que no tenía perspicacia bastante para captar y desarrollar la idea que el hermano había expresado de modo general, o también en el hecho de que no era posible desintegrar la escuela ya constituida y enseñar lo contrario de lo que había sido base de la celebridad.

Lo peculiar de Say, en sus escritos, es sólo la forma del sistema, que concretamente presenta la economía política como la teoría cuyo objeto es explicar *cómo se producen, distribuyen y consumen las riquezas materiales*. Sólo con esta división y su desarrollo hizo Say su prestigio y el de su escuela. Ello no es extraño, porque supo exponer, clara y plásticamente, el proceso especial de la producción y las energías individuales ocupa-

[1] Louis Say, *Études sur la richesse des nations*. Prefacio, p. IV.

[2] He aquí las palabras de Louis Say, p. 10: "La riqueza no consiste en las cosas que satisfacen nuestras necesidades o nuestros gustos, sino en la posibilidad de gozar anualmente de ellas". Más adelante, en las pp. 14 y 15, dice así: "El falso sistema mercantil fundado sobre la riqueza en metales preciosos, ha sido reemplazado por otro fundado sobre la riqueza en valores venales o cambiables, que consiste en no evaluar la riqueza de una nación más que como lo hace un comerciante". Nota de la p. 14: "La escuela moderna, que refuta el sistema mercantil, ha creado por sí misma un sistema que debe ser llamado sistema mercantil".

[3] *Ibid.*, p. 36, palabras de J. B. Say: "Que este método distaba mucho de ser bueno, pero era difícil encontrar otro mejor".

das en ello, a la vez que, dentro de su limitado ámbito, esclareció el principio de la división del trabajo y explicó el comercio de los individuos. Cada alfarero, cada tejedor, podía entenderle, tanto mejor cuanto que J. B. Say no le ofrecía nada nuevo ni desconocido. En efecto, que en el caso del alfarero las manos y la destreza (el trabajo) se ponen en relación con la arcilla (materia prima), para producir vasijas (capital, productos valiosos, valores en cambio), valiéndose del torno, del horno de cocer y de la madera como combustible, es algo que cualquier alfarero sabía desde hace mucho tiempo antes, si bien no era capaz de expresar artísticamente estas cosas ni generalizar a base de las mismas. Por otra parte, no podían existir tejedores que ignorasen, ya desde antes de J. B. Say, que en un trueque pueden beneficiarse ambas partes, y que quien envía mercancías por valor de 1 000 talers al exterior, y recibe, en cambio, 1 500 talers del extranjero, gana 500 talers. Ya se sabía de antemano que el trabajo enriquece y la indolencia conduce a la pobreza; que el egoísmo privado es el más poderoso estímulo para la actividad, y que para obtener polluelos es preciso no comerse los huevos. Ciertamente, no se sabía antes que todo esto constituye la materia de la economía *política*, pero se veía con satisfacción con qué facilidad podía uno iniciarse en los más profundos secretos de la ciencia, y quedar libre, además, de los odiosos aranceles, que tanto encarecen nuestros artículos predilectos, y lograr con su compra la paz eterna, la hermandad universal y el reino milenario. Tampoco es de extrañar que tantos maestros y funcionarios ingresaran en las filas de los admiradores de Say y de Smith; en efecto, el principio del *dejar hacer y dejar pasar* sólo exigía una cierta perspicacia en aquellos que fueron los primeros en abrir paso y poner en práctica esta doctrina; los escritores posteriores no tenían nada que hacer sino repetir, exornar y explicar; y ¿quién no tendría el deseo y las condiciones para ser un estadista, si no tenía que hacer otra cosa sino cruzarse de brazos?

Con los sistemas ocurre algo peculiar; basta admitir los primeros párrafos y recorrer, crédulo y confiado, algunos capítulos, dejándose conducir por el autor, y ya está uno perdido. Digamos, por de pronto, al señor Juan Bautista Say, que la economía *política* no es, para nosotros, aquella ciencia que explica única y exclusivamente cómo se producen valores de cambio por los individuos; digámosle lo que el estadista quiere y debe saber, además de esto: cómo pueden suscitarse, aumentar y ser protegidas las energías productivas de toda una nación, y qué circunstancias pueden debilitarlas, aletargarlas o exterminarlas, y cómo, por

medio de las energías productivas de la nación, pueden explotarse del mejor modo las fuentes nacionales auxiliares para producir la existencia nacional, la independencia, la prosperidad, la robustez, la cultura y el porvenir de la nación.

Este sistema ha saltado del extremo según el cual el Estado puede y debe regularlo todo, al extremo opuesto, según el cual no debe ni puede hacer nada; que el individuo lo es todo y el Estado nada. La opinión del señor Say acerca de la omnipotencia del individuo y de la impotencia del Estado llega hasta un límite ridículo. Cuando no puede dejar de elogiar la eficacia de Colbert para la educación industrial de Francia, exclama: "Apenas cabía conceder a los *particulares* un grado tan alto de sabiduría".

Si pasamos ahora del sistema al autor, veremos en él a un hombre que, sin tener un amplio conocimiento de la historia, sin una visión fundamental en materia de ciencias sociales y de administración pública, sin perspicacia política o filosófica, llevando simplemente en la cabeza una sola idea, adoptada de otros, trastorna la historia, la estadística, las relaciones comerciales e industriales, para encontrar algunas pruebas y hechos que puedan serle útiles y servir de apoyo a su tesis. Léase sus opiniones sobre el Acta de Navegación, el Tratado de Methuen, el sistema de Colbert, el Tratado de Eden, etc., y se verá confirmado ese juicio. No se le ha ocurrido estudiar en su conjunto la historia mercantil e industrial de las naciones. Reconoce que las naciones pueden ser ricas y poderosas en régimen de protección aduanera, y no es necesario que creamos su afirmación a pie juntillas. Los holandeses, según asegura, se vieron obligados a traficar directamente con las Indias Orientales, porque Felipe II les había prohibido el acceso a los puertos portugueses; como si semejante prohibición estuviera justificada por el sistema proteccionista; como si en esa prohibición los holandeses no hubieran encontrado la ruta hacia las Indias Orientales. Todavía se halla menos de acuerdo el señor Say con la política y la estadística que con la historia, lo cual se debe, sin duda, a que aquélla produce hechos desagradables, "que con frecuencia se rebelan contra su sistema", y porque de historia no entiende nada, en absoluto. No cesa de referirse a las falsedades contenidas en los datos estadísticos, y de recordar que la economía política nada tiene que ver con la política, lo cual viene a ser como si se pretendiera que el estaño no tiene nada que ver con un plato de este metal.

Primero, comerciante; después, fabricante; luego, político fracasado;

Say se refugió en la economía política, como uno se refugia en una empresa nueva cuando la vieja ya no va bien. El mismo nos declara *que en un principio estuvo en dudas de si reconocería el llamado sistema mercantil o el sistema de la libertad de comercio.* El odio contra el sistema continental, que le destruyó su fábrica, y contra su creador, que le arrojó del tribunado, fueron los motivos que le indujeron a tomar el partido de la absoluta libertad de comercio.

Cualquiera que sea el aspecto bajo el cual se la considere, la palabra libertad tiene, desde hace cincuenta años, en Francia, un prestigio arrebatador. A esto se añade que bajo el Imperio como en tiempos de la restauración, Say figuró en la oposición y predicó incesantemente el ahorro. Así sus escritos se hicieron populares por razones distintas de su contenido. ¿Cómo podría concebirse, de otro modo, que esta popularidad continuara después de la caída de Napoleón, en una época en que la observancia de su sistema hubiera arruinado infaliblemente las manufacturas francesas? Su rígida tenacidad en mantener el principio cosmopolita en tales circunstancias, prueba hasta dónde llegaba la perspicacia de este hombre. Cómo conocía el mundo, lo revela su firme creencia en las tendencias cosmopolitas de Canning y de Huskisson; sólo faltaba a su fama que Luis XVIII o Carlos X le encomendaran el Ministerio de Comercio y de Finanzas. Indudablemente, la historia hubiera citado entonces su nombre junto al de Colbert —el de éste, como creador de la industria nacional; el de aquél, como destructor de ella.

Nunca ha ejercido un escritor, con tan escasos medios, un terrorismo científico tan considerable como J. B. Say; la más leve duda acerca de la infalibilidad de su doctrina era tachada de oscurantista e incluso hombres como Chaptal temían los iracundos rayos de este pontífice de la economía política. La obra de Chaptal sobre la industria francesa no es, desde el principio hasta el final, otra cosa que una exposición de los efectos del sistema protector francés; él dice expresamente, y manifiesta sin ambajes, que en las circunstancias a la sazón vigentes en el mundo, Francia sólo puede esperar su salvación del sistema proteccionista. A la vez, Chaptal, contradiciendo la tendencia entera de su libro, trata de adular a la escuela de Say, mediante un elogio de la libertad de comercio, para que su herejía le sea perdonada. Hasta en el índice imitaba Say al Papa. Ciertamente, no prohibió en forma expresa los escritos heréticos, pero es todavía más severo, pues lo prohíbe todo, lo herético y lo que no lo es; recomienda a la juventud interesada por la economía política que

no lea muchos libros, pues fácilmente podrá verse inducida a error; sólo debe leer pocos libros y buenos; en otras palabras, los míos y los de Adam Smith y ningún otro. Que de la veneración de los jóvenes no le llegaba una porción muy importante al padre de la escuela, fue algo de lo que convenientemente se preocupó su representante en este mundo; en efecto, según Say, los libros de Adam Smith están llenos de confusiones y frases imperfectas y contradictorias, y con toda claridad da a entender que sólo él puede enseñar "cómo tiene que leerse a Adam Smith".

Cuando Say se halló en el cenit de su gloria, alzáronse jóvenes herejes que atacaron tan eficaz y desenfadadamente la base de su sistema, que él prefirió darles satisfacción en privado y eludir cuidadosamente toda discusión pública; entre ellos estaba Tanneguy du Châtel, que después y ahora fue ministro, y el más violento y genial de sus contradictores. "Según usted, mi querido crítico —decía Say al señor Du Châtel, en una comunicación particular—, en mi economía política no queda otra cosa sino actos inmotivados, hechos sin explicación, una cadena de relaciones en la que faltan las extremidades, y cuyos anillos más importantes están rotos. Comparto, pues, el infortunio de Adam Smith, de quien uno de nuestros críticos ha dicho que había hecho retroceder la economía política."[4]

En una posdata a dicha carta observa candorosamente: "En el segundo artículo que anunciáis, es inútil volver sobre esta polémica con la *cual podríamos aburrir al público*".

Ahora la escuela de Smith-Say está desintegrada en Francia, y al dominio estricto y vacío de la teoría del valor ha sucedido una revolución y una anarquía que ni Rossi ni Blanqui pueden conjurar. Los saint-simonistas y los fourieristas, encabezados por verdaderos talentos, en lugar de reformar la antigua doctrina, la han echado a un lado y se han construido un sistema utópico. Sólo en época muy reciente han tratado de establecer, los más geniales de ellos, la relación que existe entre su doctrina y la vieja escuela, intentando coordinar sus ideas con el estado de cosas a la sazón reinante. De sus trabajos, en particular de los del inteligente Michel Chevalier, cabe esperar mucho. Si estas teorías nuevas contienen un fondo de verdad y muchas cosas de interés para nuestros días, ello se debe *al principio de la cooperación y de la armonía de las fuerzas productivas*. Su aspecto débil es la aniquilación de la libertad individual y de la independencia; según ellos, el individuo queda totalmente absorbido por la sociedad, en manifiesta contradicción con la teoría de los

[4] Say, *Cours complet d'économie politique pratique*, VII, p. 378.

valores en cambio, en la que el individuo lo es todo y el Estado no debe ser nada. Es posible que la tendencia del espíritu humano se dirija a la realización de situaciones semejantes a las que sueñan o presienten estas sectas; en todo caso, creo que será precisa una larga serie de siglos para que lleguen a realizarse. No existe ningún mortal que logre medir los progresos de los siglos venideros en materia de inventos y en cuanto a la situación social. Ni siquiera un espíritu platónico podía presentir que, al correr de los siglos, los esclavos de la sociedad habrían de fabricarse con hierro, acero y latón; ni un espíritu ciceronano podía presumir que la prensa de imprimir permitiría la extensión del sistema representativo a imperios enteros, a partes del mundo, y aun al género humano en su conjunto. Aunque algunos grandes talentos han podido presentir ciertos progresos de los tiempos futuros, como Cristo presintió la abolición de la esclavitud, cada época tiene asignada su especial misión. La del siglo en que vivimos no parece ser la de desintegrar la humanidad en falansterios fourieristas, con ánimo de equiparar, en lo posible, los individuos en sus placeres espirituales y corporales, sino la de perfeccionar la energía productiva, la cultura espiritual, la situación política y la potencia de nacionalidades enteras, preparándolas, mediante la equiparación más perfecta posible, para la unión universal. Aun admitiendo que en las actuales circunstancias del mundo se alcanzara mediante dichos falansterios la inmediata finalidad propuesta por sus apóstoles ¿cómo influirían sobre la potencialidad y autonomía de la nación? La nación desintegrada en falansterios ¿no correría el peligro de ser conquistada por otras naciones menos adelantadas, que continúan viviendo conforme al régimen antiguo, y ver destruidas sus creaciones prematuras, junto con su nacionalidad entera?

Actualmente, la teoría del valor en cambio ha decaído tanto en la impotencia, que casi exclusivamente se ocupa de realizar investigaciones sobre la naturaleza de la renta, llegando a decir Ricardo en sus *Principios de Economía política:* "Determinar las leyes según las cuales se distribuye el rendimiento de la tierra entre los terratenientes, arrendatarios y obreros, es la finalidad principal de la economía política".

Mientras unos opinan que esta ciencia es completa y no cabe añadirle nada esencial, otros pretenden, contemplando estos escritos, con criterio filosófico-práctico, que todavía no existe una economía política, sino que dicha ciencia tiene que crearse aún; hasta ahora, no es más que una Astrología, pero es posible y deseable que de ahí surja una Astronomía.

Finalmente, para que no se nos interprete equivocadamente, queremos recordar que nuestra crítica de los escritos de J. B. Say, como los de sus predecesores y seguidores, se extiende sólo a las circunstancias nacionales e internacionales, y reconocemos todo su valor, como creador de doctrinas subordinadas. Es evidente que un autor puede aportar opiniones y deducciones valiosísimas sobre los ramos distintos de la ciencia, sin que por eso deje de ser equivocada la base de su sistema.

LIBRO CUARTO

LA POLÍTICA

XXXIII. LA SUPREMACÍA INSULAR Y LAS POTENCIAS CONTINENTALES, NORTEAMÉRICA Y FRANCIA

EN TODOS los tiempos han existido ciudades y países que se distinguieron en la industria, el comercio y la navegación de todas las demás. Pero el mundo no ha visto todavía una hegemonía como la de nuestros días. En todos los tiempos las naciones y potencias han aspirado a dominar el mundo, pero ninguna ha construido sobre tan amplios cimientos el edificio de su poderío. Cuán absurdo nos parece el anhelo de aquellos que quisieron fundar el dominio universal sobre la fuerza de las armas, en comparación con el gran intento de Inglaterra de convertir su territorio entero en una inconmensurable ciudad manufacturera, comercial y portuaria, y ser, de este modo, frente a los demás países e imperios de la tierra, lo que es una ciudad respecto a las zonas rurales —la cifra y compendio de todas las industrias, artes y ciencias; de todo gran comercio y riqueza; de toda navegación y poderío marítimo—, una ciudad mundial que abastece con artículos manufacturados a todos los países, y recibe de todos ellos, en cambio, materias primas y productos agrícolas, y lo que su naturaleza ofrece de útil y agradable; una cámara de reservas para todos los grandes capitales, un banquero de todas las naciones, que dispone de los medios de circulación del mundo entero y obliga a derramar un interés por rentas y préstamos a todos los países de la tierra.

Seamos justos frente a esta potencia y sus aspiraciones. Inglaterra no fue una rémora sino un estímulo generoso del progreso mundial. A todas las naciones les ha servido de imagen y modelo —lo mismo en la política interior y exterior que en los más grandiosos sentimientos y empresas de todo género, en el perfeccionamiento de la industria y del transporte como en el descubrimiento y roturación de zonas incultas, especialmente en la explotación de riquezas naturales de la zona cálida y en la civilización de pueblos bárbaros o decaídos en la barbarie. ¡Quién sabe en qué estado de atraso se hallaría el mundo si no hubiese existido Inglaterra! Y si cesara de existir, ¿quién podría medir el retroceso que sufriría la humanidad? Alegrémonos, pues, de los progresos extraordi-

narios de esa nación; deseemos su prosperidad para todos los tiempos, Pero ¿es que acaso podríamos desear también que construya su imperio universal sobre la ruina de las restantes nacionalidades? Sólo un cosmopolitismo inconsistente o una cerrazón mercantilista podría contestar afirmativamente esta cuestión. En los capítulos anteriores nos hemos referido a las consecuencias de una tal desnacionalización, y hemos demostrado que la cultura de la humanidad sólo puede surgir de una equiparación de muchas naciones en cuanto a cultura, riqueza y poderío; que así como Inglaterra se ha exaltado desde un nivel de barbarie hasta su nivel presente, otras naciones tienen abierto el mismo camino, y que, actualmente, más de una nación está llamada a alcanzar el más alto objetivo de la cultura, de la riqueza y del poder. Resumamos, ahora, las máximas políticas por medio de las cuales Inglaterra ha logrado su grandeza actual; son las siguientes:

Preferir la importación de energía productiva a la importación de artículos;[1]

Cultivar y proteger cuidadosamente el auge de la energía productiva;

Importar solamente materias primas y productos agrícolas, y exportar solamente artículos manufacturados;

Utilizar el excedente de energía productiva en la colonización y sumisión de las naciones bárbaras;

Reservar de modo exclusivo a la metrópoli el abastecimiento de las colonias y países sometidos, con artículos manufacturados, comprando en cambio a dichos países sus materias primas y, en particular, sus productos coloniales;

Atender de modo exclusivo a la navegación costera y al trafico marítimo entre la metrópoli y las colonias, protegiendo las pesquerías marítimas por medio de primas y asegurando la mayor participación posible en el tráfico internacional;

Fundar de este modo una supremacía y, con base en ella, extender el comercio exterior e incrementar incesantemente las posesiones coloniales;

[1] Una parte, incluso, de la producción inglesa de lana, se debe a la observancia de esta máxima. Eduardo IV importó, en virtud de un privilegio especial, 3 000 cabezas de ganado lanar de España, donde estaba prohibida la exportación de estas reses, y las distribuyó entre las parroquias, con la prohibición de sacrificarlas por espacio de siete años. (*Essai sur le commerce d'Angleterre*, vol. 1, p. 379). Luego que se alcanzó la finalidad de esta medida, contestó Inglaterra al citado privilegio concedido por el gobierno español con una prohibicion de importar lanas españolas. La eficacia de esta prohibición, por antijurídica que fuera, resulta tan innegable como la prohibición de importación de lanas efectuada en tiempos de Carlos II (1672 y 1674).

Admitir solamente la libertad en el comercio colonial y en la navegacion, en cuanto de ese modo se gane más que se pierda; estipular privilegios marítimos de carácter recíproco, sólo cuando de este modo se logra una ventaja por parte de Inglaterra, evitándose que las naciones extranjeras instituyan en su propio beneficio ciertas limitaciones a la navegación;

Hacer a las naciones independientes extranjeras ciertas concesiones, en orden a la importación de productos agrícolas, si a cambio pueden obtenerse concesiones en orden a la exportación de productos manufacturados;

Cuando tales concesiones no pueden lograrse mediante tratados, llegar al mismo fin recurriendo al comercio de contrabando;

Declarar la guerra y estipular alianzas, considerando exclusivamente los intereses industriales, comerciales, navieros y coloniales; sacar ventaja de amigos y enemigos; de éstos, interrumpiendo su comercio marítimo; de aquéllos, arruinando sus manufacturas mediante subsidios que se paguen en forma de artículos manufacturados ingleses.

Estas máximas fueron abiertamente expresadas en tiempos pasados por todos los ministros y oradores parlamentarios. Los ministros de Jorge I declaraban, sin rebozo, con motivo de la prohibición de importar artículos procedentes de las Indias Orientales, que evidentemente una nación sólo puede ser rica y poderosa cuando importa materias primas y exporta artículos manufacturados. Todavía en los tiempos de lord Chatham y lord North se decía abiertamente en el Parlamento que no era posible permitir que en Norteamérica se fabricase un solo clavo de herradura.

Sólo con Adam Smith se añadió una nueva máxima política a las enumeradas, a saber: *encubrir la verdadera política de Inglaterra mediante las razones y argumentos cosmopolitas inventados por Smith, con objeto de evitar que las naciones extranjeras imiten esa política.*

Es una regla general de prudencia que una vez llegados a la cumbre de la grandeza, se arroje tras de sí la escala que nos ha servido para trepar, a fin de que otros queden privados de la posibilidad de alcanzarnos. En ello radica el secreto de la teoría de Adam Smith, de las tendencias cosmopolitas de su gran contemporáneo William Pitt y de todos sus sucesores en la administración inglesa. Una nación que con sus medidas protectoras y restricciones a la navegación ha desarrollado su energía manufacturera y su flota de tal modo que ninguna otra nación puede

atreverse a competir libremente con ella, no puede hacer cosa más sensata que destruir estas escalas que han dado acceso a su grandeza, predicar a otras naciones las ventajas de la libertad comercial, y declararse arrepentida, por haber seguido hasta entonces la senda del error, y haber emprendido sólo ahora el camino de la verdad.

William Pitt fue el primer estadista inglés que comprendió el alcance verdadero de la teoría cosmopolita de Adam Smith; no en vano llevaba siempre consigo un ejemplar de la obra sobre la riqueza de las naciones. Su discurso del año 1786, que no se pronunció ante el Parlamento ni ante la nación, sino al oído de los estadistas franceses, limpios de toda experiencia y perspicacia política, y que estaba calculado tan sólo para conseguir de ellos la firma del Tratado de Eden, es un modelo de dialéctica smithiana "La Naturaleza —decía— ha destinado Francia a la agricultura y a la viticultura, como Inglaterra a la producción manufacturera: estas naciones deben comportarse mutuamente *como dos grandes comerciantes* que negocian en distintas ramas y se enriquecen mutuamente mediante el trueque de mercaderías";[2] ni una palabra se dice de la antigua máxima de Inglaterra según la cual una nación puede llegar al máximo grado de riqueza y poderío en el comercio exterior sólo mediante el trueque de productos manufacturados contra productos agrícolas y materias primas. Esta máxima fue y sigue siendo desde entonces un

[2] Francia —dice Pitt— está favorecida, frente a Inglaterra, por el clima y otros dones de la Naturaleza, y la supera en sus productos brutos; en cambio, Inglaterra aventaja a Francia en los productos de su industria. Los vinos, aguardientes, aceites y vinagres de Francia, en particular los dos primeros, son artículos de tal importancia y de tal valor, que el montante de nuestros artículos naturales no puede compararse con ellos (?); por otra parte, es un hecho igualmente evidente que Inglaterra produce algunos artículos manufacturados y posee ciertos privilegios de tal naturaleza que puede afrontar sin temores cualquier comparación con Inglaterra. Ello implica una mutua condicionalidad, y es la base sobre la cual puede establecerse una unión ventajosa entre las dos naciones. Como cada una de ella tiene sus artículos peculiares, y cada una posee lo que a la otra le falta, compórtanse ambas entre sí como *dos grandes comerciantes* que comercian en distintas ramas, y pueden ser uno para el otro muy útiles por el cambio mutuo de sus mercaderías. Si tenemos en cuenta, además, la riqueza del país con el cual estamos en tráfico inmediato, su gran población, su cercanía y la posibilidad de que el giro con él sea rápido y regular —¿quién podría vacilar un instante en negar su apoyo al sistema de la libertad?; ¿quién dejaría de desear con vehemencia la mayor celeridad posible en el afianzamiento de ese sistema? La posesión de un mercado tan extenso y seguro, daría a nuestro comercio un auge extraordinario, y los derechos arancelarios que de las manos de los contrabandistas pasarían a las arcas del erario público serían beneficiosos para nuestras finanzas; ello haría más productivas dos fuentes principales de la riqueza y de la potencialidad británica.

arcano de la política inglesa; nunca más volvió a expresarse en público; pero, en cambio, fue observada con creciente rigor.

Si desde William Pitt Inglaterra hubiese arrojado de sí el sistema proteccionista como una muleta inservible, se hallaría ahora infinitamente más alta de lo que está; se hubiera acercado mucho más al fin de monopolizar la energía manufacturera del mundo entero. Evidentemente, el momento mas favorable para alcanzar este fin era el de la restauración de la paz general. El odio contra el sistema continental había abierto paso a las doctrinas de la teoría cosmopolita en todas las naciones continentales. Rusia, todo el norte de Europa, Alemania, la península ibérica y los Estados Unidos de Norteamérica, se hubieran prestado afanosamente a cambiar sus productos agrícolas y materias primas contra los artículos manufacturados ingleses. La misma Francia, mediante algunas concesiones relativas a sus vinos y a sus artículos de seda, se hubiera prestado a renunciar a su sistema prohibitivo. Como Priestley había dicho del Acta de Navegación inglesa, "había llegado el momento en que *hubiera sido tan juicioso derogar el sistema proteccionista inglés como anteriormente lo había sido instituirlo*".

A consecuencia de semejante política, una gran cantidad de materias primas y productos agrícolas hubiese afluido desde los dos continentes a Inglaterra, y todo el mundo se hubiera vestido con telas inglesas; todo hubiera contribuido a aumentar la riqueza y la potencialidad de Inglaterra. En tales circunstancias, en el curso del presente siglo, difícilmente se les hubiera ocurrido a los americanos o a los rusos implantar un sistema protector —o a los alemanes instituir una Unión mercantil. Difícilmente se hubiese decidido a sacrificar las ventajas del presente a las esperanzas de un lejano porvenir.

Pero algo impide que los árboles crezcan hasta el cielo. Lord Castlereagh puso la política mercantil de Inglaterra en manos de la aristocracia terrateniente, y ésta dio muerte a la gallina de los huevos de oro. Si dicha aristocracia hubiera permitido que los industriales ingleses monopolizaran el mercado de todas las naciones, que Gran Bretaña fuera frente al mundo lo que es una ciudad con respecto a los distritos rurales que la circundan, todo el territorio del reino insular se hubiera cubierto con casas y fábricas, o hubiese sido empleado para instalar lugares de placer, huertos, explotaciones de productos derivados de la leche y de la carne, o para fundar establecimientos mercantiles; en una palabra, en manifestaciones de tipo cultural, tales como sólo pueden surgir en la proximidad

de las grandes ciudades. Para la agricultura inglesa, estas manifestaciones culturales hubieran sido incomparablemente más lucrativas que el cultivo de cereales; además, hubiesen arrojado, con el tiempo, para la aristocracia terrateniente inglesa, rentas mucho más elevadas que las obtenidas por la exclusión de los cereales extranjeros del mercado nacional. Ahora bien, la aristocracia rural, teniendo presente tan sólo la ventaja del momento, prefirió, con ayuda de las leyes cerealistas, mantener sus rentas en el elevado nivel que habían alcanzado a consecuencia de la guerra, y la involuntaria exclusión de materias primas y cereales extranjeros del mercado inglés, con lo cual se obligó a las naciones continentales a buscar su bienestar por otros caminos distintos del libre trueque de productos agrícolas contra artículos ingleses; concretamente, a constituir una propia energía manufacturera. Así, las leyes inglesas de exclusión influyeron de la misma manera que el sistema continental napoleónico, aunque algo más lentamente.

Cuando Canning y Huskisson llegaron al poder, la aristocracia rural inglesa había saboreado más de la cuenta el fruto prohibido, para que motivos razonables le hicieran renunciar a ese goce. Dichos estadistas se encontraron en la difícil situación de resolver un problema imposible, una situación en la cual se encuentra todavía el Ministerio inglés. Viéronse en el trance de convencer a las naciones continentales de las ventajas del librecambio, y, al mismo tiempo, necesitados de mantener en vigor las restricciones a la importación de productos agrícolas ingleses, en ventaja de la aristocracia rural de Inglaterra. Era, así, imposible que su sistema se desarrollara de modo tal que quedasen justificadas las esperanzas de los defensores del librecambio en ambos continentes. A pesar de la abundancia de frases filantrópicas y cosmopolitas que podían escucharse en la discusión general sobre el sistema mercantil de Inglaterra y de otros países, no consideraron inconsecuente apoyar sus argumentos sobre el principio proteccionista, tantas veces como se trató de modificar en particular los aranceles ingleses.

Ciertamente Huskisson rebajó muchos aranceles, pero nunca dejo de aducir que las fábricas nacionales seguían estando suficientemente protegidas aún, con tarifas reducidas. Así siguió aproximadamente las reglas del Estado acuático holandés; allí donde las aguas exteriores alcanzan un alto nivel, ese organismo construye diques elevados; donde suelen subir poco, las presas son más bajas. De este modo la Reforma, ostentosamente anunciada, de la política comercial inglesa, se redujo a un juego

político-económico. Se ha pretendido presentar la reducción de los aranceles ingleses sobre los artículos de seda como una prueba de la liberalidad inglesa, sin tener en cuenta que, con ellos, Inglaterra no quería hacer otra cosa sino contrabandear con este artículo, en beneficio de sus finanzas, y sin perjudicar a sus propias fábricas de seda, finalidad que logró alcanzar completamente. Ahora bien, si el arancel protector de 50-70% (hasta esa cifra pagan los artículos extranjeros de seda en Inglaterra, incluyendo el recargo) ha de considerarse como una prueba de liberalidad, la mayoría de las naciones más bien se anticiparon que siguieron a los ingleses, en este aspecto.

Como los razonamientos de Canning-Huskisson perseguían, sobre todo, la idea de producir efecto en Francia y en Norteamérica, no deja de ser interesante recordar cómo fracasaron respecto de ambos países.

Lo mismo que en el año 1786, también los ingleses hallaron un gran eco entre los teóricos y el partido liberal de Francia. Seducido por la gran idea de la libertad comercial del mundo, y por los superficiales argumentos de Say, movido por la oposición contra un gobierno odioso, y apoyados por las ciudades marítimas, los viticultores y los fabricantes de sedas, el partido liberal exigió ruidosamente, lo mismo que en el año 1786, la expansión del comercio con Inglaterra como el único medio verdadero para fomentar el bienestar nacional.

Por muchas cosas que puedan reprocharse a la restauración, hízose ésta, sin embargo, acreedora a un innegable mérito en Francia. Un mérito que la posteridad no puede discutir: la restauración no se dejó engañar ni por la estratagema inglesa ni por las vociferaciones de los liberales, respecto a la política comercial. El señor Canning tomó la cosa tan a pecho que se trasladó a París para convencer al señor Villèle de la excelencia de sus medidas, y para animarle a que las imitara. Pero el señor Villèle era demasiado práctico para no darse cuenta de la estratagema, y parece que contestó lo siguiente al señor Canning: "Si Inglaterra, en un estadio avanzado de su industria, admite ahora una mayor competencia exterior que antes, esta política responde a los intereses bien entendidos, del país inglés. Pero ahora, los intereses bien entendidos de Francia exigen que se otorgue a sus fábricas, todavía insuficientemente desarrolladas, la protección que se considere imprescindible al respecto. Si llegara un momento en que la fabricación francesa pudiera ser más estimulada tolerando la competencia exterior que manteniéndola a raya, él, Villèle, no vacilaría en sacar las oportunas consecuencias del ejemplo del señor Canning".

Fuera de sí ante esta ponderada respuesta, Canning se jactaba en pleno Parlamento, a su retorno, de cómo con la intervención española había colgado una piedra de molino en el cuello del gobierno francés, de donde se deduce que no se tomaba tan en serio el sentido universalista y el liberalismo europeo del señor Canning como creían los buenos liberales del Continente; en efecto, si al señor Canning le hubiese interesado lo más mínimo el problema del liberalismo en el Continente ¿cómo hubiera sacrificado la constitución liberal de España a la intervención francesa, con el mero propósito de colgar una piedra de molino al cuello del gobierno francés? La verdad es que el señor Canning era, frente a cada arancel, un inglés, y sólo dejaba traslucir ideas filantrópicas o cosmopolitas cuando éstas podían servirle para afirmar y extender nuevamente la industria y la supremacía comercial inglesa, o para echar tierra a los ojos de los rivales industriales y mercantiles de Inglaterra.

En efecto, no era precisa, por parte del señor Villèle, una gran perspicacia para darse cuenta de la trampa que le había tendido el señor Canning. En el ejemplo de la vecina Alemania, que después de suprimido el sistema continental había retrocedido en su industria cada vez más, poseía una prueba elocuente del verdadero valor del principio de la libertad comercial, tal como la comprendía Inglaterra. También Francia se hallaba, entonces, muy a gusto con el sistema adoptado por ella desde 1815, para que pudiera sentirse inducida —como el perro de la fábula— a despreciar la carne y hurgar en la sombra. Hombres de la más profunda penetración en la esencia de la industria, como Chaptal y Charles Dupin, se habían expresado del modo más inequívoco sobre los resultados de ese sistema.

La obra de Chaptal sobre la industria francesa no es otra cosa sino un escrito proteccionista favorable a la política mercantil de Francia, y una exposición de sus éxitos, lo mismo en conjunto que en particular La tendencia de esa obra se refleja en el siguiente pasaje que hemos tomado de la misma: "En lugar de perdernos en el laberinto de las abstracciones metafísicas, conservemos ante todo lo existente, y tratemos de perfeccionarlo ante todo. Una buena legislación aduanera es la mejor arma defensiva para la industria; dicha legislación aumenta o disminuye los aranceles sobre la importación, según las circunstancias; compensa los inconvenientes de los jornales elevados y de los precios más altos de los combustibles; protege las artes y las industrias en su cuna, hasta que se hallan suficientemente robustecidas para poder afrontar la competencia extranjera; determina la independencia industrial de Francia y enrique-

ce la nación con el trabajo que, como frecuentemente he observado, es la fuente principal de la riqueza".[3]

En su escrito "sobre las fuerzas productivas de Francia y sobre los progresos de la industria francesa de 1814 a 1827", Charles Dupin derramó una luz tan clara sobre los éxitos de la política mercantil seguida por Francia desde la restauración, que ningún ministro francés podría incurrir en el error de cambiar esta obra de medio siglo, tan densa en sacrificios, tan rica en frutos y tan prometedora en esperanzas, contra las excelencias de un Tratado de Methuen.

La tarifa americana de 1828 fue una consecuencia natural y necesaria del sistema mercantil inglés, que rechazó la madera, los cereales, la harina y otros productos agrícolas y materias primas de los norteamericanos, en las fronteras inglesas, y sólo admitió a cambio sus artículos manufacturados.

De este modo, mediante el comercio con Inglaterra, sólo se fomentó el trabajo agrícola de los esclavos americanos; los estados más libres, progresivos y poderosos de la Unión viéronse, por el contrario, detenidos en su progreso económico, y reducidos a enviar su excedente anual de población y capital hacia las praderas occidentales. El señor Huskisson conocía perfectamente este estado de cosas; era sabido que el embajador inglés en Washington le había aleccionado más de una vez acerca de las consecuencias necesarias de la política inglesa. Si el señor Huskisson hubiera sido realmente el hombre que en el extranjero se suponía, hubiese utilizado la publicación de la tarifa americana como una favorable circunstancia con objeto de señalar a la aristocracia inglesa la insensatez de sus leyes cerealistas, y hacerle ver claramente la necesidad de su abolición. ¿Qué hizo, sin embargo, el señor Huskisson? Montó en ira contra los americanos (o lo simuló por lo menos), y en su irritación pretendió cosas cuya ilegalidad era patente a todos los cultivadores americanos, permitiéndose hacer amenazas que a ellos les resultaron ridículas. El señor Huskisson decía: "Las exportaciones de los ingleses hacia Norteamérica sólo representan aproximadamente la sexta parte de todas las exportaciones inglesas, mientras que las exportaciones de los americanos hacia Inglaterra constituyen la mitad de sus exportaciones". Con ello quería probar que los americanos estaban más en poder de los ingleses que éstos en poder de aquéllos; que los ingleses tenían que temer

[3] Chaptal, *De l'industrie française*, vol. II, p. 247.

mucho menos que los americanos las interrupciones mercantiles causadas por la guerra, etc. Si solamente consideramos las cifras del valor de importaciones y exportaciones, el argumento del señor Huskisson resulta bastante plausible. Si se considera, en cambio, la naturaleza de las importaciones y exportaciones mutuas, resulta incomprensible cómo el señor Huskisson pudo formular un argumento que precisamente probaba lo contrario de lo que se proponía probar. Todas, o por lo menos la mayor parte de las exportaciones de los norteamericanos hacia Inglaterra, consisten concretamente en materias primas cuyo valor se decuplica por los ingleses, y de las cuales no pueden prescindir, o bien no pueden recibirlas de otras comarcas del mundo, por lo menos en la cantidad que les es necesaria, mientras que todas las importaciones de los norteamericanos desde Inglaterra consisten en objetos que o bien fabrican ellos mismos o pueden recibir igualmente de otras naciones. Si se consideran ahora los efectos de una interrupción del comercio entre las dos naciones, conforme a la teoría del valor, resultan, al parecer, perjudiciales a los norteamericanos, mientras que juzgados a la luz de la teoría de las fuerzas productivas, sólo pueden causar inconvenientes incalculables a los ingleses. En efecto, dos tercios de las fábricas de algodón de Inglaterra quedarían paralizadas por esa causa y se arruinarían; Inglaterra perdería como por obra de magia una fuente productiva auxiliar, cuyo rendimiento anual excede considerablemente en valor al del total de sus exportaciones; las consecuencias de tal pérdida para la paz, la riqueza, el crédito, el comercio y la potencialidad de Inglaterra son incalculables. ¿Cuáles serían, empero, las consecuencias de tales medidas para los norteamericanos? Obligados a fabricar por sí mismos esos artículos manufacturados que hasta entonces recibían de Inglaterra, ganarían en el curso de pocos años lo que perdiesen los ingleses. Indudablemente semejante regla, como antes el Acta de Navegación entre Inglaterra y Holanda traería como consecuencia una lucha a vida o muerte, y acaso el resultado de ella sería como la lucha en el Canal. Es innecesario comentar más ampliamente, en esta ocasión, las consecuencias de una rivalidad que, a nuestro entender, irrumpiría más temprano o más tarde de acuerdo con la naturaleza de las cosas. Baste lo antedicho para hacer evidente la inutilidad y sentido capcioso del argumento de Huskisson y poner de manifiesto con qué poca sensatez procedía Inglaterra cuando, en virtud de las leyes cerealistas, obligaba a los norteamericanos a fabricar por su propia cuenta, y cuán juiciosamente hubiera procedido el

señor Huskisson si en lugar de jugar con argumentos tan inútiles y peligrosos hubiese procurado eliminar las causas que habían provocado la tarifa americana de 1828.

Para probar a los norteamericanos la utilidad de su comercio con Inglaterra, el señor Huskisson se refería al aumento extraordinario de las importaciones de algodón en dicho país; pero también los americanos supieron apreciar ese argumento. La producción de algodón en Norteamérica nunca había superado de tal modo, desde hacía más de diez años, al consumo y a la demanda de ese artículo, que los precios si habían disminuido en la proporción que la exportación aumentaba; así, en el año 1826 los americanos habían ingresado por 80 millones de libras de algodón 24 millones de dólares, mientras que en el año 1826 por 204 millones de libras de algodón sólo ingresaron 25 millones de dólares.

Finalmente, el señor Huskisson amenazó a los norteamericanos con la organización de un vasto comercio de contrabando a través de Canadá. Cierto es que, en las circunstancias existentes, un sistema protector americano por nada puede resultar tan amenazada como por el procedimiento indicado por el señor Huskisson. Pero ¿qué podemos deducir de ello? Acaso los americanos tienen que poner su sistema a los pies del Parlamento inglés y esperar pacientemente lo que dicho Parlamento apruebe un año tras otro acerca de su industria nacional? !Qué insensatez! De ello sólo resulta que los americanos tomarán Canadá incorporándola a su Federación o ayudándole a conquistar su independencia, tan pronto como el comercio de contrabando canadiense les resulte insoportable. Pero ¿no es llevar la locura hasta el límite que una nación llegada a la supremacía industrial y mercantil fuerce en primer término a una nación agrícola que se halla en íntima relación con ella por los lazos de la sangre, de la lengua y de los intereses, a ser ella misma una nación manufacturera, y luego —para impedir el impulso que violentamente se le ha impreso— se la obligue a prestar ayuda para que logren la independencia sus propias colonias?

A la muerte de Huskisson, el señor Poulett Thompson tomó a su cargo la dirección de los asuntos mercantiles ingleses. Lo mismo que en el cargo, sucedió también dicho señor en la política a su famoso antepasado. Por lo que respecta a Norteamérica, poco le quedaba que hacer, porque en aquel país, sin especial esfuerzo de los ingleses, bajo la influencia de los cultivadores de algodón y de los importadores, y a instancias del partido democrático, en virtud del *bill* de compromiso (1832),

se había operado una modificación de la anterior situación y otorgaba también a las fábricas americanas una protección adecuada respecto a los artículos toscos de algodón y lana, y hacía a los ingleses todas las concesiones imaginables, sin que Inglaterra tuviese necesidad de hacer contraprestaciones por su parte. Desde aquel *bill* las exportaciones de los ingleses hacia América se han elvado hasta lo inconcebible; desde entonces superan con mucho sus importaciones con Norteamérica, de tal modo, que a la sazón en Inglaterra puede atraer hacia sí todos los metales nobles que circulaban en Norteamérica, en cuanto lo considera pertinente, provocando de este modo en los Estados Unidos crisis comerciales tan pronto como se encontraba en dificultades monetarias. Lo más notable es que aquel *bill* tuvo como autor a Henry Clay, el más prestigioso y perspicaz defensor de los intereses manufactureros americanos. En efecto, la prosperidad subsiguiente a la tarifa de 1828 había provocado tal irritación entre los cultivadores de algodón, que los estados del sur amenazaron con disolver la Unión si no se rectificaba la tarifa de 1828. El gobierno de la Unión, afecto al partido democrático, por meras consideraciones de partido y electorales se había puesto de parte de los cultivadores del sur, y también los agricultores de los estados del centro y del oeste fueron ganados a esa misma causa.

Entre los últimos había desaparecido la anterior simpatía por los intereses fabriles, a causa de la elevación considerable de los precios de los productos, alza que en gran parte era una consecuencia de la prosperidad de las fábricas del interior y de las numerosas instalaciones de canales y ferrocarriles; temíase, además, realmente, que los estados del sur llevaran su oposición hasta una disgregación efectiva de la Unión, y hasta la guerra civil. Por añadidura, interesaba a los demócratas de los estados centrales y orientales no enajenarse la simpatía de los demócratas de los estados del sur. A consecuencia de estos movimientos, la opinión pública, favorable al librecambio con Inglaterra, había variado mucho, pues se temía que los intereses manufactureros del país, en su conjunto, fueran sacrificados en absoluto a la libre competencia con Inglaterra. En tales circunstancias apareció el *bill* de compromiso de Henry Clay como el único medio de salvar, por lo menos parcialmente, el sistema proteccionista. En virtud de ese *bill* una parte de la fabricación americana —concretamente la de los artículos más libres y caros— quedó sacrificada a la competencia extranjera, con objeto de poder salvar otra parte, a saber: la fabricación de artículos más toscos y menos caros.

Entre tanto, todos los síntomas revelan que el sistema protector en Norteamérica, en el curso de los próximos años, levantará de nuevo la cabeza y volverá hacer nuevos progresos. Por mucho que los ingleses se esfuercen en atenuar o disminuir las crisis mercantiles en Norteamérica; por importantes que sean, también, los capitales que desde Inglaterra se trasladan a Norteamérica por compra de mercaderías, empréstitos, o como consecuencia de la emigración, es imposible compensar, a la larga, la desproporción creciente que existe entre el valor de las exportaciones y el de las importaciones; forzosamente se producirán tremendas crisis económicas de creciente importancia, y los americanos, al fin, averiguarán las fuentes del mal y se decidirán a cegarlas.

Por añadidura, es consustancial a las cosas que el número de partidarios del sistema proteccionista vaya subiendo, y descienda, en cambio, el del comercio libre.

Hasta ahora, la demanda de artículos de subsistencia, causada por la primitiva prosperidad de las fábricas, por la realización de grandes obras públicas y por el enorme aumento de la producción agrícola, así como por ciertas aberraciones, ha mantenido a un desusado nivel los precios de los productos agrícolas; puede preverse, sin embargo, con una cierta confianza, que en el curso de los próximos años descenderán con respecto al nivel promedio tanto como hasta ahora estuvieron por encima de él. La mayor parte del incremento de capital americano, desde la promulgación del *bill* de compromiso, ha afluido a la agricultura, y sólo ahora empieza a ser productivo. Mientras, por una parte, la producción agrícola se ha elevado considerablemente, en otros aspectos la demanda desciende también de modo insólito: *primero,* porque las obras públicas no se realizan ahora con la misma extensión que antes; *segundo,* porque, a consecuencia de la competencia exterior, la población fabril no puede aumentar de modo considerable, y *tercero,* porque la cifra de producción de algodón se ha adelantado de tal modo a la del consumo que los cultivadores de algodón se ven obligados, por los bajos precios de este artículo, a producir por sí mismos aquellos artículos alimenticios que hasta entonces recibían de los estados del centro y del oeste. Si a esto se añaden abundantes cosechas, los estados centrales y occidentales padecerán un exceso de productos semejante al que padecieron también antes de la tarifa de 1828. Ahora bien, las mismas causas tienen que producir los mismos efectos; es decir, los agricultores de los estados centrales y occidentales tienen que volver de nuevo a la idea de que sólo

puede aumentar la demanda de productos agrícolas por el incremento de la producción manufacturera del país, y que este aumento sólo puede conseguirse mediante la extensión del sistema protector. Mientras que, de este modo, aumenta a diario el número y la influencia del partido proteccionista, el grupo opuesto pierde importancia en la misma proporción, puesto que los cultivadores de algodón, en estas circunstancias modificadas, necesariamente llegarán a advertir que el aumento de la población manufacturera del país y el incremento de la demanda de productos agrícolas y materias primas coinciden con su propio interés.

Como, según hemos demostrado, los cultivadores de algodón y los demócratas de Norteamérica se habían esforzado afanosamente por oponerse a los intereses mercantiles de Inglaterra, por este lado no existía de antemano ninguna posibilidad para el señor Poulett Thompson de mostrar su arte en la diplomacia comercial.

De distinto modo se presentaban las cosas en Francia. Este país persistía aún en el sistema prohibitivo. Ciertamente muchos de los funcionarios y diputados propensos a esta teoría eran favorables a una expansión de las relaciones comerciales entre Inglaterra y Francia; también la alianza existente con Inglaterra prestaba a esta opinión alguna popularidad; pero en qué forma podía alcanzarse ese fin, era algo que no se comprendía suficientemente y en ningún aspecto se veía claro en la cuestión. Parecía evidente e indiscutible que los aranceles elevados sobre los artículos de subsistencia y las materias primas extranjeras y la exclusión de la hulla inglesa y del lingote de hierro inglés, influían muy desfavorablemente sobre la industria francesa, y que un aumento en la exportación de vinos, licores y artículos de seda sería ventajoso por demás para Francia. Por otra parte, se limitaban a declamaciones generales sobre los inconvenientes del sistema protector. Atacar a éste en especial, no parecía por lo menos muy aconsejable en aquella época, puesto que el gobierno de Julio tenía su más importante apoyo en la burguesía adinerada, que en su mayor parte cooperaba en las grandes empresas fabriles.

En semejantes circunstancias, el señor Poulett Thompson proyectó un plan de operaciones que hace honor a su finura y destreza diplomática. Envió a un profesor particularmente diestro en el manejo de la pluma, muy competente en materia de comercio e industria y en la política mercantil francesa, y muy apreciado por su ideas liberales, el doctor Bowring, quien después de recorrer Francia visitó también Suiza, con objeto de reunir en las localidades adecuadas materiales que le procu-

rasen argumentos en favor del librecambio y en contra del sistema prohibitivo. El doctor Bowring despachó el encargo con la destreza y habilidad que le eran peculiares. Principalmente presentó a una luz favorable las citadas ventajas de un tráfico más libre entre los dos países respecto a la hulla, el lingote de hierro y los vinos y licores. En el informe que publicó, limita su organización principalmente a esos artículos; por lo que se refiere a los demás ramos de la industria sólo da noticias estadísticas sin detenerse en hacer demostraciones a sugerencia de cómo podían ser exaltadas mediante el libre comercio con Inglaterra.

El doctor Browing procedió conforme a la instrucción a él comunicada por el señor Poulett Thompson, quien la había redactado con desusado arte y atrevimiento, siendo publicada como prefacio del citado informe. En esa pieza expresa el señor Thompson los principios más liberales, y con gran detalle se expresa acerca de la inverosimilitud de que se logre un éxito importante como consecuencia de las negociaciones con Francia. Esta instrucción era muy apropiada para no alarmar los poderosos intereses de la industria algodonera y lanera de Francia, respecto a los propósitos de Inglaterra. Según el señor Thompson sería insensato reclamar importantes concesiones. En cambio, da una idea de cómo podría llegarse antes al mismo fin, preocupándose de los artículos de importancia secundaria. No se alude concretamente en la instrucción a estos artículos *menos importantes*, pero la ulterior experiencia realizada por Francia ha puesto de relieve lo que el señor Thompson pensaba con ello. En la época en que fue redactada esa instrucción era de *importancia secundaria* la exportación de *hilados* y *tejidos de lino* de Inglaterra a Francia.

El gobierno francés, animado por las ideas y consideraciones del gobierno inglés y de sus agentes, y por la opinión de que Inglaterra haría una concesión poco importante, pero en definitiva muy ventajosa para Francia, rebajó de tal modo los aranceles sobre el hilo y el tejido de lino, que dadas las grandes mejoras realizadas por los ingleses en esta rama industrial no otorgaron ya protección alguna a la industria francesa, de manera que en los años siguientes aumentó de un modo insospechado la exportación de Inglaterra a Francia en estos artículos (1838: 32 millones de francos), y que Francia, en virtud del avance realizado por Inglaterra, quedó en peligro de perder su industria del lino, que se cifraba en varios cientos de millones, en perjuicio de su agricultura y del bienestar de toda la población rural, sin que se preocupara de tomar disposiciones para poner freno a la competencia inglesa mediante una elevación del arancel.

Es evidente que Francia fue engañada por el señor Poulett Thompson. Ya en el año 1834 había previsto éste el auge de la fabricación de lienzos en Inglaterra, a consecuencia de los nuevos inventos allí realizados y había contado, al hacer esa operación, con la ignorancia en que el gobierno francés estaba respecto de esos inventos y de sus consecuencias necesarias. Ahora, los que idearon esa rebaja arancelaria quieren hacer creer al mundo que con ello se ha pretendido otorgar una concesión a los fabricantes de lienzo belga. Pero ¿justificaría esto su falta de información sobre los progresos ingleses y de previsión de sus necesarias consecuencias? Sea como quiera, lo cierto es que Francia, en castigo por haber cedido a Inglaterra la mayor parte de su fabricación de lienzo, se tiene que proteger de nuevo, y que el primer ensayo de la época más reciente para ensanchar la libertad mercantil entre Inglaterra y Francia está ahí como un monumento indestructible de la osadía inglesa y de la inexperiencia francesa —como un nuevo Tratado de Methuen, como un segundo Tratado de Eden.

¿Que hizo, sin embargo, el señor Poulett Thompson, cuando se dio cuenta de las quejas de los fabricantes de lienzo franceses y de la propensión del gobierno francés a reparar el error cometido? Hizo lo que el señor Huskisson había hecho antes que él: amenazar con la exclusión de los vinos y artículos de seda franceses. Tal es el cosmopolitismo inglés. Francia debe dejar perder una industria perfectamente vinculada con la economía entera de las clases modestas y, en particular, con la agricultura, cuyos productos se cuentan entre los artículos de primera necesidad de todas las clases, y que en conjunto importan tres o cuatrocientos millones, para comprar el privilegio de poder vender a Inglaterra algunos millones en vinos y artículos de seda más que hasta entonces. Prescindiendo de esta desproporción de valor, pensemos en qué situación quedaría Francia si, a consecuencia de una guerra, quedaran interrumpidas las relaciones comerciales entre las dos naciones; si Francia no pudiera vender a Inglaterra su excedente de artículos de seda y vinos, y, al mismo tiempo, careciera de un artículo tan vital e importante como el lienzo.

Si se piensa en ello advertiremos que la cuestión de esos paños no es un problema de bienestar económico sino, más bien, una cuestión de independencia y poderío de las naciones, como todo lo que se relaciona con la energía manufacturera nacional.

En realidad es como si el espíritu inventivo en el perfeccionamiento

de la fabricación de lino se hubiera impuesto la misión de hacer comprender a las naciones la naturaleza de la industria, sus relaciones con la agricultura y su influencia sobre la independencia y poderío de los Estados, poniendo de relieve los equivocados argumentos de la teoría. Como es sabido, afirma la escuela que cada nación posee en los distintos ramos alimenticios ciertas excelencias peculiares a ellos asignadas por la naturaleza o por el curso de su educación, excelencias que se compensan en el librecambio. En un capítulo anterior hemos ofrecido la prueba de que este argumento sólo es verdadero en la agricultura, donde la producción depende en gran parte del clima y de la productividad de la tierra, pero no en la industria manufacturera, en la que todas las naciones de clima templado se hallan en iguales condiciones, en el supuesto de que posean los elementos auxiliares de carácter material, espiritual, social y político necesarios para ello. Si algún pueblo tiene una vocación actual a ese respecto por sus experiencias y aspiraciones anteriores y por sus recursos naturales, para la fabricación de lienzo, son los alemanes, los belgas, los holandeses, los franceses del norte. Desde hace un milenio se encuentran en posesión de esas peculiaridades. En cambio los ingleses, hasta mediados del pasado siglo hicieron unos progresos tan mezquinos, que tenían que importar del extranjero una gran parte del lienzo que necesitaban. Sin los aranceles protectores que en aquella época otorgaron a esa industria, nunca les hubiera sido posible abastecer su propio mercado y sus propias colonias con lienzos fabricados por ellos mismos, y como es sabido, lord Castlereagh y lord Liverpool probaron en el Parlamento que sin protección, las manufacturas lineras irlandesas no hubieran podido competir con las alemanas. Hoy vemos, sin embargo, cómo, a causa de su invento, los ingleses amenazan con monopolizar la fabricación de lino de Europa entera, a pesar de que cien años atrás eran los peores fabricantes europeos de esas telas, lo mismo que desde hace cincuenta años han monopolizado el mercado de algodón en las Indias orientales, a pesar de que hace cien años ni una sola vez hubieran podido sostener la competencia en su propio mercado por los fabricantes de algodón en las Indias orientales.

Actualmente se discute en Francia cómo se entiende que Inglaterra haya realizado en los últimos tiempos tan considerables avances en materia de fabricación de lino, cuando Napoleón ofreció algodón, y los mecánicos y fabricantes franceses se habían ocupado de este tema antes que los ingleses. Se pregunta si poseen más talento mecánico los ingleses

que los franceses. Ofrécense todo género de explicaciones, pero no la más exacta y natural. Es absurdo atribuir a los ingleses un talento mayor para la mecánica y una mayor destreza y laboriosidad para la industria que a los alemanes o a los franceses. Antes de Eduardo III eran los ingleses los seres más inútiles de Europa; a la sazón no se les hubiera ocurrido compararse con los italianos y los belgas o con los alemanes en orden al talento mecánico y a la destreza industrial. Desde entonces, su gobierno empezó a cultivarse, y poco a poco han llegado a negar su capacidad industrial a sus propios maestros. Si en la maquinaria para la fabricación de lienzo los ingleses han realizado en los veinte últimos años progresos más rápidos que todas las demás naciones, y en particular que los franceses, ello se debe: *1o.* a que en punto a mecánica se hallaban más adelantados; *2o.* a que en la hilatura del lino y en el tejido y en la hilatura y tejido de algodón se hallaban también más adelantados; *3o.* a que, como consecuencia de su anterior política comercial, poseían mayores capitales que los franceses; *4o.* a que como consecuencia de su política mercantil, su mercado interior para los artículos de lino era mucho más extenso que el francés, y, finalmente, *5o.* a que sus aranceles protectores, unidos a las citadas circunstancias, ofrecían al talento mecánico del país mayor estímulo y mayores medios de consagrarse al perfeccionamiento de esta rama industrial.

Los ingleses han dado con sus nuevos rendimientos en la industria del lino un ejemplo incontrovertible de las normas que hemos presentado y comentado en otro lugar, a saber: que en la manufactura, las distintas ramas se hallan entre sí en relación recíproca estricta; que el perfeccionamiento de una rama prepara y estimula el de todas las ramas restantes; que ninguna de ellas puede ser descuidada sin perjudicar todas las demás; que, en resumen, la energía manufacturera integral de una nación constituye un todo indisoluble.

XXXIV. LA SUPREMACÍA INSULAR Y LA UNIÓN MERCANTIL ALEMANA

DURANTE los últimos veinte años Alemania ha experimentado en sí lo que es una gran nación en nuestros días sin una buena política comercial, y lo que puede ser con una política comercial adecuada. Este país era lo que Franklin dijo en cierta ocasión del estado de Nueva Jersey, un tonel llevado y traído de una parte a otra por sus vecinos. No contenta con haber arruinado a los alemanes la mayor parte de sus fábricas y de suministrarles enormes cantidades de artículos de lana y algodón y productos coloniales, Inglaterra rechazó de sus fronteras los cereales y la madera alemanes e incluso la lana alemana. Hubo un tiempo en que la venta de artículos manufacturados de Inglaterra a Alemania era diez veces mayor que la realizada a su preciadísimo imperio de las Indias Orientales; sin embargo, el insular que todo lo monopolizaba, ni siquiera otorgó a los pobres alemanes lo que concedía al sumiso hindú —la posibilidad de pagar en productos agrícolas los artículos manufacturados que precisaban. En vano se rebajaron los alemanes a la categoría de aguadores y leñadores de los británicos; se les trataba peor que a un pueblo sojuzgado. Lo mismo las naciones que los individuos, en cuanto se dejan maltratar por *uno,* son objeto de burla de *todos* y, por último, el hazmerreír de los niños. No satisfecha Francia con vender a Alemania inmensas cantidades de vino, aceite, seda y artículos de moda, perjudicó también a los alemanes como vendedores de ganado, cereales y lino. Incluso una provincia marítima antes alemana y habitada por alemanes, que había sido rica y potente por Alemania y que por toda la eternidad sólo puede subsistir con ella, bloqueó por espacio de media generación, valiéndose de lamentables giros, el mejor río de Alemania. Para colmo de vergüenza, cien cátedras enseñaron cómo las naciones sólo pueden lograr riqueza y poderío a base de una libertad general de comercio.

Así sucedió, y ¿qué ocurre ahora? Alemania ha progresado en el curso de diez años en bienestar e industria, en sentido de nacionalidad y en energía nacional por un siglo entero. Y ¿cuál fue la causa? Que cayeran las barreras que separaban unos alemanes de otros fue, ya, bueno y

saludable; pero si la nación se hubiera limitado a tener paciencia, la industria del país hubiera continuado permaneciendo desamparada frente a la competencia extranjera. Fue principalmente la protección que el sistema arancelario de la federación otorgó a los artículos manufacturados de consumo general, lo que obró ese milagro.

Reconozcamos —el doctor Bowring lo ha expuesto de modo incontrovertible—[1] que la tarifa de la Unión no impone, según se afirma, meros aranceles sobre la importación; que no se limita al 10 o al 15 por ciento, como Huskisson creía; digamos abiertamente que en relación con los artículos manufacturados de consumo general los aranceles protectores alcanzan de un 20 a un 60 por ciento.

¿Cuál ha sido el efecto de estos aranceles protectores? Pagan los consumidores por sus artículos manufacturados alemanes del 20 al 60 por ciento más que antes por los extranjeros, como debía ocurrir según la teoría? ¿Son estos artículos peores que los extranjeros? De ningún modo. El doctor Bowring mismo aduce testimonios según los cuales los artículos manufacturados protegidos por una elevada tarifa y la seguridad contra la competencia destructora del extranjero han operado ese milagro del que la Escuela no sabe ni quiere saber nada. No es verdad, por consiguiente, lo que la Escuela afirma; que el arancel protector encarece los artículos nacionales por el importe del arancel protector. Durante un breve tiempo puede dar lugar a encarecimiento, pero en una nación apta para la energía fabril, la protección pronto tiene que dar lugar a que los precios bajen, por efecto de la competencia nacional, mucho más de lo que lo hubieran hecho en el caso de importación libre.

¿Acaso la agricultura ha padecido con estos elevados aranceles? En modo alguno: ha ganado, se ha hecho diez veces mayor desde los últimos diez años. La demanda de productos agrícolas se ha incrementado, los precios de los mismos han aumentado considerablemente; es notorio que sólo a consecuencia del auge de las fábricas nacionales el valor de la tierra ha aumentado del 50 al 100 por ciento; que se pagan mejores salarios; que en todas partes se ponen en vigor o se proyectan mejoras de transporte.

Tan magníficas experiencias necesariamente habían de estimular a la realización de esos progresos en el sistema inicial; también varios esta-

[1] Informe sobre la Unión Aduanera alemana, al lord Vizconde de Palmerston, por John Bowring, Berlín, 1840.

dos de la Unión han registrado ciertos avances, pero no pudieron afianzarlos porque, según parece, algunos otros Estados de la Unión esperan salvarse tan sólo por la abolición de los aranceles ingleses sobre los cereales y las maderas —porque, se dice, aún hay personas influyentes que creen en el sistema cosmopolita y desconfían de la propia experiencia. El informe del doctor Bowring nos da alguna idea de las circunstancias de la Unión mercantil alemana, y sobre la táctica del gobierno inglés. Tratemos de esclarecer dicho escrito.

En primer lugar tenemos que poner de manifiesto un punto de vista desde el cual ha sido escrito. El señor Labouchère, presidente del Departamento de Comercio bajo el ministerio de Melbourne, había enviado a Alemania al doctor Bowring con el mismo propósito con que el señor Poulett Thompson, en el año 1834, lo habían delegado a Francia. Así como todos los franceses habían hecho concesiones respecto a los vinos y licores, así, mediante concesiones relativas a los cereales y a la madera, debía inducirse a los alemanes a abrir su mercado interior a las manufacturas inglesas; ahora bien, entre las dos misiones existía una gran diferencia: que la concesión ofrecida a los franceses no estaba sujeta a contradicción ninguna en Inglaterra, mientras la que se ofrecía a los alemanes tenía que ser conquistada en Inglaterra misma.

La tendencia de ambos informes forzosamente tenía que ser distinta. El informe sobre las relaciones comerciales entre Francia e Inglaterra estaba dirigido exclusivamente a los franceses. Precisaba decirles que Colbert, con sus medidas protectoras, no había logrado nada de interés; tenía que hacer creer que el Tratado de Eden era útil para Francia y que el sistema continental, lo mismo que su actual sistema prohibitivo, resultaban desusadamente perjudiciales. Era preciso mantenerse por completo en la observancia de la teoría de Adam Smith; los éxitos del sistema protector tenían que ponerse en tela de juicio de un modo amplio y absoluto.

La cuestión no era tan sencilla en el último informe; en él se trataba de convencer por igual a los terratenientes ingleses y a los gobiernos alemanes. A aquéllos había que decirles: Ved ahí una nación que, a consecuencia de sus medidas protectoras, ha hecho ya incomparables progresos en su industria, y que en posesión de los medios necesarios avanza con largos pasos a conquistar su mercado interior y a competir con Inglaterra en los mercados exteriores; esto, vosotros *tories* de la Cámara

alta, nobles rurales de la Cámara baja, es vuestra maldita obra; esto es lo que ha traído consigo vuestra insensata ley cerealista; en efecto, en su virtud se mantuvieron bajos los precios de artículos de primera necesidad, de las materias primas y salarios obreros en Alemania; por esta razón las fábricas alemanas han quedado en ventaja frente a las inglesas. Apresuraos, pues, a derogar esa ley cerealista, y no seais insensatos. Con ello perjudicaréis doble y triplemente a las fábricas alemanas; en primer lugar, elevando en Alemania los precios de los artículos de subsistencia, materias primas y salarios, y disminuyéndolos, en cambio, en Inglaterra; en segundo lugar, porque mediante la exportación de cereales alemanes hacia Inglaterra se favorece la exportación de artículos manufacturados ingleses; en tercero, porque la Unión Mercantil aduanera se declara propensa a rebajar los aranceles que pesan sobre los artículos de algodón y de lana en la misma proporción en que Inglaterra favorezca la importación de cereales y madera de Alemania. Así, es inexcusable que los británicos volvamos a hacer sentir nuestra presión a las fábricas alemanas. Pero las cosas se precipitan. Cada año los intereses fabriles ganan más influencia en la Unión, y si perdéis el tiempo la abolición de la ley cerealista llegará demasiado tarde. Antes de que transcurra mucho tiempo se vencerá el fiel de la balanza. Pronto las fábricas alemanas producirán una demanda tan grande de productos agrícolas, que Alemania no podrá ya vender más cereales al extranjero. ¿Qué concesiones podréis hacer entonces a los gobiernos alemanes para animarles a destruir sus propias fábricas, con objeto de impedir que hilen su mismo algodón y, por añadidura, perjudiquen a vuestros propios mercados extranjeros?

Todo esto tenía que hacerlo entender el informador a los terratenientes que tomaban asiento en las Cámaras. Las formas de la administración británica no permiten informes secretos. El del doctor Bowring tenía que hacerse público, y llegó a conocimiento de los alemanes en forma de traducciones y extractos. No era preciso, pues, hablar una lengua nueva que pusiera a los alemanes en conocimiento de sus verdaderos intereses. Con este objeto todos los medios destinados a producir un efecto en el Parlamento tenían que ir acompañados de un antídoto para los gobiernos alemanes, afirmándose que a consecuencia de las medidas protectoras gran parte del capital alemán fluía por canales equivocados; que los intereses agrícolas de Alemania resultaban perjudicados por el sistema proteccionista; que dichos intereses sólo debían dirigir sus miradas hacia los mercados extranjeros; la agricultura era, en Alemania, con gran

ventaja, el ramo principal de alimentación, puesto que tres cuartas partes de los habitantes de Alemania eran agricultores; era, pues, pura palabrería hablar de protección para los productores; el interés de la manufactura misma sólo podía subsistir por la competencia extranjera; la opinión pública de Alemania reclamaba la libertad comercial; la inteligencia estaba demasiado difundida en Alemania para que pudiera abrirse paso el deseo de elevados aranceles. Los hombres más perspicaces del país eran favorables a una disminución de los aranceles para las telas de lana y algodón *"en caso de que se redujeran los aranceles ingleses sobre cereales y madera"*.

En resumen, en este informe se escuchan dos voces distintas, que luchan entre sí como si fuesen dos adversarios. ¿Cuál de las dos es la verdadera: la que habla al Parlamento o la que se dirige a los gobiernos alemanes? La contestación no es nada difícil; todo cuanto el doctor Bowring presenta, con objeto de estimular al Parlamento para que reduzca los aranceles de importación sobre los cereales y la madera, está documentado con hechos estadísticos, cálculos y testimonios, mientras que lo que ofrece para desviar los gobiernos alemanes del sistema proteccionista se limita a meras afirmaciones superficiales. Examinemos, ahora, en detalle, los argumentos que el doctor Bowring presenta al Parlamento para demostrar que si no se pone coto a los progresos del sistema proteccionista alemán en la forma que él propone, el mercado de artículos manufacturados de Alemania quedará para Inglaterra irremisiblemente perdido.

El pueblo alemán se caracteriza, dice el doctor Bowring, por su ponderación, ahorro, laboriosidad e inteligencia. Goza de las ventajas de una enseñanza general. Magníficas escuelas politécnicas ensanchan los conocimientos técnicos por todo el país. El arte del dibujo se halla en dicha nación más cultivado que en Inglaterra. El fuerte incremento anual de su población, de su ganadería y, en particular, del ganado lanar, prueban el auge: que experimenta la agricultura (para nada se cita el alza de los valores de los bienes, como elemento principal, y tampoco el alza de los precios de los productos). Los salarios obreros se han elevado en los distritos fabriles en un 30 por ciento; el país tiene superabundancia de energía hidráulica no explotada, la más barata de todas las fuerzas motrices. La minería se encuentra por doquier a un nivel insuperable. Desde el año 1832 se han registrado los siguientes aumentos:[2]

[2] Nos limitamos a dar cifras redondas.

La importación de *algodón en rama*	118 000	quintales	a	240 000	quintales	
La importación de *hilados de algodón,* de	172 000	″	″	322 000	″	
La exportación de *artículos de algodón*	26 000	″	″	75 000	″	
El número de *telares de algodón* en Prusia (1825) de	22 000	″	″	32 000	″	(1834)
La importación de *lana de* oveja, de	99 000	″	″	195 000	″	
La exportación de *lana de oveja,* de	100 000	″	″	123 000	″	
La importación de *telas de lana,* de	15 000	″	″	18 000	″	
La exportación de *telas de lana,* de	49 000	″	″	69 000	″	

La *industria textil del lino* tenía que luchar denodadamente contra los elevados aranceles en Inglaterra, Francia e Italia, y no está en proceso de aumento; en cambio, la importación de hilo de lino ha aumentado de 30 000 quintales (1832) a 86 000 quintales (1835), principalmente por la aportación de Inglaterra que continúa creciendo;

De *índigo* se consumieron en 1837 24 000 quintales, prueba evidente del incremento de la industria alemana;

La exportación de artículos de *alfarería* se ha más que duplicado de 1832 a 1836;

La importación de *loza* ha descendido de 5 000 a 2 000 quintales y la exportación ha ascendido de 4 000 a 18 000 quintales;

La importación de *porcelana* ha disminuido de 4 000 a 1 000 quintales y la exportación se ha elevado de 700 a 4 000 quintales;

La producción de *hulla* ha aumentado de 6 millones de toneladas prusianas (1832) a 9 millones (1836);

En 1816 se contaban en Prusia 8 millones de reses de *ganado lanar* en 1837 15 millones;

El número de *máquinas para la confección de géneros de punto* era en 1837 de 14 000, en 1836 de 20 000;

De 1831 a 1837 el número de las *hilaturas de lana* y de los husos en Sajonia había subido a más del doble; por doquier surgieron *fábricas de maquinaria,* y muchas lograron alcanzar una situación floreciente.

En resumen, en todas las ramas de la industria, en cuanto disfrutaron de protección, ha realizado Alemania incomparables progresos, particularmente en los artículos de lana y algodón de uso común, cuya importación de Inglaterra ha cesado por completo. Igualmente el doctor Bowring, a consecuencia de un informe fidedigno que le han dado a conocer, reconoce "que el precio de las telas prusianas es manifiestamente más bajo que el de las inglesas; que si algunos colores son inferiores a los tintes ingleses, otros, en cambio, son perfectos e insuperables; que la hilatura, el tejido y todos los procesos de preparación son perfectamente equiparables a los británicos; que en materia de apresto se advierte un cierto retraso, pero semejante defecto, todavía existente, desaparecerá con el tiempo".

Fácilmente se comprende cómo con tales representaciones el Parlamento inglés había de verse inducido a renunciar a su ley cerealista que desde entonces ha influido sobre Alemania como un sistema protector; pero nos parece inconcebible en alto grado cómo la Unión alemana que a consecuencia del sistema protector ha realizado tan incomparables progresos, podía ser animada por ese informe para renunciar a un sistema tan fecundo.

El doctor Bowring nos asegura ciertamente que la industria alemana quedará protegida a expensas de la agricultura; ¿cómo conceder, sin embargo, crédito a sus palabras si vemos que la demanda de productos agrícolas, los jornales, las rentas, el valor de las tierras ha aumentado considerablemente y con carácter general, sin que el agricultor tuviese que pagar más que antes por los productos manufacturados que necesita?

El doctor Bowring nos presenta un cálculo según el cual en Alemania por cada industria hay tres agricultores; pero precisamente con esto nos convence de que el número de industriales alemanes no se encuentra en proporción correcta con el número de agricultores en dicho país, y no comprendemos porque otro procedimiento puede lograrse un equilibrio sino extendiendo la protección a aquellas industrias que actualmente en Inglaterra pueden explotarse para el mercado alemán por gentes que consumen productos agrícolas ingleses y no alemanes.

Asegura también el doctor Bowring que la agricultura alemana tiene que posar sus miradas en el extranjero si quiere aumentar la venta de sus productos; pero que una gran demanda de productos agrícolas sólo puede lograrse mediante una floreciente industria nacional, nos lo en-

seña no sólo la experiencia de Inglaterra, sino el mismo testimonio implícito del doctor Bowring, cuando asegura en su informe que si Inglaterra dilata durante algún tiempo la abolición de su ley cerealista, Alemania no tendrá que vender cereales ni madera en el extranjero.

El doctor Bowring tiene razón, ciertamente, cuando afirma que los intereses agrícolas siguen predominando en Alemania, pero precisamente por ello, porque predominan, tal como hemos demostrado en capítulos anteriores, debe tratarse de obtener un exacto equilibrio propulsando los intereses industriales, *porque la prosperidad de la agricultura radica en el equilibrio con los intereses industriales, pero no en el absoluto predominio de aquélla.*

Parece hallarse en pleno error el informador cuando pretende que los intereses industriales alemanes reclaman la competencia extranjera en los mercados de su país, porque las manufacturas alemanas, tan pronto como estén en condiciones de abastecer sus propios mercados, entraron en competencia con sus excedentes de producción, respecto a las manufacturas de otros países, concurrencia que sólo puede subsistir cuando la producción barata contradice la esencia del sistema protector, puesto que este sistema tiende a garantizar elevados precios a los industriales. En este argumento hay tantos errores e inexactitudes como palabras. El doctor Bowring no negará que el fabricante podrá abaratar tanto más los precios de sus productos cuanto más copiosa sea su producción, esto es, que una energía industrial que de antemano domina el mercado propio puede producir más barato para el extranjero. La prueba de ello se encuentra en las mismas tablas que él ha comunicado para probar los progresos de la industria alemana; en efecto, en la misma proporción en que las fábricas alemanas han tomado posesión de su mercado interior ha aumentado también su exportación de artículos manufacturados. Además, la experiencia más reciente de Alemania, lo mismo que la antiquísima experiencia inglesa, enseña que los elevados precios de los artículos industriales no son, en modo alguno, una consecuencia necesaria de la protección. Finalmente la industria alemana dista mucho todavía de abastecer el mercado interior. Para llegar a ello debe fabricar todavía los 13 000 quintales de artículos de algodón y los 18 000 quintales de artículos de lana y los 500 000 quintales de hilo de algodón y de lino que en la actualidad se importan de Inglaterra. Pero cuando llegue a ese límite, tendrá que importar por sí sola medio millón de quintales de algodón en rama más que antes; tendrá que iniciar relaciones directas

con los países de la zona cálida, y habrá de pagar parte de estos artículos necesarios, si no todos *con artículos industriales propios.*

La idea del informador, según la cual en Alemania la opinión pública es librecambista, debe rectificarse en el sentido de que desde la fundación de la Unión mercantil se ha llegado a adquirir una clara idea de lo que en Inglaterra se comprende bajo la denominación de librecambio. "Desde este tiempo —como él mismo dice— el sentido de la nación alemana se ha trasladado desde el sector de la esperanza y de la fantasía hasta el de los intereses positivos y materiales."

Tiene razón el informador cuando dice que la inteligencia está muy extendida entre el pueblo alemán: precisamente por ello se ha cesado en Alemania de estar pendiente de ensueños cosmopolitas —ahora se piensa por cuenta propia, se descansa en el propio juicio, en la propia experiencia, en la sana razón humana, más que en los sistemas unilaterales contrarios a toda experiencia, y se empieza a comprender por qué Burke declaraba en confianza a Adam Smith que "una nación no puede regirse por sistemas cosmopolitas, sino por el convencimiento profundamente arraigado de sus especiales intereses nacionales". En Alemania se desconfía de los consejeros que hablan, a la vez, con frialdad y con ardor; se saben apreciar las ventajas y consejos de los competidores industriales, y finalmente se recuerda en Alemania, tantas veces como se trata de ofertas inglesas, el conocido caso de las Danaes portadoras de regalos.

Por estas razones es dudoso que un influyente estadista alemán tome en serio la esperanza del informador según la cual Alemania renunciará, en favor de Inglaterra, a su política protectora, a cambio de la mísera concesión de importar hacia Inglaterra pequeñas cantidades de cereales y maderas. La opinión pública alemana duraría mucho de clasificar semejantes estadistas entre las personas *sensatas*. Para merecer actualmente en Alemania ese predicado no basta con haber aprendido de corrido las formas de dicción y argumentos banales de la escuela cosmopolita; se exige que un estadista conozca las energías y necesidades de la nación y, sin preocuparse de los sistemas escolásticos, se esfuerce por desarrollar aquéllas y por satisfacer éstas. Un desconocimiento de dichas energías y necesidades delataría a quien ignorase qué inconmensurables esfuerzos son necesarios para exaltar la industria nacional al grado que hoy alcanza la alemana; a aquel que no pueda hacer previsiones conforme al espíritu y la grandeza de su futuro; que de tal modo defraude la confianza puesta por los industriales alemanes en la sabiduría de sus

gobiernos, y que haya podido herir tan profundamente el espíritu de empresa de la nación; que no esté en condiciones de ponderar cuán precario es en tiempos normales, el mercado de cereales y madera del exterior; con qué facilidad podrían derogarse concesiones análogas; qué convulsiones van ligadas con la interrupción de este tráfico, a consecuencia de las guerras o de medidas hostiles adoptadas por el exterior; que no haya aprendido en el ejemplo de otros grandes Estados hasta qué punto la existencia, autonomía y potencialidad de una nación se hallan condicionadas por la posesión de una energía manufacturera propia, desarrollada en todas sus partes.

Realmente se tendría en muy poco el espíritu de nacionalidad y de unidad que desde 1830 se ha desarrollado en Alemania, si se creyese con el informador que la política de la Liga ha de seguir los intereses particulares de Prusia, porque las dos terceras partes de la población son prusianas; los intereses de Prusia exigen la exportación de cereales y madera hacia Inglaterra; su capital colocado en manufacturas es insignificante; por eso Prusia se opondrá a todo sistema que impida la exportación de manufacturas extranjeras, y todos los jefes del departamento prusiano son de esa opinión.

Dice, además, el informador al iniciar su relato: "La Liga comercial alemana es una encarnación de la idea de la unidad nacional muy extendida en este país. Si la Liga está bien dirigida, debe realizar la fusión de todos los intereses alemanes en una liga común. La experiencia de sus bondades la ha hecho popular. Es el primer paso para la germanización del pueblo alemán. Mediante intereses comunes en cuestiones comerciales ha abierto paso a la nacionalidad política, y en lugar de opiniones, prejuicios y costumbres, ha puesto un elemento más amplio y fuerte de nacionalismo alemán". ¿Cómo puede compaginarse con estas advertencias, perfectamente exactas, la opinión de que Prusia sacrificará la independencia y grandeza futura de la nación a consideraciones rastreras sobre sus presuntos intereses privados, que en todo caso lo son de modo momentáneo, y la idea de que Prusia no advierte que Alemania subirá o caerá con su política mercantil nacional, en idéntica medida que Prusia misma suba o caiga con Alemania? ¿Cómo puede estar de acuerdo con la opinión según la cual los jefes de departamento son contrarios al sistema protector, el hecho de que los elevados aranceles proteccionistas han salido de Prusia? Estas contradicciones y la circunstancia de que el informador describe tan admirablemente el estado y los progresos de la

industria sajona ¿no da lugar a la sospecha de que quiere despertar los celos de Prusia?

Sea como quiera, no deja de ser extraño que el doctor Bowring haga tanto hincapié en las manifestaciones privadas de los jefes de departamento; él, un publicista inglés, que, sin embargo, conoce la fuerza de la opinión pública, y debería saber que en nuestros días las opiniones privadas de los jefes de departamento, incluso en los Estados no constitucionales, significan poco cuando están en pugna con la opinión pública y los intereses materiales de la nación entera, y más aún si implican retrocesos que ponen en peligro el conjunto de la nacionalidad. El informador advierte esto perfectamente cuando, en la página 98 de su informe, dice: "El gobierno prusiano, análogamente al inglés cuando se trató de la abolición de la ley cerealista inglesa, ha podido comprobar hasta la saciedad que las opiniones de los organismos públicos no logran penetrar en todas partes; habría que considerar, por consiguiente, la conveniencia de admitir cereales y madera alemanes, en el mercado inglés, aun sin concesiones por parte de la Liga alemana, ya que de este modo se abriría automáticamente a las mercancías inglesas el camino en los mercados alemanes". Esta opinión es muy exacta, ciertamente. El doctor Bowring declara que la ley cerealista inglesa ha hecho crecer la industria alemana, la cual sin esa ley nunca se hubiera robustecido, y que, por consiguiente, la abolición de dicha norma legal no sólo detendría el ulterior desarrollo de la industria alemana, sino que incluso lo haría retroceder, suponiendo que los aranceles alemanes quedaran en tal caso como están. Ahora bien, como la legislación inglesa ha distanciado la agricultura alemana con respecto a las manufacturas inglesas; como Alemania desde hace veinte años, ha emprendido la senda de su perfeccionamiento industrial y ha realizado, con ese objeto, imponderables sacrificios, denotaría una absoluta ceguera política si ahora, Alemania, al quedar abolida la ley cerealista inglesa, renunciara a proseguir su gran desarrollo nacional. Incluso tenemos la firme convicción de que en semejante caso Alemania debería elevar sus aranceles protectores en la misma proporción en que las fábricas inglesas se hallan aventajadas, con respecto a Alemania, por la abolición de la ley cerealista. Durante largo tiempo, Alemania no puede seguir frente a Inglaterra ninguna otra política sino la de una nación manufacturera menos avanzada, que procura con toda energía elevarse al mismo nivel que esa otra nación manufacturera más progresiva. Toda otra política o norma envuelve un peligro

para la nacionalidad alemana. Si los ingleses necesitan cereales o madera de otros países, pueden obtenerlos de Alemania o de donde quieran, pero no por ello dejará Alemania de proteger los progresos que en la industria ha realizado hasta ahora, y de estimular los futuros. Si los ingleses no quieren saber nada de los cereales y de la madera alemana, tanto mejor. La industria, la navegación, el comercio exterior de Alemania se levantarán más rápidamente; el sistema de transportes de Alemania se perfeccionará con mayor rapidez; la nacionalidad alemana logrará asentarse de modo más seguro sobre su base natural. Acaso Prusia no podrá valorar a altos precios, tan rápidamente, los cereales y las maderas de sus provincias bálticas, como si Inglaterra fuera su mercado, pero si se perfeccionan los medios interiores de transporte y aumenta la demanda interior para los productos agrícolas como consecuencia del auge de las manufacturas, aumentará rápidamente la venta en aquellas provincias hacia el interior de Alemania, y cada progreso de estas provincias, basado en la venta de sus propiedades agrícolas en el propio país, resultará ganado para el porvenir; no estarán, como ahora, oscilando de un decenio a otro entre la calamidad y la prosperidad. Además como potencia, Prusia ganará enormemente mediante esta política en energía intensiva en el interior de Alemania, los valores que de momento sacrifique en las provincias orientales, o más bien lo que preste al porvenir.

Evidentemente, la finalidad principal que persigue el ministerio inglés con este informe, es la de conseguir la admisión de artículos ingleses corrientes de lana y algodón, en parte por la rebaja de las tarifas, en parte por la admisión de cereales y maderas alemanas en el mercado inglés; con ello debe abrirse la primera brecha en el sistema proteccionista alemán. Tal como hemos manifestado en un capítulo anterior, estos artículos de uso común son, con ventaja, los más importantes; constituyen el elemento fundamental de la industria nacional. El 10 por ciento de aranceles *ad valorem,* tal como evidentemente se propone Inglaterra, serían cedidos, con ayuda de los artificios habituales de una declaración baja, a la competencia inglesa, por gran parte de la industria alemana, especialmente si, a causa de las crisis mercantiles, los industriales ingleses se viesen obligados a desprenderse de sus existencias de mercaderías a cualquier precio. Así no será exagerado afirmar que la tendencia de las proposiciones inglesas está dirigida nada menos que a lograr el derrumbamiento del sistema protector alemán en su conjunto, y a convertir Alemania en una especie de colonia agrícola inglesa. Con esta finalidad

se hace observar a Prusia cómo su agricultura puede beneficiarse de la rebaja de los aranceles ingleses sobre cereales y maderas, y cuán insignificantes son, en cambio, sus intereses manufactureros. En esta opinión se ofrece a Prusia la perspectiva de una reducción de los aranceles sobre las bebidas espirituosas. También se promete que saldrán ganando algo los demás Estados, rebajándose a 5 por ciento los aranceles sobre los artículos de Nuremberg, juguetes, agua de Colonia y otras bagatelas. Este procedimiento satisface a los pequeños Estados y no cuesta mucho.

Además, se quiere imbuir a los gobiernos alemanes, mediante el informe referido, la convicción de lo ventajoso que para ellos será que Inglaterra hile para Alemania hilo de algodón y de lino. No hay duda alguna de que hasta ahora ha sido correcta la política de la Liga, en el sentido de proteger el estampado y luego el tejido, y de importar los hilados de mediana calidad y los más finos. Pero de esto no se deriva, en modo alguno, que haya de continuar siéndolo siempre. Ya hemos referido que las hilaturas, prescindiendo de su importancia sustancial, llevan consigo la ventaja inmensa de que nos ponen en relación mercantil directa con los países de la zona cálida; que, por consiguiente, ejercen una gran influencia sobre nuestra navegación y nuestra exportación de artículos manufacturados, y que ayudan a nuestras fábricas de maquinaria más que cualquier otro ramo industrial. Ahora bien, como no existe prueba alguna de que Alemania esté impedida, ni por falta de capital material, ni de inteligencia, para practicar por sí misma esta grande y fecunda industria, no comprendemos por qué razón no hemos de proteger las hilaturas de tal modo que en el curso de cinco o diez años podamos hilar la mayor parte de material necesario para fabricar las mercancías necesarias. Por elevadas que se estimen las ventajas de la exportación de cereales y de madera, nunca podrán equipararse, ni de lejos, a las que derivarán para nosotros de la hilatura. Incluso no vacilamos en expresar la presunción de que calculando el consumo de productos agrícolas y forestales derivados de la hilatura, puede comprobarse de modo incontrovertible que de este ramo manufacturero sólo pueden derivar para los terratenientes alemanes ventajas mucho mayores que las que le ofrece y puede ofrecer el mercado extranjero.

El doctor Bowring duda que Hannover, Brunschwig, los dos Mecklemburgos, Oldenburgo y las ciudades hanseáticas se afilien a la Liga, si ésta no deduce de modo radical sus aranceles sobre las importaciones. Por lo pronto de nada sirve el remedio propuesto, pues sería mucho peor

que la enfermedad. Nuestra confianza en la fecundidad del porvenir alemán no es, sin embargo, tan débil como la del informador. Del mismo modo que la Revolución de Julio ha sido saludable para la Liga mercantil alemana, así el próximo gran acontecimiento mundial hará desaparecer todas las preocupaciones accesorias que hasta ahora han impedido que estos pequeños Estados cedieran a las grandes exigencias de la nacionalidad alemana. Cuánto importa la unidad comercial de la nacionalidad, y cuánto beneficia a los gobiernos alemanes, aparte de los intereses nacionales, se ha comprobado recientemente, por vez primera, con toda eficacia, cuando en Francia se elevó clamorosa la petición del Rhin como frontera.

Día por día los gobiernos y pueblos de Alemania irán llegando, cada vez más, al convencimiento de que la unidad alemana es la roca sobre la cual ha de basarse el edificio de su bienestar, de su honor, de su potencia, de su seguridad y existencia presente, y de su grandeza futura. Cada día el apartamiento de los pequeños Estados litorales con respecto de la Unión aparecerá no sólo a los Estados que la integran, sino a ellos mismos, como un escándalo nacional, que tiene que ser evitado a cualquier costa. Por otra parte, las ventajas materiales de la unificación son para aquellos Estados incomparablemente mayores que los sacrificios requeridos. A medida que la industria manufacturera, el sistema interior de transporte, la navegación exterior y el comercio de Alemania se desplieguen de la manera más adecuada a los medios auxiliares de la nación, por medio de una sensata política mercantil, se intensificará en dichos Estados el deseo de participar inmediatamente en estas ventajas, y perderán, en consecuencia, el hábito de esperar del extranjero toda salvación.

Por lo que respecta a las ciudades hanseáticas, el espíritu de independencia burguesa y los manejos eclesiásticos de Hamburgo no nos alejará en modo alguno de nuestras esperanzas. En aquellas ciudades vive, según el testimonio del informador, un gran número de hombres que comprenden que Hamburgo, Bremen y Lübeck son y deben ser, para la nación alemana, lo mismo que Liverpool para los ingleses, y lo que Nueva York, Boston y Filadelfia son para los americanos: dichos hombres se dan cuenta de que la Liga mercantil puede ofrecer, a su tráfico mundial, ciertas ventajas que compensan ventajosamente los inconvenientes de la subordinación a las ordenanzas de la Liga, y que una prosperidad sin garantía de duración no es, en el fondo, sino una vida aparente.

¿Quiénes, entre los habitantes razonables de esos puertos, pueden

alegrarse cordialmente del creciente aumento de su tonelaje, de la constante expansión de sus relaciones mercantiles, si piensan que dos fragatas que partan de Helgoland y se sitúen en las bocas del Weser y del Elba están en condiciones de destruir en el plazo de veinticuatro horas la obra de un cuarto de siglo? La Liga podría garantizar en cambio, para todos los tiempos, la prosperidad y el progreso de estos puertos, en parte por la organización de una flota propia, en parte por medio de alianzas. Cuidará de sus pesquerías, otorgará a su flota especiales ventajas, y, con una eficiente organización consular y de tratados de comercio, protegerá y fomentará sus relaciones comerciales exteriores, en todos los países y puertos del mundo. En parte por mediación suya, se instituirán nuevas colonias y mantendrá con ellas un tráfico colonial. En efecto, una federación política de 35 millones de personas (ése será el mínimo con que cuente la Liga, por lo menos, cuando esté perfectamente integrada), en la que, por término medio, se registra un incremento demográfico anual de medio por ciento, puede prescindir con facilidad de 2 a 300 000 hombres; además, las provincias están pletóricas de habitantes cultos y educados, con peculiar tendencia a probar fortuna en lejanos países —personas que en todas partes echan raíces y se aclimatan, donde quiera que es posible roturar unas tierras salvajes, y que, por naturaleza, están llamadas a ocupar un lugar preferente entre las naciones colonizadoras y difusoras de la cultura.

El sentido de la necesidad de semejante integración de la Liga mercantil se halla tan difundido en Alemania que el informador no puede por menos de observar lo siguiente: entre los partidarios de la federación mercantil se halla generalmente extendido el deseo de poseer más costas, más puertos, más navegación, una bandera de la Liga, una flota mercantil y de guerra; pero pocos auspicios favorables existen para el auge de la Unión frente a las crecientes escuadras de Rusia, y frente a la marina mercante de Holanda y de las ciudades hanseáticas. *Contra ellas nada, ciertamente;* pero sí, en cambio, *con ellas y mediante ellas*. Es consustancial a todo poder dividir para dominar. Después que el informador ha manifestado por qué sería insensato que los Estados litorales se agruparan a la Unión, separa también los grandes puertos, para siempre, del cuerpo nacional alemán, cuando nos habla de los silos de Altona, que pueden ser peligrosos para los de Hamburgo, como si un gran Imperio comercial no pudiese hallar medios de aprovechar para sus fines los silos de Altona. Nosotros no seguimos al autor en sus sutiles deducciones; sólo deci-

mos que aplicadas a Inglaterra demostrarían que Londres y Liverpool podrían incrementar extraordinariamente su prosperidad mercantil si se separaran del organismo político inglés. Qué espíritu anima estos argumentos, lo expresa sin ambajes el informe del cónsul inglés en Rotterdam. "Nos parece de máxima importancia para los intereses comerciales de Gran Bretaña —dice el señor Alejandro Ferrier al final de su informe— que no quede sin ensayar ningún medio susceptible de mantener alejadas las citadas naciones, y, además, Bélgica, de su ingreso en la Liga aduanera, por razones que son bastante claras para que necesiten una explicación." Que hable así el señor Ferrier, y el doctor Bowring, y que los ministros ingleses actúen como los informadores proponen ¿quién podría reprocharlo? El instinto nacional inglés habla por boca de unos y actúa por medio de otros. Pero confiar en que de tal origen pueden derivarse beneficios para Alemania, es rebasar la medida tolerable de la benevolencia nacional. "Cualquier cosa que pueda acontecer —añade el señor Ferrier a las palabras referidas— *Holanda* tendrá que ser considerada en todo momento como el canal principal para las comunicaciones del Sur de Alemania con otros países." Evidentemente, bajo esa denominación de *otros países,* comprende el señor Ferrier sólo a Inglaterra, y lo que quiere decir es lo siguiente: Si la supremacía manufacturera inglesa perdiera sus *cabezas de puente alemanas* en el mar del Norte, y en el Báltico, todavía le quedaría la gran cabeza de puente de Holanda para dominar el mercado de artículos manufacturados y coloniales de la Alemania meridional. Desde nuestro punto de vista nacional, decimos y afirmamos lo siguiente: por su posición geográfica y por sus relaciones mercantiles e industriales, como por el linaje e idioma de sus habitantes, Holanda es un país alemán, una provincia alemana separada de Alemania en tiempos de descomposición nacional, y sin su restitución a la liga germánica, Alemania es comparable a una casa cuya puerta pertenece a un extranjero. Holanda pertenece a Alemania como Bretaña y Normandía a Francia, y mientras Holanda quiera formar un país propio e independiente, Alemania no podrá alcanzar autonomía y poderío, como ocurriría con Francia si aquellas provincias hubieran permanecido en manos de los ingleses. La causa de que se haya hundido el poderío mercantil de Holanda es la insignificancia del país. A pesar de la prosperidad de sus colonias, Holanda seguirá hundiéndose, porque el país es demasiado débil para subvenir a los desmesurados gastos de un poderío terrestre y marítimo de consideración. A pesar de su empeño en defender

la nacionalidad, Holanda se hundirá cada vez más profundamente en deudas. a pesar de su prosperidad colonial. A la vez es y sigue siendo un país dependiente de Inglaterra, y con su aparente independencia no hace otra cosa que robustecer la supremacía inglesa. Éste es, también, el motivo secreto de que Inglaterra haya tomado bajo su égida la restitución de la aparente independencia holandesa. Su conducta con respecto a Holanda es parecida a la de las ciudades hanseáticas. Al lado de Inglaterra, Holanda no es sino un grumete de la flota inglesa; incorporada a Alemania sería el jefe de la potencia marítima germánica. En su situación actual, Holanda no puede explotar sus posiciones coloniales como si formara una de las partes integrantes de la Liga germánica, porque es demasiado débil en los elementos necesarios para la colonización, en hombres y energías espirituales. Además, la explotación de sus colonias, en cuanto se ha realizado hasta la fecha, en su mayor parte ha dependido de la benevolencia alemana o más bien del desconocimiento de los alemanes para sus propios intereses mercantiles nacionales; en efecto, del mismo modo que todas las demás naciones otorgan a sus colonias y a los países sojuzgados, de modo preferente, su mercado de artículos coloniales, así para los holandeses no queda para èl remanente de sus mercancías sino el mercado alemán. En cuanto los alemanes adquieran el convencimiento de que quienes les suministran los artículos coloniales deben avenirse también a comprarles sus artículos manufacturados, comprenderá también claramente que está en su poder forzar a Holanda para que se anexione a la Unión Aduanera. Esta unión reportaría las máximas ventajas a ambos países. Alemania suministraría a Holanda no sólo los medios para explotar sus colonias mucho mejor que hasta ahora, sino también para establecer y adquirir nuevas colonias. Alemania favorecería preferentemente la navegación holandesa y hanseática, y otorgaría a los productos coloniales holandeses ventajas especiales en los mercados ingleses. En cambio, Holanda y las ciudades hanseáticas exportarían preferentemente artículos fabricados alemanes, y aplicarían sus excedentes de capital, de modo singular, a las fábricas y a la agricultura del país alemán.

Holanda, decaída de su altura como potencia mercantil, porque —siendo una simple fracción nacional— ha querido pasar siempre por un todo; porque buscaba su propia ventaja en la sojuzgación y debilitamiento de las energías productivas de Alemania, en lugar de basar su grandeza en la prosperidad de los países del *hinterland*, con los cuales pros-

pera o decae cada uno de los Estados litorales; porque trataba de ser grande, separada de la nación alemana, en lugar de serlo en unión con la misma. Holanda sólo puede remontarse a su antiguo florecimiento mediante la Unión alemana y en estrecha relación con la misma. Solamente mediante esa asociación puede establecerse una nacionalidad agrícola-manufacturera-mercantil de primera magnitud.

El doctor Bowring, en su cuadro de importaciones y exportaciones, coloca la Unión Mercantil alemana junto con las ciudades hanseáticas, con Bélgica y Holanda, y esa asociación explica hasta qué punto todos los países dependen de la industria manufacturera inglesa, y cuán ilimitados beneficios pueden obtenerse mediante la *asociación* de su integral energía productiva. Él calcula concretamente las importaciones de estos países desde Inglaterra en 19 842 121 libras esterlinas, valor oficial, u 8.550,347 valor declarado, y, en cambio, las exportaciones de dichos países hacia Inglaterra sólo en 4 804 491, comprendiendo en ellas las importantes cantidades de café de Java, queso, manteca, etc., que Inglaterra recibe de Holanda. *Estas sumas significan vínculos.* Agradecemos al doctor su agrupación estadística; ojalá signifique pronto una agrupación política.

XXXV. LA POLÍTICA CONTINENTAL

COMO hemos manifestado en nuestro libro segundo, el más excelso fin de la política racional es la asociación de las naciones bajo la ley jurídica, una finalidad que solamente puede alcanzarse mediante la equiparación más perfecta posible de las naciones más importantes de la Tierra, en orden a su cultura, bienestar, industria y poderío, por transformación de las antipatías y conflictos que entre ellas existen en simpatía y armonía. La solución de este problema es, sin embargo, una tarea infinitamente lenta.

A la sazón, las naciones se encuentran repelidas y alejadas unas de otras por numerosas causas. En primer lugar figuran entre ellas los conflictos territoriales. La división territorial de las naciones europeas no está de acuerdo con la naturaleza de las cosas. Ni siquiera es una división territorial conforme con la Naturaleza. Los unos —sin tener en cuenta la lengua, el comercio, la raza, etc.— desean ver articulado su territorio de acuerdo con las necesidades de su capacidad política, de tal modo que ésta se halle situada en el centro, y protegida en lo posible contra ataques del exterior: esas naciones reclaman los ríos como fronteras. Otras pretenden —al parecer con mayor derecho— que las costas marítimas, las montañas, la lengua y la raza son mejores fronteras que los ríos. Existen, sin embargo, naciones que no se hallan en posesión de aquellas desembocaduras de sus ríos y costas marítimas que les son indispensables para el desarrollo de su tráfico mundial y de su potencia marítima.

Si cada nación se hallase en posesión del territorio necesario para su desarrollo interior y para la defensa de su independencia política, industrial y comercial, cualquier ataque contradiría una sana política, porque con el aumento natural del territorio se levantaría y alimentaría el odio de la nación afectada, y por consiguiente los sacrificios que la nación atacante tendría que hacer para la defensa de tales provincias, serían incomparablemente más grandes que las ventajas asociadas con su posesión. Ahora no cabe pensar, sin embargo, en una división territorial, porque este problema se entrecruza con intereses diversos de otra naturaleza. Conviene no olvidar, tampoco, que los complementos territo-

riales figuran entre las necesidades esencialísimas de las naciones, que la tendencia hacia ellos es cosa legítima, y que en muchas ocasiones llega incluso a justificar la guerra.

Otras causas de la animadversión entre las naciones son actualmente las que siguen: la diversidad de intereses en orden a la industria, al comercio, a la navegación, a la potencialidad marítima y a la posesión de colonias; la diversidad de grados de cultura, de religión y de situación política. Todos estos intereses se entrecruzan de la manera más variada por razones dinásticas y de dominio.

Las causas de antipatía son, a la vez, causa de simpatía. Los menos poderosos simpatizan contra los omnipotentes; los amenazados, contra los conquistadores; las potencias terrestres, contra la supremacía marítima; los países pobres de industria y de comercio, contra los que aspiran al monopolio de estas actividades; los civilizados, contra los menos civilizados; los regidos monárquicamente, contra los regidos, de modo total o parcial, en forma democrática.

Las naciones persiguen sus intereses y simpatía mediante alianzas de quienes piensan por igual, contra los intereses y tendencias que les son hostiles. Ahora bien, así como estos intereses y tendencias se entrecruzan del modo más variado, así también son mudables las alianzas. Naciones que hoy son amigas pueden enemistarse mañana, y a la inversa, según se trate de uno de los grandes intereses o principios en virtud de los cuales se sintieron repelidas o atraídas una hacia otra.

La política se ha dado cuenta, desde hace mucho tiempo, de que la equiparación de las naciones es su misión definitiva. Lo que se denomina *conservación del equilibrio europeo* no ha sido, desde hace mucho tiempo, sino la tendencia de los débiles a poner coto a los ataques de los poderosos. Sin embargo, con cierta frecuencia la política ha confundido su objeto más próximo con el más lejano, y viceversa.

La misión inmediata de la política consiste, en todo momento, en reconocer claramente en cuál de los distintos intereses son precisamente más perentorias la alianza y la equiparación, procurando que mientras esa equiparación no se alcance queden en suspenso y relegadas a segundo término todas las demás cuestiones.

Cuando los intereses dinásticos, monárquicos y aristocráticos de Europa se aliaron contra las tendencias revolucionarias de 1879, dejando de lado todas las consideraciones de comercio y poderío, su política fue correcta.

Lo fue también cuando el Imperio, en lugar de la tendencia revolucionaria, colocó la de la conquista.

Napoleón, mediante su sistema continental, quería fundar una coalición europea contra la hegemonía marítima y mercantil inglesa; para lograr éxito hubiese tenido que borrar en todas las naciones continentales, en primer término, la preocupación de ser conquistadas por Francia. Fracasó porque, en esas naciones, el temor a la omnipotencia territorial excedía en mucho los inconvenientes causados por la hegemonía marítima.

Al caer el Imperio, la finalidad de la gran alianza había cesado. A partir de entonces, las potencias continentales no estaban ya amenazadas ni por las tendencias revolucionarias ni por el afán de conquista de Francia; en cambio, el predominio de Inglaterra en las manufacturas, en la navegación, en el comercio, en la posesión de colonias y en la potencialidad marítima había crecido desmesuradamente durante las luchas contra la revolución y la conquista. A partir de entonces les interesó a las potencias continentales aliarse con Francia contra la hegemonía mercantil y marítima inglesa. Sólo por temor a la piel del león muerto, las potencias continentales no se preocuparon del leopardo vivo que hasta entonces había sembrado la confusión en sus filas. La Santa Alianza fue en ese aspecto un error político.

También este error se purgó mediante la revolución de Julio. La Santa Alianza había provocado innecesariamente una pugna que ya no existía, o que al menos no hubiese perdurado durante mucho tiempo. Por fortuna para las potencias continentales, la dinastía de Julio logró calmar la tendencia revolucionaria de Francia. Este país firmó una alianza con Inglaterra en interés de la dinastía de Julio, y para robustecer la monarquía constitucional; Inglaterra lo hizo en interés de la conservación de su supremacía mercantil.

La alianza franco-inglesa ha cesado en cuanto la dinastía de Julio y la monarquía constitucional francesa se sintieron en Francia suficientemente seguras; en cambio, los intereses de Francia respecto a la potencialidad marítima, al comercio, a la industria, a la navegación y a las posesiones exteriores se destacaron de nuevo en primer término. Evidentemente, Francia tiene en estas cuestiones un interés común con las demás potencias continentales, y la institución de una alianza continental contra la hegemonía marítima de Inglaterra adquirirá actualidad, en cuanto la dinastía de Julio logre restituir en Francia la plena libertad entre

los distintos órganos del poder público, rechazar a segundo término el problema territorial suscitado por las tendencias revolucionarias, y liberar las potencias monárquicas continentales del temor a las tendencias revolucionarias y agresivas de Francia.

Nada se opone tanto a una unión más estrecha del Continente europeo en la actualidad, como la circunstancia de que el centro del mismo no ocupe todavía la posición que por naturaleza le corresponde. En lugar de servir como mediador entre el este y el oeste del Continente europeo en todas las cuestiones de división territorial, principio constitucional, autonomía nacional y poderío, para lo cual está llamado por su posición geográfica, por su constitución federativa —que excluye todo temor de conquista por parte de las naciones vecinas—, por su tolerancia religiosa y sus tendencias cosmopolitas, y, finalmente, por sus elementos de cultura y poderío, esta zona central constituye ahora la manzana de la discordia por la cual disputan el este y el oeste, porque de ambas partes se trata de atraer esta potencia central, debilitada por falta de unidad nacional, y siempre indecisa y vacilante de un lugar a otro. Si, por el contrario, Alemania se integrara con los países costeros que le corresponden, con Holanda, Bélgica y Suiza, como una vigorosa unidad comercial y política, este poderoso cuerpo nacional estaría fundido con los intereses existentes monárquicos, dinásticos y aristocráticos, con las instituciones del sistema representativo, en cuanto ambas se compaginan mutuamente; y así Alemania podría asegurar de modo duradero la paz en el Continente europeo, y ser, al mismo tiempo, el punto central de una duradera alianza continental. Es evidente que la potencialidad naval de Inglaterra supera a la de las demás naciones, si no en número de velas, por lo menos en capacidad combativa, y que, por consiguiente, sólo uniéndose las naciones menos potentes en el orden naval pueden contrapesar el poderío inglés. De aquí resulta que toda nación cuyo poderío naval es inferior, está interesada en el mantenimiento y prosperidad del poderío marítimo de todas las demás naciones que se encuentren en su misma situación; también, que las fracciones de otras naciones que, separadas hasta ahora, no poseen ningún poderío marítimo o es éste sólo insignificante, se constituyan en una potencialidad marítima unificada. Frente a Inglaterra, pierden Francia y Norteamérica cuando declina el poderío naval de Rusia, y a la inversa. Todas ganan si Alemania, Holanda y Bélgica constituyen una potencia naval común, pues separadas, son las últimas los grumetes de la supremacía inglesa, mientras que unidas

robustecen la oposición de todas las naciones de escasa potencialidad marítima frente a la citada supremacía.

Ninguna de estas naciones de inferior categoría naval posee una marina mercante que colme las exigencias de su propio comercio internacional; ninguna de estas naciones posee una energía manufacturera que pueda tener una supremacía sobre las otras; ninguna de ellas tiene tampoco motivos para temer la competencia de las demás. En cambio, todas tienen un interés común, el de protegerse contra la *destructora* concurrencia de Inglaterra y a todas les importa que la energía manufacturera predominante de Inglaterra posea las cabezas de puente (Holanda, Bélgica y las ciudades hanseáticas), por medio de las cuales dominó Inglaterra hasta ahora los mercados continentales.

Como los productos de la zona tórrida se pagan principalmente en productos manufacturados de la zona templada; como, por consiguiente, el consumo de dichos productos está condicionado por la venta de artículos manufacturados, y, en consecuencia, cada nación manufacturera debe esforzarse por entrar en relación inmediata con los países cálidos; si todas las naciones manufactureras de segundo rango comprenden sus intereses y actúan conforme a ellos, ninguna nación podrá sostener colonias en forma predominante en la zona tórrida. Si, por ejemplo, Inglaterra, tal como se lo propone, tratase de producir en las Indias Orientales los artículos coloniales que necesita, el país inglés sólo podría traficar con las Indias Occidentales si tuviese ocasión de vender en otros países los artículos coloniales que de allí recibe a cambio de sus artículos manufacturados. Ahora bien, si no pudiera venderlos en ningún otro sitio, sus posesiones de las Indias Occidentales serían inútiles para ella; entonces no podría hacer otra cosa sino dejarlas en libertad, o bien ceder libremente el comercio con las Indias a otros países manufactureros. De aquí resulta que todas las naciones manufactureras de inferior potencialidad marítima tienen un interés común: el de seguir esta política y apoyarse mutuamente en ella. De ahí se infiere que ninguna de estas naciones pierden por la anexión de Holanda a la Liga mercantil alemana, y por el estrecho enlace de Alemania con las colonias holandesas.

Desde la emancipación de las colonias españolas y portuguesas en la América del Sur y las Indias Occidentales, no es ya necesario, en modo alguno, que una nación manufacturera posea colonias propias en la zona tórrida para colocarse en situación de cambiar artículos manufacturados, de un modo inmediato, contra artículos coloniales. Como el merca-

do de estos países tropicales emancipados es libre, cada nación manufacturera que puede sostener la competencia en estos mercados libres, puede entablar con ellos un tráfico comercial inmediato. Ahora bien, estos países tropicales sólo podrán producir grandes cantidades de artículos coloniales, y consumir, después, copiosas sumas de artículos manufacturados, cuando en ellos se hayan afincado el bienestar y la moral, la tranquilidad y la paz, el orden jurídico y la tolerancia religiosa. Todas las naciones de inferior categoría naval, incluso aquellas que carecen de colonias o sólo las poseen en pequeña escala, tienen, por tanto, un solo interés común, el de provocar ese estado de cosas mediante su fuerza unida. La supremacía industrial no interesará tanto por la situación de estos países, cuando esté suficientemente provista por sus mercados herméticos y dependientes, en las Indias Orientales y Occidentales, o cuando tenga esperanza de asegurar ese abastecimiento. Desde este punto de vista convendría, también, juzgar la cuestión, extraordinariamente importante, de la esclavitud. Lejos de ignorar que hay mucha filantropía y sentido jurídico en el celo con que se persigue la emancipación de los negros en Inglaterra, y que este empeño hace gran honor a la nación inglesa; teniendo en cuenta los efectos próximos de las medidas adoptadas por Inglaterra a este respecto, no podemos reprimir la idea de que en ello juegan también intereses políticos y mercantiles. Los efectos son los siguientes: 1o. que mediante la emancipación repentina de los negros, mediante la rápida transición de los mismos desde un estado de subordinación e indiferencia casi zoológicos, a un elevado grado de autonomía individual, la producción de artículos coloniales en los países tropicales de la América del Sur y de las Indias occidentales quedará notoriamente debilitada, y anulada, en definitiva, como de modo irrefutable lo demuestra el caso de Santo Domingo, donde desde la expulsión de franceses y españoles la producción ha disminuido notablemente, de año en año, y sigue disminuyendo sin cesar; 2o. que los negros libres tratan de elevar constantemente sus salarios y jornales, mientras que reducen su trabajo a la adquisición de los artículos más necesarios e imprescindibles, y su libertad, por consiguiente, sólo favorece la holganza; 3o. que, por el contrario, Inglaterra posee en las Indias Orientales todos los medios de abastecer al mundo entero con productos coloniales. Sabido es que los indios, a pesar de su enorme laboriosidad, son extraordinariamente frugales en su alimentación y en otros aspectos, a causa de las prescripciones religiosas que les prohíben comer carne. A esto se

añade la falta de capital en los indígenas, la gran fecundidad del suelo en vegetales, el rigor de la división en castas y la gran competencia de los obreros en busca de trabajo. Todo esto tiene como consecuencia que el salario obrero en las Indias Orientales es, sin comparación alguna, más barato que en las Indias Occidentales y en Sudamérica, pudiendo ser explotadas allí las plantaciones por negros libres o por esclavos; que, como consecuencia, después de dar libertad al comercio y de haberse establecido normas racionales de administración, debe seguir progresando incesantemente la producción de las Indias Orientales; el tiempo no está lejos en que Inglaterra no sólo reciba cantidades suficientes de artículos coloniales de las Indias Orientales, sino que también pueda transportar grandes cantidades a otros países. De ello resulta que Inglaterra, con la disminución de la producción en las Indias Occidentales y en América del Sur, donde también otros países mandan sus artículos manufacturados, no puede perder, sino que gana mientras la producción colonial de las Indias Orientales resulte predominante, cualquiera que sea el mercado que Inglaterra abastezca exclusivamente con artículos manufacturados. Finalmente se afirma que con la emancipación de los esclavos, Inglaterra ha querido suspender una espada sobre la cabeza de los estados esclavistas norteamericanos, amenaza que resulta tanto más peligrosa cuanto que esta emancipación va extendiéndose a su alrededor y entre los negros norteamericanos suscita el deseo de participar también en el disfrute de la libertad. Considerado fríamente, un experimento filantrópico de éxito tan dudoso para aquellos en cuyo favor se hizo, conforme a un sentido general de altruísmo, tiene que parecer nada ventajoso para aquellas naciones que están obligadas al cambio con Sudamérica y las Indias Occidentales, las cuales con razón plantearán las cuestiones siguientes: Un tránsito repentino de la esclavitud a la libertad ¿no será más peligroso para los negros que la conservación del actual estado de cosas? ¿Es, acaso, misión de toda una serie de generaciones educar para el trabajo voluntario y la economicidad a negros que están habituados a una sumisión casi animal? ¿No podría realizarse de modo mucho más racional la transición de la esclavitud a la libertad mediante la implantación de una servidumbre corporal mitigada, en la que, primero, se otorgue a los siervos algún derecho sobre la tierra que cultivan, y una participación voluntaria en los frutos de su trabajo, asegurando, por el contrario, a los terratenientes, derechos bastantes para obligar a esos siervos a ser laboriosos y ordenados? ¿No es tal estado más deseable

que la situación de los negros libres, gente miserable, bebedora, ociosa, llena de vicios y dada a la mendicidad, en comparación con los cuales la miseria irlandesa, en su forma más reprobable, puede ser considerada como una manifestación de bienestar y cultura?

Ahora bien, si se nos quiere hacer creer que el afán de los ingleses de hacer participar a cuantos seres humanos viven sobre la tierra en aquel grado de libertad que ellos mismos poseen, es tan grande e irrefrenable que es obligado perdonarles si han olvidado que la Naturaleza no hace saltos, tendríamos que formular las preguntas siguientes: ¿No es el estado de las castas más bajas entre los indios mucho más mísero y reprobable que el de los negros americanos? ¿Cómo se explica que el espíritu filantrópico de Inglaterra nunca se haya interesado por éstos, que son los más miserables de los mortales? ¿Cómo explicar que la legislación inglesa nunca haya intervenido en su favor? ¿Cómo explicar que Inglaterra se preocupe por sacar utilidad, para su enriquecimiento, de estas lamentables situaciones, sin pensar en modificarlas?

La política anglo-india nos lleva a la cuestión oriental. Si desprendemos de la política cotidiana todo aquello que guarda relación actual con conflictos territoriales, con intereses dinásticos, monárquicos, aristocráticos y religiosos, y si se tienen en cuenta las relaciones de dominio, es innegable que las potencias continentales tienen un gran interés económico común, en la cuestión oriental. Por afortunados que sean los intentos de las potencias actuales para soslayar esta cuestión por un momento, siempre surgirá de nuevo en primer término, con renovada energía. Entre las personas que discurren, es cosa sabida que una nación como la turca, constantemente trastornada en su base moral y religiosa, social y política, asemeja a un cadáver, que puede ser mantenido en pie durante algún tiempo, mediante el apoyo de los seres vivos, pero sin que esto evite la putrefacción. Con los persas ocurre exactamente lo mismo que con los turcos, con los chinos como con los indios y con todos los pueblos asiáticos restantes: en todas partes donde la cultura envejecida de Asia entra en contacto con el aire fresco de Europa, se descompone en átomos, y, tarde o temprano, Europa se verá en la necesidad de velar por Asia entera, como hizo Inglaterra con las Indias Orientales. En este caos completo de países y naciones no se encuentra ninguna nacionalidad que sea digna o apta para mantenerse y renacer. La absoluta desintegración de las nacionalidades asiáticas parece, en consecuencia, inevitable, y un renacimiento de Asia sólo será posible si se le infunde una savia europea,

mediante la paulatina introducción de la religión cristiana y de las costumbres y el orden europeos, mediante la inmigración de europeos y la tutela gubernamental ejercida por Europa.

Si meditamos acerca del curso que posiblemente podría tomar semejante renacimiento, salta a la vista, desde luego, que la mayor parte del Oriente se halla dotado por la Naturaleza con abundantes fuentes auxiliares, con la posibilidad de producir para las naciones manufactureras de Europa grandes cantidades de materias primas y de artículos de subsistencia de toda especie, en particular frutos de la zona cálida, y de abrir, por el contrario, inmensos mercados a los productos manufacturados de dichas naciones. Con ello parece como si la Naturaleza hubiera indicado que este renacimiento como, en general, la cultura de los pueblos bárbaros debe proceder en forma de librecambio de productos agrícolas contra artículos manufacturados. En consecuencia, las naciones europeas deberían afirmarse en el principio de no otorgar a ninguna nación europea privilegios mercantiles en ninguna parte de Asia, de no favorecer en modo alguno una nación con respecto a las demás. El ensanchamiento de este tráfico sería especialmente favorable si las principales plazas mercantiles del Oriente pudieran constituirse como *ciudades libres,* en las cuales se otorgara a la población europea el derecho de autonomía administrativa, a cambio de una derrama anual a los gobernantes indígenas. Siguiendo el sistema de la política anglo-india, junto a esos gobernantes habrían de figurar agentes europeos, cuyos consejos deberían ser seguidos por los gobiernos autóctonos, para el fomento de la seguridad, el orden y la civilización.

Todas las potencias continentales tienen un interés común, el de que las dos rutas que desde el Mediterráneo van a través del mar Rojo y del golfo Pérsico, no se hallen poseídas de modo exclusivo por Inglaterra, ni sean intransitables como consecuencia de la barbarie asiática. Sin duda alguna, encomendar la protección de estos importantes puntos a Austria sería lo más ventajoso para todas las naciones europeas. Además, todas las potencias continentales tienen con Norteamérica un interés común en defender la norma: "Barco libre, mercancía libre" —ya que sólo un bloqueo eficaz de algunos puertos, pero no una simple declaración de bloqueo de todo un litoral sería respetado por los neutrales—. Finalmente, parece necesitar también una revisión la norma de la ocupación de países salvajes e inhabitados, revisión necesaria en interés común de las potencias continentales. En nuestros días las gentes se

burlan de que el Santo Padre se preocupara en pasados tiempos de regalar islas y continentes, dividiendo de un plumazo la esfera terrestre en dos pedazos y asignando a unos una parte y a otros otra. Pero ¿acaso resulta más razonable reconocer la propiedad de una gran parte del mundo a quien por vez primera clava en tierra un guiñapo de seda colgado de un asta? Que en islas de limitada magnitud sea respetado el derecho del descubridor puede justificarse racionalmente, pero cuando se trata de islas que son tan grandes como un país europeo —tal es el caso de Nueva Zelanda—, o de un continente mayor que Europa entera, como Australia, de acuerdo con la razón sólo puede existir una ocupación efectiva mediante la colonización y sólo puede existir el derecho a una posesión exclusiva sobre el terreno efectivamente colonizado, y no comprendemos por qué razón franceses y alemanes no han de tener derecho a establecer colonias en aquellas comarcas, y en puntos alejados de las colonias inglesas.

Si consideramos, ahora, los enormes intereses que son comunes a las naciones continentales frente a la supremacía marítima, llegaremos al convencimiento de que nada necesitan tanto estas naciones como la unión, y que para ellas nada resulta tan pernicioso como la guerra continental. También enseña la historia del último siglo transcurrido que toda guerra que han reñido entre sí las potencias continentales sólo ha servido para incrementar la industria, la riqueza, la navegación, las posesiones coloniales y el poderío de la supremacía insular.

Por consiguiente, no puede ponerse en tela de juicio que en el sistema continental napoleónico había en el fondo una idea correcta de las necesidades e intereses del Continente, aunque no puede desconocerse que Napoleón quiso realizar esta idea, cabal en sustancia, de una forma que contradice la independencia y los intereses de las demás potencias continentales. El sistema continental napoleónico adolece de tres inconvenientes capitales; por un lado pretendía sustituir la supremacía marítima inglesa por una supremacía continental francesa; en lugar de apoyarse sobre la exaltación y equiparación de las demás naciones continentales, se propuso el rebajamiento o la destrucción y desintegración de las otras nacionalidades del Continente, en favor de Francia. Además, Francia se aisló de los demás países continentales, exigiendo en cambio acceso a la libre competencia en los mismos. Por último, destruyó casi totalmente el tráfico entre los países manufactureros del Continente y los países de la zona cálida —viéndose necesitada de re-

mediar, por medio de surrogados, la perturbación causada en el comercio mundial.

Cada vez resulta más claro que la idea del sistema continental retoñará de nuevo; que la necesidad de su realización se hará más perentoria para las naciones continentales cuanto mayor sea el predominio de Inglaterra en industria, riqueza y poderío. Pero no es menos dudoso que una alianza comercial sólo puede tener éxito si Francia sabe evitar los errores de Napoleón.

Es, por consiguiente, insensato por parte de Francia, que contra todo derecho y en pugna con la naturaleza de las circunstancias, plantee reclamaciones de frontera a Alemania, obligando con ello a otras naciones continentales a unirse a Inglaterra.

Es insensato, por parte de Francia, que hable del mar Mediterráneo como de un lago francés, y aspire a una influencia exclusiva en Levante y en Sudamérica.

Un eficaz sistema continental sólo puede surgir de la asociación de las potencias continentales, y sólo tendrá éxito cuando se proponga y realice la equiparación en el disfrute de las ventajas que de ello resulten. En efecto, sólo así y no de otro modo pueden imponerse las potencias marítimas de segundo orden a la supremacía inglesa, en forma tal que, sin apelar al poder de las armas, ceda Inglaterra a todas las exigencias justas de los países menos poderosos. Sólo mediante tal alianza pueden conservar las potencias manufactureras continentales su enlace con los países de la zona cálida, y defender y mantener sus intereses en Oriente y en Occidente.

Ciertamente al ciudadano británico, excesivamente sediento de dominio, le resultará duro, en este aspecto, que las naciones continentales se ayuden mutuamente mediante recíprocas concesiones mercantiles y tratados de comercio; que robustezcan mutuamente su navegación y su flota marítima; que asuman en todas partes, mediante la civilización y colonización de los países bárbaros y salvajes, y en el comercio con las zonas cálidas, la porción que la Naturaleza les ha asignado; solamente una mirada hacia el porvenir podría consolarles de estas imaginarias desventajas.

Realmente, las mismas causas que han exaltado Gran Bretaña a su alto nivel presente, elevarán verosímilmente la América unida, en el curso del siguiente siglo, a un grado de industria, riqueza y poderío, que superará de tal modo el nivel en que hoy se encuentra Inglaterra, como

Inglaterra en la actualidad supera a la pequeña Holanda. Siguiendo el desarrollo natural de las cosas, Norteamérica aumentará en el curso de este lapso de tiempo su población en cientos de millones, derramará sus agentes, sus instituciones, su cultura y su espíritu sobre todo Centro y Sudamérica, como en tiempo reciente los ha esparcido por las provincias limítrofes mexicanas: el nexo de la Confederación abarcará todos estos inmensos países; una población de varios cientos de millones de hombres explotará un Continente que en extensión y riquezas naturales excede al Continente europeo; la potencia marítima del mundo oriental superará al poderío marítimo de la Gran Bretaña, del mismo modo que sus costas y corrientes superan a las británicas en extensión y magnitud. De este modo, en un porvenir no excesivamente lejano, la necesidad natural que ahora empuja a franceses y alemanes a instituir una alianza continental contra la supremacía británica, llevará a los británicos a instituir una coalición europea contra la supremacía de América. Entonces Gran Bretaña hallará en la hegemonía de las potencias unidas de Europa protección, seguridad y valimiento contra el poderío americano, y compensación por la supremacía perdida.

Es bueno, así, para Inglaterra, que vaya habituándose, entre tanto, a la resignación; que a fuerza de renunciamientos gane la amistad de las potencias continentales europeas y se conforme con ser sólo la primera entre las iguales.

XXXVI. LA POLÍTICA COMERCIAL DE LA UNIÓN ADUANERA ALEMANA

SI ALGUNA nación está llamada a establecer una energía manufacturera nacional, es la alemana —por el alto rango que ocupa en las ciencias y en las artes, en la literatura y en la educación, en la administración pública y en las instituciones de interés común— por su moralidad y religiosidad, por su carácter laborioso y ahorrador, por su tenacidad y constancia en los negocios como por su espíritu inventivo —por la grandeza y excelencia de su población— por la magnitud y naturaleza de su territorio —por su agricultura tan adelantada, y por sus elementos físicos, sociales e intelectuales complementarios.

Si alguna nación tiene que esperar frutos sazonados de un sistema proteccionista adecuado a su manera de ser, hasta lograr el auge de sus manufacturas internas, el incremento de su comercio exterior y de su flota, el perfeccionamiento de sus medios de transporte, el florecimiento de su agricultura, así como la defensa de su independencia y la exaltación de su poderío exterior, esa nación es la alemana.

Incluso nos atrevemos a afirmar que sobre el desarrollo del sistema proteccionista alemán descansa la independencia y el porvenir de la nacionalidad alemana misma. Sólo sobre la base del bienestar general arraiga el espíritu nacional y arroja bellas flores y abundantes frutos; sólo de la unidad de los intereses nacionales crece la unidad espiritual, y de ambas la energía nacional. ¿Qué valor tienen, sin embargo, todas nuestras aspiraciones, ya seamos gobernantes o gobernados, de la nobleza o de la burguesía, cultos o incultos, soldados o paisanos, industriales, agrícolas o comerciantes, si no existe *nacionalidad* o *garantía para la continuidad de ésta?*

Sin embargo, el sistema proteccionista alemán realizará sus fines sólo de una manera imperfecta mientras Alemania no hile por sí misma cuanto algodón y lino necesita; mientras no reciba directamente los necesarios artículos coloniales, de los países de la zona cálida, pagándolos con productos propios; mientras no realice ese comercio con barcos propios; mientras su bandera no otorgue protección alguna; mientras no posea

un sistema perfecto de ríos, canales y ferrocarriles para el transporte; mientras la Unión Aduanera alemana no se haya extendido a todos los países germánicos del litoral, y a Holanda y Bélgica. En diversos lugares de este libro nos hemos referido a esos problemas, y ahora no necesitamos hacer otra cosa sino resumir lo ya expresado.

Cuando recibimos algodón en rama de Egipto, de Brasil y Norteamérica, lo pagamos con nuestros propios productos manufacturados. En cambio, si importamos algodón hilado de Inglaterra, pagaremos su valor en materias primas o artículos de subsistencia que nosotros podríamos elaborar o consumir más útilmente por nosotros mismos, o bien pagaremos en efectivo que hemos obtenido en otros lugares, y con el cual podríamos comprar materias primas extranjeras de utilidad, para su elaboración por cuenta nuestra, o productos coloniales para nuestro inmediato consumo. Igualmente el auge de la hilatura del lino no sólo nos ofrece el medio de elevar nuestro consumo interior de lino y nuestra agricultura, sino también, nuestro comercio con los países de la zona cálida.

En los dos citados ramos industriales, así como en la fabricación de la lana, nos hallamos en situación tan ventajosa como cualquier otra nación, en materia de energía hidráulica sin utilizar, artículos de subsistencia baratos y jornales bajos. Lo que nos falta es única y exclusivamente la garantía para que nuestros capitalistas y técnicos queden protegidos contra la pérdida de capital y la falta de sustento. Ya un arancel proteccionista moderado, que en el curso de los próximos cinco años se eleve aproximadamente a 25%, que se mantenga a esa altura durante algunos años, para reducirse después de 15 a 20%, colmaría por completo esa aspiración. Todo cuanto los partidarios de la teoría del valor puedan objetar a esa medida ha sido ya examinado por nosotros. En cambio, en pro de ella podemos indicar, todavía, que estos grandes sectores industriales ofrecen principalmente los medios para instalar extensas fábricas de maquinaria, y para la formación de un estamento de profesores laboriosos y de técnicos prácticos.

En el comercio de artículos coloniales, Alemania, como Francia e Inglaterra, tiene que seguir la norma de que a aquellos países de la zona cálida que nos toman productos manufacturados, se les ha de dar preferencia respecto a la adquisición de sus productos coloniales; en otras palabras, *que debemos comprar a aquellos que nos compran.* Éste es el caso de nuestro comercio con las Indias Orientales y con América del Norte y del Sur.

No es, por el contrario, el caso de nuestro tráfico con Holanda, país que nos procura inmensas cantidades de sus productos agrícolas, pero que a cambio toma cantidades escasas de nuestros productos manufacturados.

A su vez Holanda, con la mayor parte de su venta de productos coloniales, tiene que contar con el mercado de Alemania, ya que Inglaterra y Francia se proveen en su mayor parte con los productos similares que reciben de las colonias y de los países independientes, donde controlan de modo exclusivo el mercado de los productos manufacturados, y que, en consecuencia, sólo admiten pequeñas cantidades de productos coloniales holandeses. Holanda no tiene una producción manufacturera propia e importante; en cambio, posee una gran producción colonial, que en el último tiempo transcurrido se elevó considerablemente y puede ser aún elevada sin límites. Ahora bien, Holanda exige de Alemania algo indebido, y opera en contra de sus propios intereses bien entendidos, desde el momento en que vende a Alemania una gran parte de sus productos coloniales, y en cambio satisface donde quiere sus necesidades de productos manufacturados. Ésta es para Holanda una política miope, sólo aparentemente ventajosa; en efecto, si Holanda diera preferencia a los productos manufacturados alemanes, lo mismo en la metrópoli que en las colonias, la demanda de Alemania en materia de productos coloniales holandeses se elevaría en la misma proporción en que aumentase la venta de productos manufacturados en Holanda y sus colonias; en otros términos: Alemania podría comprar más productos coloniales que productos manufacturados vendiera a Holanda; Holanda vendería tantos más productos coloniales hacia Alemania, cuantos más productos manufacturados comprara de ésta. Ahora bien, Holanda perturba esta relación de cambio cuando vende sus productos coloniales en Alemania, y en cambio, compra de Inglaterra los artículos manufacturados que necesita, porque Inglaterra, por muchos productos manufacturados que venda a Holanda, siempre continuará recibiendo la mayor parte de los productos coloniales que necesita de sus propias colonias o de los países que le están sometidos.

El interés de Alemania exige, por consiguiente, o bien que solicite de Holanda un arancel diferencial para favorecer su producción manufacturera, con lo cual le quedará asegurado el mercado exclusivo de productos manufacturados en Holanda y sus colonias, o —en caso de que se niegue a ello— que teniendo en cuenta la importación colonial, im-

plante en favor de los productos de Centro y Sudamérica y de los mercados libres de las Indias Orientales una tarifa diferencial.

En esta última medida radica, también, el medio más eficaz para dar motivo a que Holanda se adhiera a la Unión Aduanera alemana.

Tal como están hoy las cosas, Alemania no tiene razón para sacrificar sus fábricas azucareras de remolacha a su comercio con Holanda. Sólo cuando Alemania pueda pagar los artículos de degustación que necesite, con sus productos manufacturados, se procurará los artículos que necesita, por vía de cambio con los países de la zona cálida, de modo más ventajoso que los de la propia producción.

Por lo pronto la atención de Alemania debería aplicarse principalmente a la expansión de su comercio con el Norte, Centro y Sudamérica, y con los mercados libres de las Indias Occidentales. En este respecto se recomiendan, además de las citadas medidas, las siguientes: la organización de un servicio regular de mercaderías marítimas entre las ciudades costeras alemanas y los puertos principales de aquellos países; el fomento de la emigración a esos países; el afianzamiento y la expansión de las relaciones amistosas entre ellos y la Unión Aduanera, y el estímulo de la cultura de las naciones americanas.

La experiencia del tiempo más reciente ha demostrado hasta la saciedad de qué modo tan inconmensurable puede resultar estimulado el comercio de mayoreo por la navegación regular. Francia y Bélgica se han puesto ya en este aspecto muy cerca de Inglaterra, percatándose de que toda nación que queda rezagada respecto a este perfecto medio de transporte tiene que retroceder también en su comercio con el extranjero. También los puertos alemanes han llegado a adquirir ese convencimiento; una compañía anónima recientemente fundada en Bremen está dispuesta a construir dos o tres vapores para el tráfico con Norteamérica. Sin duda alguna, esta medida resulta insuficiente. El interés comercial de Alemania no sólo exige una comunicación marítima con Norteamérica y especialmente con Nueva York, Boston, Charlestown y Nueva Orleáns, sino también con Cuba y Santo Domingo. y con Centro y Sudamérica. Respecto a los últimos enlaces marítimos Alemania no debería ceder su puesto a ninguna otra nación. Ciertamente no ha de ignorarse que los medios necesarios para ello exceden mucho el espíritu de empresa y, acaso también, las energías de las ciudades marítimas alemanas, y nos parece que sólo son realizables por medio de una abundante subvención de los Estados de la Unión Aduanera. Las perspectivas de se-

mejante subvención, así como las tarifas diferenciales a favor de la navegación alemana, deberían ofrecer también a estas ciudades marítimas un motivo suficiente para su anexión a la Liga mercantil. Si se tiene en cuenta en qué gran escala pueden ser elevadas, mediante estas medidas, la exportación de productos manufacturados y la importación de productos coloniales, así como, también, los ingresos arancelarios de los países federados, no se podrá ignorar que una inversión destinada a ese fin, por considerable que sea, viene a ser, en efecto, un capital invertido de modo reproductivo del cual pueden esperarse abundantes intereses.

Mediante el aumento de los medios de conexión entre Alemania y los citados países se estimularía también la emigración y la colonización de ciudadanos alemanes hacia los mismos, echándose las bases para un futuro incremento del tráfico con ellos. A este fin convendrá establecer por parte de los Estados de la Liga consulados y representantes diplomáticos en todas partes, con el propósito de estimular las colonias y empresas de ciudadanos alemanes en aquellos países, y afianzar los gobiernos respectivos y perfeccionar su cultura.

No somos de la misma opinión de quienes creen que los países de América situados en la zona cálida ofrecen a la colonización alemana menos ventajas que los de la zona templada de Norteamérica. Por mucho que estimemos este último país, y por poco que dudemos de que el emigrante alemán en particular, que tenga ciertas disponibilidades de capital, tiene en América del Norte, en sus regiones occidentales, la máxima esperanza de afianzar su felicidad de modo duradero, tenemos que expresar aquí nuestra opinión de que si la emigración hacia la América central y meridional está bien dirigida y se realiza en gran escala, promete, en el aspecto *nacional*, a Alemania ventajas mayores que la emigración hacia Norteamérica. De qué sirve a Alemania que los emigrantes llegados a Norteamérica sean tan felices, si su personalidad queda perdida para siempre en cuanto a la nación alemana, y si de su producción material Alemania sólo puede obtener muy insignificantes frutos? Es una mera ilusión creer que podrá mantenerse entre los alemanes que habitan en los Estados de la Unión el uso del idioma nativo, y que con el tiempo van a poderse establecer Estados alemanes completos. Nosotros mismos compartíamos esa ilusión, pero después de diez años de observaciones sobre el terreno hemos renunciado a ellas. Es consustancial a toda nacionalidad, y muy singularmente en Norteamérica, asimilarse en la lengua, la literatura, la administración y la legislación, y está bien que

así ocurra. Por muchos alemanes que actualmente vivan en Norteamérica, seguramente no habrá ni uno solo cuyos biznietos no prefieran con mucho la lengua inglesa a la alemana, por la razón naturalísima de que aquélla es la lengua de la gente culta, de la literatura, de la legislación, de la administración, de los tribunales, del comercio y de las relaciones sociales. A los alemanes de Norteamérica no les puede ocurrir otra cosa que a los hugonotes en Alemania y a los franceses en Luisiana: naturalmente se irán fundiendo con la población del país, el uno pronto, el otro más tarde, según que su convivencia con las personas de su origen sea más o menos estrecha.

Poco puede contarse con la posibilidad de una relación estrecha entre Alemania y los alemanes emigrados al Oeste de Norteamérica. Siempre el primer colonizador se ha visto obligado a fabricar por sí mismo la mayor parte de sus vestidos y utensilios, y en su porción más considerable transmiten por herencia estos hábitos, creados por la necesidad, a la segunda y a la tercera generación. A esto se añade que Norteamérica misma es un país muy pujante y poderoso por sus posibilidades industriales, y que procurará con creciente empeño ganar el mercado manufacturero del país para su propia industria.

Por otra parte no queremos afirmar en absoluto que el mercado americano de artículos manufacturados no sea para Alemania algo muy digno de atención e importancia. Opinamos, por el contrario, que es uno de los más importantes para ciertos artículos de lujo y para manufacturas fácilmente transportables, en que la remuneración obrera es una parte esencial del precio, y su importación crecerá de año en año para Alemania respecto a los mencionados artículos. Lo que aseguramos es sólo esto: que aquellos alemanes que han emigrado a las comarcas occidentales de Norteamérica no contribuirán de modo esencial a aumentar la demanda de productos manufacturados alemanes, y que en este aspecto la emigración a Centro y Sudamérica necesita y merece un estímulo directo incomparablemente mayor.

Los últimos países citados, con inclusión de Texas, dependen en su mayor parte de la importación de artículos coloniales; nunca podrán llevar adelante industrias propias. En esas zonas hay un mercado completamente nuevo y más rico, de artículos manufacturados por conquistar; quien en tales comarcas establezca firmes relaciones puede mantenerlas en su poder por todo el porvenir. Estos países, sin una fuerza moral propia para elevarse a un nivel más alto de cultura, para establecer

gobiernos bien ordenados y darles solidez, llegarán más a la convicción de que necesitan una ayuda desde fuera —la que viene por conducto de la emigración—. Allí ingleses y franceses son odiados, por su altivez y por el celo que inspira su independencia nacional; los alemanes, queridos, en cambio, por la razón contraria. A estos países deberían dedicar, por consiguiente, su máxima atención los Estados de la Liga.

Sería necesario establecer una organización consular y diplomática alemana y mantener una activa correspondencia entre sus miembros. Convendría estimular a los jóvenes naturalistas para que recorrieran estos países y rindieran acerca de ellos informes imparciales; a los jóvenes comerciantes, que operasen en ellos; a los jóvenes médicos, que realizasen allí sus prácticas. En las ciudades marítimas alemanas convendría crear compañías, apoyarlas por medio de la adquisición de acciones y protegerlas especialmente para comprar grandes zonas del país en aquellas comarcas y colonizarlas con cultivadores alemanes —sociedades mercantiles y navieras que tengan por objeto abrir nuevos mercados en aquellos países para los productos de las manufacturas alemanas, y organizar líneas de paquebotes, sociedades mineras que tengan por objeto aplicar los conocimientos alemanes y la laboriosidad alemana para la explotación de las grandes riquezas mineras de aquellos países—. En cualquiera de las formas posibles los Estados de la Unión deberían atraerse los pueblos e incluso los gobiernos de aquellas comarcas tratando de animarlos al fomento de la seguridad pública, de los medios de comunicación y del orden público, e incluso no deberían tener reparo de enviarles cuerpos expedicionarios auxiliares en el caso de que con ello pudiera obligarse más a esos países.

La misma política debería seguirse respecto al Oriente, a la Turquía europea y a los países del bajo Danubio. Alemania tiene un inmenso interés en que en esos países se afiancen la seguridad y el orden, y en ninguna dirección como en ésta puede efectuarse tan fácilmente la emigración individual de los alemanes y en forma tan ventajosa para la nación. Con la quinta parte del gasto de dinero y de tiempo que exige su emigración a las orillas del lago Erie, un habitante del alto Danubio podría trasladarse a Moldavia, a Valaquia o a Serbia o aposentarse en las orillas del Sudoeste del mar Negro. En las circunstancias actuales de la Turquía no sería imposible para los Estados alemanes, unidos con Austria, influir de tal modo en la mejora de la situación pública de aquellos países, que el colono alemán no se sintiera a disgusto, haciendo

incluso que los gobiernos creen compañías de colonización, participen en ellas y las hagan prosperar de modo incesante.

Es claro, en efecto, que estas colonizaciones sólo pueden influir benéficamente sobre la industria de los países de la Unión cuando no existen obstáculos al trueque de productos manufacturados alemanes contra productos agrícolas de los colonizadores, y cuando ese trueque pueda ser estimulado suficientemente por medio de comunicaciones rápidas y baratas. En interés de los Estados de la Unión está que Austria facilite lo más posible el tráfico por el Danubio, y que la navegación por este río adquiera gran intensidad mereciendo en sus comienzos el apoyo de los gobiernos.

Nada sería tan de desear como que la Unión Aduanera y Austria, después de que la industria de los países federados se haya desarrollado mejor y se haya aproximado más a la austriaca, se hagan mutuas concesiones en sus productos manufacturados, por medio de los tratados.

Después de la firma de un tratado así, Austria tendría con los Estados de la Unión un interés común: el de explotar las provincias turcas en beneficio de su industria manufacturera y de su comercio exterior.

Mientras llega la anexión de las ciudades marítimas alemanas y de Holanda a la Unión Aduanera, sería de desear que Prusia instituyese una bandera común para el comercio alemán, e iniciara la creación de una futura flota alemana, intentando, además, establecer colonias germánicas en Australia o Nueva Zelanda, o en otras islas de la quinta parte del mundo.

Los recursos para estos ensayos y empeños iniciales, y para las subvenciones y empresas a que antes nos hemos referido, deberían obtenerse por el mismo procedimiento que Inglaterra y Francia ponen en práctica para el fomento de su comercio exterior y de su labor colonizadora, así como para el sostenimiento de su poderosa flota, a saber: el gravamen de los productos coloniales importados. Unidad, orden y energía podrían conjugarse en esa regla de la Unión si los Estados de la Liga transfirieran la dirección de la misma a *Prusia* por lo que respecta al Norte y a los asuntos de ultramar, y a *Baviera* por lo que refiere al Danubio y a los asuntos orientales. Un recargo de 10% sobre los aranceles actuales de importación que gravan las manufacturas y los artículos coloniales pondría anualmente millón y medio a la disposición de la Unión. Como, a como secuencia del constante aumento de la exportación de productos manufacturados, puede esperarse con seguridad que en el curso del

tiempo el consumo de productos coloniales en los Estados de la Unión alcanzará el doble o el triple de su cifra actual, y como los ingresos arancelarios aumentarán en la misma proporción, con objeto de que pueda atenderse cumplidamente a las referidas necesidades, convendría que los Estados de la Liga establecieran la norma de que además del recargo de 10 por ciento, una *parte del futuro incremento de la recaudación aduanera* pudiera ponerse a disposición del gobierno prusiano para aplicarla al referido objeto.

Por lo que respecta al problema de un sistema alemán de transportes, y particularmente a un sistema ferroviario alemán, nos referimos a nuestro escrito particularmente dedicado a ese tema. Esta gran mejora se financiará por sí misma, y todo cuanto por parte de los gobiernos es necesario para lograr tal fin puede resumirse en una sola palabra: *energía.*

APÉNDICE

A la página 232, párrafo 4.

Las fábricas de maquinaria procuran el ejemplo más elocuente con respecto a ese argumento. La fabricación de maquinaria no puede llevarse a un alto grado de perfección cuando para que una fábrica subsista es preciso preparar las máquinas y utensilios más diversos. Para producir con la máxima perfección y baratura, debe existir en un país tal demanda que cada fábrica de maquinaria pueda dedicarse a un solo sector o a muy contadas especialidades, por ejemplo a la maquinaria para la hilatura de algodón o lino, etc.; sólo en este caso puede procurarse el fabricante de maquinaria los mejores instrumentos posibles, introducir las necesarias mejoras, formar los obreros más competentes y los técnicos más capaces, pagándoles salarios moderados. A la falta de esta división del trabajo se debe que los fabricantes de maquinaria alemana no hayan alcanzado aún en su desarrollo el nivel logrado por los ingleses. La razón de que en Alemania no exista esa división del trabajo consiste principalmente en que entre nosotros no florecen aún las distintas especies de hilaturas que originan una gran demanda de maquinaria. La importación de hilados extranjeros mantiene, así, a un bajo nivel ese importantísimo ramo de fabricación *que fabrica fábricas.*

Análoga importancia tiene la división del trabajo en cualquier otro sector fabril. Las hilaturas, fábricas de tejidos y de estampados sólo pueden suministrar productos lo más perfectos y baratos posible cuando la demanda les permite dedicarse exclusivamente a ciertas especies de hilados, tejidos y estampado.

A la página 327, párrafo 4.

La capacidad productiva de las plantaciones algodoneras es sumamente diversa: varía de 2 a 3 quintales hasta 8 a 12 quintales por acre de terreno. Recientemente se ha descubierto en Norteamérica una especie de semilla de algodón que en terrenos fértiles puede arrojar un rendimiento de 15 quintales por acre (40 000 pies cuadrados). Ya un rendimiento medio de 8 quintales lo consideramos muy elevado. En cambio, es para nosotros excesivamente bajo un rendimiento medio de 10 quintales en las plantaciones azucareras, ya que en tierras de regular calidad la cosecha suele ser de 10 a 20 quintales. Por elevado o bajo que sea el rendimiento medio por acre para toda clase de productos de la zona tórrida; nuestro argumento queda en pie, ya que esa producción puede elevarse de modo inconmensurable.

A la página 462, párrafo 4.

Si no nos equivocamos, actualmente disfruta Inglaterra en Brasil del beneficio de una tarifa diferencial de 17 por ciento para su importación de artículos manufacturados, en virtud de un tratado que se denunciará en 1842. Sería muy de desear que por parte de los Estados de la Unión Aduanera alemana se hicieran las gestiones oportunas para que no se renovara ese tratado.

ANEXO

ESBOZOS DE ECONOMÍA POLÍTICA
AMERICANA
en una serie de cartas dirigidas por
FREDERICK LIST, ESQ.
antiguo profesor de Economía Política
en la Universidad de Tubinga en Alemania
a
CHARLES J. INGERSOLL, ESQ.
Vicepresidente de la Sociedad de Pennsylvania
para la promoción de las manufacturas
y las artes mecánicas

A la que se agregan
las célebres cartas
de Mr. Jefferson a Benjamin Austin
y de Mr. Madison a los Directores
del
Lynchburg Virginian

FILADELFIA
Impreso por Samuel Parker, Núm. 48, Market Street

1827

[PRESENTACIÓN]

Habiéndose dado a conocer ante el público el nombre del profesor List como caballero de gran carácter y posición en los consejos legislativos de su patria, no puede dejar de ser sumamente interesante contar, bajo su propia firma, con el testimonio del "Invitado de la Nación" en favor del profesor.

La siguiente carga, dirigida al señor List, desde el navío Brandywine, habla por sí misma, evitando la necesidad de disculparnos por presentarla al público.

A bordo del Brandywine, 7 de sept. de 1825

Mi querido Profesor List:

Dejo estas amadas costas lamentando no haber estado en mi poder el prestarle los servicios adecuados a sus méritos, a sus sufrimientos por la causa de la libertad, al interés que los más distinguidos hombres de cultura y de buenos sentimientos de Europa muestran hacia usted. Su talento como profesor, su devoción a la libertad como representante (así le llaman, en la cámara legislativa de Würtemberg), y las extrañas persecuciones dirigidas contra usted, atraerían no sólo la atención, sino los buenos y activos deseos de muchos de sus amigos en América, si no fuera porque en este país es condición necesaria, antes de emprender nada, hablar la lengua inglesa.

Con mis mejores deseos por el bien de usted y de su familia. Presente mis respetos a la Sra. List, y créame, sinceramente

Suyo

LAFAYETTE

El profesor List, que me dirigió las cartas anexas, es un caballero de carácter y logros respetables, exiliado por proscripción política de Alemania, y deseoso de hacer de este país su patria. Después de ser durante varios años profesor de economía política en la Universidad de Tubinga, en el reino de Würtemberg, fue elegido consejero de la sociedad de comerciantes y manufactureros alemanes para crear un sistema alemán de economía política, capacidad en la cual visitó las diferentes cortes de Alemania y asistió al Congreso de Ministros Alemanes en Viena en 1820.

Luego fue elegido miembro de la Cámara de Representantes del Reino de Würtemberg donde intentó introducir, por ley, el juicio por jurado y la publicación de las actas judiciales en controversias civiles y penales. Como sus planes de reforma eran nocivos para el gobierno, el Sr. List fue acusado de alta traición y arrojado a la cárcel. Después de varios años de persecución, finalmente se le permitió abandonar ese país con un pasaporte para visitar los Estados Unidos de América en viaje científico y llegó aquí hace unos dos años, cálidamente recomendado por el general Lafayette, en cartas de presentación que lo describen como patriota proscrito y hombre de ciencia.

Hoy reside en Reading en este estado; y habiendo estudiado durante sus cátedras en Alemania, y profesado las doctrinas de la economía política, como la última Convención de Harrisburg llamó su atención sobre el tema, voluntariamente me dirigió una serie de cartas.

Al presentarlas a usted para su publicación atiendo al deseo de profesor de prestar un servicio a su país de adopción, comunicando su conocimiento de cosas de gran interés y muy controvertidas. Algunos de sus corresponsales tal vez consideren al profesor List como un adversario digno de atención, caso en el cual él me autoriza a asegurar a usted que cualquier contradicción sincera y bien informada de sus tesis le ocasionará placer, como ocasión para discutir con franqueza unos temas que sería imposible examinar suficientemente para información del público.

Quedo, respetuosamente, su humilde servidor,

C. J. INGERSOLL

ESBOZOS DE ECONOMÍA POLÍTICA AMERICANA

CARTA I

Reading, 10 de julio de 1827

Estimado señor: Sintiéndome honrado por su consulta, no habría vacilado ni un momento en atenderla, si no me lo hubiese impedido una enfermedad pasajera. Ahora, recuperado, me apresuro a comunicar a usted los resultados de mis reflexiones sobre la economía política, producidas no sólo por un estudio de muchos años sino también por un largo ejercicio práctico en mi capacidad de consejero de la Sociedad de Manufactureros Alemanes, con el propósito de lograr un sistema de Economía Nacional Alemana.

Después de haber hojeado las diferentes declaraciones de la Sociedad de Filadelfia para la Promoción de la Industria Nacional, los diferentes discursos pronunciados en el Congreso sobre el mismo tema, el Registro de Niles, etc., etc., sería arrogante de mi parte tratar de demostrar cuestiones prácticas, tan ingeniosa y sagazmente ilustradas por los primeros políticos de la nación, y por tanto, limito mis esfuerzos a la refutación de la teoría de Adam Smith y compañía, cuyos errores fundamentales no se han entendido tan claramente como debieran serlo.

Es esta teoría, señor, la que da a los adversarios del sistema americano los medios intelectuales de su oposición. Es la combinación de los *soi-disant* teóricos con aquellos que se creen interesados en el *soi-disant* libre comercio, la que da tanta fuerza aparente al bando opuesto. Jactándose de su imaginaria superioridad de ciencia y conocimiento, estos discípulos de Smith y Say están tratando a cada defensor del sentido común como a un empírico cuyas facultades mentales y adquisiciones literarias no son lo bastante fuertes para concebir siquiera la sublime doctrina de sus maestros. Por desdicha, los fundadores de esta peligrosa doctrina fueron hombres de grandes espíritus, cuyos talentos les permitieron dar a sus castillos en el aire la apariencia de edificios sólidos y bien cimen-

tados. Las importantes verdades que sacan a la luz fueron la lamentable causa que dio a todo su sistema el crédito de ser una doctrina demasiado elevada para que la cuestionen generaciones futuras. Esta doctrina, señor, fue adaptada por la mayor parte de aquellos que hicieron de la política su estudio particular, y después de haber admirado una doctrina durante diez y veinte años les resultó difícil apartarse de ella. Se necesita un espíritu de perfecta independencia para reconocer que durante tanto tiempo se dio crédito a un sistema erróneo, particularmente si ese sistema es defendido por intereses privados.

A consecuencia de esta exposición, creo que es un deber de la Convención General de Harrisburg no sólo apoyar los intereses de los criadores y fabricantes de lana, sino aplicar el hacha a la raíz del árbol, declarando que es erróneo el sistema de Adam Smith y compañía —declarándole la guerra de parte del Sistema Americano— e invitando a hombres doctos a revelar sus errores —y escribir conferencias populares sobre el Sistema Americano— y por último, pedir a los gobiernos de los distintos estados, así como al gobierno general, apoyar el estudio del Sistema Americano en los diferentes colegios, universidades e instituciones literarias que hay bajo sus auspicios.

La última obra del Dr. Cooper muestra claramente la necesidad de tales medidas de los partidarios del Sistema Americano. Según esta obra (simple compilación), usted y yo y todos los caballeros de la Convención y todos los partidarios del Sistema Americano no somos otra cosa que idiotas; pues es "*ignorancia* apoyar una industria con aranceles cuando se pueden obtener los bienes, más baratos, mediante el comercio exterior", "*ignorancia,* si un gobierno guarda y protege la industria de individuos", etc., etc. (Véase p. 195, donde encontrará usted registradas *once ignorancias,* que podría usted aplicarse a sí mismo yendo a Harrisburg.) Ésta, señor, es hoy la única obra elemental en la que nuestra juventud y nuestro pueblo pueden aprender los principios de lo que se llama economía política. ¿Qué frutos pueden esperarse de tales semillas? Y si los partidarios del Sistema Americano están convencidos de la superioridad de su doctrina, ¿no es su deber aplicarlo, teórica así como prácticamente? ¿No debieran procurar para el pueblo, y especialmente para la juventud de su patria, obras elementales y maestros profesionales que expliquen los principios de la economía política de acuerdo con su propio sistema, el cual a la postre debe prevalecer en la proporción en que la legislatura nacional se convenza de su adecuación?

Recuerdo la anécdota de un médico que, habiendo encontrado a su paciente consultando una obra de medicina acerca de su enfermedad, le advirtió que tuviese cuidado de no morir por un error de imprenta. Así, señor, yo advertiría al pueblo de estos Estados Unidos que confía en el célebre sistema de Smith, que tenga cuidado de no morir por un bello ideal. En realidad, señor, casi sonaría como un sarcasmo si en épocas ulteriores un historiador conmemorara la decadencia de este país en los siguientes términos:

"Fueron un gran pueblo; iban en el camino de convertirse, en todos los aspectos, como la primera nación de la tierra, pero se debilitaron y murieron, confiando en la infalibilidad de dos libros importados, uno de Escocia y el otro de Francia; libros cuyo fracaso general fue reconocido poco después por todos."

Como sería inútil la idea de denunciar, en nombre de una comunidad ilustrada, esa teoría de economía política si esta denuncia no puede ser apoyada por pruebas suficientes de su fracaso, considero mi deber presentar al examen de vuestras inteligencias superiores las opiniones siguientes. El poco espacio y tiempo de que disponen mis comunicaciones sólo me permite tocar los temas de la ciencia.

A consecuencia de mis investigaciones, he descubierto que las partes integrantes de la economía política son: 1, economía individual; 2, economía nacional; 3, economía de la humanidad. A. Smith trata de la economía individual y la economía de la humanidad. Enseña cómo una persona crea, aumenta y consume riqueza en sociedad con otras personas, y cómo la industria y la riqueza de la humanidad influyen sobre la industria y la riqueza del individuo. Ha olvidado por completo lo que prometía tratar el título de su libro, *La riqueza de las naciones*. Al no tomar en consideración el diferente estado del poder, la constitución, las necesidades y la cultura de las diversas naciones, su libro es un simple tratado sobre la cuestión de cómo se encontraría la economía de los individuos y de la humanidad si la especie humana no estuviese separada en naciones, sino unida por una ley general y por una igual cultura del espíritu. Trata esta cuestión muy lógicamente; y, sobre esta suposición, su libro contiene grandes verdades. Si todo el orbe estuviese unido por una unión como los 24 Estados de América del Norte, el librecambio sería en realidad tan natural y tan benéfico como lo es hoy en la unión. No habría razón para separar el interés de un cierto espacio de tierra y de un cierto número de seres humanos, de los intereses de todo el orbe

y de toda la especie. No habría interés nacional, no habría una ley nacional contraria a la libertad de toda la especie, no habría restricción, no habría guerra. Todo fluiría en su corriente natural. El capital y la pericia ingleses, si superabundaran en esa isla, desbordarían sobre las riberas del Sena y del Elba, del Rhin y del Tajo; fertilizarían los bosques de Bohemia y de Polonia, mucho antes de correr hacia las riberas del Ganges y del San Lorenzo, llevando por doquier libertad y ley. Un inglés emigraría tan fácilmente a Galitzia y a Hungría como hoy un ciudadano de Nueva Jersey emigra a Missouri y a Arkansas. Ninguna nación tendría que temer por su independencia, poder y riqueza, por las medidas de otras naciones.

Este estado de cosas puede ser muy deseable —puede hacer honor al corazón del filósofo que lo desee—, hasta puede en el gran plan de la Providencia, para realizarlo en otras edades. Pero, señor mío, no es el estado del mundo real. El sistema de Adam Smith, en el actual estado del mundo va, por tanto, junto con los sueños del buen abate de St. Pierre, de paz eterna, y con los sistemas de quienes inventan leyes de naciones. Yo mismo creo, en realidad, que es postulado de la razón el que las naciones deben zanjar sus diferencias por ley, como hoy lo hacen los Estados Unidos entre sí. La guerra no es sino un duelo entre naciones, y las restricciones al libre comercio no son sino una guerra entre los poderes de la industria de diferentes naciones. Pero, señor mío, ¿qué pensaría usted de un secretario de Guerra que, abrazando la doctrina de los Amigos, se negara a construir fortalezas y acorazados y a abastecer las academias militares porque la humanidad sería más feliz si no hubiese guerras sobre la tierra? Y sin embargo, señor, la conducta de ese secretario de Guerra sería exactamente tan sabia como la conducta de aquellos que, abrazando el sistema de Adam Smith en su actual imperfección, dejaran sus intereses nacionales librados a la dirección de naciones extranjeras y de leyes extranjeras, porque en un estado más perfecto pero enteramente imaginario de la especie humana, el libre comercio sería benéfico para la humanidad.

Disto mucho de opinar, señor, que el sistema de Adam Smith, en una visión científica, carezca de méritos. Por lo contrario, creo que los principios fundamentales de la ciencia sólo pueden descubrirse por sus investigaciones de la economía de los individuos y de la humanidad. Su error consiste en no añadir a esos principios generales las modificaciones causadas por la división de la especie humana en cuerpos nacionales, y

en no añadir a las reglas las excepciones, o a las extremidades el cuerpo central.

La economía de los individuos y la economía de la humanidad, como las trata Adam Smith, enseñan por cuáles medios una persona crea, aumenta y consume riquezas en sociedad con otros individuos, y cómo la riqueza de la humanidad influye sobre la industria y la riqueza de los individuos. La *economía nacional* enseña por cuáles medios una cierta nación, en su situación particular, puede dirigir y regular la economía de los individuos, y restringir la economía de la humanidad, sea para prevenir restricciones extranjeras y potencias extranjeras, o para aumentar los poderes productivos que hay en sí misma; en otras palabras, cómo crear, a falta de un estado de derecho, dentro de todo el orbe terráqueo, un mundo en sí mismo, para aumentar en poder y riqueza hasta ser una de las naciones más poderosas, ricas y perfectas de la tierra, sin restringir la economía de los individuos y la economía de la humanidad más de lo que lo permite el bienestar del pueblo.

En mi próxima carta me explayaré más sobre el tema. Por el momento, sólo me queda suficiente espacio para pedir su indulgencia a mi incapacidad de expresarme con corrección y elegancia en el lenguaje de este país.

Muy respetuosamente, su humilde servidor,

FR. LIST

CARTA II

Reading, 12 de julio de 1827

Estimado señor: En cuanto se revelan las tres partes componentes de la economía política, la ciencia sale a la luz, y se hacen claros los errores de la antigua teoría.

El objeto de la economía individual es, tan sólo, satisfacer las necesidades y obtener las comodidades de la vida. El objeto de la economía de la humanidad o, dicho más propiamente, de la *economía cosmopolítica,* es obtener para toda la especie humana la mayor cantidad de los artículos de primera necesidad y comodidades de la vida. Una persona que viva en Pennsylavania, considerada tan sólo como parte de la humanidad, no tiene un interés particular en que la riqueza y los poderes productivos

aumenten más en Vermont o en Maine, que en Inglaterra. Y si sucede que esta persona es agente de una fábrica extranjera, hasta podrá ver reducidos sus medios de vida por la creciente industria de sus vecinos más cercanos. La humanidad tampoco se interesa en saber qué punto de la tierra o qué pueblo sobresale en industria; se beneficia por cada aumento de la industria, y las restricciones son tan nocivas para la humanidad en general como las restricciones al libre intercambio entre los veinticuatro Estados Unidos serían dañinas a la riqueza y los poderes productivos de esta nación. La idea de *poder* no es aplicable ni al individuo ni a toda la especie humana. Si todo el globo quedara unido por una ley general, no sería de ninguna consecuencia para ningún pueblo en particular con respecto a su libertad y su independencia, fuese fuerte o débil en población, poder y riqueza; así como hoy no tiene ninguna consecuencia para el estado de Delaware, con respecto a su libertad e independencia, que su riqueza, población y territorio sean sobrepasados diez veces por su vecino más cercano, el estado de Pennsylvania.

Ésta es, señor, la teoría de Adam Smith y de su discípulo, el Dr. Cooper. Si sólo se consideran las dos extremidades de la ciencia, tienen razón. Pero su teoría no aporta nada para la paz ni para la guerra; ni para países en particular ni para personas en particular; no reconocen en absoluto la fractura de la especie humana en las naciones. En este sentido, el Sr. Say censura al gobierno de su país por haber empleado navíos franceses para llevar abastos militares franceses de Rusia a Francia mientras que los holandeses lo habrían hecho quince francos por tonelada más barato.

El beneficio debido a estos embarques para nuestra marina, añade, no sólo atañe a la *economía,* sino también a *¡la política!* Y como los discípulos suelen tener el hábito de superar a sus maestros en afirmaciones audaces, algunos de nuestros miembros del Congreso, sostuvieron con toda seriedad que sería mejor importar pólvora de Inglaterra, si allí se la pudiese comprar más barata, que fabricada aquí. Me pregunto por qué no proponen incendiar nuestros acorazados, porque sería mejor economía alquilar, en tiempos de guerra, navíos y marinos de Inglaterra. En el mismo sentido, nuestro campeón norteamericano de la antigua teoría, el Sr. Cooper, deja caer en su conferencia sobre economía política esta notable frase: "La política, debe recordarse, no es esencialmente una parte de la economía política". (Véase p. 15.) No sé qué pensaría el Dr. Cooper, el químico, si yo me atreviera a decir "la química, debe recordarse, no es esencialmente, parte de la tecnología química".

De hecho, tan equivocados están estos partidarios de la teoría escocesa, que pese al nombre mismo que han elegido dar a su ciencia, nos harán creer que no hay nada de política en la economía política. Si su ciencia debe llamarse propiamente *economía política,* debe haber tanto de *política* en ella, como de *economía,* y si no hay *política* en ella, la ciencia no tiene el nombre adecuado; entonces, no es más que *economía.* La verdad es que el nombre es correcto y que expresa precisamente lo que estos caballeros pretenden tratar, pero lo que tratan no corresponde al nombre. No tratan de economía *política,* sino de economía *cosmopolítica.*

Para completar la ciencia, debemos añadir los principios de economía nacional. La idea de economía nacional brota con la idea de naciones. Una nación es el medio entre los individuos y la humanidad; una sociedad separada de individuos que, poseyendo común gobierno y comunes leyes, derechos, instituciones, intereses, historia y gloria, común defensa y seguridad de sus derechos, riquezas y vidas, constituye un cuerpo, libre e independiente, que sólo sigue los dictados de su interés, con respecto a otros cuerpos independientes, y que posee poder para regular los intereses de los individuos que constituyen tal cuerpo, con objeto de crear la mayor cantidad posible de bienestar común en el interior, y la mayor cantidad de seguridad con respecto a otras naciones. El objeto de la economía de este cuerpo no sólo es la riqueza como economía individual y cosmopolítica, sino poder y riqueza, porque la riqueza nacional aumenta y es asegurada por el poderío nacional. Por tanto, sus principios guías no sólo son económicos sino, asimismo, políticos. Los individuos pueden ser muy ricos: pero si la nación no posee poder para protegerlos, ella y ellos pueden perder en un día la riqueza que acumularon durante épocas, así como sus derechos, libertad e independencia. En una visión simplemente económica, puede ser indiferente a un habitante de Pennsylvania si el fabricante que le da paños a cambio de su trigo vive en la Antigua Inglaterra o en la Nueva Inglaterra; pero en tiempos de guerra y de restricciones, no puede enviar trigo a Inglaterra ni importar paños de allí, mientras que el intercambio con Nueva Inglaterra no será perturbado nunca. Si el fabricante se enriquece con este intercambio, el habitante de la Antigua Inglaterra aumenta el poder de su enemigo en tiempos de guerra, mientras que el fabricante de la Nueva Inglaterra aumenta la defensa de su nación. En tiempos de paz, el granjero de Pennsylvania podrá hacer bien en comprar fusiles y pólvora de Inglaterra para cazar; pero en tiempos de guerra, el inglés no le dará los medios para que la dispare.

Así como el poder asegurar la riqueza, y la riqueza aumenta el poder, así por partes iguales el poder y la riqueza son beneficiados por un armonioso estado de la agricultura, el comercio y las manufacturas dentro de los límites del país. A falta de esta armonía, una nación nunca será poderosa ni rica. Un estado simplemente agrícola depende para su mercado, así como para su abastecimiento, de leyes extranjeras, de la buena amistad o la enemistad del extranjero. A mayor abundamiento, las manufacturas son las parteras de las artes, las ciencias y habilidades, las fuentes del poder y la riqueza. Un pueblo simplemente agrícola siempre será pobre (lo dice el propio Say), y un pueblo pobre, no teniendo mucho qué vender y menos con qué comprar, jamás poseerá un comercio floreciente, porque el comercio consiste en comprar y vender.

Nadie puede negar estas verdades. Pero la pregunta es, señor, si el gobierno tiene el derecho de limitar la industria individual, con objeto de poner en armonía las tres partes integrantes de la industria nacional; y en segundo lugar, me pregunto si el gobierno hace bien o está en su poder producir esta armonía por medio de leyes y restricciones.

El gobierno, señor mío, no sólo tiene el derecho, sino que es su deber, promover todo lo que pueda incrementar la riqueza y el poder de la nación, si este objetivo no pueden alcanzarlo los individuos. Por ello, es su deber proteger el comercio con una armada, porque los comerciantes no pueden protegerse a sí mismos; por ello, es su deber proteger el transporte del comercio mediante leyes de navegación, porque el traslado del comercio apoya el poderío naval, así como el poderío naval protege al traslado del comercio; por ello, el interés y el comercio navieros deben ser apoyados por parteaguas —la agricultura y todas las demás industrias por medio de portazgos, puentes, canales y vías férreas— las nuevas invenciones, por leyes de patentes, y así también las manufacturas deben aumentar por medio de derechos de protección, si el capital y el ingenio extranjeros impiden a los individuos emprenderlos.

Con respecto a la facilidad de imponer medidas protectoras, observo que depende por entero de las condiciones de una nación el que sean eficientes o no. Las naciones son tan distintas, en sus condiciones, como los individuos. Hay gigantes y enanos, jóvenes y viejos, personas tullidas y personas bien hechas; algunas son supersticiosas, perezosas, indolentes, ignorantes, bárbaras; otras son ilustradas, activas, emprendedoras y civilizadas; algunos son esclavos, otros son semiesclavos, otros son libres y se gobiernan a sí mismos; algunas naciones son predomi-

nantes sobre otras naciones, algunas son independientes, y algunas viven más o menos en estado de dependencia. No puedo concebir cómo unos hombres sabios pueden aplicar reglas generales a estos diferentes organismos. Hacerlo lo considero no más sabio que el hecho de que los médicos prescribieran lo mismo a un niño y a un gigante; al viejo y al joven en todos los casos la misma dieta y la misma medicina.

Unos derechos protectores en España privarían a la nación española de la mísera industria que aún le queda. No teniendo una armada, ¿cómo podría imponer tales medidas? Un pueblo moroso, indolente y supersticioso, nunca podría obtener de ellas una ventaja, y ningún extranjero en su sano juicio sometería su capital a un brutal poder absoluto. Semejante gobierno no puede hacer nada mejor que traducir la obra del Dr. Cooper para convencer a la gente de que *laissez faire et laissez passer* es la política más sabia de la tierra. México y las repúblicas del sur actuarían con igual locura si abrazaran en tal situación el sistema de manufacturas: un libre intercambio de sus materias primas y sus metales preciosos por manufacturas extranjeras es la mejor política para elevar la industria y los ánimos de esos pueblos, y para enriquecerse. Sin duda, a todos les causaría hilaridad si alguien aconsejara a los suizos promulgar leyes de navegación, a los turcos hacer leyes de patentes, a las ciudades hanseáticas crear una marina y a los hotentotes o a los indios establecer ferrocarriles. Aun estos Estados Unidos, habiendo acabado de convertirse de colonia en nación independiente, hicieron bien en conservar durante un tiempo su vasallaje económico. Pero después de adquirir la fuerza de un hombre, sería absurdo actuar como un niño, como dice la Escritura: "cuando yo era niño, hablaba como niño ... mas cuando ya fui hombre hecho, dejé lo que era de niño".

El estado de esta nación no se puede comparar con el estado de ninguna otra nación. Nunca se han visto el mismo tipo de gobierno y la misma estructura de sociedad; ni tampoco esa general e igual distribución de la propiedad, de la instrucción, de la industria, del poder ni de la riqueza; ni realizaciones similares en los dones de la naturaleza, que prodigó a este pueblo riquezas naturales y las ventajas del norte, del sur y de los climas templados, todas las ventajas de vastas costas marítimas y de un inmenso continente no colonizado, y toda la actividad y el vigor de la juventud y de la libertad. No hay pueblo ni hubo jamás pueblo que duplicara sus números cada veinticinco años, que duplicara el número de sus estados en cincuenta años, sobresaliendo a tal grado en su labo-

riosidad, habilidad y poder, creando una marina en unos cuantos años, y completando en breve tiempo mejoras públicas que en épocas de antaño habrían distinguido, por sí solas, una nación para siempre.

Dado que las condiciones de esta nación no tienen ejemplo previo, los efectos de sus esfuerzos por aumentar las manufacturas no deberán tener ejemplos; mientras que estados menores deberán someterse al ascendiente naval de Inglaterra, los norteamericanos pueden levantar las cabezas y mirarla a la cara. Si pueblos pobres, ignorantes, indolentes y deprimidos no pueden subir mediante sus propios esfuerzos, este pueblo libre, emprendedor, instruido, laborioso y rico, sí puede hacerlo. Si otro pueblo debe limitar su ambición, vivir en una dependencia tolerable y un vasallaje económico, esta nación haría una injusticia al llamado de la naturaleza si no tuviera plena independencia, si no aspirara a un grado nunca visto de poder para mantener su grado nunca visto de libertad y de felicidad. Pero un alto grado de poder y de riqueza, una plena independencia jamás se adquirirá si la industria manufacturera no se pone en armonía con la industria agrícola y comercial. Por tanto, el gobierno no sólo haría bien en apoyar esta industria, sino que haría mal en no hacerlo.

La economía nacional norteamericana, según las diferentes condiciones de las naciones, es totalmente distinta de la economía nacional inglesa. La economía nacional inglesa tiene por objeto manufacturar para todo el mundo, monopolizar todo el poder manufacturero aun a expensas de las vidas de sus ciudadanos, para mantener al mundo, especialmente sus propias colonias, en un estado de infancia y vasallaje mediante administración política, así como por la superioridad de su capital, su habilidad y su marina. La economía norteamericana tiene por objeto poner en armonía las tres ramas de la industria, sin las cuales ninguna industria nacional puede alcanzar la perfección. Tiene por objeto subvenir a sus propias necesidades mediante sus propios materiales y su propia industria; poblar un país no colonizado; atraer una población extranjera, capital y capacidad extranjeros; aumentar su poder y sus medios de defensa con objeto de asegurar la independencia y el futuro desarrollo de la nación. Por último, tiene por objeto ser libre e independiente, y poderosa, y dejar que todos los demás disfruten de libertad, poder y riqueza a su gusto. La economía nacional inglesa es *predominante*; la economía nacional norteamericana sólo aspira a ser *independiente*. Como no hay semejanza en los dos sistemas, no hay semejanza en sus

consecuencias. El país no se atiborrará de bienes de lana como no se atiborra de mobiliario; las manufacturas no producirán vicios, porque cada trabajador puede ganar lo bastante para mantener con honradez a su familia; nadie sufrirá ni padecerá hambre por falta de trabaja, porque si el labrador no puede ganar lo suficiente para mantener de otro modo a su familia, sí puede cultivar la tierra: hay espacio suficiente para que cientos de millones se vuelvan granjeros independientes.

Después de haber explicado el error fundamental de Smith y de Say al confundir la economía *cosmopolítica* con la economía *política,* intentaré demostrar en mi próxima epístola por qué errores estos dos célebres autores se vieron inducidos a afirmar que la riqueza y la industria de una nación no pueden aumentarse por medio de restricciones.

Muy respetuosamente, su humilde y obediente servidor,

F. LIST

CARTA III

Reading, 15 de julio de 1827

Estimado señor: El sistema de Adam Smith ha adquirido tan grande autoridad, que quienes se aventuran a oponérsele, o bien a dudar de su infalibilidad, se exponen a ser llamados idiotas. El Sr. Say, a lo largo de toda su obra, tiene la costumbre de decir que todas las objeciones a su sublime teoría son la opinión de la chusma, ideas vulgares, etc., etc. El Sr. Cooper, por su parte, probablemente no considera apropiado hablar en este país, tanto como los parisienses, acerca de chusma, de populacho, por lo que se vale del término ignorancia. Lamenta mucho que los dos Pitt, así como Mr. Fox, tuviesen cabezas tan duras que no concibieran ni siquiera los principios fundamentales de la sublime teoría. Estos teóricos infalibles nos aseguran, con tanta gravedad como modestia, que cerebros como los de Eduardo III, Isabel, Colbert, Turgot, Federico II, José II, Pitt, Fox, Napoleón Bonaparte, Washington, Jefferson, Hamilton, una lista de los cerebros de los hombres más ilustrados de todas las épocas, no fueron lo bastante ilustrados para comprender los auténticos principios de la economía política. Por consiguiente, aunque un adversario de Mr. Say se encuentra en una compañía tolerablemente buena entre los ignorantes, yo considero necesario declarar que, durante muchos años,

no sólo fui un fidelísimo discípulo de Smith y Say, sino un muy celoso maestro de la doctrina infalible; y no sólo estudié las obras de los maestros, sino también las de sus más aprovechados discípulos en Inglaterra, Alemania y Francia, con cierta asiduidad y perseverancia, y que no me convertí hasta llegar a la madurez. Puede ver entonces en mi patria de origen los efectos admirables de lo que suele llamarse el sistema continental y los efectos destructores del regreso de lo que llaman comercio, tras la caída de Napoleón. La industria alemana, aunque fomentada sólo parcialmente por el sistema continental, porque sólo disfrutaba de protección contra la competencia inglesa y seguía expuesta a la competencia francesa mientras que las fronteras de Francia le estaban cerradas, logró admirables progresos durante esa época, no sólo en las distintas ramas de la industria manufacturera, sino en todas las ramas de la agricultura que, aunque padeciendo todas las desventajas de las guerras y de las despóticas medidas francesas, iban floreciendo. Toda clase de productos tenía demanda y costaba altos precios, y los salarios, rentas, intereses de capital, precios de la tierra y toda descripción de propiedad iban, por consiguiente, en alza. Pero tras el desplome del sistema continental, después de haber gozado de artículos ingleses mucho más baratos de los que la nación podía fabricar, las manufacturas languidecieron. Los agricultores y los terratenientes nobles se sintieron, al principio, complacidos de comprar a tan bajos precios, particularmente los cultivadores de algodón, quienes vendían su algodón a Inglaterra a muy altos precios. Se hablaba encomiásticamente de los principios de Smith y Say; pero los ingleses, después de haber conquistado el mercado alemán para sus manufacturas, no vacilaron en favorecer los intereses de sus terratenientes mediante leyes de cereales y de algodón; el precio del algodón y del cereal y, en consecuencia, de las rentas, salarios y propiedades en Alemania, se hundieron más y más, a lo que siguieron los efectos más ruinosos. En la actualidad, los productos de la agricultura son tres y cuatro veces más baratos ahí que en el sistema continental, y la propiedad casi no tiene ningún precio. El criador de ganado lanar y el agricultor, así como el manufacturero, están arruinados, y en las actuales circunstancias no pueden procurarse una tercera parte de la cantidad de artículos ingleses baratos de la que antes gozaban de manufacturas domésticas de alto precio.

La contemplación de estos efectos me llevó a dudar por vez primera de la infalibilidad de la antigua teoría. Como mis ojos no son lo bastante

agudos para descubrir de una sola mirada los errores de un sistema tan ingeniosamente edificado y apoyado por tantas verdades valiosas, juzgué el árbol por su fruto. Pensé que, así como una teoría de medicina, por muy ingeniosamente inventada y por muy apoyada que esté por brillantes verdades, debe ser fundamentalmente errónea si destruye la vida de sus partidarios, así también un sistema de economía política debe ser erróneo si efectúa precisamente lo contrario de lo que debe suponerse que cualquier hombre con sentido común espera de ella. A consecuencia de esta convicción, me enfrenté abiertamente a los partidarios de esta teoría, y tan bien recibida fue esta oposición que en unas cuantas semanas una sociedad de muchos miles de fabricantes, comerciantes, de primera fila, dispersos por todo el antiguo Imperio alemán, se fundó con el propósito de establecer un sistema de economía nacional alemana. Habiendo sido elegido su consejero visité, en compañía de diputados de la sociedad, las diferentes cortes de Alemania (y el Congreso de Ministros Alemanes celebrado en Viena en 1820) con objeto de convencer a los diversos gobiernos de la necesidad de aplicar semejante sistema. En el interior, todos se habían convencido, por fin, de esta necesidad: agricultores, criadores de ganado lanar, propietarios de fincas, así como fabricantes. No se oyó oposición alguna en ninguna parte, salvo en las ciudades de la Hansa y en la ciudad de Leipzig, y ni siquiera allí nadie, sino los agentes de las empresas inglesas y los banqueros cuyos intereses momentáneos estaban en juego, tomó parte en esta oposición. Estos adversarios del bienestar común estuvieron encabezados y apoyados por unos cuantos doctos discípulos de Smith y Say, quienes, o bien ofendidos en su orgullo literario por la oposición contra una teoría, el desarrollo y la ilustración de la cual formaba su renombre literario, o bien llevados por intereses personales y por su situación, aun montaron el viejo caballo de batalla del libre comercio y nos repitieron sus efectos benéficos, mientras que la libre interrelación era contenida de toda manera posible por restricciones extranjeras. Por lo contrario, los más ilustrados teóricos del interior cedieron ante los principios de la sociedad, y muchos de ellos (en particular, el conde Soden, el autor alemán más célebre en materia política) aportaron mucho material valioso para un periódico hebdomadario que yo dirigí por entonces, con objeto de preparar la mentalidad del público para un sistema nacional. Todos los gobiernos alemanes, de la segunda y la tercera fila (excepto Hannover y las ciudades de la Hansa), se convencieron al fin de su nece-

sidad, y en 1820, en Viena, se firmó un tratado preliminar adaptado a los intereses de la nación. Si este tratado no entra en vigor ni siquiera hoy, sólo puede atribuirse a las dificultades de imponer semejante tratado entre diferentes estados independiente cada uno de los demás, y que no gozan de las ventajas de una legislatura general para sus intereses comunes. Pero si el rumor es cierto, el actual rey de Baviera, gobernante que sobresale tanto por sus ideas ilustradas y fuerza de carácter como por sus generosos sentimientos hacia el bienestar de toda la nación alemana, pronto superará estas dificultades. Estando obligado por el deber durante varios años a enfrentarse cada día contra los discípulos de Smith y Say, todas las partes de la antigua teoría finalmente fueron reveladas por estos esfuerzos y esta perseverancia, y las circunstancias efectuaron lo que humildes talentos nunca habrían logrado.

Me permito molestarlo a usted, señor, con esta larga apología, para excusarme por haber emprendido con tan humildes medios una tarea tan ingente como la refutación de los productos literarios de los hombres más célebres en economía política. Recorrí el mismo camino que los patriotas de los Estados Unidos, y en que el propio Say encontró un poderoso adversario en su compatriota, el conde Chaptal, químico y estadista, quien por sus investigaciones de química, así como por sus esfuerzos políticos, hizo más por promover la industria de Francia que ningún hombre en cualquier otro país. Lea, le ruego, el capítulo 15 (primer volumen) de su célebre obra: *De l'Industrie Française* (1819), y encontrará usted ahí la refutación más práctica y material de la teoría de Say, aunque no parezca oponérsele directamente.

Espero que la autoridad de hombres como Chaptal me dará, aun para aquellos que tienen la costumbre de dar más crédito a los nombres que a los argumentos, cierta excusa por haber emprendido esta tarea, y tal vez cierto aliento a otros para lanzarse a una investigación imparcial de estos argumentos. Para quienes tienen el hábito de argüir la postrera y maravillosa conversión del ministro inglés al sistema de Smith y Say con objeto de demostrar su poder conquistador e irresistible, sólo declarará aquí los resultados de mis reflexiones, reservándome a mí mismo tratar en otra carta ese interesante tema, así como la economía nacional inglesa en general. Estos resultados son: que la aparente adherencia de los señores Canning y Huskisson a la teoría de los señores Say y Smith es una de las maniobras políticas más extraordinarias, de primera clase, que se hayan efectuado aprovechando la credulidad del mundo. Estos caballe-

ros, llenos sus labios de principios cosmopolitas, se dignan persuadir a todas las demás potencias de que cedan su poder político con objeto de hacer omnipotente el poder productivo y político inglés. El Sr. Canning fue a París llevando en sus manos el tratado del Sr. Say, mostró a M. de Villèle los capítulos según los cuales sería benéfico para la humanidad si él, Villèle, colocara los intereses manufactureros de toda Francia a su merced, de Mr. Canning, para beneficio de la importación de vinos y bebidas espirituosas en el Imperio británico. Ahora bien, señor, ¿cuáles habrían sido las consecuencias, o cuáles serán las consecuencias, si el ministro francés fuese lo bastante complaciente para dejarse embaucar por segunda vez por Mr. Canning? Las fábricas francesas, y con ellas la habilidad y el poder de las manufacturas francesas, indudablemente quedarán destruidas en pocos años. Es cierto, los franceses venderían, y con ello producirían y fabricarían muchos más vinos y bebidas espirituosas que antes. Pero, señor, ¿no estará después al alcance de Mr. Canning o de cualquier otro primer ministro de Inglaterra, la capacidad de destruir este mercado de vinos en una hora? Y si es destruido, ya sea por una ley restrictiva o por una guerra en toda forma, ¿podrán los franceses recuperar su poder manufacturero en la misma hora en que los ingleses estén destruyendo su mercado del vino? No, señor, se necesitarían siglos y cientos de millones para reconstruirlo. A consecuencia de esto, ¿no se sentiría Francia, desde el día de la firma del tratado, tan dependiente de Inglaterra como se siente Portugal desde el día del célebre Tratado de Mr. Methuen en 1703, con el acuerdo del cual convirtió su condición de Estado independiente en la condición de viñedo y provincia de Inglaterra? Hasta es muy probable que Mr. Villèle aprendiera, después de una breve estadía, en el *Courier* de Londres, que Mr. Canning había pronunciado un discurso en el Parlamento conteniendo la jactancia de que Mr. Villèle se había dejado engañar por él en cuestión tan vital, como ocurrió el año pasado con respecto al curso político tocante a la ocupación de España por tropas francesas. Esos dos casos son, en realidad, admirablemente paralelos. Cuando España estaba a punto de ser invadida por tropas francesas, Mr. Canning, recurriendo a la ley de las naciones, dijo que iba en contra de esas leyes el que Inglaterra interviniera en el asunto. Pero el año pasado, en un arranque de autoelogio, afirmó abiertamente en el Parlamento, que había hecho una treta al gobierno francés al encauzarlo a España y acusarlo por la ocupación de ese país, y así debilitar y paralizar su poder; mediante ese truco se permitió hacer surgir las

repúblicas de Sudamérica y abrir un mercado inmenso a las manufacturas inglesas. Bien hecho, Mr. Canning, pero después de haber revelado los verdaderos motivos de su respeto a la ley de las naciones, ¿no adivinará cualquier persona de sentido común y, espero, también Mr. Villèle, los verdaderos motivos de su respeto a los principios de la economía cosmopolítica? En realidad, no resulta muy sagaz jactarse en público de haber engañado a aquellos a quienes se desea volver a engañar, pues la única verdadera ventaja que un hombre puede derivar de haber sido engañado es aprender a no dejarse engañar por segunda vez; y yo consideraría esto, de parte de Mr. Villèle, un plan mucho mejor que solicitar a Mr. Canning que altere su discurso y que lo haga distinto de como fue al pronunciarlo.

Espero haber dicho, al respecto, lo suficiente para impedir que todo ciudadano norteamericano participe en el entusiasmo del presidente Cooper al aludir a la maravillosa conversión de los señores Canning y Huskisson. En realidad, no hay un acontecimiento que pudiera dañar más gravemente la gloria del Sr. Say y su sistema que volver a poner en práctica este mismo sistema gracias a las argucias de Mr. Canning. Estoy seguro de que la historia de su país no transmitirá su nombre como el de un benefactor público, convencido como estoy de que el libre comercio con Inglaterra en el actual estado de cosas dañaría más la independencia de Francia que las dos invasiones de la Santa Alianza.

Antes de volver a entrar en materia, debo hacer algunas observaciones para mostrar cómo fue posible que esta teoría adquiriera semejante grado de autoridad sobre los hombres cultos de todas las naciones. Mr. Smith sacó a la luz muchas verdades valiosas nunca antes reconocidas, y su obra contiene muchas bellezas sobre asuntos dispersos, que están escritas con superior talento, sagacidad y experiencia. Estos méritos fueron tanto más acreditables a su sistema cuanto que era el único sustituto para el sistema de los economistas, cuyo fracaso y flaquezas eran reconocidos por la humanidad. El mundo literario deseaba un sistema de economía política, y el de Mr. Smith era el mejor en existencia. Dictado por un espíritu de cosmopolitismo, fue abrazado en la época del cosmopolitismo en que hizo su aparición. Libertad por todo el orbe, paz eterna, derechos de naturaleza, unión de toda la familia, etc., eran los temas predilectos de filósofos y filántropos. La libertad de comercio por todo el orbe iba en plena armonía con esas doctrinas. De aquí el éxito de la teoría de Smith. Además, daba un bonito consuelo a las naciones más

débiles. No teniendo poder suficiente para mantener un sistema nacional, apelaban al amado sistema de libre comercio, de la misma manera que apelaban a Grocio y Vattel, a Puffendorff y Martens si no tenían fuerzas para defenderse mediante el argumento de la bayoneta. Por último, era tarea muy fácil penetrar en sus misterios; se les podía esbozar en unas cuantas frases: "suprimid las restricciones a la industria —hacedla libre— dejadla en paz". Una vez dados estos preceptos, no se requerían grandes talentos ni grandes esfuerzos ni mucha práctica para desempeñar el papel de estadista muy sabio. No tenéis nada que hacer sino dejar que las cosas vayan a su gusto —dejadlo todo en paz— para ser contados entre los hombres más sabios y doctos de la tierra. En realidad, tarea fácil. Para semejante sistema de regulaciones pasivas, los grandes hombres de Inglaterra no tenían paciencia, como lo confesó Mr. Fox en el Parlamento; renuentes a dejar que las cosas fueran a gusto y a dejar todo en paz: esos hombres intentaban elevar su patria a la riqueza y al poder a través de sus medidas políticas, más allá de la competencia de todas las otras naciones. Y si en nuestros días los grandes hombres de Inglaterra simulan abrazar el sistema de Adam Smith (en sus discursos parlamentarios, no en sus hechos), no hacen nada que Napoleón no hubiese hecho si, rodeado de su gloria y su poder, hubiese propuesto a las naciones de la tierra que desbandaran sus ejércitos y desmantelaran sus flotas para vivir en paz general, unidos como hermanos y amigos; que no podían tener interés en matarse y asesinarse unos a otros, y en menoscabar el bienestar general manteniendo, con grandes gastos, los medios de la guerra.

Pero el mundo ha avanzado maravillosamente en materia de experiencia y de inteligencia desde los tiempos de Adam Smith. Entre él y nosotros se encuentran las revoluciones americana y francesa: la omnipotencia inglesa en el mar y la omnipotencia francesa en el Continente europeo, la restauración del antiguo gobierno en Francia, la Santa Alianza y la emancipación de las repúblicas sudamericanas. Ha surgido un nuevo pueblo con una nueva forma de gobierno y nuevas ideas de bienestar general y de libertad. Este pueblo ha aprendido, mediante la libre y general discusión de todo tema político, a distinguir lo verdadero de lo falso, los sistemas visionarios de las percepciones claras, los principios cosmopolíticos de los políticos, el dicho del hecho. A este pueblo no se le puede acusar de egoísmo si intenta elevarse por sus propios esfuerzos al más alto grado de poder y riqueza sin dañar a otras naciones, pero,

asimismo, sin echarse encima la carga de promover el bienestar de la humanidad, porque si no siguiera esa política perdería su posición entre las naciones más poderosas de la tierra y todo su sistema de sociedad. Napoleón habría estado bien dispuesto a tomarse la molestia de unir toda la superficie de la tierra, y de procurar a la especie humana las bendiciones de una libre interrelación general; pero a los ingleses, al parecer, no les gustaron las perspectivas de esa felicidad general. Y así, los norteamericanos, supongo yo, nunca desearían cambiar su independencia nacional y su poder por una ley general de las naciones basada en el poderío inglés; no les gustaría esa perspectiva.

Por consiguiente, parece que las instituciones cosmopolíticas, como las del libre comercio, aún no están maduras para introducirlas en la práctica. En primer lugar, se debe decidir si el sistema social de Napoleón, o el de Inglaterra, o el de los Estados Unidos, es el que prevalecerá en la tierra. Podrán transcurrir varios siglos antes de que se tome esta decisión, y aquellos que actúan seriamente como si ya se hubiese tomado pueden ser personas muy honradas y de muy altos ideales, pero son políticos miopes. Deseando servir a la causa de la humanidad, arruinan a su patria. La historia los censurará por haber separado las opiniones económicas nacionales de las opiniones políticas nacionales, así como censura a Portugal por haber vendido su independencia y su poder por el privilegio de vender vino, como se ríe de Esaú por haber vendido su derecho de primogenitura por un plato de potaje, en lugar de confiar en sus propias facultades para procurarse sus medios de existencia.

Después de esta larga digresión, volveré al tema en mi próxima carta.

Respetuosamente, su servidor,

FR. LIST

CARTA IV

Reading, 18 de julio de 1827

Estimado señor: al volver al tema mismo, estoy dispuesto a atacar al principio los principales pilares, los sistemas de los Sres. Smith y Say, dejando la tarea de atacar puntos menos esenciales a quienes no se sienten dispuestos a derribar el edificio principal.

Dado que estos teóricos confundieron los principios cosmopolíticos

con los principios políticos, captaron en forma por completo errónea el objeto de la economía política. Este objeto no es *ganar materia, al intercambiar materia por materia,* como lo es en la economía individual y cosmopolítica y particularmente en el comercio de un mercader; es, en cambio, *obtener productividad y poder político* por medio del intercambio con otras naciones; o impedir la depresión del poder productivo y político, restringiendo tal intercambio. Por tanto, tratan principalmente de los efectos del *intercambio de materia,* en lugar de *tratar del poder productivo.* Y como no hacen del poder productivo y las causas de la grandeza y decadencia de una nación el objeto principal de su estudio, no aprecian el verdadero efecto de las diversas partes componentes del poder productivo, ni el auténtico efecto del intercambio de materia ni de su consumo. Al existente abasto de materia, producido por la industria humana, le dan el nombre general de *capital,* y atribuyen a las diversas partes componentes de este abasto no sólo un efecto *común e igual,* sino también *omnipotente.* La industria de un pueblo está limitada, según ellos, a la cantidad de capital o abasto de materia producida; no consideran que la productividad de este capital depende de los medios ofrecidos por la naturaleza y de las condiciones intelectuales y sociales de una nación. Más adelante mostraré que si la ciencia requiere para el abasto existente de materia producida el término general de capital, no menos necesario es acuñar para el abasto existente de medios naturales, así como para el existente estado de las condiciones sociales e intelectuales, un término general: en otras palabras, hay un *capital de naturaleza,* un *capital de la mente,* y un *capital de la materia productiva;* y los poderes productivos de una nación no sólo dependen de este último, sino también y principalmente de los dos primeros.

No puedo esperar que cualquiera logre comprender, mediante esta breve exposición, los principios del nuevo sistema, o el fracaso de la antigua teoría. Exigen un desarrollo científico. Pero como estas cartas van principalmente destinadas a elucidar una cuestión práctica, primero intentaré mostrar lo correcto de mis ideas, aplicándolas al tema del comercio del algodón y la lana entre Estados Unidos y la Gran Bretaña.

Suponga, señor mío, que los Estados Unidos venden algodón en rama, etc., por la cantidad de doce millones a la Gran Bretaña, y a cambio reciben doce millones en artículos de algodón y lana. Mr. Say dice que este comercio es conveniente para ambas naciones; más vale cosechar

algodón y cambiarlo por paños ingleses si hay una mejor oportunidad de plantar algodón que de fabricar paños y bienes de algodón, y si podemos comprar artículos manufacturados más baratos de lo que podemos hacerlos en casa. Él sólo contempla la ganancia de materia por materia, como lo hace un mercader; juzga según los principios de la economía individual. Pero como ciudadano de los Estados Unidos o como economista político, debiera razonar así: una nación es independiente y poderosa hasta el grado en que su industria es independiente y se desarrollan sus poderes productivos. Este intercambio nos hace dependientes, tanto en nuestro mercado como en nuestra oferta, de Inglaterra, la nación más poderosa y laboriosa de la tierra; y al comprar bienes de algodón y lana de Inglaterra, se pierde un inmenso poder productivo. Si nuestros comerciantes ganan algunos millones en dinero y nuestros plantadores de algodón reciben la ventaja de vestirse con telas finas de algodón y lana, veamos lo que la nación en general pierde al ser deprimida su facultad manufacturera. Es un hecho que una población de diecisiete millones en la Gran Bretaña, mediante el aprovechamiento completo de sus poderes productivos, queda capacitada para consumir y para vender por valor de cincuenta y cinco millones de libras, o sea doscientos treinta y cinco millones de dólares, en artículos manufacturados de algodón y lana.

La población de estos Estados Unidos al cabo de treinta años llegará al menos a treinta millones, y si completamos nuestros poderes productivos en ese tiempo, para hacerlos iguales a los de Inglaterra, en proporción a la población, el valor de las manufacturas de lana y algodón llegará a la suma enorme de cuatrocientos quince millones anuales, que serán producidos totalmente por nuestro propio trabajo, pues poseemos tierras de pastoreo suficientes para producir lana y algodón en la cantidad que deseemos. Pero supóngase que no aprovechamos más que la cuarta parte de la potencia manufacturera inglesa —es decir, cien millones— ¿en qué proporción queda este poder de crear cada año, y durante tiempo infinito tan inmensa masa de producciones, con esos miserables doce millones de intercambio de materia, si sólo se les compara con la cantidad de dinero? Tomemos además en consideración lo que un aumento de la población y del capital, tanto del espíritu como de la materia, y en consecuencia, el aumento de la fuerza nacional que debe efectuarse con este aprovechamiento íntegro de nuestro poder productivo, y no podremos dejar de ver que el sistema de los señores Smith y Say, que sólo

toman en consideración el cambio de materia por materia, tiene que estar fundamentalmente equivocado.

Mr. Say dice que esta plenitud de los poderes productivos sólo se puede efectuar por el libre comercio al aumentar el capital; mediante medidas políticas no se puede aumentar el capital, sólo se le puede dar otra dirección de la que la industria le daría sin ayuda, porque si bien sería más lucrativo fabricar artículos burdos de paño y algodón que cosechar trigo y algodón en rama, las personas preferirían el primer tipo de industria, y completar los poderes productivos sin su ayuda.

Este razonamiento, parcialmente correcto en la economía individual y cosmopolítica, es totalmente erróneo en la economía política.

En primer lugar, la población, el capital y la capacidad productiva tienen, por su naturaleza misma, la tendencia a extenderse por todo el orbe, sin ayuda ni interposición de poderes políticos ni intereses nacionales; a rebosar de aquellos países que tienen superabundancia, a aquellos en que escasea. Cientos de millones aplicados a elevar y mantener una potencia naval, ejércitos y fortalezas de Inglaterra, se habrían ido a aumentar la industria en otra parte; el capital inglés no se satisfaría en su patria con un interés de dos y tres por ciento, por cuenta de su superabundancia; la habilidad y la experiencia de Inglaterra en las artes de la manufactura antes se habrían ido a otra parte a aumentar la industria extranjera, que quedarse a perecer en su patria. Por tanto, el capital de espíritu y materia ingleses está formado por el poder político y por separados intereses nacionales en una masa, efectuando la elevación de esa isla por encima de todo el orbe, y modificando su tendencia natural la supresión de la potencia manufacturera de todas las demás naciones. Este pernicioso cambio de efecto no se puede prevenir por la habilidad y laboriosidad de los individuos de otras naciones; el individuo aislado es tan incapaz de superar la fuerza unida del capital y la habilidad de toda una nación por su sola fuerza individual, como un comerciante americano sería incapaz de defender su navío con sus propias fuerzas contra las agresiones de la armada inglesa, sin ayuda de una armada americana.

II. No es verdad que el poder productivo de una nación es limitado por su capital de materia. Como Say y Smith sólo tienen en vista el intercambio de materia por materia, ganar materia, atribuyen a la materia un efecto omnipotente que en realidad no tiene. Una parte mayor del poder productivo consiste en las condiciones intelectuales y sociales de los

individuos, a las que yo llamo capital de la mente. Supóngase que diez tejedores de algodón, aislados en el país, poseen, cada uno, un capital de mil dólares; hilan la lana en la rueca, poseen herramientas muy inferiores, no son experimentados en el arte de teñir, cada uno de ellos fabrica por sí mismo, debe hacerlo todo por sí solo y, por tanto, cada uno no produce más que mil dólares de paños anuales. Supóngase ahora que los diez fabricantes unen su capital y su trabajo, inventan una máquina de hilar, una tejedora más perfecta, se instruyen en el arte de teñir, dividen el trabajo entre ellos y de esta manera pueden fabricar y vender cada mes, diez mil dólares en paños. El mismo capital de materia, que sumaba 10 000 dólares y que antes sólo producía 10 000 dólares de paños anuales, ahora, gracias a unas mejoradas condiciones sociales e intelectuales, o por un adquirido *capital de la mente*, produce 100 000 dólares en paños. Así, una nación con la misma materia existente puede decuplicar su poder productivo, mejorando sus condiciones sociales e intelectuales.

III. La pregunta sólo consiste en saber si la nación está capacitada...

1. Por sus medios naturales, para aumentar su poder productivo, fomentando las manufacturas de algodón y de lana? (capital de naturaleza:)

2. Si por su actual industria, instrucción, espíritu de empresa, perseverancia, ejército, poderío naval, gobierno (capital de la mente), es razonable esperar que pueda adquirir la capacidad necesaria para completar en un breve tiempo su poder productivo por estas fábricas, y si puede protegerlas por su poder político, si lo ha adquirido? Y por último,

3. Si existe tanta superabundancia de alimentos, utensilios, materiales, materias primas, etc. (capital de materia), que pueda seguir adelante, utilizando el capital de la naturaleza y empleando el capital de la mente?

I. Hay pastos suficientes para criar cien millones de ovejas, y tierra suficiente para cosechar algodón para todo el mundo, además de todos los otros materiales y provisiones. Si bien sería simple locura que el gobierno sueco estableciese esas manufacturas, porque no tiene oportunidad de reunir suficiente cantidad de algodón y lana, ni el necesario poderío naval para obtener su abasto del exterior, o un mercado exterior para sus manufacturas, ¿no sería igual locura que estos Estados Unidos no las establecieran y fomentaran?

II. Existe en Estados Unidos un grado de industria, de instrucción, de emulación, de espíritu de empresa, de perseverancia, de interrelación ilimitada en el interior, una falta de todos los obstáculos de la industria, una seguridad de la propiedad, un mercado y un consumo de los pro-

ductos de primera necesidad y las comodidades de la vida, y una libertad que no se encuentran en ningún otro país. Si el gobierno de España no pudo, mediante ningunos acuerdos, construir en cien años diez establecimientos manufactureros prósperos, y si, construyéndolos, nunca pudo protegerlos, este país en cambio puede levantar en unos cuantos años un centenar, y darles todo tipo de protección.

III. Existe en estos Estados Unidos una cantidad inmensa, una superabundancia de todas las clases de productos necesarios para la vida, y de trabajo, para alimentar al doble del actual número de habitantes, para construirles casas y talleres y molinos, para procurarles materiales y herramientas. ¿Qué más se necesita para establecer fábricas, y qué rama de la industria no puede ser llevada por tales medios a la más alta escala? Mirad los talleres de algodón burdo, y decidme si el capital utilizado en esta rama se ha derivado de alguna otra rama de la industria, donde fuese empleado con más provecho. Los fabricantes construyeron casas y maquinaria; necesitaban materiales; madera, hierro, ladrillos; por tanto, ¿perdió trabajadores la agricultura, manos que trabajan (que adquirió), o un tronco, o una libra de hierro? No, señor, todas estas cosas existían en superabundancia. El fabricante deseaba algodón en rama, pero, ¿no existía ese material, en superabundancia, dentro de nuestros propios límites? ¿No se le podía llevar desde Nueva Orleáns, convertido en algodón burdo, y devuelto a Nueva Orleáns para el pago de la materia prima, en la mitad del tiempo en que antes se llevaba a Liverpool, para dejarlo allí hasta venderlo y convertirlo en manufacturas, y llevado de regreso a nuestro propio país? Deseaban unas cláusulas para aquellos hombres que hacían sus edificios y su maquinaria, y las quieren, cada día, para quienes hacen tales bienes; pero, la agricultura de Pennsylvania, ¿perdió un solo *bushel* de trigo después de haber vendido 600 000 barriles de harina a Nueva Inglaterra? En esta empresa se gastó dinero, pero el dinero no fue tomado de la agricultura, fue dado a la agricultura, sirvió para intensificar la agricultura. Por este ejemplo, señor, puede usted ver cuán equivocados están Smith y Say al afirmar que el capital de materia sólo aumenta con lentitud. Esto fue verdad en otros tiempos, cuando la industria era frenada de mil maneras, cuando los nuevos poderes de la química, de la mecánica, etc., etc., aún no existían; fue verdad en antiguos países ya asentados, cuando casi todos los medios naturales habían sido usados; pero no es verdad en un país nuevo, donde ni siquiera la décima parte del *capital de naturaleza* está en uso, cuando los

nuevos inventos crean maravillas, cuando la industria se ha liberado de todos los obstáculos, donde, en suma, un nuevo estado de sociedad ha formado un *capital de la mente* nunca experimentado. Si en semejante país, la población aumenta en un grado nunca experimentado, el aumento del *capital de materia* superará aun al aumento de población, si la comunidad es lo bastante sabia para emplear su capital de la mente con objeto de desarrollar y utilizar el capital de naturaleza con que ha sido bendecida.

IV. Si los discípulos de la antigua teoría afirman que no sería económico sacrificar una cierta ganancia de una nación, derivada del intercambio de materia por materia, con objeto de adquirir un poder productivo futuro, yo los refutaré con un ejemplo notable. Supóngase que un granjero está convencido de que puede duplicar sus ingresos si establece un batán, poseyendo energía hidráulica, madera, lana y todo lo necesario, salvo habilidad y experiencia para levantar este establecimiento y ponerlo en funciones. Envía a su hijo o a otro miembro de su familia a la ciudad, para que adquiera la habilidad necesaria. Este granjero, señor mío, no sólo pierde el trabajo de su hijo y todo el grano y trigo que produciría sino que, además, pierde la suma en realidad gastada en la instrucción de su hijo. Sacrifica gran parte de su capital de materia, y el balance de su cuenta parece desventajoso, de modo que un necio que no vea más allá de la superficie, lo censurará. Pero la suma que perdió en este capital de materia, la recupera decuplicada por el aumento de su poder productivo. Este granjero, señor mío, es el hermano Jonatán. Cierto que algunos se enriquecerán durante el primer año mediante medidas políticas, con pérdida de los individuos; pero éste es el gasto necesario para completar el poder productivo de la nación, y este primer gasto, al cabo de pocos años, se verá compensado por diez, por el beneficio debido a una economía nacional más perfecta.

Al otorgar patentes por nuevos inventos, os dejáis guiar por las mismas opiniones. Alentarán las nuevas invenciones asegurando a los inventores las primeras ventajas de ellas. La comunidad paga estas ventajas, pero no más que el valor de los nuevos inventos y de asegurarlos para toda la comunidad. Sin estos privilegios, muchos de los inventos más valiosos morirían con el inventor, como en épocas de antaño. Si la gente repite la afirmación de Smith y Say, de que los derechos a las importaciones producen un monopolio para los manufactureros originales, no consideran el estado avanzado de la sociedad. En otros tiem-

pos, cuando escaseaban el capital y las habilidades manufactureras, cuando era un secreto la mayor parte de la tecnología química y de la mecánica, protegiendo los derechos se habría podido producir un monopolio. Pero en nuestros tiempos y en este país, reina ahora otro estado de cosas. Todo el mundo sabe o puede aprender de los libros cómo se puede fabricar plomo blanco, ácido sulfúrico y todo lo demás. En cada parte del país hay capital y espíritu de empresa suficientes para aplicarlos a alguna rama lucrativa de la industria, y la experiencia muestra que cada manufactura que promete una ganancia extraordinaria pronto es llevada a un nivel por la competencia: brillante ejemplo de lo cual nos dieron las manufacturas americanas de algodón burdo, que hoy venden sus artículos 100 por ciento más baratos que las inglesas.

V. Aun si en el país no hubiese suficientes capital y capacidad, se les podría traer del exterior gracias a medidas políticas. Con el número I, mencioné que el capital y el conocimiento tienen la tendencia a extenderse por todo el orbe, y que van de aquellas partes en que estaban en superabundancia, a aquéllas en que escaseaban. (Hasta donde yo sé, los teóricos nunca observaron esta tendencia, ni le hicieron justicia.) Cuando esta tendencia es contenida por la política, etc., de otras naciones, se le puede restaurar contrarrestando esa política. Al dar una prima al capital y a la capacidad de extranjeros en este país, se les atraerá del extranjero. Los Estados Unidos tienen esto en su poder más que ninguna otra nación, porque poseen más capital de naturaleza (del que aún no se ha tomado posesión), y más capital de la mente que ninguna otra nación. Aquí, una masa inmensa de riquezas naturales aún no tiene propietario. Aquí, un inglés encuentra su idioma, sus leyes, su modo de vida; lo único que no encuentra son los inmensos impuestos y los otros males de su país. Al llegar aquí, cualquiera, de cualquier país que venga, si posee capital, laboriosidad y conocimiento útil, mejorará su condición. No conozco ningún otro país que goce de tales oportunidades y medios de atraer capital y capacidad del extranjero.

Mientras que los Estados Unidos, mediante derechos protectores, atraerían capital y capacidad extranjeros, impedirían en el interior una desventajosa extensión de la población y el capital sobre un continente inmenso. Yo no soy, señor, uno de quienes estiman el poder y la riqueza de esta unión por el número de sus estados. Así como el poderío militar romano fue debilitado por la extensión de su territorio, así también, temo yo lo serían el poder, el progreso de la civilización, por el acceso adicional

de estados. Cincuenta millones de americanos en cien estados dispersos por todo el continente, ¿qué harían? Desmontar la tierra, cultivar cereales y comérselos. Toda la historia americana de los próximos cien años estará contenida en estas tres palabras si no hacéis lo que Jefferson dijo: "Colocad al fabricante del lado del granjero. Éste es el único modo de impedir que la población y el capital se retiren al oeste".

Ohio pronto será tan populoso como Pennsylvania, Indiana como Ohio, Illinois como Indiana; pasarán luego sobre el Mississippi, y luego, las Montañas Rocosas, y al último volverán sus rostros hacia China, y no hacia Inglaterra. Pennsylvania y todos los estados del este y del centro pueden aumentar en población, en artes y ciencias, en civilización y riqueza, y la Unión sólo podrá hacerse poderosa fomentando los intereses manufactureros. Ésa, creo yo, es la auténtica *economía política americana*.

Con todo respeto, su más humilde y obediente servidor,

FR. LIST

CARTA V

Reading, 19 de julio de 1827

Estimado señor: En economía nacional, el efecto de las medidas y de los acontecimientos, de la condición y de las artes de los individuos, es tan distinto como lo son las circunstancias en que las diferentes naciones existen, y todo lo que en general puede decirse es esto: que si están promoviendo los poderes productivos de la nación, son benéficos: si no, no. Cada nación debe seguir su propio curso para desarrollar sus fuerzas productivas; o en otras palabras, *cada nación tiene su economía política particular*.

Además: las condiciones, los hechos, etc., pueden ser provechosos en la economía individual para algunas personas, y dañinos a la comunidad; o, por lo contrario, pueden ser nocivos a los individuos y demostrar ser sumamente benéficos a la comunidad: *la economía individual no es economía política*.

Por tanto, las medidas, los principios pueden ser benéficos a la humanidad si son seguidos por todas las naciones, y sin embargo resultar dañinos para algunos países en particular, y a la inversa. *La economía política no es economía cosmopolítica*.

I. *Cada nación tiene su economía particular.*

¿Promueve un aumento de población el objeto de la economía nacional? Para los Estados Unidos, sí; para China y el Indostán, no. La emigración de hombres de aquellos países en que escasea el alimento y abunda la mano de obra es una bendición pública; por lo contrario, es lamentable ver ciudadanos de los Estados Unidos emigrar a Canadá, mientras que la exportación de negros, aunque vaya disminuyendo nuestros números, puede considerarse benéfica; es una exportación de debilidad, y no de fuerza.

¿Promueve el trabajo ese objeto? Lo hace en los países en que está debidamente dividido; de otra manera, se pierde en parte. Aquí, los países agrícolas, que no tienen salida para el excedente de su producción y siendo incapaces de cambiar este excedente por otros productos de primera necesidad y comodidades, no producen nada con ese excedente sino un aumento de población. El pueblo prefiere pasar parte de su tiempo en la ociosidad, en lugar de no producir nada con su trabajo. Las prohibiciones extranjeras destruyen, por tanto, una parte de nuestro trabajo, que sólo puede revivir contrarrestando esa política, haciendo que surja a la vida otra potencia productiva que consuma ese excedente y dé sus productos a cambio.

¿Puede decirse esto de todos los países solamente agrícolas? No: en los países recién colonizados, el excedente del trabajo y el producto se emplea con ventaja, durante largo tiempo, desmontando y mejorando la tierra, levantando casas y graneros, mejorando la calidad del ganado. Vemos, por consiguiente, que los estados del oeste están desarrollando con rapidez su poder productivo mediante la agricultura, mientras los estados del este permanecen estancados. Habiendo desarrollado hasta cierto grado sus medios naturales, también se estancarán, y con su excedente de producción cuanto más crezcan, más deprimirán la agricultura de los estados del este, si no construyen fábricas.

¿Son las restricciones igualmente eficaces y recomendables en todos los países? No. México y las Repúblicas del Sur actuarían con poca sabiduría al no importar mercancías extranjeras a cambio de sus metales preciosos y materias primas; sus pueblos, siendo todavía incultos, indolentes y no acostumbrados a muchos satisfactores, deben primero ser orientados por el deseo de disfrutarlos, hacia hábitos más laboriosos y a mejorar sus condiciones intelectuales y sociales. Rusia jamás logrará ser una potencia manufacturera a menos que los emperadores de ese vasto Imperio otorguen cartas de libertad a sus ciudades, como los emperadores de

Alemania, cuyas creaciones pasaron, en pocos siglos, de la barbarie a un grado maravilloso de riqueza y civilización. España debe primero eliminar su superstición, su absolutismo y sus conventos. Debe primero existir un cierto nivel de libertad, de seguridad y de instrucción para impulsar sus manufacturas; y los Estados Unidos están ampliamente provistos de esa reserva.

¿Actuarían razonablemente los Estados Unidos si fomentaran todo tipo de manufacturas con igual cuidado? De ningún modo. Toda mejora debe avanzar paso a paso. Un país nuevo, como éste, aumenta sus poderes productivos si sólo fomenta aquellas manufacturas que emplean cierto número de trabajadores y consumen grandes cantidades de productos agrícolas y materias primas; que pueden mantenerse mediante maquinaria y un gran consumo interno (como fábricas de productos químicos, lanas, algodón, maquinaria pesada, hierro, alfarería, etc.), y que no son fáciles de pasar de contrabando. Al favorecer con igual cuidado artículos más finos, dañarían el desarrollo de los poderes productivos. Esos artículos de comodidad y lujo, si se les importara más baratos de lo que podemos fabricarlos, entrarían en uso entre todas las clases laboriosas, y actuarían como estímulo para excitar los poderes productivos de la nación. Su consumo se vuelve así más y más importante, y llegará el momento en que estos artículos, con una ayuda moderada, también se fabricarán dentro de nuestras fronteras.

¿Son benéficos los canales y ferrocarriles para un país? En ciertas condiciones. Al traer personas y acercarlas unas a otras, apoyan el intercambio y promueven el trabajo, si el trabajo se divide apropiadamente. De no ser así, dañan ciertas partes del país, para ventaja de otras partes, aumentando la competencia en el excedente de la producción agrícola. Por ello, creo firmemente que las partes orientales de Pennsylvania sólo podrán obtener ventajas de estas mejoras si edifican una industria manufacturera e intercambian el excedente de sus manufacturas por los productos agrícolas del oeste.

¿Maquinaria y nuevos inventos? Para los países densamente poblados que no poseen comercio, sólo poca industria y una superabundancia de trabajadores, pueden ser una calamidad pública; mientras que cada una de tales mejoras en los Estados Unidos debe considerarse como una bendición pública. Con el tiempo, espero que los esclavos de este país estén formados de hierro y bronce, y sean puestos en movimiento por carbón de piedra, en lugar de látigos.

¿Consumo? Si es reproductivo, afirma Say, aumenta la riqueza. Pero la pregunta es si aumenta los poderes productivos. En una nación de perezosos, pueden consumirse sin efecto cientos de millones, pero en una nación de hombres laboriosos como ésta, me cuesta trabajo imaginar un consumo honrado e inocente que no fuera un estímulo a los poderes productivos si el trabajo estuviese debidamente dividido (salvo la producción de whisky, que es producción de la debilidad y no de la fuerza). El consumo y el goce van de la mano. El deseo de gozar repetidas veces, más, en tiempo indefinido, para procurar goce aun a nuestra posteridad, engendra trabajo y producción, y la producción facilita el consumo. Por consiguiente, el consumo engendra producción, tanto como la producción engendra consumo.

¿La frugalidad? Si la ejercen en los antiguos países los hombres que poseen inmensas fincas por derecho de nacimiento, eso ciertamente no será una bendición para el público; sólo aumentaría la desigualdad de la propiedad a expensas de las clases inferiores. La frugalidad de un granjero que vive en una nueva colonización, ahorrando todo su ingreso y dedicando todo su tiempo y su trabajo a mejorar sus tierras, a aumentar sus ganados, caminando descalzo y vistiendo pieles preparadas por él mismo, aumentará los poderes productivos, porque la tierra no mejoraría sin ello. El mismo grado de frugalidad en un país colonizado disminuiría los poderes productivos: no hay sombrerero, no hay zapatero que coma pan donde no hay granjero que lleve sombrero y zapatos.

Juristas, médicos, predicadores, jueces, legisladores, administradores, literatos, escritores, instructores, músicos, intérpretes, ¿aumentan los poderes productivos? En España, en su mayoría no lo hacen: legisladores, jueces y juristas mantienen oprimido al pueblo, el clero consume los productos de la tierra y alimenta una indolencia viciosa, los instructores sólo instruyen a aquellas clases ociosas a volverse más ociosas; músicos e intérpretes sólo sirven para hacer más agradable el ocio de los ociosos. Ahí hasta las ciencias son perniciosas, porque no sirven para mejorar la condición del pueblo, sino para empeorarla. Todo esto es distinto en los Estados Unidos, donde los esfuerzos de esos hombres tienen la tendencia a aumentar maravillosamente los poderes productivos: juristas, legisladores, administradores y jueces mejoran la condición pública; predicadores, instructores, escritores e impresores mejoran la mente y la moral del pueblo; y aun aquellos que sólo procuran un honesto placer al pueblo son benéficos, ya que engendran goce y recreo para quienes necesitan volver a robustecerse, para hacer nuevos esfuerzos.

¿Mejora la importación del dinero los poderes productivos? En España hizo todo lo contrario. El modo en que se le adquirió y se le consumió, el estado del pueblo y del gobierno hicieron que la misma preciosa materia fuese ponzoñosa para el pueblo y para el gobierno, que habría dado inmenso poder y fuerza a los Estados Unidos si se hubiese importado a este país a cambio de sus productos. Un país puede tener una superabundancia de metales preciosos, como México, y su exportación puede ser benéfica a los poderes productivos. Puede tener demasiado pocos, en comparación con su industria, y en tal caso, su importación es benéfica. Debe recordarse que aquí no pretendo agotar todos estos temas, sino tan sólo argüir de ellos lo necesario para probar *que cada nación debe seguir su curso particular al desarrollar sus poderes productivos.*

Respetuosamente, quedo como su más humilde servidor,

FR. LIST

CARTA VI

Reading, 20 de julio de 1827

II. *La economía individual no es economía política.* Un individuo sólo atiende a sus propósitos personales y los de su familia. Rara vez se preocupa por los demás o por la posteridad; sus medios y opiniones son limitados y supera rara vez el círculo de sus asuntos privados; su laboriosidad queda confinada por el estado de la sociedad en que vive. Una nación provee las necesidades sociales de la mayoría de sus miembros, cuando los individuos no pueden satisfacer esas necesidades con sus propios esfuerzos; provee no sólo por los presentes, sino por las futuras generaciones no sólo para la paz, sino para la guerra; su visión se extiende no sólo a todo el espacio de tierra que posee, sino a todo el orbe. Un individuo, al promover su propio interés, puede perjudicar el interés público. Una nación al promover el bienestar general, puede restringir el interés de una parte de sus miembros. Pero el bienestar general debe restringir y regular los esfuerzos de los individuos, ya que los individuos pueden obtener del poder social una parte de su fuerza. Los individuos sin las reglas de una comunidad son salvajes; y el principio de dejar en paz a cada individuo es el más floreciente entre los indios. También aquí la

verdad está en el justo medio. Es mala política regular todo y promover todo empleando los poderes sociales donde las cosas podían regularse mejor por sí mismas, y pueden promoverse mejor mediante esfuerzos privados; pero es igualmente mala política dejar a las cosas por sí solas, que sólo pueden ser promovidas por la intervención del poder social.

Mirad a vuestro alrededor y veréis por doquier los esfuerzos y actos de los individuos restringidos, regulados o promovidos, según el principio del bienestar común. El lugar común de *laissez faire et laissez passer,* inventado por un mercader,* sólo puede ser alegado sinceramente por estos mercaderes.

Este principio sólo sería cierto si los intereses individuales y los nacionales nunca estuviesen en oposición. Pero no ocurre así. Un país puede poseer muchos hombres extremadamente ricos, pero el país es más pobre porque no hay una distribución equitativa de la propiedad. La esclavitud puede ser una calamidad pública para un país, y sin embargo, algunos pueblos harían muy bien en continuar con el tráfico de esclavos y en tener esclavos. Pese a que una ausencia de instituciones liberales puede ser sumamente nociva para el pleno desarrollo de los poderes productivos de una nación, algunas clases pueden encontrar su ventaja en este mal estado de cosas. La nación puede sufrir de una falta de industria manufacturera, pero algunas personas pueden florecer vendiendo manufacturas extranjeras. Canales y ferrocarriles pueden hacer un gran bien a una nación, pero todos los carreteros se quejarían de esta mejora. Cada nuevo invento tiene algún inconveniente para ciertos individuos, y sin embargo no deja de ser una bendición pública. Un Fulton puede consumir toda su fortuna en sus experimentos, pero la nación puede derivar un inmenso poder productivo de sus esfuerzos. Un individuo puede hacerse rico mediante una extrema frugalidad, pero si toda la nación siguiera su ejemplo no habría consumo y, en consecuencia, no habría apoyo a la industria. Cuanto más se esfuercen los individuos de los estados sureños por alcanzar el bajo precio del algodón en Inglaterra plantando mayores cantidades, menos algodón llegará a Inglaterra; y menos ingresos obtendrá la nación de esta rama de la industria. Algunos podrán enriquecerse mediante arriesgados esquemas de banca, pero el público perdería con ellos.

Sin la intervención del poder nacional no hay seguridad, no hay confianza en la moneda acuñada, en los pesos y medidas, no hay seguridad

* Este lugar común fue inventado por Monsieur de Gourny, importador francés.

de la salud en los puertos, no hay seguridad del comercio en el mar con la ayuda de una armada, no hay intervención en favor de los ciudadanos en los puertos y países extranjeros por los cónsules y ministros, no habrá títulos de tierras, no habrá patentes, no habrá derechos de autor, no habrá canales ni ferrocarriles, no habrá una vía nacional. La industria, enteramente librada a sí misma, pronto caería en ruina, y una nación que dejara todas las cosas por la paz se suicidaría.

Los partidarios de la antigua teoría sienten esto muy bien, pero —extraño es decirlo— para no verse obligados a reconocer las consecuencias, niegan desesperadamente esta propuesta. Mr. Cooper, sintiendo muy bien que un reconocimiento del verdadero carácter de una nación (como lo he definido) y todas las consecuencias de la división de la especie humana en naciones (como las he seguido en mis cartas anteriores) derrumbaría todo el antiguo sistema, negó rotundamente este carácter, diciendo en su libro sobre economía política: "Por tanto, la entidad moral —el *ser gramatical*, llamado nación, se ha envuelto en atributos que no tienen existencia real, salvo en la imaginación de quienes querrían metamorfosear un término en una cosa y convertir un *simple invento gramatical* en un ser existente e inteligente. Es de gran importancia tener conciencia de este error, evitar la limitación, la descripción y la perífrasis, que no son sino recursos gramaticales: así como empleamos los signos y las letras del álgebra para razonar con ellos, en lugar del número más complejo que representan". (Véase p. 19.)

Cuanto más me convenzo de los superiores talentos y de la gran cultura del presidente Cooper, más me asombra verle edificar sobre tan endebles fundamentos un sistema de economía política con el cual pretende ilustrar a toda una nación acerca de sus intereses, y preparar a la juventud de esta nación para la vida política; un sistema que llevaría a esta nación a la ruina y al suicidio. Unas cuantas palabras bastan para exponer el craso error en que Mr. Cooper cayó en esta frase fundamental, cegado por su celo de mantener en alto la antigua teoría. Mr. Cooper confundió *un ser gramatical con un ser moral,* o lo que los civiles llaman una *persona moral* (una sociedad registrada, una pluralidad de hombres que poseen derechos y obligaciones comunes, intereses e instituciones comunes). Un ser gramatical es un simple nombre, que significa diferentes cosas o personas sólo unidas en el uso del lenguaje, con objeto (como dice Mr. Cooper) de evitar limitaciones, descripciones, etc. Los nombres barra, burguesía, chusma, son tales seres gramaticales. Las personas

denotadas por este nombre no poseen ni derechos sociales ni obligaciones sociales; no pueden incoar un proceso de ley bajo este nombre ante un tribunal, ni se les puede acusar. Pero la nación norteamericana sí puede hacerlo como podrá aprenderlo Mr. Cooper por el título de muchos procesos. Un ser que elige presidentes y representantes, que posee armada, tierras y deudas; que hace la guerra y firma la paz, que tiene intereses separados con respecto a otras naciones, y derechos así como obligaciones con respecto a sus miembros no es un simple *invento gramatical*; no es un *simple ser gramatical*. Tiene todas las cualidades de un *ser racional* y una existencia real. Tiene cuerpo y posesiones reales; tiene inteligencia, y expresa sus resoluciones a los miembros por medio de leyes, y habla con su enemigo, no el lenguaje individual, sino el de la boca del cañón.

Con este falso fundamento, todo el sistema de Mr. Cooper cae en pedazos. Son vanas sus ingeniosas reflexiones y paralelos, son vanos todos sus doctos alegatos; el sentido común rechaza su razonamiento porque emana de un principio falso. Resulta un espectáculo muy instructivo ver a un hombre de talentos tan superiores edificar un sistema de economía política en un terreno que, como abogado y filósofo, como docto político, debe condenar. Quisiéramos saber lo que habría dicho Mr. Cooper como fiscal general si el abogado de un acusado hubiese opuesto a una de sus acusaciones, que la nación norteamericana es un simple ser gramatical, un simple nombre; que sólo mediante una invención de los nombres se ha convertido en un ser existente e inteligente y que, por tanto, no puede iniciar un proceso de ley ante un tribunal.

Muy respetuosamente, etc.

FR. LIST

CARTA VII

Reading, 22 de julio de 1827

Procedo a desarrollar la tercera proposición en mi quinta carta.

III. *Economía política no es economía cosmopolítica.*

Parece ser que en el plan de la Providencia para mejorar la condición de la especie humana y para elevar sus poderes y facultades hay una pugna eterna —moral y física— entre opinión y opinión, interés e interés, nación y nación.

La historia parece confirmar esta reflexión. Las ciudades italianas y alemanas, fundadas debido a una falta de seguridad en el campo abierto, se hicieron poderosas y ricas por la pugna contra los salteadores de la época, por quienes se vieron obligadas a unir su fuerza espiritual. Los verdugos de Felipe crearon la unión de los Países Bajos y las guerras de la nueva República contra España la elevaron a un grado de prosperidad y de poder en que nunca se habría pensado. Vemos así que acontecimientos que en un principio parecían destructivos para el pueblo y que, en realidad, tuvieron efectos destructivos para la generación actual, se volvieron causa de dicha para la posteridad. Por ello, lo que parecía debilitar la especie humana sirvió para aumentar sus poderes. Veamos las historias de Inglaterra y de Francia, y cada una de sus páginas confirmará esta verdad. Y vuestra propia historia, señor mío, ofrece más que ninguna otra ejemplos brillantes. Supóngase que Inglaterra hubiese emancipado a los Estados Unidos por su propia voluntad, ¿habrían hecho éstos tan asombrosos avances hacia el poder y la riqueza, sin el estímulo de una guerra revolucionaria? ¿No creó la última guerra una marina y echó las bases de una industria manufacturera? Por consiguiente, aunque los filósofos puedan imaginar que una paz eterna, una unión de toda la familia humana de acuerdo con un derecho común, produciría el más alto grado de dicha humana, sin embargo es verdad que las pugnas entre nación y nación, a menudo perniciosas y destructivas de la civilización, no menos a menudo fueron causas de su promoción, cuando un pueblo luchaba por su libertad e independencia contra el despotismo y la opresión; y tan a menudo como ocurrió produjo una elevación de todas sus facultades y con ello un avance de la especie humana hacia mayor perfección.

Lo mismo puede decirse de la competencia industrial entre las naciones. Aunque pudiésemos imaginar que el librecambio fuese benéfico a la unidad, aún está por verse si un intercambio libre e ininterrumpido según un derecho común promovería el desarrollo de las facultades productivas, como lo hacen las pugnas existentes.

Pero, sea como fuere, ese estado de cosas en que pueda existir un comercio libre e irrestricto no es el verdadero estado del mundo, y mientras exista la división de la especie humana en naciones independientes, la economía política será tan distinta de los principios cosmopolíticos como la economía individual es distinta de la economía política. En el actual estado de cosas, imprudentemente actuaría la nación que se es-

forzara por promover el bienestar de la especie humana a expensas de su fuerza, bienestar e independencia particulares. La ley de conservación de sí mismo ordena hacer del avance en poder y en fuerza los principios primeros de su política, y cuanto más haya avanzado en materia de libertad, civilización e industria en comparación con otras naciones, más tendrá que temer a la pérdida de su independencia y mayores serán los estímulos para que haga todos los esfuerzos posibles por aumentar su poderío político intensificando sus poderes productivos, y *viceversa*.

Mr. Cooper no es de esta opinión. Tras haber negado por completo el carácter de las naciones, razona muy lógicamente de esta manera:

"No hay rama de comercio ni hay manufactura digna de una guerra. Me inclino a pensar que cuando un comerciante abandona las costas de su patria y comercia en otros lugares, deberá hacerlo a su propio riesgo y no se le deberá permitir el poner en peligro la paz de la nación y provocar una disputa nacional que se desarrollaría a expensas de los pacíficos consumidores de su patria. Su ocupación no vale la protección que exige" (p. 120).

En este fragmento, nuestros grandes marinos mercantes podrán aprender que tampoco ellos se librarían del suicidio nacional intentado por el sistema cosmopolítico. Mr. Cooper deja sus navíos a merced del Bey de Túnez y del Dey de Argel, así como deja las manufacturas a merced de la competencia inglesa, y considera que ni unos ni otros merecen la protección de la potencia nacional. Mr. Cooper no cree en un comercio nacional ni en una potencia manufacturera nacional; no ve más que el lucro individual e indirecto. ¿Cuál sería, entonces, la consecuencia de semejante política? El primer navío tomado en aguas extranjeras con impunidad sería la señal de lanzarse sobre las propiedades de todos los comerciantes norteamericanos; en poco tiempo, nuestro tonelaje se vería reducido a nada; sólo podríamos comerciar con otras naciones extranjeras, y dependiendo de regulaciones e intereses ajenos; quedaríamos a merced de la armada inglesa; en suma, perderíamos toda nuestra independencia. Se necesita mucho dominio de sí mismo para no proferir los epítetos apropiados contra ese sistema de suicidio nacional.

Así como el comercio de una nación necesita protección contra agresiones extranjeras, aun a mayor costo para el país y a aun a riesgo de guerra, así también los intereses manufactureros y agrícolas deben ser promovidos y protegidos aun por sacrificios de la mayoría si puede probarse que la nación nunca alcanzaría la perfección necesaria o no

podría asegurarse por sí misma una perfección adquirida sin esas medidas protectoras. Esto se puede demostrar y lo demostraré, y si los maestros y los discípulos de la teoría cosmopolítica no se convencen de esta necesidad no es porque no existan argumentos, sino sólo porque no comprenden la verdadera naturaleza de la economía política.

Una potencia manufacturera, como una potencia marítima (nombre en el cual incluyo no sólo la armada, sino todas las naves de un país) sólo se puede adquirir mediante prolongado esfuerzo. Se necesita mucho tiempo hasta que los trabajadores cobran experiencia en sus diversos oficios y se acostumbran a ellos; y hasta que se cuenta con el número necesario para cada empresa en todo momento. Cuanto más conocimiento, experiencia y habilidad se necesiten en una empresa particular, menos individuos estarán dispuestos a dedicarse a ella si no tienen la plena seguridad de ganarse en ella la vida, durante toda su existencia. Cada nueva empresa está expuesta a grandes pérdidas por falta de experiencia y habilidad durante un tiempo considerable. El avance de todo tipo de manufacturas depende del avance de muchas otras cosas, de la debida construcción de casas y fábricas, de instrumentos y maquinaria. Todo esto hace sumamente difícil el comienzo de una nueva industria, mientras los empresarios han de enfrentarse a una falta de trabajadores hábiles y experimentados; el costo inicial de un negocio es el mayor de todos, y los salarios de los trabajadores no calificados en los países que inician sus manufacturas son superiores a los salarios de los obreros calificados en los antiguos países manufactureros. Todo cuesta doble precio, y toda falla al comenzar un negocio causa graves pérdidas y a veces la quiebra de toda la empresa. Los empresarios, a mayor abundamiento, con frecuencia no poseen un conocimiento suficiente de los modos y medios necesarios para aprovechar los primeros materiales con utilidades, y mientras luchan con estas dificultades tienen que hacer enormes esfuerzos para conseguir clientes, y a menudo enfrentarse a los prejuicios de sus conciudadanos, quienes, no deseosos de abandonar su antiguo modo de hacer negocios, las más de las veces están en favor de las manufacturas extranjeras. A menudo, pueden tener razón. Los establecimientos nuevos rara vez son capaces de procurar esos artículos terminados en el primero y en el segundo años, como lo harían en el tercero y en el cuarto si tuvieran apoyo, y sin embargo, sus artículos deben venderse a mayor precio. No se puede esperar que los consumidores, como individuos por su propio acuerdo, apoyaran una fábrica

comprando artículos menos bien terminados a precios superiores aun si estuvieran convencidos de que, al adquirirlos, favorecerían las fábricas para mejorar sus productos, y se los procurarían tiempo después más baratos que las manufacturas extranjeras.

Todas estas circunstancias son la causa de que muchos de tales establecimientos quiebren si se les deja librados a sus fuerzas. Cada bancarrota quebranta a un hombre, porque ha perdido la mayor parte de su gasto en edificar maquinaria, en procurarse trabajadores de fuera, etc. Un ejemplo de semejante quiebra produce un desaliento en todas las otras nuevas empresas, y los negocios más ventajosos no podrán encontrar, después, el apoyo de los capitalistas.

En los antiguos países manufactureros observamos todo lo contrario. En ellos abundan trabajadores calificados de todo tipo, en condiciones moderadas. Todos los edificios, la maquinaria, los aperos, se encuentran en el mejor estado; el gasto hecho en ellos se recupera, en su mayor parte, por ganancias ya obtenidas. Sobre la base de la experiencia y habilidad ya adquiridas, el fabricante puede mejorar a diario sus edificios e instrumentos con un gasto moderado; puede ahorrar gastos y perfeccionar su manufactura. El propio fabricante es poseedor de habilidad, empresa y capital, y no se le puede exponer al embarazo por el retiro de una de esas partes esenciales, como ocurre a las nuevas empresas en que a menudo el empresario y el que hace las cosas y el poseedor del capital son personas distintas, y todo el asunto puede frustrarse con sólo el retiro de uno de ellos. El crédito y la confianza de las antiguas manufacturas están establecidos. Por tanto, es fácil para el poseedor obtener nuevo apoyo de los capitalistas, así como es difícil para el nuevo empresario. Está establecido el crédito de sus manufacturas y de su mercado; puede producir artículos terminados a precios moderados y, sin embargo, extender a sus clientes un crédito generoso.

Tales son las diferencias naturales entre el antiguo país manufacturero y un nuevo país que apenas esté entrando en el negocio. El antiguo país, mientras conserve su libertad, su vigor, su poder político, en una interrelación libre, siempre se mantendrá por encima de una nueva potencia manufacturera. Los Países Bajos nunca habrían sido privados de su superior poderío manufacturero por los ingleses sin las regulaciones de Eduardo, Isabel y los gobiernos siguientes, y sin las insensateces de los reyes de Francia y de España. Además, un nuevo país es menos capaz de enfrentarse al poderío manufacturero del antiguo país, cuanto más

protegido por derechos esté el mercado interior de este antiguo país y cuanto más apoyada esté su competencia en el nuevo país mediante rebajas y por una falta de derechos en los mercados extranjeros. Los efectos que están produciendo estos medios artificiales, los trataré en mi siguiente carta.

Muy respetuosamente, suyo,

FR. LIST

CARTA VIII

Reading, 25 de julio de 1827

III. *Economía política no es economía cosmopolítica:* (continuación).

Las ventajas que procura un juicioso sistema arancelario son las siguientes:

1. Al asegurar el mercado interior de nuestra industria nacional, el poder manufacturero queda asegurado contra todos los hechos, fluctuaciones de precios y contra todos los cambios de las condiciones políticas y económicas de otras naciones. Pueden ocurrir hechos por los cuales una nación extranjera se vea capacitada a vender sus manufacturas, por un tiempo, más barato de lo que pueden hacerlo los manufactureros interiores. Este estado de cosas, aunque transitorio, sin embargo puede afectar el poder manufacturero de la nación, porque un estancamiento de unos cuantos años en el negocio de las manufacturas puede llevar a la ruina a los establecimientos: los edificios quedan en ruinas o se les dedica a otros propósitos; la maquinaria se estropea o se vende a cambio de hierro o de leña; los trabajadores se van del país o se ofrecen a otra rama de la industria; el capital se iría al extranjero o encontraría otro empleo; los clientes se perderían, junto con la confianza de los capitalistas. Un solo nuevo invento realizado en un país extranjero y no imitado inmediatamente porque aún se mantiene secreto destruiría, en un país libre, toda una rama de la industria manufacturera en breve tiempo, mientras que un sistema protector lo conservaría hasta que se revelara el secreto, aumentando con ello nuestro poder productivo.

2. Al asegurar el mercado interno a los fabricantes del interior, no sólo queda asegurado el poder de manufacturar para subvenir a nuestras propias necesidades en todo tiempo, contra los cambios y acontecimien-

tos del exterior, sino que con ello se da una ascendencia a nuestro propio poder manufacturero en competencia con otros que no gozan de esta ventaja en su propio país. Es la misma ventaja de que goza un pueblo que está defendido por fortificaciones naturales y artificiales contra un pueblo vecino que vive en campo abierto. Todas las pugnas serán desventajosas para este pueblo no protegido; hasta será arruinado por sus propias victorias; nunca gozará de los frutos de la seguridad perfecta; el enemigo, rechazado hoy de sus fronteras con pérdidas, podrá repetir sus agresiones mañana, y en todos los casos, los campos quedarán arruinados. Éste es exactamente el mismo caso de un país protegido por un sabio sistema arancelario, y de otro que siga el principio del libre comercio.

Todo el que esté enterado del negocio manufacturero sabe que la existencia de una empresa depende de la venta suficiente y rápida de tal cantidad de productos manufacturados que cubran el interés del capital, el costo de producción y una ganancia razonable para el empresario. Mientras una manufactura no haya llegado a este punto, el negocio sólo podrá llevarse adelante con la esperanza de alcanzarlo, y si esta expectativa no se cumple después de un periodo más corto o más largo, la empresa acabará en nada. Además, todo el mundo sabe que el costo de producción en el negocio manufacturero depende en mucho de la cantidad que se manufactura. Un hombre puede fabricar 1 000 yardas de paño burdo al año y vender una yarda por seis dólares, y podrá perder dinero: pero puede manufacturar 20 000 yardas de la misma calidad, y recibir no más de cuatro dólares por yarda, y sin embargo hacer dinero. Esta circunstancia ejerce una poderosa influencia sobre el alza y la caída del poder manufacturero. Si la gran oferta del mercado interno queda asegurada para una manufactura inglesa, con ello queda asegurada una venta continua de la cantidad que es necesaria para mantener su establecimiento. Por ejemplo, estará seguro de vender 10 000 yardas de paño burdo al año en su propio país a seis dólares por yarda, para cubrir con ello los gastos de su establecimiento y obtener además una suficiente suma de dinero. Mediante este mercado interno queda capacitado a fabricar otras 10 000 yardas de paño burdo para el mercado externo, y acomodar sus precios a las circunstancias existentes en el extranjero. Como los gastos de su establecimiento ya están cubiertos por sus ventas en el interior, los costos de producir otras 10 000 yardas para el mercado exterior son mucho menores, y hasta podría salir ganando si las vende a tres o cuatro dólares por yarda; y hasta podría ganar en el futuro si no gana nada en

el presente. Viendo que los fabricantes de un país extranjero están en aprietos, puede vender durante algunos años sin ningún provecho, con la esperanza de cobrar siete y ocho dólares por yarda, y obtener así 20 000 o 30 000 dólares anuales durante un largo tiempo después de que las manufacturas extranjeras ya están muertas y enterradas.

El fabricante persistirá en esta pugna con perfecta tranquilidad; no pierde nada, y la esperanza de futuras ganancias es segura para él, mientras que el fabricante del país abierto está luchando contra una pérdida diaria y alimentando la vana esperanza que le llevará, por último, a una ruina segura, inevitable y radical. Este desdichado se encuentra en una situación totalmente distinta de la de su protegido competidor. Se esfuerza, como lo mencionamos antes, contra todas las dificultades de establecer una nueva empresa, cuando todo conspira para que no pueda vender ni siquiera por un precio que al cabo de algunos años le dejara una limpia ganancia; lucha contra los prejuicios de sus propios conciudadanos; su crédito se acaba, lo poco que vende hace que su producto sea más caro y mayores sus pérdidas. Se ve obligado a alzar sus precios durante los primeros años, mientras que sus competidores pueden rebajarlos. Al comienzo debe haber, particularmente en el negocio de paños burdos, una diferencia de 50 a 80 por ciento. Esta competencia no puede durar mucho sin una intervención nacional. Su negocio no va a ninguna parte y sólo constituye una advertencia a todos sus conciudadanos: no se debe tener espíritu de empresa en un país en que no se comprenden los intereses nacionales; más vale emplear el capital en deprimir los poderes productivos de la nación; más vale no hacer nada, dejar las cosas en paz, precisamente como sería el caso de los embarques de mercancías si su industria no estuviera protegida por leyes de navegación, por el gasto de una armada o por el riesgo de una guerra extranjera en caso de agresiones extranjeras, si sus navíos (como lo recomienda Mr. Cooper), se dejaran a merced del Dey de Argelia. Mejor harían entonces en excavar el terreno en los bosques y convertir sus anclas en arados.

Nos enteramos así de que los derechos, descuentos y leyes de navegación son indebidamente llamados monopolios por los señores Smith y Say. Sólo son monopolios en el sentido cosmopolita de dar *a toda una nación el privilegio* de ciertas ramas de la industria. Pero en el terreno de la economía política pierden ese nombre, porque le procuran a cada ciudadano de la nación un derecho igual de obtener una parte en los beneficios del privilegio nacional. Y el privilegio dado a la nación inglesa

por el gobierno inglés, de abastecer el mercado interior, constituye un daño para la nación norteamericana si su gobierno no procura el mismo privilegio a sus propios ciudadanos.

3. No puedo concebir cómo otro viejo lugar común de la teoría cosmopolítica, "*comprar del extranjero si se puede comprar más baratamente que fabricar*", puede sostenerse contra semejante exposición. Compramos más barato a los países extranjeros sólo durante unos cuantos años, pero durante épocas compramos más caro: compramos barato para el tiempo de paz, pero compramos caro para el tiempo de guerra: compramos aparentemente más barato si estimamos los precios en su actual cantidad de dinero, pero compramos incomparablemente más caro si estimamos los medios por los cuales podremos comprar en el futuro. A nuestros propios compatriotas podemos comprarles nuestro paño a cambio de nuestro trigo y nuestro ganado; no podemos hacer esto con países extranjeros. Por consiguiente, nuestro consumo de paños se ve limitado por nuestros medios que las naciones extranjeras aceptan como pago, y que van disminuyendo cada día: nuestro consumo de paño hecho en el interior aumentaría con el aumento de nuestra producción de provisiones y materias primas, que son casi inagotables, y con nuestra población que se duplica cada veinte años.

En tan crasos errores caen hombres sabios y doctos, si su teoría tiene una base errónea, si confunden los principios cosmopolíticos con los políticos, si tratan los efectos del intercambio de materia, en lugar de tratar la causa del surgimiento y la caída de las potencias productivas. Smith y Say nos aconsejan comprar más barato de lo que podemos fabricar nosotros mismos, considerando sólo la ganancia de materia al intercambiar materia por materia. Pero sopesemos la ganancia de materia contra la pérdida de poder y, ¿cómo resulta el balance? Veamos.

Los propios Smith y Say estiman la cantidad de industria interna como muy superior al comercio extranjero; no se aventuran a hacer un cálculo exacto, y lo que dicen es que en todos los países el comercio externo es de poca importancia en la competencia con la industria interna (Say. B. I. Capítulo IX). Pero otros escritores franceses consideran que la industria interna excede al comercio exterior, de veinte a treinta veces. Mr. Cooper la estima de diez a doce veces superior. No estaríamos muy desencaminados si tomáramos el camino medio entre los dos extremos (veinte veces), pero, para ser muy moderados, seguiremos a Mr. Cooper. Si ahora hemos demostrado de acuerdo con el número 2, fuera de toda duda, que la industria extranjera ayudada por un sistema productivo

destruye toda la potencia fabricante de paños en nuestro propio país, con el beneficio de comprar ocho millones de telas burdas de Inglaterra entre dos o tres millones más barato de lo que podríamos fabricarlas en los dos o tres primeros años, ¿no las adquiriremos al sacrificio de un poder manufacturero que, si fuera creado con la ayuda de un sistema nacional produciría, para siempre, veinte veces más paños de los que importamos, es decir, 72 millones de telas burdas, o después de haber duplicado nuestra población y nuestro consumo (después de veinte años) a 144 millones? Para justificar esta opinión, sólo tenemos que dividir la cantidad de la tela importada (con un promedio de los últimos tres años, de ocho millones), entre los habitantes de nuestro país, lo que nos da por *tres cuartos de dólar,* paños burdos y telas de lana en general para cada individuo. Si las manufacturas estuvieran debidamente protegidas y el trabajo debidamente dividido, cada persona en estos Estados Unidos podría estar tan bien vestida como hoy es alimentada, y si éste fuera el caso, cada persona consumiría al menos seis dólares de telas de algodón al año, lo que constituye un poder manufacturero de 72 millones al año, o de 144 millones después de veinte años. La actual ganancia al intercambiar materia por materia es de dos o tres millones anuales. Tal es la diferencia entre razonar de acuerdo con principios cosmopolíticos y razonar de acuerdo con auténticos principios políticos sanos.

4. Existe una regla general aplicable a todas las empresas, que ha sido enteramente pasada por alto por los fundadores y los discípulos de la teoría cosmopolítica; aunque de ponerla en práctica dependerá las más de las veces el afortunado éxito de los individuos así como de la industria nacional. Esta regla es *la constancia al proseguir con una cierta rama de la industria, una vez considerada necesaria y descubierta practicable.* Cada nueva empresa está relacionada con grandes gastos, con errores y falta de experiencia y del conocimiento de mil pequeñas cosas al fabricar, comprar y vender. Cuanto más tiempo se lleve adelante un negocio, más lucrativo se vuelve, más mejora su manipulación, mejor rematados están los artículos manufacturados, se pueden vender en mayor cantidad y más baratos. Ésta es la razón de que veamos prosperar a tantos hombres que siguen exactamente la línea por la que entraron, y de que veamos que tantos se arruinan cuando caen en el hábito de cambiar a menudo. Las mismas consecuencias pueden percibirse en la economía nacional. No hay nada más pernicioso para la industria de una nación, que los hechos y circunstancias que afectan de manera diversa los poderes productivos, a veces elevando cierta rama de la industria a una altura insólita, y a veces deteniéndola por completo.

Si semejante rama es elevada a una altura extraordinaria, la empresa atrae de otras capital, mano de obra y capacidad; la ganancia insólita eleva la prosperidad a un precio no común; eleva los salarios, aumenta el consumo y las necesidades de los trabajadores así como de los empresarios y capitalistas; y semejante periodo de insólita prosperidad, si sólo es momentáneo y ocasional y va seguido por un periodo de extraordinaria decadencia, efectúa exactamente lo opuesto: la propiedad no sólo se rebaja, sino que pierde todo precio; los trabajadores no ganan con su labor habitual ni siquiera lo más necesario para vivir; el capital no encuentra empleo, las instalaciones y la maquinaria se arruinan: en suma, por doquier pueden verse bancarrota y miseria, y lo que al principio pareció prosperidad pública resulta que sólo fue el primer paso hacia una calamidad pública.

Una de las primeras ideas que una nación tiene que adoptar en su economía es, por tanto, mantener *constancia* por medio de medidas políticas, con objeto de impedir en lo posible cada paso atrás, y el principal medio de lograr esta constancia es un arancel juicioso. Cuanto mayor constancia ejerza una nación por este medio en sus mercados y en su oferta, en sus precios, salarios y ganancias, en consumo y necesidad, en trabajo y espíritu de empresa (promoviendo siempre el paso adelante, previniendo siempre el paso atrás), más logrará esta nación desarrollar sus poderes productivos.

Mr. Smith, al atribuir la prosperidad económica de Inglaterra a sus constituciones, al espíritu de empresa y de laboriosidad así como a los hábitos frugales de su pueblo, y al negar los efectos saludables de las leyes arancelarias inglesas, careció completamente de ideas correctas con respecto a esta causa de la prosperidad nacional. Desde los tiempos de Isabel no se ha destruido ni una sola fábrica de paños, ni por una guerra en terreno inglés ni por competencia extranjera. Cada sucesiva generación pudo hacer uso de lo que la generación anterior había construido y pudo emplear sus medios y poderes para mejorar y agrandar sus instalaciones. Veamos el contraste en Alemania; hasta dónde avanzó en aquellos antiguos tiempos, y qué miserable es su progreso en comparación con tal estado de cosas; los hechos y la competencia del exterior destruyeron a menudo dos veces en un siglo las creaciones de generaciones anteriores, y cada generación tuvo que volver a partir desde el comienzo.

Contemple usted, señor, a este respecto, el destino de su propio país. Cuán a menudo el interés manufacturero y hasta el interés agrícola fue

favorecido por los hechos, y cuán a menudo fue deprimido, de nuevo, por la competencia extranjera, hasta ser la mayor calamidad del país. Contemple usted tan sólo el periodo transcurrido desde la última guerra. La guerra hizo necesario el establecimiento de manufacturas, e hizo necesario y lucrativo el negocio de la lana; la paz acabó con las manufacturas y las ovejas. La guerra fomentó la agricultura y aumentó los precios de los productos, salarios y propiedades hasta una altura insólita; la paz y la política exterior redujeron todo esto a tal grado, que los granjeros que, durante el periodo anterior, habían adaptado su consumo a sus ingresos, que habían hecho mejoras de acuerdo con el valor supuesto de sus tierras, etc., se vieron arruinados. Hoy, las manufacturas vuelven a tener un poco de animación, pero en este momento la competencia inglesa está a punto de volver a postrarlas. Una guerra, si en el curso del tiempo tenemos una, indudablemente las revitalizará, pero la paz volverá a destruirlas. Y en tal caso, pasaremos por los siglos edificando en un tiempo lo que fue destruido en otro y que será destruido nuevamente si no levantamos, mediante leyes juiciosas, fortalezas para asegurar nuestros propios poderes productivos (como los levantamos para asegurar nuestro territorio), contra agresiones extranjeras, hechos extranjeros, leyes y regulaciones extranjeras, capital, industria y política extranjeros.

Sólo la constancia al proteger las manufacturas de este país elevará nuestros poderes productivos más allá de los conceptos de los más optimistas.

Una nación que expone su industria a la más ligera tempestad del extranjero, ¿cómo pude competir con una nación que protege sus establecimientos para todo el futuro?

Muy respetuosamente, etc.

FR. LIST

CARTA DE THOMAS JEFFERSON A BENJAMIN AUSTIN

Monticello, 9 de enero de 1816

Me informa usted que citan palabras más quienes desean que sigamos dependiendo de las manufacturas de Inglaterra. Un tiempo hubo en que habrían podido citarme con mayor franqueza. Pero en los treinta años transcurridos, ¡cómo han cambiado las circunstancias! Entonces estábamos en paz, nuestro lugar independiente entre las naciones era reconocido por todos. Un comercio que ofrecía las materias primas a cambio

del mismo material después de haber recibido el último toque de la industria, bien valía la atención de todas las naciones. Se esperaba que especialmente aquellos para quienes la industria manufacturera era importante buscarían la amistad de tales clientes mediante todo tipo de favores, y en particular cultivarían su paz mediante todo tipo de actos de justicia y amistad. En esta perspectiva, parecía legítima la pregunta de si con tal inmensidad de tierra no trabajada, necesitada de labranza, ¿que añadiría más a la riqueza nacional, la *industria de la agricultura* o la de las *manufacturas*? Y la duda sobre la utilidad de las manufacturas norteamericanas se basó principalmente en esta consideración: que a la labor del agricultor se hace una gran adición con las energías espontáneas de la tierra en que se emplea. Un grano de trigo echado a la tierra lo devuelve multiplicado por 20, 30 y hasta 50, mientras que el trabajo del fabricante cae, las más de las veces, muy por debajo de este nivel. Libras de lino puestas en sus manos, sólo rinden encajes que valen un penique. También este intercambio, por muy laborioso que parezca, ¡qué campo prometió por el dominio del océano! ¡Qué vivero para esa clase de ciudadanos que ejercerían y sostendrían nuestros derechos iguales en el líquido elemento! Éste era el estado de cosas en 1785, cuando por vez primera se publicaron las notas sobre Virginia, cuando, abierto el océano a todas las naciones, y reconocidos y ejercido sus derechos comunes de acuerdo con regulaciones sancionadas por el asentamiento y el uso de todos, se creyó que la duda merecía cierta consideración. Pero en 1785, ¿quién podría prever la rápida depravación que haría que el fin de tal siglo fuese una desgracia para la historia de la sociedad civilizada? ¿Quién habría podido imaginar que las dos naciones más distinguidas por su *ciencia* y su *civilización* de pronto descenderían de esa honorable eminencia y, desafiando todas las leyes establecidas por el Autor de la naturaleza entre nación y nación, como entre hombre y hombre, cubrirían tierras y mares con robos y piraterías, simplemente porque eran lo bastante fuertes para hacerlo con temporal impunidad, y que, con esta desbandada de las naciones del orden social, seríamos despojados de mil navíos y veríamos a miles de nuestros ciudadanos reducidos a la esclavitud argelina? Y todo esto ha ocurrido. Los británicos bloquearon a nuestras naves todos los puertos del orbe, sin haberlo hecho antes con una de las suyas, para pagar ahí un *tributo* proporcional al cargamento y obtenido licencia para proceder hasta el puerto de destino. Los franceses los declararon presa legítima si habían tocado el puerto o sido

visitados por una nave de la nación enemiga. Nos vimos así completamente expulsados del océano. Comparemos este estado de cosas con el de 85, y digamos si una opinión fundada en las circunstancias de esa época puede aplicarse legítimamente a las de la actualidad.

Hemos experimentado lo que entonces no creímos: que existen a la vez licencia y poder suficientes para excluirnos del campo de intercambio con otras naciones: *que para ser independiente para obtener las comodidades de la vida, deberemos fabricarlas nosotros mismos.* Debemos colocar *hoy* al *fabricante* al *lado del agricultor.* La primera pregunta se ha suprimido o, antes bien, ha adquirido una forma nueva. Hoy, la gran pregunta es, *¿crearemos nuestras propias comodidades, o seguiremos sin ellas, al capricho de una nación extranjera?* Por tanto, hoy el que está en contra de las manufacturas domésticas deberá estar en pro de reducirnos, o bien a la condición de *dependientes de tal nación,* o a vestirnos con pieles y a vivir como bestias salvajes en madrigueras y cavernas. Me enorgullece decir que *no soy uno de esos.* Hoy la experiencia me ha enseñado que las manufacturas son tan necesarias para nuestra independencia como para nuestra comodidad; y si los que dicen que yo sostengo otra opinión me imitan en no comprar nada en el extranjero, donde puede obtenerse un equivalente de una tela doméstica, sin consideración a la diferencia de precio, no será nuestra culpa si no tenemos una existencia igual a nuestra demanda, y arrancamos esa arma de la mano que durante tanto tiempo la había esgrimido deslealmente. Si se propone que vayamos más allá de nuestro propio abasto, entonces resurgirá la pregunta de 85: ¿Será nuestro *excedente* de mano de obra más benéficamente empleado en el cultivo de la tierra, o en las fabricaciones del arte? Aún tenemos tiempo para consideración, antes de que esta pregunta se nos imponga. Y la máxima que deberá aplicarse dependerá de las circunstancias que entonces existan. Pues en ciencia tan complicada como la economía política, no se puede plantear ningún axioma como sabio y conveniente para todos tiempos y circunstancias. La inatención a esto es lo que ha provocado esta explicación, para responder a las cavilaciones de los que no son muy francos, quienes aprovechan mi anterior opinión sólo como caballo de batalla para mantenernos en eterno vasallaje a una nación extranjera y hostil.

Lo saludo a usted asegurándole todo mi respeto y estima.

THOS. JEFFERSON

LA DOCTRINA CONSTITUCIONAL

Carta del ex presidente Madison, a los directores del Lynchburg Virginian, *fechada*

Montpellier, 10 de octubre de 1827

Señores:

Acabo de ver en otra gaceta el siguiente párrafo, anotado como extracto del *Lynchburg Virginian,* a saber:

"Afirmamos, como hecho del que estamos enterados, que muy recientemente el sabio y patriota de Montpellier expresó su profundo pesar ante el curso que hoy están siguiendo algunos de los políticos más prominentes de Virginia; que él lo reprueba porque socava los fundamentos del poder y la influencia de Virginia en la confederación mientras que, siguiendo un curso de moderación y prudencia, habría podido ganarse a una mayoría de sus estados hermanos para que abrazaran sus principios; que él defendió el derecho del gobierno nacional, de acuerdo con la constitución, de imponer un arancel de derechos a las importaciones, no pensando sólo en el ingreso; confesó que tal había sido el curso seguido por cada administración del país, incluyendo la suya y la de Mr. Jefferson; que poner en acción todos los recursos latentes del país y darles la protección que las circunstancias sugirieran fue una de las principales razones de que se aboliera el sistema de confederación, que se descubrió inadecuado para ese propósito, y la adopción de la constitución federal, y que la resolución aprobada por la última legislatura en relación con este tema fue extremadamente imprudente e impolítica. He aquí, pues, a un hombre eternamente citado por los intérpretes de la constitución de este estado, quien ayudó a crear este instrumento y fue uno de sus primeros y más capaces expositores contemporáneos, y quien en el ejercicio de sus deberes ejecutivos, en fecha ulterior, fue llamado a elucidar sus cláusulas, quien dice que ha sido, así, erróneamente citado; y que William B. Giles, ese perro en el pesebre, está llevando a toda carrera a su amada Virginia a la ruina y al descrédito. Volvemos a repetir que lo que aquí hemos declarado es de nuestro propio conocimiento, y no se le puede negar."

Sin tener conciencia del motivo por el que se alega que esta declaración

es del conocimiento personal de los editores, me parece apropiado observar que, como ocurre a menudo cuando se habla de unas conversaciones, tiene que haber algún grado de mala interpretación o de mala memoria.

Cierto es que yo no he aprobado las actas de la asamblea general del estado que limitarían el poder del congreso sobre el comercio a unas regulaciones que sólo tienen por objeto el ingreso; que en ocasionales conversaciones me he visto llevado a observar que se ha sostenido una doctrina contraria y actuado de acuerdo con ella desde el comienzo de la constitución de los Estados Unidos entre las diversas ramas de cada administración, y que he lamentado el curso seguido por la asamblea general, por considerar que tiende a menoscabar la confianza y la cordialidad de otras partes de la unión, estando de acuerdo con Virginia en su exposición de la constitución en otros puntos. Sin embargo, al expresar estas ideas he sentido más respeto hacia las sensibilidades patrióticas del cuerpo legislativo y hacia los talentos y las buenas intenciones de los miembros, que yo sé, personalmente o de otra manera, que están particularmente bien preparados para ello, más respeto de lo que podría inferirse por el tono de la publicación. Debo observar, asimismo, que aun cuando es verdad que yo he hablado del poder del congreso en su sentido más general, acerca del comercio, como objeto primario y conocido al formar la constitución, el lenguaje de la declaración es inadecuado, al menos por ser susceptible de una interpretación que abarcara unos poderes indefinidos sobre todos los recursos del país.

Debo suponer que las expresiones que se refieren, por su nombre, al gobernador del estado, no pretendieron serme atribuidas a mí, estando plenamente seguro de que yo nunca podría olvidar tanto lo que me debo a mí o el respeto que me debo a mí mismo.

Con gran renuencia, señores, he tenido que recurrir a estas observaciones explicativas, retirado como estoy por mi edad de las escenas de agitación política, y dedicado a cosas más apropiadas a ella. Éste es el único caso de una comunicación mía a la prensa, sobre cualquier tema relacionado con el existente estado de los partidos.

Con respeto,

JAMES MADISON

A los directores del *Lynchburg Virginian*

Observaciones del *Virginian*

La carta que aparece arriba, que ayer por la mañana recibimos de Mr. Madison, no necesita comentario alguno. Lamentamos haber redactado con tan poca precaución nuestro párrafo que dejara margen a inferencias que no pretendimos hacer. Por ejemplo, nunca intentamos que nuestros lectores interpretaran que era opinión de Mr. Madison que el gobierno federal posee "poderes indefinidos sobre todos los recursos del país", pues nosotros mismos no creíamos que Mr. Madison tuviera tales sentimientos. Habíamos intentado limitar nuestras alusiones a las opiniones de Mr. Madison exclusivamente sobre el poder del gobierno nacional para fijar derechos a las importaciones, con objetos distintos del simple ingreso. En esto podemos decir, con alegría, que hemos sido confirmados por nuestro ilustre ex presidente.

APÉNDICE

A

LOS ESBOZOS

DE ECONOMÍA POLÍTICA AMERICANA

EN

TRES CARTAS ADICIONALES

Núms. IX, X y XI

Dirigidas por el

PROFESOR FREDERICK LIST

de la Universidad de Tubinga, Alemania

a

CHARLES J. INGERSOLL, ESQ.

Vicepresidente de la Sociedad de Pennsylvania

para la promoción de las manufacturas y las artes mecánicas

FILADELFIA

Impreso por Samuel Parker, Núm. 48, Market Street

APÉNDICE

CARTA IX

La economía política no es economía cosmopolítica (continuación)

Reading, 26 de julio de 1827

Estimado señor:

Después de haber leído las cartas anteriores, ¿puede usted creer que Mr. Canning y Mr. Huskisson se hayan convencido de la verdad de la teoría cosmopolítica de Mr. Smith y Mr. Say? No, señor: Mr. Canning estaba tan lejos como Pitt de convencerse de esta verdad; aunque este último (como los discípulos de Smith nos aseguran, triunfantes) tenía la costumbre de llevar consigo un volumen de Adam Smith. Mr. Pitt ciertamente llevaba ese volumen en su bolsillo, sin otro propósito que el de actuar en contra del consejo del autor; y al parecer, Mr. Canning ha aprendido estos volúmenes de memoria para defender las opiniones de Adam Smith, tan a menudo como intenta actuar en contra de ellas. Esta nueva manera de citar a un autor ciertamente no ha sido inventada para uso interno, sino para la exportación, como ingeniosamente observó un hombre muy vivaz de este país.

Cuanto más contradictoria parece en este momento la política inglesa y el tono místico con que se cubre, más dañina puede ser a este país, y por lo contrario, cuanto más necesario es para este país comprenderla claramente tal como es, más espero que se me excuse si fallo en mi intento de revelarla.

Es en realidad extraño ver, al mismo tiempo, al actual ministro de Inglaterra, odiado por los ultras de Francia y de España, etc., y apoyado por el rey de Inglaterra, amado por el pueblo británico, sin embargo profesar una teoría cosmopolítica que, si se pusiera en vigor, privaría a la nación inglesa del monopolio del que hasta aquí ha gozado, pero observar celosamente para prevenir todo progreso de otras naciones rivales, en particular de los Estados Unidos. Debe de haber —todo or-

ganismo lo siente— alguna diferencia entre el dicho y el hecho. ¿Quién se aventuraría a dudar de que Mr. Canning es un hombre noble, sensible y generoso? Y sin embargo, sabemos por su propio reconocimiento que toleró que la nación española recibiera los tres monstruos (despotismo, anarquía e invasión y ocupación extranjeras), para que llegaran a existir las repúblicas sudamericanas. Y este hecho ciertamente no tuvo por origen un desinteresado amor a la libertad y la humanidad, sino el deseo como él mismo lo confesó, de abrir inmensos mercados a Inglaterra. En verdad, es un hecho muy generoso dar a Portugal una constitución libre (pues nadie puede creer que el Emperador de Brasil hubiese promulgado esta constitución por su propio deseo), y apresurarse a llevar un ejército, a las veinticuatro horas de enterarse, a Portugal a defender esta nueva constitución contra las agresiones de los fanáticos de España: pero aun si reconocemos el deber de Inglaterra de apoyar la constitución de su aliada, vemos esta expedición ejecutada con tanta prisa y tanto celo que nadie puede dudar de que en ello tiene que haber una buena parte de interés egoísta. En este momento, ¿está Mr. Canning negociando la evacuación de España? ¿Con qué propósito? Si la monstruosa ocupación abandonara ese país, lo dejaría expuesto a la monstruosa anarquía.

Mr. Canning puede dar diferentes razones, en Europa, a los diferentes pueblos, por sus distintas medidas políticas, como mejor convenga a sus intereses. Pero en este país estamos en libertad de juzgar las intenciones de un hombre por su conducta, y no por los pretextos que pueda inventar para ocultar los verdaderos motivos de sus acciones. Tenemos la costumbre de descubrir, para empezar, los motivos de un hombre, y a veces consultamos la historia, de la cual aprendemos que las naciones, durante épocas y siglos, como los individuos están en busca de algún objetivo principal. Investigando los objetivos de Inglaterra descubrimos que consisten en aumentar su poder manufacturero, comercial y naval fuera de la competencia de todas las otras naciones. Para alcanzar este objetivo la vemos apoyar en el interior principios liberales, desempeñar el papel de conquistador en Asia, y utilizar y apoyar sus poderes despóticos, mientras que en las islas de las Indias Occidentales y en Canadá se conforma con un gobierno paternal, mezclado y endulzado con algunos derechos y unas cuantas instituciones libres. La vemos entregar la república de Génova, su anterior aliada, a un monarca, y restaurar las ciudades de la Hansa a su anterior independencia (con objeto de contar en

Alemania con lugares apropiados para sus manufacturas): la vemos contratar ejércitos contra la república francesa y formar una constitución libre para Sicilia: la vemos subsidiar los ejércitos de las monarquías europeas para conquistar a Francia, y convertir la república de Holanda en un reino; la vemos tolerar la destrucción de una constitución libre en España, hacer surgir un número de repúblicas en Sudamérica, proyectar una constitución libre para Portugal, defenderla contra las agresiones de los fanáticos, y tratar con Francia sobre la evacuación de España. Cuando juzgamos esta conducta de acuerdo con principios, no vemos nada más que contradicción; pero cuando contemplamos el objetivo del país, no hay nada sino conformidad. Su objetivo fue siempre mejorar sus manufacturas y su comercio, y con ello, su poderío naval y político más allá de la competencia de las demás naciones, y siempre acomodar su conducta a las circunstancias, utilizando en un momento y en un lugar principios liberales y en otro poder y dinero, sea para elevar la libertad o para oprimirla, como mejor le convenga. Se dice que hasta sus medidas contra el tráfico de esclavos se originaron en su propio interés y le dieron un pretexto para impedir que las colonias de otras naciones se abastecieran a sí mismas, mientras ella poseía ya la cantidad necesaria.

¿Puede alguien en su sano juicio creer que este objetivo de Inglaterra fue modificado por Mr. Canning, o que podía modificarse aun si él tuviese la intención de sacrificar las ideas y los intereses nacionales para promover ideas de intereses cosmopolíticos? No. Mr. Canning sólo ha modificado los medios de alcanzar este objetivo nacional de acuerdo con las circunstancias actuales. Si hace quince o veinte años convenía el interés de Inglaterra subsidiar a la mitad de Europa para destruir el sistema continental de Napoleón y enviar ejércitos ahí, hoy las mismas potencias que ayudaron a derribar el Imperio de Napoleón habiendo revivido parcialmente un sistema continental, se muestran a la luz de su objetivo y amenazan no sólo con destruir la influencia de la potencia inglesa en el continente, sino aun tomar parte en el comercio con Sudamérica. Vemos así que Inglaterra ya no tiene más uso que dar a los principios de lord Castlereagh. Por lo contrario, hoy tiene uso para aquellos medios y principios que fueron calculados para aumentar la influencia de Inglaterra sobre el continente y contrarrestar la política de las potencias continentales. Mr. Canning da a entender esto con bastante claridad, en su célebre discurso, al aludir muy expresamente al gigantesco poder que

posee Inglaterra, al contar, como aliadas en el continente, con las ideas liberales. Para dar a su amenaza la fuerza necesaria, antes parece haber dado a Portugal una constitución liberal, con objeto de ganar terreno en la extremidad occidental del continente europeo para sus nuevas aliadas, las ideas liberales; su predecesor, lord Castlereagh, primero conquistó terreno en ese país con sus bayonetas y su dinero, en la pugna contra el sistema continental de Napoleón. Si Mr. Canning tiene la intención de obligar a las potencias continentales, mediante sus amenazas, a firmar tratados comerciales desventajosos, o si su intención es preparar al público para una pugna entre el poder absoluto y las ideas liberales, es algo que no puede saber nadie que no conozca íntimamente los misterios de los gabinetes; pero una cosa es cierta: que él pretende alcanzar su objetivo de una manera u otra. Su discurso muestra claras señales de insatisfacción con el ministerio francés, por lo cual concluimos que debió sentirse decepcionado, en su plan predilecto, por ese ministerio. Faltaba poco tiempo para que hiciera una visita a la corte francesa, y transpiró que estaba a punto de concluirse un tratado de comercio. Tenemos alguna razón para sacar semejante conclusión por lo que han dicho los periódicos ingleses, que por entonces estaban extraordinariamente ajetreados elogiando las grandes ventajas que el sistema cosmopolítico de Smith y Say, si se le ponía en práctica, daría a ambas naciones al permitir a los ingleses continuar con su próspero negocio manufacturero, y a los franceses aumentar el negocio de plantar viñas. Al expresar tales sentimientos de insatisfacción, Mr. Canning sin duda actuó movido por motivos mayores que un deseo de satisfacción personal; un ministro inglés jamás se permitiría expresar sentimientos de desencanto personal, a riesgo de afectar con su conducta la política de su nación. No es probable que las amenazas de Mr. Canning pasaran inadvertidas en Francia; y la última petición de sacar las tropas francesas de España muestra con bastante claridad que Mr. Canning tiene la intención de ganarse previamente toda la península como su nueva aliada.

Sin embargo, no es mi intención tratar de política europea. Sólo me he permitido plantear en términos generales el objetivo de la política de Mr. Canning, consistente en contrarrestar a las potencias continentales de Europa y en monopolizar el mercado sudamericano. Con respecto a este país, Mr. Canning no tiene que temer a una actual potencia manufacturera, sino a una que va en ascenso, con lo cual amenaza los intereses del

poder manufacturero de Inglaterra de tres maneras: en primer lugar, al privar a las manufacturas inglesas de nuestro mercado interior; en segundo lugar al compartir con ellas el mercado sudamericano, y en tercer lugar, al aumentar inmensamente nuestros embarques internos y externos que son la base de la futura ascendencia de nuestro poderío naval. No hubo ocasión y acaso, en el curso de los siglos, no vuelva a haber una oportunidad como el hecho de la emancipación de los pueblos sudamericanos para aumentar maravillosamente el poder manufacturero de los Estados Unidos, y en unos cuantos años pasar a ocupar igual categoría de poder y riqueza que Inglaterra, desarrollando nuestros poderes productivos internos y extendiendo nuestro comercio exterior y nuestros embarques internos y externos. Que pasen sólo unos cuantos años, e Inglaterra habrá ocupado terreno exclusivo en el sur y habrá elevado su poder y riqueza, gracias a la política de Mr. Canning, más allá de todo lo concebible. No habrá entonces posibilidad de una competencia norteamericana con Inglaterra, ni en industria ni en poder político. En las relaciones, señor, entre dos naciones rivales, no aumentar la fuerza y debilitarse son sinónimos. Si Inglaterra se vuelve doblemente poderosa que hoy, mientras nosotros nos quedamos estancados, nos volveremos dos veces más débiles que Inglaterra. Es claro que Mr. Canning tenía un gran interés en contener a este país para que no aplicara un sistema nacional. Pero, ¿qué medios tiene para lograrlo? En nuestro propio continente no hay enemigo que pueda atemorizarnos. Nada puede hacerse sino valerse del interés de nuestros comerciantes comisionados y de la perversidad de los sedicentes teóricos para hacer que nuestros marinos mercantes y los plantadores del sur sean engañados con falsas demostraciones, como si los intereses de la marina o de los cosechadores de algodón fuesen a sufrir, con el propósito de promover el interés individual de algunos fabricantes. Ya veremos, en lo sucesivo, con cuánta buena razón se hace esto, y todos los que estén en su sano juicio se asombrarán al ver tanta excitación contra medidas que promueven, por fin, todos los intereses.

Muy respetuosamente suyo,

FR. LIST

CARTA X

Economía política no es economía cosmopolítica (continuación)

Reading, 27 de julio de 1827

Estimado señor: Una nación puede volverse dependiente, para sus exportaciones y sus importaciones, de otras naciones, y una gran venta de materias primas y de provisiones a países extranjeros más a menudo puede volverse causa de calamidad y de flaqueza en el interior y de dependencia de potencias extranjeras, que de prosperidad.

Mr. Canning, consciente del gran interés de Inglaterra en mantener bajo el interés manufacturero de este país, y en monopolizar el mercado sudamericano, estaría dispuesto a abrir, estoy convencido, los puertos de Inglaterra a nuestro trigo si pudiese convencer a los intereses de los terratenientes en ambas cámaras del Parlamento, de la conveniencia de semejante medida.

Puede dudarse de que los granjeros de este país rechazaran una momentánea ganancia por una ventaja futura y permanente; es probable que, con semejante medida, Mr. Canning se ganara los intereses terratenientes de este país para su *teoría del libre comercio.* ¿Cuáles serían las consecuencias de semejante medida? Las manufacturas de este país, dejadas a merced de la libre competencia, quedarían inmediatamente arruinadas. La mayor parte del capital invertido en empresas manufactureras se perdería, y todo lo que se salvara sería invertido en negocios de granjas. El trabajo, la capacidad y todos los poderes productivos dedicados a las manufacturas volverían a las granjas. El precio del trigo y de más cereales aumentaría a 1½ dólares, el precio de la tierra y de los salarios subiría en igual proporción, y el granjero volvería a adaptar sus consumos y sus mejoras a las mayores ganancias que lograra. Los bancos aumentarían sus negocios en igual proporción. Mientras tanto, Inglaterra aumentaría inmensamente su poderío manufacturero y monopolizaría los mercados del sur y todos los demás. Esto estaría bastante bien si Inglaterra no tuviese la capacidad de asestar un golpe mortal, en una sola hora, a toda esta industria. Todo cambio de opinión de Mr. Canning, o de la administración o del gobierno, o de ambas cámaras del Parlamen-

to, produciría ese efecto destructivo. Después de haber mejorado sus manufacturas, muy probablemente volvería al antiguo plan de mejorar la situación de sus terratenientes, resucitando las leyes de cereales. Podría estallar una guerra entre los dos países, o bien el sentimiento hostil de un ministro podría inspirarle el plan de debilitar la riqueza y el poder de los Estados Unidos y de perturbar su tranquilidad y paz interna, excluyendo nuevamente los cereales norteamericanos y dando preferencia a los productos de Prusia, Polonia, etc., etc., como ocurrió el año pasado con respecto a las posesiones inglesas en las Indias Occidentales. Lo seguro es esto: que desde la primera hora de semejante dependencia económica, la mayoría de los habitantes de los Estados Unidos tendría que temblar ante cada nueva apertura del Parlamento inglés, teniendo más que temer y esperar de las actas y regulaciones de Westminster que de las de Washington, y que se perdería la independencia de intereses y de sentimientos en los Estados Unidos. Pues, ¿cuál sería la consecuencia de cada freno a las exportaciones de nuestros granos? La que habéis visto en los últimos catorce años: una caída de los salarios, de las ganancias, del capital y de los precios de la tierra, una desproporción entre un consumo habitual y un ingreso menoscabado, entre las mejoras y la renta y, en consecuencia, bancarrota, venta de puestos públicos, bancos en quiebra y calamidad nacional. ¿No habría sido mejor si no hubiésemos vendido un solo grano a Inglaterra? ¿No estaría al alcance de un extranjero, de un rival, de una potencia hostil, el derribar nuestra prosperidad nacional en una hora y hacernos retroceder todo un siglo?

Éste es, señor, el lugar apropiado para mencionar una conexión íntima entre nuestro actual sistema bancario y el sistema de nuestra economía nacional, el cual, creo yo, hasta aquí ha sido imperfectamente comprendido. Este sistema bancario se levanta, sube y cae con el precio de las tierras y de las propiedades. Los bancos en general emiten mucho más billetes del efectivo que poseen. Mr. Cooper les permite una triplicación de su efectivo para emitir billetes, de lo cual concluyo que al menos eso es lo que emiten. Si sólo una tercera parte de estos billetes en circulación representa el efectivo, ¿qué representan los otros dos tercios? Pues, no siendo en sí mismos más que papeles impresos, nadie los tomaría si no representaran algo de valor. Representan una cantidad nominada de dinero, consistente en el valor de propiedad y tierra. Pero el valor real de la propiedad y la tierra depende del precio de la tierra en el mercado;

si ese precio sube, aumenta la garantía del papel; si cae, la garantía cae. Si no se puede obtener ningún precio, no hay posibilidad de convertir propiedades en efectivo y los poseedores de los billetes pierden la garantía, en la medida en que el banco se funda en tierras y propiedades. El precio de la tierra y la posibilidad de convertirlo en dinero suben y bajan con el precio del producto. Si el precio del trigo es alto, entonces también es alto el precio de la tierra que produce el trigo; y si el producto apenas rinde dinero para pagar el trabajo, nadie sería tan insensato que diera mucho dinero por la tierra productora de trigo. Por consiguiente, cada causa que efectúe una caída de los precios de los productos brutos, efectúa asimismo una caída de los precios de la tierra y de los negocios de los bancos del país, y a la inversa. La condición principal de un sistema bancario como éste, por tanto, es la continuidad del mercado de los productos agrícolas, creado por un sistema nacional que impida grandes fluctuaciones, lo cual sólo se puede lograr asegurando el mercado interno de los productos de una industria manufacturera. En estas condiciones, un sistema bancario funciona como un poder productivo, mientras que en un país abierto destruye de cuando en cuando las raíces mismas de la industria: el crédito. Miremos catorce años atrás. Si el gobierno de los Estados Unidos, inmediatamente después de la última guerra, hubiese protegido la industria manufacturera, el trigo, los salarios, los precios de la tierra y las ganancias, nunca se habría hundido tanto: los bancos no se habrían arruinado, y ni la décima parte de los ciudadanos hubiese sido expulsada de su hogar. Esta miseria de tantos propietarios de tierras no surgió básicamente de la manía de los bancos, como en general se creyó, sino de una revolución de los precios de productos y tierras, causada por el hecho de depender de mercados externos, de las fluctuaciones externas de los precios, de las regulaciones y restricciones extranjeras. Es posible que un programa bancario tramposo y las fallas de la legislatura viniesen a aumentar la miseria; pero el efecto —la ruina de muchos propietarios de tierras— no habría podido prevenirse mas que previniendo la causa principal mediante un sistema nacional, y este efecto volverá tan a menudo como se repita la causa, aun si no hay un banco agrícola en todos los Estados Unidos. Un alza de los precios de las tierras, por un aumento insólito de los precios de los cereales, si no hay banco moverá a los propietarios de tierras a vender sus tierras por sumas nominales; se contentarán con recibir una tercera o una cuarta parte del

precio de compra en efectivo, y por el resto recibirán juicios hipotecarios sobre la propiedad vendida. Los hombres sin propiedades y en posesión de algo de efectivo se contentarán con quedar de esa manera en posesión de tierras, con la esperanza de poder liberarlas de la hipoteca con la ayuda de altos precios de los cereales; la mayor parte de quienes por vía de la herencia entran en posesión de tierras de las que sólo eran propietarios parciales, se lanzarán de esa manera contra sus coherederos. Otros, que no vendan sus tierras, tratarán de hacer mejoras en proporción al aumento del valor de la tierra, y contraerán obligaciones hipotecarias. Si tal estado de cosas sólo dura algunos años, y luego cesa súbitamente, de todas maneras arruinará a la mayoría de ciudadanos y destruirá la moral, la industria y el crédito del país durante medio siglo. Ya en Alemania hemos visto los mismos efectos de las mismas causas, sin bancos agrarios. Mientras los productos y, en consecuencia, los precios de las tierras, fueron altos, hubo grandes ventas de tierras; se intensificó el crédito; un hombre con una suma de dinero relativamente pequeña pudo comprar posesiones muy apreciadas, dando hipotecas por el resto. Por herencia, ventas, contratos, etc., etc., más de la mitad del país cambió de propietarios, y quedó hipotecado con los altos precios. El propietario de una hipoteca, confiado en la seguridad de los precios de los cereales y los precios de la tierra, no estaba impaciente por recuperar su dinero, y aun si necesitara dinero, rara vez quedaba deudor. Podía efectuar esto más fácilmente vendiendo su documento a los capitalistas, quienes deseaban emplear su dinero y tenían confianza en su garantía. Pero en el momento de lo que fue llamado la *restauración,* en el momento del *libre comercio,* por el cual se permitió a los ingleses destruir las manufacturas alemanas importando sus manufacturas y destruir los intereses agrarios de Alemania al prohibir la importación de granos y de lana alemana a su país por medio de las leyes de granos y de la lana, los precios de las tierras y de la propiedad se hundieron, se perdió la confianza en el papel, así como la posibilidad de recuperar el dinero vendiendo la propiedad, y a ello siguió la misma ruina de la mayoría de los granjeros que ocurrió en este país. En el momento actual, el valor que ahí puede recuperarse vendiendo propiedades no llega a la suma de las hipotecas.

Los fundadores del sistema cosmopolítico olvidaron por completo decir algo acerca de las causas del alza y la caída de los precios de las tierras y de sus consecuencias. Esto resulta tanto más asombroso cuanto

que la prosperidad de la mayor parte de la nación depende de la firmeza de los precios de la tierra y de la propiedad (que forma la mayor parte de la riqueza de una nación). Sin embargo, la causa de esta omisión es obvia. En aquellos países en que Mr. Smith formó su sistema, la mayor parte de la propiedad inmueble, que formaba fincas de una sola generación, no está en el libre comercio y por tanto, él sólo percibió las alteraciones de las rentas y no las de los precios de la tierra. Mr. Say, quien vive en un país en que casi todos los bienes raíces están en el libre comercio, pasa por alto la omisión, siguiendo a ciegas a su maestro como lo hace siempre salvo en cuestiones de poca importancia. En este país hay más intercambio de propiedades reales que en ningún otro, y aquí podemos señalar una deficiencia particular de la célebre teoría, la cual, si es pasada por alto por una nación, podrá al menos una vez cada veinticinco años arruinar a los terratenientes de un país. En realidad, cuanto más avanzo desarrollando los principios expresados en mis cartas anteriores, más me inclino a declarar que el sistema de Mr. Say es un total fracaso, calculado para destruir el sentido común en la economía política y la prosperidad de aquellas naciones que consideran sus huecas frases como profunda sabiduría.

Muy respetuosamente suyo, etc., etc.

FR. LIST

CARTA XI

Economía política no es economía cosmopolítica (continuación)

Reading, 29 de julio de 1827

Estimado señor: Dado que un mercado extranjero de granos que puede ser destruido cada día por las regulaciones de una potencia extranjera es, antes bien, fuente de calamidades que de prosperidad, antes fuente de debilidad que de poder, así ocurre a un mercado extranjero de algodón dependiente de un país que, como Inglaterra, por su predominante poder político, está capacitado, y por sus sentimientos de rivalidad a esta nación, se ve inducido a procurarse su abasto al cabo de breve tiempo, de otros países sometidos. Los oradores sureños ciertamente harían mejor en llamar a

sus conciudadanos a atenerse a la razón en lugar de a las armas, y ciertamente lo harán si investigan el tema en forma sensata y deliberada.

En primer lugar, veamos quién es el tonto muchacho que mató a la gallina de los huevos de oro, a cuya salud un eminente estadista del sur elevó un brindis tan categóricamente. Me veo obligado a referirme, con tal propósito, a lo que el presidente Cooper gusta de llamar *"el absurdo anual de los informes de finanzas"* (página 4), del cual, sin embargo, me aventuro a tomar algo de tolerable buen sentido. Los cuadros de la Tesorería dan el resultado siguiente:

Exportaciones:

1816: 81 mill. de libras de algodón en rama produjeron $24 000 000

1826: 204 mill. de libr. de algodón en rama produjeron $25 000 000

Por consiguiente, *dos libras y media* produjeron en 1826 tanto como una libra en 1816, porque Europa no pudo digerir el número de pacas de algodón que los estados del sur le dieron a devorar. Si cada plantador hubiese arrojado la mitad de su cosecha de algodón al Mississippi, indudablemente habría recibido tanto dinero por la otra mitad como hoy recibió por el todo, y además se habría ahorrado la molestia de hacer la mitad de las pacas. Tan cierto es así que los hombres pueden trabajar por nada, y que una potencia productiva puede destruirse a sí misma, y que una producción que es benéfica para la humanidad puede ser destructiva para un país en particular; tan cierto es que la economía individual no es economía política, y que la política no es economía cosmopolítica. El plantador que en 1825 recibió bajísimos intereses por su capital por causa de los bajos precios del algodón, pensó compensar esta pérdida aumentando la cantidad de su cosecha lo que fue, en realidad, muy buena economía individual. Pero todos los plantadores tuvieron la misma idea; por consiguiente, la cantidad de toda la cosecha de algodón aumentó en la misma proporción, mientras que la demanda en los mercados europeos apenas había aumentado y, en consecuencia, los precios cayeron en la misma proporción en que había aumentado la cantidad, y los plantadores no recibieron un centavo más por su mayor cantidad que el año anterior. Vemos aquí en cifras claras que si en producción material dos veces es cuatro, en producción de valor a veces es 1½ o algo menos; y me aventuro a predecir que estos plantadores de algodón producirán cada año este resultado y que al final, plantarán 300 millones de libras y no recibirán más de 25 millones, o algo menos, hasta que

comprendan que su oferta debe corresponder a la demanda. Según los principios cosmopolíticos, empero, no importa cuánto recibieron por su labor los plantadores de algodón. Las riquezas del mundo aumentaron, y todo está bien. Pero yo me inclino a dudar de que los plantadores del sur no preferirían reducir un poco las comodidades de la humanidad aumentando en cambio su ingreso privado.

La causa de la gran desventaja que hoy está sufriendo el sur es precisamente la misma causa que ha hundido en la depresión a los estados productores de cereales; estos cultivan demasiados cereales, aquellos demasiado algodón. Ambos necesitan una adecuada división del trabajo. Aquí y allá, una parte de los habitantes debe buscar un empleo más lucrativo. Éste es todo el secreto para mejorar ambos países.

Pero, ¿qué otra cosa pueden hacer los estados del sur con sus esclavos, en forma lucrativa? Algunos dicen que debieran cultivar seda, y otros, plantar viñas. Por mi parte, yo creo que ninguno de los dos obtendría, por el momento, una ganancia suficiente para compensar sus pérdidas, opinión que justificaré en otro lugar. Pero, ¿por qué no debieran poder cultivar algodón burdo (camisas de guinga burda, etc.)? No veo por qué no podrían. Una vez levantadas las maquinarias, el trabajo de hilar y de tejer paños burdos ciertamente no supera las facultades de los esclavos. El Bajá de Egipto hace muy bien en poner a sus esclavos a hacer este tipo de trabajo; y los antiguos griegos hacían todas sus manufacturas con mano de obra esclava. Después de encendidas las máquinas, los habitantes del sur hasta gozarían de ventajas peculiares. Primera, podrían aplicar a sus trabajadores, desde los albores de su juventud, a cierta rama de la empresa, y su habilidad quedaría asegurada en la manufactura durante toda su vida. En segundo lugar, en las hilanderías podrían dar mejor uso al trabajo de las mujeres y los niños, que hoy le sirven de muy poco. En tercer lugar, contarían con un algodón más barato, y tendrían más cerca el mercado sudamericano. En cuarto lugar, podrían teñir con plantas de color cultivadas aquí, particularmente el añil, sin ninguna preparación.*

Veamos cuál sería el resultado, si con la cuarta parte de sus esclavos dedicados a plantar algodón sólo convirtieran la octava parte de su algodón en artículos burdos.

* Sobre ese importante tema, cómo emplear la mano de obra esclava en las manufacturas, expondré mi opinión en una carta particular.

	Libras
Plantan hoy	204 000 000
Por emplear la cuarta parte de sus esclavos en fábricas de paño burdo, plantarán menos algodón en rama	51 000 000
Restan	153 000 000
De esta cantidad, trabajan ellos mismos un octavo,	20 000 000
Resto	133 000 000
Por esta cantidad reducida recibirán, de acuerdo con la cantidad y el precio de 1820 (cuando vendieron 127 millones de libras por 22½ millones de dólares)	24 000 000
Y 20 millones de libras fabricadas a 3½ millones, y el valor sextuplicado,	21 000 000
Total	$45 000 000

En lugar de 25 millones al año.

Veamos así que toda la labor manufacturera dejaría una clara ganancia, y aunque no fuera más que la cuarta parte de la labor de plantar algodón, produciría casi tanto como los otros tres cuartos.

De ello, los plantadores sureños pueden aprender que reciben de todas sus molestias de mantener esclavos, y de todas sus tierras, ni siquiera la vigésima parte del valor que puede producir en Europa su algodón en rama. En verdad, en verdad, los plantadores sureños no alcanzarán, como tampoco los ultras franceses, su objetivo al resistir obstinadamente a las necesidades del tiempo actual, en lugar de adaptarse a ellas razonablemente. Los buenos tiempos viejos no volverán más que gracias a buenas nuevas ideas, puestas en vigor por medio de la maquinaria y no de las armas.

Mientras los sureños destruyen los frutos de su trabajo mediante una competencia entre sí, es absolutamente seguro que Inglaterra está pensando en abastecer a otros países, más sometidos a su dominio que los Estados Unidos. Intentan alentar a Brasil y a otras repúblicas sudamericanas en esta empresa. La caída del Imperio turco que, con toda probabilidad, si no es derribado desde afuera deberá hundirse bajo su propio peso, pondrá además vastos países algodoneros bajo su soberanía. En tal caso, probablemente mirarán hacia Egipto y el Asia Menor, no sólo en este aspecto sino para tener la clave del Mar Rojo y, por consiguiente, de la India Oriental. El propio ejemplo de los estados sureños enseña

que con la ayuda de esclavos y de unas tierras apropiadas, un país puede aumentar inmensamente su producción algodonera. Entonces, excluirán más y más el algodón norteamericano y colocarán a los estados del Sur, con sus cuentas de algodón, en la misma situación en que quedaron los países productores de cereales y de lana, con sus cuentas de cereales y de lana.

La calamidad que surgiría de tales medidas sólo podrá evitarse tomando precauciones a su debido tiempo. En su actual situación, Inglaterra no puede prescindir del algodón norteamericano; tiene que comprarlo. Al comenzar ahora a organizar una industria de fabricación del algodón, el Sur irá disminuyendo la cantidad de algodón en rama y aumentando las manufacturas del interior. Mientras ganan, así, en dos formas, además asegurarán su mercado del algodón en Inglaterra. Esto se efectúa de la manera siguiente: si los norteamericanos levantan fábricas de algodón, civilizarán en los países extranjeros con las manufacturas inglesas; si entonces los ingleses excluyen o dificultan la importación de algodón norteamericano, los precios del algodón en rama aumentarán en su país, y las fábricas de algodón norteamericanas podrán vender más barato en otros países. Ésta es, hasta hoy, la mayor de todas las ventajas que se derivarán de una industria manufacturera norteamericana para los estados del Sur, los cuales colocan con esta medida a Inglaterra en un dilema que, en un caso o en otro, no puede dejar de ir en su ventaja, mientras que si siguen el antiguo curso perderán de cualquier manera, por su propia sobreproducción o por medidas extranjeras.

Mr. Niles, en su excelente ensayo sobre la agricultura norteamericana, con buenas razones ha mostrado que los estados del Sur recibirían algunos millones menos por su algodón en Europa si no fuera por las manufacturas internas, que ya consumen la cantidad de sesenta millones de libras anuales. Esta cantidad ha sido cuestionada por algunos adversarios de la industria doméstica, pero yo estoy seguro de que tienen poca razón. Según las declaraciones del conde de St. Crique, director de las aduanas francesas, el consumo en Francia el año pasado fue de no menos de 20 millones de kilogramos, o 64 millones de libras, y el consumo del año anterior fue de no más de 24 millones de kilos, o 48 millones de libras; por tanto, vemos que el consumo de Francia ha aumentado, en un año, 16 millones de libras. Este consumo da a cada habitante *dos* libras anuales. Pero en Francia, donde cada quien usa géneros de lino para camisas, etc., el algodón no tiene la mitad del uso que en los Estados Unidos; por

consiguiente, podemos estimar al menos el consumo promedio en cuatro libras *per capita,* lo que da una cantidad de 48 millones sin exportaciones.

Mucho lamento no estar en posesión de las tablas estadísticas de Inglaterra, de las cuales podría derivar el consumo interno de ese país. El año pasado se calculó que el total de importaciones de algodón en rama era de 200 millones, cantidad de la cual, ciertamente, dos quintas partes se consumen en Inglaterra.

Según este ejemplo, Francia puede aumentar su consumo en el curso de los próximos diez años a 100 millones de libras, y también los Estados Unidos, que podrían hacer el doble de la cantidad que hoy vendemos a Inglaterra. El interior de Alemania y de Suiza, que empezó a abastecerse a sí mismo por el Havre de Grace, aumentará su consumo en igual proporción. En el ínterin, mientras estos mercados aumentan su demanda, Inglaterra no podrá prescindir del algodón norteamericano y, por consiguiente, nada puede perderse mientras que todo puede ganarse. Francia no está en posesión de un abrumador poderío naval, ni se ha propuesto inundar al mundo con sus manufacturas; será siempre un mercado bueno y seguro para el algodón norteamericano. Hay buenas razones para creer que Francia estaría dispuesta a aumentar la importación de otros productos norteamericanos, particularmente tabaco, jamón, manteca y sebo si los Estados Unidos tomaran las medidas apropiadas para aumentar sus importaciones de Francia. La verdadera política de este país con respecto a Inglaterra y Francia ciertamente ha sido descuidada durante demasiado tiempo. Los Estados Unidos adquirieron su independencia política separándose de Inglaterra y uniéndose con Francia, y de ese modo y sólo de ese modo, podrán adquirir su independencia económica.

Respetuosamente suyo,

FR. LIST

ÍNDICE ANALÍTICO

ÍNDICE GENERAL

EL SISTEMA NACIONAL DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Libro Primero
LA HISTORIA

Libro Segundo
LA TEORÍA

Libro Tercero

LOS SISTEMAS

Libro Cuarto
LA POLÍTICA

ANEXO

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en junio de 1997 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. La tipografía y formación las realizó *Vic Editor*. El cuidado editorial estuvo a cargo de *Rubén Cortez*. El tiro fue de 1 000 ejemplares.